WILLIAM THOMAS WALSH

# Santa Teresa de Ávila



WILLIAM THOMAS WALSH

# SANTA TERESA DE ÁVILA

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS

POR

MARIANO DE ALARCÓN

1968

# ÍNDICE

RECONOCIMIENTO.....7
CAPÍTULO I.....12
PRIMERAS IMPRESIONES DE AVILA LA SANTA.....12
CAPÍTULO II.....30
UNA NIÑA PRESUMIDA Y SUS LIBROS PROHIBIDOS.....30
CAPÍTULO III.....46
LA ADOLESCENCIA Y EL CONVENTO AGUSTINIANO.....46
CAPÍTULO IV.....63
LA ESCAPADA PARA UNIRSE A LAS CARMELITAS.....63
CAPÍTULO V.....90
LA DOCTORA CHARLATANA DE BECEDAS Y EL SACERDOTE HECHICERO.....90
CAPÍTULO VI.....101
UNA NOCHE OSCURA DE AVENTURA TERRIBLE Y DIVINA.....101
CAPÍTULO VII.....118
VEINTE AÑOS DE CONFLICTO.....118
CAPÍTULO VIII.....138
LA VICTORIA EN LA ENTREGA.....138
CAPÍTULO IX.....156
LA VENGANZA DEL DEMONIO. MIEDO DE LA SANTA INQUISICIÓN.....156
CAPÍTULO X.....174
EL ÁNGEL CON EL DARDO ENCENDIDO.....174
CAPÍTULO XI.....199
EL FINAL DEL TEMOR A TRAVÉS DE UN INFIERNO DE TORMENTO.....199
CAPÍTULO XII.....226
PEDRO DE ALCÁNTARA, VOCERO DE LA CIUDAD DEL DIOS SEÑOR.....226

CAPÍTULO XIII.....252
COMIENZO DE LA REFORMA Y PRIMERA DERROTA.....252
CAPÍTULO XIV.....279
DESTIERRO EN UN PALACIO DE TOLEDO.....279
CAPÍTULO XV.....299
LA MARCHA FURTIVA EN LA SOÑOLIENTA ÁVILA.....299
CAPÍTULO XVI.....319
PERSECUCIÓN Y VICTORIA.....319
CAPÍTULO XVII.....345
LA VIDA EN EL PRIMER CONVENTO DE LA REFORMA.....345
CAPÍTULO XVIII.....376
EL "CAMINO DE PERFECCIÓN".....376
CAPÍTULO XIX.....407
TEN CONFIANZA, YO HE CONQUISTADO EL MUNDO.....407
CAPÍTULO XX.....427
CONQUISTA DE MEDINA A MEDIANOCIIE.....427
CAPÍTULO XXI.....451
FRAILE Y MEDIO A FAVOR DE LA REFORMA.....451
CAPÍTULO XXII.....481
CONSEJO A FELIPE II.....481
CAPÍTULO XXIII.....509
LA TUERTA PRINCESA DE ÉBOLI.....509
CAPÍTULO XXIV.....529
SALAMANCA Y ALBA DE TORMES.....529
CAPÍTULO XXV.....550
PRIORA DE LA ENCARNACIÓN.....550
CAPÍTULO XXVI.....576
LA EXTRAÑA VOCACIÓN DE LA PRINCESA DE ÉBOLI.....576
CAPÍTULO XXVII.....607
UN SUEÑO QUE SE CONVIERTE EN REALIDAD EN BEAS. — PRIMER ENCUENTRO CON GRACIÁN.....607
CAPÍTULO XXVIII.....638

LOS DEMONIOS DE ANDALUCÍA.....638
CAPÍTULO XXIX.....674
TERESA EN "PRISIÓN" EN TOLEDO.....674
CAPÍTULO XXX.....709
ANGUSTIA Y AFLICCIÓN EN TOLEDO.....709
CAPÍTULO XXXI .....737
DE PROFUNDIS.....737
CAPÍTULO XXXII.....774
TRIUNFO DE LA REFORMA.....774
CAPÍTULO XXXIII.....800
LEVÁNTATE, APRESÚRATE AMADA MÍA, MI PALOMA, HERMOSA MÍA, V VEN CONMIGO.....800

# RECONOCIMIENTO

Hace algunos años, cuando leí una traducción inglesa de la AUTOBIOGRAFIA de Santa Teresa, como con impropiedad se la llama a tal obra, me pregunté cómo era posible que una mujer, en quien parecían juntarse de tan extraordinaria manera lo divino y lo humano, hubiese realmente llegado a ser tan insustancial, tan afectada y tan premeditadamente «literaria» como en tales páginas se me aparecía. Más tarde, cuando ya pude leer el texto español, descubrí que aquellas enojosas cualidades no eran las de ella, sino que se las había atribuido su devoto traductor. ¡Un libro tan vital embalsamado en toda aquella retórica! Por ello tomé la resolución de que, cada vez que precisara citar tal obra, haría mi propia traducción, todo lo literaria que me fuese dado, aun a riesgo de sacrificar, a veces, la eufonía, y sin excluir los lapsos ocasionales de gramática, las referencias defectuosas, las frases de construcción desaliñada y los vigorosos soliloquios de quien escribió sin la menor preocupación de espíritu libresco, sino simplemente tal como hablaba, con celeridad, con tersura, con ingenio, y un si es no es torpemente, a veces. Sólo así sería posible presentar en otro idioma las cualidades características, el timbre, y el ritmo de unos escritos que, cualesquiera que sean sus faltas o peculiaridades técnicas, fueron siempre sinceros, gustosos, humanos, interesantes y de gran estímulo, y, con frecuencia, abrillantados con la belleza y la sutileza del genio inspiradas por la santidad. Cuando llegué a leer sus cartas y los posteriores

tratados, me encontré con que había algunas buenas traducciones al alcance de la mano, especialmente las excelentes debidas a los benedictinos de la abadía de Stanbrook, de Inglaterra. Pero, habiéndome lanzado ya a la labor con mis propias fuerzas, me pareció presentárseme como un imperativa categórico el continuar en la senda emprendida, por bien de la uniformidad del estilo, toda vez que, a mi juicio, el estilo es más bien de Santa Teresa que mío.

El material que actualmente se tiene a mano para una nueva vida de esta gloriosa doctora de la ciencia del amor es tal que se imponen una verdadera selección, un arreglo y una disposición en un solo volumen para el uso general, más bien que una investigación más amplia y una crítica quisquillosa. Las fuentes principales siguen siendo los varios volúmenes de cartas, tratados y narraciones de la misma Santa Teresa, las deposiciones de los testigos para su beatificación y canonización, y sus biografías contemporáneas, entre las que la más útil es la del padre Ribera, de la Compañía de Jesús, seguida por las del padre Yepes, el padre Julián de Ávila y fray Luis de León, en el orden en que acaba de nombrárselos. Cualquier intento por mi parte de ir más allá de lo que ellas ofrecen resultaría presuntuoso ante la gran obra realizada por el padre Silverio, de Santa Teresa, de la orden O. C. D., que ha editado y apostillado todas sus obras de manera verdaderamente maestra y completa, además de haber publicado, como coronamiento de toda una vida consagrada al estudio, una biografía de la Santa en cinco volúmenes.

Mi primera muestra de gratitud debe, pues, ser para el padre Silverio por haberme proporcionado la posibilidad de utilizar los resultados de su labor en los catorce tomos de la Biblioteca Mística Carmelitana (la B. M. C. que habremos de mencionar fre-

cuentemente en estas páginas), que ha tenido a bien enviarme desde Roma atendiendo a la petición de mi buena amiga doña Beatriz, O. S. B., de la abadía de Stanbrook, una de las mayores autoridades por derecho propio actualmente existentes en lo concerniente a Santa Teresa, a quien asimismo me considero agradecido por las notas, los consejos y muchas otras muestras de bondad que ha tenido a bien proporcionarme, aparte de sus admirables traducciones de las cartas, los poemas y otros escritos suyas, que he tenido ocasión de consultar frecuentemente al hacer mis propias traducciones. Debo igualmente gratitud al reverendo padre John J. McSherry, de Nueva York, por el empleo de los libros, las consultas teológicas y toda otra clase de apoyo que ha querido prestarme; al reverendo padre Fernando Pedrosa, de la O. P. del Colegio de Letrán, de Manila; al reverendo padre Joseph Husslein, S. J., Ph. D., director de la publicación *Science and Culture Series*, que me sugirió este trabajo; al reverendo padre Eugene A. Moriarty, de Bridgeport, Connecticut, y al reverendo padre Leo W. Madden, Liut. Commander, Ch. C. U. S. M. S.

A mi colega la señorita Mercedes Arango, M. A., por la lectura de las pruebas; a la señorita Carmen de Arango, por la erudita ayuda de la más fina calidad que me ha ofrecido al preparar algunas de sus notas preliminares; y a los demás amigos, especialmente a la señorita Angela Williams y a la señorita Lucille Flagg, rindo aquí el tributo de mi mayor agradecimiento. Debo el haber recibido un continuo estímulo a la madre Grace C. Dammann, R. S. C. J., y a la madre Eleanor M. O'Byrne, R. S. C. J., presidenta y decana, respectivamente, del Colegio del Sagrado Corazón, y a todos mis otros compañeros de allí. Y no encuentro palabras con qué agradecerle a mi esposa la paciencia que ha tenido, así como

la lealtad y la inteligente crítica con que me ha asistido al copiar más de una vez todo el manuscrito de esta obra.

No se ofrece en estas páginas una biografía, porque no me era posible mejorar las que el padre Silverio ha escrito, tanto de Santa Teresa como de San Juan de la Cruz.

Por último, es de todo punto evidente que con mis solas fuerzas no habría podido llevar a conclusión una tarea para la cual estoy espiritualmente tan mal preparado. He tenido muchos momentos de verdadero desaliento, incluso con tesoros tales de erudición a mano como las obras del padre Silverio, de doña Beatriz y de otros a mí extraños; y sé perfectamente que no me habría sido posible dar cima a este libro, tal cual es, si no me hubiesen auxiliado las oraciones de personas mejores que yo. Mi gratitud es mayor para algunas mujeres que, al igual de Santa Teresa, se han atrevido a interpretar literalmente las palabras de Cristo Nuestro Señor, aceptando las consecuencias de considerarle no ya simplemente como un personaje histórico, sino como Aquél, juntamente con el Padre y el Espirito Santo, en Cuya presencia y por Cuyo poder y consentimiento vivimos y respirarnos; a la madre Saint Mary Catherine, C. N. D., del Notre Dame College, de Staten Island, la primera que en el año 1929 me inició en el conocimiento de esta Santa maravillosa; a doña Beatriz, O. S. B., de la abadía de Stanbrook; a la hermana Mary Ignatia, S. M., directora del Magnificat, de Manchester, New Hampshire, y a su casa Teresiana; a las religiosas del Sagrado Corazón, de Manhattanville; a la difunta hermana Mary Boniface Keasey, y a otros de las Siervas Misioneras de la Santísima Trinidad, de Alabama; a la difunta madre Augustine, de la Madre de Dios, C. D., Priora de las Carmelitas Descalzas de Santa Clara, de California; a

la difunta hermana Mary Gabriel (princesa napolitana), carmelita en Chichester, Inglaterra, que Le ofreció todos los viernes de penitencia del último año de su vida en bien mío; a mi hija, la hermana Mary Concepta, S. M., del convento del Sagrado Corazón, de Belmont, Carolina del Norte, que Le ha consagrado la bella flor de su juventud. Si algo bueno hay aquí, aparte el interés humano de la historia maravillosa de una vida, he de agradecérsela a tan excelentes amigas.

W. T. W.

Manhattanville College of the Sacred Heart.

New York City.

24 de diciembre de 1942.

# CAPÍTULO I

## PRIMERAS IMPRESIONES DE AVILA LA SANTA

Santa Teresa de Jesús, comúnmente conocida como Santa Teresa de Ávila, por ser esta ciudad el lugar de su nacimiento, tiene un doble derecho al interés de la posteridad, porque no sólo imprime huella de un raro espíritu en la vida de su caótico siglo y en toda la historia posterior, sino porque escapó y, en cierto modo, trascendió, de forma más que metafórica, las leyes siempre universales de la muerte, incluso la ley de la descomposición. En la actualidad, después de más de tres siglos y medio, su cuerpo permanece incorrupto y fragante, pareciendo no aguardar, a través de una noche sin fin, el esperado beso del Esposo. La ciencia no tiene explicación satisfactoria para semejante supervivencia. La cómoda hipótesis de que las momias, en un aire muy seco, resisten a la descomposición debe inclinarse ante la certeza de que los restos no embalsamados de Teresa descansan durante nueve meses en una tierra húmeda, en donde las lluvias se abrieron paso a través del humilde ataúd y atacaron inútilmente las invisibles cerraduras de ese elemento misterioso que pareció decir a los gusanos, aquí no entraréis. Y, sin embargo, no fue esto la prueba de su santidad, ni su causa, sino lo que sólo contribuyó a llamar la atención sobre ella.

Cabe preguntarse qué especie de mujer era ésta, que vivió sesenta y siete años, de extraordinaria fuerza y provecho a pesar

de enfermedades y aflicciones que habrían mantenido en el lecho a la mayoría de las personas; a la que se veía pobremente vestida andar por los caminos de España, montada en una mula o en un carretón de labriego, bajo un sol abrasador o un frío entumecedor; que muy rara vez poseía dinero con que pagarse una comida decente y que, ello no obstante, fundó diecisiete conventos y varios monasterios; que dormía en el frío granero como cualquier pastor, sin perjuicio de rechazar a una princesa, de hablar de igual a igual a una duquesa y de reñirle severamente a un rey. ¿A qué principio deberá apelarse para explicar las levitaciones y otros fenómenos extraños de la vida de una persona tan admirablemente dotada de las cualidades humanas más comunes? Porque el hecho es que Teresa poseía hermosura, encanto, genio literario de una rara calidad (si bien no cultivado), una sin par habilidad administrativa, humor, ternura y sentido común; la decisión y la intrepidez de un gran soldado, con la obediencia y la humildad de un santo. Con muy escasa instrucción básica, sabía de neurastenia, por ejemplo, más que llegó a saber Charcot tres siglos después, y alcanzó tal poder y tanta claridad como pensadora que incluso Leibnitz hubo de reconocer su deuda hacia ella, y los católicos la veneran casi como a una doctora juntamente con Santo Tomás, San Agustín y otros de los cerebros más poderosos de la Humanidad. ¿Cuál era, pues, el origen interior de tan vitales realizaciones a través de un cuerpo enfermizo, débil y, sin embargo, incorruptible? Veamos primero el escenario.

El mundo a que abrió ella los ojos en la primavera del año 1515 era un mundo que se agitaba en la agonía revolucionaria de la gran transición de la Edad Media a la Moderna. Hacía sólo veintitrés años, una sola generación apenas, desde el providencial año de 1492, cuando terminó la cruzada española de 777 años con la

rendición de Granada por los moros, la expulsión de los judíos y el descubrimiento del Nuevo Mundo. Sólo hacía nueve años que había muerto Cristóbal Colón. Todavía estaban vivos muchos de los hombres que habían surcado con él los mares y que se dedicaban a disfrutar del oro de las Indias en su tierra natal, mientras otros llevaban la luz de la civilización a Méjico o a la isla de Luzón, sin que ninguno de ellos tomara muy en serio aquella predicción de que el mundo iba a acabarse en el año 1655. Su señora, la reina Isabel la Católica, había muerto once años antes, y Carlos V era un muchacho de sólo quince años. El papa León X, hijo de Lorenzo de Médicis, ocupaba entonces la cátedra de San Pedro, y en el año 1514, el anterior al del nacimiento de Teresa, había promulgado una indulgencia ocasional, en las condiciones habituales de penitencia y contrición, a fin de levantar fondos con que erigir en Roma una nueva basílica, en donde trabajaba Miguel Ángel. Y en el año 1515, un fraile alemán, que contaba a la sazón treinta y tres años de edad, acababa de improvisar un sistema teológico que él consideraba como una extensión de las ideas de San Pablo y San Agustín, pero que estaba de tal forma cargado de explosivos espirituales que conmovió en sus cimientos todo el edificio de la vida y de la cultura cristianas y abrió la brecha para todos los conflictos posteriores de la vida moderna. Fue, en verdad, una interesante coincidencia la del nacimiento de Teresa y de la proclamación del dogma de la gracia de Lutero en el mismo año, pues ella tendría que considerar su propia vida como el antídoto y expiación de la de él. Lutero, atormentado por la desavenencia entre las cosas de la carne y del espíritu, intentó resolverla adoptando las cosas buenas de este mundo y fracasó. Teresa las aplastó con sus pobres pies calzados de sandalias y triunfó.

Una de las pequeñas venganzas del mundo fue la total cancelación, harto extraordinariamente, por cierto, por manos piadosas y amantes, del lugar exacto de su nacimiento. Los peregrinos se llevan, en efecto, una gran desilusión en Ávila cuando lo buscan. El primer biógrafo de la Santa, el padre Ribera, vio el cuarto donde ella vino al mundo y propuso que se le convirtiera en capilla y oratorio público; pero, por desgracia, olvidó hacer una descripción de tal sitio[1]. Han surgido diferentes opiniones acerca de cuándo fue tal casa destruida y por quién lo fue. Algunos han censurado por ello a su amigo don Diego Bracamonte, de una distinguida familia de judíos conversos, que la compró después de la muerte de la Santa[2]; otros, al conde-duque de Olivares, ministro favorito de Felipe IV, que adquirió el solar en el año 1630 y levantó en él una iglesia y un convento para carmelitas descalzas.

Cabe reconstruir el escenario primitivo, en parte por algunos vestigios de prueba, en la que se cuenta un inventario de los bienes y enseres de la casa, hecho por el padre de Teresa pocos años antes del nacimiento de ella. El solemne y macizo volumen de la casa se elevaba sobre la falda de un cerro al extremo oeste de la ciudad de Ávila, cerca del barrio moro, justamente enfrente de la iglesia de Santo Domingo de Silos y al costado de la iglesia de Santa Escolástica. Se le llamaba la «casa de la moneda, porque en sus tiempos lo había sido, y por ello era probablemente de tanta solidez, severidad y tan sencilla, con su aspecto oficial. El padre de Santa Teresa la compró en el año 1504, poco después de su matrimonio, y la convirtió en casa habitable. Al igual que las

---

[1] P. Francisco de Ribera, S. J.: Vida de Santa Teresa, lib. I. capítulo III, ed. del P. Jaime Pons, S. J.

[2] P. Silverio: Vida de Santa Teresa de Jesús (Burgos, 1937), vol. I.

residencias de la pequeña nobleza de Castilla, estaba calentada, incluso durante los fríos de cero grados, por grandes braseros llenos de carbón ardiendo; y el espacioso zaguán ostentaba algunas piezas cinceladas a mano y muy antiguas, bargueños admirablemente cincelados y taraceados, y amplios sillones de cuero de majestuosas líneas, todos ellos de muy severa dignidad y limitación, pues sabido es que los castellanos despreciaban la ostentación vulgar y tendían en todo a la rica sencillez.

Todo recuerda en tal casa los siglos de conflictos que dieron a España una mentalidad y una vocación definidamente militares. Diseminadas en uno y otro sitio, entre imágenes talladas y pinturas de antepasados, se veían las armas del jefe de la familia. Allí, toda clase de escudos, desde el de forma oblonga y larga hasta el pequeño de igual forma; allí, broqueles, lanzas, ballestas, para la guerra unas y para la caza otras; allí, dagas y espadas, armaduras completas, cascos y coseletes, brazales y ajustadores, y un poncho que, con arreglo a inventario, estaba valorado en cien *maravedís*. Allí se veían, asimismo, cuantos arreos hubiera para enjaezar caballos, como sillas y bridas, guardapechos de cuero y cabezadas, gualdrapas de seda bordadas de oro y espuelas finamente labradas en filigrana. En el vestíbulo podía verse una mesa de ajedrez, frente a la cual no hay duda de que el señor de la mansión se sentaba gravemente con algún invitado o vecino durante las largas noches de invierno, y no pocos adminículos de interés femenino, incluso una hermosa rueca. Grande era, para aquellos tiempos, el número de libros que en la casa había; algunos voluminosos tomos encuadernados con gruesas tapas de cuero, entre los cuales el inventario consigna un *retablo* de la vida de Cristo, un tratado sobre la Misa, otro sobre los Siete Pecados Mortales y algunas otras obras de índole más profana, como *Las*

*Trescientas* y *La Coronación*, de Juan de Mena, poeta del siglo XV, y algunas novelas de aventuras y libros de caballerías por el estilo del *Amadís de Gaula* y *Las Sergas de Esplandián*.

En tal casa nació, pues, una santa, al amanecer del día 28 de marzo del año 1515. Se han encontrado dos registros de tal acontecimiento, que muestran una curiosa discrepancia en cuanto a la fecha. Había la declaración del padre de la niña, afirmando que «el miércoles, del día veintiocho de marzo de 1515 nació mi hija Teresa, a las cinco de la mañana, media hora antes o después (era justamente cerca del alba en tal dicho miércoles)». En el breviario de Teresa (encontrado después de su muerte) había una nota por ella escrita años más tarde, y en la que se leía que «en el miércoles, día de San Bertoldo, de la orden de los Carmelitas, en el día veintinueve de marzo de 1515, a las cinco de la mañana, nació Teresa de Jesús, la pecadora». Pero quien tenía razón era el padre, ya que tal día veintiocho, y no el veintinueve, fue el que cayó en miércoles.

El padre de Teresa, don Alonso Sánchez de Cepeda, hacía subir su ascendencia a través de una noble familia, reducida por la fuerza de las circunstancias, hasta Sancho, rey de Castilla y de León, y contaba entre sus antepasados a dos grandes caudillos, Ximén Blasco y Esteban Domingo. Por su parte, la madre, doña Inés de Cepeda, descendía de Vasco Vázquez de Cepeda, que había combatido a las órdenes de Alfonso XI en el sitio de Gibraltar. Su padre, Juan Sánchez de Toledo, obtuvo carta de nobleza en el año 1500. Los seis hijos de Juan Sánchez, incluso el padre de Teresa, se procuraron otra en el año 1523, recibiendo, de tal suerte, todos los privilegios y las exenciones de los *hidalgos*,

perdidos más tarde durante la rebelión de las *Comunidades* contra Carlos V.

Don Alonso había hecho cincelar un escudo de armas en piedra, verdaderamente impresionante, sobre la puerta principal de la antigua fábrica de moneda, al convertirla en su casa habitación. Algunas descripciones de ésta se contradicen bastante. La más antigua, y acaso la más auténtica, menciona al león de los Cepedas en el ángulo superior de la izquierda, y otro león rodeado de cruces en el superior de la derecha; abajo, a la izquierda, seis roeles, y a la derecha de éstos, tres *bandas* o cintas, y encima de todo, la famosa torre ardiendo de los Ahumadas; recuerdos todos del valor en las cruzadas gloriosas.

La familia de Teresa se ufanaba, por sus dos lados, de su *limpia sangre*, es decir, sangre sin mancha de impureza mora o judía; desgraciada distinción que se ha propalado después como consecuencia de siglos de guerras religiosas. La santa misma se sentía molesta cuando, ya vieja, su amigo, el padre Gracián, le preguntaba acerca de sus antepasados, y contestaba: «Me basta, padre, con ser una hija de la Iglesia católica; y más me inquietaría el haber cometido un pecado venial que el descender de los hombres más bajos y más viles del mundo.»

El mismo don Alonso, aunque de ascendencia abulense, había nacido en Toledo, probablemente el año 1485, y en la época del nacimiento de Teresa seguía siendo conocido como el Toledano. Era un hombre grave y sesudo, tan sufrido en la adversidad como en la prosperidad, modesto, de vida templada, acaso buen jinete y no mal espadachín y, sin duda alguna, completamente opuesto, como todos los de su clase, aun los venidos a menos, a toda clase de trabajo útil o provechoso, la sola

idea de lo cual resultaba en extremo desagradable a los descendientes de los caudillos y los conquistadores. Hacia el año 1504 se casó con una dama abulense nombrada doña Catalina del Peso y Henao, de la cual tuvo dos hijos llamados Juan y María, que estaban en aquel entonces aproximándose a la madurez. Su fortuna ascendía en tal época a unos 350.000 *maravedís*, que aumentó en 100.000 la dote de su esposa. Doña Catalina murió en el año 1507. Dos años más tarde, en Goterrendura, a unas tres leguas y media de Ávila, viudo entonces y de unos veinticuatro años de edad, contrajo nupcias con una joven de catorce años, doña Beatriz Dávila y Ahumada, una bella y modosa hija de una de las familias más nobles y antiguas de Ávila y heredera de una cuantiosa fortuna allí y en las comarcas vecinas. Por parte de su madre, descendía de los ilustres Ahumadas, grandes héroes de las cruzadas contra los moros, y de los Tapias. Un año después de su casamiento con don Alonso, cuando sólo tenía quince años, dio a luz un hijo, Hernando, y otro el día 28 de marzo de 1511. Tenía ella a la sazón veinte años y su marido treinta cuando dio a luz a su tercer hijo, Teresa, en el año de 1515.

El nacimiento de la niña precisamente en el cuarto aniversario de su hermano Rodrigo fue motivo de gran alegría. Se la bautizó una semana después, el día 4 de abril, en la iglesia de San Juan, del siglo XI, en donde los viajeros pueden contemplar todavía en un oscuro rincón la pila bautismal con su borde de bronce cincelado en arabescos y, al lado, las piedras sillares con los huecos que dejaron las rodillas de los miles y miles de peregrinos que en ellas se doblaron durante siglos y siglos. Sus padrinos fueron dos vecinos, don Francisco de Núñez Vela (que en aquel alegre día estaba bien ajeno a la muerte brutal que él y su hermano habían de encontrar a manos de los sicarios de Pizarro en el lejano Perú) y

doña María del Águila, hija de don Francisco González de Pajares y parienta de los marqueses de Villaviciosa, de las Navas y de Villafranca.

A la niña se le puso el nombre de su abuela materna, doña Teresa de las Cuevas. Sus biógrafos contemporáneos no están de acuerdo en el origen del nombre. Ribera insistía en que fue primitivamente español y que tal vez perteneció a alguna de las primeras santas de España. En alguna ocasión, Teresa dijo que el nombre derivaba del de Santa Dorotea, o viceversa, y veneraba a tal Santa como a la patrona suya.

Teresa era una muchacha graciosa y bien formada. Al igual de muchas de las de Castilla, tenía la faz sonrosada de las gentes del Norte, y sus bien marcadas cejas, más bien rectas que arqueadas, eran un si es no es rojizas incluso cuando el tiempo llegara a oscurecerlas. Su cabello castaño y ensortijado sugería, por otra parte, una raza meridional, al paso que sus ojos, que parecían reírle y bailarle en el rostro cuando sonreía, eran casi negros, y la nariz, diminuta y simétrica, con sus aletas sensibles, era un poquito encorvada hacia la punta. Su cara era un tanto regordeta y redonda, y con tres leves lunares que en tal tiempo eran considerados como un gran ornato; uno de ellos bajo el medio de la nariz, el segundo en la comisura de la boca, a la izquierda, y el tercero debajo de éste en el mismo lado. Sus manos eran pequeñas y singularmente bellas.

Todo el mundo que esta deliciosa pequeña criatura conoció debía de componerse de la casa y el jardín, en la falda del cerro, y de la gente que en ella vivía. Cuando, hacia la mitad de su vida, escribió sus primeros recuerdos, la primera persona de quien se acordó fue de su padre, de quien era el hijo favorito.

«El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía, para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y ansí los tenía de romance para que leyesen sus hijos. Éstos, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó a despertarme, de edad a mi parecer de seis u siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de su hermano, la regalaba como a sus hijos, decía, que de que no era libre, no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad, jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera» ([3]).

Varios siglos de continuo batallar con los musulmanes habían llegado a embotar un tanto la conciencia de los hombres de Castilla con respecto a la esclavitud. Los moros convertían en esclavos a los hombres, a las mujeres e incluso a los niños, y los cruzados les pagaban en la misma moneda. Cuando cayó Málaga, en el año 1487, el rey, grandemente enojado por la resistencia tan larga y desesperada ofrecida por los musulmanes, distribuyó a muchos de ellos por las ciudades de España en calidad de esclavos junto con sus mujeres e hijos, y algunos de ellos sufrieron la esclavitud en la ciudad de Ávila. Y tal vez fuera una hija o nieta de aquellos infelices quien trabajara sin esperanza bajo la autoridad de uno de los hermanos Cepeda.

[3] SANTA TERESA: *Libro de su Vida*, cap. I.

El recuerdo de Teresa con referencia a su madre era más breve, si bien no menos afectuoso. Recordaba a una hermosa mujer que, al igual de tantas otras matronas de alto linaje de Castilla, se abandonaba al desaliño, incluso en la época de sus veinte años, a fin de evitar los peligros de la vanidad o de la seducción. Doña Beatriz tuvo poca salud toda su vida, pero jamás se quejó de ello; tenía la pureza de un verdadero ángel, gran sentido común y una encantadora serenidad que servía de consuelo y fortaleza a los demás, mientras ella resistía sus propios padecimientos internos. Asimismo, en su calidad de buena madre católica, acogía con alegría todos los hijos que Dios le mandara, y le envió nueve. Nació Lorenzo cuando Teresa tenía cuatro años, Antonio cuando cinco, Pedro cuando contaba ella seis, Jerónimo cuando cumplió siete. Hubo después un intervalo de cinco años, al cabo de los cuales vino al mundo Agustín, en el año 1527, y luego de él Juana, en el año 1528. El favorito de Teresa era Rodrigo.

La influencia que más profundamente contribuyó a formar su mentalidad, su corazón y su voluntad, durante aquellos primeros años de su vida fue, sin duda, la fe católica. En el siglo XVI en España no era tal religión cosa superficial, aguada por la timidez o el deseo de agradar a tales o cuales vecinos paganos ignorantes del verdadero contenido histórico del cristianismo. La esencia del catolicismo es el heroísmo, toda vez que lo menos que la Iglesia exige de los suyos es una virtud heroica como primero e indispensable requisito de esa vida totalmente cristiana a la que llama santidad. El mismo sacramento de la misa, a la que Teresa asistía en una de las iglesias próximas a su casa en compañía de su madre, no era sino una fiel reproducción de las horas más dolorosas y sublimes de la historia humana. Por otra parte, una de las costumbres inalterables de la casa de don Alonso era la de rezar el

rosario todas las noches, después de la cena, rosario que, a través de sus misterios, a medida que iban pasando las cuentas entre sus fuselados y flojos dedos, arrebataba la mente de la joven reproduciendo en ella toda la historia de la vida de Cristo en la tierra, así como las tristezas, alegrías y gloriosos triunfos de Su bendita Madre —realización de heroísmo como jamás hubiera otra que se le igualara—. Además de ello, en España, las circunstancias de la vida habían encendido en la conciencia cristiana una luz de fulgor extraordinariamente dramático, militante y austero. Se diría que en la vida española se había encarnado algo de la dureza del madero de la santa cruz y de sus despiadados clavos; su pueblo, como sus antepasados, habían pagado un precio muy alto por la verdad que lograran conquistar.

La misma ciudad de Ávila, la primera vez que Teresa anduvo por sus calles empinadas y tortuosas, era un completo panorama de piedra y de huesos humanos venerados, de la historia del conflicto de Cristo en España contra el príncipe de este mundo. Tan antigua era aquella ciudad que tal vez existiera ya, erecta en aquellas colinas próximas al rio Adaja, a 3.000 pies sobre el nivel del mar, cuando nuestro Señor vagaba realizando milagros por las tierras de Palestina. Según la tradición, en el siglo I, en el año 63 d. de C., San Pedro envió a uno de los siete diáconos apostólicos a fundar una sede en Abula, como entonces se la llamaba, y San Segundo hubo de derramar su sangre en una de las primeras persecuciones romanas que registra la historia. En el siglo IV, el archiherético Princiliano, que concibió un seudo-cristianismo, integrado por las ideas de los gnósticos y los maniqueos del moribundo Oriente, y que de haber sido aceptadas, habrían acabado por destruir toda vida genuinamente cristiana, fue proclamado allí obispo por sus partidarios, pero lo destituyó y le dio

muerte un emperador romano que había abjurado del paganismo. Allí, como en el resto de España, mandaban en aquella sazón los visigodos, quienes primero aceptaron, para después traicionarla, la fe, y fueron castigados por los conquistadores musulmanes, cuyo castillo aun está en pie. Y hasta el siglo XI no volvió a ser izada la cruz al lado de las banderas de los cristianos guerreros en la altiva ciudad. Entre los años 1090 y 1097, los habitantes de Ávila levantaron la espesa muralla de la ciudad, que es una de las obras más notables que nos ha legado la Edad Media. De cuarenta pies de altura y trece de espesor, se eleva sobre la misma roca viva para contornear las colinas en que se alza la catedral medieval (más bien fortaleza que iglesia) y la mayor parte de todos los restantes edificios; su perímetro es de 9.075 pies, y a lo largo de su extensión de matacanes eleva a la pureza del cielo de un azul incomparable la oración de sus ochenta y seis torres y sus 2.500 merlones. Circundadas por esas murallas de color gris pardo, las casas de la ciudad se elevan en hileras e hileras en dirección a ese recinto de iglesia y torres de conventos que es como una encendida cresta al ponerse el sol y al aparecer. En el centro, mirando hacia las murallas, se elevan los palacios de los grandes señores de Ávila: los Bracamontes, los Verdugos, los Cepedas y los Dávilas, como un cordón de piedras ceñido en torno a la colina.

Después de la reconquista, la ciudad prosperó y logró extenderse extramuros en tres grandes suburbios. Uno de ellos, en un terreno del todo llano, estaba destinado a desempeñar una parte importante en la vida de Teresa; pero, en tal momento de su vida, no era sino el lugar en donde se elevaba el convento de Santa Ana, en el que la reina Isabel la Católica rechazara un día la corona de Castilla. Al norte, en un pequeño claro, surge el suburbio de Ájates, donde, a lo largo del declive, se ven deleitosos jardines y, a lo lejos,

las montañas eternamente blancas de nieve, ostentando una infinita variedad de formas y colores. Al sur, de cara al valle de Ambles, está el suburbio que contiene el convento de los agustinos, y hacia el este el gran convento dominico de Santo Tomás, con algunos otros venerados santuarios santificados por las reliquias inapreciables de algunos santos. Abajo el claro río Adaja discurre mansamente retorciéndose en un cauce salpicado de cantos rodados, grandes y grises, y a lo largo de verdes riberas en las que, en tiempo de la santa, se elevaban varios molinos, pues el de los paños era el producto principal de la ciudad, y las aguas de tal río proporcionaban a los paños tintes que jamás desteñían. Desde allí se extiende la vista sobre la vega, de ocho leguas de longitud por dos de anchura, donde las sombras se alinean en grandes franjas, como las olas del océano, alargándose hasta las montañas.

Todo cuanto a la vista está allí muestra claramente que el conflicto en pro y en contra del cristianismo no dio fin con la expulsión de los moros y la erección de aquellas imponentes murallas. En el interior mismo de ellas surgieron, también, luego, diferencias, entonces entre cristianos y judíos, y, además, entre la nueva clase de judíos católicos, llamados *conversos*, y los *marranos* o cristianos nuevos. Uno de los episodios de tal lucha lo constituyó el destronamiento en efigie, en medio de la Vega, de Enrique IV, amigo de los moros y de los judíos. En el año 1491, la reina Isabel la Católica envió un salvoconducto a los judíos de Ávila después de haber sido uno de ellos muerto, lapidado, por la multitud enfurecida. En la iglesia de Santo Tomás, en la que se conservaba el brazo derecho del doctor Angélico, podían los chiquillos de Ávila contemplar la tumba de Torquemada, el gran inquisidor, no lejos del sepulcro del príncipe de Asturias, don Juan, al que la reina

Isabel había tenido que ceder, en la primavera de su vida, a la muerte.

El mero hecho de crecer en una ciudad en donde cada una de las piedras estaba maldecida o santificada por las memorias de un pasado sangriento y glorioso, constituía, ya de por sí, una excelente educación. Era aquélla una ciudad de pasiones, pero levítica, a pesar de ello, como muy bien dice don Miguel Mir. Al contemplarla desde la pradera y ver blanqueadas por la luz del sol sus bajas casas cuadradas, elevándose hilera junto a hilera por encima de las oscuras almenas de la sombría muralla, y ver el sol brillar en la dorada cresta que coronaba iglesias, conventos y monasterios (en los que millares de hombres y mujeres habían macerado sus carnes, durante siglos, por el amor de Dios), resultaba bien posible imaginarse que aquélla era la Ciudad de Dios de San Agustín, pronta a subir en la majestad del límpido cielo en un clamor de triunfo.

Todo ello penetraba un día y otro día en la mente y en el corazón de la pequeña Teresa de Ahumada. Cuando ella tenía tan sólo tres años, su padre hizo una donación de una gran cantidad de trigo para alimentar a los pobres, porque les amenazaba el hambre. Al tener cuatro años (en 1519, el año en que se embarcó Cortés para Méjico) sobrevino la Gran Plaga, algo parecido a la Muerte Negra de la Edad Media, que mató a miles y miles de personas en todas partes de España. El Consejo Real de Castilla se trasladó a toda prisa a la ciudad santa de Ávila, famosa por sus aires salutíferos, pero la plaga le persiguió hasta allí, y la pequeña Teresa iba enterándose de que algunas personas que había visto el día antes en la calle yacían al siguiente muertas. El clero, seguido por el Consejo Real, los funcionarios oficiales y la gente

del pueblo, marchó en procesión a la iglesia de Santo Tomás, implorando la gracia divina. Sacaron allí de su santuario la famosa Hostia Consagrada de La Guardia, que había sido robada y profanada hacía más de una generación, pero que se conservaba todavía intacta, y la llevaron a la catedral, mostrándola deslumbradoramente en medio de los cánticos y músicas de los penitentes; y allí, durante una semana entera, el cuerpo de Cristo fue adorado sin cesar noche y día. «Y el Señor, en Su bondad, escuchó las súplicas fervientes de los abulenses, pues la ciudad quedó limpia en poco tiempo» ([4]), mientras en el resto de España continuó la peste durante tres años más.

Aquello debió de ejercer una poderosa influencia en la avispada mente de una muchacha como Teresa. Gustaba ella, sobre todo, de escuchar historias de santos, especialmente la de los mártires que compartieron la muerte de Cristo, y repetía lo que había escuchado hasta que se identificaba en la aspiración con ellos, anhelando rehacer el mundo como Dios quería que fuese, para ayudar a Cristo a redimir las almas de todos los hombres. Admiraba Teresa a los héroes y a los cruzados; mas nunca, en tal época de su vida ni en ninguna otra, experimentó, aparentemente, deseo alguno de emular a Santa Juana de Arco, o a la reina Isabel la Católica, defendiendo con la espada la Ciudad de Dios. Apacible, dulce, generosa, serena, cariñosa y armoniosa —tales eran los adjetivos que afluían naturalmente a las plumas de todos sus contemporáneos que la describieron—. A la temprana edad de seis años se adentró derechamente en el problema espiritual del hombre, y encontró su verdadera solución en el sufrimiento voluntario, aceptado alegremente en imitación de Cristo. Incluso antes de em-

[4] Caramolino: *Historia de Ávila* (Madrid, 1873).

pezar a disfrutar de la vida, como dice Yepes, esta muchacha seria, con la que nadie podía hablar sin quedar en el acto cautivado, aspiraba a morir por el Señor que había muerto por ella. Hablaba frecuentemente de eso con su hermano Rodrigo, que, aunque cuatro años mayor, estaba dominado por la inteligencia superior y la imaginación más exaltada de su hermana. Ambos tuvieron largas conversaciones sobre ello en el patio de la casa y en el jardín, y hasta que Teresa fue de siete años y Rodrigo de once, uno y otra estuvieron completamente convencidos de que en este mundo nada era deseable, a no ser el morir en el martirio, presentarse Inmediatamente a los ojos de Dios y disfrutar de las bienaventuranzas del paraíso.

Oyera ella decir a los sacerdotes, a su padre y a su madre que tales bienaventuranzas no tendrían jamás fin; y había, por sí misma, advertido que todos los placeres de este mundo acaban siempre en fatiga, o repulsión, o hartazgo, o desagrado —el dulce se comía pronto y la diversión se olvidaba luego—; pero en el paraíso la cosa era distinta, pues la alegría duraba en él... *para siempre*. Piensa en ello, habría de decirle la hermana, piensa en ello, Rodrigo: *¡para siempre!*

Le haría ella repetir su frase: *¡para siempre, para siempre, para siempre, Teresa!* Y los dos dirían aquellas palabras musicales una y otra vez hasta que, medio intoxicados por ellas, llegarían a creerse de veras en el paraíso. *¡Para siempre!*

Uno de tales días, después de una conversación solemne, adoptaron una súbita decisión. Todos los días estaban los moros matando cristianos en África. «Me parecía que compraban demasiado barata la visión de Dios», escribió muchos años después Teresa. ¿Por qué, pues, no marchar al África y hacerse

martirizar? Gibraltar no estaba lejos —tan sólo unas cuantas semanas de andar—, y ya habría luego modo de atravesar el Estrecho en barca o de cualquier otra manera.

Así, pues, un día, en un momento en que nadie vigilaba, los dos muchachos se escaparon de la casa y se salieron de la ciudad por la puerta del Adaja. Unidos por la mano pasaron bajo las viejas piedras y se alejaron por el puente, columbrando en su imaginación el feliz día en que los moros les cortaran, con sus cimitarras, las cabezas.

# CAPÍTULO II

## UNA NIÑA PRESUMIDA Y SUS LIBROS PROHIBIDOS

Una pregunta primero, una búsqueda después, y luego un sobresalto de angustia llenó la casa de don Alonso al descubrirse la ausencia de Teresa y Rodrigo. No cabe duda de que María debió de tomar un camino, otro Juan y el joven Hernando otro distinto, hasta que en toda Ávila se corrió la voz de que «unos niños se han perdido». Mientras doña Beatriz bañaba el dolor de su corazón en fervientes oraciones, los alguaciles y corregidores empezaron a correr de acá para allá, mirando al fondo de los pozos, buscando a la vuelta de todas las esquinas y preguntando a los extranjeros o a toda persona sospechosa. Todo fue en vano. Nadie había visto a los niños. Doña Beatriz estaba segura de que se habían caído a un profundo pozo y se habían ahogado.

Mientras tanto, los jóvenes viajeros cruzaron el puente viejo y tomaron a la derecha por el camino que seguía la orilla del río. Después de haber marchado unos cuantos centenares de varas, llegaron a un lugar conocido como el *humilladero* —una cruz erigida en medio de cuatro burdas columnas de tosco granito, oscurecidas con el correr de los años, encima de una plataforma que coronaba un pequeño altozano rocoso y a la que se llegaba por unos cuantos pocos escalones—. Se detuvieron allí, en los Cuatro Postes, como la gente les llamaba, y dirigieron la mirada en su derredor para decidir lo que debían hacer, que era probablemente rezar al pie de aquella cruz. Tal vez volvieran atrás los ojos para

contemplar la luminosa ciudad que se tendía sobre la colina a la luz del sol, tal vez un tantico temerosos de aquella inmensidad desconocida de pradera y montañas que ante ellos se ensanchaba. Pero si Teresa tenla, en verdad, el carácter que cabe suponer que tenía, es muy probable que dijera a su hermano: —Vamos, Rodrigo; y que, cogiéndole de la mano, tratase de conducirle por aquel erial de penitencia.

Por fortuna, acertó a pasar entonces por allí un hombre a caballo; el cual, como providencialmente, era el hermano del padre de los niños, don Francisco Álvarez de Cepeda. Y, como es de suponer, allí mismo se acabó el viaje de los muchachos a Marruecos.

No hace falta gran imaginación para figurarse la alegría de doña Beatriz y la alternativa de severa reprimenda y halago con que se les recibió. Rodrigo, sometido a duro interrogatorio, se mostró un verdadero descendiente de Adán, pues le echó toda la culpa a su hermana.

Una vez que los dos estuvieron solos se dieron a hablar de nuevo del asunto, y no cabe duda de que Teresa debió de haber dado al olvido la debilidad de su hermano por cuanto decidieron que, puesto que no habían podido ser mártires, se harían ermitaños. ¿En dónde había aprendido aquella niña el secreto de todos los grandes místicos, de que la soledad y el alejamiento constituyen la *conditio sine qua non* de la contemplación? Lo aprendió por simple introspección; y comenzó a buscar en los aledaños de la casa algún sitio propicio para poder rezar a solas, sobre todo el rosario. Una vez decidida a levantar varias ermitas en distintas partes del huerto de detrás de la casa, puso a Rodrigo a la obra de colocar una piedra encima de otra hasta conseguir formar las

paredes. Mas, ¡ay!, que, al instante caídas, les fue forzoso abandonar aquel proyecto.

Sin embargo, Teresa seguía jugando a ser la monjita, haciéndose hábitos con los vestidos viejos de su madre y organizando a sus otros hermanos, a sus primas y a los muchachitos de la vecindad en comunidades de «frailes» y «hermanas». Lo cual era algo más que simple diversión. Desde sus primeros años Teresa parecía dotada de un gran amor cristiano y de gran compasión por los pobres. El dinero escaseaba en Ávila, pero cuando alguien le daba unos cuantos reales no tardaba en distribuirlos en limosnas entre los pobres. Con todo ello no hacía sino compartir aquel orgullo de familia y el de raza que, llevados hasta el extremo, se convirtieron en defectos del altivo carácter castellano. Una niña que, por doquier tendiera la mirada en la ciudad, podía ver vestigios de las glorias de sus antepasados —las tumbas esculpidas de los Cepedas en la catedral y los escudos de armas de Ximén Blasco y Esteban Domingo en los románicos ventanales de San Pedro—, era de suponer que hablase con complacencia, incluso en sus últimos años, de los lazos de su familia, de las buenas dádivas y hasta, en una ocasión, de la «limpia sangre». Sin embargo, aun en sus tiempos de infancia, se daba perfecta cuenta de la vaciedad de las distinciones arbitrarias entre unos hombres y otros, y prefería el bajo y el humilde al engreído. Especialmente cuando buscaba consuelo y soledad, debía de pasar junto a la puerta normanda y la torre con campanas de Santo Domingo, de detrás de su casa, y luego frente a la bella puerta gótica de Santa Escolástica, desde la que la Virgen y el Niño parecen mirar compasivamente a cuantos pasan por debajo, y seguiría cuesta abajo hasta el oratorio de San Lázaro, cerca de la puerta de Adaja, en donde había un hostal para viandantes pobres. Allí debía de arro-

dillarse a los pies de Nuestra Señora de la Caridad, cuya imagen estaba como extraordinariamente llena de vida y compasión ([5]).

No pocas contrariedades debieron de experimentarse en una familia como aquella de don Alonso; enfermedades de la madre y de los hijos, choques de personalidades, y, de vez en cuando, dificultades de orden pecuniario, como, por ejemplo, la del año 1524, en que tuvo que pedir prestados 34.000 maravedís y murió sin haberlos devuelto. Mas, cualesquiera que fuesen las desazones por que pasara, Teresa se las ofrecía a nuestra Señora, así como cuando le sobrevenía una alegría le daba las gracias, volviendo siempre a su casa, satisfecha y serena. Sentía un gran amor por San José, a quien imploraba en sus más apremiantes súplicas, y nunca la desoyó. Otro de sus favoritos era San Juan Evangelista, acaso porque había oído decir que era el discípulo amado de Cristo; pues era a su Señor y Salvador al que Teresa entregaba lo mejor y más ardiente del tesoro de su pequeño y amante corazón. Tenía siempre presentes las escenas dolorosas de la vida de Él. Tanto en la liturgia diaria, como al rezar el rosario, debía de contemplar ora Su nacimiento, ora Su muerte, y todos los acontecimientos dramáticos entre ellas, y lo mismo después, ya que la Iglesia, con el propósito de enseñar a sus hijos, conduce Su historia a través de todos los días y los meses del año que pasa.

Una de las escenas que a Teresa le agradaba más representarse a sí misma era la del encuentro entre Jesús y la Samaritana cerca del pozo de Jacob en las afueras de la ciudad de Sichar. ¡De qué manera inolvidable había sabido la mano de San Juan grabar

[5] Después de le destrucción del oratorio de San Lázaro, fue tal imagen colocada en una capilla de la catedral, desde donde cada 15 de octubre se la lleva en procesión a la iglesia de las Carmelitas y se le coloca allí frente a una imagen de Teresa.

las líneas esenciales de la escena, sugiriendo el resto, en el capítulo cuarto del Evangelio!

«Y estaba allí la fuente de Jacob. Pues Jesús, cansado del camino, así se sentó a la fuente. Era como la hora de la sexta. Vino una mujer de Samaria a sacar agua; y Jesús le dice: —Dame de beber. (Porque sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer.)

Y la mujer samaritana le dice:

—¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana? (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.)

Respondió Jesús y le dijo:

—Si conocieses el don de Dios, y quién es el que te dice: dame de beber, tú pedirías de él y él te daría agua viva.

La mujer le dice:

—Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual él bebió, y sus hijos, y sus ganados?

Le respondió Jesús y le dijo:

—Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, para siempre no tendrá sed; mas el agua que yo le daré, será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.

La mujer le dice:

—Señor, dame esta agua, para que no tenga sed, ni venga acá a sacarla.

Jesús le dice:

—Ve, llama a tu marido, y ven acá» (Jn 4, 6-16).

El profundo significado de esta observación aparentemente casual que penetró en el corazón de la mujer samaritana y puso al desnudo, como bajo la cruda luz del sol de mediodía, los pecados de su vida; el asombro de ella, y Su bondad, Su descubrirse a ella, como a todas las gentes (según el pensar de los fariseos), en Su divinidad; y el precipitado alejarse de ella del pozo y echar a correr a Sichar para esparcir la nueva de la llegada del Mesías, y la inmediata conversión de muchas personas, así como todo lo demás de este acontecimiento extraordinario, podría suponer bien poco o mucho para una muchachita de siete u ocho años; pero ella sintió un profundo interés por la metáfora del agua, penetró su agudo sentido y lo hizo suyo. El agua le pareció siempre a Teresa un algo deleitoso y de maravilla, un algo tan natural e inexplicable, tan definitivo y tan proteico en sus cambios, una tan clara evidencia del poder y de la bondad de Dios, que constantemente la admiraba y pensaba en la manera de describir sus propiedades. Diáfana, cristalina, muchas otras bellas palabras pueden aplicársela, mas ninguna tan espléndida, ni tan refrescante y consoladora como la de simplemente agua. Nunca perdió Teresa su infantil asombro y su arrobamiento a la vista y al tacto del agua; en las figuras de su charla invocaba siempre su recuerdo, pues a su mente poética se aparecía como la más espiritual entre todas las cosas materiales. Se complacía en imaginarse a Cristo en el pozo con la mujer samaritana, y le habría estado diciendo sin cesar: «Señor, dame de esa agua»; sin darse seguramente entonces cuenta de las tremendas consecuencias que tal petición entrañaba.

Podía ya leerlo todo. No se contentaba con leer las vidas de los santos, en la biblioteca de su padre, sino que incluso leía

romances e historias, que tanta popularidad habían conquistado desde la invención de la imprenta, pocas décadas antes.

No ha llegado a ponerse en claro por qué don Alonso no destruyó o vendió tales libros, ya que los desaprobaba, al igual de muchas otras personas sensatas y la mayoría de los predicadores, por considerarlos con tendencia a hacer a los lectores superficiales, locuaces, mundanos y en nada dispuestos a preocuparse por las graves cuestiones del espíritu. De lo cual se deduce que no era grandemente del tipo romántico del caballero español, cuya raída hidalguía habría de satirizar pocos años después Cervantes. Bien es verdad que don Alonso tenía el zaguán de la casa adornado con «viejas lanzas, alabardas, cascos y toda clase de armas y armaduras». Pero la semejanza con Don Quijote terminaba en que no podía decirse, como de éste, que su comida consistía en «una olla de algo más de vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, y algún palomino de añadidura los domingos»; ni tampoco pudiera asegurarse que llevara «sayo de velarte, calzas de velludo con sus pantuflas de lo mismo para fiestas». Y es de todo punto cierto, de lo cual tenemos el testimonio de la misma Teresa, que lejos de compartir el gusto del buen caballero de la Mancha por lo que pudiéramos llamar hoy novelas, éstas le desagradaban, y tal vez prohibiera a su hija que las leyese, ya que ella se escondía para hacerlo.

Doña Beatriz no estaba de acuerdo con su marido a este respecto. Era ella una gran lectora de romances y no veía razón para que los niños no pudiesen disfrutar de las hazañosas aventuras de Don Belianis de Grecia y de las virtudes excelsas de la princesa Oriana de Britania. Por lo demás, le parecía más bien verdadera

bendición que una tentación, a aquella mujer, al parecer débil, que había tenido el privilegio de traer al mundo a nueve hijos durante los diecinueve años de su vida conyugal. Andando el tiempo Teresa comprendió el punto de vista de su padre, pero en el momento de que se trata estaba, como es natural, de acuerdo con su madre, y aparece, a juzgar por su misma relación, cuando ya había sufrido su corazón un gran cambio con relación a ello, ya que las dos llevaban a cabo un pequeño engaño femenino a expensas del dueño de la casa.

Teresa escribía: «Era aficionada a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para ti; porque no perdía su labor, sino desenvolviémonos para leer en ellos; y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos, que no anduviesen en otras cosas perdidos. Desto le pesaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese» (*Vida*, cap. II).

Acaso exagerase Teresa el mal efecto de tales libros; años después, como monja camino de perfección, censuraba a su madre, diciendo: «Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta, que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos, y comenzar a faltar en lo demás: y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque ascondida de mi padre. Era tan estremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento.»

Probablemente Rodrigo compartía ese su esparcimiento y su engaño. Los dos compusieron un libro de caballería que probablemente destruyó ella, ya que el manuscrito no ha sido hallado. No

cabe duda de que sería la más divertida, si no la más ejemplar, de todas sus obras.

Teresa estaba tan impresionada con el daño que todo ello le causaba que, más adelante, escribió lo que parecería ser, en tales circunstancias, una severa censura de su madre. Así diciendo: «Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres, que no procuran que vean sus hijas siempre cosas de virtud de todas maneras; porque con serlo tanto mi madre, como he dicho, de lo bueno no tomé tanto, en llegando a uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho.»

¿Cuáles fueron esos libros que despertaron las primeras enconadas luchas en el alma de esa niña? No los nombra ella. Pero, sin duda alguna, fueron los extravagantes relatos de entonces, tales como el *Amadís de Gaula*, que era el arquetipo de centenares de obras por el estilo. Tal vez, nacidos en el ciclo Arturiano, acaso en Francia, y pasando por las manos nada reverentes de los trovadores provenzales, tal novela hizo su aparición en Portugal y, luego, en España, en donde fue impreso en el año 1519, cuando Teresa tenía cuatro años de edad. Su popularidad le procuró una legión de imitaciones, una de las cuales fue el *Orlando Furioso*, otro el *Amadís de Grecia*, del que hubo de tomar Shakespeare su Florisel de *Un cuenta de invierno*.

Amadís era el hijo ilegítimo de Perión, rey de Gaula, y de la princesa Elisena de Britania. Abandonado por su madre en un cesto en el río, fue recogido en el mar por un caballero escocés y criado en la Corte de Escocia. Después de haberse casado con Oriana, hija del rey Lisuarte de Inglaterra, volvió a Gaula, en donde dio comienzo a sus insólitas aventuras. En todas las versiones de ellas hay lances de capa y espada a pedir de boca, y acometidas,

botes y astillamientos de lanzas a granel en cada página. El íntegro caballero anda buscando siempre aventuras, y tiene su vida en constante peligro por causa de gigantes, leones, brujas y hechiceras, a medida que sigue su camino rescatando damiselas secuestradas y damas de, por supuesto, incomparable belleza y exquisita ternura.

El número de imitaciones inferiores de tal florida ficción y el crecimiento del interés de las mentes sensatas por el efecto producido en la gente joven quedaron perfectamente presentados en la escena de Cervantes, en donde el cura y el barbero queman los libros que le habían «rematado el juicio a Don Quijote y le habían hecho «dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco alguno en el mundo», hasta que se decidió a «hacerse caballero andante e irse por todo el mundo» vengando todo género de agravio de malvados, como el gigante Caraculiambro y otros por el estilo. El buen cura sometió a juicio libros como *Las Sergas de Esplandián, Amadís de Grecia, La reina Pintiquinietra, Don Olivante de Laura, Florismarte de Hircania, El caballero Platir, Reinaldos de Montalbán y Don Belianis;* pero libró del fuego a *Palmerín de Inglaterra* y también a *Amadís de Gaula* porque, como dijo el barbero, era «el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto». De los restantes, condenó al uno por ser «disparatado y arrogante», y al otro por «la dureza y sequedad de su estilo».

Era de suponer que en la imaginación de la pequeña Teresa, a la sazón de nueve o diez años, tales lecturas estaban llamadas a producir su efecto. Así escribió luego: «Comencé a traer galas, y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener,

que eran hartas, por ser curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecía a mí no eran ningún pecado muchas años; ahora veo cuán malo debía ser.»

Esta vanidad, comprensible en una niña que se daba cuenta de que era linda y, naturalmente, anhelaba llegar a tener tanto encanto como Oriana en la granja rodeada de fosos, se sentía alentada por su compañerismo con algunos frívolos y mundanos primos suyos, de casi su misma edad o de un poco más, hijos de un hermano de su padre, don Francisco Álvarez de Cepeda —en realidad existía un doble parentesco, ya que su madre era doña María de Ahumada, una sobrina de doña Beatriz—. Su casa, de la plazuela de San Francisco, estaba unida a la de don Alonso por un pequeño solar, por el que los chiquillos correteaban de lo lindo. Entre sus primos estaban Pedro, Francisco, Diego, Vicente; ellas eran Inés, Ana, Jerónima y Guiomar. Y esos eran los únicos niños a quienes don Alonso, que resultaba un verdadero castellano en lo de la estricta vigilancia de los pequeños, permitía la entrada en su casa.

Teresa escribió: «Andábamos siempre juntos, teníanme gran amor; y en todas las cosas que les daba contento, los sustentaba plática y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas; y lo que peor fue mostrarse el alma a lo que fue causa de todo su mal. Si yo hubiera de aconsejar, dijera a los padres que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor, que a lo mejor. Así me acaeció a mí.»

En vez de imitar a su medio hermana, María, una joven de gran pureza, sentido común y bondad, Teresa, a estar a lo que sus mismas palabras dicen, «tomó todo el daño de una parienta, que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me había de venir), y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A esta que digo me aficioné a tratar. Con ella era mi conversación y pláticas, porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo, que yo quería, y aun me ponla en ellas, y daba parte de sus conversaciones y vanidades».

Mas, ¿qué eran precisamente tales conversaciones y vanidades que andando el tiempo le parecieron tan nocivas? Su vaguedad ha contribuido a la máxima amplitud de la interpretación. Sin embargo, ha de parecer evidente que, escribiendo en un tiempo en que hasta el pecado más venial se le antojaba como un tremendo peligro, ya que al fin y al cabo ofendía a Dios, ella exageraba lo que sólo era curiosidad natural sentida por una niña acerca de la conversación de una prima suya de algo más edad que ella, más complicada, y que se complacía en ostentar a los ojos de ella un conocimiento mayor del mundo, incluso en dejarla un poco asombrada. Muchas de tales conversaciones debieron de ser sin duda de las de la especie de dimes y diretes.

Doña Beatriz no se encontraba bien entonces. Después del nacimiento de Jerónimo, en el año 1522, no tuvo más hijos hasta que vino al mundo Agustín, en el año 1527, y, al año siguiente, nació la segunda hija, Juana, a la sazón en que Teresa tenía ya

cerca de trece años ([6]). Su madre contaba treinta y tres, pero como se vestía a la manera de las señoras de edad, parecía mucho más vieja.

Tal vez fue el estado de salud de su esposa, y la esperanza de que el cambio de aire la sentaría bien, lo que el año 1528 indujo a don Alonso a llevar a su familia a una finca de campo que poseía en Goterrendura, aldehuela de noventa y tres habitantes en la región montañosa, a cosa de tres leguas y media al norte de Ávila. Era allí don Alonso propietario de algunas de las casas del lugar, de un jardín con palomar y de un ganado de unas dos mil cabezas, amén de viñedos, prados y campos; todo ello parte de la dote que había recibido con su segunda esposa. Aquella gente campesina se acordaba del precioso vestido y de las alhajas que el serio hidalgo había regalado a su esposa hacía ya diecinueve años con ocasión de la boda. Los labriegos querían mucho a doña Beatriz, pues era su castellana, la mujer más rica y de más alcurnia de aquellos contornos, a la que nunca acudían en balde los pobres y a la que recurrían los campesinos en sus disputas y sus tribulaciones. Tal vez Goterrendura era como el verdadero hogar para ella, y su salud mejoraba mucho allí.

Pero aquella vez la cosa era mucho más seria. En vez de mejorar, el estado de salud de la madre de Teresa se agravó al extremo de que, al llegar el otoño, quedaba ya poca esperanza de que pudiera seguir viviendo. De modo que el día 24 de noviembre envió a buscar un notario para hacer testamento.

---

[6] No cabe duda de que Teresa se equivocó al decir en *Su Vida*, capítulo I, que no tenía apenas doce años cuando murió su madre. No se sabe la fecha exacta de la muerte de doña Beatriz. pero su testamento fue hecho el día 29 de noviembre de 1528. Teresa había nacido en el mes de marzo de 1515.

Por último —¿fue unos días más tarde, o al siguiente año? — el hecho es que recibió la extremaunción y murió con la misma serenidad e igual resignación con que había vivido.

La referencia de Teresa a tal acontecimiento es breve, casi superficial, pues luego escribió: «Me acuerdo que cuando mi madre murió, yo tenía doce años, o algo menos.» (Pero tenía ya cerca de catorce.) Y añade que estaba muy afligida y que lloró mucho cuando comenzó a comprender lo que había perdido. No dice, en cambio, si estaba en Goterrendura, o (como el padre Silverio cree más probable) si se hallaba en Ávila.

El testamento de doña Beatriz era bien característico de los de aquel entonces. Encomendaba su alma a Dios, que la había creado y redimido con su preciosa sangre, y su cuerpo a la tierra de que había sido formada; y pedía a Dios que, si le placía llevársela de esta vida presente, que fuera sepultado su cuerpo en la iglesia de San Juan de Ávila, en donde, si le parecía bien a su esposo y señor, don Alonso Sánchez de Cepeda, se dijeran cuatrocientas misas por la salvación de su alma: cien en San Juan; cien en Santo Tomás, de Ávila; cien en el monasterio de San Francisco, de la ciudad, y las últimas cien en el convento carmelita de Santa María. Terminaba repartiendo su fortuna entre su marido y sus hijos, y nombrando a su marido y al padrino de Teresa, Francisco Pajares, albaceas testamentarios.

Si, como algunos han supuesto, la fecha de su muerte siguió inmediatamente después a la de la firma de su testamento, debía de comenzar el invierno en aquellas frías montañas y campos de Castilla cuando don Alonso y la familia regresaron a Ávila para conducir allá el cadáver de doña Beatriz a su última morada. El escritor Mir supone, acaso harto gratuitamente, que debió de ser al

rayar el día o tal vez incluso antes; que hacía un frío duro y penetrante y que el viento soplaba lúgubremente sobre el Guadarrama y las llanuras desoladas, cuando se colocó al cadáver en un carro cubierto de enlutadas telas, del que tiraban dos bueyes, mientras algunos de los aparceros de la difunta, con antorchas encendidas en las manos (pues Mir supone que era todavía noche cerrada), formaron una pequeña guardia de honor a cada lado del carro. No se menciona si don Alonso fue a caballo, acompañándolo, o en el carruaje con sus hijos, pero fácil es imaginarse los suspiros de las niñas, las oraciones de María y de algunas de las parientas, los gemidos de los sirvientes a medida que el carro iba descendiendo por el helado cerro abajo. Fue un viaje de tres o cuatro horas hasta Ávila; por lo cual habrían podido hacerlo en pleno día.

De todos modos, después de los funerales, Teresa se dio inmediata cuenta, como si hubiera recibido una súbita estocada, de lo que había desaparecido para siempre de su vida. Lloró desconsoladamente hasta que por fin huyó de aquella casa, que tan vacía había quedado para ella, al hospicio de San Lorenzo, próximo a la puerta de Adaja.

Allí, en la propicia penumbra, alumbrada por la vacilante luz de los cirios votivos, estaba la venerada imagen de Nuestra Señora de la Caridad, compasiva y serena, extendiendo sus manos consoladoras a todos los afligidos de la tierra. Y, anegada en lágrimas, la niña se postró de hinojos y exclamó: «Ahora debéis vos ser mi madre.»

Y le pareció como si su súplica hubiera sido atendida. Tal vez creyera ver con sus anublados ojos la amable cabeza de la Madre Virgen moviéndose despacio hacia abajo y arriba en señal de

asentimiento. De todas suertes, en vista de aquellos acontecimientos dolorosos, jamás pudo pensar que la respuesta a su impetración era completamente imaginaria (*Vida*, cap. I).

# CAPÍTULO III

## LA ADOLESCENCIA Y EL CONVENTO AGUSTINIANO

A sus trece años, Teresa era una muchacha muy solitaria. Sabía cuánto había dependido de su madre y cuán inmensa, aunque ya lo hubiera dado por supuesto, había sido la irradiación de amor de aquella alma tan pronta al sacrificio y tan resignada. Don Alonso estaba bien intencionado y Teresa era su favorita; pero ¿cómo iba él a poder tener la comprensión de una mujer? María y Juan, los hijos de su primer matrimonio, estaban ya crecidos. Hernando tenía dieciocho años, y Rodrigo estaba en esa edad en que un muchacho adopta una actitud de altivez hacia una hermana cuatro años menor que él. Entre estos tres y los más pequeños —Lorenzo tenía nueve años, Antonio ocho, Pedro siete, Jerónimo seis, y los restantes eran no más unas criaturas— Teresa quedaba abandonada, sobre todo, a sus propias fuerzas. Por primera vez empezó a darse cuenta de lo que es la soledad. Y, volviéndose de la incapacidad humana hacia los infinitos recursos de la Divinidad, halló un verdadero consuelo en la soledad de Cristo en su Cruz, y en la soledad de María, una vez que las sombras empezaron a cubrir el terrible día de su pérdida. Acaso naciera entonces aquella su costumbre de pensar preferentemente en Él en los momentos abandonados de Su vida (de lo cual habla ella en el cap. IX del *Libro de la Vida*, su autobiografía). Durante muchos años, antes de dormirse por las noches, se acordaría de Su solitario sufrimiento en el Huerto, en el misterio de la súplica: «Padre, si es posible, haz

que pase de mí este cáliz... Pero hágase no como yo quiero, sino tu voluntad.»

A tal fervor siguió a las pocas semanas, tal vez meses, una reacción. No tardó mucho en empezar a volver a leer, ocultándose bajo la cama por miedo de los ojos vigilantes de su padre, los volúmenes que tanto la turbaban con las historias de Oriana y la libertad de Andandona; y habría debido ser distinta de las otras jóvenes de gran imaginación si, a veces, no se hubiera puesto en el lugar de la dama amada por un héroe como Esplandián, hijo legítimo de Amadís de Gaula, y si no se hubiese contemplado con satisfacción en su espejo, preocupándose de la mejor manera de arreglarse el peinado. Al descubrir que sus manos eran extraordinariamente bellas, comenzó a dedicar mucho tiempo a su cuidado. Al igual de la mayoría de las jóvenes de su clase, usaba varios afeites. En aquel ardoroso siglo, hasta los hombres eran aficionados a los perfumes.

Ya había crecido lo bastante para ser presentada en sociedad en Ávila, pues su madre, a la edad de ella entonces, ya se había casado. No se ha descubierto referencia alguna de su vida social. Se había convertido en una de las más bellas muchachas de la ciudad, de brillantes ojos negros, dientes blancos y relucientes, labios rojos y suave cutis, y tal vez esté en lo cierto alguno de sus modernos biógrafos al decir que, cuando se presentaba en un baile, en una fiesta, una corrida de toros o un juego de cañas, llevaba algunas de las joyas mencionadas en uno de los detallados inventarios de su padre, anotadas como habiendo pertenecido a su madre. Entre las cuales había, por ejemplo, un collar valorado en 30.000 maravedís, dos cadenas de oro, algunos anillos también de oro, arracadas, ajorcas y otros adornos; así como vestidos,

enaguas de hilo de Ruán, telas de seda, recamados de luto, corsés, fajas de tafetán bordadas de oro, collares como los llevados por damas del más alto linaje y redecillas de hilo o tela de seda para sujetar el peinado. Montaba e iba de acá para allá a lomo de mula, la cabalgadura usual de las damas de Castilla, y era admirada por su manera de montar, incluso en su edad más avanzada, como afirma Gracián. Era muy hábil en el juego del ajedrez, Juego que parece más apropiado para hombres que para mujeres, y se ponía muy contenta cuando podía darle mate al rey de su contrincante. Sin duda, jugaba con su padre en las noches de invierno, una vez acostados sus hermanos menores. Como todas las otras damas de Castilla, sabía hilar y coser. De suerte que podía haber sido una de las damiselas más codiciadas de Ávila; hermosa, afectuosa, discreta, alegre y franca, razonablemente devota y con una buena dote legada por su madre. No carecía de cierto orgullo castellano de su linaje y un si es no es de la corriente vanidad femenina, con un deseo profundo y completamente natural de ser grandemente amada, a la manera como lo eran las damas en los libros de caballerías por sus extraordinarios enamorados... Tales faltas, si es que lo eran, habrían facilitado, en vez de entorpecer, sus probabilidades matrimoniales. Es muy de creer que su padre comenzase a pensar en cuál de entre los jóvenes que conocían pudiera ser un buen esposo para Teresa. Algunos de sus biógrafos han llegado a afirmar que ella misma pensaba en su casamiento con un joven caballero, pero cualquier prueba a este respecto es de lo más inconsistente.

Por esta época intimó de nuevo con aquella su prima tan ligera de cascos cuyas frivolidades habían de tal manera preocupado a su madre, y comenzaron de nuevo todo su parlerío y

novelería. ¿Era acaso esta pizpireta compañera la Inés o la Ana de Tapia, que ambas a dos fueron luego monjas carmelitas? Sería interesante poseer una referencia detallada de las charlas de esas dos jovencitas llenas de vida y ganas de divertirse, que probablemente creían estar cometiendo una grave falta al entregarse a tales coloquios con un apuesto joven sin la vigilancia de la dueña. Hay que admitir que las mismas palabras de Teresa, escritas treinta y cinco años más tarde, se prestan a diversas interpretaciones.

«Hasta que traté con ella, que fue de edad de catorce años, y creo que más (para tener amistad conmigo, digo, y darme parte de sus cosas) no me parece había dejado a Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra; éste tuve fuerza para no la perder del todo; ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona de él, que a esto me hiciese rendir. Ansí tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural, para no perder en lo que me parecía a mí está la honra del mundo; y no miraba que la perdía por otras muchas vías. En querer ésta vanamente tenía extremo: los medios, que eran menester para guardarla, no ponía ninguno; sólo para no perderme del todo tenía gran miramiento.

»Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad, reprendíanmela muchas veces; como no podían quitar la ocasión de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias, porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía; y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer; en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace; querría

escarmentasen en mí los padres, para mirar mucho en esto. Y es ansí, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosos no me dejó casi ninguno; y me parece que me imprimía sus condiciones ella, y otra que tenía la misma manera de pasatiempo. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía; y tengo por cierto que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara a temer a Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Después, quitado este temor del todo, quedóme sólo el de la honra, que en todo lo que hacía me traía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía a muchas cosas bien contra ella y contra Dios.

»AI principio dañáronme las cosas dichas, a lo que me parece, y no debía ser suya la culpa, sino mía; porque después mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo: que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura que me aprovechara; mas el interés las cegaba como a mí la afeción. Y pues nunca era inclinada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino a pasatiempos de buena conversación; mas puesta en la ocasión, estaba en la mano el peligro, y ponía en él a mi padre y hermanos: de los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese; aunque no pudo ser tan secreto, que no hubiese harta quiebra de mi honra, y sospecha en mi padre.»

En estas conversaciones y pasatiempos, en estas ofensas contra Dios, a las que Teresa se dejaba guiar por la influencia de su prima, todos los escritores que se han enfrentado con tales

párrafos, más bien vagos y contradictorios, han encontrado, sería cosa de decirlo, el reflejo del propio espíritu. Por una parte, como pecadores, han imputado graves pecados a una santa que la Iglesia ha canonizado. Por otra parte, hay esas almas piadosas que acostumbran considerar a los santos como abstracciones casi sin sangre, sin las faltas y las pasiones de los seres humanos.

De los biógrafos contemporáneos de Teresa, los dos que mejor la conocieron encaran valientemente el problema. Los dos aceptaron el principio de que las faltas de los santos no deberían ser ocultadas o paliadas por sus hagiógrafos. El padre jesuita Ribera escribió: «Yo no pienso bien de esos escritores de santos que quieren encubrir los pecados y la debilidad en que, como seres humanos, han caído; porque ello es cubrir en parte la grandeza de la bondad y compasión y sabiduría de Dios, que sufre tales ofensas, y los redime de ellas por medios muy eficaces, apropiados y admirables. Y así, si yo supiera más acerca de los pecados de la Madre Teresa de Jesús, no dejaría de decirlos, porque ella misma querría que se reconocieran, para que la bondad de Dios fuera conocida y resplandeciera más su bondad en ellas. Pero, por otra parte, carece de sentido el atribuirle pecados que ella no cometió jamás.»

Después de la muerte de Teresa y la publicación de su *Autobiografía*, el padre Ribera se tomó el trabajo de realizar investigaciones sobre «pecados» de ella cerca de las personas que la habían conocido íntimamente. Una madre priora carmelita le dijo que la santa, al hablar del problema de la castidad con sus monjas, cuando ya era vieja, dijo delante de ella: «Yo no entiendo de esto porque el Señor me ha concedido el favor de no haber tenido que confesar nada por el estilo durante toda mi vida.» Las averigua-

ciones de Ribera le llevaron a creer que las faltas que ella se reprochaba a sí misma no eran pecados de la carne, ni ninguna concesión de la voluntad para con ellos, sino meramente conversaciones ligeras que inducían a pensar en las cosas mundanas, más bien que en las espirituales, que luego le hubieron de parecer mucho más importantes. Creía ella que había sido culpable de ingratitud, ya que Dios la había concedido tanta luz. Ribera sospechaba que, cuando ella escribía, los pecados se le presentaban a la imaginación como mortales, pero él estaba seguro de que no existían.

El padre Yepes, que también la trató en vida y escribió de ella después de su muerte, se mostraba de acuerdo con todo esto. Dios permite a sus santos incurrir en ciertas debilidades y faltas —según él dice— para alentarnos al resto de los demás, para que no nos imaginemos que la santidad es algo «con que se nace, o necesario», en vez de la unión con Aquel a quien puede llegar todo el que verdaderamente quiera; y a tal efecto cita los ejemplos del rey David, San Pablo, Santa María Magdalena, Santa María Egipciaca y de otros. Estos santos, al sobreponerse a sus pecados, vencieron al demonio y glorificaron la magnanimidad de Dios. Así era Santa Teresa; pero Yepes cree que toda vez que abominaba de toda impureza, ella no podía consentir o hallar placer en ningún pecado mortal. Luego, ella como otros santos, hizo comentarios sobre sus virtudes y exageró sus pecados «convirtiendo los mosquitos en elefantes». De la misma manera Santa Catalina de Siena estuvo llorando durante toda su vida sus frivolidades infantiles.

La verdadera clave para toda la dificultad estriba probablemente en un comentario casual que escribió Santa Teresa al final del capítulo en que habla de sus «maldades». Prosiguió ella

comentando sucesos posteriores y, al final, volvió en su manera característica a la primera consideración, diciendo: «Una cosa tenía, que parece me podía ser alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas, y es que era el trato con quien por vía de casamiento me parecía podía acabar en bien; e informada de con quien me confesaba, y de otras personas, en muchas cosas me decían no iba contra Dios.»

Estas son las palabras que han inducido a algunos escritores a suponer que Teresa pensaba por sí misma en el matrimonio. Lo cual es posible, desde luego, y no le quitaría un ápice a su honor o a su santidad. Pero, al examinar cuidadosamente el texto, parece más probable que era entonces confidente de su joven prima, que estaba preocupada con el himeneo. Acaso la muchacha mayor le dijese más de lo que ella podía comprender, perturbando de tal manera aquella imaginación infantil tan viva y sembrando en aquella conciencia sensibles escrúpulos y temores que asumían una importancia desproporcionada con su actualidad. Jamás se adujo prueba de ninguna mala acción por parte de Teresa; y la Iglesia católica, atada por las palabras de Cristo, cuando dice: «Cualquiera que mirase a una mujer con ojos de concupiscencia, ha cometido ya adulterio con ella en su corazón» (Mt 5, 28), ha declarado, después de una prolija investigación, que vivió toda su vida en un «estado de angelical pureza de corazón y de cuerpo».

Tal vez sus parientes empezaban a ver la frivolidad y el sentimentalismo de Teresa y a hacer comentarios sobre ellos, ¿o era sólo acaso que ella se imaginaba sabían los demás lo muy ingenua que había sido? De todos modos, ya había estado diciéndose en el espacio de cerca de tres meses lo bastante como para alarmar a su buen padre y hacerle pensar que no estaría de más enviarla al

colegio de un convento una temporada. Al parecer, no exageraba él la situación como ella lo hacía, ni la reprochaba absolutamente nada. Así pudo luego escribir: «Era tan demasiado el amor que mi padre me tenía, y la mucha disimulación mía, que no había creer tanto mal de mí, y ansí no quedó en desgracia conmigo. Como fue breve el tiempo, aunque se entendiese algo, no debía ser dicho con certinidad; porque como yo temía tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podía serlo a quien todo lo ve» (*Vida*).

Tal vez don Alonso podía comprender a su hija más de lo que ésta creía. De todas suertes, él decidió enviarla al convento agustiniano de Nuestra Señora de la Gracia, en donde se educaban muchas hijas de amigos suyos. De tal modo evitaba el hacerla objeto de la murmuración, acaso a costa de su buen nombre. Conocedor, como era, de la naturaleza humana, el buen hidalgo esperó una oportunidad, que se le presentó que ni pintada en los desposorios de su hija mayor, María, con don Martín Guzmán y Barrientos, quien tenía unas propiedades en Castellanos de la Cañada. En aquella ocasión dio a entender que, como la hermana de Teresa iba a casarse pronto, no era conveniente que ella se quedase sola en la casa sin madre.

Pudo haber sido una suerte para Teresa el que justamente por aquel entonces ocurriera en Ávila un hecho que dio a la gente motivo de conversación más serio que las vanidades de una muchachita. La emperatriz Isabel, que, al decir de algunos admiradores, era la mujer más bella de Europa, llegaría allí en la tarde del 24 de mayo de 1531. Había estado restableciéndose de su enfermedad en los jardines de Aranjuez, y tenía que ir a Ávila para disfrutar del aire tonificante del lugar y alejar a sus dos hijos, Felipe

y María, de las epidemias que hacían estragos en el Sur. El emperador Carlos, ausente durante dos años de España, estaba en Alemania tratando de poner fin a los disturbios ocasionados por un monje llamado Lutero. Y, en su calidad de emperatriz, ella gobernaba el país en nombre de él. Ávila iba, por tanto, a ser la capital de España durante aquel verano. No fue, por tanto, un pequeño suceso el de ver a la imperial dama portuguesa entrar por la puerta del Este a tiempo que el sol se ponía. El príncipe Felipe, entonces de cuatro años de edad, montaba una pequeña mula, que llevaba de la brida el apuesto marqués de Lombay. Al ver a todos aquellos rapaces salir a recibirles bailando a los sonidos de una música de trovadores, y al contemplar aquellas hogueras que en las cumbres de los cerros alumbraban la oscuridad que iba adentrándose, ¿quién habría adivinado que, andando el tiempo, aquel muchacho iba a ser (injustamente) conocido como el Demonio Negro del Sur, y el marqués como San Francisco de Borja?

Teresa debió de haber oído hablar mucho de tal asunto. Es muy probable que estuviese allí presente como las otras damiselas y que presenciase el despliegue de todo aquel esplendor. Sin embargo, cuando escribió la historia de su alma, mucho después que la hermosa Isabel fuera entregada al polvo de la tierra junto a su homónima y abuela en Granada, los problemas del mundo tenían tan escaso significado para ella que ni siquiera mencionó la visita imperial, así como tampoco la llegada de Pizarro al Perú en aquel mismo año. Y no obstante, la emperatriz y el rey Felipe II, como más adelante se verá, habían de ejercer una gran influencia en su vida.

El día 24 de agosto su majestad presentó al príncipe a las familias linajudas y al pueblo de Ávila en el histórico convento de

Santa Ana. Es probable que Teresa no asistiera a ello; ya que, en un caluroso día del mes de julio (el 13, según la tradición), su padre la acompañó por la puerta de la ciudad, y a través de una campiña donde soplaba recio viento, a la cumbre de un cerro situado al Sur, desde donde se contemplaba el panorama del hermoso valle de Amblés y de los valles y prados circundantes, a un edificio de dos pisos cubierto de tejas junto a la masa solitaria de una iglesia, sitio en donde de ella se despidió, a la puerta del convento de las agustinas. Y mientras Teresa seguía silenciosa a una de aquellas monjas, que tal vez fuese la madre superiora, don Alonso se volvió tranquilamente hacia su morada, convencido de haber hecho lo mejor que cabía hacer.

No había en tal convento nada de la flojedad que arrastrara a ciertas comunidades agustinianas en Alemania a aceptar las falacias de Lutero. Por lo contrario, las pocas monjas que vivían en Nuestra Señora de la Gracia en Ávila eran conocidas por su austeridad y la pureza de sus vidas, por su devoción a la Iglesia, así como por la severa disciplina a que estaban sometidas. Don Alonso sabía perfectamente que no haría tonterías en tal convento. Este había sido fundado en 1508 por la viuda de un platero y sus dos hijas, las cuales dos se hicieron monjas. En el año 1520, y durante seis años más, su director fue nada menos que Santo Tomás de Villanova, que rehusó ser arzobispo de Granada y que amaba tanto a los pobres que a su muerte les dejó hasta el último maravedí que poseía. En el año 1531, en su calidad de provincial, visitó el convento y vio que las monjas estaban viviendo poco menos que como ermitañas en lo tocante al silencio, el ayuno y la oración. Tenia, pues, razón don Alonso en sentirse satisfecho con la seguridad de que en tal lugar su hija estaría bien a salvo de toda clase de

locuras, ya de libros de caballerías, ya de afeites y de conversaciones pecaminosas.

Las emociones de Teresa estaban verdaderamente en plena confusión. Lo de abandonar su morada y tener que vivir en el convento no parcela cosa que la hubiese grandemente afectado, antes al contrario, diríase que la experiencia de semejante novedad ejercía cierto atractivo sobre ella y casi servía de alivio a la triste situación que en su casa había llegado a crearse. Casi en el acto empezó a recriminarse a sí misma, pensando que no sólo había ofendido a su padre, sino también al Dios Todopoderoso, y que todo el mundo, hasta monjas y estudiantes, sabían lo muy necia que había sido. En seguida que pudo fue a confesarse. Tal vez diera con un sacerdote inteligente y conocedor de la naturaleza humana, que inmediatamente supo darse cuenta de que ella no era sino la víctima de un estado mental muy común en la adolescencia, y que comprendiéndolo así supo, con palabras sensatas y tranquilizadoras, volverla al camino de la realidad y de la verdadera proporción. Acaso fuera aquella caridad, sufrida, tranquila e irresistible de las hermanas lo que ahuyentó por completo sus temores, o tal vez fuesen ambas influencias al unísono lo que tuviera gran parte en el cambio que para ella se avecinaba. De todas suertes, al cabo de una semana se convenció de que no sólo no se la miraba con desagrado ni desconfianza, sino que, por lo contrario, era ya muy popular. Todas parecían quererla mucho; una gran paz pareció descender entonces sobre ella y, como luego escribió, «estaba muy más contenta que en casa de mi padre» (*Vida*). Comenzó, pues, a olvidar las desventuras que allí la habían llevado y, sobre todo, a olvidarse de sí misma, a trabajar, a estudiar, a orar, y a jugar con el abandono propio de una joven de dieciséis años.

De vez en cuando, semejante nueva tranquilidad era turbada por recados y regalos de personas vanas de la sociedad. Pero las buenas monjas, que la vigilaban mucho más de lo que ella pudiera sospechar, hubieron de advertir el mal efecto que semejantes recados la producían y les pusieron pronto término; entonces ya no volvió a sentirse nuevamente desdichada. Como el convento tenía una especie de escuela de perfeccionamiento para damas jóvenes de la sociedad elegante, Teresa no estaba allí en calidad de postulante, sino como una de las *doncellas de piso* (estudiantes en pupilaje) que aprendían a leer, escribir, coser, tejer y bordar. No tenía entonces la menor idea de hacerse monja, incluso sentía verdadera animadversión, «estaba enemiguísima de ser monja», como escribió; a pesar de ello, concibió gran amor y admiración por las devotas hermanas.

Se encariñó sobre todo con la maestra de las alumnas, cuyo deber consistía en dormir en el mismo dormitorio de ellas. Tal maestra, la hermana María Briceño, era una dama castellana en toda la extensión de la palabra, descendiente de una de las familias ilustres de Ávila, y tan evidentemente capaz de disfrutar de los encantos de la vida que Teresa se preguntaba cómo era que había renunciado al mundo y a todos sus placeres por una vida de duro trabajo y penitencia. Un día la hermana María comenzó a explicarle tamaña paradoja: «Comenzóme a contar cómo ella había venido a ser monja por sólo leer lo que dice el Evangelio, muchos son los llamados y pocos los escogidos» (*Vida*).

No se le había ocurrido a tal joven *doncella de piso* que las monjas no eligen ellas mismas el ser monjas, sino que son elegidas por Cristo para semejante vida especial. Tienen libertad de aceptar o de negarse. Si aceptan, deben ser como el mercader que vendió

cuanto poseía para comprar la perla de gran valor, y abandonarlo todo, riqueza, amigos, libertad, todo lo que más ama la gente de este mundo. Para los que le amaban, Cristo había tenido a bien facilitar la tarea dando Él mismo el ejemplo; y los que Le creyeron por Su palabra no tardaron en descubrir la paradoja divina del Cristianismo. Así vieron que, al paso que la gente del mundo, que no busca sino su propia satisfacción, mostraba los rostros contrariados y tristes de los que no habían obtenido lo que deseaban, los otros, que nada pedían, habían recibido una real y radiante alegría que les sostenía incluso en la pobreza y el dolor, lo cual era bien distinto de lo que podían ofrecer los placeres de la carne del mundo —para no decir nada de la perfecta y sempiterna alegría del otro mundo, la prometida a quienes seguían a Cristo.

La hermana María amaba con todo fervor a su Señor en el Santo Sacramento, bajo el cual había Él querido ocultarse para poder cumplir Su promesa de estar siempre con Su iglesia hasta el fin del mundo. La hermana tenía la costumbre de recibir la comunión todos los días, y habría ido a cualquier otra iglesia, pese a todas las posibles molestias, si no hubiera habido misa en el convento. Un Jueves Santo, en que no la fue posible recibirla, y la hostia debía quedar reservada en el tabernáculo para el Viernes Santo, estuvo llorando por ello con gran aflicción. Al cabo de unos minutos vio dos manos que se acercaban a ella sosteniendo una sagrada hostia que pusieron sobre su lengua; así lo dijo Santo Tomás de Villanova, añadiendo que la hermana María no se había prestado voluntariamente a referir el hecho, sino que hubo de confesarle tal milagro cuando él le ordenó que lo hiciera en cumplimiento de su voto de obediencia. En los anales del convento consta asimismo que, poco después que Teresa fuera a vivir allí, apareció ante toda la comunidad una luz que adoptó la forma de

estrella, y que, después de flotar por encima del coro, se poso sobre la hermana María, desapareciendo luego en su corazón.

Era, pues, de esperar que la influencia de tal mujer se dejara sentir en una joven huérfana de madre. Poco a poco, Teresa comenzó a olvidar su cabellera y sus cejas, los fuertes brazos de Amadís y los desolados suspiros de Andandona, al propio tiempo que se daba de lleno a la oración vocal, al rosario y a las letanías, a la hermosa liturgia de la misa. Si ella veía a alguien llorando en oración, u olvidado por competo de sí mismo en cualquier otro menester, comenzaba a sentir una a modo de envidia. Pero no tenía el «don de las lágrimas». Así dice: «Y si veía alguna tener lágrimas cuando rezaba, u otras virtudes, habíala mucha envidia, porque era tan recio mi corazón en este caso, que si leyera toda la pasión, no llorara una lágrima: esto me causaba pena.» Era, por tanto, una devota imaginativa, pero no muy emotiva.

Después de varios meses de vida en el convento, Teresa seguía sin ganas de ser monja. Sin embargo, había una diferencia; ya no estaba decidida a no ser monja, y podía considerar objetivamente el problema. «Comencé —escribe— a rezar muchas oraciones vocales, y a procurar con todas me encomendasen a Dios, que me diese el estado en que le había de servir; mas todavía deseaba no fuese monja, que éste no fuese Dios servido de dármele, aunque también temía el casarme.»

Se dio, pues, a pensar que acaso sería, después de todo, monja, pero no en el convento de las agustinas, pues algunas de sus prácticas de devoción se le antojaban agotadoras e innecesarias. Si se hacía monja, sería en el convento carmelita de la Encarnación. Tenía allí una amiga que había profesado, la hermana Juana Suárez, cuyo relato de la vida de su comunidad

hizo, sin duda, una gran impresión en el ánimo de Teresa. De todos modos, no tenía la intención de ser monja.

Una de sus particulares devociones, que practicaba inmediatamente antes de dormirse, era la de meditar en lo del huerto de Getsemaní, frío y silente a la luz de la luna llena en la pascua de los hebreos; los tres discípulos durmiendo cerca de Él y, en medio de las piedras y de los olivares, al Salvador del Mundo postrado de hinojos. AIII, como en otros instantes, era Su soledad lo que más angustiaba al corazón de la muchacha huérfana de madre; y Teresa sabía que había sido por ella, así como por todos los hombres, por lo que Él había sufrido la humana humillación del tormento y de la muerte; y, lo que era peor aún, infinitamente peor, la angustia de vislumbrar que Su sacrificio iba a ser completamente inútil para muchas almas. Nada la conmovía tanto como la frase: «Padre, si es posible, aparta de mi este cáliz.» Podía imaginarse la actitud de Él; casi podía ver la palidez de Su frente, las gotas de sudor que Le brotaban cual lágrimas de sangre y Le corrían mejillas abajo. Entonces anhelaba poder tomar con sus manos un lienzo y, si a ello se atreviera, enjugar Sus sienes, Sus labios, Sus mejillas y ofrecerle su consuelo de la mejor manera que una muchacha pudiese hacerlo. No tenía ella la menor ilusión de ver ni hacer semejante cosa. Sin embargo, sabía que Cristo había sufrido de tal manera y que, si ella hubiese podido hallarse presente, lo habría hecho. De tal suerte, comenzaba inconscientemente a hacer esa clase de meditación que Cristo había enseñado a practicar a sus discípulos: pensar en alguno de los hechos de la Pasión y dejar que todos sus incidentes penetrasen en el alma hasta que se conformasen al espíritu de Cristo. Poco a poco, a medida que ella meditaba en las sublimes palabras de resignación y sacrificio propio —no como yo quiero, sino como lo quieras Tú— comenzó a

cambiar su actitud con respecto al problema de lo futuro. Ya dejó de desear hacer esto o no hacer lo otro. Estaba ya pronta para hacer lo que Dios dispusiera, cuando Él tuviese a bien manifestarle Sus deseos. Y así descendió sobre ella una paz más sólida, y sus días pasaban tan rápida y agradablemente que le parecía que el tiempo había dejado ya de existir.

Cuando ya llevaba viviendo en el convento año y medio (sin que ella haya dicho con cuantas visitas de las gentes de su casa, o de su padre) tuvo lugar el suceso que había estado esperando para que la ayudase a decidir su actitud futura: la sobrevino una grave enfermedad. Nada de cuanto se le hacía le producía el menor efecto. Y las monjas y don Alonso decidieron que debía volver a la casa.

A fines del año 1523 o comienzos de 1524, Teresa, pálida y débil, entró de nuevo por la puerta de la casa de los Cepedas, en lo alto de un cerro al otro lado de la ciudad. Nada se sabe de la índole y duración de la tal dolencia. En lo por ella escrito hay una sola referencia en las palabras: «Dióme una gran enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre.» Era en el corazón del invierno, y Ávila, brillando esplendorosamente a la fría luz del sol, irguiéndose como una ensoñada ciudad de plata en el fulgor todavía más helado de la luna, estaba casi completamente separada del mundo por los espesos hielos que cubrían los caminos conducentes a Medina, a Madrid y a Salamanca.

# CAPÍTULO IV

## LA **ESCAPADA PARA UNIRSE A LAS CARMELITAS**

En la primavera del año 1533, aquella terrible primavera en que la coronación de una mujer pelirroja en la abadía de Westminster constituyó el símbolo del alejamiento de Inglaterra de la Iglesia de Cristo y la desintegración de Europa, Teresa sentíase ya bastante bien de salud para poder salir; y su padre decidió llevarla al campo para que se repusiese. En cuanto estuvo en condiciones de poder viajar, marcharon a Castellanos de la Cañada, lugar situado a varias leguas al noroeste de Ávila, en donde tenían su casa María y su esposo, Martín de Guzmán y Barrientos. No dice Teresa si era primavera o verano, ni cómo fueron; pero no cabe duda de que ella iría cabalgando en una mula, ya que no había otro medio de transporte en los desfiladeros de la sierra, y a buen seguro que iría sentada en una de esas anchas y suntuosas jamugas para damas que costaban mil maravedís y de que se hablaba en el ya mencionado inventario. El camino que tomó en compañía de su Padre, y quizá de un par de criados, subía muy bruscamente, al punto de que si ella, a la manera de la mujer de Lot, hubiese querido echar una mirada atrás, a su ciudad natal, no la habría visto recortándose contra el inmenso espacio azul del cielo, sino hundida, como aplastada en una hondonada, allá a lo lejos. Por último, a medida que los caminos de herradura les conducían a las frías cumbres, perdieron por completo de vista a la ciudad, y continuaron pausadamente durante toda la mañana, ora

en medio del bosque, ora bordeando las laderas de las montañas, ya cruzando un tupido y fofo prado cubierto de jugosa hierba y en el que pacían algunas vacas y otras reses cerca de las casas de los labriegos. Algunos de aquellos cerros eran de una imponente grandeza, solitaria y terrible, con enorme despliegue de peñascos entreverados con pinos gigantes, robles, enebros y otras coníferas. Salpicadas aquí y allá grandes piedras como cantos rodados superpuestas unas a otras cual si algún extraordinario gigante las hubiera colocado de tal guisa por entretenerse. Había en tales bosques muchos animales salvajes, y era cosa corriente ver venados saltando de roca en roca, y uno estaba siempre sobre aviso, pues no sabía a que revuelta de la senda se toparía con esa terrible y matadora bestia feroz, el jabalí español. De vez en cuando el camino pasaba junto a un aprisco donde se acogían unas reses solitarias o servía de linde a una viña cultivada por aquellos pobres campesinos. Así era el camino que Teresa y su padre debieron sin duda de tomar en medio del alto silencio; y, hacia el caer de la tarde, dieron vista a unos altivos y majestuosos rodales de añosos pinos, en medio de los que se entreveía el pequeño caserío de Hostigosa.

Era éste un suburbio del pequeño pueblo de Manjabalago, que se vanagloriaba de sus cuarenta y tres casas y su iglesia. En Hostigosa sólo había seis casas, la mejor y más espaciosa de las cuales era la ocupada por don Pedro de Cepeda, hermano del padre de Teresa, y a la que los pastores y labriegos de los contornos daban el pomposo nombre de palacio. Don Pedro había contraído nupcias con una dama de una de las casas nobles de Ávila; pero doña Catalina había muerto dejándole un hijo, otro Pedro, con el cual vivía en aquella casa que tal vez fuera un día de ella. Según Teresa, don Pedro era un hombre «muy avisado y de

grandes virtudes», y que desde la muerte de su esposa había estado dedicando cada vez más sus pensamientos a Dios y a la eternidad; y lo cierto es que estaba meditando en abandonar cuanto poseía y hacerse fraile, como, en efecto, hizo al fin.

Este hombre serio y meditabundo tuvo un gran placer al ver a su hermano y a su sobrina e insistió en que se quedaran allí algunos días con él. Tal vez Teresa habría preferido continuar el viaje hasta la casa de su hermana, a quien no había visto en tantos meses. No debía, en verdad, ser muy divertido para una romántica joven de dieciocho años el estarse escuchando a un señor del que, como ella escribió, «su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo». Su tío pasaba gran parte de su tiempo leyendo, pues poseía una biblioteca con buenos libros, en español; pero, si Teresa sentía alguna comezón de interés cuando la pedía que leyese para él en voz alta, estaba ya predestinada a un rápido desengaño, porque no se trataba de ninguno de aquellos libros novelescos de que ella había tanto gustado antes de ir al convento, sino de una obra piadosa y polvorienta retórica del Renacimiento que a ella le resultaba sumamente aburrida. Ello es que todos y cada uno de los libros que le fue leyendo la llevaban casi al borde de la desesperación. Sin embargo, ella era demasiado cortés para dejarlo ver así, pues no podía hacer nada que molestase a los demás deliberadamente. En realidad, a veces sufría verdaderas penas y perturbaciones para ser grata a quienes no tenían derecho alguno a exigir de ella complacencias que, en final de cuentas, le parecían una verdadera pérdida de tiempo, cuando no algo mucho peor. De tal suerte, fingía que se deleitaba con aquellas páginas que sólo eran una mera repetición de verbalismos y las leía con gusto tal que debía de complacer y admirar a don Pedro.

Sin embargo, se sintió afectada por tales lecturas en un sentido que no pudo haberse figurado. Pues si en ellas no había nada de lo que contenía la respiración, los espeluznantes momentos del Amadís de Gaula, los volúmenes en que tanto se placía don Pedro, tenían de por sí algo tranquilo que ofrendar, si se les proporcionaba la ocasión de hacerlo, y he aquí que la joven se vio a sí misma cediendo a un sentimiento de paz y tranquilidad que la recordaba sus horas de infancia cuando nada la gustaba tanto como oír hablar de Dios y de las maravillas por Él realizadas, no ya sólo en la naturaleza, sino también en las almas de todos los mortales, hombres y mujeres. Se acordaba de que, cuando pequeñita, estaba convencida sin tener argumentos en pro o en contra a tal respecto, sino como una cosa de clarividencia, de todo lo que su tío decía a todas horas: que, a lo sumo, la vida era corta y nada satisfactoria, que todo lo mortal se acababa pronto y que sólo Dios era eterno; que Él nunca cambiaba, ni Su amor y ayuda faltaban jamás a quienes con toda sinceridad le buscaban. Así resultó que, después de todo, el tío Pedro acabó conquistándola, que acaso fuera lo que él se había propuesto.

Cuando, por fin, se marchó para seguir viaje hacia Castellanos de la Cañada, siguieron acuciándola los mismos pensamientos; y, con la preocupación de que hasta entonces había estado viviendo su vida para tan poca cosa que, si por acaso moría, no merecería gozar de la visión de Dios, sino que más bien, como los empedernidos pecadores, sería sepultada en el averno. Acaso entonces se la presentase la alternativa de hacer su elección entre el mundo y Dios. Acaso se hiciera monja. No, no lo sería. El mundo se aparecía a sus ojos hermoso y deseable, y no tenía la menor idea de abandonarlo para someterse a las reglas conventuales; no obstante lo cual, había llegado a la conclusión de que el estado religioso

era el mejor, con tal de tener el valor de abrazarlo. ¿Mas, qué valor? Nunca le había faltado el necesario para cualquier cosa que se propusiera. Era su voluntad lo que se inclinaba hacia el mundo y todas sus deslumbrantes posibilidades.

Sólo había un día de jornada de Hostigosa al lugar en donde vivía su hermana María, y tal vez Teresa y su padre remataron el viaje antes del anochecer. Castellanos era una aldea solitaria en el camino entre Ávila y Salamanca, no lejos de la cañada o camino de ganados que acostumbraban seguir los hatos de merinos (como en la actualidad siguen todavía haciendo) para ir a pastorear en las provincias del norte durante el verano y en Extremadura durante el invierno. Salvo para los pastores, los ganados trashumantes y algunos viajeros ocasionales y los correos del camino, el villorrio aquél, con sus diez casas, era todo un pequeño mundo que se bastaba a sí mismo, que yacía en medio de una campiña hermosa y ondulada, limitada por campos arados y bosques de añosos robles que se extendían hasta las montañas en la lejanía. El aire era sutil y transparente, tan tonificante como el vino y perfumado con la fragancia de millares de flores, como el de las montañas. Frescos eran los manantiales y los arroyos, para grande e íntima satisfacción de Teresa, a quien tanto gustaba su contemplación. Semejante lugar de solitaria e inspiradora grandeza era un panorama en el que la casa de dos pisos de don Martín de Guzmán y Barrientos, con sus pequeños balcones y las ventanas a ellos superpuestas y sus tejados de rojo oscuras tejas, parecía respirar paz todo él, como todavía hoy sigue pareciéndolo.

La referencia que de su hermana hace Teresa es decepcionante por la falta de detalles: «Era extremo el amor que me tenía, y a su querer no saliera yo de con ella; y su marido

también me amaba mucho, al menos mostrábame todo regalo.» Esto y no más es cuanto dice respecto a esa visita, que en tal instante pudo haber sido decisiva.

Acaso la razón de su reticencia fuera que su mente estaba ya casi completamente preocupada por una lucha que había sido recientemente despertada por los libros que acababa de leer en Hortigosa y por el triste fin que las observaciones del tío Pedro señalaban a la frivolidad de las cosas humanas. Había llegado a formarse en ella una opinión, que era casi un convencimiento, de que él tenía razón; y en tal caso la única cosa que la quedaba hacer era renunciar al mundo y a sus vanidades y hacerse monja. Pero, precisamente cuando tal idea comenzó a suscitar en ella un sentimiento de seguridad y de paz, la voz del mundo (que, por supuesto, Teresa consideraba como la voz del diablo) suscitaba a su vez preguntas, dudas y temores. Aquella voz parecía decirla: piensa en las pruebas y los rigores de la vida de una monja, en la disciplina, en la pérdida de libertad, en la separación de los seres queridos, en el duro trabajo, en la monotonía, en el sufrimiento.

Pero Teresa había llegado ya a un punto en que podía replicar, y así pudo más tarde escribir: «En esta batalla estuve tres meses, forzándome a mí mesma con esta razón, que los trabajos y pena de ser monja, no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno, que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que después me iría derecho al cielo, que éste era mi deseo.»

«Poníame el demonio —seguía diciéndole la voz interior, según ella— que no podría sufrir los trabajos de la religión, por ser tan regalada: a esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo,

porque no era mucho que yo pasase algunos por Sí; que Él me ayudarla a llevarlos» (*Vida*).

En los tres meses que en ello estuvo, dice: «Pasé hartas tentaciones estos días.» Su salud empezó a decaer, siendo víctima de frecuentes ataques y desmayos. «Habíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenía poca salud. Dióme la vida haber quedado ya amiga de buenos libros: leía en las Epístolas de San Jerónimo que me animaban, de suerte que me determiné a decirlo a mi padre.» Por desgracia no nos dice cuáles fueron tales palabras, si bien sea de creer fuese la dirigida a Heliodoro, en que escribió: «Me dices que la Sagrada Escritura nos ordena estrictamente obedecer a nuestros padres; y eso es verdad, mas asimismo nos enseña que nadie les ama tanto como Jesucristo, y el tal correrá peligro de perder su alma.» Así es que Teresa se decidió de una vez y dijo a su padre que se proponía entrar en el convento de las monjas carmelitas de la Encarnación.

Suele ocurrir que los padres experimenten una reacción de sorpresa cuando se ven frente a situación semejante; los no devotos tienen cierta facilidad para acceder, mientras que no es raro que los piadosos se opongan. A pesar de todos sus sentimientos de bondad y de respeto por el estado religioso, su padre era de éstos. De suerte que le negó resueltamente su aprobación. Le parecía que era muy para las otras eso de entrar en un convento, pero no para ella, y no estaba dispuesto a ceder. ¿No era ella acaso quien lógicamente estaba llamada a dirigir la casa paterna ahora que María se había casado? En vano amenazó Teresa, tal vez con lágrimas, y en vano también intercedieron en su favor sus amigos. Don Alonso se mostraba inconmovible.

Y, sintiéndolo así, dijo que «después de sus dios haría —ella — lo que quisiese».

Teresa continuó leyendo a San Jerónimo y acercándose poco a poco al momento de su decisión. Por mucho que amase a su padre, pertenecía ante todo a Dios y, toda vez que Dios le había llamado al corazón para que lo abandonase todo y Le siguiese, ella lo abandonaría todo sin que su padre lo supiera y entraría en el convento, pues hasta que lo hiciese, no habría para ella tranquilidad ni felicidad posibles. No hay que tomar demasiado literalmente su afirmación de que no había amor de Dios que la desposeyera de su amor por la familia, ni tampoco la conjetura de Mir, de que más bien era arrastrada por el miedo de perder su alma que por el amor, y por el convencimiento de que el mundo, que tanto prometía y tan poco daba, era, en realidad, una amarga ilusión. El hecho es que había varias influencias que inducían su ánimo a tomar la resolución final. Entre ellas estaba San Jerónimo, sus propias oraciones y reflexiones y las palabras de una antigua amiga. Con frecuencia se la veía encaminándose por los oteros próximos a Ávila —admirable figura con su falda de color naranja bordada con terciopelo negro que indudablemente casaría muy bien con su negro cabello— hacia el convento de la Encarnación, en donde comunicaba todos sus sinsabores a la hermana Juana Suárez, de la cual recibía el consejo y el aliento necesarios.

No resultaba para Teresa cosa fácil el abandonar a su padre. No tardaría él gran cosa en ser un viejo solitario en una casa completamente abandonada. Sus hijos se afanaban uno tras otro por hacer fortuna y lograr prestigio en América. Por lo pronto, Rodrigo tenía hechos ya los preparativos para aquel año a media-dos de verano, pues había sido admitido para la expedición que el

Adelantado don Pedro de Mendoza emprendería para el Rio de la Plata, saliendo del puerto de Sanlúcar el día 24 de agosto. En otra de las naos de la expedición se embarcaba también otro vecino de Ávila, Juan de Osorio. Tenían ambos que recorrer a caballo la distancia de más de doscientas millas que les separaba del puerto de embarque del sur, debiendo salir de Ávila a fines de julio o, lo más tarde, a comienzos de agosto.

Cabe imaginar el dolor de Teresa ante separación tan larga. Rodrigo había sido siempre su hermano favorito, y el extremo a que él la quería se patentiza con sólo decir que, antes de su marcha, la instituyó heredera (el 25 de junio) de cuanto pudiera tocarle a él en herencia caso de no poder volver del Río de la Plata. Llegó el triste día de la separación, se dijeron los adioses de rigor y Rodrigo, que en un tiempo había anhelado ir con ella a sufrir martirio en tierra de Marruecos, salió al trote de su caballo cruzando el río en busca de la amplitud infinita del mundo. Teresa no volvió a verle más. Luchó él valientemente en nombre de su rey al lado del cuarto de sus hermanos en la terrible batalla de lñaquito en 1545, y fue muerto, después de una brillante carrera, en 1557.

Una vez su hermano ido, Teresa vio que cada vez dependía más de la compañía de Antonio, si bien era Lorenzo el que más se le aproximaba en edad. Antonio, a la sazón de quince años, era el que tenía más cosas en común con ella, sobre todo en cuanto a las del espíritu atañe. Estaba este hermano tan impresionado por las elocuentes palabras de Teresa sobre la vanidad de las cosas humanas y la imposibilidad de encontrar una felicidad real o duradera excepto en los brazos de Dios, que decidió entrar en la orden de Santo Domingo, y ambos resolvieron que el día que ella entrase en las carmelitas, él entraría en el convento de Santo

Tomás. Forjaron sus proyectos en el mayor secreto y un día memorable del año 1535, al rayar el alba, se deslizaron los dos fuera de la casa como si fuesen a prima misa. ¿Durmió por ventura aquella noche Teresa? «Acuérdaseme —escribe ella— a todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de en casa de mi padre no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece que cada hueso se me apartaba por sí.»

Pudo haber sido, sin duda, un interesante espectáculo el ver, al romper el día en Ávila, a una hermosa joven, acompañada por un mozalbete de quince años, ir a la puerta del Carmen, descender de allí al fondo de la hondonada de Ajates y subir la loma del otro lado en el suburbio del norte de Ávila en donde la campana de la altiva torre del convento de la Encarnación brillaba a la primera luz del día. Hicieron un alto los dos jóvenes, tiró ella de la campana, se despidió precipitadamente de su hermano, una mansa pregunta y una igual respuesta a través de la reja, y un gran postigo que se abre dejando ver a una monja o una hermana tornera con el hábito de carmelita. Penetró Teresa en el interior y se cerró la puerta.

La primera sospecha que de todo ello pudo haber tenido don Alonso fue al ver regresar a su casa, ya tarde, a su hijo Antonio completamente alicaído y manso como un cordero. Pues era el caso que, una vez desaparecida Teresa detrás de la puerta del convento, él, fiel a la promesa que le tenía hecha, habíase encaminado al monasterio en que el gran inquisidor Torquemada había vivido y orado y en donde la reina Isabel la Católica había sollozado junto a la tumba de su único hijo. En tal sitio le recibió amablemente un hombre vestido con hábito blanco, pero, para mal de su juvenil ardor, no se le mostró el menor deseo de recibirle. Don Alonso era un frecuente visitador del convento y durante muchos

años había estado yendo a confesarse en él, por lo cual es de suponer que los padres dominicos no iban a admitir al hijo de semejante amigo sin su plena autorización; de suerte que, en cuanto se enteraron de que Antonio había ido sin su permiso, le enviaron de vuelta a su casa[7].

Casi al mismo tiempo le llegó a don Alonso un recado de la madre priora de las carmelitas. Como su hija estaba en el convento y se había marchado de la casa sin su consentimiento, se le rogaba tuviera a bien ir allá para hablar del asunto.

Don Alonso marchó apresuradamente al convento. Sin duda no se le había pasado por las mientes que Teresa se encontrara en tan grave situación, pero, ya que ella estaba tan resueltamente decidida, tal vez fuese la voluntad de Dios. Con gran sorpresa de su hija y gran satisfacción de las monjas, otorgó su consentimiento, y ella se quedó en el convento en calidad de novicia.

Su primer sentimiento después de tal decisión fue de una inmensa, súbita alegría. Así pudo luego escribir: «En tomando el hábito, luego me dio el Señor a entender cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle, lo cual nadie no entendía de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dio un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura; dábanme deleite todas las cosas de la religión; y es verdad que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala; y acordándoseme que estaba libre de aquello, me deba un

[7] Más tarde, Antonio entró en un convento de frailes de San Jerónimo, pero se vio obligado a abandonarlo por su mala salud. Marchó al Perú, en donde fue muerto en la batalla de Iñaquito.

nuevo gozo, que yo me espantaba, y no podía entender por donde venía» (*Vida*).

La vida en el convento carmelita no era entonces lo que en un comienzo fuera. Al principio, las carmelitas eran ermitañas que no comían nunca carne, que apenas hablaban, y consagraban casi todas sus energías a la oración y a la contemplación, con alguna labor manual obligatoria. Una tradición de la Orden, que consideraba sus fundadores a los profetas Elías y Eliseo, hace remontar su paralelo en la historia hasta el siglo XII cuando una comunidad de ermitaños cristianos vivía bajo la regla de Nuestra Señora en la montaña de Palestina en que Elías había confundido a los profetas de Baal. De tanto en tanto eran molestados por los sarracenos, hasta que en el año 1291 fueron pasados a cuchillo y quemado el monasterio. La Orden emigró entonces a Europa, y luego, a medida que los conventos iban instalándose en ciudades y desiertos, se consideró necesario introducir ciertas modificaciones, que más tarde recibieron la aprobación de los papas. Forzosamente en aquellos tiempos, los de la Muerte Negra y del Gran Cisma, los carmelitas fueron convirtiéndose cada día más en una a modo de Orden mendicante como la de los dominicos, franciscanos, agustinos y benedictinos. Se abandonó la vida solitaria por la vida en comunidad, y el silencio quedó limitado a sólo las horas de la noche, entre completa y prima. Con el tiempo se amplió la autoridad del prior y se autorizó a los monjes a poseer propiedades, no obstante su voto de pobreza. Cuando las comunidades de mujeres ingresaron en la orden durante el siglo XV, siguieron como es natural, las reglas de la institución por los monjes observadas. En muchos sitios, sobre todo en España, gozaron de gran popularidad y prosperaron grandemente.

El convento de Nuestra Señora de la Encarnación, en que era novicia Teresa, fue fundado en el año 1478. Por concesión del arzobispo Alonso de Fonseca, entró en posesión, en 1485, de la iglesia de Todos los Santos que había sido antes una sinagoga judía. En el año 1511 adquirió por la suma de 90.000 maravedís un grupo de casas adyacentes en uno de los gratos suburbios de Ávila, llamado Ajates, que entre árboles y jardines extendía su vista sobre todo el valle. Se levantó allí una nueva iglesia, que fue consagrada en el año 1515, el en que nació Teresa. Se dijo la primera misa el dio 28 de abril de aquel año, cuando ella tenía sólo un mes de edad.

El convento de la Encarnación, adoptando el régimen de los padres carmelitas, que habían tenido un monasterio en Ávila desde el año 1378, y protegido por personajes de la más destacada influencia, llegó a ser el convento de mayor prestigio de Ávila, en el que las jóvenes de la más alta alcurnia iban a retirarse del mundo cuando decidían adoptar la vida religiosa. A pesar de lo cual, no sólo no había sido corrompido por la riqueza, sino que incluso pasaba penurias de vez en cuando. En algunos otros respectos, como la disciplina, disfrutaba de la tolerancia que era tan común hasta antes del segundo Concilio de Trento. Las monjas no estaban sometidas a una severa clausura, sino que se les permitía salir afuera por diversas causas y recibir visitas, tantas como les viniese en gana. Al entrar en el convento no quedaban obligadas a renunciar a su propiedad privada, ni a ayunar con excesiva severidad, ni a guardar un silencio muy prolongado. Para lo cual había dos razones. En primer lugar, el número de monjas era demasiado grande (en un momento llegó a haber en el convento de la Encarnación 180 de ellas) para una casa de mera contemplación. En segundo lugar, había varias *señoras de piso*,

pensionistas del convento, que en él vivían porque les gustaba su atmósfera, pero que no eran miembros de la comunidad o sometidas a sus reglas; y el hecho de que pudieran entrar y salir a capricho y de que recibiesen visitas en sus habitaciones no podía por menos de producir su efecto en la vida de las monjas mismas. De suerte que el convento de la Encarnación era más bien un sitio agradable que un verdadero convento.

Con semejante número de damas de familias linajudas en aquel sitio, era de esperar que reinara en él un aire de superioridad. No sólo eran sumamente puntillosas en cuanto a los honores mundanos, sino que se establecían allí muchas distinciones entre las de alta categoría, a las que, como e Teresa, se las daba el titulo de *doña*, y las proletarias, descendientes de padres que no ostentaban el «don» antes del nombre. En una comunidad en donde era cosa corriente el ver ir y venir a las doña Aldonza, doña Violabte y doña Brianda, de la más empingorotada nobleza de Castilla, era lo más natural del mundo que las doñas que tomaban el velo tuviesen privilegios de que las otras carecían. Mientras que muchas de ellas debían compartir sus celdas, Teresa tenía una propia, que daba a un grato jardín y, más lejos, al campo; de suerte que era un aposento que cualquier monja de hoy día consideraría como verdaderamente suntuoso. Tenía, en efecto, dos habitaciones, unidas por una escalerilla de unos pocos peldaños, con un oratorio en la baja y una cama en la alta, y, al parecer, los cuadros, estatuas y decoraciones que agradarle pudieran[8]. En su oratorio podía recibir visitas de parientes y amigos, si así lo deseaba.

[8] Estos cuartos se destruyeron en el siglo XVII para poder construir una capilla.

Teresa llegó a sentir un verdadero disgusto por las relajaciones que observaba en el convento de la Encarnación, como más adelante iremos notando; despreciaba el gran número de monjas en una Orden que parecía ser meramente contemplativa, desdeñaba asimismo las visitas y las conversaciones innecesarias, rechazaba la pretendida superioridad y muy especialmente el orgullo de familia o de raza. De todo esto no se sigue naturalmente que las carmelitas descalzas de la Regla Mitigada de Ávila estuviesen corrompidas moralmente, ni que dieran escándalos como los que tan comunes eran en aquel entonces en varias partes del mundo cristiano. Si se le podía acusar de cierta lenidad, era en comparación con los primeros ermitaños y las carmelitas descalzas de la Reforma Teresiana de tiempos posteriores. En realidad, comparadas con otras, llevaban una vida austera y de severidad. En conjunto, la comunidad gozaba de gran respeto ante la sociedad, con un término medio de verdadera virtud femenina, y, a pesar de las dificultades dichas, muchos de sus miembros se las arreglaban para poder hacer la oración mental y gozar de reputación de santas. La Regla carmelita, aun después de haber sido mitigada en el año 1432 por el papa Eugenio IV, resultaba harto severa para la mayoría de las monjas. La regla sexta, por ejemplo, ordena el ayuno (o sea una sola comida diaria) desde el Día de la Exaltación de la Santa Cruz, en el mes de septiembre, hasta la Navidad, salvo tres días por semana. No podían comer carne en el adviento ni en la cuaresma, y en otras épocas del año podían comerla, si bien tan sólo tres veces por semana. Cada monja podía darse una disciplina —es decir, una flagelación— cada lunes, miércoles y viernes. Sus hábitos eran negros, de burdo paño y severo dibujo. Por causa de los inclementes fríos de Ávila, se las permitía llevar zapatos en vez

de las primitivas sandalias, y mitones de inferior calidad, aunque no guantes. Sus camas eran muy sencillas, sin sábanas de hilo ni adornos de ninguna clase.

Cuando no estaban en el coro o dedicadas a cualesquiera otra devociones, se suponía que debían entregarse a ciertas labores manuales por orden de la madre priora. No debían permanecer nunca ociosas. Se concedía gran atención al canto en común y a la verdadera exactitud en cuanto a la liturgia se refería. Con cierta pequeñas variaciones, observaban el rito del Santo Sepulcro d Jerusalén. Teresa cantaba muy mal, como ella misma nos dice, cuando ingresó en el convento de la Encarnación [*Vida*].

La Constitución exigía que todas las monjas se confesasen cuando menos cada dos semanas y recomendaba que lo hicieran una vez por semana. Las comuniones eran mucho menos frecuentes que ahora; la mayor parte de la comunidad comulgaba el primer domingo de Adviento, el jueves Santo, el Domingo de Pascua, el Jueves de la Ascensión, en el Pentecostés, el día del Corpus, el día de Todos los Santos, las fiestas de Nuestra Señora y el aniversario del día de profesión. Los confesores eran cuidadosamente escogidos por la madre priora, y no debían ser hombres jóvenes. Se guardaba silencio de completas a prima, o sea toda la noche y la primera parte del día siguiente, como entonces estaban las horas dispuestas. En lo que se llamaba «el capítulo de faltas» las monjas tenían que acusarse a sí mismas humildemente de todas sus faltas u omisiones, si bien a las novicias se les eximia de ello.

Teresa no encontró que aquella era, en modo alguno, una vida fácil. El noviciado es siempre un periodo de prueba, tanto interior como exterior, para toda vida que aspire a nada menos que

la perfección. La novicia tiene que estar en todo momento formándose y ello resulta a veces una experiencia dolorosa; e incluso Teresa había llegado a descubrir lo que Cristo quería significar al decir: *«Os he dicho estas cosas para que mi alegría pueda estar en vosotros y la vuestra pueda ser completa»* (Jn 15-11). Así como cuando dijo: *«Vuestro corazón se regocijará y no habrá quien os la quitar pueda»* (Jn 18-22).

«Olvidé de decir cómo el año del noviciado pasé grandes des-asosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo [importancia], nos culpábamos sin tener culpa hartas veces; yo lo llevaba con harta pena e imperfección, aunque con el gran contento que tenía de ser monja, todo lo pasaba. Como me oían procurar soledad y me oían llorar pon mis pecados algunas veces, pensaban era descontento, y ansí lo decían. Era aficionada a todas las cosas de religión, mas a no sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada, era curiosa en cuanto hacía, todo me parecía virtud; aunque esto no me será disculpa, porque para toda sabía lo que era procurar mi contento, y ansí la ignorancia no quita la culpa. Alguna tiene no estar fundado el monasterio en mucha perfección: yo, como ruin, íbame a lo que vía falto y dejaba lo bueno» [*Vida*].

Fácil resulta comprender la inquietud de la superiora de Teresa por lo que ellas consideraban su «descontento». Nada es tan fácil que provoque el rechazo de una novicia en una Orden religiosa, con el consejo de que busque otra ocupación para la que pueda estar mejor preparada, como el llegar a descubrir que sufre de melancolía. Ya veremos lo que ella, al igual de la superiora, pensaba de las monjas melancólicas. Pero aunque concedamos, como podremos hacerlo a medida que vayamos conociéndola mejor, que su sospecha carecía de base en tal caso, queda sobre

todo el hecho de que una novicia que consideraba que su convento no estaba fundado «en mucha perfección» se sentía hasta cierto punto descontenta y tenía razón en sus criticas. Así, pues, a pesar de toda la tolerancia que se le había mostrado por la humildad con que ella hablaba de las faltas de sus primeros años, parecía evidente que su pecado básico era la vanidad y que ésta no había por completo desaparecido de su ánimo cuando traspuso el umbral del convento. La gente no se hace perfecta automáticamente al entrar en una Orden religiosa; lo único que hace es empezar una vida de lucha contra las debilidades, a las que hay que ir venciendo una tras otra. Incluso los santos, que distan mucho de ser simples abstracciones corporales, sin sexo y sin personalidad, tienen faltas que deben resultar enojosas para los que están cerca de ellos. No es probable que algunas de las monjas de la Encarnación aplicasen a aquella novicia la profecía de un zahori que, habiendo ido por los terrenos del convento en busca de un tesoro oculto, que no logró encontrar, predijera que habría allí una beata llamada Teresa. Cualquier astuta madre superiora pudo haber abrigado el secreto pensamiento de que tal muchacha, si no hubiese sido una verdadera cristiana, si no hubiera sentido semejante amor de Dios, podría haber llegado en el mundo a ser una mujer hermosa, imperativa, voluptuosa y tal vez disoluta, dirigida por un egoísmo insaciable. Las pasiones humanas no son buenas o malas en sí mismas sino por causa de su dirección y de su aplicación. Y, sin embargo, debió de aparecer bien a las claras que aquella novicia tenía una humildad verdadera, que es la base de todas las otras virtudes. Algunas hermanas observaron que cuando ellas abandonaban sus mantos en el coro antes de ir al refectorio, ella los recogía y doblaba, como penitencia voluntaria.

Por aquel entonces, la pusieron sus deberes en comunicación con una de las monjas de más edad, que estaba moribunda a causa del desarreglo más doloroso y repugnante; una que, como resultado de obstrucciones intestinales, tenía en el vientre varias heridas abiertas por las que iba saliéndosele cuanto comía [*Vida*]. Algunas de las monjas parecían tener miedo de la enfermedad de la pobre mujer, pero lo que a Teresa le impresionaba era su extraordinaria paciencia. Aquella monja era una de esas místicas que habían penetrado tan hondamente el paradójico secreto del dolor en el corazón del cristianismo que podía soportar todo sufrimiento y toda humillación no ya con resignación, sino con una alegría tan verdadera que no podía comprenderla quien no la presenciara, como suele suceder en los conventos una generación tras otra. El rostro de tal mujer, ofreciendo sus sufrimientos por los de Cristo en la cruz, tenía algo de la belleza extraterrena, de la paz y la sublimidad del divino Maestro. Y a Teresa le pareció, cuando por primera vez la viera, que lo que en tal rostro parecido al de Cristo veía, valía cualquier precio que pudiera pagarse en términos de humana molestia. De todos modos había que pagarlo, y el precio debía ser el dolor. De aquel corazón magnánimo de la novicia, tan vívido y tan alerta en el esplendor de la juventud, brotó una plegaria, que resultará incomprensible incluso para los cristianos, si no han logrado penetrar hondamente en el corazón de su propia fe; y ella pidió a Dios que la concediese una paciencia parecida con cualquier enfermedad que pudiera aquejarla para conseguirlo. Después de todo, le pareció que no pedía esto por causa del amor a Dios, sino por un deseo egoísta de obtener para sí misma la suprema felicidad eterna lo antes posible; mas de todas suertes, tuvo el valor de hacer semejante súplica. La monja enferma murió poco después.

Algo más tarde Teresa llegó al final de su año de prueba y profesó, probablemente el día 2 de noviembre del año 1536, en presencia de su padre, hermanos, hermanas y muchos amigos y parientes. Fue aquél uno de los días más memorables de su vida, si bien no ha dejado de él referencia alguna. Pocos días antes, su padre había decidido dar al convento, en calidad de dote de Teresa, o bien doscientos ducados o treinta y cinco fanegas de pan por año, siendo esto último lo que se aceptó. Es muy probable, pues, que el día primero de noviembre Teresa hiciese una minuciosa confesión general, que era lo acostumbrado y exigido. Al día siguiente se adelantó sola y con la cabeza descubierta para recibir la comunión en la ventana más pequeña, y luego, de manos del prelado que presidía la ceremonia, recibió su velo negro junto con la bendición y la absolución plenaria. Después se unió a la procesión de las demás hermanas, cantando con ellas el *Veni Creator*, y llevando su escapulario, una correa de cuero y un devocionario o «Paternoster». Al llegar a donde estaba esperándola su superiora, cerca de una entrada enrejada, se postró de hinojos y humilló su frente al suelo.

«¿Qué buscas, hija mía?», le preguntó el prelado, que tal vez fuera el padre provincial.

A lo que Teresa respondería: «La gracia de Dios y el hábito de la Gloriosa Virgen María del Monte Carmelo.»

«¿Serás capaz de observar sus reglas y su modo de vida?» «Creo que podré, con la ayuda de Dios.»

Y él bendijo el velo y los restantes objetos que ella llevaba, con arreglo al rito carmelita. Acabó, pues, de vestirse mientras todas las demás entonaban el *Veni Creator*. Por último, con sus manos posadas sobre el evangelio que la superiora tenía entre las

suyas, pronunció los votos de pobreza, castidad y obediencia; y la procesión volvió al capítulo. La nueva monja se acercó entonces a la reja para recibir las felicitaciones de parientes y amigos.

Casi inmediatamente después de día tan glorioso y de lágrimas lleno, doña Teresa (como seguía llamándosela) comenzó a descubrir que su audaz plegaria de novicia había sido escuchada en lo alto y era respondida. Su salud se debilitó con gran rapidez; lo que, a juicio de ella, se debía al cambio en las costumbres de su vida y en la alimentación. También, según parece, se impuso penitencias excesivas hasta que la superiora la obligó a desistir de ellas. Se desmayaba con frecuencia; y algunos de sus desmayos eran alarmantes, casi la privaban siempre totalmente de sentido, y a veces la dejaban completamente sin él. Su padre, sumamente intranquilo, mandó a buscar los mejores físicos para que la viesen, pero ninguno supo decir cuál era la causa de su enfermedad, ni prescribir remedio alguno a propósito. Ello duró todo un año, durante el cual Teresa tuvo que permanecer en cama casi todo el tiempo en su habitación.

Por último, cuando ya llevaba casi dos años en el convento se puso mucho peor y parecía prestarse tan poco a los recursos de la ciencia médica que su padre propuso llevarla a Becedas, a unas cuantas millas de Ávila, en donde había una mujer conocida en toda la provincia como autora de curas de enfermedades sumamente peligrosas. La superiora de Teresa dio su consentimiento y se convino en que la acompañase su amiga, la hermana Juana Suárez.

¿Quién era aquella mujer de Becedas capaz de curar toda clase de enfermedades? No ha quedado siquiera rastro de su nombre; lo único que de ella sabemos es que era mujer de «mucha

fama» y que cuantos decían conocer sus hechos, prometían con la más absoluta confianza que Teresa encontraría alivio. Pero ella no lo creía. Y con verdadera contrariedad fue de nuevo a su casa al final del otoño del año 1537 a prepararse para tal viaje.

El pueblo de Becedas queda como unas quince leguas al oeste de Ávila, casi en el límite de la provincia de Salamanca. El camino que a él conduce pasa por Hortigosa y Castellanos de la Cañada, de forma que Teresa pudo detenerse al final del primer día de jornada para visitar a su tío don Pedro. ¡Cuán diferente debió de parecerle ahora! En realidad, era gracias a él que se había hecho monja, pues ¿habría acaso abandonado el mundo si sus libros no la hubiesen convencido de la vanidad de las cosas humanas? En aquella ocasión la dejó él leer otro libro que habría de producir un nuevo cambio verdaderamente revolucionario en su vida. Era el *Tercer Abecedario*, de fray Francisco de Osuna, fraile franciscano, que había sido publicado en Toledo el año 1527 —uno de esos tratados a cuyo lado pasa la gente de mundo con un simple encogimiento de hombros o con sarcasmo, y que, en cambio, los místicos aprietan con gratitud contra sus corazones—. Era el tercer volumen de una obra destinada, como su título indica, a explicar el abecé de la oración, no ya la mera oración vocal, simple recitación de palabras, en la forma ya establecida o en otra improvisada, sino esa más elevada plegaria que trasciende las palabras, esa elevación del espíritu hacia una inteligencia de, y una comunicación, con Dios que han llegado a experimentar los de espíritu contemplativo. Aun cuando muchos santos han logrado alcanzar esos varios estados de la oración mental, no se había llevado a cabo intento alguno de analizarlo y clasificarlo hasta que se escribió tal libro. Era tal vez peligroso para algunas almas y, en cambio, muy socorrido para otras.

Así que Teresa tuvo una gran alegría cuando, al marcharse de Hortigosa, su tío le dio el tercer volumen de aquella preciosa obra. Era precisamente lo que ella había estado anhelando sin de ello darse cuenta. En la aventura de su alma había llegado a sentir la necesidad de algo que no era fácil hallar dentro de los muros, entre los que había tanta gente, del monasterio de la Encarnación. Lo que ella quería era hablar con su Creador en términos más altos que las palabras, y aunque había recibido lo que llaman los místicos «el don de las lágrimas» (lágrimas de contentamiento en la contemplación de las obras de Dios), habían fracasado todos los intentos por ella realizados para hacer la oración mental. En su gran humildad, atribuía esta imposibilidad a sus «pecados». Pero he aquí que el padre Francisco en aquel pequeño volumen, con el precioso escudo de armas en su frontispicio, hacía la sugerencia de otra razón: que la oración mental era difícilmente posible sin el silencio y la soledad. A cuyo respecto había escrito: «No debes contentarte con el recogimiento interior sin el recogimiento, que es tan necesario para ti, de forma que el lugar secreto y apartado pueda despertarte e invitarte a entrar en ti mismo».

Tales palabras venían a ser como la clave del misterio. Había ella estado suspirando por Dios y preguntándose a sí misma en dónde podría hallarle mejor. Cuando llegó a casa de su hermana, en Castellanos de la Cañada, había encontrado ya la respuesta en fray Francisco de Osuna. Y le pareció que Dios estaba detrás de todas aquellas admirables obras de la naturaleza que rodeaban con su majestuosa soledad la casa de Guzmán y Barrientos. Las montañas y los prados, los botones de flor y las flores expandidas, las nubes y la luz del sol, y más que todas las otras cosas, el agua, aquella agua hermosa y casquivana que a su vista huía; todo cuanto estaba viendo era como páginas de un libro en donde podía

leer la grandeza de Dios. Aquello era una percepción intelectual, lo más a que podía llegar la razón humana en busca de lo absoluto. Y no obstante, no era todavía suficiente para Teresa. Su amor sólo podía satisfacerse saltando por encima del abismo en donde se desvanece la luz de este mundo ante la luz pura y no creada. En resumen, no la bastaba con las obras de Dios, sino que precisaba a Dios mismo. Osuna confirmaba todo cuanto ella había sentido instintivamente; que sólo en el hombre, la más perfecta de sus obras —el hombre a quien Él había hecho a su imagen y semejanza, en cuya forma se había encarnado— era donde podía encontrarse a Dios, que moraba en él con personalidad de padre, de rey, de amante, suma y compendio de todas las delicias, para las que había abierto un hueco en el corazón humano. Si una persona rechazara todos los pecados, que no son en esencia sino oposición a Dios, si después de haber sido purificado por la confesión frecuente y por la penitencia, se pusiera tranquilamente a disposición de Dios, podría esperar oír a Dios hablarle en lo más recóndito de su alma. «Entra en ti mismo». Aquello era un gran descubrimiento para Teresa, y dio motivo a cuanto facilitó y podrá explicar el resto de toda su carrera.

Las circunstancias hicieron posible el que ella pusiera en práctica diariamente los principios del nuevo maestro. De Becedas había llegado el aviso de que era inútil llegar allá al comienzo del invierno; toda cura debía empezar al comienzo de la primavera, en el mes de abril. No habla, pues, nada más que hacer sino pasar el invierno con su hermana María y su marido en casa de éstos. No se dice si don Alonso permaneció allí con sus hijas o si se volvió a sus quehaceres en Ávila. De lo que no hay duda es que la hermana Juana se quedó con ella. Y, como era uno de esos espíritus plácidos e incapaces de mezclarse en les cosas de los demás y

que podían adaptarse perfectamente a las maneras de los otros, dejó a la enferma que se entregase al ensimismamiento que fray Francisco consideraba preciso para la oración. De tal suerte llegó Teresa a ser una contemplativa.

No podía haber encontrado un lugar más a propósito para la satisfacción de su deseo. Los campos que rodeaban la casa de Guzmán y Barrientos estaban envueltos, sobre todo en el invierno, por un silencio verdaderamente monástico y una paz infinita. Ante sus ojos extendiese un hermoso y espléndido panorama que abarcaba en la distancia ingentes montañas cubiertas de blanca nieve y decorado con campos verdeantes y traviesos regalos, con manchas de bosques y llanuras inmensas bajo un cielo de un aire purísimo. Amaneceres y crepúsculos vespertinos parecían competir en su afán de teñir aquel límpido cielo castellano con colores a cual más brillantes, dibujando en él infinita variedad de formas. No es de extrañar que el biógrafo Mir se extasíe ante aquellas «noches serenas divinamente embriagantes de las montañas de Ávila y Salamanca; esas noches incomparables en que la plateada luz de la luna ilumina el firmamento, y desciende indecisa y vaga sobre los anchos bosques para desparramarse en los campos en los que no se oye nada más que el sonido del aire que sin cesar se agita entre los bosques de pinos».

Allí encontró por fin Teresa la paz que tanto había anhelado. Allí elevó su corazón a Dios y allí se dio por vez primera cuenta de la realidad de la oración mental. Aquello era algo distinto de las meditaciones sobre Cristo en el huerto que, de acuerdo con lo por San Ignacio aconsejado, había practicado ella en Nuestra Señora de la Gracia. Comenzó, pues, a sentir la presencia de otra personalidad actuando en sus meditaciones, pues sentía la

verdadera presencia de Cristo cuando Él la concedía la oración de la quietud, y por último, antes de dejar a Castellanos de la Cañada, hubo un tiempo en que Él la otorgó la más breve intimidad de los altos estados místicos que es dado experimentar al alma humana, la oración de unión.

No la llamaba ella de tal modo en aquel momento, ya que todavía ignoraba lo que era; después creyó que era aquello y escribió: «Verdad es que duraba tan poco esto de unión, que no sé si era Ave María; mas quedaba con unos efetos tan grandes que, con no haber en este tiempo veinte años, me parece traía al mundo debajo de los pies, y ansí me acuerdo, que había lástima a los que le siguian, aunque fuese en cosas lícitas» (*Vida*).

Había por fin descubierto el método de oración que debía practicar en lo sucesivo durante toda su vida y enseñar como nadie jamás en ello la igualara.

«Procuraba lo más que podía traer a Jesucristo nuestro bien y Señor dentro de mí presente, y esta era mi manera de oración. Si pensaba en algún paso [algún acontecimiento de su vida], le representaba en lo interior, aunque lo más gastaba en leer buenos libros, que era toda mi recreación; porque no me dio Dios talento de discurrir con el entendimiento ni de aprovecharme con la imaginación, que la tengo tan torpe, que aun para pensar y representar en mí como lo procuraba, traer la humanidad del Señor, nunca acababa.» Los individuos imaginativos e intelectuales pueden hacer oración sin ayuda alguna extraña, pero las personas como ella (tal era su propia explicación) corrían el grave peligro de que los pensamientos ociosos e incluso pecaminosos se abriesen camino en medio de la meditación y la hiciesen quedar en nada, dejándola en un estado peor que el de antes. Muy distinto era

cuando ella ayudaba a su imaginación con la lectura de alguno de los divinos misterios. Al cabo de poco tiempo llegó a descubrir que, en cuanto abría el libro, comenzaba de seguida la oración. Únicamente podía alcanzar sin ello tal estado de recogimiento inmediatamente después de recibir la comunión. De tal modo, llegó a encontrar una alegría más que humana en el sufrimiento cotidiano. El invierno se diluyó, por fin, en la primavera y, abandonando el caserío de Castellanos de la Cañada, se dirigió Teresa por aquel camino, tan andado por los que buscaban alivio a sus dolores, hacia la morada de la curandera, que distaba un día de jornada de allí, a través de los páramos desiertos y por encima de las montañas.

# CAPÍTULO V

## LA DOCTORA CHARLATANA DE BECEDAS Y EL SACERDOTE HECHICERO

Becedas, aldea de unos 1.500 habitantes, estaba situada en un trozo de terreno elevado en medio de una tierra fértil y bien regada por tres arroyos; tierra de huertas y trigales. La formaban principalmente casas de labriegos y artesanos apiñadas en torno a la iglesia. En un cierto sitio se veía entre aquellos tejados el de la casa a que tantos enfermos habían acudido en busca de cura y de la que tan pocos se habían ido (al decir de las gentes) curados. Don Alonso se informó de dónde estaba y fue hacia allá con las dos monjas y acaso algún fiel criado de la casa.

Dio comienzo la cura. Teresa tenía que tomar determinadas medicinas, hierbas en su mayoría, y purgarse todos los días. Las purgas, que tan extraordinario papel desempeñaban en la terapéutica del siglo XVI, no eran cosa de broma. Si ella dudaba de la eficacia de semejante método para las afecciones del corazón o si llegó a cruzarle por el pensamiento alguna desconfianza respecto a la curandera, lo cierto es que comenzó a estar molesta, a sentir que el demonio «comenzó a descomponer su alma», como ella escribió. En vista de lo cual buscó al cura del lugar para que la confesase. Era éste un hombre de muy buena familia, afable y cortés. «Tenía letras, aunque no muchas», dice de él Teresa en su ingenuo relato. Era muy devoto de Nuestra Señora y no dejaba ningún año de celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepción. Y

fue su apariencia de ser hombre leído lo que la indujo a querer confesarse con él, pues ella escribió: «Siempre fui amiga de letras, aunque gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados; porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera. He visto por espiriencia que es mijor, siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas que tener pocas, porque ni ellos se fían de sí, sin preguntar a quien las tenga buenas, ni yo me fiara, y buen letrado nunca me engañó. Estotros tampoco me debían de querer engañar, sino no sabían más.»

Don Fulano (así le llamaremos, toda vez que Teresa no da su nombre) demostró que era todavía menos culto de lo que en un principio había parecido; pero era amable, afectuoso y dejaba ver claramente que sentía una gran admiración por la pureza de alma que le revelara ella con su confesión. Como Teresa declara, tenía entonces bien poca cosa que confesar en comparación de lo que luego tuviera. Él la persuadió de que fuese frecuentemente a consultarle. Y acaso ella comenzase a interpretar mal aquella solicitud; en todo caso parece que trató de protegerse contra una relación excesivamente amistosa haciéndole ver, sin dudas desde un principio, que ella estaba resuelta a no ofender a Dios. Ésta era, al parecer, la razón por la que don Fulano había concebido un tal aprecio por ella; a lo que él replicó que, por su parte, estaba igualmente resuelto a no ofender a Dios.

Teresa no tenía, como suele decirse, nada de tonta. Había empezado a preocuparse por don Fulano, pues no escapaba a su viveza que los habitantes de Becedas tenían un cierto extraño modo de hablar o de actuar cada vez que se le nombraba. Seguramente tenía que haber algo de malo con tal sacerdote. Él no decía nada ofensivo, pero, sin embargo, su actitud la repugnaba.

«No fue la afeción de éste mala, mas de demasiada afeción venía a no ser buena.» No obstante lo cual, como siempre hay algo de irresistible en una pureza y en una sinceridad como las de ella, comenzó a producirse un cambio en sus mutuas relaciones, algo como si ella se hubiese convertido en el confesor y él en un penitente. Aquella débil mujer, joven y hermosa, que parecía estar constantemente viviendo en presencia de Dios y que no pensaba y hablaba de otra cosa que de Su misericordia y de Su justicia, venía a ser como un espejo en donde, por primera vez en muchos años, le fuera a él posible ver la tremenda carga de su alma mancillada con todas las culpas que sus feligreses veían en ella cada vez que fruncían sus cejas al oírle nombrar. Por último, el perverso, abrumado por el sentimiento de su propia vergüenza, se despojó de toda falsía e hizo casi una verdadera confesión.

«Ansí era mucha la conversación. Mas mis tratos entonces, con el embebecimiento de Dios que traía, lo que más gusto me daba era tratar cosas de Él; y como era tan niña, hacíale confusión ver esto, y con la gran voluntad que me tenía, comenzó a declararme su perdición; y no era poca, porque había casi siete años que estaba en muy peligroso estado, con afeción y trato con una mujer del mesmo lugar, y con esto decía misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto.

»A mí hízoseme gran lástima, porque le quería mucho, que esto tenía yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida y tener ley a quien me quería. Maldita sea tal ley, que se extiende hasta ser contra la ley de Dios. Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina; que debemos todo el bien

que nos hacen a Dios, y tenemos por virtud, aunque sea ir contra Él, no quebrantar esta amistad, ¡Oh ceguedad de mundo!»

Así escribía la monja en su edad madura, pero la Teresa joven no sentía sino una gran conmiseración. No era ella la primera buena mujer que viera el fulgor de un santo deseo de apartar a un hombre de la influencia de una mala mujer.

«Procuré saber e informarme más de personas de su casa; supe más la perdición, y vi que el pobre no tenía tanta culpa; porque la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre, que le había rogado le trajese por amor de ella al cuello, y éste nadie había sido poderoso de podérselo quitar.

»Yo no creo es verdad esto de hechizos determinadamente, mas diré esto que yo vi, para aviso de que se guarden los hombres de mujeres, que este trato quieren tener; y crean, que pues pierden la vergüenza a Dios (que ellas más que los hombres son obligadas a tener honestidad) que ninguna cosa de ellas pueden confiar; y que, a trueco de llevar adelante su voluntad y aquella afeción, que el demonio les pide, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna desta suerte yo caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni, aunque pudiera, quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor de esto; mas si me dejara, hiciera el mal que hacía en lo demás, que de mí ninguna cosa hay que fiar. Pues como supe esto, comencé a mostrarle más amor; mi intención buena era, la obra mala; pues por hacer bien, por grande que sea, no había de hacer un pequeño mal. Tratábale muy de ordinario de Dios; esto debía aprovecharle, aunque más creo le hizo al caso el quererme mucho; porque, por hacerme placer, me vino a dar el idolillo, el cual hice echar luego en un río. Quitado esto comenzó, como quien despierta de un gran sueño, a irse

acordando de todo lo que había hecho aquellos años, y espantándose de sí, doliéndose de su perdición, vino a comenzar a aborrecerla. Nuestra Señora le debía ayudar mucho, que era muy devoto de su Concepción, y en aquel día hacía gran fiesta. En fin, dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias a Dios, por haberle dado luz. A cabo de un año en punto, desde el primer día que yo le vi, murió.»

Teresa no era hipócrita y no se ocultaba a sí misma el peligro de semejante amistad. A trueque de ayudar a ese pecador, hombre mucho más viejo y mucho más enterado de las cosas del mundo, ella había corrido, así lo comprendía, un gran riesgo; sin embargo, había sido el instrumento de la piedad de Dios y de la gracia para él en la undécima hora de la vida, y creyó que él había tenido una buena muerte. «Ya había estado muy en servicio de Dios, porque aquella afición grande que me tenía, nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con más puridad, mas también hubo ocasiones para que, si no se tuviera muy delante a Dios, hubiera ofensas suyas más graves. Como he dicho, cosa que yo entendiera era pecado mortal, no la hiciera entonces; y paréceme que le ayudaba a tenerme amor, ver esto en mí. Que creo que todos los hombres deben ser más amigos de mujeres que ven inclinadas a virtud; y aun para lo que acá pretenden, deben de ganar con ellos más por aquí, sigún después diré. Tengo por cierto está en carrera de salvación.»

Mientras tanto, la sombría charlatanería de la curandera continuaba avanzando hacia su inevitable conclusión: el total quebrantamiento de la constitución física de la enferma. Así, escribió Teresa:

«Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fue más recia que podía mi complexión; a los dos meses, a poder de medicinas, me tenía casi acabada la vida; y el rigor del mal de corazón, de que me fui a curar, era mucho más recio, que algunas veces me parecía con dientes agudos me asían de él, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podía comer, sino era bebida de gran hastío, calentura muy continua y tan gastada, porque casi un mes me habían dado una purga por día) estaba tan abrasada, que se comenzaron a encoger los niervos, con dolores tan incomportables, que día ni noche ningún sosiego podía tener, y una tristeza muy profunda.

Su padre estaba dispuesto ya admitir que había sido víctima del engaño de la curandera. No quedaba otra cosa que hacer más que llevarse de nuevo su hija para Ávila.

El viaje debió de haber sido sumamente doloroso, pero se realizó con un alto, sin duda en Castellanos de la Cañada. Teresa no tardó en caer en cama, consumida y deshecha a fuerza de dolores, en la casa donde había nacido y donde, por lo visto, no iba a tardar en morir. Todos los mejores físicos de la ciudad de aquel entonces, uno por uno, separadamente, y en consulta, convinieron en que tenía una tuberculosis, a más de la enfermedad al corazón y que ya era demasiado tarde para intentar nada. «De esto se me daba a mí poco; los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un ser desde los pies hasta la cabeza; porque de niervos son intolerables, según decían los médicos, y como todos se encogían, cierto si yo no lo hubiera por mi culpa perdido [*Job*, 1,1], era recio tormento.»

Pasaron tres meses verdaderamente terribles. Volvió el mes de abril, con él se vistió el mundo de flores y volvieron a resonar las

canciones, pero Teresa permanecía en cama atenazada por su desgracia, con la oración por todo consuelo y sin otro manantial de paciencia que la lectura de las Morales de San Gregorio y de la historia de Job. «Hubo un varón en tierra de Hus, llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, y temeroso de Dios, y apartado del mal» [*Job*, 2, 10]. Y, pensando en los dolores que le sobrevinieron a ese pobre hombre sin que hubiera razón para ello, Teresa acostumbraba leer y releer las palabras que él dirigió a su esposa mientras estaba sentado en un estercolero rascándose con un tiesto las pústulas: «Si hemos recibido el bien de Dios, ¿y el mal no recibiremos?» [*Job*, 10, 22]. Y, como Job, también ella pensaba: «¿No son mis días poca cosa? Cesa pues, y déjame, para que me conforte un poco. Antes que vaya para no volver. A la tierra de tinieblas y de sombra de muerte: tierra de oscuridad, lóbrega, como sombra de muerte, sin orden, y que aparece como la oscuridad misma» [*Job*, 20-22].

Desde abril hasta la mitad del verano permaneció en tal estado, esperando que Dios quisiera llevársela.

Un caluroso día del mes de agosto le preguntó a su padre si podía ir a confesarse, pensando, al parecer, prepararse para la fiesta de la Asunción. Don Alonso pensó que estaba pronta ya para la muerte, y para calmar sus varios temores, que suponía eran tales, se negó a que se llamase al sacerdote. ¡Oh, el amor equivocado de la carne y de la sangre!

Aquella noche sufrió ella un súbito ataque y perdió en el acto el conocimiento. Cuando todos los intentos por reavivarla resultaron vanos, los médicos se fueron silenciosos y el sacerdote vino, por fin, con los santos óleos para ungirla, mientras afuera la gente rezaba ya el credo y las oraciones de la muerte. El dolor y el re-

proche que su padre a sí mismo se hacía eran verdaderamente tremendos. No cesaba de repetirse que él tenía toda la culpa por no haber permitido que su hija se confesara.

Teresa, inmóvil y sin vida al parecer, diríase había dejado de respirar. Algunos de los que estaban en la habitación de la enferma probaron todos los antiguos sortilegios, como el del espejo y la pluma, y por todos ellos se veía que el alma había abandonado ya al cuerpo. Se avisó al convento y se cavó en él una sepultura. Algunos frailes carmelitas, vecinos, rezaron un servicio de difuntos [*Vida*]. Se envió a buscar a unas cuantas monjas que pudieran acompañar el cadáver hasta su última morada.

Durante día y medio la sepultura cavada permaneció abierta esperando el cuerpo tronchado de dolor. Las monjas de la Encarnación querían que se la llevara allí inmediatamente para darle luego sepultura. Lo cual se habría sin duda hecho si don Alonso no hubiera insistido en que sólo estaba dormida, dado que él podía sentirla el pulso. Así llegó a exclamar: «Esa hija no es para enterrar». Los circunstantes le pusieron como loco de dolor, pero no hubo súplica ni razón que pudiera convencerle.

Durante una de aquellas cuatro noches sepulcrales en que el cuerpo fue abandonado sólo un breve instante, una de las velas que estaban encendidas se inflamó y prendió fuego a las ropas de la cama. El joven Lorenzo de Cepeda, agotado por las largas vigilias, se había quedado profundamente dormido en una silla al lado del lecho, junto al cuerpo de su hermana. Pero se despertó con gran sobresalto a tiempo de impedir que el fuego envolviese a Teresa en un haz de llamas.

Sin embargo, después de todo ello, cuando don Alonso había ya admitido la certeza de su muerte y se iba a efectuar el funeral,

Teresa abrió los ojos y vio a su padre y hermanos llorando junto a su lecho.

Y murmuró: «¿Por qué me reclamáis?»

Cabe preguntar qué pudo experimentar su alma durante aquel largo trance de muerte, que más adelante le hacía acordarse de haber tenido como una visión del paraíso en la que vio a su padre y a la hermana Juana Suárez entre los elegidos, gracias a sus oraciones y sufrimientos. Vio también comunidades de monjas organizadas gracias a sus esfuerzos, y numerosas almas recibiendo el estado de gracia por obra suya y, por último, se vio a sí misma muriendo y gozando de la visión de Dios, en su sepultura, bajo un manto de brocado. Después de referir aquella visión a sus familiares, trató de hacer que la olvidasen diciéndoles que no era sino *disparates y frenesí*, que ella había imaginado en su mente febril; pero los individuos virtuosos y entendidos pudieran convencerse por acontecimientos posteriores de que había, en verdad, tenido una visión sobrenatural y no simplemente un sueño. Uno de sus confesores incluso afirmó que había llegado a ver la horrenda realidad del infierno. En el momento de su despertar no se encontraba Teresa en condiciones físicas para hablar con detalle de tales cuestiones. «La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada y de la gran flaqueza, que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba desconyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza; toda encogida, hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no me meneaban; sólo un dedo me parece podía menear de la mano derecha. Pues llegar a mí, no había cómo; porque todo estaba tan lastimado, que no lo

podía sufrir. En una sábana, una de un cabo y otro, me meneaban» [*Vida*].

No obstante todo eso, su primer pensamiento, una vez vuelta en sí, fue el de pedir confesión, sin que entonces hubiese objeción alguna por parte de don Alonso. Todo lo que había visto durante aquella su vida de muerta le infundió la plena convicción de cuán manchada resultaba su humanidad comparada con la inmaculada belleza que Dios quería se tuviese, hasta el punto de que aun muchos años después temblaba todavía de sólo recordarlo. Más adelante escribió: «Los dolores eran incomparables, con que quedé el sentido poco, aunque la confesión entera, a mi parecer, de todo lo que entendí había ofendido a Dios; que esta merced me hizo su Majestad, entre otras, que nunca después que comencé a comulgar, dejé cosa por confesar, que yo pensase era pecado, aunque fuese venial, que le dejase de confesar; mas sin duda me parece que lo iba harto mi salvación si entonces me muriera, por ser los confesores tan poco letrados por una parte, y por otra tan ruin, y por muchas.» Después de la confesión, recibió la comunión «con hartas lágrimas» por el hecho de que algunas personas la hubieran dicho «no eran algunas cosas pecado mortal, que cierto he visto después que lo eran [*Vida*]; declaración que algunos investigadores de las cuestiones teresianas han considerado como una exageración de la humildad de la santa.

El domingo de Ramos de 1537, hallándose todavía en semejante situación, tan desesperada y doliente, se la condujo a través de la ciudad al convento de la Encarnación, donde la madre priora y las hermanas la recibieron como a una resucitada. Cuantos la miraban se sentían movidos a compasión, pues se había quedado verdaderamente en los huesos. Sin embargo, poco a

poco fue recobrando el uso de sus miembros hasta que un día, con gran alegría por su parte, pudo arrastrarse un trecho a gatas y con toda devoción se puso a dar gracias a Dios. Esto no obstante, la parálisis continuó durante otros tres años, y era tan lenta la mejoría que nadie pensaba sería capaz de volver a ocupar ningún puesto activo en la comunidad. Pero, Teresa anhelaba volver a estar bien otra vez para poder servir mejor a Dios orando en soledad como Él la había enseñado a hacer en Castellanos de la Cañada, y como no le era posible orar en la enfermería del convento. Con el tiempo se avergonzó de tal motivo, pues pudo decir: «Éste es nuestro engaño, no nos dejar del todo a lo que el Señor hace, que sabe mijor lo que nos conviene.» Las monjas estaban verdaderamente asombradas y admiradas de su paciencia y su conversación angelical, que por lo general era acerca de Dios. Rogaban por ella y por ella hacían decir misas especiales. Por último, se recurrió a San José, respecto del cual decía Teresa: «Querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso santo, por la gran espiriencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona, que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud.» En cada día de San José, el 19 de marzo, hacía ella una petición especial, e invariablemente conseguía lo pedido si bien no siempre en la forma en que lo pidiera. «Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por espiriencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción.»

Al cabo del tercer año, San José escuchó su plegaria. Quedó completamente curada de su parálisis y de cuantos dolores la acompañaron. Pero la salud la amenazó con otros peligros de tal índole que a veces estaba tentada de creer que habría sido mejor el quedar paralítica del todo.

# CAPÍTULO VI

## UNA NOCHE OSCURA DE AVENTURA TERRIBLE Y DIVINA

Ya podía Teresa andar, orar, y en cierto modo trabajar con el fin de volver a tomar parte en la rutina de la comunidad, pero no había, en absoluto, recobrado su buena salud. San José hiciera no poco al dignarse escuchar sus oraciones y no rehusarle lo que le había pedido en sus primeros días de entrada en el Carmelo, cuando ella anhelaba tener que sufrir si, gracias a ello, podía alcanzar la sublime conjunción con Dios. Los veinte años siguientes fueron para ella un continuo purgatorio de sufrimientos físicos, mentales y espirituales.

Todas las mañanas, desde sus veinticuatro hasta sus cuarenta y cuatro años, siguieron dándole fuertes ganas de vomitar, lo que a veces había de facilitársele con una pluma para aliviar la sofocante sensación de náusea que la atormentaba y el gran dolor de opresión de corazón que sentía en tales momentos. Únicamente después de haberse de tal modo aliviado, podía realizar sus trabajos, y jamás pudo tomar alimento alguno hasta después del mediodía ([9]).

Mas no era eso lo peor. Los sufrimientos meramente físicos en una persona lo suficientemente heroica para reclamarlos eran una bagatela en comparación de todos los embates de la titánica batalla del alma a que debían estar expuestos los santos, más

[9] Todas las citas de este capítulo son del cap. VII de su *Vida*.

pronto o más tarde. Ya San Pablo había escrito: «Y porque la grandeza de las revelaciones no me levante descomedidamente, me es dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera. Por lo cual tres veces he rogado al Señor que se quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi potencia en la flaqueza se perfecciona. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis flaquezas, por que habite en mí la potencia de Cristo... Porque cuando soy flaco, entonces soy poderoso» (Cor 12, 7-10). Y también por lo de: «Nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados y los poderes, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus de la maldad en los altos puestos» (Ef 6, 12).

Comenzaba Teresa a darse cuenta de lo que tales palabras querían decir. Cuando Dios invita a un alma a seguirle hasta las cumbres del amor, y el alma acepta, no queda en el acto transformada de ser humano, con todas sus debilidades y pasiones de la carne, en un ángel de perfección, sino que, bien por lo contrario, comienza frecuentemente a tropezar con extraordinarias dificultades y tentaciones. Para alcanzar la gloria de la resurrección, que proporciona un delicioso gusto anticipado, incluso en este mundo, de lo que es el paraíso eterno, el alma tiene que padecer hambre y miseria, el olvido y el error, la soledad y la tristeza de un huerto de Getsemaní en donde el mismo Dios parece haber abandonado y retardado más o menos la crucifixión de los deseos carnales, de las ambiciones y de las vanidades. De tal modo, la pobre alma lucha y se fatiga, se levanta para caer una y otra vez, se aventura y retrocede nuevamente de una crisis tremenda a otra más espantosa todavía, pareciendo caer a cada instante en el peligro de hundirse en el eterno abismo del fracaso y de la muerte. Los demonios del

infierno, no dicho como figura retórica sino en la actualidad más siniestra, luchan con furia contra el alma que se atreve a elevarse hacia la altura por ellos perdida. Y así espían todas sus debilidades y su confianza y, si esto les resulta ineficaz, la adulan por sus virtudes tratando de convertir a éstas en vicios.

¿Y qué tiene que ver Dios en todo ello?, pregunta el escéptico. ¿Cómo permite que, cuando el alma se vuelve de tal manera hacia Él, se la trate de manera tan baja? Al Todopoderoso le es fácil destruir toda oposición que se enfrente a las aspiraciones de un alma y elevarla triunfalmente hacia Sí. Pero, en ello habría un elemento de fuerza en contra de la misma alma; la cual no estaría libre y, por consiguiente, no sería divina, y Dios sólo tendrá lo divino unido a Su divinidad. Él no se conduce con las almas como el escultor con el mármol sordo, cincelando su idea en una materia muerta y tela. El destino del alma humana no es la muerta seguridad de un autómata, que es esclavitud, sino la alegre y viva libertad de un dios, libertad que consiste en la perfecta unión de su voluntad con la de Dios, el cual es el único libre. Ella puede rehusar esto, pero si lo acepta libremente, el alma tiene entonces que marchar por la senda del sufrimiento hasta que hayan sido expulsados todos los elementos de su esclavitud a la materia y al demonio.

«La causa por la que —escribió San Juan de la Cruz— le es necesario al alma (para llegar a la divina unión de Dios) pasar esta Noche a oscuras de mortificación de apetitos y negación de los gustos en todas las cosas, es porque todas las aficiones que tiene en las criaturas son delante de Dios como puras tinieblas, de las cuales estando el alma vestida, no tiene capacidad para ser poseída de la pura y sencilla luz de Dios, si primero no las desecha

de sí; porque no puede la luz con las tinieblas... La razón es, porque dos contrarios (según nos enseña la filosofía) no pueden caber en un sujeto; y porque las tinieblas, que son las aficiones de las criaturas, y la luz, que es Dios, son contrarias y ninguna semejanza ni conveniencia entre si...

»Y para que probemos mejor de lo dicho, es de saber que la afición tanto más la iguala y hace semejante, porque el amor hace semejanza entre lo que ama y lo que es amado... Y así, el que ama a criatura, tan bajo se queda como aquella criatura, más aún en alguna manera, más bajo, porque el amor no sólo iguala, más aún sujeta el amante a lo que ama. Y de aquí es que por el mismo caso que el alma ama algo fuera de Dios, se hace incapaz de la pura unión de Dios y de su transformación. Porque mucho menos es capaz la bajeza de la criatura de la alteza del Criador que las tinieblas lo son de la luz. Porque todas las cosas de la tierra y del Cielo comparadas con Dios, nada son, como dice Jeremías: *Apexi terram, et ecce vacua erat, et nihil; et caelos et non era lux in eis*. Miré a la tierra, y estaba vacía, y ella nada era; y a los cielos, y vi que no tenían luz (Jer 4, 33.) En decir que vio la tierra vacía, da a entender que todas las criaturas de ella nada eran, y que la tierra también era nada. Y en decir que todas las lumbreras del Cielo, comparadas con Dios, son puras tinieblas. De suerte que todas las criaturas en esta manera nada son, y las aficiones de ellas menos que nada podemos decir que son, pues son impedimento y privación de la transformación en Dios. Así como las tinieblas nada son y menos que nada, pues son privaciones de la luz, el que tiene tinieblas, así no podrá comprehender a Dios el alma que tiene afición a la criatura. De la cual, hasta que se purgue, ni acá le podrá poseer por transformación pura de amor, ni allá por clara visión» (*Subida al Monte Carmelo*, lib. I, cap. IV). El primer

encuentro de Teresa en el altivo conflicto acabó en derrota, en una derrota tan sutil que no pudo darse cuenta de ella durante largo tiempo, debiéndose la causa de tal desastre a su ignorancia de semejante principio de apartamiento de las criaturas. Parecía la cosa más natural del mundo que, al haber recobrado el uso de sus miembros, y en cierto modo la salud, disfrutase de sus facultades tan milagrosamente recuperadas y encontrase especial placer, como casi todas las monjas de la Encarnación, en recibir visitas de parientes y amigos. Las conversaciones en el locutorio eran bastante inocentes, y, desde luego, versaban con frecuencia acerca de Dios y de las cosas divinas. ¿Cómo iba, pues, a saber la joven monja que, si encontraba agrado en ellas por su propia satisfacción y no por el amor de Dios solamente, pudieran de Dios alejarla? ¿Cómo podría ella aprender, salvo por amarga experiencia, que en la vida contemplativa hasta el afecto más inocente a las criaturas puede resultar desastroso?

Uno de sus más asiduos visitantes era su padre. La vida debía haberse tornado muy triste y solitaria para él, ya que le habían abandonado casi todos sus hijos, uno tras otro. Primero fue María, para casarse; luego Rodrigo, al embarcarse para el Perú; después Teresa, al ingresar en el convento; más tarde, sus dos hijos, Antonio y Hernando, que se fueron al Nuevo Mundo, y, finalmente, en el año 1540, Pedro, Lorenzo y también Jerónimo; seis hijos en total, todos soldados, corriendo grandes peligros y a los que no volvería a ver en toda su vida. Don Alonso acostumbraba ir frecuentemente al monasterio de Santo Tomás para confesarse con el fraile dominico fray Vicente Barrón, pero el mayor agrado y la mayor satisfacción de su existencia, no cabe la menor duda de que eran el ir a visitar a su hija en el convento de la Encarnación. A buen seguro que tendrían grandes conversaciones respecto a

cosas de la familia y de los ausentes y que, por parte de Teresa, las conversaciones recaerían a menudo sobre Dios y las necias vanidades de las cosas de este mundo. Don Alonso se interesó tanto por lo que ella le dijo respecto a sus progresos en la oración mental, gracias a la ayuda del *Tercer Abecedario*, que mostró deseos de aprenderlo a su vez. No tardó mucho tiempo en comenzar a bregar valientemente subiendo la empinada y espinosa cuesta que ella le mostraba, gustando sus grandes deleites y también sus tristes desolaciones. En el transcurso de los cinco a seis años siguientes adelantó tanto por aquella senda que incluso llegó a reducir grandemente sus visitas al convento a fin de tener más tiempo que consagrar a su conversación con Dios.

Por extraño que parezca, mientras Teresa le alentaba a continuar en la oración sin palabras, ella, en cambio, la iba poco a poco descuidando, sin hacérselo saber, hasta que al fin cesó por completo de practicarla. Había sido una perfecta víctima de sus amigas.

Así, escribió ella más tarde: «Pues ansí comencé de pasatiempo en pasatiempo, y de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterme tanto en muy grandes ocasiones, y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oración, tornarme a llegar a Dios; y ayudóme a esto, que como crecieron los pecados, comenzóme a faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud. Vía yo muy claro, Señor mío, que me faltaba esto a mí, por faltaros a vos, Este fue el más terrible engaño que el demonio me podía hacer debajo de parecer humildad, que comencé a temer de tener oración mental, y tanto trato con Dios, la que merecía estar con los demonios, y que engañaba a la gente; porque en lo exterior

tenía buenas apariencias; y ansí no es de culpar a la casa donde estaba, porque con mi maña procuraba me tuviesen en buena opinión, aunque no de advertencia, fingiendo cristiandad; porque en estado de yproquesía y vanagloria, gloria a Dios, jamás me acuerdo haberle ofendido... Éste no me tener por tan ruin venía, de que como me vían tan moza, y en tantas ocasiones, y apartarme muchas veces a soledad, a rezar y leer mucho, hablar de Dios, amiga de hacer pintar su imagen en muchas partes, y de tener oratorio, y procurar en él cosas que hiciesen devoción, no decir mal, otras cosas desta suerte, que tenían apariencia de virtud; y yo que, de vana, me sabía estimar en las cosas que en el mundo se suelen tener por estima.»

A pesar de la baja opinión que tenía de su propio carácter, se la consideraba tanto en el convento que se le daba más libertad que a todas las otras monjas, incluso las más viejas. Al admitir esto, añade ingenuamente que nunca se aprovechó de ello para hacer nada sin permiso, o para hablar con nadie, «digo por agujeros, o paredes, o de noche». Fueron cosas que ella no hizo jamás «porque me tuvo el Señor de su manos. Lo que, al parecer, hizo fue seguir la línea de menor resistencia, dejarse llevar por la corriente, para hacer lo que debía hacer y nada más. El peligro de ello era que en la vida espiritual no hay inmovilidad: si el alma no va hacia adelante, va hacia atrás.

Teresa, con su espirito realista y objetivo al analizar sus actos, no se culpa a sí misma, limitándose a citar el hecho de que el de la Encarnación no era un convento de clausura. No había razón, por tanto, para que las monjas fueran de clausura, ya que no habían hecho votos de clausura. Se apresura luego a añadir que no era uno de los conventos de mayor tolerancia, sino donde se obser-

vaba disciplina y en el que había muchas que buscaban la perfección. Sin embargo, la falta de clausura era un grave inconveniente para los miembros de vida más espiritual de la comunidad. Nuevamente, al hablar de ello, incurre en una hipérbole de gran humildad. Véase qué dice: «Para mí, que soy ruin, hubiérame cierto llevado al infierno, si, en tantos remedios y medios, el Señor, con muy particulares mercedes suyas, no me hubiera sacado de este peligro; y ansí me parece lo es grandísimo, monesterio de mujeres con libertad; y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisieren ser ruines, que remedio para sus flaquezas... Si los padres tomasen mi consejo, ya que no quieren mirar a poner sus hijas adonde vayan camino de salvación, sino con más peligro que en el mundo, que lo miren por lo que toca a su honra; y quieran más casarlas muy bajamente, que meterlas en monesterios semejantes, si no son muy bien inclinadas; y plega a Dios aproveche, o se las tengan en su casa; porque, si quieren ser ruines, no se podrá encubrir sino poco tiempo, y acá muy mucho, y en fin lo descubre el Señor; y no sólo dañan a sí, sino a todas; y a las veces las pobrecitas no tienen culpa, porque se van por lo que hallan; y es lástima de muchas, que se quieren apartar del mundo, y pensando que se van a servir al Señor, y apartar de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos, que ni saben cómo se valer ni remediar; que la mocedad y sensualidad y demonio las convida y enclina a siguir algunas cosas, que son del mesmo mundo, ve allí que lo tienen por bueno, a manera de decir. Paréceme como los desventurados de los herejes en parte, que se quieren cegar, y hacer entender que es bueno aquello que siguen, y que lo creen ansí, sin creerlo, porque dentro de sí tienen quien les diga que es malo.»

La que así habla es la Teresa en la mitad de su vida. La monja de veintiséis años, que sentía volver una relativa cierta salud a su organismo, no era capaz de hacer un autoanálisis de su condición. Pues es el caso que la tentación que sobre ella se cernía era de esas de índole sutil que asaltan a quienes han sobrepasado el peligro del ordinario pecado mortal. Cuando el Enemigo del Hombre no puede vencer a un alma por medio de las pasiones y las debilidades, apela a las virtudes. Teresa era sumamente afectuosa; amaba la verdad y detestaba la hipocresía. De suerte que, ingeniosamente por cierto, el demonio comenzó recordándole el afecto que los otros sentían hacia ella y haciéndole ver que tenía la obligación de pagar en la misma moneda. Una vez que ya la había mezclado en aquellas frívolas e inútiles conversaciones, le hizo ver que una persona entregada a semejantes pasatiempos no tenía derecho a intentar ponerse en relación familiar con Dios por medio de la oración mental; que sólo había en ella orgullo y presunción. No era por ende justo, y si falso e hipócrita, el engañar a la gente haciéndola creer que era una persona verdaderamente espiritual, al paso que a cada rato mostraba un gusto innegable por la sociedad de los demás y el chismorreo. Después de todo, ¿por qué habría de prescindir absolutamente de conversaciones que no eran pecados mortales, cuando podía continuar disfrutando de ellas, ser una buena monja, decir sus oraciones vocales y seguir fielmente la ley de Dios?

En el convento de la Encarnación había una vieja monja, una parienta suya (acaso fuera doña María del Águila o doña María Cimbrón), que se dio cuenta de que las amistades de la joven convaleciente encerraban ciertas posibilidades peligrosas, y la rogó reiteradamente que las abandonase. Era la tal monja «gran sierva de Dios, y de mucha religión, pero —dice Teresa— no sólo no la

creía, más degustábame con ella y parecíame se escandalizaba sin tener por qué».

Continuaban las conversaciones y acrecía sin cesar el número de los amigos de Teresa. Un día estaba ella hablando con una persona con la que acababa de trabar conocimiento —no dice si era hombre o mujer, y no hay, al parecer, nada que apoye la conjetura de que era don Francisco de Guzmán, hijo de Mosén Rubí de Bracamonte— cuando he aquí que ocurrió algo extraordinario. De repente, ella pareció advertir la presencia de Cristo en la habitación y que la miraba con severo ceño, como si le diera a comprender su desaprobación por verla conversar con semejante persona. «Vile con los ojos del alma, más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan imprimido, que ha esto más de veinte y seis años, y me parece que lo tengo presente. Yo quedé muy espantada y turbada, y no quería ver más con quien estaba.»

En los días que siguieron, ella se explicaba a sí misma aquel estado de su mente de manera tal que parecía constituir sin pretenderlo una prueba de que no era una persona histérica desengañada ni un fraude. Si ella hubiese sido la enferma psicopática que algunos escépticos han intentado hacer ver que era, habría tratado de convencerse a sí misma de la realidad de lo que había visto e insistido cada vez más sobre ello; y si hubiese sido una seudomística, su actitud habría acabado por revelar la verdad. Pero la conducta de Teresa era la de una persona perfectamente sana, honesta y de una fe católica bien equilibrada. Era la primera vez que le había ocurrido algo parecido. Ella no tenía idea de que era posible tener una «visión imaginaria» o, como ella dice, «ver nada, si no era con los ojos del cuerpo». De donde se dijo a sí misma que debió de haber tenido una alucinación, que no había, en verdad,

visto nada. Había oído decir que el demonio engaña a veces a la gente de manera parecida y, por ende, rechazó toda impresión subjetiva de que Dios la hubiese amonestado, como una hipótesis por completo desprovista de posible prueba. En aquel momento estaba de nuevo conversando con la misma persona; con la cual entabló una estrecha amistad que duró muchos años. Y he aquí que ocurrió otra cosa extraña. Un día estaba ella hablando con esa persona cuando, según ella escribió, «vimos venir hacia nosotros (y otras personas que estaban allí también lo vieron) una cosa a manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar; de la parte que él vino, no puedo yo entender pudiese haber semejante sabandija en mitad del día, ni nunca la ha habido, y la operación que hizo en mí me parece no era sin misterio; y tampoco esto se me olvidó jamás».

Sin embargo, ella quedó convencida de que, cualquiera que fuese la causa de este fenómeno, no tenía nada que ver con sus conversaciones, toda vez que éstas no eran en sí mismas pecaminosas, y, por ende, continuó con ellas como antes. Tal vez habría precisado una emoción de cualquier clase que la hubiese sacado de su complacencia para retrotraerla a la vida contemplativa, para la que, por lo visto, poseía verdadera vocación y en la que tenía una misión que cumplir. De todas suertes, la tal emoción estaba incubándose y debía llegarle por intermedio de alguien a quien ella quería entrañablemente.

Su padre, que entonces frisaba ya en los sesenta, estaba envejeciendo rápidamente. Ello había ido haciéndose patente día tras día, y sus conversaciones se referían cada vez al estado de las cosas de su alma y sus esperanzas en el mundo del más allá. Gracias a las instrucciones de Teresa recibidas hizo grandes progresos

en la oración de la quietud, cosa que la complacía sumamente, incluso cuando ella había abandonado ya tal práctica. Teresa escribió: «Como era tan virtuoso, como he dicho, asentóse tan bien en él este ejercicio..., estaba tan adelante, que yo alababa mucho al Señor y dábame grandísimo consuelo. Eran grandísimos los trabajos que tuvo de muchas maneras; todos los pasaba con grandísima conformidad. Iba muchas veces a verme, que se consolaba en tratar cosas de Dios.

»Ya después que yo andaba tan destruida, y sin tener oración, como vía pensaba, que era la que solía, no lo pude sufrir sin desengañarle; porque estuve un año y más sin tener oración, pareriéndome más humildad; y ésta, como después diré, fue la mayor tentación que tuve, que por ella me iba a acabar de perder; que, con la oración, un día ofendía a Dios, y tornaba otros a recogerme y apartarme más de la ocasión. Como el bendito hombre venía con esto, hacíaseme recio verle tan engañado en que pensase trataba con Dios, como solía, y díjele que ya no tenía oración, aunque no la causa. Púsele mis enfermedades por inconveniente.»

Como don Alonso era hombre muy honrado no tenía dificultad en creer que la oración mental era cosa fuera de toda posibilidad para una persona que sufría de vómitos diarios, de jaquecas, de fiebres y de agudos dolores en la región del corazón. «Y mi padre me creyó, que era esta la causa, como él no decía mentira, y ya, conforme a lo que yo trataba con él, no la había yo de decir. Díjele, porque mijor lo creyese (que bien vía yo que para esto no había disculpa), que harto hacía en poder servir el coro.» De tal suerte, don Alonso continuó visitando el convento y contándole a su hija, con toda la sencillez de un hombre sincero y devoto, sus

meditaciones y los resultados de ellas. No era él el único que se confiaba a Teresa y sacaba provecho de sus enseñanzas. Muchos aprendieron de ella el arte de la oración mental y, en tal sentido, ella se convenció de que estaba haciendo la penitencia debida por la negligencia a que la había arrastrado su falsa modestia. Un día, hacia fines del año 1543, en sazón de que Teresa tenía ya veintiocho años, el anciano padre no fue a hacer su visita consuetudinaria. Se enteró ella de que había sido atacado por un agudo dolor en la espalda, dolor que le atenazaba constantemente noche y día. Acaso fuese alguna afección reumática, acaso una angina de pecho. Sea cual fuere la causa, se metió en cama y, a pesar de que los médicos encontraron que estaba mejor y creían que se repondría, él pareció tener el presentimiento de que su fin estaba ya próximo. Enviaron recado de su mal al convento de la Encarnación, y Teresa, previo el permiso de su superiora, fue a vivir de nuevo en la sombría casa de la ciudad.

Sentía ella su propio cuerpo minado por los dolores y la desgracia a medida que se encaminaba a la cabecera del enfermo para prestarle consuelo y cuidarle en lo posible. Pero la sobrecogió el íntimo convencimiento de la inutilidad de ello y se apoderó de su ánimo un gran sentimiento de vergüenza por haber abandonado su práctica de la oración mental, pero había mucho que hacer en aquella casa y pensó que en cierto modo estaba devolviendo a su padre todas las molestias que él se había tomado por ella durante la larga enfermedad que la había aquejado. Su padre era el ser humano que más quería en el mundo, y al perderle, «con que en faltarme él me faltaba todo el bien y regalo». Cuando el agudo dolor en los hombros le hacía sufrir grandemente, ella le alentaba recordándole la devoción que él siempre tuviera por la escena de la Pasión del Señor en que Él llevaba la cruz a cuestas. Lo cual no

podía por menos de haberle causado una herida en el hombro desgarrándoselo con harto dolor. ¿Es que no iba a proporcionarle a don Alonso la dicha de compartirlo? Y, así pensando, el pobre enfermo permanecía callado y rezando, no volviendo a quejarse nunca más desde entonces.

Parecía ya inminente el momento que había estado esperando con tanta ansía. Fray Vicente Barrón, del monasterio de Santo Tomás, fue a verle para confesarle y darle el Viático y la Extremaunción. En el intervalo entre el momento en que había sido ungido con el santo óleo y su muerte convocó a todos sus familiares para que acudieran a su alrededor a escuchar sus últimos consejos. Allí tuvo entonces lugar una de esas escenas que se han estado repitiendo durante siglos en los hogares de la católica España. Acaso estuviese presente María, para ello venida ex profeso desde Castellanos de la Cañada, con su esposo, y tal vez también su hijo Juan, el de más edad de todos. La mayor parte de los otros se encontraba a miles de millas de allí. Teresa estaba cerca de su padre con sus ropas blancas y negras, e indudablemente se hallaban asimismo presentes los hermanos menores, Agustín, a la sazón de dieciocho años, y Juana, de diecisiete. Era el día 21 de diciembre del año 1543.

El moribundo manifestó deseos de hablar. Había llegado ya al final de su vida y pidió a todos los presentes que le mirasen y vieran cómo todo en este mundo tiene su fin. Que le encomendaran a Dios y pidieran por él cuando ya no pudiese hacerlo él mismo, recomendándoles que sirviesen siempre a Dios, porque nada tenía ninguna importancia; y así pensaba que, si tuviera que empezar entonces a vivir una nueva vida, entraría en la Orden religiosa más estricta que pudiera encontrar y no haría otra cosa en todo el día

que orar y servir a Dios. Lo dijo con los ojos arrasados de lágrimas. ¡Cuánto hubiera querido haber servido mejor al Señor! Se aproximaba ya su última hora y dio su bendición a todos los allí reunidos.

Después de lo cual perdió el conocimiento, y así permaneció durante tres días, delirando y, cuando no, en estado comatoso.

Al tercer día se despertó con tal lucidez que todos se quedaron asombrados. Se hincaron de rodillas para dar comienzo a sus acostumbradas oraciones, y don Alonso empezó a rezar el Credo:

«Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, creo en Jesucristo su único hijo nuestro Señor que fue concebido por la Virgen María, padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado, y al tercer día resucitó entre los muertos, subió a los cielos y se sentó a la diestra de Dios Padre..., La voz, ya del todo débil, parecía exhalarse en un tenue suspiro hasta que, por fin, cesó del todo.

«A la mitad del Credo, diciéndole él mesmo, espiró», escribió luego Teresa, y añadió: «Quedó como un ángel; y ansí me parecía a mí lo era él, a manera de decir, en alma y disposición, que la tenía muy buena. No sé para qué he dicho esto, si no es para culpar más mi ruin vida, después de haber visto tal muerte, y entender tal vida, que por parecerme en algo a tal padre la había yo de mijorar, Era para ella un verdadero consuelo el oír decir a fray Barrón, confesor de su padre, que no tenía la menor duda de que iría derecho al cielo.

Teresa tenía tanto afecto a aquel dominico que le pidió la oyera en confesión, y le dijo no sólo sus pecados, o lo que ella creía que lo eran, sino también su experiencia con las cosas de la

oración mental, y sus razones por haberla abandonado durante año y medio. El confesor era un hombre tan sensato como santo y sagaz; no tan sólo bueno, como algunos confesores simplemente bienintencionados, que tanto la habían atormentado aconsejándola se diese por satisfecha con el mínimo de lo que su obligación la exigiera, en vez del esfuerzo heroico a que se sentía impulsada por una voz interior. Tal vez fuese él al convento de la Encarnación para oírla en confesión después de las exequias de su padre. O acaso se la permitiese a ella ir al convento de Santo Tomás, en el que todavía hoy, en la capilla del Cristo de la Agonía, hay una inscripción, hecha por los frailes, que dice: «Aquí Santa Teresa hizo confesión.» Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que fray Barrón era el director espiritual que había tanto anhelado. Su primera impresión acerca de él fue que era muy gran letrado. Ella apreciaba por encima de todo la inteligencia y la sabiduría de sus confesores y sentía una gran desconfianza por los santos varones que eran tontos. Y de él escribió:

«Este padre dominico, que era muy bueno y temeroso de Dios, me hizo harto provecho, porque me confesé con él, y tomó a hacer bien a mi alma con cuidado, y hacerme entender la perdición que traía. Hacíame comulgar de quince a quince días, y poco a poco comenzándole a tratar, tratéle de mi oración. Díjome que no la dejase, que en ninguna manera me podía hacer sino provecho. Comencé a tornar a ella, aunque no a quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé.»

Fue para Teresa una gran felicidad encontrar a alguien que tan bien la entendiese y que pudiera hacerla sentar tan firmemente la planta en el camino emprendido. Pero si la impresión de dolor producida por la muerte de su pare y los santos consejos de fray

Vicente habían logrado romper los lazos que antes la ligaban con las frívolas vanidades, dejándola en libertad de poder elevar su corazón a Dios, no por eso había terminado del todo el conflicto de los poderes invisibles que durante tanto tiempo se habían disputado el dominio sobre ella. Bien por lo contrario, tal victoria sobre sí misma produjo exactamente lo que cualquiera con el mínimo conocimiento de tales cosas habría esperado: y era que incitaba a los enemigos de su alma a nuevos y terribles esfuerzos, dando nacimiento a otra fase del conflicto que puso a prueba hasta el grado máximo su fuerza de resistencia y la sumió en un abismo de sufrimiento y persecución en el que, hablando en términos humanos, parecían no estar esperándola más que la desesperación y el fracaso.

# CAPÍTULO VII

# VEINTE AÑOS DE CONFLICTO

«Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo siguía a el mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios; tenianme atada las de el mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual, y contentos, y gustos y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y ansí no me podía encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración, sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé ansí muchos años, que ahora me espanto, que sujeto bastó a sufrir, que no dejase lo uno u lo otro; bien sé que dejar la oración no era ya en mi mano, porque me tenía con las suyas el que me quería para hacerme mayores mercedes.»

Uno de sus mayores sufrimientos se lo daba la sensación de la profunda soledad en que a veces se encontraba. «Gran mal es un alma sola entre tantos peligros; paréceme a mí, que si yo tuviera con quien tratar todo esto, que me ayudara a no tornar a caer, siquiera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios. Por eso aconsejaría yo a los que tienen oración, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de los mesmos; es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos a otros con sus oraciones; cuanto más que hay muchas más ganancias.» Y luego Teresa, en una frase demasiado abstrusa y

envuelta para ser bien traducida, observa que la gente de mundo tiene completa libertad para comparar ideas sobre sus deseos, y pregunta por qué, entonces, no se habría de conceder privilegio semejante a un amante y servidor de Dios. «Porque si es de verdad el amistad que quiere tener con su Majestad, no haya miedo de vanagloria, y cuando el primer movimiento le acometa, saldrá dello con mérito... Paréceme que el demonio ha usado de este ardid, como cosa que muy mucho le importa, que se ascondan tanto de que se entienda, que de veras quieren procurar amar y contentar a Dios; como ha incitado se descubran otras voluntades mal honestas con ser tan usadas, que ya parece se toma por gala se publican las ofensas, que en este caso se hacen a Dios... Andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos a otros; los que le sirven, para ir adelante, sigún se tiene por bueno andar en las vanidades y contentos del mundo; para éstos hay pocos ojos; y si uno comienza a darse a Dios, hay tantos que murmuran, que es menester buscar compañia para defenderse, hasta que ya estén fuertes en no les pesar de padecer, y si no veránse en mucho aprieto. Paréceme que por esto debían usar algunos santos irse a los desiertos; y es un género de humildad no fiar de si, sino creer que para aquellos con quien conversa le ayudará Dios; y crece la caridad con ser comunicada, y hay mil bienes, que no los osaría decir, si no tuviese gran espiriencia de lo mucho que va en esto. Verdad es que yo soy más flaca y ruin que todos los nacidos; mas creo no perderá quien humillándose, aunque sea fuerte, no lo crea de sí, y creyere en esto a quien tiene espiriencia. De mi sé decir que si el Señor no me descubriera esta verdad, y diera medios para que yo muy de ordinario tratara con personas que tienen oración, que cayendo y levantando iba a dar de ojos en el infierno, porque para caer había

muchos amigos que me ayudasen; para levantarme hallabame tan sola, que ahora me espanto cómo no estaba siempre caída; y alabo la misericordia de Dios, que era sólo el que me daba la mano...

»Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas, y con levantarme y mal, pues tornaba a caer; y en vida tan baja de perfección que ningún caso casi hacía de pecados veniales, y los mortales, aunque los temía, no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros. Sé decir que es una de las vidas penosas, que me parece se puede imaginar; porque yo, ni gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos de el mundo, en acordarme lo que debía a Dios era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban; ello es una guerra tan penosa que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuanti más tantos años. Con todo veo claro la gran misericordia que el Señor hizo conmigo, ya que había de tratar en el mundo que tuviese ánimo para hacer oración; digo ánimo porque no sé yo para qué cosa de cuantas hay en él es menester mayor que tratar traición al rey, y saber que lo sabe, y nunca se le quitar de delante. Porque, puesto que siempre estamos delante de Dios, paréceme a mí es de otra manera los que tratan de oración, porque están viendo que las mira; que los demás podrá ser estén algunos días, que aún no se acuerden que los ve Dios» (*Vida* cap. VII).

Así aquella «guerra», como ella la hubo de llamar, continuó uno y otro año. Teresa no soltó jamás el hilo —que muchas veces semejaba harto frágil— que la unía con Dios; sin embargo, no le era posible abandonarse a él sin reservas, como en lo más profundo de su corazón anhelaba. Ella seguía como envuelta en los

lazos invisibles de la amistad, de la conmiseración, de la caridad y tal vez un tantico de vez en vez por los de la vanidad. Era prisionera de miles de invisibles enemigos —escrúpulos con respecto a sus faltas antiguas, temor de ser presuntuosa, pavor del fracaso y del infierno—. Los sermones le causaban verdadero tormento, pues aunque los realmente buenos la deleitaban en grado sumo, y siempre se las arreglaba para sacar algún provecho de los malos, recordábanla continuamente la meta infinita a que debía aspirar y el abismo que ante sus ojos permanecía abierto, hasta que por fin llegó a llamarse a sí misma, en un pasaje de tan encendido amor y de tanta humildad que excluye la posibilidad de todo amaño retórico, «un muladar tan sucio y de mal olor» (*Vida* cap. X). Y ella, que estaba llamada a ser la esposa del eterno Amor, seguía siendo la asistenta criada del tiempo. Incluso después de haberse deliberadamente obligado, en contra de todas las seducciones de los sentidos, de la perversidad humana y del engañador demonio de la hipocresía, a darse por entero a la oración mental, se hallaba en la situación de quien espera que suene para él la hora de la decisión y anhelando hacer algo distinto.

Todo lo cual parece mostrar a la «oración mental» como un experimento complicado, peligroso y desagradable, al que sólo son capaces de exponerse algunas almas intrépidas. Esto no obstante, Teresa insiste en decir que es una cosa de lo más sencilla, y que no obstaculizan más que la propia cobardía y el excesivo egoísmo; una vez éstos descartados, algo tan hacedero como el respirar y que cada uno puede y debe hacer, se allanan todas las dificultades. Somos cosa de Dios, que es quien nos hizo y quien nos ama. En agradecimiento a lo cual debemos amar a Él con sinceridad y sencillez. Esto y no más es, en esencia, por lo que ella parece decir, la oración mental.

«No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama.» A ello se llega simplemente elevándose por encima de los dolores que a uno le aquejan, en la propia imperfección, al verse en presencia de Aquel, a quien todavía no podemos amar como Su perfección exige. A veces tenía ella que obligarse a hacer la oración en contra de una oculta y maligna oposición. En tales duros momentos se daba a pensar en sus pecados contra Dios, en el paraíso y en el infierno, en la gran deuda que para con Él tenía y en las penalidades por Él sufridas a cuenta de ella (*Vida* cap. VIII). Y no cabía duda de que, en último recurso, Él vendría en su ayuda para proporcionarle más paz y contento que en los momentos en que su oración le resultaba cosa fácil.

«Tenia ese modo de oración, que como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí, y hallábame mijor, a mi parecer, de las partes a donde le vía más solo. Parecíame a mí que, estando solo y afligido, como persona necesitada me había de admitir a mí. De estas simplicidades tenía muchas; en especial me hallaba muy bien en la oración del huerto, allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y afleción que allí había tenido; si podía, deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor; mas acuérdome que jamás osaba determinarme a hacerlo, como se me representaban mis pecados tan graves. (*Vida* cap. IX).

Algunos años antes, en el convento de las agustinas, Teresa, a la sazón niña, se había acostumbrado antes de quedarse dormida a pensar en Cristo en Getsemaní. Y ahora, ya a la edad de treinta años, seguía viéndole todavía lo mismo. Mas era una manera bien distinta de «ver». Ahora tenía buen cuidado de dejar bien sentado que no Le veía como en una visión, claramente; ni

que, por otra parte, se limitaba tan sólo a imaginársele. Así escribió: «Tenia tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que si no era lo que veía, no me aprovechaba nada de mi imaginación... Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre; mas es ansí, que jamás le pude representar en mí, por más que leía su hermosura y vía imágenes, sino como quien está ciego u ascuras, que aunque habla con alguna persona, y ve que está con ella, porque sabe cierto que está allí, digo que entiende y cree que está allí, mas no la ve» (*Vida* cap. IX).

A Teresa le gustaban mucho las pinturas porque la ayudaban a imaginarse la Presencia por lo que tenía de tan constante vigilancia. No podía comprender, por tanto, ni siquiera tolerar, la condenación de los protestantes contra las imágenes sagradas. Así exclamaba: «Desventurados de los que por su culpa pierden este bien. Bien parece que no aman al Señor, porque si le amaran holgáranse de ver su retrato, como acá aun da contento ver el de quien se quiere bien.»

La oración mental, a juicio de ella, es para quien de veras ama a Dios lo bastante para intentarla. Puede que al principio no logre realizarla, pero es seguro que la persistencia será recompensada. No importa que el alma de quien se trata sea de suyo imperfecta, ya que, «si en ello persevera, por pecados y tentaciones que ponga el demonio, en fin, tengo por cierto le saca el Señor a puerto de salvación, como (a lo que ahora me parece) me ha sacado a mí... De lo que yo tengo espiriencia puedo decir, y es que, por males que haga quien la ha comenzado, no la deje; pues es el medio por donde puede tornarse a remediar, y sin ella será muy más dificultoso; y no le tiente el demonio por la manera que a mí, a dejarla por humildad; crea que no pueden faltar sus palabras, que en

arrepintiéndose de veras y determinándose a no le ofender, se torna a la amistad que estaba, y a hacer las mercedes que antes hacía, y a las veces mucho más, si el arrepentimiento lo merece; y quien no la ha comenzado, por amor del Señor le ruego yo no carezca de tanto bien. No hay aquí que temer, sino que desear; porque cuando no fuere delante, y se esforzare a ser perfeto, que merezca los gustos y regalos que a éstos da Dios, a poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y, si persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tomó por amigo, *que no se lo pagase»* ([10]).

Teresa no había alcanzado todavía tal certidumbre a los treinta años, ni siquiera a los treinta y cinco, ni aun al frisar en los cuarenta, en que todavía continuaba enfrascada en la lucha en el mundo oculto que la rodeaba. «Mi alma andaba cansada», escribió al recordar aquel tiempo de la mitad de su vida en que, estando enferma sin esperanza, se empecinaba en su busca de Dios sin entregarse a Él por completo. A veces, para ponerse en condiciones de darse a la oración mental tenía que leer algún buen libro. Acaso fuera el *Abecedario*, de Osuna, lo que la pusiera ante la teología mística con palabras como éstas: «Tú, hermano, si deseas dar mejor en el blanco, busca a Dios en tu corazón; no salgas afuera de ti, porque Él está más cerca de ti y más dentro de ti que tú mismo».

Sin embargo, había otras veces en que hallaba más recreo y mayor contento en la contemplación de la naturaleza circundante. Así escribió: «Aprovechábame a mí también ver campos, agua,

[10] *Vida*, cap. VIII. La frase *que no se lo pagase* fue añadida por fray Lula de León, pues tuses Teresa la dejó inconclusa.

flores; en estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo, que me despertaban y recogían, y servían de libro» (*Vida*, cap. IX).

Sentía una devoción especial por los santos que habían sido pecadores antes de convertirse, pensando, en su humildad, que en su calidad de gran pecadora debía interesarse más por ellos. Le parecía que ya que el Señor les había perdonado, también podría perdonarla a ella, y sólo una cosa la tenía a tal respecto desalentada... y era que el Señor les había llamado una sola vez y ellos no habían vuelto a caer, y ella había tantas veces caído que se sentía fatigada; pero que, al pensar en el amor que Él la tenía, se sintió con nuevos bríos, y gracias a Su bondad no dudó muchas veces de sí misma.

Uno de sus favoritos santos reformados era el rey David. Otro era María Magdalena. Desde que en las encendidas páginas del *Abecedario* descubriera el espíritu generoso de la pecadora de Betania, en aquella su estancia invernal en Castellanos de la Cañada, había pensado reiteradamente en sí misma pecadora, rompiendo el pomo de ungüento a los pies de Cristo para ungírselos, lavándoselos con sus lágrimas y enjugándoselos con sus cabellos. Por lo que a San Agustín respecta, el haber vivido en el convento de las agustinas en Ávila le había hecho aprender mucho acerca de él, llevándola a amarle mucho y rezarle con suma devoción. Nunca había leído sus *Confesiones*, acaso porque no era muy versada en latín. Pero se le proporcionó un libro traducido en «romance» por el padre agustino Sebastián Toscano, y que se había publicado recientemente en Salamanca, el año 1554.

Su interés por aquellos dos santos, tan famosos por sus pecados contra el sexto mandamiento antes de sus conversiones respectivas, ha sido maliciosamente explotado por cierta escuela

crítica, que parece no poder pensar en el pecado más que en relación con el sexo, aun cuando niega que hubiese caso de pecado. Pero Teresa tenía una comprensión más amplia de cuestión semejante. El pecado, como de ello se daba perfecta cuenta, no es en esencia más que la oposición de una voluntad individual a la voluntad divina. El adulterio es pecado no porque el acto realizado sea en sí malo (todo lo contrario), sino porque rompe la divina armonía que ha señalado la finalidad adecuada para una función y la unión sacramental de un hombre con una mujer. La Iglesia ha sido incluso más severa contra los cuatro pecados que «claman venganza del cielos: el asesinato premeditado, la sodomía, la opresión del pobre, la sustracción del pago debido al trabajador. Pero en todo pecado la maldad esencial reside en la desobediencia; cosa que Teresa supo ver no sólo a través de los ojos de una católica sanidad, sino con la infantil claridad de un alma pura y virginal, con la inocencia que penetra en las profundidades del paraíso y del averno. Sentíase atraída por San Agustín y Santa María Magdalena no porque hubiesen quebrantado este o aquel especial mandamiento, ni incluso porque, al quebrantar uno, los hubiesen quebrantados todos, sino porque, después de haber resistido a la voluntad y a la gracia de Dios, se habían enmendado y convertido en santos. También Teresa habíase resistido a abandonar sus «vanidades y conversaciones»; también se había resistido a las invitaciones a la oración mental. De suerte que hubo de experimentar una gran emoción de gratitud y simpatía al leer en las famosas *Confesiones* aquellas palabras casi de desesperación de San Agustín cuando dice:

«¿Y Tú, Señor, hasta cuándo? ¿Hasta cuándo, Señor, seguirás enojado? No habrá término a tu cólera; no querrás olvidar nuestros primeros pecados. Porque yo sentí que me tenías en tu

poder y acostumbraba proferir lamentables gritos. ¿Hasta cuándo? ¡Mañana! ¡Mañana! ¿Y por qué no ahora? ¿Por qué no he de poder llegar en esta hora al final de mi letargo? Dije y lloré estas cosas con el más amargo dolor de mi corazón. Y en aquel momento oí una voz de la casa que había allí cerca y un canto que lo decía y repetía muchas veces, como si fuera un niño o una niña, no sé qué: «Toma y lee; toma y leer, y de pronto, con el rostro alterado, púseme a pensar con gran atención si por acaso los niños acostumbraban cantar semejante canción en alguno de sus juegos, pues no recordaba haberla oído en ninguna parte, y entonces me levanté, comprendiendo que no podía ser otra cosa sino un mandato divino para que abriese los ojos y leyese el primer capítulo que ante ellos se abriera....

Teresa creyó haber oído la misma voz que la llamaba. Así dice: «Como comencé a leer las *Confesiones*, paréceme me vía yo allí; comencé a encomendarme mucho a este glorioso santo. Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el Huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, sigún sintió mi corazón: estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí mesma con gran dicción y fatiga. ¡Oh, qué sufre un alma, válame Dios, por perder la libertad, que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora cómo podía vivir en tanto tormento; sea Dios alabado, que me dio vida para salir de muerte tan mortal.» (*Vida*, cap. IX).

Por aquel tiempo —al parecer, a fines de 1555— tenía que celebrarse un festival en el convento de la Encarnación, y algunos amigos de la comunidad hicieron a ésta el regalo de una pintura de Cristo, a la cual se colocó en el oratorio. Un día fue allí Teresa sola y la vio. Era una pintura muy bien hecha y de una gran vida, que

mostraba al Salvador en Su Pasión, herido y sangrando. Teresa contempló Sus manos y pies abiertos, Su costado hendido, Su corona de espinas, Su rostro de dolor. Aquellos sufrimientos los había él soportado por ella, por amor y conmiseración hacia ella, la desventurada pecadora que había estado fluctuando y contemporizando entre Su voluntad y los contentos del mundo. Como dice Yepes, la idea de su ingratitud fue entonces como un rayo de luz que desde lo alto la penetró en el corazón; y se arrojó en el suelo delante de Él, llorando amargamente e implorándole que la librase de las cadenas que la tenían atada, exclamando: «No me levantaré de aquí, mi Señor y mi Dios, hasta que me concedáis este favor» (*Vida*, cap. IX).

Aquel grito salido de lo más hondo de su corazón fue un momento decisivo en su vida. Diríase luego que todas las trazas de la vanidad y del amor de sí misma se habían desvanecido por completo para siempre, de igual manera que los pecados de la Magdalena habían quedado lavados del todo bajo la mirada inquisitiva de Cristo. Al fin estaba ya libre, libre de ella misma, del mundo, de la carne, y del demonio. Por fin era completamente libre, según su propia frase, para ser una «¡sierva del amor!».

Cuando, al cabo de muchos años, estuvo Teresa en condiciones de poder recordar con toda calma y objetividad tales experiencias, y para aplicarles su admirable don de introspección y análisis, expuso apresuradamente en el curso de su autobiografía lo que constituye tal vez el mejor tratado que se haya escrito sobre la oración mental (*Vida*, ap. XI al cap. XXII inclusive). En tal época pudo darse perfecta cuenta de que sus propios progresos en la ciencia del amor la habían conducido a través de cuatro etapas o grados, a los que supo diferenciar minuciosamente para provecho

de cuantas quisieran seguirla. Con el instinto de un verdadero poeta escogió para ilustrarla la metáfora que había estado en su imaginación desde el día en que, siendo todavía niña, exclamó como la mujer samaritana junto al pozo de Jacob: «Señor, dame de esta agua, para que yo no tenga sed.» El agua, amable, limpiadora, refrescante y vivificante, había sido desde entonces para ella como el símbolo de la divina gracia; tan calmante para el que la pedía, como frecuentemente ignorada y aun despreciada, y, por lo demás, tan raramente pedida. Consideró ella a su alma como jardín deleitoso en donde el Señor gustase de se reposar y ser amado; las malas hierbas había que arrancarlas de cuajo, se debía mullir el suelo, pero sobre todo, si se quería hacer crecer cualquier cosa deliciosa, se precisaba el agua.

«Paréceme a mí que se puede regar de cuatro maneras; u con sacar el agua de un pozo, que es a nuestro gran trabajo; u con noria y arcaduces, que se saca con un torno (yo la he sacado algunas veces) es a menos trabajo que estotro, y sacase más agua; u de un río u arroyo, esto se riega muy mijor, que queda la tierra más harta de agua, y no se ha menester regar tan a menudo, y es a menos trabajo mucho de hortolano; u con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho» (*Vida*, cap. XI).

De tal suerte son estos los cuatro grados de la oración mental que con todo cuidado y precisión establece Teresa, del capítulo XI al XXll de su *Autobiografía*.

En el *primer grado* el alma está ansiosa de recogimiento y quietud, pudiendo, por tanto, ayudarse a sí misma. A ello contribuyen al unísono la memoria, el entendimiento y la voluntad, y nadie ha de intentar prescindir del entendimiento ya que la lectura y

los buenos propósitos constituyen una gran ayuda. La oración consiste en amar, lo cual se consigue fácilmente colocándose uno en presencia de Cristo, amándole en su sagrada humanidad, y, si posible fuere, pensando en Él en el interior de uno mismo, con preferencia en alguna fase de Su Pasión, como, por ejemplo, cuando le azotan maniatado a la columna. Esto exige, al principio, valor. Uno debe sufrir por sus propias culpas, llorar por ellas, si es posible, y, sobre todo (ya que la prueba del amor es la compasión) sentirse dispuesto a compartir los sufrimientos de Cristo, a beber de su cáliz, y ayudarle a llevar su cruz. Teresa llama en este punto la atención sobre el misterio a que hubo de referirse San Pablo en aquellas desconcertantes palabras: «... del cual yo Pablo soy hecho ministro, que ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,23-24). En esto se expresa claramente la verdadera doctrina católica del Cuerpo Místico. Cristo pidió a sus discípulos que se Le unieran en el sufrimiento así como en la paz y en la alegría. «Y el que no toma su cruz, y sigue en pos de mí, no es digno de mi...» (Mt 10, 38). «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día, y sigame» (Lc 9, 23). Claramente se ve que era con la doctrina de Cristo con lo que sus secuaces (los miembros de su Cuerpo Místico, la Iglesia) le ayudarían salvándose a sí mismos y a los demás. Para que el Cuerpo Místico llegue a formarse, tiene Cristo que sufrir en sus miembros, Lutero extravió por completo el sentido; de aquí su falsa doctrina de la inutilidad de las buenas obras. En cambio, San Pablo lo había entendido perfectamente, como asimismo lo entendió Santa Teresa, al decir: «... por este camino que fue Cristo han de ir los que le siguen, si no se quieren perder» (*Vida*, cap. XI).

Nuestro Señor nos permite llevar parte del peso de Su cruz, Y esto, como es natural, presupone sufrimiento. A ello ha de atenerse el que comienza con la oración. Pues no solamente habrá de experimentar dolor por sus pecados y su bajeza, sino que también soledad, asco, «sequedad», la sensación de que cuanto hace es fútil e inútil. ¿No experimentó acaso Cristo semejante desolación? Por lo tanto, el novicio habrá de querer compartir esta misma necesaria experiencia, aun a trueque de que tal «sequedad» pueda durar toda su vida, y «no dejar a Cristo caer con su cruz». En cuanto a los sinsabores que la realización del propósito comporta, Santa Teresa escribió: «sé que son grandísimos, y me parece es menester más ánimo que para otros muchos trabajos del mundo; mas he visto claro que no deja Dios sin gran premio aun en esta vida; porque es ansí cierto que con una hora de las que el Señor me ha dado de gusto de sí, después acá, me parece quedan pagadas todas las congojas que en sustentarme en la oración mucho tiempo pasé. Tengo para mí, que quiere el Señor dar muchas veces a el principio, y otras a la postre, estos tormentos y otras muchas tentaciones, que se ofrecen, para probar a sus amadores, y saber si podrán beber el cáliz, y ayudarle a llevar la cruz, antes que ponga en ellos grandes tesoros. Y para bien nuestro creo, nos quiere su Majestad llevar por aquí, para que entendamos bien lo poco que somos; porque son de tan gran dignidad las mercedes de después, que quiere por espiriencia veamos antes nuestra miseria, primero que nos las dé, porque no nos acaezca lo que a Lucifer.» (*Vida*, cap. XI).

Así, pues, que los amantes de Cristo abracen la cruz y no piensen nada en sus sinsabores. Que no pidan consuelo o recompensa, sino que dejen esas cosas en manos de Dios. Y, sobre todo (y esto es tan importante que lo repite una y otra vez),

no deben aspirar a un grado más elevado de la oración, sino conformarse con permanecer en el que están hasta que plega a Dios elevarles. El intentar suspender el pensamiento y forjar alguna forma más elevada de oración es cosa peligrosa especialmente para las mujeres, pues «podrá el demonio causar alguna ilusión».

De todos modos, no existe peligro alguno para los humildes. Por otra parte, ella previene contra la cobardía. Todos los santos aspiraron a la perfección. San Pablo dijo: «Todo lo puedo en Cristo, que me fortalece» (Fil. 4, 13), y «San Pedro no perdió nada con arrojarse al mar». Hay asimismo ciertas trampas que el principiante ha de evitar. Debe ser libre y alegre y no dejar de solazarse. No debe permitir que el demonio les aparte de la oración como aconteció con Teresa, dejándose llevar por una falsa modestia, haciéndole ver como «una especie de orgullo lo de tener deseos heroicos y aspirar al martirio sintiéndose con ansías de imitar a los santos». Los casados deben, desde luego, proceder de acuerdo con su vocación; pero Teresa dio perfectamente a entender que sus progresos no podrán por fuerza ser otra cosa que los del paso de gallina.

Teresa descubrió asimismo que una de las tretas del demonio era desalentar de la oración mental aduciendo el temor de que podía resultar nocivo para le salud, que «el demonio ayuda mucho a hacerlos inhábiles. Cuando ve un poco de temor, no quiere él más para hacernos entender, que todo nos ha de matar y quitar la salud; hasta en tener lágrimas nos hace temer de cegar. He pasado por esto, y por eso lo sé; y no sé yo qué mijor vista ni salud podemos desear, que perderla por tal causa. Como soy tan enferma, hasta que me determiné en no hacer caso del cuerpo ni de la salud, siempre estuve atada sin valer nada; y ahora hago bien

poco. Mas como quiso Dios entendiese este ardid del demonio, y como me ponía delante el perder la salud, decía yo: poco me va que me muera; ¡sí, el descanso!, ¡no he ya menester descanso, sino cruz!, ansí otras cosas». Cuanto menos pensaba en su salud, mejor sentíase Teresa. No padecía en absoluto de esa hipocondria que tan a menudo va de la mano con el histerismo; no era histérica ni neurótica.

Una de las tentaciones de los principiantes, observaba ella, era la manía de querer reformar a los demás antes de reformarse ellos mismos. Estaba muy bien eso de querer que todos se volvieran muy espirituales, pero era un error el hacer ver a los demás que ella les estaba adoctrinando, ya que ellos descubrirían las faltas de su mentor y sufrirían confusión. Así, ella, después de haber visto que durante varios años sólo había habido tres personas que aprovecharan lo que ella les dijera, se convenció de que en tal etapa, lo importante era preocuparse sólo de su propia alma hasta que se posea una virtud más sólida; de obrar como si solamente Dios y ella existiesen.

Otra de las equivocaciones del excesivo celo era la tentación de sentir pena por los defectos y pecados de los demás. Semejante tentación de mezclarse en las cosas de los otros, que fue el vicio de los fariseos y de los calvinistas, procedía sin duda alguna del demonio, el cual persuadía de tal manera a los principiantes de que sufrían porque se ofendía a Dios, cuando, en realidad, en lo que estaban incurriendo era en una a modo de soberbia o vanidad, y despreciando la oración, que podía haberles redimido de sus faltas; «y el mayor daño es pensar, que es virtud y perfeción y gran celo de Dios. Dejo las penas que dan pecados públicos, si los hubiese en costumbre, de una congregación, u daños de la iglesia, de estas

herejías, adonde vemos perder tantas almas; que esta es muy buena, y como lo es buena, no inquieta. Pues lo seguro será del alma que tuviere oración, descuidarse de todo y de todos, y tener cuenta consigo, y contentar a Dios... Pues procuremos siempre mirar las virtudes y cosas buenas, que viéremos en los otros, y a tapar sus defetos con nuestros grandes pecados. Es una manera de obrar, que aunque luego no se haga con perfeción, se viene a ganar una gran virtud, que es tener a todos por mijores... Miren también este aviso los que discurren mucho con el entendimiento.»

Teresa no se muestra dogmática en cuanto a los métodos de la oración mental se refiere. Repite en sus palabras que la mejor manera, por cuanto de su experiencia infiere, es comenzar contemplando algún hecho de la Pasión. Así escribió: «Pues tornando a lo que decía, ponémonos a pensar en un paso de la Pasión (digamos el de cuando estaba el Señor a la coluna), anda el entendimiento buscando las causas que allí dan a entender los dolores grandes y pena que su Majestad ternía [tendría] en aquella soledad y otras muchas cosas, que si el entendimiento es obrador, podrá sacar de aquí; o que si es letrado, es el modo de oración en que han de comenzar y mediar y acabar todos, y muy excelente y seguro camino, hasta que el Señor los lleve a otras cosas sobrenaturales.»

«Digo todos, porque hay muchas almas que aprovechan más en otras meditaciones que en la de la sagrada Pasión. Que ansí como hay muchas moradas en el cielo, hay muchos caminos. Algunas personas aprovechan considerándose en el infierno, y otras en el cielo, y se afligen en pensar en el infierno; otras en la muerte; algunas, si son tiernas de corazón, se fatigan mucho de pensar siempre en la Pasión, y se regalan y aprovechan en mirar el

poder y grandeza de Dios en las criaturas, y el amor que nos tuvo, que en todas las cosas que se representan; y es admirable la manera de proceder, no dejando muchas veces la Pasión y vida de Cristo, que es de donde nos ha venido y viene todo el bien.»

De todas suertes, es conveniente no confiar en las propias fuerzas, sino actuar con obediencia bajo la guía de un buen director, un maestro. En sus comienzos, Teresa hubo de sufrir mucho por los extravíos de una inteligencia bien intencionada, pero inepta, por lo que jamás se cansaba de prevenir a sus lectores contra semejantes individuos. Como ella observaba, el director debía tener experiencia, capacidad y cultura. Si no puede tener las tres cualidades, es mejor que tenga la primera y la segunda, aunque no la tercera, que no ésta sin la primera, ya que siempre hay hombres instruidos a quienes, en caso de necesidad, se les puede consultar. Aquí, pues, estudia ella la situación de los principiantes; por su parte, prefiere un hombre instruido que no practique la oración mental antes que un verdadero santo sin instrucción, toda vez que un hombre culto comprenderá siempre los principios implicados en tal situación, incluso si no ha intentado aplicárselos a sí mismo. Al hablar del director, se refiere a algo más que a un simple confesor de los que se limitan a oír los pecados y dar la absolución.

«Yo he topado con almas acorraladas y afligidas, por no tener espiriencia quien las enseñaba, que me hacían lástima, y alguna que no sabía ya qué hacer de sí; porque no entendiendo el espíritu, afligen alma y cuerpo, y estorban el aprovechamiento. Una trató conmigo que la tenía el maestro atada ocho años había a que no la dejaba salir de propio conocimiento, y teníala ya el Señor en oración de quietud y ansí pasaba mucho trabajo.» «Y aunque esto

del conocimiento propio jamás se ha de decir, ni hay alma en este camino tan gigante, que no haya menester muchas veces tornar a ser niño y a mamar (y esto jamás se olvide, que quizá lo diré más veces, porque importa mucho), porque no hay estado de oración tan subido, que muchas veces no sea necesario tornar al principio.»

Enumera Teresa unos cuantos errores propios de los directores. Dice: «Comienza una monja a tener oración, si un simple la gobierna, y se le antoja, harále entender que es mejor que le obedezca a él, que no a su superior, y sin malicia suya, sino pensando, acierta. Porque si no es de religión, parecerle ha, es ansí; y si es mujer casada dirála que es mijor cuando ha de entender en su casa, estarse en oración, aunque descontente o su marido; ansí que no sabe ordenar el tiempo ni las cosas para que vayan conforme a verdad por faltarle a él la luz, no la da a los otros aunque quiera. Y aunque para esto no son menester letras, mi opinión ha sido siempre, y será, que cualquier cristiano procure tratar con quien las tenga buenas si se puede, y mientras más mijor; y los que van por camino de oración, tienen desto mayor necesidad, y mientras más espirituales, más... Tengo para mí que persona de oración, que trate con letrados, si ella no se quiere engañar, no la engañará el demonio con ilusiones, porque creo temen [los demonios] en gran manera las letras humildes y virtuosas, y saben serán descubiertos y saldrán con pérdida... Y será mucha ayuda tratar con ellos (maestros instruidos), como sean virtuosos; aunque no tengan espíritu, me aprovechará y Dios le dará a entender lo que ha de enseñar, y aún le hará espiritual, para que nos aproveche; y esto no lo digo sin haberlo probado, y acaecídome a mí con más de dos. Digo, que para rendirse un alma

del todo ha de estar sujeta a sólo un maestro, que yerra mucho, en no procurar que sea tal (letrado).»

Tales eran las dificultades con que Teresa hubo de luchar en aquella primera etapa de la oración mental durante veinte años hasta que se arrojó a los pies del Cristo del cuadro y se alzó después ya consolada y libre. Entonces fue cuando recibió aquel don misterioso, alcanzar el cual está más allá del poder humano, del segundo grado, al que ella llama la oración de quietud.

# CAPÍTULO VIII

# LA VICTORIA EN LA ENTREGA

Entre los años 1550 y 1555 —al final de su tercera década—, Teresa hubo de tener ciertas experiencias de verdadera importancia que sólo podía exponer claramente a los demás volviendo una y otra vez a su figura favorita.

En el segundo grado de la oración mental, al decir de ella, el alma logra sacar agua para su jardín con menos esfuerzo, como con un molino de viento; incluso más bien interviene el jardinero para ayudarla. Entonces le es posible alcanzar más fácilmente el agua porque se le ha otorgado la gracia de «recoger dentro de sí misma» las tres facultades del alma: memoria, entendimiento y voluntad. La voluntad queda dulcemente cautiva de Dios, al paso que las otras dos potencias ayudan a la voluntad, si ésta no trata de influirlas; y «son entonces como unas palomas, que no se contentan con el cebo que les da el dueño del palomar, sin trabajarlo ellas, y van a buscar de comer por otras partes, y hállanlo tan mal que se tornan; y ansí van y vienen a ver si les da voluntad de lo que goza. Si el Señor échales cebo, detiénense, y sino, tórnenle a buscar».

Mientras dura la oración de quietud, la voluntad, al estar unida con Dios (si bien no del todo sumida en Él) permanece tranquila y quieta, incluso si la memoria o el entendimiento están distraídos y

le es posible llamar a tales facultades y hacerlas recogerse poco a poco.

Santa Teresa dice que hay pocas almas que alcancen tal grado de la oración y muy pocas que lleguen más allá; algunas vuelven atrás y son muy desgraciadas, y ella se inclina a atribuir tal hecho a su falta de comprensión de sí mismas y del alto privilegio que se les otorga. Agradecen la tranquilidad y el recogimiento que Dios les ha otorgado con una satisfacción y una paz tan completas que pueden con razón pensar (al no haber seguido progresando) que no tienen más que desear, y así exclaman con San Pedro: «Señor, es bueno para nosotros el estar aquí.» Pero se equivocan grandemente y, no pudiendo adelantar, se ven en peligro de re-troceder.

«Por mucho que dure la oración de quietud no llega nunca a cansar al alma, porque el entendimiento obra aquí muy de paso a paso, y saca muy mucha más agua, que no sacaba del pozo; las lágrimas que Dios aquí da, ya van con gozo, aunque se sienten, no se procuran.»

«Este agua de grandes bienes y mercedes que el Señor da aquí, hace crecer las virtudes muy más sin comparación que en la oración pasada; porque se va ya esta alma subiendo de su miseria, y dásele ya un poco de noticias de los gustos de la gloria. Esto creo las hace más crecer, y también llegar más cerca de la verdadera virtud, de donde todas las virtudes vienen, que es Dios; porque comienza su Majestad a comunicarse a esta alma, y quiere que sienta ella cómo se le comunica. Comiénzase luego en llegando aquí a perder la codicia ([11]) de lo de acá, y pocas gracias, porque ve claro que un momento de aquel gusto no se puede haber acá, ni

[11] En el sentido antiguo de la palabra codicia.

hay riquezas, ni señoríos, ni honras, ni deleites, que basten a dar un cierra ojo y abre deste contentamiento, porque es verdadero, y contento que se ve que nos contenta.»

Y añade que en los placeres que el mundo proporciona hay siempre un Sí y un No, y la gente no comprende siquiera en dónde está el verdadero gozo, al paso que en la oración de quietud sólo hay un deleitoso Sí. El No no forma parte del placer, sino que viene después, una vez la experiencia pasada, y se ha quedado el alma sin medios propios para volver a alcanzarlo hasta que a Dios le place.

Ciertamente, Dios está siempre con nosotros, y en todas las cosas. Pero en la oración de quietud «quiere este Emperador y Señor nuestro que entendamos aquí que nos entiende, y lo que hace su presencia, y que quiere particularmente comenzar a obrar en el alma en la gran satisfacción interior y exterior que le da». Este deleite es la verdadera parte íntima del alma «y no sabe por dónde ni cómo le vino, ni muchas veces sabe qué hacer ni qué pedir.»

Todo esto lo iba aprendiendo Teresa por propia experiencia. «Si la lleva Dios por camino de temor, como hizo a mí, es gran trabajo, si no hay quien le entiende, y éste gran gusto verse pintada, y entonces ve claro va por allí. Y es gran bien saber lo que ha de hacer, para ir aprovechando en cualquier estado de estos; porque he yo pasado mucho, y perdido harto tiempo por no saber qué hacer y he gran lástima a almas que se ven solas cuando llegan aquí; porque, aunque he leído muchos libros espirituales, aunque tocan en lo que hace al caso, decláranse muy poco; y si no es alma muy ejercitada, aun declarándose mucho terná harto que hacer en entenderse...» (*Vida*, cap. XIV).

Hay más adelante un pasaje característico que no será, por cierto, más fácil leer en inglés que lo es en su español, acerado, individual y casi intraducible, y que dice:

«Lo que ha de hacer el alma en los tiempos de esta quietud no es más de con suavidad y sin ruido: llamo ruido andar con el entendimiento buscando palabras y consideraciones, para dar gracias de este beneficio, y amontonar pecados suyos y faltas, para ver que no lo merece. Todo esto se mueve aquí, y representa el entendimiento, y bulle la memoria, que cierto estas potencias a mí me cansan a ratos, que con tener poca memoria, no la puedo sojuzgar. La voluntad con sosiego y cordura, entiendo que no se negocia bien con Dios a fuerza de brazos; y que éstos son unos leños grandes puestos sin discreción para ahogar esta centella, y conózcalo y con humildad diga: Señor, ¿qué puedo yo aquí? ¿Qué tiene que ver la sierva con el Señor y la tierra con el cielo? U palabras que se ofrecen aquí de amor, fundada mucho en conocer, que es verdad lo que dice; y no haga caso del entendimiento, que es un moledor. Y si ella le quiere dar parte de lo que goza o trabaja por recogerle (que muchas veces se verá en esta unión de la voluntad y sosiego, y en entendimiento muy desbaratado), sino estése ella gozando de aquella merced y recogida como sabia abeja, porque si ninguna entrase en la colmena, sino que por traerse unas a otras se fuesen todas, mal se podría labrar la miel. Ansí que perderá mucho el alma, si no tiene aviso en esto; en especial si es el entendimiento agudo, que cuando comienza a ordenar pláticas y buscar razones, en tan rico, si son bien dichas, pensará hace algo. La razón que aquí ha de haber es entender claro, que no hay ninguna, para que Dios nos haga tan gran merced, sino su sola bondad; y ver que estamos tan cerca y pedir a su Majestad mercedes, y rogarle por la Ilesia [Iglesia], y por los que

se nos han encomendado, y por las ánimas del purgatorio, no con ruido de palabras, sino con sentimiento de desear que nos oya. Es oración que comprende mucho, y se alcanza más que por mucho relatar el entendimiento. Despierte en sí la voluntad algunas razones, que de la mesma razón se representarán, de verse tan mijorada para avivar este amor, y haga algunos atos amorosos, de que habrá por quien tanto debe, sin (como he dicho) admitir ruido del entendimiento, a que busque grandes cosas. Mas hacen aquí al caso unas pajitas puestas con humildad (y menos serán que pajas si las ponemos nosotros) y más le ayudan a encender, que no mucha leña junta de razones muy dotas, a nuestro parecer, que en un credo la ahogarán. Esto es bueno para los letrados, que me lo mandan escribir, porque por la bondad de Dios todos llegan aquí, y podrá ser se les vaya el tiempo en aplicar escrituras; y aunque no les dejarán de aprovechar mucho las letras, antes y después, aquí en estos ratos de oración, poca necesidad hay en ellas, a mi parecer, si no es para entibiar la voluntad; porque el entendimiento está entonces de verse cerca de la luz, con grandísima claridad, que aun yo con ser la que soy, parezco otra...»

Declara Teresa que a veces en tal estado es incapaz incluso de comprender el latín de su salterio, ni siquiera los versos en español. A continuación de lo cual añade:

«Ansí que en estos tiempos de quietud, dejar descansar el alma con su descanso; quédense las letras a un cabo, tiempo verná que aprovechen al Señor, y las tengan en tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, sólo para servir a su Majestad porque ayudan mucho; mas delante de la sabiduría infinita, créanme que vale más un poco de estudio de humildad, y un acto della, que toda la ciencia del mundo. Aquí no hay que

argüir, sino que conocer lo que somos con llaneza, y con simpleza representarnos delante de Dios, que quiere se haga el alma boba (como a la verdad lo es delante de su presencia), pues su Majestad se humilla tanto, que la sufre cabe sí, siendo nosotros lo que somos.»

«También se mueve el entendimiento a dar gracias muy compuestas, estando la voluntad con sosiego, con un no osar alzar los ojos con el publicano, hace más hacinamiento de gracias, que cuando el entendimiento con trastornar la retórica por ventura puede hacer.»

Creía teresa que la oración de quietud, como todos los demás grados, tenía sus peligros. El demonio, celoso de los progresos del alma, puede intentar perturbarlos de dos maneras. Primera, tratando de engañarla proporcionándole un falso deleite, arrastrándola a la soberbia, o sea, alejándola de Dios. Pero, el alma acostumbrada a la oración habrá de poder distinguir entre la alegría que de Él proviene y la simulada por Su enemigo. Porque el placer del demonio, o el que el alma se proporciona por sí sola, no tarda en acabarse y no deja buen efecto, como serían la humildad y un amor mayor, sino solamente «sequedad», desasosiego y desilusión. Un alma puede burlar tal propósito del enemigo siendo humilde y no curiosa, no teniendo deseos de deleites, y por encima de todo, desprendiéndose de toda clase de placeres, y decidiéndose a «sólo ayudar a llevar la cruz a Cristo, como buenos caballeros, que sin sueldo quieren servir a su rey». Teresa reitera insistentemente la necesidad de dar de lado a todos los placeres de esta vida. Y cuando el demonio encuentre que un alma de tal manera humilde y altruista no puede ser víctima de sus viles

engaños, optará por marcharse y no tratará de volver con frecuencia.

En segundo lugar, «vienen veces, que es menester para librarse de ofender a Dios, estos que ya están tan puesta su voluntad en la suya, que por no hacer una imperfección se dejarían atormentar, y pasarían mil muertes, que para no hacer pecados, según se ven combatidos de tentaciones y persecuciones, se han menester aprovechar de las primeras armas de la oración, y tornar a pensar que todo se acaba, y que hay cielo e infierno, y otras cosas desta suerte» (*Vida*, cap. XV).

Para el alma humilde y niña que obedece alegremente la orden del Señor, de «Toma tu cruz y sígueme», pasará toda tentación e irán manifestándose los frutos de la oración de quietud poco a poco. Irá ganando en humildad, en autocomprensión, deseo de progresar en la oración y de dar de lado a toda posible perturbación incidental; una «siguridad con humildad y temor de que ha de salvarse». El temor servil queda sustituido por el temor filial y por un amor de Dios, grande y desinteresado. Y Teresa concluye, volviendo a su figura favorita: «En fin, por no me cansar, es un principio de todos los bienes, un estar ya las flores en término, que no les falta casi nada para brotar, y esto verá muy claro el alma...»

Después de haber pasado por tales experiencias, Teresa llegó, entre los años 1550 y 1555, a lo que ella llama el tercer grado de la oración mental, el correr del agua de un manantial o arroyo de gracia que refresca deleitosamente el jardín del alma. Lo cual es el comienzo de la oración de unión. (A la que puede llamársele la oración de unión parcial para distinguirla de la unión más cabal, que luego describe.) Y dice: «Quiere el Señor aquí ayudar a el hortolano de manera, que casi Él es el hortolano, y el que lo hace

todo. Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden como obran. El gusto y suavidad y deleite es mas sin comparación que lo pasado; es que da el agua de la gracia a la garganta a esta alma, que no pueda ya ir adelante, ni sabe como, ni tornar atrás; querría gozar de grandísima gloria. Es como uno que está con la candela en la mano, que le falta poco para morir muerte que la desea. Está gozando en aquel agonía con el mayor deleite que se puede decir; no me parece que es otra cosa, sino un morir casi del todo a todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos como lo decir, ni como lo declarar, ni entonces sabe el alma que hacer; porque ni sabe si hable, ni si calle, ni se ría, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se desprende la verdadera sabiduría, y deleitosísima manera de gozar el alma...»

»Bien entendía que no era del todo unión de todas las potencias, y que era mas que la pasada muy claro... Muchas veces estaba así como desatinada, embriagada en este amor, y jamás había podido entender cómo era. Bien entendía que era Dios, mas no podía entender cómo obrada aquí; porque, en hecho de verdad, están casi del todo unidas las potencias, mas no tan engolfadas que no obren...»

Un día, después de la comunión, Nuestro Señor se lo hizo patente en un momento de iluminación, y ella lo trasladó al papel lo mejor que fue posible con palabras.

«Sólo tienen habilidad las palabras para ocuparse todas en Dios; no parece se osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear, si con mucho estudio no quisiéramos divertirnos, y aun no me parece que del todo se podría entonces hacer. Háblense aquí muchas palabras en alabanza de Dios, sin concierto, si el mesmo

Señor no las concierta; al menos el entendimiento no vale aquí nada; querría dar voces en alabanzas el alma y está que no cabe en sí, un desasosiego sabroso. Ya, ya se abren las flores, ya comienzan a dar flor. Aquí querría el alma que todos la viesen, y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios, y que la ayudasen a ella, y darles parte de su gozo, porque no puede tanto gozar. Paréceme que es como lo que dice el Evangelio, que quería llamar o llamaba a sus vecinas [cf. Lc 15, 6-9]. Esto me parece debía sentir el admirable espíritu del real profeta David, cuando tarda y cantaba con el arpa, en alabanzas de Dios. De este glorioso rey soy yo muy devota, y querría todos lo fuesen, en especial los que somos pecadores.»

«¡Oh, válame Dios, cuál está un alma cuando está ansí! Toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien la tiene ansí. Yo sé persona, que con no ser poeta, le acaecía hacer de pronto coplas muy sentidas declarando su pena bien; no hechas de su entendimiento, sino que para gozar más de la gloria, que tan sabrosa pena le daba, se quejaba de ella a su Dios» (*Vida*, cap. XV).

En estos párrafos habla Teresa de sí misma. Era ésta tal vez la primera de una serie de poesías que, sin pretensión alguna de pulimento o elegancia, son todas verdaderamente admirables por su belleza y su pasión lírica. También, a veces, componía versos, incluso sin escribirlos. Muchos de ellos se han perdido, de otros sólo quedan fragmentos, mientras que algunos los guardaron sus amigos. Se ignora a cuál de sus poesías hace aquí referencia.

En sus reiteradas embriagueces espirituales relampagueaban en su espíritu no pocas verdades. Así, por ejemplo, vio que «no hacían casi nada los mártires de su parte en pasar tormentos; por-

que conoce bien el alma, viene de otra parte la fortaleza». Su gozo era tal en aquellos momentos que le parecía como si el alma estuviese a punto de comenzar a abandonar el cuerpo. ¡Y qué deleitosa muerte habría entonces sido!

Al estar escribiendo tales cosas no pudo contenerse de prorrumpir en una de sus más apasionadamente hermosas oraciones de acción de gracias, como la que sigue:

«Bendito seáis por siempre, Señor; alaben os ([12]) todas las cosas por siempre. Quered ahora, Rey mio, suplicooslo yo, que pues que cuando esto escribo no estoy fuera de esta santa locura celestial por vuestra bondad y misericordia, que tan sin méritos míos me hacéis esta merced, que lo estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, u primitáis que no trate yo con nadie, u ordenad, Señor, como no tenga yo cuenta en cosa del mundo, u me sacá de él. No puede ya, Dios mio, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos, como de verse sin vos le vienen; que si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se le déis vos. Querría ya esta alma verse libre; el comer la mata, el dormir la congoja; ve que se la pasa el tiempo de la vida pasar en regalo y que nada ya la puede regalar fuera de Vos; que parece vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí, sino en Vos. ¡Oh, verdadero Señor y gloria mía, qué delgada y pesadísima cruz tenéis aparejada a los que llegan a este estado! Delgada, porque es suave; pesada, porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra; y no se querría jamás ver libre de ella, si no fuese para verse ya con Vos. Cuando se acuerda que no os ha servido en nada y que viviendo os puede

[12] A los reyes se les hablaba en plural. Y en sus oraciones Teresa emplea usualmente el *Vos* en lugar del *Tú*.

servir, querría carga muy más pesada, y nunca hasta la fin del mundo morirse...» (*Vida*, cap. XVI).

En un solo momento el Jardinero ha dado ahora lo que el alma no había podido lograr por sí misma en veinte años. Las virtudes en ésta obtenidas continúan siendo más fuertes que en la oración de quietud. El alma, como dice Teresa, ve en sí a otra persona, e ignora cómo empieza a realizar grandes cosas con la fragancia que las flores exhalan. Porque el Señor quiere que se abran a fin de poder Él ver que tiene virtudes —si bien ella ve, asimismo, perfectamente, que no podría obtenerlas, ni podría obrar así en muchos años, y que el Jardinero celestial se las había dado generosamente en un breve momento—. La humildad que aquí muestra el alma es mucho mayor y más profunda que en el grado anterior, ya que ve claramente que había hecho muy poco o nada, a no ser permitir que el Señor la hiciera favores y permitir que ella los aceptase.

«Paréceme este modo de oración de unión muy conocida de toda el alma con Dios, sino que parece quiere su Majestad dar licencia a las potencias para que entiendan y gocen de lo mucho que obra allí...« Sabe el alma que tiene gran tranquilidad y quietud y, sin embargo, «por otra parte está el entendimiento y memoria tan libres, que pueden tratar en negocios y entender en obras de caridad. Esto, aunque parece todo uno, es diferente de lo oración de quietud que dije, porque allí está el alma, que no se querría bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María; en esta oración puede también ser Marta. Ansí que está casi obrando juntamente en vida activa y contemplativa, y puede entender en obras de caridad y negocios que convengan a su estado, y leer; aunque no del todo están [las facultades] señores de sí, y

entienden bien que está la mejor parte del alma en otro cabo. Es como si estuviésemos con uno y por otra parte nos hablase otra persona, que ni bien estaremos en lo uno ni bien en lo otro».

«Es cosa que se siente muy claro y da mucha satisfacción y contento cuando se tiene, y es muy gran aparejo, para que en teniendo tiempo de soledad o desocupación de negocios, venga el alma a muy sosegada quietud.»

Y he aquí que por medio de experiencias sublimes de tal índole llegó Teresa a sus cuarenta años, o tal vez un poco antes, al cuarto grado de la oración, la máxima elevación asequible a hombre o mujer en carne mortal, la que puede llamarse la oración de unión completa, entendiendo en su buen sentido la palabra completa. A Teresa le resultaba imposible describir exactamente lo que sentía, mas como quiera que su director la ordenase poner por escrito lo mejor que pudiese para provecho de las otras almas que siguieran por la misma senda, obedeció plenamente. Las pasajes a ello referentes son quizá los más difíciles de comprender en todos sus escritos. Por bien que se les traduzca, obligan al lector, en lengua inglesa, a tener que realizar un esfuerzo considerable de paciencia y atención. Nadie que quiera de verdad comprenderla sentirá el haber tenido que llevar a cabo esfuerzo semejante. Tampoco para ella hubo de resultar cosa muy hacedera el dar forma a tan inspirados pasajes.

«El Señor me enseñe palabras como se pueda decir algo de la cuarta agua; bien es menester su favor, aún más que para la pasada... En toda la oración y modos de ella, que queda dicho, alguna cosa trabaja el hortolano; aunque en estas postreras va el trabajo acompañado de tanta gloria y consuelo del alma, que jamás querría salir dél; y ansí no se siente por trabajo, sino por gloria. Acá

no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza; entiéndese que se goza un bien, adonde juntos se encierran todos los bienes, mas no se comprende este bien. Ocúpanse todos los sentidos en este gozo, de manera que no queda ninguno desocupado para poder en otra cosa interior ni exteriormente. Antes dábaseles licencia para que, como digo, hagan algunas muestras del gran gozo que sienten; acá el alma goza más sin comparación, y puédese dar a entender muy menos; porque no queda poder en el cuerpo, ni el alma le tiene, para poder comunicar aquel gozo. En aquel tiempo todo le sería gran embarazo y tormento, y estorbo de su descanso; y digo, que si es unión de todas las potencias, que aunque quiera (estando en ella digo) no puede, y si puede ya no es unión. El cómo es esta que llaman unión, y lo que es, yo no lo sé dar a entender; en la misma teología se declara, que yo los vocablos no sabré nombrarlos; ni sé entender qué es mente, ni qué diferencia tenga del alma u espíritu tampoco; todo me parece una cosa; bien que el alma alguna vez sale de sí mesma a manera de un fuego que está ardiendo y hecho llama, y algunas veces crece este fuego con ímpetu. Esta llama sube muy arriba del fuego, mas no por eso es cosa diferente, sino la misma llama que está en el fuego. Esto vuesas mercedes lo entenderán, que yo no lo sé más decir con sus letras.»

«Lo que yo pretendo declarar es qué siente el alma cuando está en esta divina unión. Lo que es unión, ya se está entendido que es dos cosas diversas hacerse una. ¡Oh, Señor mío, qué bueno sois! ¡Bendito seáis para siempre; alaben os, Dios mio, todas las cosas, que ansí nos amastes de manera que con verdad podamos hablar de esta comunicación que aun en este destierro tenéis con las almas!...» (*Vida*, cap. XVIII)

A veces, cuando recibía el don de la más elevada oración, solía decir: «¡Señor, mira lo que hacéis, no olvidéis tan presto tan grandes males míos!...»

Al resumir su descripción, Teresa prometía no decir sino aquello que conocía bien por una larga experiencia; y el Señor habría de ayudarla, ya que sus motivos eran, en primer lugar, obedecer y, luego, hacer que las almas deseasen alcanzar semejante elevado bien. Así, dice: «... y es ansí que cuando comencé esta postrer agua a escribir que me parecía imposible saber tratar cosa, más que hablar en griego, que ansí es ello dificultoso; con esto lo dejé y fuí a comulgar. ¡Bendito sea el Señor que ansí favorece a los innorantes! ¡Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes! Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras, y otras poniéndome delante cómo lo había de decir, que (como hizo en la oración pasada) su Majestad parece quiere decir lo que yo no puedo ni sé...»

«Ahora, hablando de esta agua, que viene del cielo para con su abundancia henchir y hartar todo este huerto de agua, si nunca dejara, cuando la hubiera menester, de darla el Señor, ya se ve qué descanso tuviera el hortolano; y a no haber invierno, sino ser siempre el tiempo templado, nunca faltaran flores ni frutas, ya se ve qué deleite tuviera; mas, mientras vivimos, es imposible. Siempre ha de haber cuidado de, cuando faltare la una agua, procurar la otra. Esta del cielo viene muchas veces cuando más descuidado está el hortolano. Verdad es que a los principios casi siempre es después de larga oración mental; que de un grado en otro viene el Señor a tomar este avecita, y ponerla en el nido, para que descanse: como la ha visto volar mucho rato, procurando con el entendimiento y voluntad, y con todas sus fuerzas, buscar a Dios y

contentarle, quiérela dar el premio aun en esta vida. ¡Y qué gran premio, que basta un momento para quedar pagados todos los trabajos que en ella pudo haber!»

«Estando ansí el alma buscando a Dios, siente con un deleite grandísimo y suave, casi desfallecer con toda una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo, y todas las fuerzas corporales; de manera que, si no es con mucha pena, no puede aun menear las manos; los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, acierta a decir letra, ni casi atina a conocerla bien; ve que hay letra, mas, como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quiera; oye, mas no entiende lo que oye. Ansí que de los sentidos no se aprovecha nada, sino es para no la acabar de dejar a su placer, y ansí antes la dañan. Hablar es por demás, que no atina a formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma, para mijor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente es grande, y muy conocido. Esta oración no hace daño por larga que sea; al menos a mí nunca me lo hizo, ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced por mala que estuviese, que sintiese mal, antes quedaba con gran mijoría. Mas, ¿qué mal puede hacer tan gran bien? Es cosa tan conocida las operaciones exteriores, que no se puede dudar que hubo gran ocasión, pues ansí quitó las fuerzas con tanto deleite para dejarlas mayores.»

«Verdad es que a los principios pasa tan en breve tiempo (al menos a mí ansí me acaecía). Y nótese esto, que a mi parecer, por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspensión de todas las potencias, es bien breve; cuando estuviese media hora, es muy mucho: yo nunca, a mi parecer, estuve tanto. Verdad es

que se puede mal sentir lo que se está, pues no se siente; mas digo que de una vez es muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es la que mantiene la tela, mas las otras dos potencias presto tornan a importunar; como la voluntad está queda, tórnalas a suspender, y están otro poco y tornan a vivir.»

«En esto se pueden pasar algunas horas de oración y se pasan; porque comenzadas las dos potencias a emborrachar, y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan a perder de sí, para estar muy más ganadas, y acompañan a la voluntad, y se gozan todas tres. Mas este estar perdidas del todo, y sin ninguna imaginación en nada (que a mi entender también se pierde del todo) digo que es breve espacio; aunque no tan del todo tornan en sí que no puedan estar algunas horas como desatinadas, tornando de poco en poco a cogerlas Dios consigo.»

«Ahora vengamos a lo interior de lo que alma aquí siente; dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuanto más decir. Estaba yo pensando cuando quise escribir esto (acabando de comulgar, y de estar en esta mesma oración que escribo) qué hacía el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: «Deshácese todo, hija, para ponerse más en mi; ya no es ella la que vive, sino yo; como no puede comprender lo que entiende, es »no entender entendiendo».

«Quien lo hubiera probado entenderá algo desto, porque no se puede decir más claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa. Sólo podré decir que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias y se suspenden de manera que en ninguna manera (como he dicho) se entiende que obran. Si estaba

pensando en un paso, ansí se pierde de la memoria, como si nunca la hubiere habido dél; si lee, en lo que leía no hay acuerdo ni parar; si reza, tampoco. Ansí que a esta mariposilla importuna de la memoria aquí se le queman las alas, ya no puede más bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama; el entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende, al menos no puede comprender nada de lo que entiende; a mí no me parece que entiende, porque, como digo, no se entiende: yo no acabo de entender esto.»

«Queda el alma de esta oración y unión con grandísima ternura; de manera que se querría deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas; hállase bañada de ellas sin sentirlo, ni saber cuándo, ni cómo las lloró; mas dále gran delite ver aplacado aquel ímpetu del fuego con agua, que le hace más crecer; parece esto algaravía, y pasa ansí. Acaecido me ha algunas veces en este término de oración estar tan fuera de mí que no sabía si era sueño, o si pasaba en verdad la gloria que había sentido, y de verme llena de agua (que sin pena destilaba con tanto ímpetu y presteza que parece la echaba de sí aquella nube del cielo), vía que no había sido sueño; esto era a los principios, que pasaba con brevedad.»

«Queda el ánima animosa, que si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios le sería gran consuelo. Allí son las promesas y determinaciones heroicas, la viveza de los deseos, el comenzar a aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad: está muy más aprovechada y altamente que en las oraciones pasadas y la humildad más crecida, porque veo claro que para aquella excesiva merced y grandiosa no hubo diligencia suya ni fue parte para traerla ni para tenerla. Vése claro indinísima (porque empieza adonde entra mucho sol, no hay telaraña ascondida); ve su miseria:

va tan fuera la vanagloria, que no le parece la podría tener... Su vida pasada se le representa después, y la gran misericordia de Dios con gran verdad, y sin haber menester andar a caza el entendimiento, que allí ve guisado lo que ha de comer y entender. De sí, ve que merece el infierno, y que le castigan con gloria; deshácese en alabanzas de Dios, y yo me querría deshacer ahora, ¡Bendito seáis, Señor mío, que ansí hacéis de pecina tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa! ¡Seáis alabado, oh regalo de los ángeles, que ansí queréis levantar un gusano tan vil!»

«Queda algún tiempo este aprovechamiento en el alma; puede ya, con entender claro que no es suya la fruta, comenzar a repartir de ella, y no le hace falta así. Comienza a dar muestras de alma, que guarda tesoros del cielo, y a tener deseos de repartirlos con otros, y suplicar a Dios no sea ella sola la rica. Comienza a aprovechar a los prójimos casi sin entenderlo ni hacer nada de si; ellos le entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor que les hace desear llegarse a ellas.» (*Vida*, cap. XVIII)

# CAPÍTULO IX

## LA VENGANZA DEL DEMONIO. MIEDO DE LA SANTA INQUISICIÓN

Mientras su espíritu navegaba por aquellos azarosos mares infinitos del gozo y del entendimiento, Teresa llevaba una vida perfectamente normal en relación con sus compañeras. Realizaba con esmero todas las obligaciones de su estado conventual y tenía algunas amistades tan interesantes como estimulantes. Era como una verdadera madre para su hermana menor, Juana, la cual vivió en el convento como doncella de piso unos doce años después de la muerte de su padre, don Alonso, a la que, sin duda, consolaría en las horas de tristeza, y en donde hubieron de saber, en el año 1546, que su hermano Antonio había resultado muerto y su hermano Hernando herido en la batalla de Iñaquito.

Seis o siete años más tarde (en 1552 a 1553) Juana fue pedida en matrimonio por un joven de Alba de Tormes, don Juan de Ovalle, que estuvo de visita en el convento con su hermano Gonzalo, esposo de una de las hijas del tío Pedro, de Hortigosa. Parece que el tal Ovalle era un joven sin talento especial, más bien un si es no es presumido y egotista, aunque, por lo demás, de buen carácter y bastante accesible. Sentía por Juana un amor verdadero, que le era correspondido. El único inconveniente que a su proyectado enlace se oponía era su falta de medios de fortuna; pero éste desapareció cuando, en el año 1553, el día 31 de octubre, su padre le donó una parte de sus bienes en recompensa «por

los muchos y buenos servicios que el dicho Juan de Ovalle, mi hijo, me ha prestado, y por haber sido muy obediente, como buen hijo». No recibía con ello una gran renta, ya que los Ovalles eran de aquella numerosa clase de *hidalgos de gotera*, que disfrutaban de los derechos de la nobleza sólo en un lugar, y a veces pasaban más apuros de dinero, a pesar de su porte orgulloso, que cualquier pequeño labriego que no tuviera que guardar las apariencias. De todas suertes, era algo como comienzo.

Mientras completaba Teresa la educación de Juana y la preparaba para el magno acontecimiento de su vida hizo, por su parte, algunas amistades importantes. El que más influencia ejerció sobre ella en tal época fue el anciano Francisco de Salcedo, al que llamaba «el caballero santo».

Era una amistad debida sobre todo al parentesco, pues la esposa de él, doña Mencía del Águila, era prima de la de su tío Pedro. Durante cuarenta años había estado tal caballero entregado en cuerpo y alma a la oración y al estudio, y durante veinte a escuchar las pláticas sobre teología en el convento de Santo Tomás, de los dominicos. Su porte cortés y amable y su gran caridad para con los pobres habían hecho de él un personaje querido y respetado en Ávila y un visitante favorito del convento de la Encarnación, en donde había contraído el hábito de hablar con su prima de Dios y de las cosas de la divinidad. Para mostrar su inclinación baste decir que después de la muerte de su esposa se hizo sacerdote. No era hombre muy brillante que digamos, pero sí verdaderamente servicial, atento y honrado. Teresa lo describe diciendo que era «de vida tan ejemplar y virtuosa, y de tanta oración y caridad, que en todo él resplandece su bondad y perfección, y con mucha razón, porque gran bien ha venido a muchas almas por su medio... Mucho

entendimiento, y muy apacible para todos, su conversación no pesaba, tan suave y agraciada, junto con ser reta y santa, que da contento grande a los que trata; todo lo ordena para gran bien de las almas que conversa, y no parece traer otro estudio, sino hacer por todos los que él ve se sufre, y contentar a todos. Pues este bendito y santo hombre, con su industria, me parece fue principio para que mi alma se salvase.» (*Vida*, cap. XXIII)

Fue una fortuna para Teresa el poder contar en aquel tiempo con un amigo tan leal, porque con su rapidísima elevación a las más altas formas de la oración, la había sobrevenido una nueva prueba de las peores que jamás experimentara —la tentación de creer que sus experiencias místicas, cuya objetiva realidad nunca llegó a poner en tela de juicio, le habían sido impuestas por el demonio como meras ilusiones, susceptibles tan sólo de arrastrarla al infierno—. Semejante temor, que estuvo acuciándola durante varias semanas, se produjo gracias a un especial acontecimiento histórico. La Inquisición española, tan duramente eficaz en tiempos de los Reyes Católicos, que la crearon en el año 1482, había quedado casi moribunda en los de Carlos V, pero experimentó como un renacimiento en el año 1544, al descubrir una sacrílega hipocresía y un tremendo fraude, que, como dice bien Ribera, «sembró el pánico en toda España» ([13]).

Durante cuarenta años había estado viviendo en Córdoba, en el convento de Santa Isabel de los Angeles, de la Orden de Santa Clara, una monja sobre cuya cada vez mayor reputación de santidad parecía que había puesto su marca aprobatoria algo sobrenatural. Muchos fervorosos católicos hacían peregrinaciones para impetrar allí el favor del cielo y se llevaban como reliquias los

[13] RIBERA: *Vida de Santa Teresa*, lib. I, cap. IX.

pequeños objetos que ella había tocado. Tanto los sacerdotes como las monjas creían a pie juntillas en su santidad. Los miembros de la familia real iban a verla para que intercediera por ellos ante el cielo. La bella y piadosa emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, la envió como regalo las ropas que llevaba su hijo (luego Felipe II) cuando fue bautizado en Valladolid el año 1527. Se contaban espeluznantes historias acerca de sus ayunos extraordinarios y de sus largas vigilias. Por último se hizo público que había recibido de nuestro Señor el don precioso de los estigmas —de heridas en los pies, manos y costados, como los de Él por la Pasión—, y Magdalena hizo saber que no precisaba ya ningún otro alimento, salvo el de la hostia de la comunión diaria.

Ahora bien; es indudable que en la historia del cristianismo habían sucedido cosas parecidas. La Iglesia misma ha aceptado la existencia de ellas por lo que a San Francisco de Asís ([14]) y algunos otros se refiere, e incluso en nuestros días se están llevando a cabo investigaciones con testigos presenciales de los hechos de Teresa Neumann de Baviera. Pero no constituye en la Ciudad del Vaticano el menor secreto el hecho de que entre Cristo Rey y su enemigo el Príncipe de este mundo ha habido místicos genuinos y falsos místicos, así como ha habido estigmatizados genuinos y fanáticos desengañados o paranoicos; personas glorificadas que en verdad se mantenían sólo de la sagrada hostia, como Santa Catalina de Siena pudo hacer durante veinte años, y defraudadores que pretendieron hacerlo creer por admiración o provecho. En to-

[14] Hay una fiesta especial para conmemorar la impresión de los estigmas en San Francisco de Asia, la que la misma Iglesia describe como □un nuevo milagro, jamás otorgado en tiempos pesados□ El pasaje de la epístola de San Pablo a los gálatas, 6:17, no se refiere a lo que actualmente se en tiende como "estigma".

dos esos asuntos la Iglesia procede con suma calma y escepticismo, sin ahorrar trabajos para exponer los posibles casos de histerismo o superchería. De todos los organismos susceptibles de poder contribuir a tal propósito en aquella época el más eficaz de todos era la Inquisición. Y este tribunal llegó a sospechar de Magdalena de la Cruz y comenzó a realizar investigaciones.

Detenida e interrogada, acabó haciendo una confesión tan palmaria de sus supercherías que el Santo Oficio la condenó a prisión por toda la vida, no ya tan sólo por deseo de proteger a los católicos contra el peligro de ser engañados y corrompidos, sino también para ayudar a la desdichada mujer a arrepentirse de sus crímenes (como así hizo) y a morir como buena cristiana. Dijo a los inquisidores de Córdoba que no era una verdadera católica, sino una *alumbrada*, miembro de una secta descubierta en España un siglo antes, cuando el gran cardenal Ximénez fue inquisidor general. Tal secta era una de esas sociedades secretas cuya actividad anticristiana había estado socavando durante siglos los cimientos del cristianismo, entorpeciendo el logro completo de los ideales cristianos en la sociedad europea. Este contagio espiritual oriental tenía su origen en la idea budista de que, por medio de la pura contemplación, el alma, al perder su individualidad, se sumerge en la Esencia infinita del Todo hasta alcanzar el estado de «perfección». Al intentar liberarse de las cadenas de la transmigración e incluso del mundo material, al que tanto Buda como sus secuaces consideraban con gran pesimismo, esencialmente peligroso, el alma rehuye toda actividad hasta que llega al estado de anulamiento, a cuyo término, como coronación de todo el sistema, está el Nirvana, que es la muerte y extinción de la conciencia individual y de la personalidad humana. En la actualidad es una forma indirecta de ateísmo, cuyo efecto es separar al

hombre de sus semejantes y toda verdadera comunión con Dios..., toda vez que la comunión supone la personalidad, la que resulta negada en ese seudomisticismo tanto a la criatura como a su Creador.

Casi todas las sectas heréticas que han obstaculizado la obra de la Iglesia católica en su misión divina de salvar almas, desde Simón *el Mago* hasta Lutero, y desde Calvino hasta la señora Blavatsky, han estado más o menos inficionadas con este veneno oriental. Los gnósticos, los maniqueos, los cátaros (puritanos) del siglo XIII (que bajo el nombre de albigenses fueron atacados por las cruzadas y dieron motivo al establecimiento de la Inquisición), Plotino y Prisciliano, y muchos otros heresiarcas, todos los cuales se las daban de cristianos, propalaron doctrinas completamente incompatibles con el verdadero cristianismo, con su vida comunal emanada de la comunidad perfecta del amor, la Santísima Trinidad. Negaban todos ellos la autoridad de la Iglesia, la eficacia de los sacramentos y la veneración de la hostia, unas veces la humanidad y otras la divinidad de Cristo. Para ellos el conocimiento de Dios por el alma no era sino una cuestión de mera intuición, de sentimiento. Cualquiera que experimentaba semejante sentimiento se convertía en perfecto, en puro, en iniciado; y todas esas sectas convenían en una doctrina común, la de que esos espíritus escogidos y liberados no eran capaces de pecado, hicieran lo que hiciesen en su santo estado de contemplación. Algunos sectarios de Cataluña y de Valencia predicaban en el siglo XIV que aquellos que habían realizado la unión con Dios podían permitirle al cuerpo todo lo que deseara, ya que la sensualidad estaba muerta de raíz. Muchos de tales herejes condenaban el matrimonio, como instrumento utilizado por el demonio para la propagación de la vida, que era en sí misma un peligro. El resultado de todo ello no podía ser

otro que un extraordinario desarrollo de los vicios antinaturales; y dondequiera que hacían su aparición, la opinión pública identificaba a tales sectas de origen maniqueo con ciertos pecados de la Roma pagana, a los que la Iglesia cristiana había relegado a la más oscura proscripción.

Los *iluminados* constituían una sociedad secreta de tal tipo general. Sus preceptos están descritos en un Memorial redactado por fray Alonso y enviado al Vaticano por el nuncio papal Ornameto, con el comentario de que era la «tentación más grande y sutil que había sufrido la Iglesia».

Según fray Alonso, «los autores de esta herejía son nigromantes y hechiceros y están en clara comunicación con el demonio. Empleaban términos cristianos, como el de «inspiración divina», «contrición por los pecados», la «cruz del cristiano», pero en sentidos completamente distintos de los propios de los verdaderos cristianos. Así, por ejemplo: Según tal doctrina, el *Sentimiento Divino* es un movimiento de los sentidos que sobreviene en algunas personas con un cambio corporal y un calor perceptible tan extremo que les quema y les abrasa como una fiebre. Tal sentimiento llega de varias maneras y se manifiesta en distintas partes del cuerpo, generalmente en el corazón, con un movimiento que provoca palpitaciones, como frecuentemente también en los hombros, en el pecho, en los brazos, en las palmas de las manos, y a veces el paciente llega incluso a sentir las heridas de Cristo.

Una cosa parecida es el *Calor de Dios o del Espirita Santo*, que es una especie de sentimiento que consiste asimismo en una sensación de calor que abrasa e inflama la carne, hasta el punto de ocasionar a veces una rotura en el rostro o en las otras partes del cuerpo en donde ocurre... Fenómeno tal va con frecuencia

acompañado de dolores, desmayos, arrebatos, sudor, consuelo sensible y sensible dolor.

El *Conocimiento de Dios* es una claridad sensible que algunos llaman humedecimiento, porque, cuando sienten hondamente tal conocimiento, se sienten como mojados.

La *Contrición par el pecado* es un dolor sensible que destroza el corazón y les obliga a prorrumpir en quejidos y lamentos, siendo a veces de una violencia tal que el paciente se vuelve furioso... y, al final, se queda del todo fatigado y exhausto, muriendo algunos de ellos cuando tales dolores continúan en el paciente algunos días.

La *Consolación divina* es una alegría sensible, tan poderosa y tan extraordinaria que a veces se comienza a bailar y a brincar, y que dura largo tiempo, trastornando al paciente de tal modo que se muerde, bajo tal consolación, las manos y se vuelve loco buscándola.

La *Mortificación y la cruz del cristiano*, de tal doctrina, se siente claramente cuando la carne está muerta, enferma y del todo agotada..., y la experimentan los perfectos cuando ni los ojos ven, ni los oídos oyen, ni el gusto distingue sabor alguno en lo que se come; y es el hecho que el demonio empieza a producir tal efecto en las mujeres, sin que haya entonces peligro de que las iluminadas quieran tener nada que ver con los varones, además de lo cual la mortificación se produce entre ellas tocándose la una a la otra y realizando actos de índole muy contraria a la castidad y que cambian entre sí los hombres iluminados y las mujeres.

Según el Memorial mencionado, los miembros de esta secta podían ser reconocidos por su odio a los frailes, mas no por causa de su vida, sino de su doctrina; si bien daban a entender que por el mal ejemplo que deriva de las órdenes religiosas, mantienen a sus

discípulos lejos de los frailes y les convencen de que no tengan nada que hacer con ellos. Enseñan que sólo Dios debe ser obedecido; doctrina tan subversiva para la Iglesia como para el Estado, toda vez que supone que Dios no ha delegado autoridad en ningún ser humano.

En su Memorial fray Alonso mencionaba varios otros signos por medio de los cuales podía reconocerse a los *iluminados*, como se les llamaba en Baviera dos siglos después de haberles expulsada de Espata el rey Felipe II. Por ejemplo:

Si la *alumbrada* es perfecta, aborrece a los monjes y a todos los confesores que no comulgan en tales doctrinas. Si es casada, abomina del matrimonio, rehúye toda comunicación con la gente, con personas de otras religiones o vocaciones. Marchan como medio muertas, pálidas y desespiritualizadas... Cuando están en la iglesia obran como si las absorbieran por completo sus pensamientos y se durmiesen. Muchas de ellas caen al suelo... Algunas profieren terribles quejidos y suspiros, y las otras tienen temblores y sudores ([15]).

Algunos de los grandes sacerdotes de tan abominable secta eran ex monjes, expulsados de sus monasterios por razones de peso; otros eran astrólogos, médicos charlatanes, vendedores de hechizos y de filtros de amor, soldados desmoralizados por las guerras de Italia y aventureros de toda laya. Actuaban especialmente sobre mujeres emotivas, las mal llamadas beatas, y monjas ignorantes sin vocación. Un cierto fray Antonio de Pastrana, el primer iluminado descubierto en España en tiempos del cardenal Ximénez, hizo una especialidad suya lo de seducir a mujeres

[15] Para más detalles sobre los Iluminados españoles, véase mi obra *Characters of the Inquitition*.

impresionables para hacerlas «concebir profetas», siguiendo con ello el ejemplo de los tan conocidos seudoapóstoles italianos del siglo XIII.

Muchas de tales cosas resultarían increíbles hoy día si no contáramos con pruebas más que sobradas de las grotescas actitudes a que el instinto religioso pervertido puede arrastrar a los seres humanos. De igual suerte ha de parecer increíble que los hombres y las mujeres se sintiesen inclinados a volver la espalda a Dios y adorar a su enemigo; y, sin embargo, el satanismo o el demonismo han existido por desgracia en todo tiempo y, con gran frecuencia, entre los no conformistas que pretendían ser demasiado espirituales para pertenecer a la Iglesia católica visible.

Magdalena de la Cruz era una adoradora secreta del demonio. A la edad de siete años fue inducida por el diablo a pretender que era muy santa y a simular la crucifixión. A los once años hizo un pacto con dos demonios incubos, llamados Balbán y Pitonio, que la visitaban durante la noche bajo diferentes formas —como toro negro, como camello, como fraile de San Jerónimo, como franciscano y de varias otras—. Inspirada por tales espíritus de las tinieblas se hizo a sí misma heridas en las manos, en los pies y en el costado a imitación de las de Cristo. Adquirió una gran habilidad en toda clase de prestidigitación y tenía gran facilidad para fingir trances en los que resultaba insensible a los pinchazos de alfileres. Durante diez a doce años pretendió no vivir de más alimento que el de la Hostia Sagrada, hasta que por fin hubo de descubrirse que tenía escondidos los alimentos en su celda ([16]).

Al que lee tales grotescas revelaciones de la maldad humana y de su duplicidad, y la descripción hecha por Teresa de sus expe-

[16] MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles,* II, V.

riencias tan cándidamente puras, humildes, temerosas y amorosas de Dios, le parece de todo punto increíble que haya habido quien llegara a confundir los dos espíritus. Y, sin embargo, tal error era perfectamente posible en gentes no acostumbradas a hacer grandes distinciones y ninguna de ellas apoyada en el catecismo. Después de todo, los seudomísticos tomaron algunos signos exteriores de los otros verdaderos, de igual suerte que en la caricatura hay siempre algún parecido con el original. De manera que, a medida que la gente dio en hablar cada vez de la nueva *Beata* y del convento de la Encarnación, empezaron a surgir murmuraciones que tenían a su favor el hecho de que pudiera ser otra Magdalena de la Cruz.

Esto era cosa bastante mala, aunque soportable, porque Teresa había, desde hacía ya mucho tiempo, dado de lado a su anterior deseo de la buena opinión de la gente. Lo que la penetraba hasta el fondo del corazón era un temor, nacido de su humildad, de que pudiesen estar en lo cierto.

«Comenzó su Majestad a darme muy de ordinario oración de quietud, y muchas veces de unión, que duraba mucho rato. Yo, como en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones en mujeres, y engaños que las había hecho el demonio, comencé a temer como mi alma para salir con tanta perfeción a solas, por algunas aficiones que tenía a cosas que aunque de suyo no eran muy malas, bastaban para estragarlo todo» (*Vida*, cap. XXIII).

Acaso se hubiera convertido en una alumbrada sin saberlo ni pretenderlo. ¿Qué habría ocurrido si el demonio, que ya una vez la había inducido a abandonar la oración mental so pretexto de humildad y caridad, la hubiese hecho creerse una amiga favorita de Dios, cuando, en realidad, era una de sus más encarnizadas

enemigas? Y Teresa se hizo a sí misma tales preguntas torturantes luego de un doloroso período de dubitaciones ante el caballero santo y otros amigos.

Ahora bien, el mero hecho de que ella expresase tales temores bastaría sobradamente para indicar no sólo su humildad y sinceridad (cualidades por las que jamás se distinguieron las alumbradas), sino también la objetividad con que la era posible escrutar y probar sus propias experiencias y reacciones. Por lo general, son las personas sanas, no las lunáticas, las que suelen preguntarse: ¿Estaré yo loca?, y es el hombre honrado, no el impostor, quien duda de si habrá obrado rectamente. Pero, al parecer, los amigos de Teresa eran más notables por su piedad y su bondad que por su agudeza de entendimiento. Lo cual se explica porque eran de los que habían quedado verdaderamente horrorizados por las confesiones de la monja Magdalena. ¿Quiénes podían ser ellos, en realidad, para aseverar que los éxtasis de Teresa eran obra de Dios y no del demonio, cuando algunos hombres eminentes y cultos habían sido víctimas de las supercherías de la monja de Córdoba? El mismo don Francisco, hombre cauteloso, alma prudente, sin imaginación, había estudiado lo bastante de teología como para saber cuán fácil puede ser para un hombre corriente volverse loco con las abstrusidades de una ciencia tan altiva y peligrosa. Así, cuando en el locutorio de la Encarnación, Teresa le decía que había cometido faltas a las que no lograba sobreponerse, él la tranquilizaba asegurándola que también él había tenido anteriormente malas costumbres y que le costara mucho tiempo y no poco trabajo llegar a dominarlas. No debía, por tanto, imaginarse tampoco ella que iba a alcanzar la perfección en un día. Y, por lo que a las experiencias místicas concernía, él no podía en modo alguno creer que Dios otorgase

semejantes favores a individuos que continuaran en las garras de los pecados por el estilo de los que ella se atribuía. Todo lo cual le intranquilizaba a él a tal punto que, en lugar de calmarla en sus inquietudes, lo que hacía era aumentárselas. Sin embargo, tenía que hacerle una proposición. Ya que era buen amigo de don Pedro Gaspar Daza, maestro en teología, a quien en toda la provincia de Ávila se conocía y respetaba, ¿por qué no referírselo todo y dejarse llevar por su consejo? La infeliz Teresa sentíase feliz de poder asirse a tal esperanza y, en la primera oportunidad que se presentó, don Francisco se hizo acompañar al locutorio del convento por el mencionado maestro.

La reputación de Daza debió de haberle infundido la gran esperanza de que él hubiera proporcionado a su alma la tranquilidad que tanto había menester. Era él archidiácono de la catedral de Ávila y había rehusado el cargo de canónigo de la catedral, que le ofreciera el obispo de Ávila, don Alvaro de Mendoza. Era natural de la ciudad, de buena familia, y, según la voz pública, excelente sacerdote. De todas las partes de la provincia se le solicitaba como predicador, en especial en los conventos de monjas, y se le atribuía el mérito de haber hecho que algunas almas volvieran a la fe cristiana. Había, además, organizado una asociación de sacerdotes dedicados a la práctica de la perfección evangélica, obras de oración, de penitencia, de caridad, de recurrir frecuentemente a los sacramentos y así por el estilo. Era asimismo conocido por su amor a los pobres, y, durante el verano, adquiría carbón y leña que almacenaba para distribuirlos entre ellos gratuitamente durante el invierno. Su retrato da a entender que era hombre de mediana edad, grave, prudente, con barba hirsuta y bigote, ambos muy negros y que formaban gran contraste con la alta gorra blanca que le ceñía las grandes orejas y tapaba en parte sus mejillas. Era de

cabeza más bien alargada y un si es no es estrecha, y sus cejas, lo corriente. Le hubiera tenido por un buen hombre acomodaticio, un entendimiento sano si bien no avispado y no gran imaginación, en fin, uno de esos predicadores que, sin tener elocuencia o brillantez, ejercen gran influencia por el poder de su sinceridad y de su bondad. A su respecto, escribió Teresa: «Pues trayéndomelo, para que me hablase, y yo con grandísima confusión de verme presente de hombre tan santo, dile parte de mi alma y oración, que confesarme no quiso: dijo que era muy ocupado, y era ansí.»

Era difícil de creer que el buen maestro hubiese nunca tenido semejante alma con que tratar; lo cual no le impidió proceder de primer intento con mano firme. Por lo que, por una parte, le dijo ella de sus pecados e imperfecciones, y, de otra, de los favores que de Dios recibía, se sintió por de pronto inclinado a pensar que ambos eran del todo incompatibles. Sin embargo, suponiendo por el momento que sus experiencias místicas provenían de Dios, la ordenó que diera inmediatamente de lado a todas sus imperfecciones. De allí en adelante, no debía volver a ofender a Dios por ningún motivo.

«Yo como vi su determinación tan de presto en cosillas que, como digo, yo no tenía fortaleza para salir luego con tanta perfeción, afligime, y como vi que tomaba las cosas de mi alma como cosa que en una vez había de acabar con ella, yo vía que había menester mucho más cuidado. En fin entendí no eran por los medios que él me daba por donde yo había de remediar».

Salcedo se dio cuenta de cómo iban las cosas y fue a consolarla y a tratar de alentarla. Y le contó muchos hechos acerca de su propia lucha contra la imperfección, incluso de los pecados que seguía cometiendo después de cuarenta años de oración. Lo

cual decidió a Teresa a seguir diciéndole más sobre sus propias dificultades. Y se mostró más paciente con ella que el antes mencionado maestro, habiendo de pasar no pocos apuros para aconsejarla cómo debía sobreponerse a esta o la otra cosilla.

Y Teresa dice: «Yo le comencé a tener tan grande amor, que no había para mi mayor descanso, que el día que le vía, aunque eran pocos. Cuando tardaba, luego me fatigaba mucho, pareciéndome que por ser tan ruin no me vía.»

Sin embargo, cuando, por fin, fue, don Francisco no logró sino empeorar las cosas. Acaso hubiera estado rumiando despacio el asunto, acaso hubiera estado hablando de ello con el maestro Daza; el hecho es que la dijo claramente que sus faltas y los favores de Dios recibidos no casaban unos y otras. «Que aquellos regalos eran de personas que estaban ya muy aprovechadas y mortificadas; que no podía dejar de temer mucho; porque le parecía mal espíritu en algunas cosas, aunque no se determinaba.» Y la pidió le dijese todo lo que ella pudiera acerca de su oración.

Teresa rompió en amargo llanto. No hay palabras para describir por completo las experiencias místicas, y las de ella eran tan recientes que se sentía completamente incapaz de dar una idea exacta de ellas.

El anciano caballero la miró indeciso, y se apoderó de ella un miedo terrible. ¿Qué cosa más espantosa podía haber que el ver que las dos personas más virtuosas que conocía sospecharan de ella que podía ser víctima de los engaños del diablo?

Se dio Teresa a bucear desesperadamente en todos los libros para ver si en ellos encontraba algo que conviniera a su caso. ¿Era, por ventura, la única persona que no podía pensar en ninguna otra cosa cuando estaba en oración, o les había ocurrido ya

lo mismo a otras? Por fin, en un libro titulado *Subida del Monte Sión por la via contemplativa*, de Bernardino de Laredo ([17]), dio con un pasaje que la pareció describía algo de lo que había sentido. Se dio prisa en subrayarlo para mostrárselo a don Francisco, a fin de que volviera a hablar del asunto con el maestro Daza y que ambos, buenos siervos de Dios, pudiesen decirla lo que debía hacer; «y que si les pareciese dejaría la oración del todo, que para qué me había yo de meter en esos peligros, pues a cabo de veinte años casi que había que la tenía, no había salido con ganancia, sino con engaños del demonio, que mijor era no la tener: aunque también esto se me hacía recio, porque ya yo habla probado cuál estaba mi alma sin oración. Ansí que todo lo via trabajoso, como el que está metido en un río, que a cualquiera parte que vaya de él, teme más peligro, y él se está casi ahogando. Es un trabajo muy grande éste, y de éstos he pasado muchos, como diré adelante, que aunque parece no importa, por ventura hará provecho entender, cómo se ha de probar el espíritu».

«Y es grande, fiero, el trabajo que se pasa, y es menester tiento, en especial con mujeres, porque es mucha nuestra flaqueza, y podría venir a mucho mal, diciéndole muy claro es demonio; sino mirarlo muy bien, y apartarlas de las peligros que puede haber, y avisarlas en secreto pongan mucho cuidado, y le tengan ellos, que conviene. Y en esto hablo como quien le cuesta harto trabajo, no lo tener algunas personas con quien he tratado mi oración, sino preguntando unos y otros por bien, me han hecho harto daño; que se han divulgado cosas, que estuvieran bien secretas, pues no son para todos, y parecía las publicaba yo. Creo sin culpa suya lo ha

[17] Médico del rey Juan II, de Portugal, y que más tarde se hizo un simple hermano franciscano. Su libro fue publicado anónimamente por primera vez en el año 1535.

primitido el Señor, para que yo padeciese. No digo que decían lo que trataba con ellos en confesión, mas, como eran personas a quien yo daba cuenta por mis temores, para que me diesen luz, parecíame a mí habían de callar. Con todo nunca osaba callar cosa a personas semejantes» (*Vida*, cap. XXIII). Es indudable que Teresa se refiere al maestro Daza. El resultado de sus bien intencionadas consultas a toda Ávila no tardará en hacerse patente.

Mientras tanto, él y su amigo, el santo caballero, con el libro *Subida del Monte Sión* ante los ojos, celebraban una solemne conferencia, y Teresa, llena de temor, pedía a todos sus amigos rogasen para que Dios con su gran caridad y amor pudiese mostrarla por medio de ellos la verdad. «Los dos siervos de Dios —dice Teresa— miraron con gran caridad y amor lo que me convenía.» Fue Salcedo quien se dirigió al convento para dar el veredicto de ambos.

«Con harta fatiga vino a mí, y díjome, que a todo su parecer de entramos era demonio. Que lo que me convenía era tratar con un padre de la Compañía de Jesús, que como yo le llamase, diciendo que tenía necesidad, vernía; y que le diese cuenta de toda mi vida por una confesión general, y de mi condición, y todo con mucha claridad, que por la virtud del sacramento de la confesión le daría Dios más luz, que eran muy experimentados en cosas del espíritu. Que no saliese de la que me dijese en todo, porque estaba en mucho peligro, si no había quien me gobernase.»

«A mí me dio tanto temor y pena, que no sabía qué me hacer, todo era llorar».

En tal estado viéndose, fue a su oratorio y, sin darse de ello cuenta, tomó un libro y lo abrió al azar por una página de una de

las epístolas de San Pablo. «Libro, que parece el Señor me lo puso en las manos.» Y sus ojos cayeron sobre las palabras del apóstol a los gentiles en que les decía «que era Dios muy fiel, que nunca a los que le amaban consentía ser del demonio engañados».

Teresa pareció recobrar su esperanza y pidió a Salcedo que le trajese un padre jesuita para que la viera.

# CAPÍTULO X

## EL ÁNGEL CON EL DARDO ENCENDIDO

Teresa esperó toda temblorosa en una agonía de oración, de esperanza y de miedo. ¡Un jesuita! ¡Pensar en que iría un padre de la Compañía de Jesús al convento de la Encarnación! ¿Cómo iba a atreverse una persona tan ruin e indigna como ella a presentarse ante él? ¿Cómo imaginársela a ella, escogida entre todas las criaturas de Dios, hablando con un jesuita?

Sus temores mostraban no tan sólo su humildad, sino la enorme reputación de que gozaba la Compañía de Jesús y que había conquistado en el transcurso de una sola generación desde que el capitán Ignacio se había convertido en el Ignacio seguidor de Cristo. La nueva orden parecía nacida a propósito para las necesidades de aquella época de corrupción e inquietud. Se departía dondequiera sobre la necesidad de reformar la Iglesia, pero el deseo era algo titánico, y grandemente dificultado por la oposición de los críticos empedernidos (muchos de ellos los llamados católicos de tipo liberal) que clamaban a pleno pulmón contra los abusos del momento. San Ignacio había tenido la idea más bien peregrina de comenzar no precisamente por la sociedad, sino por sí mismo. Después de lo cual se dio a soñar el sueño grandioso que dos siglos antes animara al menos práctico Raimundo Lulio al querer convertir al mundo musulmán. Esto, y no precisamente el protestantismo, era lo que ocupaba su pensamiento cuando él y otros nueve compañeros —descendiente uno de una familia origi-

nariamente judía; otro, hijo de un noble vasco— hicieron su histórico voto en la colina de Montmartre, en Paris, en el mes de agosto de 1534, de ir a Jerusalén o, si no era ello posible, ir a Roma para preguntar al Vicario de Cristo de qué manera podrían mejor servir a Dios y a los hombres sus semejantes. Hasta el año 1538 no lograron reunirse en Roma. En todas partes se les miraba con suspicacia, como posibles herejes; dondequiera que iban hallaban patente hostilidad, persecución y negra difamación al verles pidiendo limosna para alimentar a los pobres y asistir a los enfermos. El mismo Ignacio, que había sido detenido por la Inquisición en Alcalá, tuvo que defenderse contra las falsas acusaciones de herejía y de inmoralidad que se le hicieron en varios sitios, y lo llevó a cabo con suma fuerza y triunfalmente en todo momento. Por último, después de obtener la aprobación del papa, la pequeña compañía siguió predicando y sirviendo a los pobres por toda Italia, Francia y España.

El método de Ignacio no era en un principio atacar los delitos de fe ni siquiera la herejía, sino el sistema más positivo de predicar la verdad cristiana y de dar el ejemplo practicando lo mejor posible lo que él predicaba. En resumen, aquellos diez hombres que tomaron a la letra las palabras de Cristo, trataron de hacer siempre lo que Él habría hecho en las mismas circunstancias. Semejante método tenía por fuerza que hacerles detestar por la misma gente que Le detestaba; pero, en cambio, era irresistible y no hubo en el siglo XVI nada que ilustrase Su parábola del grano de mostaza y la paradoja de todas las cosas realmente cristianas como el éxito casi increíble que coronó los sufrimientos y las penalidades de Ignacio y sus compañeros. La desconfianza de Carlos V y de las clases superiores acabó por ser vencida cuando la contemplación de los estragos de la muerte en el bello rostro de la emperatriz Isabel

decidió a Francisco Borja, duque de Gandía, a entrar en sus filas como simple sacerdote. Luego, ya en el año 1554 sumaban como un millar de miembros repartidos en doce provincias y un centenar de casas gobernadas desde la ciudad de Roma por San Ignacio. Su misión original había sido predicar a los pobres y asistirles a ellos y a los enfermos. A lo cual añadieron escuelas y colegios organizados con un plan escrupulosamente preparado por el fundador y, además de los tres votos primitivos, hicieron un cuarto, que fue el de la absoluta obediencia al papa, comprometiéndose a ir a cualquier parte del mundo a donde él creyera conveniente enviarles. No tardaron, pues, en empezar a dejar sus huesos en las riberas del Ganges, en las costas de la Florida y Virginia, en Inglaterra y en Polonia. San Francisco Javier, cuya gran aspiración fue en un tiempo enriquecerse, llevó la cruz a la India. Los jesuitas introdujeron la cultura y la ciencia occidentales en el Japón, y los franciscanos en la China. Dondequiera que iban, la gente les llamaba «los apóstoles». Y dondequiera que iban, los espíritus malignos que trataban de deshacer a Cristo, se vieron detenidos y rechazados.

El primer jesuita que estuviera en Ávila parece haber sido el padre Miguel de Torres, que fue allá el año 1550, a petición de algunas personas, para actuar de pacificador en un convento de 120 monjas cuyas disputas estaban siendo objeto de gran escándalo. Su primera alocución llegó tan a lo hondo del corazón de las oyentes que todas ellas, comenzando por la madre abadesa, se postraron de hinojos impetrando el perdón de Dios, quedando así restablecidas la disciplina y la armonía. Algunas personas quedaron tan impresionadas por ello que pidieron a los jesuitas abriesen una casa en la localidad.

La orden no podía permitirse el lujo de derrochar sus hombres en aquella época, pero ocurrió que don Fernando Álvarez del Águila, pariente de la esposa de don Francisco de Salcedo, decidió entregarles un pequeño colegio que él había mantenido y dotado. Al hacerse sacerdote ingresó en la compañía y tres años más tarde volvió a su ciudad nativa a establecer la fundación jesuítica que tanto había anhelado. A comienzos del año 1554, el obispo cedió la parroquia de San Gil para un colegio de jesuitas.

Si el grande y belicoso teólogo dominico Melchor Cano creía realmente, como así decía, que los jesuitas eran herejes y precursores del Anticristo, hubo muchos otros en ésta y otras Órdenes que se levantaron para defenderles. Yepes, fraile jerónimo, dice que Santa Teresa se sintió atraída hacia ellos por su gran reputación de santidad y el bien que hacían a las almas. Julián de Ávila, que con el tiempo había de ser su capellán, les atribuía el reavivamiento extraordinario de la devoción a la Santa Eucaristía, que había de recibir su sanción final y su universalidad cuatro siglos después por obra del papa Pío X. El dicho capellán hablaba de ellos diciendo: «Esos santos religiosos que, así como Jesucristo envió a sus santos apóstoles a predicar el Santo Evangelio, han sido enviados ahora a Su santa Iglesia por el mundo entero, como amigos y aliados de Jesucristo y compañeros e imitadores de sus apóstoles, para reanimarla y renovarla con la frecuentación de los santos sacramentos de la Confesión y de la Comunión, *tan abandonados entonces en la Cristiandad que había pocas personas que se confesaran y comulgaran más de una vez al año»*. Esto supone una prueba contemporánea de una condición que hace no poco por explicar los escándalos de la época y la importancia de la misión de la Compañía de Jesús.

En el año 1554 los jesuitas guiaban un gran número de almas devotas en Ávila. Era una de ellas la señora doña Guiomar de Ulloa, que iba a confesarse con ellos en San Gil. A no dudarlo, sería otro de ellos el santo caballero, cuya esposa era parienta del padre Águila. También les habría consultado Teresa si a ello no se hubiesen opuesto dos obstáculos: el primero, su propia humildad, que la hacía considerarse indigna de hablar con ellos, y el otro, el hecho de que a las monjas de la Encarnación sólo se las permitía tener confesores de la propia Orden, por lo que no había tenido nunca oportunidad de consultar a los padres de la Compañía. Lo cual, juntamente con algo de suspicacia, cuando no de envidia, por parte de algunas de las hermanas, puede constituir la razón del gran secreto que se puso en obtener el permiso correspondiente y en hacer los arreglos necesarios para ello en San Gil. Mientras tanto Teresa escribía los pecados que en toda su vida había cometido juntamente con los favores que en la oración había recibido.

Por fin, en una mañana del mes de marzo de 1554 llegó a la portería del convento un hombre delgado y joven, vestido de negro. Era de suponer que no le conocía nadie, a no ser la priora, la portera y la sacristana. La misma Teresa dice: «Procuré con la sacristana y la portera no lo dijesen a nadie. Aprovechóme poco, que acertó a estar a la puerta cuando me llamaron quien lo dijo por todo el convento. ¡Mas qué de embarazos pone el demonio y qué de temores a quien se quiere llegar a Dios!« (*Vida*, cap. XXIII).

El joven jesuita, ahora parece cosa cierta (Teresa no dice su nombre), fue el padre Diego de Cetina. Su aspecto externo pudo haberle resultado a ella un poco chocante, ya que sólo tenía la mitad de edad que ella, veintitrés años, recién salido de la Universidad de Salamanca, y con sólo tres años en la Compañía. Nacido

en Huete, de la provincia de Cuenca, en el año 1531, había profesado en 1551 y había estudiado en Alcalá antes de hacer sus cursos de teología en Salamanca. En respuesta a un cuestionario que San Ignacio le envió (pues el santo mantenía estrecho contacto con todos sus sacerdotes) dio la siguiente réplica verdaderamente modesta:

«Mi salud es mediana, y estoy débil de la cabeza. Siempre me sentí inclinado a rezar las Horas de Nuestra Señora, y a la oración mental, cuando a ello me pusieron, y ahora me inclino más por la oración mental que por la vocal. Siempre he sido partidario de los sermones, las misas y de hablar de Nuestro Señor…» Su superior español, en un informe secreto enviado a Roma, dijo de él once años después (dos antes de su muerte, ocurrida a sus treinta y seis años): «Es un predicador mediocre y confiesa, pero no es bueno para nada más».

Desprovisto de rasgos salientes de inteligencia o de personalidad en aquel entonces, el enfermizo sacerdote vivió una vida corta y murió sin ser notado casi en absoluto por sus contemporáneos. No fue así con otros. Laínez clamó las verdades en el Concilio de Trento, San Pedro Canisio ganó a la fe cristiana grandes partes de Alemania, San Francisco de Borja fue el confidente de reyes y Papas, y el beato Edmundo Campión vertió su sangre en el martirio en el monte Tyburn; en cambio, de ese pobre jesuita no ha pasado a la posteridad noticia alguna a no ser la observación semidespectiva de que sólo valía para predicar y confesar, y tampoco gran cosa para ello. Y, sin embargo, ese pobre jesuita tan humilde y modesto de por sí, fue capaz, por su experiencia propia en la oración mental, de comprender el alma de la admirable santa que se arrodilló a sus pies para confesarse y de darle la dirección

inteligente que ella había tratado en vano de recibir de varios otros famosos sacerdotes.

Su alivio y su gratitud no tuvieron límites.

«Tratando con aquel siervo de Dios, que lo era harto y bien avisado, toda mi alma, como quien bien sabía este lenguaje, me declaró que lo era, y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo a la oración, porque no iba bien fundada, ni había comenzado a entender mortificación: y era ansí, que aun el nombre no me parece entendía, que en ninguna manera dejase la oración, sino que me esforzase mucho, pues Dios me hacía tan particulares mercedes; que qué sabía si por mis medios quería el Señor hacer bien a muchas personas, y otras cosas que (parece profetizó lo que después el Señor ha hecho conmigo) que ternía mucha culpa, si no respondía a las mercedes que Dios me hacía. En todo me parecía hablaba en él el Espíritu Santo, para curar mi alma, según se imprimía en ella. Hizome gran confusión; llevóme por medios que parecía del todo me tornaba otra. ¡Qué gran cosa es entender un alma!» (*Vida*, cap. XXIII).

Es muy probable que el padre Cetina la hiciera seguir, si no todos, algunos de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio que tendían a ir acercando cada vez más el alma a Dios por medio de la contemplación de la santa humanidad de Cristo. «Díjome que tuviese cada día oración en un paso de la Pasión, y que me aprovechase de él, y que no pensase sino en la humanidad, y que aquellos recogimientos y gustos resistiese cuanto pudiese, de manera que no les diese lugar, hasta que él me dijese otra cosa.»

«Dejóme consolada y esforzada, y el Señor que me ayudó, y a él para que entendiese mi condición, y cómo me había de gober-

nar. Quedé determinada de no salir de lo que él me mandase en ninguna cosa, y ansí lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer a mis confesores, aunque imperfetamente, y casi siempre han sido de estos benditos hombres de la Compañía de Jesús.»

Así escribió ella cerca de diez años más tarde, añadiendo: «Quedó mi alma de esta confesión tan blanda que me parecía no hubiera cosa a que no me dispusiera; y ansí comencé a hacer mudanza en muchas cosas, aunque el confesor no me apretaba, antes parecía hacía poco caso de todo; y esto me movía más, porque lo llevaba por modo de amar a Dios, y como me dejaba libertad y no premio, si yo no me lo pusiese por amor. Estuve ansí casi dos meses, haciendo todo mi poder en resistir los regalos y mercedes de Dios. Cuanto a lo exterior víase la mudanza, porque ya el Señor me comenzaba a dar ánimo para pasar por algunas cosas, que decían personas que me conocían, pareciéndoles extremos, y aun en la mesma casa: y de lo que antes hacía, razón tenían, que era extremo; mas de lo que era obligada al hábito y profesión que hacía quedaba corta... Comencé a tomar de nuevo amor a la sacratísima Humanidad; comenzóse a asentar la oración, como edificio que ya lleva cimiento, y aficionarme a más penitencia, de que yo estaba descuidada, por ser tan grandes mis enfermedades. (*Vida*, cap. VII».

Durante treinta años había tenido terribles vómitos por la mañana y por la noche, a más de una debilidad crónica del corazón. El padre Cetina sugirió un diagnóstico que habían pasado por alto los médicos de Ávila. «Díjome aquel varón santo, que me confesó, que algunas cosas no me podrían dañar, que por ventura me daba Dios tanto mal, porque yo no hacía penitencia me la querría dar su

Majestad. Mandábame hacer algunas mortificaciones no muy sabrosas para mí. Todo lo hacía porque parecíame que me lo mandaba el Señor, y dábale gracia para que me lo mandase, de manera que yo le obedeciese. Iba ya sintiendo mi alma cualquiera ofensa que hiciese a Dios, por pequeña que fuese, de manera que si alguna superflua traía, no podía recogerme hasta que me la quitaba.» Con tal tratamiento mejoró de salud, en vez de empeorar. Sus vómitos de la mañana cesaron por aquella época, de suerte que pudo recibir la Santa Comunión sin tener que esperar al alivio de su dolor. Sin embargo, tal molestia continuó por las noches.

¿Cuáles eran aquellas mortificaciones que no encontraba ella sabrosas? No las menciona expresamente la santa, apresurándose a tratar de asuntos más importantes. Pero Yepes menciona algunas de ellas. Llevaba Teresa una camisa de una delgada cota de malla metálica dividida como un enrejado que le dejaba toda la delicada piel del cuerpo rayada de heridas. Con gran frecuencia se daba de «disciplinas, no con las cuerdas o látigos usados por las penitentes de ordinario, sino a veces con ortigas y otras veces con manojos de llaves», con las que se azotaba las espaldas hasta que empezaba a fluir la sangre. Yepes añade que las heridas le supuraban y soltaban mucha materia, pero que la única medicina que les aplicaba era otra tanda de golpes. Una vez recogió un gran puñado de negras zarzas, se las llevó a su celda, se echó y «comenzó a entrárselas y a revolcarse en medio de ellas como si fueran una cama lujosa, acordándose de la que Cristo había encontrado en la cruz, y con tal pensamiento transformaba en rosas las espinas». En resumen, que por cuantos medios le estaban al alcance trataba de imitar los sufrimientos de Cristo. Estas pequeñas mortificaciones, según ella decía, constituían un alivio para el fuego interior que la consumía de indescriptible amor a Dios y de

su dolor por haberle ofendido. De esta manera logró desasirse por completo, en lo posible, de la naturaleza humana.

Al comenzar el florido mes de mayo en la fragante Castilla el año 1554, el joven jesuita comunicó a su penitente una grata y alegre noticia. El padre Francisco, que había sido conocido en el mundo como marqués de Lombay y duque de Gandía, estaba en España como comisionado de San Ignacio inspeccionando las casas de la Compañía. Al pasar por Tordesillas para visitar a la reina Juana la Loca, madre del emperador, había declinado el ofrecimiento de parar en el palacio en donde en su juventud había sido paje, y habíase alojado en el hospital de la Madre de Dios. En aquel entonces se dirigía a Ávila para presidir la inauguración del nuevo colegio de San Gil.

Las personas mayores de Ávila se acordaban todavía del admirable aristócrata de nariz aguileña y ojos sonrientes que había estado en la ciudad veintitrés años antes al servicio de la emperatriz, ya fallecida, y de su hijo, el entonces príncipe Felipe (que en tal sazón estaba en los preparativos de su viaje a Inglaterra para contraer matrimonio con la reina María Tudor), y todos tenían gran ansiedad por ver qué aspecto tendría el gran Borgia en su negra sotana, cuánto habría encanecido su antes hermosa cabeza, y cuánta tristeza se habría acumulado en sus ojos desde que hollara con sus plantas toda la gloria y vanidad de este mundo. Al llegar, hacia mediados del mes de mayo, recibió una de esas desbordantes y calurosas bienvenidas que suele dar el pueblo español a sus héroes. Música, danzas, procesiones, despliegue abigarrado de colores, tal vez también fuegos artificiales; nada les pareció demasiado bueno para aquel altivo caballero que había renunciado a los títulos, a la riqueza y a una gran carrera política para con-

vertirse tan sólo en humilde sacerdote; al que había rechazado el cargo de cardenal y se contentaba con reparar los famosos pecados de su familia por medio de austeridades y penitencias cotidianas. Era un predicador de rara elocuencia, y un día, mientras hablaba en la catedral durante la octava del Corpus, la muchedumbre que le escuchaba rompió en aplausos. Todas las personalidades ilustres de la ciudad, desde el obispo hasta el hidalgo de cuño reciente, acudieron a visitarle.

En medio de toda aquella baraúnda tuvo tiempo de escuchar con atención lo que el santo caballero y el padre Cetina le dijeron acerca de la monja de la Encarnación. ¿Se prestaría el padre Francisco a hablar con ella y oírla en confesión? ¿Por qué no? Y así lo hizo.

A su respecto escribió Teresa: «Pues, después que me hubo oído, díjome que era espíritu de Dios, y que le parecía que no era bien ya resistirle más; que hasta entonces estaba bien hecho, sino que siempre comenzase la oración en un paso de la Pasión; y que si, después, el Señor me llevase el espíritu, que no lo resistiese, sino que dejase llevarle a su Majestad, no lo procurando yo. Como quien iba bien adelante dio la medicina y consejo; que hace mucho en esto la experiencia; dijo que era yerro resistir ya más. Yo quedé muy consolada y el caballero también» (*Vida*, cap. XXIV).

Incluso los temores de Salcedo se calmaron entonces por una temporada y, cuando el gran jesuita abandonó la ciudad de Ávila unos días después, parecían haber ya huido para siempre las perturbaciones de Teresa. Siguió después un periodo de diario contento y de tranquilidad en que ella continuó obedeciendo al padre Cetina con fe infantil.

Cada vez que la asaltaba una duda o una perplejidad escribiría, con el permiso de su confesor, por supuesto, o por sugerencia de él, a San Francisco, y algunas semanas más tarde recibiría de él una carta de consuelo y consejo. Adondequiera que él iba hablaba de ella con respeto y afecto, como si tuviese el presentimiento de que, aunque él muriera primero, ella sería canonizada muchos años antes de que él lo fuese —supuesto que su profunda humildad le permitiera imaginar la posibilidad de que se le elevase a los altares—. Su correspondencia, que continuó hasta después de haber sido él nombrado tercer General de la Compañía de Jesús, debió de haber comprendido como unos dieciocho años, desde 1554 a 1572, año en que él falleció. Pero no se ha encontrado ni una sola de las cartas de ambos. ¿Fueron acaso destruidas, o cabe esperar que todavía se las encuentre en algún archivo de un viejo convento, o en alguna biblioteca jesuítica? Su pérdida es la de un verdadero tesoro.

Como la misma Teresa había observado reiteradamente, la alegría suele durar poco en esta vida. Fue para ella un rudo golpe que el padre Cetina fuese trasladado a otra parte por sus superiores, el mes de julio de 1554, pues había sido su director espiritual durante menos de cuatro meses, y, a pesar de serlo tan corto tiempo, la había ayudado grandemente a lo que durante veinte años anhelara poder hacer.

Así escribió ella más adelante: «... lo que yo sentí muy mucho, porque pensé me había de tornar a ser ruin, y no me parecía posible hallar otro como él. Quedó mi alma como en un desierto, muy desconsolada y temerosa: no sabía qué hacer de mí» (*Vida*, cap. XXIV).

Al marcharse éste, surgió en el convento cierta dificultad para permitirla tener un confesor extraño a él. A los jesuitas no se les permitía ir al convento, ni a Teresa el ir, por lo menos tan libremente como ella hubiera deseado, a San Gil. Ni que decir tiene que hubo de sentirlo mucho; tanto, que una parienta de ella, cuyo nombre no menciona, se las compuso para llevársela a su casa, sin que aparezca claramente cómo fue posible arreglar esta combinación que facilitara las visitas del jesuita confesor. Pero Teresa expone con toda franqueza el hecho, diciendo: «Procuróme llevar una parienta mía a su casa, y yo procuré ir luego a procurar otro confesor en los de la Compañía». Probablemente, pues, se confesó con el padre Hernando del Águila, u otro cualquiera, durante breve tiempo, antes de que les enviasen fuera de Ávila con otras misiones.

Sus visitas a San Gil la proporcionaron, asimismo, la oportunidad de conocer a una hermosa viuda que solía pasar muchas horas ante el Santísimo Sacramento, en la iglesia de los jesuitas. Que se conocieran al azar allí o que las presentase uno de los padres de la Compañía, lo cierto es que tal amistad había de tener una enorme importancia en la vida de Teresa.

Hasta unos pocos meses antes la señora doña Guiomar de Ulloa había sido una de las más alegres, como antes fuera una de las más opulentas y admiradas, matronas de Ávila. En sazón de ser todavía muy joven, había casado con don Francisco Dávila, señor de Sobralejo, de la ilustre casa de los Villatoro, cuya renta, de un millón de maravedís, era inmensa para aquellos tiempos. Primero en Plasencia y luego en Ávila habían llevado una vida de gran lujo, como la mayoría de las personas de su clase. Así, por ejemplo, cuando doña Guiomar iba a la iglesia, la precedía un paje

que llevaba el rico cojín de seda en que tenía que postrarse de hinojos. Había ya criado a un hijo y, en el año 1554, cuando su esposo falleció, estaba esperando otro. Como tantas otras damas nobles de Castilla, se alejó de los placeres del mundo en busca de los consuelos de la religión; repartió sus bienes entre los pobres y los religiosos, vivió y se vistió con suma sencillez y consagró largas horas a la oración, arrodillándose, desde entonces, en una pequeña tabla de corcho que llevaba consigo debajo del manto.

Aquella mujer pudo prestar dos grandes servicios a doña Teresa. La consiguió un segundo director espiritual jesuita, que era también el suyo. El cual fue el padre Juan de Prádanos, al que se envió al colegio de San Gil, en la primavera de 1555, cuando sólo contaba treinta y siete años. Había sido novicio, al mismo tiempo que el padre Cetina, en Salamanca, y, aunque sólo era sacerdote desde hacía un año, era un adepto de la oración mental y de la comprensión de las almas. Bajo su dirección más certera, pues era más inteligente que el padre Cetina, Teresa pudo adelantar rápidamente en el arte de la oración y de la mortificación.

En segundo lugar, doña Guiomar consiguió que se permitiese a su amiga ir a vivir con ella durante un largo tiempo, que, probablemente, diera comienzo en el verano de 1559. Esto tenía la ventaja de permitir una mayor reserva, una más concentrada consideración a las necesidades de una contemplativa, las que eran imposibles en un convento de 130 monjas, algunas de las cuales tenían muy poca simpatía por ella.

Teresa habla casualmente del hecho sin explicarlo. No cabía la menor duda de que una petición procedente de dama de tanta alcurnia como doña Guiomar habría de ser de gran peso, sobre todo teniendo en consideración cuál era la condición de la casa que

regía, y que, en realidad, más bien tenía aspecto de convento. Además de la hermana Teresa de la Encarnación, tenía viviendo con ella a una pobre mujer de sesenta años, famosa en toda la provincia por su vida santa y sus grandes penitencias: María Díaz del Vivar, popularmente llamada Maridiaz, y que se pasaba horas y horas cada día ante el Santísimo Sacramento. Allí permaneció Teresa tres años, desde 1555 a 1558. Allí podía ver a su director jesuita siempre que hubiera menester, y rogar y hacer penitencia sin ser en absoluto molestada. Doña Guiomar apenas si veía a su huéspeda —como ésta misma cuenta—, salvo un momento después de la comida y de la cena.

El padre Prádanos se impuso la tarea de acabar de alejar por completo a su penitente de todas las cosas del mundo. Por su parte, ella había ya abandonado todo cuanto un ser humano puede tener de satisfacción en esta vida. Lo único que aun le quedaba era una complacida afición por la conversación con algunos amigos. No ha dejado los nombres de ninguno de ellos. Tal vez el padre Prádanos llegara a creer que incluso las dos piadosas mujeres y el santo caballero constituían todavía una distracción para ella.

Uno de los pocos lazos íntimos que la ligaban todavía al mundo quedó cortado cuando su hermana Juana, que había abandonado el convento para casar con Juan de Ovalle, en el año 1553, abandonó Ávila en noviembre de 1555 para irse a vivir a Alba de Tormes. De ella escribió después Teresa diciendo que «tenía alma de ángel», y no dejó nunca de sentir un vivo interés por todas las cosas de la familia de ella y por sus asuntos. También la interesó sobremanera, un año después, el matrimonio de su hermano Lorenzo, en Lima, con doña Juana Fuentes y Espinosa, hija de uno de los conquistadores del Perú. Pero, si seguía siendo capaz de

una cálida y práctica afección por todos los que a ella tenían derecho, en la casa de doña Guiomar logró alcanzar un extraordinario grado de alejamiento de todo, de que hay pruebas harto palpables.

A ello la indujo el consejo del padre Prádanos. La decía él que no había obstáculo, por pequeño que fuese, que pudiera ser tenido como de escasa importancia cuando se quería agradar por completo a la divina Majestad. A ello replicaba Teresa que constituirla una ingratitud abandonar por completo a personas que no habían tenido sino bondad para con ella. Su confesor le dijo que le preguntase a Dios, durante varios días, qué era lo que Él deseaba con relación a los pocos e inofensivos amigos que la quedaban, y que rezase el *Veni Creator*. Y un día, cuando estaba recitando tal himno después de la oración mental, le ocurrió algo que ella describió más tarde, diciendo: «Vinome un arrebatamiento tan súpito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fue muy conocido. Fue la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Entendí estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles*. A mí me hizo mucho espanto, porque el movimiento del ánima fue grande, y muy en el espíritu se me dijeron estas palabras.» (*Vida*, cap. XXIV).

El temor dejó paso a una profunda y firme alegría. Desde tal momento ya no se sintió capaz de continuar experimentando un afecto especial por nadie, incluso pariente o amigo, que no fuera amante o servidor de Dios. Así escribió luego: «Sino entienda esto, o es persona que trata de oración, esme cruz penosa tratar con nadie.».

En su actitud no había, sin embargo, nada de la quietud oriental. Por lo contrario, estaba inspirada en una actividad mayor y más provechosa para el servicio de Dios. Así, por ejemplo, cuando el padre Prádanos se puso seriamente enfermo de trastornos del corazón, en el año 1556, por exceso de trabajo en San Gil, y los médicos no le daban más de dos horas de vida, Teresa pidió a Dios por su vida y, una vez sanado, ella y doña Guiomar le llevaron a una finca que la última poseía en Toro y le cuidaron hasta que se restableció por completo. Acaso fuesen también más de una vez a Castellanos de la Cañada porque el cuñado de Teresa, Martín de Guzmán y Barrientos, murió de repente en aquel tiempo y sin sacramentos, para gran aflicción de ella. Entonces hizo más que nunca antes por los demás, pero lo hizo más a conciencia por amor a Dios.

Durante los dos o tres últimos años en casa de doña Guiomar empezó a tener una nueva experiencia, terrible y deliciosa al mismo tiempo. Tuvo la convicción de que Cristo en su Santa Humanidad estaba cerca de ella. Su relación de esto, escrita por orden de su confesor, es una muestra sumamente perspicaz de autoanálisis. Escribe así: «Estando un día del glorioso San Pedro en oración, vi cabe mí, u sentí por mejor decir, que con los ojos del cuerpo, ni del alma no vi nada, mas parecióme estaba junto cabe mí Cristo, y vía ser Él el que me hablaba, a mi parecer. Yo, como estaba inorantísima de que podía haber semejante visión, dióme gran temor a el principio, y no hacía sino llorar, aunque en diciéndome una palabra sola de asigurarme, quedaba, como solía, quieta y con regalo y sin ningún temor. Pareciame andar siempre al lado de Jesucristo; y como no era visión imaginaria, no oía en qué forma; mas estar siempre a mi lado derecho sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna vez que me

recogiese un poco, o no estuviese muy divertida, podía inorar que estaba cabe mí.»

«Luego fui a mi confesor harto fatigada a decírselo. ¿Preguntóme que en qué forma lo vía? Yo le dije que no le vía. ¿Díjome que cómo sabía yo que era Cristo? Yo le dije que no sabía cómo mas que no podía dejar de entender que estaba cabe mí, y le vía claro y sentía, y que el recogimiento del alma era muy mayor en oración de quietud y muy continua y los efectos que eran muy otros que solía tener, y que era cosa muy clara. No hacía sino poner comparaciones para darme a entender; y cierto para esta manera de visión, a mi parecer, no la hay que mucho cuadre... ansí no hay términos para decirla acá las que poco sabemos, que los letrados mejor lo darán a entender. Porque si digo que con los ojos del cuerpo ni del alma no le veo, porque no es imaginaria visión, ¿cómo entiendo y me afirmo con más claridad que está cabe mí, que si lo viese? Porque parecer que es como una persona que está a escuras, que no ve a otra que está cabe ella, o si es ciega, no ve bien: alguna semejanza tiene, mas no mucha, porque siente con los sentidos, u la oye hablar, u menear, u la toca. Acá no hay nada de esto, ni se ve escuridad, sino que se representa por una noticia al alma, más clara que el sol. No digo que se ve sol, ni claridad, sino una luz, que sin ver luz alumbra el entendimiento: para que goce el alma tan gran bien. Tray consigo grandes bienes.»

«No es como una presencia de Dios, que se siente muchas veces, en especial los que tienen oración de unión y quietud; que parece en queriendo comenzar a tener oración, hallamos con quien hablar, y parece entendemos nos oye por los efetos y sentimientos espirituales que sentimos de gran amor y fe, y otras determinaciones con ternura. Esta gran merced es de Dios, y téngalo en

mucho a quien la ha dado; porque es muy subida oración, mas no es visión, que entiéndese está allí Dios, por los efetos que, como digo hace a el alma, que por aquel modo, quiere su darse a sentir; acá vese claro que está aquí Jesucristo, Hijo de la Virgen. En esta otra manera de oración representase unas influencias de la Divinidad; aquí junto con estas se ve nos acompaña y quiere hacer mercedes también la Humanidad secretísima.»

«Pues preguntóme el confesor, ¿quien dijo que era Jesucristo? —Él me lo dice muchas veces, respondí yo; mas antes que me lo dijese, se emprimió en mi entendimiento que era Él, y antes de esto me lo decía, y no le vía. Si una persona que yo nunca hubiese visto, sino oído nuevas de ella, me viniese a hablar estando ciega, o en gran escuridad, y me dijese quien era, creerlo hía, mas no tan determinadamente lo podría afirmar ser aquella persona, como si la hubiera visto. Acá sí, que sin verse se imprime con una noticia tan clara, que no parece que se puede dudar; que quiere el Señor esté tan esculpida en el entendimiento, que no se pueda dudar más, que lo que se ve, ni tanto; porque en esto algunas veces nos queda sospecha, queda por una parte gran certidumbre, que no tiene fuerza la duda.»

En la misa en una fiesta de San Pablo, probablemente el día 25 de enero de 1558, Teresa se dio cuenta de que Cristo estaba al lado de ella en su Santa Humanidad, gloriosamente resucitado, con indescriptible belleza y majestad. Ésta era una visión intelectual, no imaginaria, y, por ende, según los doctores en teología mística, de un orden muy superior. En esto Santa Teresa está de completo acuerdo con Santo Tomás de Aquino ([18]), en lo que respecta a las visiones temporal, imaginaria e intelectual. La primera pertenece a

[18] SANTO TOMÁS: *Summa*, I, q. 93, art. 6, III, q. 174, art. I.

la etapa purgativa de la experiencia mística, llega a través de los sentidos físicos y puede resultar una desilusión; la segunda, que se da por lo general en la etapa iluminativa, es una representación positiva, que, de todas suertes, existe en la imaginación; la tercera, experimentada en la oración de unión, se da a conocer directamente al entendimiento. Las visiones de Teresa pertenecen a esta última y más alta categoría. En su propósito de hacerlas comprender claramente a los demás, da una explicación larga y enrevesada, en la que se ve que lucha por hallar la palabra precisa, repite con frecuencia y, por último, recurre a su analogía favorita del agua. Como cuando dice: «si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera ni supiera, porque escede a todo lo que acá se puede imaginar, aun sola la blandura y resplandor. No es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo a la vista, y no la cansa, ni la claridad que se ve, para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos, en comparación de aquella claridad y luz, que se representa a la vista, que no se querrían abrir los ojos después».

«Es como ver un agua muy clara, que corre sobre cristal, y reverbera en ella el sol, a una muy turbia y con gran nublado, y que corre por encima de la tierra. No porque se le representa sol, ni la luz es como la del sol: parece en fin luz natural, y esta otra cosa artificial. Es luz que no tiene noche, sino que como siempre es luz, no la turba nada. En fin es de suerte, que por grande entendimiento que una persona tuviese, en todos los días de su vida podría imaginar cómo es.» (*Vida*, cap. XXVIII).

Teresa intenta, asimismo, con el mismo esmero, explicar cómo «oyó» las palabras de Cristo sin la necesidad de la sensación física; y dice:

«Son unas palabras muy formadas, mas con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndese muy más claro que si se oyesen; y dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demás. Porque cuando acá no queremos oír, podemos tapar los oídos, u advertir otra cosa, de manera que, aunque se oya, no se entienda. En esta plática que hace Dios a el alma, no hay remedio ninguno, sino que aunque me pese, me hacen escuchar, y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer ni no querer. Porque el que todo lo puede, quiere que entendamos se ha de hacer lo que quiere, y se muestra Señor verdadero de nosotros.»

Durante uno o dos años ella fue perfectamente consciente de la presencia de la Santa Humanidad a su lado, y durante ellos hizo cuanto en su mano estuvo para resistir, temiendo ser engañada o no ser de ello digna. Sin embargo, invariablemente, cuando le eran dichas palabras proféticas de la manera descrita, el tiempo se encargó de probar que eran verdad.

Fue, al parecer, en la casa de doña Guiomar, en el año 1558, en donde recibió por primera vez aquella caricia aterradora que ella llamaba su transfixión. En algunas ocasiones, mientras se hallaba en arrobamiento, probó una oración que ella comparó a cierta clase de herida, porque realmente le parece al alma como si la traspasara una flecha en medio del corazón o de ella misma. Y así produce gran dolor y hace al alma quejarse, pero es tan dulce ese dolor que quisiera no acabase nunca (*Relaciones*, VIII).

También, a veces, tuvo esta visión, de la que dice:

«Vía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver sino por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada, que dije primero. En esta visión quiso el Señor le viese ansí; no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan. Deben ser los que llaman cherubines, que los nombres no me los dicen; mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros, que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas; al sacarle, me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan ecesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay que desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo, y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento.»

«Los días que duraba esto, andaba como embobada, no quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria, que cuantas veces hay en todo lo criado.» (*Vida*, cap. XXIX).

Acaso esta visión parezca a los espíritus escépticos una de las aventuras más extraordinariamente increíbles y místicas de Teresa; y, esto no obstante, resulta ser una que está sostenida por la prueba meramente objetiva. Se vio, en efecto, después de su muerte, que tenía el corazón con una hendidura en el centro, como

si hubiese sido traspasado por una flecha. Y lo que es todavía más extraordinario, hoy, al cabo de los trescientos sesenta años, su corazón sigue estando completamente entero y sin descomponerse, como puede verse en su relicario en el convento de las carmelitas de Alba de Tormes. Se han inventado muchas leyendas acerca de este fenómeno, nacidas algunas de ellas de la devoción histérica: pero aun descontadas del todo, el hecho cierto es que el fenómeno mencionado está autenticando lo dicho.

En el año 1806 una de las monjas del citado convento de Alba de Tormes vio que aparecían dos espinas brotando de tal corazón. En el año 1864 se vio una tercera espina; y en el año 1870 se obtuvo el testimonio de catorce monjas en el que se afirmaba que habían visto tales espinas y confirmaban su crecimiento. En el año 1872 el obispo de Salamanca escribió a la directora de la orden de las carmelitas, en Roma, para decirla que las tales espinas eran producidas por pequeñas cantidades de polvo acumuladas en el fondo del recipiente de cristal, y que no nacían en el corazón mismo.

En aquel mismo año tres médicos, profesores de medicina y cirugía de la Universidad de Salamanca, realizaron un examen de la reliquia, a petición de la madre priora, y dieron también un testimonio interesante sobre ello. En efecto, midieron la víscera y notaron que era de un color rojizo de bronce y que se hallaba en un estado de conservación que no podía atribuirse a ninguna causa natural. Encontraron la mencionada perforación (o, como ellos quisieron llamarla, con exactitud supercientífica, «solución de continuidad») a los dos lados del corazón, encima de las aurículas izquierda y derecha, y confirmaron la observación del obispo, de que las tales espinas crecían del poso de casi una media onza de

polvo del fondo del relicario. Los médicos no pudieron encontrar razón científica alguna para su aparición y crecimiento, y, por lo tanto, dictaminaron el hecho como «sobrenatural y prodigioso». A pesar de todo lo cual, en nuestros días, el padre carmelita Silverio niega que existan tales espinas y lamenta todas esas historias que sólo tienden a ridiculizar la verdad del indiscutible fenómeno. Lo irrefragablemente cierto es el hecho de que el corazón no se ha descompuesto y está perforado.

Tales arrobamientos eran frecuentes e irresistibles. Teresa veía a Cristo en la Hostia, durante la misa, y especialmente después de haber recibido la comunión, y, entonces, quedaba en un éxtasis en que, a veces, parecía como si no tuviese sentidos físicos, mientras, en ciertas ocasiones, su cuerpo todo se elevaba en el aire, como sostenido por manos o cuerdas invisibles y quedaba en él suspendido... Algunos testigos fidedignos ([19]) testimoniaron tal fenómeno de levitación. Un día, cuando se hallaba de rodillas en el coro, esperando el toque de la campana, otra monja vio que se elevaba como unas dieciocho pulgadas de sobre el suelo. Otra de las veces, según Yepes, se elevó por encima de la ventana a través de la cual le había dado la comunión el obispo de Ávila.

Cuando ocurrían tales hechos en presencia de los demás, Teresa sentía una profunda mortificación, pues no quería que la gente la considerase como una santa. Una de las veces, al sentirse elevar teniendo a su lado a la Santa Humanidad, dijo a Ésta: que, por cosa de tan poca importancia como era el dispensarla de recibir semejante favor, no permitiese que una mujer tan ruin como ella

[19] Por ejemplo, Ana de loa Ángeles, en el *Proceso de Ávila*, Silverio: Op. cit., I.

fuese considerada buena por los demás. Pero, a no dudarlo, el Señor deseaba tenerla más cerca de Él de aquella manera y hacer, de tal suerte, que fuera conocida su santidad. En tales momentos el semblante de la monja se tornaba sumamente joven y bello, resplandeciendo a veces con luz viva, al igual de aquella de Moisés al descender de la montaña.

Tanta era la altura espiritual por ella alcanzada entre los años 1558 y 1560 que podía exclamar con San Pablo:

«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí» (Gal 2, 19-20).

# CAPÍTULO XI

## EL FINAL DEL TEMOR A TRAVÉS DE UN INFIERNO DE TORMENTO

Cuando el padre Prádanos dejó a Ávila, en el año 1558 ([20]), ocupó su puesto de director espiritual de Teresa otro jesuita, el padre Baltasar Álvarez.

Como su primer confesor de la Compañía, era muy joven, contaba tan sólo veinticuatro años y estaba en su primer año de sacerdocio. Oriundo de una noble familia de Logroño, había entrado en la Compañía de Jesús el año 1555, comenzando su noviciado en Simancas, en donde le viera San Francisco de Borja y descubriera en él grandes cualidades espirituales. Le enviaron sus superiores a Alcalá para que obtuviese allí su grado de bachiller en Artes y, luego, a que estudiase teología en el convento de Santo Tomás, de los padres dominicos, de Ávila. Cuando se le ordenó, en el año 1558, había apenas completado un curso de teología escolástica, pero, en cambio, estaba muy adelantado en teología mística; se sometía a grandes mortificaciones y se daba de lleno a la oración mental. Su actitud fría y más bien severa ocultaba un corazón afectuoso y comprensivo; y en poco tiempo alcanzó una reputación tal, como director de almas, que casi todos los jesuitas de más edad de la provincia de Castilla solían consultarle. En cuanto dijo su primera misa se le nombró padre ministro del colegio de San Gil. Durante los nueve años que permaneció allí vivió en

[20] Desde Ávila fue a Valladolid, donde permaneció el resto de su vida.

una celda que no tenía siquiera una mesa para su breviario y los demás libros, y por muebles no tenía sino algunas sillas de toscas tablas, pues se privaba a sí mismo de la comodidad de sentarse a gusto o de apoyarse en nada.

El padre Álvarez, lo mismo que sus antecesores, creía que los arrobamientos y las visiones de Teresa eran obra de Dios. Debió de haber oído, asimismo, que el padre Francisco Borja había hablado con ella por segunda vez en el año 1557, al regresar a Ávila del lecho de muerte de la vieja reina Juana la Loca (a quien proporcionara en su última hora la paz y la serenidad que tanto necesitaba), y había aprobado, una vez más, las cosas de su espíritu. El defecto principal de aquel humilde e inexperto joven jesuita era una cierta timidez que, a veces, le hacía condescender demasiado fácilmente a las opiniones de quienes le rodeaban. Algunos miembros de más edad de la Compañía, conocedores de las imposturas de Magdalena de la Cruz y de otras, se mostraban escépticos acerca de las cosas de la *Beata* de Ávila, si bien ninguno de ellos fue tan radical como el padre Avellaneda, S. J., quien dijo a sus discípulos que no perdiesen su tiempo con cosas de mujeres... y se apartaran de ellas, suave pero firmemente. Tanto entonces como ahora, una mujer de tipo emotivo que se cree una santa puede constituir una verdadera prueba y ser un grave peligro para sus consejeros. Sin embargo, el padre Álvarez no era de los que se dejaban arrastrar por la imprudencia. De él escribió Teresa: «Era muy discreto y de gran humildad, y esta humildad tan grande me acarreó a mi hartos trabajos» (*Vida*, cap. XXVIII).

No era, en verdad, cosa fácil para un joven sacerdote, por santo que fuese, el dirigir a una monja de su edad, susceptible de ser arrebatada en cualquier instante en uno de aquellos éxtasis de

amor divino que la levitaban varios pies sobre el suelo. Algunas de sus visiones eran en aquel entonces, cuando menos, desconcertantes. Una vez, la víspera de las Animas, mientras estaba rezando con gran recogimiento en casa de doña Guiomar por las almas del purgatorio, el demonio se le plantó encima del libro de oraciones y no quiso irse de allí hasta que ella le arrojó gracias a una aspersión de agua bendita; y en aquel instante, dice Teresa: «vi que algunas almas salían del purgatorio» ([21]). En otra ocasión vio cerca de ella algo que refiere con estas palabras: «... vi cabe mí un negrillo muy abominable, regañando como desesperado de que adonde pretendía ganar, perdía. Yo, como le vi, reíme, y no hube miedo, porque había allí algunas conmigo, que no se podían valer, si sabían qué remedio poner a tanto tormento, que eran grandes los golpes que me hacía dar, sin poderme resistir con cuerpo y cabeza y brazos; y lo peor era el desasosiego interior, que de ninguna suerte podía tener sosiego. No osaba pedir agua bendita, por no las poner miedo, y porque no entendiesen lo que era». Mas luego, como continuara el aporreo, pidió una poca. Se la llevaron y rociáronla con ella. Pero los golpes continuaron, pues allí seguía el malvado escupiendo afuera toda su rabia. Por fin, Teresa pidió le diesen esa agua, la tomó y la echó hacia donde él estaba, e inmediatamente se desvaneció, dejándola agotada del todo y molida como si la hubiesen estado azotando todo el cuerpo. Más de una vez, mientras estaban en el coro, o ella permanecía en su celda, las otras monjas oían terribles golpes que parecían caerle encima.

No era sólo aquello lo que en suerte la tocaba. Cuando San Pablo habla de aquel «ángel de Satanás que le abofeteaba» (2 Cor

[21] Declaración de su sobrina Beatriz de Jesús (hija de Juana), B. M. C.

12, 7), es cosa que doquier se entiende en el sentido puramente metafórico, pero, en cambio, no había nada de metafórico en el caso contemporáneo del cura de Ars que, en pleno escéptico siglo XIX, no sólo fue bataneado y tundido a golpes, sino que incluso se prendió fuego a las cortinas de su cama y a las ropas por obra de manos invisibles. Estos hechos tienen a su favor el testimonio de muchos testigos fidedignos, por lo cual los hechos pueden ser admitidos, a menos que uno esté predispuesto a negar la validez del testimonio humano. Semejantes hechos no son agradables para la víctima ni para los circunstantes, si alguno hay; por lo que el joven padre Álvarez habría, de buen grado, querido que otro le reemplazase en la dirección espiritual de una mujer que le iba cada semana con cuentos capaces de ponerle carne de gallina al más pintado y menos imaginativo. Para empeorar las cosas empezaron a circular por Ávila algunas anécdotas acerca de la *Beata* de la Encarnación, adonde ella habría vuelto en el 1559, o acaso antes. La gente comenzaba a mirar con recelo no ya tan sólo a ella, sino que también a su confesor. Hubo quien llegó a aconsejarle voluntariamente que, si continuaba oyendo las confesiones de una persona que tan patentemente estaba poseída por el demonio, podría convertirse en tan malvado como ella, se volvería loco y perdería su alma.

Algunos de los que con más interés le aconsejaban, por extraño que la cosa parezca, eran cinco o seis de los amigos más queridos de Teresa; en realidad, todos ellos, salvo doña Guiomar, que jamás dudara de ella un instante. El que más convencido estaba de que había sido engañada por el demonio era su gran amigo de antaño, don Francisco de Salcedo. Ni que decir tiene que el santo caballero llegó hasta pedir al padre Álvarez que la exorcizasen; todo ello, como la misma Teresa reconoce, movido por los mejores

sentimientos, ya que, si se confirmaban sus temores, sería una buena obra de caridad acabar con una camaradería tan loca. En la actualidad, la mayoría de la gente considera el fenómeno de la posesión demoniaca como una broma de la Edad Media. Por desgracia para semejante teoría hay más que sobradas pruebas para atestiguar la realidad de tal fenómeno incluso en nuestros días. Durante los últimos diez o quince años, por ejemplo, ha habido varios exorcismos en los Estados Unidos. No es, por tanto, de extrañar que los amigos de Teresa fuesen presa de un verdadero pánico, que no tardó en ir extendiéndose por gran parte de la ciudad de Ávila.

Esto es cosa doblemente comprensible cuando se recuerda el estado del mundo en el año 1559. Durante dos años el pueblo español había estado sometido al miedo y al espanto. Cuando Carlos V volvió doliente y prematuramente envejecido, en octubre del año 1556, para acabar sus días en el monasterio de Yuste, abandonó la corona en la cabeza de su hijo Felipe II, con una especie de locura paradisíaca de política imperial. Mientras el duque de Alba marchaba contra Roma y humillaba al papa Paulo IV, Felipe levantaba un gran ejército con el que logró infligir una aplastante derrota a los franceses en San Quintín. Como esposo de María Tudor, se aferró a sus fallidas esperanzas de hacer retornar a Inglaterra al seno de la Iglesia católica. No obstante haber perdido la oportunidad de suceder a Carlos, como emperador, con las posesiones españolas —e Inglaterra entonces—, confiaba en ser el monarca más poderoso de la tierra en aquel momento. Como católico sincero, que en verdad era, se propuso interponer toda su influencia para deshacer la obra de Lutero y de Calvino, devolver la unidad a la Cristiandad y acabar de una vez con la amenaza de los musulmanes, cuyos galeones azotaban, en

el año 1558, las costas de Italia y arrebataron a Trípoli de manos de los caballeros de San Juan.

Felipe hubo de despertar de tal sueño de color de rosa por varios rudos golpes. Su campaña contra el papa era sumamente impopular en España, en donde la gente se había atrevido a clamar contra el saco de Roma por las tropas imperiales en el año de su nacimiento; y, al verse con su tesoro exhausto, no pudo continuar sus campañas contra los franceses. Al morir su esposa, Felipe concibió el proyecto de casarse con su hermana Isabel, pero se le habían adelantado los magnates, a los que había descuidado arrebatar el botín de la iglesia cuando había estado en su mano el hacerlo; ellas tenían ahora en sus manos a la reina y se aseguraron de suerte que todo el peso de Inglaterra estuviera en el platillo anticatólico de la balanza. En el entretanto el emperador hizo un descubrimiento sensacional en España. Mientras él y su hijo habían estado defendiendo a la Iglesia católica en los países distantes, la herejía que persiguieran con tanto ahínco en Inglaterra, en Alemania y (por consejo del rey francés) en Francia, había invadido a España secretamente, convirtiéndose en una amenaza política y religiosa contra aquella unidad tan laboriosamente lograda por los reyes católicos Isabel y Fernando. De aquí que, cuando la Inquisición parecía haber quedado un tanto inactiva después de lo acaecido con Magdalena la Alumbrada, el emperador ordenó que recobrase todo su vigor primitivo y comenzase a purgar a España de toda conspiración anticatólica. El resultado de lo cual fue el descubrimiento de algunas conspiraciones en que estaban comprometidos incluso varios de sus capellanes favoritos y predicadores de la Corte, juntamente con algunos miembros de las familias más ricas y de mayor linaje de España.

Al mismo tiempo Felipe se sintió verdaderamente alarmado al saber que fray Bartolomé Carranza de Miranda, confesor de su esposa y su candidato para el arzobispado de Toledo, era sospechoso de compartir los puntos de vista del luteranismo, y permitió que, después de una larga investigación, fuera detenido por la Inquisición. Se descubrió que un elocuente predicador de la corte, el doctor Constantino Ponce de la Fuente, no sólo era un secreto luterano, sino incluso un bígamo; se le encarceló y él se suicidó en la prisión. En Sevilla, el luteranismo había echado raíces en el relajado convento jerónimo de San Isidoro, de donde se extendió a los frailes y a las monjas de los otros conventos y a los hombres y mujeres de la ciudad. En Valladolid los luteranos celebraban reuniones secretas nocturnas en casa de don Agustín Cazalla, doctor de la Universidad de Salamanca y uno de los capellanes más estimados por el emperador, hasta que fueron delatados por la esposa de uno de los concurrentes.

El peligro, tanto político como religioso, de todo ello, para una España restaurada en su independencia y su unidad tan sólo una generación antes, quedó de manifiesto en la fanfarrona declaración del doctor Cazalla en la prisión del Santo Oficio, en la que dijo que «sí hubiesen tardado cuatro meses en perseguirnos, habríamos sido nosotros tantos como ellos, y en seis meses les habríamos hecho lo que ellos nos hacen a nosotros». La historia del movimiento protestante en los demás países sugiere la idea de que, al ordenar Felipe II al Santo Oficio que tomase las medidas más rápidas y radicales contra los conspiradores de Valladolid y de otros lugares, salvó a su país de una de aquellas guerras civiles que devastaron a Francia durante medio siglo y destruyeron a Alemania en la guerra de los Treinta Años.

Estaba Felipe en los Países Bajos mientras su hermana y regente del reino, la princesa Juana, recibía instrucciones de cooperar, por todos los medios posibles, con los inquisidores. Cuando Cazalla y otros treinta fueron declarados culpables, ella y don Carlos, heredero del trono, asistieron, juntamente con don Juan de Austria, a un gran auto de fe en Valladolid, el día 21 de mayo de 1550. En España no había ocurrido durante muchos años nada tan terrible como aquello. Una multitud de más de 200.000 personas se agolpó para presenciar la brillante y sombría procesión, al final de la que unos cuantos individuos cubiertos con sambenitos amarillos seguían, lentamente precedidos por el famoso doctor Cazalla, y contándose entre ellos algunos pertenecientes a las principales familias. Dieciséis de ellos, que se arrepintieron o tenían a su favor circunstancias atenuantes, fueron absueltos por el arzobispo y se reconciliaron con la Iglesia. Otros catorce fueron por la Inquisición entregados a los oficiales imperiales como herejes impenitentes y peligrosos; y, como la herejía estaba considerada como caso de alta traición (y peor todavía), se les llevó extramuros de la ciudad, donde fueron quemados en la hoguera por los funcionarios civiles. Así pereció el doctor Cazalla, y con él su hermano, Francisco de Vivero, ambos sacerdotes que habían traicionado secretamente la fe que profesaban; sus dos hermanas; un caballero de la Orden de San Juan; un caballero de Zamora; un juez llamado Herrera; el bachiller Herrenzuelo y tres mujeres más. Todos, menos uno, fueron agarrotados antes de ser quemados. Algunas de las mujeres eran monjas que, hasta que se descubrió su hipocresía, habían sido tenidas por santas.

Cuando el rey Felipe II volvió de Holanda, a principios del otoño, uno de sus primeros actos públicos fue asistir a un auto de fe, el día 8 de octubre, en la misma ciudad. De los veintiocho

condenados en tal ocasión, catorce, incluso un noble llamado don Carlos de Seso, fueron quemados después del auto. El rey no presenció las ejecuciones; su supuesta afición a espectáculos semejantes forma parte de la leyenda creada en torno suyo por los enemigos de España y de la Iglesia.

En Sevilla fueron quemados cincuenta, incluso un venerable dominico que, so capa de una gran reputación de santidad, se descubrió enseñaba el protestantismo a sus penitentes y les prestaba libros luteranos en español. Al año siguiente se envió a la hoguera a veintinueve católicos que habían estado enseñando secretamente el judaísmo.

Para los españoles católicos, cuyos antepasados habían sufrido tanto por la fe, el dogma de Lotero sobre las buenas acciones era tan sólo una nueva versión del pesimismo semioriental que yace en el fondo de los preceptos de los iluminados y otros herejes maniqueos. El odio con que se perseguía a los alumbrados anteriormente se concentraba ahora en los propagadores del luteranismo. Se añadía a ello un elemento de odio de raza cuando se descubrió que muchos de ellos, como Cazalla, descendían de familias cuyos secretos intentos de destruir la Iglesia católica, fingiendo pertenecer a ella, habían inducido a los Reyes Católicos a establecer la Inquisición española. Todo ello vino a reaccionar, sin duda, contra la hermana Teresa de la Encarnación. Ya se la había hecho sufrir por la comparación entre ella y la célebre Magdalena, la alumbrada. Y la gente comenzaba a sospechar de ella que era una de la nueva secta luterana. ¿Acaso no habían estado en Ávila los secuaces del doctor Cazalla tratando de hacer prosélitos? El hecho cierto es que habían incluso intentado ponerse al habla con doña Guiomar de Ulloa y sus

amigos, sabiendo, como por experiencia sabían, que las beatas fervorosas y poco instruidas eran fácilmente susceptibles de persuadir para que aceptasen toda innovación que llevara el marchamo de una piedad reformadora, y que las más vulnerables de todas, a tal respecto, eran las viudas; pero al enterarse de que se confesaban con distintos sacerdotes pertenecientes a varias órdenes abandonaron su propósito ([22]).

En Ávila debió, sin duda, de saberse algo de ello. Muchas personas respetables empezaron a decir que ya era hora de que la Inquisición echase una mirada a ver lo que ocurría en casa de doña Guiomar de Ulloa y en la Encarnación, y que si la *beata* no tenía buen cuidado, a la hoguera con ella. Si había habido distinguidas personas de la corte a quienes se había enviado a la hoguera, ¿por qué había ella de escaparse? Algunas de las monjas del convento, sobre todo aquellas que no habían tenido experiencia mística de ninguna clase, la creyeron engañada y poseída del demonio y, de tal suerte, difundieran la atmósfera de sospecha hasta la puerta misma de su celda. Sus amistades comenzaron, pues, a retraerse, y algunas llegaron hasta decir que probablemente sufría castigo por antiguos pecados suyos que había ocultado a sus confesores. Decían otras que su alma estaba irremisiblemente perdida, sin esperanza alguna de redención. Los que propalaban las más crueles maledicencias eran algunos de sus amigos de los buenos tiempos por quienes más había ella hecho. Y lo que más duro le resultaba a Teresa era soportar la mala opinión de la gente, que, al parecer, desconfiaba de ella con toda sinceridad.

[22] Declaración de la venerable Ana de Jesús, en la canonización de Santa Teresa.

Se llegó hasta negarle el consuelo de los libros. Incapaz, en tal tiempo, de leer en latín, había obtenido una verdadera satisfacción y gran ayuda en sus primeros tiempos de oración mental para su afán de recogimiento, con la lectura de algunos buenos libros escritos en romance. Su pequeña biblioteca comprendía libros como el *Flos Sanctorum*; la *Vida de Cristo*, de Rodolfo de Sajonia, fraile cartujo alemán, la cual había sido traducida al castellano por orden de los Reyes Católicos; una traducción de las epístolas de San Jerónimo; las *Morales*, de San Gregorio; las *Confesiones*, de San Agustín; la *Imitación de Cristo* o, como entonces se la llamaba, *Contemptus mundi*, admirablemente traducida por fray Luis de Granada; el *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos*, por fray Antonio de Guevara; el *Tercer Abecedario*, de Osuna, al que tanto había debido en su juventud, y la *Subida del Monte Sión*, de fray Bernardino de Laredo, que había mostrado a Salcedo y a Daza con resultado verdaderamente desastroso en 1554. Todas esas obras piadosas debieran parecer harto inofensivas para cualquier monja; pero como gran parte de la obra subterránea de proselitismo del doctor Cazalla y sus compañeros se había realizado por medio de libros religiosos escritos en castellano, incluso algunos del arzobispo Carranza, el inquisidor general Valdés publicó en 1559 un Índice prohibiendo gran número de publicaciones de tal índole en castellano. Y la lista era tan extensa que incluía no sólo a los libros heréticos, sino algunos del todo inocentes como el *Tratado de oración y meditación*, de fray Luis de Granada.

Aquel decreto fue un gran golpe para Teresa, que escribió luego: «Cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación

leerlos...» Y más adelante oyó la voz de Cristo que la decía: «No tengas pena, que yo te daré libro vivo» (*Vida*, cap. XXVI).

Sin embargo, cuando se extinguió semejante momento de consuelo y volvió a cernirse sobre su cabeza el gran peligro, las palabras divinas, mucho más reales al ser dichas que la realidad misma, parecieron desvanecerse en la memoria como algo oído desde hacía largo tiempo en un sueño, al paso que la siniestra voz de la falsa humildad parecía murmurarle a su entendimiento, ya agotado y maltrecho, que tal vez podría, después de todo, haber sido engañada por su propia presunción. Así, en el año 1559 hubo de aguantar la prueba más terrible a que jamás fuera sometida, al verse sin libros, sospechada y traicionada por la gente, puesta en duda y temida por sus amigos y sus hermanas en religión, mofada por un espíritu harto real del mal, que, en aquella hora final de la negra noche de la purga de su alma, podía tomar apariencia visible junto a ella y proferir con su boca demente y terrible que aquella vez no se le escaparía de las manos; la infeliz mujer se vio como en el huerto de Getsemaní, sin más esperanza de consuelo que un joven confesor que el día menos pensado podía también ceder a las razones plausibles y a sus propios temores y abandonarla a la desesperación. ¿Qué habría sido de ella si él llegaba a abandonarla? Así escribió: «Temía que no había de haber con quien me confesar, sino que todos habían de huir de mí; no hacía sino llorar» (*Vida*, cap. XXVIII).

Mas el padre Álvarez le aseguró que no la abandonaría. Tal vez estuviese tentado de hacerlo. De él dijo Teresa: «Mi confesor, como digo, que era un padre bien santo de la Compañía de Jesús... Yo, como traía tanto miedo, obedecíale en todo, aunque imperfetamente, que harto pasó conmigo tres años y más que me

confesó, con estos trabajos, porque en grandes persecuciones que tuve, y cosas hartas, que permitía el Señor me juzgasen mal, y muchas estando sin culpa, con todo venían a él, y era culpado por mí, estando él sin ninguna culpa. Fuera imposible, si no tuviera tanta santidad, y el Señor que le animaba, poder sufrir tanto, porque había de responder a los que les parecía iba perdida, y no le creían: y por otra parte habíame de sosegar a mí, y de curar el miedo que yo traía, puniéndomele mayor: me había por otra parte de asigurar; porque a cada visión, siendo cosa nueva, permitía Dios me quedasen después grandes temores. Todo me procedía de ser tan pecadora yo, y haberío sido.» (*Vida*, cap. XXVIII).

El padre Álvarez no rehuía el peligro. Si de su parte estaba, no volvería a haber en España otra Magdalena de la Cruz. Y decidió poner a prueba el espíritu de Teresa de todas las maneras posibles. Una de las más demoledoras de todas fue la de la confesión general, la que insistió debía hacer en el Colegio de San Gil y no a través de la acostumbrada reja oscura, sino arrodillada ante él y con la cara descubierta ([23]) mientras él observaría fijamente cada una de sus expresiones, como el gato observa los movimientos del pajarillo, a fin de descubrir cualquiera de las pruebas que pudiera justificar los temores que sus amigos tenían y contaban, de que pudiera haber ocultado algunos pecados de su vida pasada.

Teresa escribió, con su gran humildad: «Tenía yo un confesor que me mortificaba mucho, y algunas veces me afligía y daba gran trabajo, porque me inquietaba mucho, y era el que más me aprovechó, a lo que me parece; y aunque le tenía mucho amor,

[23] Ana de los Ángeles e Inés de Jesús declararon así en el *Proceso de Ávila*.

tenía algunas tentaciones por dejarle, y parecíame me estorbaban aquellas penas que me daba de la oración. Cada vez que estaba determinada a esto, entendía luego que no lo hiciese, y una represión, que me deshacía más, que cuanto el confesor hacía: algunas veces me fatigaba, cuestión por un cabo y reprensión por otro; y todo lo había menester, sigún tenía poco doblada la voluntad. Díjome una vez que no era obedecer si no estaba determinada a padecer: que pusiese los ojos en lo que él había padecido, y todo se me haría fácil.»

Una explicación de la severidad del padre Álvarez ha sido la de que, además de estar acuciado por las buenas personas que querían salvase a Teresa de sí misma, experimentaba en aquel entonces ciertas desconcertantes desolaciones espirituales parecidas a las que afligían a su penitente. De todas suertes, se mostraba sumamente severo no sólo consigo mismo, sino también con los demás. Ribera, el primer biógrafo de la santa, que conoció perfectamente a los dos, dice que Teresa observó un día riendo que amaba mucho a aquel padre suyo, aunque «tiene mala disposición». Otro día el padre Álvarez le mostró un gran montón de libros y le dijo con sarcasmo que había tenido que leerse todos aquéllos para comprender a Teresa de Jesús. No cabe duda de que el saber que sufría él grandemente para poder ayudarla dio a Teresa el valor necesario para seguir adelante. La verdadera prueba de su convencimiento de que, a pesar de todo, era el mejor confesor posible para ella y el instrumento por Dios escogido para la perfección de su alma, fue que continuó observando sus órdenes durante seis años, en los momentos más azarosos de su vida, incluso después de haber abandonado Ávila. Así pudo ella decir: «El me consolaba con mucha piedad, y si él se creyera a sí mesmo, no padeciera yo tanto, que Dios le daba a entender la verdad con

todo, porque el mesmo Sacramento le daba luz, a lo que yo creo.» (*Vida*, cap. XXVIII).

Acostumbraba él discurrir sobre los transportes y las visiones de Teresa (no sus pecados, desde luego) con cinco o seis de sus amigos, incluso el santo caballero, y no tenía el menor reparo en contarle luego lo que ellos decían: «Y dijome mi confesor que todos se determinaban en que era demonio, que no comulgase tan a menudo, y que procurase distraerme de suerte que no tuviese soledad. Yo era temerosa en estremo, como he dicho, y ayudábame el mal del corazón, que aun en una pieza sola no osaba estar de día muchas veces. Yo como vi que tantos lo afirmaban, y yo no lo podía creer, dióme grandísimo escrúpulo, pareciéndome poca humildad; porque todos eran más de buena vida, sin comparación que yo, y letrados, que ¿por qué no los había de creer?» (*Vida*, cap. XXV).

Su confesor siguió el consejo de la Junta espiritual y la tuvo apartada de la comunión día tras día durante tres semanas. Incluso permitió que aquellos cinco o seis la examinaran conjuntamente y la interrogasen. Hay que imaginarse la escena, con Teresa con la paciencia casi agotada, los demás cambiando entre sí miradas de inteligencia, y el santo caballero más temeroso que nunca.

«Yo como hablaba con descuido algunas cosas que ellos tomaban por diferente intención (yo quería mucho al uno de ellos, porque le debía infinito mi alma, y era muy santo, yo sentía infinito de que vía no me entendía, y él deseaba en gran manera mi aprovechamiento, y que el Señor me diese luz), y ansí lo que yo decía, como digo, sin mirar en ello, parecíale poca humildad: en viéndome alguna falta, que verían muchas, luego era todo condenado. Preguntábanme algunas cosas, yo respundia con llaneza y

descuido: luego les parecía les quería enseñar, y que me tenía por sabia, todo iba a mi confesor, porque cierto ellos deseaban mi provecho: él a reñirme.»

Llegó un tiempo en que pareció como si ella no pudiera resistir ni una mirada ni una palabra más que fuera suspicaz. Durante veinte días de insoportable tristeza y desolación había estado sin recibir aquel Pan de la Vida, por orden de su confesor. Hasta Dios parecía haberla abandonado cuando se arrodillaba sola, tratando de orar; y, en lugar del divino consuelo, descendía sobre ella una terrible y paralizadora desesperanza que la dejaba incapacitada para formar palabras o para leerlas, inhábil para concebir otra idea salvo la loca idea de que acaso estaba siendo víctima de los engañas del demonio e iba a perderse para siempre. Fatigada, enferma y atormentada, tuvo no obstante valor para rechazar idea semejante, tan peligrosa. Y oscura pero tenazmente, en lo más profundo del santuario de su alma combatiente, logró asirse a un hilo bien tenue de esperanza en aquella la más tenebrosa de sus noches espirituales, permaneciendo de tal suerte postrada de hinojos durante cuatro o cinco horas. Como ella misma decía, la pobre Teresa no encontraba consuelo ni en la tierra ni en el cielo, y el Señor la dejaba que siguiera temiendo los mil peligros que habría de sufrir.

Por último, como siguiera defendiendo su terreno palmo a palmo con el resto de todas sus fuerzas, la batalla cambió de aspecto y aquella Presencia antes familiar volvió a mostrarse a su lado y la antigua Voz volvió a hablarla con deliciosa claridad en los vacíos y recónditos rincones de su alma las mismas palabras que Moisés hubo de oír entre el fuego de la maleza:

«No hayas miedo, hija, que Yo soy, y no te desampararé; no temas.»

Al recordar después estos tres o cuatro años, Teresa escribió:

«¡Oh Señor mío, cómo sois vos el amigo verdadero y cómo poderoso! ¡Alaben os todas las cosas, Señor del mundo!... Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas la cosas criadas, atorméntenme los demonios, no me faltéis vos, Señor, que ya tengo espiriencia de la ganancia con que sacáis a quien en vos sólo confía... ¡Oh, qué buen Señor, y qué poderoso!» (*Vida*, cap. XXV).

Sin embargo, no fue aquella en absoluto la última de sus pruebas. El padre Álvarez la había asegurado varias veces que, aunque algunas de sus experiencias fuesen de índole diabólica en vez de origen divino, no tenía por qué tener miedo, ya que el demonio no podía hacerla daño siempre y cuando no ofendiese a Dios; que todo lo que tenía que hacer era seguir acudiendo a Él en oración, y que él y sus amigos harían lo mismo. Había veces en que el joven jesuita tenía por fuerza que ausentarse de Ávila por una u otra causa, y entonces la pobre Teresa tenía que volver a empezar de nuevo tratando de hacerse comprender por un confesor eventual. Había sobre todo un sustituto que la sometió a pruebas tales, a las que sus páginas, sin artificio pergeñadas, han proporcionado una grotesca inmortalidad.

¿Quién era aquel sacerdote que la hiciera apurar hasta las heces el cáliz de la mortificación? El ex jesuita Mir supone, sin que haya nada que lo demuestre, que un sustituto del padre Álvarez debía por fuerza ser otro jesuita; y llega incluso a sugerir que fuera el padre Jerónimo Ripalda, de la Compañía de Jesús, uno de los más ilustres escritores y predicadores de aquel tiempo. Pero,

aparte de la posibilidad de que Teresa se haya confesado con un sacerdote seglar durante las ausencias del padre Álvarez, parece ya una realidad que así fue y que el sacerdote anónimo no era un jesuita, sino el padre Gonzalo de Aranda, uno de sus mejores amigos de Ávila; y su nombre quedó escrito al margen de la edición de su autobiografía por fray Luis de León, del año 1588, de puño y letra de una tan conspicua autoridad como el padre Gracián, que fue su director y confidente durante los siete últimos años de su vida. Ni tampoco mereció el sarcasmo farisaico con que se ha maltratado su memoria. Tal vez tenga razón el padre Silverio al sacar la conclusión, por el hecho de que Teresa dice unas veces que él la mandaba y otras que ellos la mandaban, de que su confesor temporal habló del asunto con Salcedo, Daza y otros amigos, y expresaba el consejo conjunto de todos ellos; consejo que parecía lo más natural del mundo en aquella época, pero que sería del todo inadmisible en la nuestra.

Todo lo cual fue consecuencia de una gran merced espiritual que Teresa hubo de recibir por aquel entonces. Sus visiones aumentaban con gran frecuencia, acercándose al apogeo de su esplendor. En medio de tal «luz que no tiene noche» (*Vida*, cap. XXVIII), como ella escribió, y que por doquier la envolvía, inundando de gozo todo su ser, comenzó no sólo a darse cuenta de la presencia de Cristo, sino incluso a verle en su Santa Humanidad. De lo cual da una referencia cuidadosa y exacta cuando dice: «Bien me parecía en algunas cosas, que era imagen lo que vía, mas por otras muchas no, sino que era el mesmo Cristo, conforme a la claridad con que era servido mostrárseme. Unas veces era tan en confuso, que me parecía imagen, no como los debujos de acá, por muy perfetos que sean, que hartos he visto buenos: es disbarate pensar que tiene semejanza lo uno con lo otro

en ninguna manera más ni menos, que la tiene una persona viva a su retrato, que por bien que esté sacado, no puede ser tan al natural, que en fin se ve es cosa muerta; mas dejemos esto, que aquí viene bien y muy al pie de la letras.»

«No digo que es comparación, que nunca son tan cabales, si no verdad, que hay la diferencia que de lo vivo a lo pintado, no más ni menos; porque si es imagen, es imagen viva, no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da a entender que es hombre y Dios, no como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado. Y viene a veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar, sino que es el mesmo Señor, en especial en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fe. Representase tan Señor de aquella posada que parece toda deshecha el alma: se ve consumir en Cristo. ¡Oh Jesús mío, quién pudiese dar a entender la majestad con que os mostráis!»

La clase de visión que sigue Teresa explicando es tan extraordinaria que a nadie le sería dado poder resistirla a no ser en estado de arrobamiento o de éxtasis. No era simplemente cosa que hubiese imaginado, ni de la que estaba del todo segura, pues, como ella se preguntaba, ¿cómo habría de sernos posible, por nuestro propio esfuerzo, representarnos la humanidad de Cristo, ni abarcar con nuestra imaginación su eminente belleza? La imaginación precisaría tiempo para ir concibiendo un detalle tras otro, hasta que la imagen resultase compuesta por completo. Mas he aquí que en tales visiones no hay elección posible para el que las tiene. Ella ve, pues, lo que el Señor quiere que vea y de la manera que Él lo desea, como la misma Teresa afirma, sin que esté en mano de ella el añadir ni quitar absolutamente nada.

Durante dos años y medio pudo Teresa disfrutar de la vista de Su indecible belleza, «y la suavidad con que hablaba aquellas palabras por aquella hermosísima y divina boca, y otras veces con rigor, y desear yo en estremo entender el color de sus ojos, o del tamaño que eran, para que lo supiese decir, jamás lo he merecido ver, ni me basta procurarlo, antes se me pierde la visión del todo. Bien que algunas veces veo mirarme con piedad; mas tiene tanta fuerza esta vista, que el alma no la puede sufrir, y queda en tan subido arrobamiento que, para más gozarlo todo, pierde esta hermosa vista...»

«Casi siempre se me representaba el Señor ansí resucitado, y en la hostia lo mesmo; si no eran algunas veces para esforzarme, si estaba en tribulación, que me mostraba las llagas; algunas veces en la cruz y en el huerto, y con la corona de espinas, pocas; y llevando la cruz también algunas veces, para, como digo, necesidades mías y de otras personas; mas siempre la carne glorificada. Hartas afrentas y trabajos he pasado en decirlo, y hartos temores y hartas persecuciones» (*Vida*, cap. XXIX).

Su confesor sustituto era de los que pensaban que tales visiones debían provenir del origen que Hamlet temía al decir:

> «... El espíritu que he visto
> puede el demonio ser; y el demonio poder tiene
> para tomar aspecto grato; si, también acaso
> por mi debilidad y mi tristeza,
> como mucho puede con espíritus tales,
> me engaña para condenarme» (35).

¿Qué podría darle a Teresa la seguridad de que el demonio no estaba forjando una engañosa imagen de Cristo para hacerla

soberbia y satisfecha de sí misma, y de tal suerte conquistar su alma y las de quienes en ella pudieran creer? Sí, era claramente el diablo, hubo de decir su director temporal; por lo cual, ella no podía por menos de tratarle con el sarcasmo y el desdén que merecía. Al ver que a nada bueno le conducía aquello, el pobre tonto no tardaría en dejarla en paz. Que hiciera un gesto de desdén cuando el malvado se le aproximara, aunque fuera de la más amable manera, pero dándole «higas».

Era éste un gesto de desdén, tal vez de origen obsceno, del todo desconocido para Teresa, pero perfectamente conocido en Italia y en España desde los antiguos días de Roma como protección contra las brujerías y especialmente contra el mal de ojo. Se hacía introduciendo el dedo pulgar entre el índice y el medio, y se solía llevar amuletos de azabache o de coral que lo representaban. Uno de éstos se exhibe en el Carmelo de Medina del Campo, como instrumento de las famosas higas que le decían a Santa Teresa hiciera al diablo. Hay quienes ponen esto en duda, pero la gente de aquella época no vería nada de extraño en que se le llevase. Era bien conocido incluso en Inglaterra. En *La Segunda Parte de Enrique IV*, exclama uno de los personajes notables: «Cuando Pistola cese, haz esto; e hígame, como el fanfarrón español»; y en *Enrique IV* dice a Fluellen: «¡Muere y condénate! Y a la higa tu amistad..., la higa de España.»

No había nada de humorístico para ella, como dice Teresa, en lo de obedecer tales instrucciones. Era tal vez la cosa más difícil y repulsiva que en toda su vida había tenido que hacer, aquello de insultar a Dios Nuestro Señor (ya que ella no tenía la menor duda de que era Él quien estaba en sus visiones) por obediencia al propio Dios Señor a través de su ministro. La obediencia es la

piedra fundamental de todas las virtudes; y así Teresa se santiguaría, tomaría agua bendita, llevaría un crucifijo en la mano y luego, con un tremendo esfuerzo de su voluntad y, a no dudarlo, con no pocos remilgos y suspiros, haría aquel gesto insultante a la figura viva del paciente Cristo.

Con su sencilla franqueza refiere la dolorosa experiencia a ello relativa cuando escribe: «A mí me era esto grande pena; porque como yo no podía creer sino que era Dios, era cosa terrible para mí, y tampoco podía, como he dicho, desear se me quitase; mas, en fin, hacía cuanto me mandaba. Suplicaba mucho a Dios me librase de ser engañada, esto siempre lo hacía y con hartas lágrimas; y a San Pedro y San Pablo, que me dijo el Señor (como fue la primera vez que apareció en su día) que ellos me guardarían, no fuese engañada; y ansí muchas veces los vía al lado izquierdo muy claramente, aunque no con visión imaginaria. Eran estos gloriosos santos muy mis señores.»

«Dábame este dar higas grandísima pena, cuando vía esta visión del Señor; porque cuando yo le vía presente, si me hicieran pedazos, no pudiera yo creer que era demonio; y ansí era un género de penitencia grande para mí; y por no andar tanto santiguándome, tomaba una cruz en la mano. Esto hacía casi siempre, las higas no tan contino, porque sentía mucho; acordábame de las injurias que le habían hecho los judíos, y suplicábale me perdonase, pues yo lo hacía por obedecer a el que tenía en su lugar, y que no me culpase, pues eran los ministros que él tenía puestos en su Ilesia. Declame que no se me diese nada, que bien hacía en obedecer, mas que Él haría que se entendiese la verdad. Cuando me quitaban la oración, me pareció se había enojado.

Díjome que los dijese que ya aquello era tiranía. Débame causas para que entendiese que no era demonio; alguna diré después...»

Pero al fin hubo de pasar esta humillación, la peor y más grave de las pruebas que sufriera hasta que el consuelo fue cediendo el paso a la desolación. Un día, consciente de la presencia de Cristo, pero obedeciendo las órdenes y temores de su confesor, Teresa se hincó de rodillas empuñando el grueso crucifijo de ébano del final de su rosario, cogiéndole tal vez en un momento de desesperación, entre su agotamiento y la aparición, para que el demonio, si es que estaba tras de todo aquello, huyese del signo de contradicción que tanto aborrecía. Y entonces ella vio aquel hermoso rostro acercarse en vez de desvanecerse, y el Señor extendió hacia ella una mano indescriptiblemente hermosa, la tomó el crucifijo, lo tuvo en ella un momento y luego se lo devolvió. De ello escribe la santa:

«... Cuando me la tornó a dar, era de cuatro piedras grandes muy más preciosas que diamantes, sin comparación, porque no la hay casi a lo que se ve sobrenatural (diamante parece cosa contrahecha e imperfeta) de las piedras preciosas que se ven allá. Tenían las cinco llagas de muy linda hechura. Díjome que ansí la vería de aquí adelante, y ansí me acaecía, que no vía la madera de que era, sino estas piedras, mas no la vía nadie, sino yo» (*Vida*, cap. XXIX).

Tales mercedes, si bien nada frecuentes, no dejaban de tener precedentes en la historia del cristianismo, y Ribera menciona algunos de ellos, como por ejemplo: Santa Catalina de Siena vio a Nuestro Señor poner en su dedo un anillo de oro y perlas que le quedó siempre allí, si bien nadie más que ella podía verlo. Según Simeón Metafrasto, bajó un ángel del cielo llevando dos hermosas

guirnaldas para coronar a Santa Cecilia; ella y su marido, Valeriano, podían verlas, pero nadie más. Cuando Cristo le mostró su corazón a Santa Gertrudis y la permitió que pusiera sobre él su mano, quedó en cada uno de los dedos de ella un anillo de oro, y tres en el dedo medio. Un día, cuando San Martín estaba para decir misa delante de una gran muchedumbre, una virgen, un presbítero y tres frailes más (y nadie más) vieron sobre su cabeza algo así como una bola de fuego.

La cruz de piedras preciosas de Teresa, según dice Ribera, pasó a pertenecer a su hermana doña Juana de Ahumada, que se la llevó a Alba de Tormes, que la conservaba en su poder, se la mostró repetidas veces a él y la consideraba, como era debido, como un gran tesoro; a lo que añade Ribera que él la vio como una cruz ordinaria de ébano como las que llevaban las monjas al final de sus rosarios. Cuando fue aplicada a los ojos de doña Magdalena de Toledo, tía de don Francisco de Fonseca, señor de Coca y de Alaejos, le curó las cataratas y evitó así su ceguera.

Después de la muerte de la santa parece que pasó de manos de su hermana a las de la duquesa de Alba, y de las de ésta a las de los padres carmelitas de Valladolid, quienes la tenían en gran veneración hasta que se perdió durante las persecuciones del año 1835 y posteriores. Sea de ello lo que ahora fuere, lo cierto es que realizó su cometido para Teresa; y semejante cometido, en opinión de Ribera, era el de recompensarla por su constancia en obedecer a su confesor, incluso hasta el extremo de hacer gestos insultantes a las apariciones de Nuestro Señor. Un confesor posterior, el padre dominico Domingo Bañes, le dijo que el acto doloroso de «dar la higa» había sido un completo error, ya que se debía venerar la imagen de Nuestro Señor dondequiera que se la viese, incluso si el

mismo demonio había sido el pintor —y él es un gran pintor—; y que con ello nos hace un gran favor. A lo que Teresa añade que ello hubo de gustarla mucho, ya que «cuando se ve un buen retrato, aunque sepamos que ha sido pintado por un hombre malo, no dejamos de respetarlo sin tener en cuenta al pintor, para que no podamos perder la devoción; porque lo bueno o lo malo no está en la visión, sino en la persona a quien es concedida y que no se aprovecha con toda humildad de ella; porque, si es humilde, aunque la visión venga de Satanás no puede dañarle, y si no es humilde, no le hará bien aunque viniere de Dios mismo.» (*Fundaciones*, VIII).

A comienzos del año 1560 había ya logrado sobreponerse grandemente a sus temores de ser engañada por el demonio. La sugerencia del padre Álvarez de que el demonio no podía hacer daño a un alma resuelta a no ofender a Dios, la sostuvo en muchas de sus horas de lucha hasta que, al igual de San Ignacio antes que ella, comenzó a ver que por lo general los demonios son más perturbadores para quienes los temen que para quienes los desprecian, y así pudo, por fin, decir:

«¿Qué me acaeció pensar, de qué temo? ¿Qué es esto? Yo deseo servir a este Señor, no pretendo otra cosa, sino contentarle; no quiero contento ni descanso ni otro bien sino hacer su voluntad; que de esto bien cierta estaba, a mi parecer, que lo podía afirmar. Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y de esto no hay que dudar, pues es fe, siendo yo sierva de este Señor y rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer a mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatirme con todo el infierno?»

Y tomando firmemente la cruz en su mano se enfrentaba con la hueste de los espíritus malignos, exclamando: «¡Ahora vení todos, que, siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer!»

«En tal momento parecíame que todas sus inquietudes desvanecíanse por completo y con ellas los demonios que las suscitaban. Así pudo luego escribir: «... se me quitaron todos los miedos que solía tener hasta hoy; porque, aunque algunas veces los vía, como diré después, no les he habido más casi miedo, antes me parecía ellos me le habían a mí. Quedóme un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todos, que no se me da más de ellos que de moscas. Parécenme tan cobardes que en viendo que los tienen en poco, no les queda fuerza. No saben estos enemigos de hecho acometer, sino a quien ven que se les rinden, o cuando lo permite Dios, para más bien de sus siervos, que los tiente y atormenten. Pluguiese a su Majestad temiésemos a quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial que de todo el infierno junto, pues es de ello ansí.»

«Que espantados nos traían estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con nuestros asimientos de honra y haciendas y deleites, que entonces juntos ellos con nosotros mesmos, que no somos contrarios, amando y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán; porque con nuestras mesmas armas les hacemos que peleen contra nosotros, poniendo en sus manos con las que nos hemos de defender. Esta es la gran lástima. Mas si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abrazamos con la cruz, y tratamos de servirle de verdad, huye él de estas verdades, como de pestilencia. Es amigo de mentiras, y la mesma mentira. No hará pato con quien anda en verdad. Cuando él ve

escurecido el entendimiento, ayuda lindamente a que se quiebren los ojos; porque si a uno ve ya ciego en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas, que parecen las de este mundo cosa de juego de niño, ya él ve que este es niño, pues trata como tal, y atrévese a luchar con él una y muchas veces.»

«Plega el Señor, que no sea yo de éstos, sino que me favorezca su Majestad, para entender por descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés; y una higa para todos los demonios, que ellos me temerán a mí. No entiendo estos miedos, demonio, demonio, donde podemos decir, Dios, Dios, y hacerle temblar. Si no que ya sabemos que no se puede menear, si el Señor no lo permite. ¿Qué es esto? Es sin duda que tenga ya más miedo a los que tan grande le tienen al demonio, que a él mesmo; porque él no me puede hacer nada, y estotros, en especial si son confesores, inquietan mucho, y he pasado algunos años de tan gran trabajo, que ahora me espanto como lo he podido sufrir. Bendito sea el Señor, que tan de veras me ha ayudado.» (*Vida*, cap. XXV).

De ahora en adelante quedaba libre de todo temor, pero no de la persecución. Si no temía ya más al demonio, había muchos otros en Ávila que si le temían y que continuarían temiéndolo por ella. Y ya se preguntaban abiertamente si después de todo la Inquisición no iría a detenerla.

# CAPÍTULO XII

## PEDRO DE ALCÁNTARA, VOCERO DE LA CIUDAD DEL DIOS SEÑOR

Teresa, llevando una vida de perfección cristiana casi tan rígida como la de los carmelitas primitivos, se sintió al año de su vuelta al convento presa de una inmensa y cada vez mayor necesidad que los recientes acontecimientos impusieran: la de una certeza intelectual de que su oración mental y todos los otros fenómenos sobrenaturales que habían llegado a expandirse de ella en las espléndidas flores del jardín del amor eran, desde luego, obra del Señor Dios, y de ningún modo de Su enemigo; de que ella ni se engañaba a sí misma ni a los demás. Para completar la purga de su alma a fin de prepararla para su alto destino habíase precisado la humillación por una mano amiga, cosa que el bueno de Salcedo había llevado a cabo hasta el extremo límite. Había ella necesitado disciplina, así como comprensión paciente y certidumbre moral, de los hombres que veían hondamente en la significación y consecuencias de la Pasión de Cristo, como era el caso de los jesuitas. Teresa estaba, pues, agradecida a ellos y a la Compañía hasta el final de su vida; y, si alguno de sus editores de después llevó su odio y envidia de ellos hasta el punto de suprimir en las cartas de la santa y otros escritos suyos ciertos pasajes en que manifestaba tal gratitud y admiración, nunca fue ella culpable de omisión semejante, incluso cuando surgieron ciertos conflictos y malentendidos entre ella y ellos. No obstante lo cual, no cabe negar

que llegaron a poner a prueba su paciencia angelical hasta el punto de ruptura del límite de elasticidad (como, según las revelaciones de ella, parecían proponerse), y que precisaba ya otra dirección.

En la grande y diversa complejidad de la Iglesia católica cada una de las órdenes tiene su cometido especial para el que ha nacido, como cada una tiene sus propias inclinaciones, sus defectos y virtudes. Los jesuitas habían sido primitivamente hombres de voluntad y de acción: maestros, predicadores, exploradores, misioneros, amantes de Dios que demostraron su sinceridad al aceptar el tormento y la muerte en todas las regiones del orbe. Estaba, pues, en la naturaleza misma de las cosas que individuos de tal índole no pudieran dedicarse por completo a la vida contemplativa, o a la tranquila y paciente búsqueda de la verdad filosófica. Y lo que Teresa había menester en el momento de la vida a que llegara era dos cosas, ante todo: la confianza en un contemplativo que hubiese alcanzado el grado que ella había ya alcanzado, cosa que el tímido padre Álvarez no logró, y la aprobación de los hombres que conocían la filosofía escolástica y la teología tan profundamente como solamente los dominicos de aquel entonces conocían; pues era la gloria peculiar de la Orden de Santo Domingo el haber producido a Santo Tomás de Aquino, y su enseñanza en Salamanca estaba entonces en apogeo. Ella descubrió que era una contemplativa avanzada no sólo para su Orden, sino incluso para los franciscanos. Providencialmente para ella ocurrió que en el mes de agosto del año 1560 llegó a Ávila un comisionado de la custodia franciscana o distrito de San José, famoso por su santidad y sus penitencias, Después de haber restablecido en su propio convento de Alcántara, en Extremadura, la austeridad original de la regla de San Francisco, había obtenido licencia del papa Paulo IV para fundar otras de la misma clase en

España. Y, con tal propósito, había llegado a Ávila el fraile Pedro de Alcántara y, hospedado en la mansión del señor de Loriana, atendía a las personas devotas que solicitaban su ayuda y su consejo.

Una de las penitentes fue doña Guiomar de Ulloa, que le había conocido hacía unos años en Plasencia. Y se le ocurrió que si había alguien que pudiera proporcionar la paz del espíritu a su amiga Teresa y calmar los escrúpulos del padre Álvarez, del maestro Daza, del santo caballero, no era otro que aquel enflaquecido fraile cuyos libros acerca de la oración mental eran célebres entre todos los religiosos de España. Doña Guiomar no había menester se la tranquilizase. De ello hubo de escribir Teresa: «Era tanta su fe, que no podía sino creer que era espíritu de Dios el que todos los más decían era del demonio; y como es persona de harto buen entendimiento, y de mucho secreto; y a quien el Señor hacía harta merced en la oración, quiso su Majestad darla luz en lo que los letrados inoraban. Dábanme licencia mis confesores que descansase con ella algunas cosas...» (*Vida*, cap. XXX).

Tal discreta viuda fue sigilosamente al Provincial de las carmelitas calzadas y obtuvo licencia para que Teresa estuviese en su casa ocho días, a fin de poder consultar al padre Pedro cuando pasara por Ávila. Teresa no supo nada de ello hasta que todo estuvo arreglado.

El primer encuentro de los dos santos tuvo probablemente lugar en la iglesia de Nuestra. Señora de la Anunciación, próxima a la muralla norte de Ávila, entre el Mercado chico y el Arco del Mariscal. Era, por cierto, una gran ironía que mientras la Inquisición española andaba en busca de judíos católicos de dudosa ortodoxia, hubiera un hermoso memorial como aquél erigido con dinero

judío. Los Bracamontes eran una distinguida y prolífica familia judía, emparentada con varias familias nobles de España, como las de la Cerda y Carvajal, Téllez Girón, Fernández de Velasco, los condes de Contamina y de Peñaranda de Bracamonte, los duques de Medina de Rioseco. Después de una prolongada estadía en Flandes, mosén Rubí regresó a su ciudad nativa para cumplir con la última voluntad de una tía suya que le había dejado un legado para construir una iglesia; pero la capilla que hizo construir en el año 1516 era tan extraña que la Inquisición ordenó que se suspendiera la obra durante varios años. Los escritores masónicos le encuentran una semejanza con las logias del rito escocés. El ex masón católico Tirado y Rojas hace notar en la forma pentagonal, las dos columnas de la entrada, el emblema masónico en la columna triangular que sostiene el púlpito, las alegorías del asiento principal del coro, el martillo y el compás del escudo de los Bracamontes. Y fue en aquel lugar, antes que en ningún otro, en donde Teresa estuvo para confesarse con Pedro de Alcántara. Contaba éste a la sazón sesenta y un años de edad, si bien parecía mayor. A la edad de cincuenta y cuatro había ido andando descalzo hasta Roma a obtener el permiso del papa Julio III para fundar varios conventos pobres de disciplina muy severa. Era un hombre esquelético, sin zapatos, envuelto en una vieja y raída pieza de tela de saco. A pesar de ello, se le había visto corriendo, como San Francisco de Asís, por los bosques cantando por pura alegría y proclamando que era el vocero del Señor Dios.

En el acto se dio cuenta de que la mujer arrodillada a su lado era una santa que poseía el valor y el amor de intentar lo que él había ya realizado; y, con el fin de alentarla, la dijo algo acerca de las mortificaciones gracias a las cuales había ido él poco a poco

dominando los prontos de su carácter. De tal varón hubo ella de escribir:

«Paréceme fueron cuarenta años los que me dijo había dormido sólo hora y media entre noche y día, y que éste era el mayor trabajo de penitencia, que había tenido en los principios, de vencer el sueño, y para esto estaba siempre u de rodillas u en pie. Lo que dormía era sentado, la cabeza arrimada a un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera, no podía, porque su celda, como se sabe, no era más larga que cuatro pies y medio. En todos estos años jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los pies, ni vestido, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y éste tan angosto como se podía sufrir y un mantillo de lo mesmo encima. Decíame que en los grandes fríos se le quitaba y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda, para que, con ponerse después el manto y cerrar la puerta, contentaba el cuerpo, para que se sosegase con más abrigo. Comer a tercer día era muy ordinario. Y díjome, que ¿de qué me espantaba?, que muy posible era a quien se acostumbraba a ello. Un su compañero me dijo que le acaecía estar ocho días sin comer. Debía ser estando en oración, porque tenía grandes arrobamientos e ímpetus de amor de Dios, de que una vez fui yo testigo.»

«Su pobreza era extrema y mortificación en la mocedad, que me dijo que le había acaecido estar tres años en una casa de su Orden, y no conocer fraile, si no era por la habla; porque no alzaba los ojos jamás, y ansí a las partes que de necesidad había de ir, no sabia, sino íbase tras los frailes; esto le acaecía por los caminos. A mujeres jamás miraba, esto muchos años. Decíame que ya no se le daba más ver que no ver; mas era muy viejo cuando le vine a

conocer, y tan extrema su flaqueza que no parecía sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle. En éstas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento.» (*Vida*, cap. XXVII)

En una de sus conversaciones, Pedro hizo mención casualmente de que durante veinte años había llevado un cilicio de cota de malla continuo.

Aun antes de que Teresa hubiese terminado su relato, ya sabía él cuál era la situación. Y dice Teresa: «Este santo hombre me dio luz en todo, y me lo declaró, y dijo que no tuviese pena, sino que alabase a Dios y estuviese tan cierta que era espíritu suyo, que si no era la fe, cosa más verdadera no podía haber, ni que tanto pudiese creer; y él se consolaba mucho conmigo, y dábame parte de sus cosas y negocios. Húbome grandísima lástima; díjome, que uno de los mayores trabajos de la tierra era el que había padecido, que es contradición de buenos, y que todavía me quedaba harto; porque siempre tenía necesidad, y no había en esta dudad quien me entendiese, mas que él hablaría al que me confesaba, y a uno de los que me daban más pena, que era este caballero casado, que ya he dicho.» (*Vida*, cap. XXX).

Fray Pedro, desde luego, cumplió lo ofrecido. Fue a ver al padre Álvarez y le dijo su opinión sobre Teresa: que sus visiones provenían del Dios Todopoderoso y que era un error el hacerla que las resistiese. El joven jesuita se sintió tal vez aliviado al ver sus dudas resueltas por hombre tan santo, de mucha más edad y tanta experiencia; y desde aquel mismo instante dejó de acuciar el alma de su penitente.

Salcedo no fue tan fácil de convencer. A su respecto Teresa escribió: «El confesor poco había menester; el caballero tanto, que

aun no del todo bastó, mas fue parte para que no tanto me amedrentase».

Cuando fray Pedro hubo terminado con aquella buena intercesión, hizo prometer a Teresa que le escribiría sobre cualquier progreso que ella pudiera hacer en la vida espiritual y que le tuviera presente en sus oraciones, marchándose después de Ávila y dejándola «muy consolada». Ella se puso en seguida a dar gracias al Señor, a Su Madre y a San José, a cuya intercesión jamás fallida atribuía la llegada de aquel hombre consolador en aquella su crisis; pues, ¿no era fray Pedro el comisario de la «custodia» de San José? ¡Qué descanso para ella el saber que no había estado engañándose a sí misma y a los demás!

¡Pobre Teresa! ¿No había por ventura aprendido todavía que no hay bien que dure en esta vida? De repente aquella divina consolación hubo de abandonarla y se vio de nuevo indefensa contra los antiguos temores y todas las asechanzas del averno. Lo cual duró unas dos o tres semanas. Ya era harto malo de por sí tener tan sólo dolores físicos, y sólo penas mentales; pero, cuando venían ambos juntos «todas las mercedes que me había hecho el Señor, se me olvidaban; sólo quedaba una memoria, como cosa que se ha soñado, para dar pena; porque se entorpece el entendimiento de suerte, que me hacía andar en mil dudas y sospechas, pareciéndome que yo lo había sabido entender, y que quizá se me antojaba, y que bastaba que anduviese yo engañada, sin que engañase a los buenos; pareciame yo tan mala, que cuantos males y herejías se habían levantado, me parecía eran por mis pecados. Esta es una humildad falsa, que el demonio inventaba para desasosegarme, y probar si puede traer el alma a desesperación».

La verdadera humildad proporciona la paz y la quietud y la luz al alma, aunque duela por haber ofendido a Dios; pero en la «otra humildad, que pone el demonio, no hay luz para ningún bien, todo parece lo pone Dios a fuego y a sangre». Aunque el alma sigue creyendo en la misericordia de Dios, cree sin satisfacción, toda vez que el demonio, incapaz de robársela, la atormenta con la idea de lo indigna que es. «Es una invención del demonio de las más penosas y sutiles y disimuladas, que yo he entendido de él.» Era a la manera de las tentaciones de Job; como si el demonio hubiese tenido permiso para jugar a la pelota con el alma desesperanzada de la pobre Teresa. La oración se convertía así en un tormento más, nada servía de alivio.

«A mi parecer, es un poco de traslado del infierno. Esto es ansí, según el Señor en una visión me dio a entender, porque el alma se quema en sí, sin saber quien, ni por donde le ponen fuego, ni como huir de él, ni con que le matar: pues quererse remediar con leer, es como si no supiese.»

Una vez, en semejante estado, Teresa leyó parte de una vida de un santo cuatro o cinco veces sin entender palabra de ello. «Tener pues conversación con nadie, es peor; porque un espíritu tan desgastado de ira pone el demonio, que parece a todos me querría comer. Pues el ir al confesor, esto es cierto, que muchas veces me acaecía lo que diré, que con ser santos, como lo son los que en este tiempo he tratado y trato, me decían palabras y me reñían con una aspereza, que después que se las decía yo, ellos mesmos se espantaban, y me decían que no era mas en su mano; porque, aunque ponían muy por sí de no lo hacer otras veces, que se les hacía después lástima y aun escrúpulo, cuando tuviese semejantes trabajos de cuerpo y alma, y se determinaban a con-

solarme con piedad, no podían. No decían ellos malas palabras, digo en que ofendiesen a Dios, mas las más desgastadas que se sufrían para confesar; debían pretender mortificarme, y aunque otras veces me holgaba y estaba para sufrirlo, entonces todo era tormento.» (*Vida*, cap. XXX).

Sin embargo de todo, ella procuraba estar siempre ocupada realizando trabajos de la clase más humilde hasta que, al fin, llegó un momento en que oyó claramente la voz de Cristo que le decía: «No estés fatigada; no hayas miedo.» Era como el sol elevándose sobre las tinieblas de su alma, disipando todas las nubes; y su alma salía entonces «del crisol, como el oro, más afinada y glorificada».

Sin embargo, tal tentación le había traído a la memoria la necesidad de la precisión teológica. Trató de encontrarla y la halló en el convento real de Santo Tomás, adonde ella y su padre habían ido can tanta frecuencia a confesarse. Conocía al entonces subprior del convento, fray García de Toledo, el cual ha dejado una descripción de ella diciendo que su rostro era más de ángel que de criatura humana. Era éste un vástago de los condes de Oropesa y había ido a Méjico en el año 1535 con el virrey don Antonio de Mendoza, ingresando después en la Orden dominicana y trabajando allí en ella hasta 1545, en que regresó a España. Desde el año 1555 era subprior en el convento de Santo Tomás. No se sabe a punto fijo cuándo llegó a conocer a Teresa, pero es casi seguro que hubo de oírla en confesión, y hacia fines del año 1560 la presentó a uno de sus lectores, fray Pedro Ibáñez, que era considerado el mejor teólogo de su Orden y uno de los mejores de toda Europa. Éste entabló conocimiento con Teresa hacia fines del año 1560, o acaso antes.

Es muy probable que hombre tan experto precisara bien poco tiempo para hacerse cargo de que aquello con que tenía que vérselas no era engaño diabólico, sino extraordinaria santidad. De todas suertes, como hombre prudente que era, la pidió que escribiese una detallada relación de su método de oración.

El relato le satisfizo plenamente. Dio a Teresa la seguridad, por ella tan deseada, de que sus visiones y éxtasis venían de Dios y no del demonio. Tal vez fuera el autor de un famoso memorándum sobre el estado del alma de Teresa, en el año 1560:

«1.— La finalidad de Dios es atraer un alma hacia Él, y la del demonio separarla de Dios. Nuestro Señor no usa jamás medios que separen a uno de Él, ni el demonio los que a Dios llevan. Todas las visiones y las otras cosas que ocurren a ella la acercan más a Dios, y la hacen más humilde, obediente, etc.

»2.— La doctrina de Santo Tomás y de todos los santos es que se reconoce al ángel de la luz por la paz y la quietud que deja en el alma. Ella no tiene nunca tales cosas sin gran paz y gozo después, de tal suerte que todos los contentos del mundo juntos la parecen no igualar al último de ellos.

»3.— No tiene falta o imperfección por los que la reprenda el que habla en su interior.

»4.— Nunca pedía ni deseaba tales cosas si no era para cumplir en todo la voluntad de Dios nuestro Señor.

»5.— Todas las cosas que Él la dice están conformes a la divina Escritura y a lo que enseña la Iglesia, y son muy verdaderas con todo rigor escolástico.

»6.— Tiene gran pureza de alma, gran sinceridad, el más ferviente deseo de agradar a Dios, y por otra parte de aplastar bajo su planta todo cuanto pueda ser de este mundo.

»7.— Le han dicho que todo cuanto pidiera de Dios, si era justo, lo tendría. Ella ha pedido mucho, cosas que no se pueden escribir aquí, pues sería muy largo de contar, y todas le han sido concedidas.

»8.— Cuando estas cosas provienen de Dios, están siempre ordenadas para el bien de una misma, o de la comunidad, o de alguien. Ella tiene experiencia de sus progresos y del de varias otras personas.

»9.— No hay quien hable con ella, a no ser de índole depravada, que no se sienta movido a devoción por sus negocios, aun cuando ella no hable de ellos.

»10.— Cada día aumenta en la perfección de sus virtudes, y ellas la enseñan cosas de mayor perfección. Así, en todo el curso del tiempo, ha continuado mejorando en sus mismas visiones, en la forma que Santo Tomás indica.

»11.— No la cuentan nunca novedades, sino cosas edificantes, ni la dicen cosas insensatas. Algunas personas la dijeron que estaba llena de demonios; pero tan sólo para que pudiese entender cómo es un alma cuando ha ofendido mortalmente a Dios.

»12.— El procedimiento del demonio, cuando trata de engañar a la gente, es aconsejarles que guarden silencio sobre lo que él les dice; pero, ellos la habían encarecido que se lo comunicase a los hombres instruidos que son siervos del Señor, y que, si lo ocultaba, tal vez el demonio pudiese engañarla.

»13.— Grande es el progreso de su alma con estas cosas y la buena edificación que da con su ejemplo, al punto de que cuarenta de las monjas de su casa practican ya el recogimiento.

»14. — Por lo general, estas cosas le suceden después de una larga oración mental y mientras está absorbida por Dios e inflamada con su amor o comunicándose.

»15.— Tales cosas la dan un gran deseo de ser buena, y de no ser engañada por el demonio.

»16. —Producen en ella la humildad más profunda; sabe que lo que recibe es de manos del Señor, y lo poco que por sí misma tiene.

»17.— Cuando está sin estas cosas, las que ocurren suelen causarla dolor y perturbación; y, cuando esto llega, no le queda memoria de nada, y si solo un gran deseo de sufrir, y se complace tanto en ello, que es verdaderamente asombroso.

»18.— La hacen alegrarse y consolarse con pruebas, murmurando de ella, con enfermedades, que las tiene terribles, y también del corazón y vómitos y muchas otras dolencias, todas las cuales desaparecen cuando tiene visiones.

»19.— Además de todo esto, hace gran penitencia, con ayunos, disciplina y mortificaciones.

»20. —Tanto las cosas de la tierra que pueden darle algún placer como las pruebas, de las que ha soportado muchas, las lleva con el mismo espíritu, sin perder la paz y la quietud de su alma.

»21.— Tiene un propósito tan firme de no ofender al Señor que ha hecho un nuevo voto, de no dejar nunca por hacer algo que ella crea puede ser más perfecto, o algo que le diga alguien que lo entienda así; y aunque tiene por santos a los de la Compañía de Jesús, y cree que el Señor le ha otorgado muchos favores por su intermedio, me dijo que, si hubiera una mayor perfección en no consultarles, no volvería a hablarles ni a verles nunca más, aun

cuando eran ellos quienes la habían calmado y la habían hecho sentar los pies en el camino de las cosas.

»22.— El amor que ella siente por Dios, y el sentimiento de Su presencia y ser disueltos en Su amor, es verdaderamente asombroso, y está acostumbrada a sentirse en arrobamiento con ellos todo el día.

»23.— Cuando oye que se habla de Dios con gran devoción, parece con frecuencia como si fuera a tener un arrobamiento, y no poder resistirlo, por esfuerzos que haga en contra, y permanece entonces en tal estado que produce una gran devoción en quienes la ven.

»24.— No puede soportar el hablar con nadie que no la diga sus faltas y no la reprenda, todo lo cual lo recibe con gran humildad.

»25. — Con estas cosas no puede tolerarlo cuando los que están en un estado de perfección no tratan de vivir con arreglo a su ley.

»26.— Está por completo libre de afecto hacia los parientes, de querer hablar con la gente, es amiga de la soledad; tiene gran devoción a los santos, y en las otras fiestas y misterios de la Iglesia en alto grado, y está llena de una gran ternura por nuestro Señor.

»27. — Si todos los de la Compañía y todos los siervos de Dios en la tierra la dicen, o la dijeran, que es el demonio, se atemoriza y tiembla antes de que su visión comience; pero, una vez que está en oración mental y recogimiento, no se convencerá de que es solo Dios quien está con ella y habla con ella, aunque la hagan mil pedazos.

»28.— Dios le ha dado un espíritu tan fuerte y valeroso que es un asombro. Antes solía ser tímida; ahora aplasta a todos los

demonios bajo su planta. Está muy por encima de todas las frivolidades y tontas locuras de las mujeres. Completamente liberada de escrúpulos. Es extremadamente honesta.

»29. — Con ello el Señor le ha dado el don de las lágrimas más felices, una gran compasión por cuantos la rodean, conocimiento de sus propias faltas, mucho respeto por las buenas personas y un rebajamiento de sí misma. Y, en verdad, digo que ha ayudado a muchas personas, y que yo soy una de ellas.

»30.— Tiene comúnmente a Dios en el pensamiento y se da cuenta de la Su presencia.

»31.— No le han dicho nada (en sus arrobamientos) que no haya sucedido así y que no haya pasado, y esto es un argumento muy poderoso.

»32.— Estas cosas producen en ella una admirable claridad de entendimiento, y una iluminación en las cosas de Dios.

»33.— Que la dijeron que contemplara las Escrituras y se vería como ningún alma que deseara agradar a Dios había sido engañada tanto tiempo».

Otro análisis verdaderamente agudo de los estados místicos de Teresa fue hecho durante su misma vida, o poco después de ella, por su biógrafo jesuita, el padre Ribera. Éste, discurriendo acerca del famoso capítulo en que San Ignacio dice cómo distinguir al espíritu bueno del malo (EE, 2ª semana), contesta a su misma pregunta: ¿Qué crédito daríamos a las revelaciones de doña Teresa?, con otras varias preguntas:

¿Son verdaderas las revelaciones? ¿Están de acuerdo con las Sagradas Escrituras y con las enseñanzas de la Iglesia católica? ¿Contienen alguna falsedad, aun cuando sean verdaderas en general? ¿Qué efecto producen en los místicos? ¿Cuál es su tem-

peramento? ¿Es ella discreta, de buen juicio? ¿Padece de alguna enfermedad capaz de afectar a su razón? ¿Es melancólica, impulsiva, excesivamente apasionada en el amor y en el aborrecimiento, demasiado imaginativa? ¿Es muy joven todavía en el servicio de Dios, inexperta en las cosas del espíritu? ¿Es orgullosa, deseosa de ser estimada, ansiosa de dar a la publicidad sus cosas y de hablar de ellas? ¿Habla de sus revelaciones con muchas personas? ¿Habla de ellas sin que se le pregunte? ¿Da más importancia a sus propias opiniones que a las de los demás? ¿Cree lo que se la dice en revelaciones y lo sigue, aunque los hombres letrados y espirituales le digan lo contrario? ¿No se siente deseosa de pedir la opinión de los demás sobre las cosas que cree le han sido reveladas? ¿Se pone a rezar con curiosidad, deseando tener tales revelaciones? ¿Hace preguntas a nuestro Señor sobre ella misma o sobre los demás, pidiéndole como respuesta una revelación? ¿En su modo de vivir y en su conversación, es excéntrica y distinta de la mayoría de los demás en el mismo estado de vida que ella? ¿Han sido sus revelaciones aprobadas y atestiguadas por personas competentes?

Ribera deduce que ella sale triunfante de todas estas pruebas que los sabios directores han considerado tan útiles para descubrir a impostores, paranoicos e iluminados. Todas las predicciones hechas en sus revelaciones se cumplieron, habiendo sido todas ellas en servicio de Dios, y tenían que ver con cosas nobles y elevadas. Los arrobamientos la hacían amar a Dios, abominar del pecado, progresar día tras día en la virtud. Su personalidad no tenía en sí nada de exaltada; era muy sana y sólida de juicio, de una gran discreción y un buen temperamento bien distante de la melancolía. Tan sólo una vez le pidió a nuestro Señor una revelación, y se censuró mucho a sí misma por haberlo hecho; por

el contrario, le pedía que la guiase por otro camino. Sólo confió sus revelaciones a dos personas que podían desengañarla caso de que estuviese engañada; era muy secreta y le dolía cuando sus consejeros traicionaban su secreto. Finalmente, fueron atestiguadas y aprobadas como genuinas por muchas personas espirituales y letradas. Algunos dirán —añade el padre Ribera, más bien raramente— que es una mujer. Cierto, pero ante Dios no hay hombres y mujeres, sino sólo criaturas (Ribera, *Vida de Santa Teresa*).

Teresa tenía ya buenas razones para creer que estaba segura. Después de haber pasado por todas las pruebas posibles, estaba lista para cualquier cosa que el Señor quisiese que hiciera. ¿Qué iba a ser ello?

La respuesta pareció llegarle por un proceso de razonamiento que comenzó con una visión del infierno, cuya descripción es uno de los pasajes más vivientes de su autobiografía. En él escribió:

«Después de mucho tiempo, que el Señor me había hecho ya muchas de las mercedes que he dicho, y otras muy grandes, estando un día en oración, me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado, y yo merecido por mis pecados. Ello fue en brevísimo espacio; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo y escuro y angosto. El suelo me parecía de una agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él. Al cabo estaba una concavidad metida en una pared, a manera de una alacena, a donde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era

deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí: esto que he dicho ya mal encarecido.»

«Esto otro me parece que aun principio de encarecerse cómo es, no lo puede haber, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan incomportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y sigún dicen los médicos, los mayores que se pueden acá pasar; porque fue encogérseme todos los nervios cuando me tullí sin otros muchos de muchas maneras, que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados del demonio, no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es pues nada en comparación del agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible, y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer; porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque ahí parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma mesma es la que se despedaza. El caso es que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No oía yo quien me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzar, a lo que me parece, y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor.»

«Estando en tan pestilencial lugar tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar aunque me pusieron en este como agujero hecho en la pared, porque estas paredes que son espantosas a la vista, aprietan ellas mesmas, y todo ahoga: no hay luz, sino todo tinieblas escurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena todo se ve... Yo no sé cómo ello fue, más bien entendí ser

gran merced, y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de donde me había librado su misericordia.»

Todos los tormentos que ella había leído o imaginado acerca del infierno eran nada en comparación de lo que entonces sintió, como simples pinturas comparadas con la verdadera realidad. «Y el quemarse acá es muy poco en comparación de este fuego de allá.»

«Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es ansí que me parece que el calor natural me falta del temor, aquí donde estoy; y ansí no me acuerdo vez, que tenga trabajo ni dolores, que no me parezca no nada todo lo que acá se puede pasar; y ansí parece en parte que nos quejamos sin propósito. Y ansí torno a decir que fue una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho; porque me ha aprovechado muy mucho, ansí para perder el miedo a las tribulaciones y contradicciones de esta vida, como para esforzarme a padecerlas, y dar gracias al Señor, que me libró, a lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles.»

Más tarde, al ponerse Teresa a reflexionar sobre tal experiencia, comenzó a pensar en las desgraciadas almas que allí habían ido, que estaban yendo y que iban a continuar yendo. Y semejante pensamiento la colmó de dolor y la infundió un ardiente deseo de salvarlas de tal destino, igual que había sido ella salvada. Y escribió: «De aquí también gané la grandísima pena que me da las muchas almas que se condenan, de estos luteranos en especial (porque ya eran por el bautismo miembros de la Iglesia), y... me parece cierto a mí que, por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes de muy buena gana.»

En el corazón de una mujer que había mirado así el infierno no había lugar para el odio que algunos de sus compatriotas concebían por los infelices extraviados del Norte que se daban a quemar iglesias católicas, a matar sacerdotes y a profanar el cuerpo de Cristo. ¿Qué cristiano podía mirar con indiferencia el que los turcos se apoderasen de Malta y se adueñaran del Mediterráneo? ¿Y qué español no habría de sentirse alarmado ante la gran conspiración de Francia, que incluía no tan sólo a la reina de Inglaterra, sino también a los luteranos de Alemania para adueñarse del poder e instalar un Gobierno calvinista? La llamada conspiración de Amboise fue el comienzo de una larga serie de ocho guerras hugonotes; en el intervalo de un año el suelo francés se veda regado por la sangre de sacerdotes y monjas sin amparo alguno ([24]). Incluso ya en el año 1560 Teresa debió de haber oído algo sobre la anarquía y la depravación denotada por Lutero mismo como consecuencia de su «reforma» en Alemania. Sin embargo, esta mujer estaba ya tan purificada de toda humana flaqueza que no compartió, en el mínimo grado, ese sádico impulso que proporciona al pecador la satisfacción de ver que hay otros peores que él, y en el cual puede contemplar el castigo que su secreta conciencia le dice que merece. Los peores católicos podían perfectamente enviar a los luteranos a la muerte y al infierno; pero los mejores, los verdaderos santos, sólo sentían compasión y tristeza, y no odio. De tal suerte, en vez de denunciar a los protestantes, Teresa les amaba con tan extraordinario amor que quería morir en el tormento por su bien, si con ello podía hacerles volver a los sacramentos de la Iglesia de Cristo. Así, pues, comenzó a ayunar, a guardar vigilias agotadoras y a castigar su pobre cuerpo de mil distintas maneras en bien de aquellos

[24] Pare detalles de la conspiración de Amboise, véase mi *Felipe II.*

luteranos, olvidados de que Cristo había venido al mundo para enseñar a los hombres cómo se hacía penitencia.

No hacía Teresa distinción alguna entre calvinistas y los de las otras sectas. Para ella eran todos «luteranos». Así, escribió:

«Venida a saber los daños de Francia de estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada seta, fatiguéme mucho, y como si yo pudiera algo u fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Paréceme que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que vía perder. Y como me vi mujer y ruin y imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor, que toda mi ansía era, y aún es, que pues tienen tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos; y ansí determiné a hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es siguir los consejos evangélicos con toda la perfeción que yo pudiese...» Se puso, pues, a rezar por los «que son defendedores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden» y confió en que de tal manera ayudaría «a este Señor mío, que tan apretado le train a los que ha hecho tanto bien que parece le querrían tornar ahora a la cruz estos traidores y que no hubiese adonde reclinar la cabezas.» (*Camino de perfección*, cap. I)

«¡Oh Redentor mio, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué es esto ahora de los cristianos? ¿Siempre ha de ser de ellos lo que más os fatiguen? ¿A las mijores obras hacéis, los que más os deben, a los que escogéis para vuestros amigos, entre los que andáis y os comunicáis por los sacramentos? ¿No están hartos, Señor de mi alma, de los tormentos que os dieron los judíos?»

«Por cierto, Señor, no hace nada quien se aparta del mundo ahora. Pues a vos os tienen tan poca ley, ¿qué esperamos nos-

otros?, ¿por ventura merecemos mijor nos tengan ley?, ¿por ventura hémosles hecho mijores obras para que nos guarden amistad los cristianos?, ¿qué es esto?, ¿qué esperamos ya los que por la bondad del Señor estamos sin aquella roña pestilencial? —que ya aquellos son del demonio—. Buen castigo han ganado por sus manos y bien han granjeado con sus deleites fuego eterno. Allá se lo hayan, aunque no se me deja de quebrar el corazón ver tantas almas como se pierden...»

No eran, en verdad, mera literatura esta desolación y este dolor del corazón de Teresa, que tanto sufría. Según fray Luis de León, experimentaba verdadero dolor físico cada vez que oía decir algo de las atrocidades cometidas por los protestantes contra los monasterios ingleses o alemanes. Pero no era eso bastante. Debla, además, tomar sobre sí misma la angustia voluntaria y las privaciones en nombre de los que no querían tener su parte para dar toda la medida de los sufrimientos de Cristo, de lo que escribió San Pablo tan misteriosamente. Ella debía ser perfecta, nada menos que perfecta.

Le parecía que la perfección para una carmelita debía consistir en vivir con arreglo al espíritu y a la letra de los fundadores de la Orden. La regla primitiva, observada por las reclusas del Monte Carmelo, había sido dispuesta para personas contemplativas, casi ermitañas, en grupos lo suficientemente numerosos para una vida en común, necesaria para la disciplina, y lo bastante pequeños para la soledad requerida para la oración mental; número ideal que era el de trece o dieciséis. En la época de Teresa la Orden se había desviado de semejante ideal, por ejemplo en Ávila, donde había 180 monjas, pocas de las cuales vivían como verdaderas contemplativas y, por supuesto, con

grandes dificultades para ello por causa de las distracciones de las visitas, las conversaciones y las noticias.

Esto no obstante, es un hecho que, sin las visitas y las conversaciones, que tanta la molestaban, no habría ella podido dar el primer paso en busca del remedio, ya que fue durante una de tales visitas de larga conversación cuando se le sugirió por primera vez un plan concreto. Para aquel entonces era ella muy solicitada por las personas religiosas que intentaban realizar la oración mental y que gustaban de hablar de cosas de Dios (las únicas que ella podía tolerar), algunas de las cuales tenían autorización para reunirse en su celda, incluso por la noche. En su mayoría eran, según dice Ribera, parientas suyas o de su amiga, la hermana Juana Suárez. Entre ellas se contaban María de San Pablo, hija de su amigo Nicolás Gutiérrez; Ana de los Ángeles, monja de la Encarnación; doña Guiomar de Ulloa; dos sobrinas suyas, Isabel e Inés de Cepeda, y una muchacha de diecisiete años, doña María de Ocampo.

María de Ocampo era hija del primo de Teresa, Diego, uno de los muchachos con quienes ella había jugado de niña, y de Beatriz de la Cruz y Ocampo. Sus padres vivían en Toledo. A los cinco o seis años se hallaba, casualmente, en la Puebla de Montalbán cuando llegó allí, de vuelta de una peregrinación al monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, su tía Teresa; la cual, sintiéndose muy atraída por ella, propuso educarla en el convento de la Encarnación. El padre de la niña se negó a ello. Pero cuando ella llegó a los diecisiete años, como tuviera ya varias otras hijas de un segundo matrimonio, dio su consentimiento. Sucedió esto en el año 1559. María se decidió en el acto a ser monja. Era una muchacha por el estilo de lo que había sido Teresa a su misma edad, cuando

avispada, afectuosa, llena de vitalidad y ganas de jugar y divertirse, y loca (como ella misma hubo de decir más adelante) por los vestidos, los entretenimientos y los libros de caballerías. Sin embargo, sus deseos hubieron de enfriarse un tanto y, cuando llegó por fin a Ávila, a comienzos de 1560, daba la impresión de ser una jovencita bastante frívola y versátil. Teresa, que se acordaba de su propio pasado, no estaba muy complacida de ver a la otra con los libros de caballerías; pero en vez de retirárselos o de darla una buena reprimenda, le fue poco a poco haciendo notar que la lectura era una buena costumbre y que, con el tiempo, la llevaría a leer buenos libros. Es de suponer que lo mismo de sensata sería al tratar de la afición de María por las cintas brillantes y los cosméticos. El resultado de ello fue que la muchacha se encontró como el pez en el agua, en el convento de la Encarnación, y entregada por completo a aquella prudente y serena mujer que era su tía.

Formaba María parte del pequeño grupo que se reunía todas las noches en la celda de Teresa para hablar de Dios y de las cosas de la divinidad. Como dice Ribera, una palabra tiraba de la otra hasta que alguna manifestaba que era imposible llevar una vida de perfecta contemplación en un convento como aquél, tan grande, y lo agradable que debía de haber sido, en los tiempos antiguos de la Orden, vivir con arreglo a sus estrictas reglas. María de Ocampo llegó a sugerir, en broma, que debían reformar la regla en la Encarnación y encontrar después algunos pequeños conventos en donde sus miembros fueran exclusivamente monjas contemplativas. La mayoría de las allí reunidas tomó la cosa con el mismo espíritu, y hubo mucha suave algazara y diversión. Es muy posible que Teresa nada dijera, pero a buen seguro que no dejaría de sopesar aquella idea que tan palmariamente respondía a lo que

en su mente se incubaba. Y tal vez pensara: ¿Por qué no? Y que luego rumiara: ¿Por qué no?

La conversación siguió su curso. Se presentaron objeciones varias a semejante idea. ¿Cómo iba a ser posible reformar un convento sobre el que no tenían autoridad alguna? E incluso, si lo otro fuese posible, ¿en dónde iban a encontrar el dinero para ello preciso? Pues bien: en cuanto a eso, María de Ocampo poseía una pequeña propiedad, que constituía parte de su dote, y, además, estaba dispuesta a contribuir para ello con mil ducados.

Mientras en ello estaban llegó doña Guiomar, y, al enterarse de lo que se trataba, acogió la idea con entusiasmo, exclamando: «Es una santa obra y os ayudaré cuanto esté en mi mano».

Teresa dio la respuesta que de ella era de esperar: que encomendasen el asunto a Dios en sus oraciones y procurasen averiguar cuál era su santa voluntad.

Poco a poco, a medida que iban pasando los días, Teresa fue convenciéndose de que Él quería que fundara un nuevo monasterio bajo la regla primitiva. Por fin, una mañana, después de haber recibido la hostia de la comunión, se dio cuenta de la presencia de Él y de que así lo quería. A tal respecto, escribe: «Habiendo un día comulgado, mandóme mucho su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas, de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se servida mucho en él, y que se llamase San Joyef, y que a la una puerta nos guardaría él, y nuestra Señora la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor: y que aunque las religiones estaban relajadas, que no pensase se servía poco en ellas; que ¿qué sería del mundo, si no fuese por los religiosos?

Que dijese a mi confesor esto que mandaba, y que le rogaba Él que no fuese contra ello ni me lo estorbase.»

«Era esta visión con tan grandes efetos, y de tal manera esta habla, que me hacía el Señor, que yo no podía dudar que era Él. Yo sentí grandísima pena, porque en parte se me representaron los grandes desasosiegos y trabajos que me había de costar; y como estaba tan contentísima en aquella casa, que aunque antes lo trataba, no era con tanta determinación ni certidumbre que sería» (*Vida*, cap. XXXII).

No había, pues, medio de ignorar una orden divina y Teresa se decidió a informar inmediatamente al padre Álvarez, por escrito. Y él fue de parecer de que la mayoría de los sacerdotes rechazaría tan extravagante sugerencia. Teresa escribió de ello:

«Él no osó determinadamente decirme que lo dejase, mas vía que no llevaba camino conforme a razón natural, por haber poquísima, y casi ninguna posibilidad en mi compañera [Doña Guiomar], que era la que lo había de hacer. Díjome que lo tratase con mi prelado, y que lo que él hiciese, eso hiciese yo; yo no trataba estas visiones con el prelado, sino aquella señora trató con él, que quería hacer este monasterio; y el provincial vino muy bien en ello, que es amigo de toda religión, y dióle todo el favor que fue menester, y díjole que él admitiría la casa; trataron de la renta que había de tener, y nunca queríamos fuesen más de trece por muchas causas. Antes que lo comenzásemos a tratar, escribimos al santo fray Pedro de Alcántara todo lo que pasaba, y aconsejónos que no lo dejásemos de hacer y diónos su parecer en todo».

Fray Pedro escribió, como de costumbre, en una hoja de papel muy pequeña, hasta los mismos bordes, contraviniendo así la etiqueta, que exigía ancho margen a ambos lados. En su carta

instaba con fuerza a que se siguieran las huellas de Cristo, llevando una vida de oración y desdeñando todos los bienes terrenales. San Luis Beltrán envió, asimismo, una calurosa recomendación, pero su carta tardó tres meses en llegar. Mientras tanto, como el provincial había dado ya su consentimiento, el padre Álvarez no vio razón alguna para no dar también el suyo, y todo el camino para la fundación del minúsculo convento pareció allanado. El dinero de María serviría para los primeros gastos, y doña Guiomar, que por causa de sus numerosas obras de caridad había reducido mucho sus rentas, era rica en determinación y en recursos. Una apacible calma pareció descender sobre la monja de la Encarnación y su devoto grupo de amigas, calma que entrañaba todo el gusto previo a la gran victoria. Mas era también la calma precursora de la gran tormenta.

# CAPÍTULO XIII

## COMIENZO DE LA REFORMA Y PRIMERA DERROTA

La noticia del caso se hizo pública y Ávila entera ardía de emoción. La *Beata* de la Encarnación iba a abandonar aquel convento y a fundar uno nuevo. ¿Cómo era posible aquello, otro convento? ¿Acaso no había ya bastantes en Ávila? Y si tenía tan poco dinero como, al parecer, poseía, las monjas tendrían que ser mantenidas por la ciudad. ¿Quién era ella para ponerse por encima de todos los demás? ¿No había, por ventura, en la Encarnación monjas buenas, verdaderas santas algunas de ellas? Dondequiera que la gente se reunía, en las casas, en los mercados, en las calles, no se hablaba de otra cosa, y unos a otros se preguntaban: «¿Qué, habéis oído algo recientemente de doña Teresa de Ahumada?» De tal suerte, como dice el padre Ribera, el demonio, adivinando todo el daño que la reforma podría suponer para él y su labor, se dio a recorrer la ciudad desencadenando una verdadera borrasca.

Teresa y Guiomar se veían sometidas a una persecución sin descanso. Las burlas más sangrientas y las sarcásticas pullas las seguían por doquier; cada vez que salían, las risas despectivas estallaban a su paso. Teresa era monja; que se quedara, pues, en su convento y se dedicara a rezar; Guiomar era viuda y madre; que se preocupase, pues, de los asuntos de su casa y acabara de una vez de meterse en lo que no la importaba. Teresa se refiere a ello, diciendo: «Y, es ansí, que gente de oración, y todo en fin el lugar,

no había casi persona que entonces no fuese contra nosotras, y le pareciese grandísimo disparate» (*Vida*, cap. XXXII).

Lo sentía Teresa más por causa de su amiga que por sí misma. Doña Guiomar tenía que arrostrar a la gente, pero ella estaba recogida en el convento. Doña Guiomar era una santa mujer; pero ella (decía en su humildad) era soberbia, ruin, presuntuosa, entremetida, y todos tenían razón al decirlo. Guiomar debía depender de su propio juicio y su conciencia, mientras que Teresa tenía revelaciones que la alentaban, y que ella describe: «Estando ansí muy fatigada, encomendándome a Dios, comenzó su Majestad a consolarme y animarme; díjome que aquí vería lo que habían pasado las santos que habían fundado las religiones, que muchas más persecuciones tenía que pasar de las que yo podía pensar, que no se nos diese nada. Decíame algunas cosas que dijese a mi compañera, y lo que más me espantaba yo es que luego quedábamos consoladas de lo pasado, y con ánimo para resistir a todas.»

Decía la gente que la monja tenía alguna excusa porque el provincial aprobaba su plan descabellado, pero que no había ninguna para la mujer de su casa, y todos la rehuían como si tuviese la viruela. Las cosas llegaron a ponerse de tal modo que cuando fue a confesarse en la mañana del día de Navidad (el año 1560), el sacerdote confesor, que conozco bien, dijo Ribera, se negó a darle la absolución si no le prometía, por lo pronto, abandonar su plan para el nuevo convento y poner, de tal modo, término al escándalo que con ello había promovido.

Doña Guiomar fue al convento de la Encarnación para celebrar un consejo de guerra con su amiga; y ambas decidieron apelar a los dominicos antes de darse por vencidas. El primer impulso —

dice Ribera, a quien se lo expuso la misma Teresa— fue pedir apoyo a los jesuitas; pero como éstos estaban recién llegados a la ciudad y eran muy pobres y necesitaban el favor y la caridad de todos, doña Guiomar, que les estimaba mucho y no quería ver la labor de ellos destruida por su culpa, sugirió que se recurriese a fray Pedro Ibáñez, prior de Santo Tomás, que había oído a Teresa en confesión y tenía hecho un buen informe sobre ella.

Fueron juntas las dos mujeres a verle. Doña Guiomar habló primero, explicando con todo detalle la situación y poniendo bien en claro que su pequeña fortuna bastaría para evitar que el convento propuesto constituyese una carga para la ciudad de Ávila. Le pidió que las ayudase, ya que, como escribió Teresa, «era el mayor letrado que entonces había en el lugar y pocos más en su Orden». Y añade: «Yo le dije todo lo que pensábamos hacer, y algunas causas; no le dije cosa de revelación ninguna, sino las razones naturales que me movían, porque no quería yo nos diese parecer, sino conforme a ellas». Las escuchó él con grave atención y paciencia y les pidió que le diesen ocho días para pensar sobre ello. Pero ¿estaban ellas decididas a hacer lo que les dijese?

Con frase muy femenina lo cuenta Teresa: «Yo le dije que sí; mas aunque yo esto decía, y me parece lo hiciera, nunca jamás se me quitaba una seguridad de que se había de hacer. Mi compañera tenía más fe, nunca ella por cosa que la dijesen se determinaba a dejarlo.» Ninguna de las dos podía imaginarse que, mientras las escuchaba fray Ibáñez, había ya decidido, en su interior, que se debía abandonar tal proyecto; pero, como buen hombre de Dios, quería poder orar sobre tal asunto antes de llegar a una conclusión.

Mientras andaba en ello pensando se esparció por fuera la noticia de que se había solicitado su apoyo, y la gente comenzó a

aconsejarle que no se metiera para nada en lo de aquella innovación. Dice Teresa que un cierto caballero (acaso fuese Salcedo) se encargó de escribirle una carta aconsejándole «que mirase lo que hacia; que no nos ayudase».

Después que el prior de los dominicos estudió el asunto, orando para ello durante ocho días, cambió de opinión y aprobó, con toda entereza, el proyecto, a pesar de lo que toda Ávila pudiese pensar de ello. Aconsejó, pues, a Teresa que siguiera adelante con tanta celeridad como la fuera posible y confiase en Dios, incluso si la renta era escasa, y que si los demás se oponían, que se los enviara a él, que les daría buenas razones.

Las dos mujeres se pusieron muy contentas, especialmente cuando se enteraron de que algunas personas «santas que nos solían ser contrarias —escribió Teresa— estaban ya más aplacadas y algunas nos ayudaban». Una de ellas era el santo caballero. Incluso el caballero Gaspar Daza, que, al decir de Teresa, era «espejo de todo el lugar», declaró que aquello era obra de Dios. De tal suerte, siguieron ambas adelante con su plan. Doña Guiomar había encontrado una pequeña casa en una parte buena del norte de la ciudad, no lejos de la suya, en el barrio de San Roque. Era tan reducida que sólo Teresa la creía suficiente para convento Pero sus escasos fondos no permitían cosa mayor; y en un momento de perplejidad, Teresa oyó al Señor que la decía que «entrase como pudiese, que después ya vería lo que su Majestad haría» (*Vida*, cap. XXXII). Se llevaron a cabo las negociaciones necesarias para la compra y no faltaba sino la firma del documento.

Aquel fue el momento escogido por el provincial carmelita para retirar su permiso, cediendo a la tempestad de protestas que se había levantado en el convento de la Encarnación cuando las

monjas se enteraron de que Teresa las iba a dejar para fundar otro convento. Dice ella a tal respecto: «Estaba muy mal quista en todo mi monesterio, porque quería hacer monasterio más encerrado; decían que las afrentaba, que allí podían también servir a Dios, pues había otras mejores que yo, que no tenía amor a la casa, que mejor era procurar renta para ella que para otra parte.» Algunas llegaban hasta querer que se las pusiera en una celda oscura, en donde a veces se hacía entrar en razón a las monjas recalcitrantes. El padre provincial decidió que era conveniente poner fin a aquel escándalo.

Su actitud produjo el efecto precisamente contrario. Con ello pareció probar y confirmar lo peor que hasta entonces había llegado a decirse de la *Beata*, y las lenguas se desataron con recrecida furia.

Entristecida, pero perfectamente convencida de que había hecho cuanto en su mano estaba, y sin dudar un solo instante de que de alguna manera llegaría un momento en que el Señor hallaría el modo de cumplir lo que había prometido, Teresa permaneció en su celda a la espera del próximo golpe. El cual no tardó en caer sobre ella, en forma de carta al padre Baltasar Álvarez. De esto escribió la víctima:

«Lo que mucho me fatigó, fue una vez que mi confesor, como si yo hubiera hecho cosa contra su voluntad, me escribió que ya vería que era todo sueño en lo que había sucedido, que me enmendase de ahí adelante en no querer salir con nada, ni hablar más en ello, pues vía el escándalo que había sucedido; y otras cosas, todas para dar pena. Esto me dio mayor que todo junto, pareciéndome si había sido yo ocasión y tenido culpa en que se ofendiese; y que si estas visiones eran ilusiones, que toda la

oración que tenía era engaño, y que yo andaba muy engañada y perdida. Mas el Señor, que nunca me faltó, me dijo entonces que no me fatigase, que yo había mucho servido a Dios, y no ofendíale en aquel negocio; que hiciese lo que me mandaba el confesor en callar por entonces, hasta que fuese tiempo de tornar a ello. Quedé tan consolada, y contenta, que me parecía toda nada la persecución que había sobre mí.»

¿Qué le había hecho al confesor jesuita cambiar de parecer tan repentinamente? Teresa lo da a entender bien claro, diciendo: «El que me confesaba tenía superior, y ellos [los jesuitas] tienen esta virtud en extremo de no se bullir sino conforme la voluntad de su mayor» (*Vida*, cap. XXXIII). Mucho de lo relativo al padre Álvarez, no tan sólo en tal ocasión, sino en todas sus tergiversaciones del pasado, bien intencionadas, se explican claramente cuando se sabe quién era su superior. El rector del colegio de San Gil, desde el año 1558, era el reverendo padre Dionisio Vázquez, que durante muchos años fue una verdadera espina no ya en la carne del padre Álvarez, sino para toda la Compañía de Jesús.

Al igual que los benedictinos, los franciscanos, los dominicos y todas las demás órdenes religiosas, los jesuitas habían descubierto la ley de que en las organizaciones humanas el primer éxito es siempre seguido de una reacción. Su gran popularidad les proporcionó un aumento en su número, mientras su prestigio y su influencia les atrajeron, al mismo tiempo que algunos de los de índole deseable, a otros pocos cuyo celo apostólico tenía una baja mezcolanza de egoísmo y ambición. Algunos de ellos formaban una pequeña pero poderosa facción que intentaba cambiar el plan de San Ignacio y hacer de la Compañía una cosa exclusivamente

española. Las tendencias césaropapistas del rey Felipe II parecían ofrecer una oportunidad que ellos no tardaron en aprovechar; y durante varios años aquellos descontentos urdieron grandes intrigas en Madrid y en Roma para convertir a la Compañía en un instrumento de la política real española, con la esperanza de dominar ellos al amparo del rey. No cabe la menor duda de que, de haber ellos triunfado, la misión de San Ignacio habría acabado de manera ignominiosa. Por lo pronto, ni Polonia ni Baviera habrían sido reconquistadas para la Iglesia, y habría resultado imposible la obra de educación y de misión de la Compañía en todo el mundo. Por fortuna, la intriga fue descubierta bajo la dirección general del gran Aquaviva, y después de un tremendo conflicto que terminó con una reivindicación triunfante de la Compañía, como un todo, por el papa Clemente VIII, se restableció la armonía en su interior expulsando a los malcontentos. Se vio que entre ellos sólo había veintisiete; veinticinco de los cuales, según se averiguó, eran de ascendencia judía o mora, siendo los jefes judíos todos ([25]). San Ignacio no había tenido prejuicio alguno en cuanto a esto. Polanco, su secretario judío, fue la única persona que estuvo con él en su muerte. Y su amigo Laínez, que le sucedió como general de los jesuitas, después de haber combatido elocuentemente por la reforma en Trento, era descendiente de judíos, si bien de una familia católica ya de varias generaciones, y era un modelo ejemplar de las cualidades más nobles del una vez pueblo elegido que había dado al mundo una Madre y un Redentor. Por desgracia, a los «cristianos nuevos» aceptados durante su generalato les animaba un espíritu distinto. El sobrino de Polanco era uno de los malcontentos que más perturbación causaron, al extremo de que

[25] Para una referencia completa de los *malcontentos* véase la *Historia de le Compañía*, etc., de ASTRAIN, y también la obra CAMPELL, *The Jesuits*.

de allí en adelante los jesuitas sólo admitieron descendientes de judíos una vez que sus principios católicos habían sido del todo puestos a prueba y bien demostrados.

Ahora bien; aquel padre Dionisio Vázquez no sólo era uno de tales *malcontentos*, sino incluso su genio director. En sus primeros días de actuación en la Orden pareció ofrecer una gran promesa de brillante porvenir, pues había sido confesor un tiempo de San Francisco de Borja.

Sin embargo, en un informe enviado a Roma por el padre Marcelino Vaz, se le considera como un hombre reservado y sombrío, concentrado en sí mismo y orgulloso, que se relacionaba con muy escasas personas, y solamente con las de importancia que pudieran serle útiles. Era muy positivo en sus opiniones, las que frecuentemente resultaban extrañas y mal fundadas. Era susceptible a accesos de melancolía, durante los que se mostraba excesivamente severo, incluso injusto, con sus subordinados. Tenía además la mala costumbre, que es fatal para la disciplina, de mostrar sus preferencias y sus desagrados, o sea que tenía sus favoritos.

Así resulta más fácil de comprender el tratamiento del padre Álvarez con respecto a su penitente Teresa. En todo caso no se le podía reprochar el haber negado el consentimiento, ya que su superior así lo había hecho. Su dureza y su suspicacia, tan ajenas a un temperamento como el suyo, humilde, caritativo y pronto al sacrificio (si bien reservado), fueron impuestas por el padre Vázquez. No es que él fuese incapaz de tratar por sí solo a las almas con toda la aspereza precisa, si ello era necesario para probarlas. Así, por ejemplo, una vez en que, estando ausente de Ávila, recibió una carta de Teresa pidiendo consejo, contestó

inmediatamente, pero escribiendo en el sobre la orden de que no la abriese hasta que hubiera pasado un mes. Esto no obstante, era lo que ella deseaba y por eso le quería más, después de haber recibido en sus visiones la divina seguridad de que era un instrumento de la bondad misma. Y así lo manifestó escribiendo: «Aquí me enseñó el Señor el grandísimo bien, que es pasar trabajos y persecuciones por El; porque fue tanto el acrecentamiento que vi en mi alma de amor de Dios, y otras muchas cosas, que yo me espantaba; y esto me hace no poder dejar de desear trabajos» (*Vida*, cap. XXXIII).

Su confesor e incluso su provincial habían, pues, perdido la fe en su misión. Ello no obstante, había un buen amigo que nunca la abandonaba una vez que se convencía de que ella tenía razón. El prior de los dominicos, padre Ibáñez, tuvo el valor de ir a visitarla a la vista de todo el mundo cuando más abatida estaba y cuando era mayor la murmuración en torno de ella, y juntamente con doña Guiomar escribió a Roma, tal vez por intermedio de algún prelado de su orden, solicitando una bula papal que autorizase la fundación de su convento.

Aprovechó el demonio aquella oportunidad para esparcir entre varias personas el rumor de que ella sostenía «haber tenido alguna revelación sobre tal negocio». Lo cual suponía una grave acusación en días como aquéllos en que se asistía a un resurgimiento del poder de la Inquisición. Sus amigos la avisaron secreta y temerosamente del peligro que corría. Ella lo comentó después, escribiendo:

«A mí me cayó esto en gracia, y me hizo reír, porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí, que en cosa de la fe, contra la mejor ceremonia de la Iglesia, que alguien viese yo iba:

por ella o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura me ponía yo a morir mil muertes. Y dije, que de eso no temiesen, que harto mal sería para mi alma, si en ella hubiese cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisición; que si pensase había para qué, yo me la iría a buscar, y que si era levantado, que el Señor me libraría, y quedaría con ganancia..

Le dijo al padre Ibáñez los temores de sus amigos, y le preguntó si había algo en sus visiones, arrobamientos y oraciones que fuese contrario a la Sagrada Escritura. Y, después de haber estudiado cuidadosamente el asunto, él la dijo que no tenía nada que temer de la Inquisición.

Pasaron cinco o seis meses durante los cuales Teresa guardó obedientemente silencio, ayunando, orando y cumpliendo con las otras obligaciones de la Encarnación. Finalmente, cuando la murmuración de la ciudad comenzó a disiparse y todos, excepto doña Guiomar, parecían haber olvidado lo concerniente a la Reforma, volvió a hablar del asunto al padre Álvarez y no lo encontró más propicio que la primera vez. Sin embargo, no perdió del todo la esperanza. De ello habla en estos términos: «Estando un día con gran aflicción de parecerme el confesor no me creía, díjome el Señor, que no me fatigase, que presto se acabaría aquella pena. Yo me alegré mucho, pensando que era que me había de morir presto, y traía mucho contento cuando se me acordaba» (*Vida*, cap. XXXIII).

Por aquel tiempo los jesuitas superiores del padre Dionisio Vázquez decidieron trasladarle del colegio de San Gil y remplazarle con el padre Gaspar de Salazar. Teresa no tenía la menor idea de cómo sería tal rector. Su primera noticia de tal cambio fue cuando el padre Álvarez la dijo que el nuevo rector pensaba ir a visitarla, y

que debía contarle toda su historia con toda claridad y libertad. Y ella se preguntaba cómo podría ser; si acaso sería otro padre Vázquez o si más bien como los jesuitas típicos, uno de esos benditos hombres que ella había conocido antes. Cuando llegó el día fatal, entró ella en el confesionario con una extraordinaria ansiedad. Lo cual aconteció tal vez a comienzos del mes de mayo de 1561.

En cuanto se arrodilló en el confesionario se sintió libre de todos sus temores. A lo cual se refirió, escribiendo: «y es ansí, que en entrando en el confesionario sentí en mi espíritu un no sé qué, que antes ni después, no me acuerdo haberlo con nadie sentido, ni yo sabré decir cómo fue, ni por comparaciones podría. Porque fue un gozo espiritual, y un entender mi alma, que aquel alma me había de entender, y que conformaba con ella, aunque, como digo, no entiendo cómo, porque si le hubiera hablado, o me hubieran dado grandes nuevas de él, no era mucho darme gozo en entender que había de entenderme, mas ninguna palabra él a mí, ni yo a él nos habíamos hablado ni era persona de quien yo tenía antes ninguna noticia.»

«Después he visto bien, que no engañó mi espíritu, porque de todas maneras ha hecho gran provecho a mí y a mi alma tratarle; porque su trato es mucho para personas, que ya parece el Señor tiene ya muy adelante, porque él las hace correr, y no ir paso a paso. Y su modo es para desasirla de todo y mortificarlas, que en esto le dio el Señor grandísimo talento, también como en otras cosas.»

«Como le comencé a tratar, luego entendí su estilo, y vi ser un alma pura y santa, y con don particular de el Señor, para conocer espíritus: consoléme mucho» (*Vida*, cap. XXXIII).

Sobrevino largo un cambio inmediato en el padre Álvarez, que ella explica diciendo: «aquella pena nunca más se ofreció en que la tener a causa de que el rector que vino no iba a la mano al ministro que era mi confesor; antes le decía que me consolase, y que no había de qué temer, y que no me llevase por camino tan apretado: que dejase obrar el espíritu de el Señor».

Poco después de la llegada del nuevo rector, Cristo la instó otra vez a que fundara el monasterio. Cuando ella se lo dijo al padre Salazar, éste la creyó. El padre Álvarez tenía que luchar todavía con un último escrúpulo; pero el Señor la dijo recomendara a su confesor que la meditación del día siguiente la hiciera sobre el versículo: *Quam magnifica sunt opera tua, Domine; nimis profundae factae sunt cogitationes tuae*.

Le escribió ella un billete con tal cosa al padre Álvarez, y a la mañana siguiente él hizo su meditación sobre el hermoso salmo 91:

«Bueno es alabar a Jehová y cantar salmos a tu nombre, oh Altísimo; anunciar por la mañana tu misericordia, y tu verdad en las noches... ¡Cuán grandes son tus obras, oh Jehová! Muy profundos son tus pensamientos. El hombre necio no sabe; y el insensato no entiende esto... El justo florecerá como la palma; crecerá como cedro en el Líbano...»

El padre Álvarez quedaba liberado desde aquel momento de todas las dudas que habían asaltado su mente durante tantos meses por obra del santo caballero, del maestro Daza y del padre Vázquez. Desde aquel instante se sintió de todo corazón partidario de la Reforma. Y dijo a Teresa que la dejara en completa libertad para esperar en ello y trabajar en favor de ello.

Sin embargo, todavía quedaban algunos grandes obstáculos, entre otros, la oposición del padre provincial, sin contar el siempre despierto antagonismo de algunas monjas de la Encarnación. Por fin, cuando llegó de Roma el Breve con la autorización esperada, resultó del todo inútil porque no se especificaba en ella si el nuevo convento debía ser sometido a la Orden del Monte Carmelo o al obispo de Ávila y hubo que procurar otra a doña Guiomar y a su madre, doña Aldonza de Guzmán. Era de todo punto evidente que en tales circunstancias tenían que proceder con gran secreto, sin incurrir en desobediencia a ningún superior y sin dar motivo a que se produjera ningún otro alboroto entre las monjas.

Recurrió Teresa a una estratagema. Se las compuso de manera que su cuñado Juan de Ovalle, que vivía en Alba de Tormes con su esposa Juana y sus dos hijos, Gonzalo y Beatriz, fuese solo a Ávila y, sin que nadie se diera de ello cuenta, comprase la casa que doña Guiomar había encontrado y que la ocupase con su familia. De tal suerte, todos ellos quedaron instalados en Ávila el día 10 de agosto de 1561. Así podía Teresa visitarles con frecuencia sin despertar sospechas y dar las necesarias instrucciones a los trabajadores que bajo la dirección de su hermano la estaban arreglando para que pudiera servir de convento. Ignoraba ella cómo iba a serle posible pagar a aquellos trabajadores, pero su Majestad la dijo que continuase, y eso bastaba. También se le apareció San José para decirle que, si seguía adelante sin una sola blanca, el Señor proveería lo que fuese necesario.

Al instalarse en Ávila, Juana estaba al comienzo de su último mes de embarazo; pero, una dama castellana, consciente del ejemplo heroico dado por la gran reina Isabel, que echó al mundo cinco

hijos en medio de las campañas militares y sin desatender por eso las graves cuestiones internacionales, no iba por ello a apartarse de hacer una cosa buena por un hecho tan natural como el de dar a luz una criatura. Y se puso a la obra con todo empeño a fin de hacer de aquella modesta casa un lugar lo más cómodo posible, mientras que su hijo, Gonzalo, que tenía cinco años, corría de un lado para otro, curioseándolo todo, descubriendo sus nuevos alrededores y contemplando a las trabajadores ocupados en los cambios y arreglos de que los otros no tenían nada que sospechar. Ovalle era un hidalgo que por poseer una renta, aunque no fuese grande, tenía derecho a vivir donde mejor le pluguiese, y era lo más natural que viviera en Ávila, en donde se había criado su esposa.

Pocos días después de haberse instalado, se derrumbó sobre Gonzalo un trozo de pared. Su padre hubo de encontrarle en el suelo, sin conocimiento, y muerto, al parecer. Le tomó en sus brazos, le llamó angustiosamente, intentó reavivarlo, mas todo fue en vano.

Con el cuerpo de su hijo en brazos, Ovalle se dirigió a casa de doña Guiomar, en donde Teresa se encontraba entonces. Le seguía su esposa deshecha en llanto. Al descubrirse el accidente, Teresa hablaba tranquilamente con otra señora en una habitación próxima.

Teresa tomó con toda calma el niño de los brazos de su padre y se lo puso sobre las rodillas, y pidió a su hermana y a los demás que guardasen silencio.

Se echó el velo a la cara y la bajó hasta que con ella tocó la del niño. Y entonces, como dice Ribera, callada en apariencia, pero profiriendo interiormente, al igual de Moisés, impetraciones a Dios

para que no dejara en el desaliento a los que habían vuelto a causa del trabajo que Él quería que hiciesen, permaneció en tal actitud hasta que el muchachito comenzó a vivir de nuevo y a alargar una mano tratando de tocar su rostro, como queriendo jugar con ella, tal como si despertase de un tranquilo sueño. Se lo dio Teresa a su madre, diciendo:

«Oh, válame Dios, que estaba ya tan congojada por su hijo, vele ahí, tómele allá.»

El muchacho permaneció todavía débil durante unos minutos, pero no tardó en reponerse y en darse a correr por la habitación, volviendo de vez en cuando a besar a su tía.

Un amigo de Teresa acostumbraba a preguntarla: «¿Cómo fue eso, hermana? El niño estaba muerto.» Pero Teresa se limitaba siempre a guardar silencio y sonreír. En otras ocasiones, cuando podía verdaderamente negar algo, lo habría hecho; de donde Ribera saca la conclusión de que, en realidad, el muchachito estaba muerto y que la oración de Teresa había hecho el milagro.

Pocos días después de ello, Juana dio a luz a su segundo hijo, al que puso de nombre Josepe, en honor del santo escogido como patrón de la casa. En su bautismo, que tuvo lugar el día 12 de septiembre, fue padrino el santo caballero y madrina doña Guíomar. Su tía quería mucho a aquel niño, y así le tomó en brazos para decirle que pluguiese a Dios, si no había de ser bueno, llevársele y hacer de él un angelito antes de que llegase a ofenderle. No tardó en ser escuchada semejante súplica, pues, a las tres semanas de haber nacido, Josepe se vio atacado por una enfermedad mortal. Un día de comienzos del mes de octubre, Teresa tomó a la criatura y la contempló ansiosamente un momento, y, cuando lo hizo, la madre del niño vio que el rostro de

ella se tornaba hermoso y resplandeciente como el de un ángel. Al cabo de unos minutos, Teresa dejó suavemente el niño en la cuna y se dirigió hacia la puerta. Pero su hermana la dijo que no tenía por qué irse, que bien había ya visto que el niño estaba muerto. Se volvió Teresa a ella y, con su rostro todavía resplandeciente, la contestó que era cosa de rezar a Dios, al ver lo que llegan a ser para el alma los ángeles cuando moría uno de aquellos angelitos.

Con todos aquellos tropiezos, el arreglo de la casa progresaba muy lentamente. No era, en verdad, cosa fácil convertir en un convento una casa tan pequeña y tan mal distribuida. No había allí sitio para refectorio ni para dormitorio, ni para capilla. Un pequeño edificio adjunto podría ser utilizado como iglesia, pero ¿de dónde sacar el dinero para ello? Los últimos recursos de doña Guiomar se habían invertido en pagar a los trabajadores —y era un gasto muy grande— la reconstrucción de los muros de piedra y argamasa. Sumamente intranquila se puso Teresa a orar, y, después de la comunión, oyó a Cristo que la decía: «Ya te he dicho que entres como pudieres. ¡Oh, codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar! ¡Cuántas veces dormí yo al sereno, por no tener a donde me meter!» (*Vida*, cap. XXXIII)

De suerte que Teresa siguió adelante. Sin embargo, había momentos en que no podía por menos de tener que decir: «Señor mío, ¿cómo pueden mandarme cosas que parecen imposibles? Si, cuando menos fuese libre, aunque soy una mujer. Pero, atada por todas partes, sin dinero ni medio alguno de conseguirlo, sin una bula, sin nada, ¿qué puedo hacer, Señor?»

Una noche la familia de Ovalle oyó un gran ruido, que luego se vio era que la sólida pared tan trabajosamente levantada con los últimos maravedís de doña Guiomar se había venido al suelo y las

piedras habían quedado esparcidas como efecto de un invisible cañonazo. Cuando Teresa llegó al lugar, encontró a Juan regañando duramente a los hombres por haber construido de manera fan torpe. Y, llamando a su hermana, la dijo rogase a su hermano no se enojara con los oficiales porque no era culpa de ellos, pues se habían juntado muchos demonios para derribarla; que estuviera tranquilo y que levantasen otra. Y luego comentó la gran fuerza que tenía que hacer el demonio para impedir aquello, porque seguramente no iba a serle de provecho.

Los trabajadores exigieron más dinero antes de continuar, pero ni Teresa ni sus amigos tenían ya más. Todas las tierras de doña Guiomar estaban ya cedidas a sus hijos y no se podían vender. Casi todo su dinero se había gastado en un convento para San Francisco de Alcántara, y lo que quedaba en aquel muro para el convento de la hermana Teresa. Cuando se enteró de su derrumbe, se decidió a abandonar el proyecto. Era completamente inútil. Si Dios hubiese querido que continuase la obra, no se habría nunca venido abajo un muro tan bueno y tan bien hecho como aquél.

Pero Teresa contestó que, si había caído, lo levantarían de nuevo.

Doña Guiomar se decidió, por fin, aunque sin gran esperanza, a enviar alguien a Toro a pedirle a su madre, doña Aldonza de Guzmán, treinta ducados. Los amigos estuvieron esperando ansiosamente la vuelta del mensajero. Doña Guiomar se mostró muy decaída al cabo de los dos o tres días, pero Teresa le dijo que se alegrase porque los treinta ducados ya los tenían, que en aquel instante los estaban contando y entregando al mensajero en el zaguán de la casa. Y, en efecto, al cabo de dos o tres días, volvió

el enviado, trayendo los treinta ducados, que había recibido precisamente en el momento en que ella lo había dicho y en el lugar por ella mencionado.

Algunos de los arrobamientos y de las más extraordinarias visiones de Teresa tuvieron lugar entre la mitad del verano y la Navidad del año 1561. En una de ellas vio a Santa Clara en todo el esplendor del día de su fiesta, después de la comunión, y oyó que la santa le decía se esforzase y fuese adelante en lo comenzado, que ella la ayudaría. En la fiesta de la Asunción, mientras oía misa en la iglesia de Santo Tomás, de los dominicos, acordándose de los pecados de que se había confesado allí en su juventud, tuvo un arrobamiento tan grande que casi la sacó de sí, pareciéndola que no podía comprender las palabras que se decían o cantaban, ni siquiera al ver alzar. De pronto, la pareció que la vestían con una ropa de mucha blancura y claridad, sin que la fuera dado ver al principio quién se la vestía; mas «después —escribió ella— vi a nuestra Señora hacia el lado derecho y a mi padre San Josef al lado izquierdo, que me vestían aquella ropa. Dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, y yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos de nuestra Señora. Díjome que le daba mucho contento en servir al glorioso San Josef; que creyese que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos; que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese a mi gusto, porque ellos nos guardarían; que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad, me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación; porque es su

hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco, que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá dibujo de tizne, a manera de decir. Era grandísima la hermosura que vi en nuestra Señora aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave. Al glorioso San José no vi tan claro, aunque bien vi que estaba allí, como las visiones que he dicho, que no se ven; parecíame nuestra Señora muy niña. Estando así conmigo un poco, y yo con gandísima gloria y contento (más a mi parecer, que nunca le había tenido, y nunca quisiera quitarme de él) parecióme que los vía subir a el cielo con mucha multitud de ángeles». Teresa se quedó sin poder proferir palabra ni hacer movimiento alguno durante un gran rato en una soledad indescriptiblemente exaltada y pacifica.

En otra visión, ya en el otoño, vio a Sn Pedro de Alcántara, que estaba muchas millas distante de allí, y estuvo conversando con él.

Hacia fines del año 1561, cuando ya se habían gastado los treinta ducados y no parecía haber ningún otro medio de conseguir dinero, para seguir las obras, llegaron a Ávila dos mercaderes del Perú con una carta para Teresa de su hermano Lorenzo, que le enviaba una hermosa medalla de oro y una gran cantidad de dinero para que lo repartiese entre sus parientes. La carta de ella dándole las gracias y contándole sus proyectos y sus esperanzas es tan característica del estilo de Teresa que no podemos resistir al deseo de reproducirla *in extenso*. Dice así:

*Jhs.— Señor: Sea el Espíritu Santo siempre con vuestra merced, amén; y páguenle el cuidado que ha tenido de socorrer a todos, y con tanta diligencia. Espero en la majestad de Dios, que ha de ganar vuestra merced mucho delante de El; porque es ansí cierto, que a todos los que vuestra merced envió dineros, les vino tan a buen tiempo, que para mí ha sido harta consolación; y creo que fue movimiento de Dios el que vuestra merced ha tenido para enviarme tantos; porque para una monja como yo, que ya tengo por honra, gloria a Dios, andar remendada, bastaban los que habían traído Juan Pedro de Espinosa, y Varona (creo se llama el otro mercader) para salir de necesidad por algunos años.*

*Mas como ya tengo escrito a vuestra merced bien largo, por muchas razones y causas, de que yo no he podido huir, por ser inspiraciones de Dios, de suerte que no son para carta, sólo le digo, que a personas sentadas y labradas les parece estoy obligada a no ser cobarde, sino poner lo que pudiere en esta obra, que es, hacer un monesterio, en donde ha de haber solas trece, sin poder crecer el número, con grandísimo encarecimiento, así de nunca salir, como de no ver sino con velo delante del rostro, fundadas en oración y mortificación, como a vuestra merced más larga tengo escrito, y escribiré con Antonio Morán, cuando se vayan.*

*Favoréceme esta señora doña Yomar (Guiomar) que escribe a vuestra merced. Fue mujer de Francisco de Ávila, de los de Sobralejo, si vuestra merced se acuerda. Ha nueve años que murió su marido, que tenía un cuento de renta; ella por si tiene un mayorazgo, sin el de su marido; y aunque quedó de viuda de veinte y cinco años, no se ha casado, sino dándose mucho a Dios. Es espiritual harto. Ha más de cuatro, que tenemos más estrecha amistad que puedo tener con una hermana; y aunque me ayuda,*

*porque da mucha parte de la renta, por ahora está sin dinero; y cuando toca a hacer y comprar la casa, hágolo yo con el favor de Dios.*

*Hame dado dos dotes, antes que sea, y téngola comprada, aunque muy secretamente; y para labrar cosas, que había menester, yo no tenía remedio. Y es así, que sólo confiando (pues Dios quiere que la haga Él me proveerá) concierto los oficiales. Ello parecía cosa de desatino; viene su Majestad, y mueve a vuestra merced para que la provea; y lo que más me ha espantado es, que los cuarenta pesos, que añadió vuestra merced, me hacían grandísima falta; y San losé (que se ha de llamar ansí) creo hizo no la hubiese; y sé que lo pagará a vuestra merced. En fin, aunque es pobre y chica, más lindas vistas y campo tiene. Aun esto se acaba.*

*Han ido por las Bulas a Roma; porque aunque es de mi misma Orden, damos la obediencia al obispo. Espero en el Señor, será para mucha gloria suya, si lo deja acabar (que sin falta piense será), porque van almas, que bastan a dar grandísimo ejemplo, que son muy escogidas, así la humildad, como de penitencia y oración. Vuestra merced lo encomiende d Dios, que para cuando Antonio Morán vaya, con su favor, estará ya acabado.*

*Él vino aquí con quien me ha consolado mucha; que me pareció hombre de suerte y de verdad, y bien entendido; y de saber tan particularmente de vuestra merced, que cierto una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho, es, que le han dado a entender lo que es el mundo, y se hayan querido sosegar, y que entiendo yo que llevan camino del cielo, que es lo que más deseaba saber; que siempre hasta ahora estaba en sobresalto. Gloria sea al que todo lo hace. Plega a Él siempre vaya vuestra merced adelante en su servicio; que pues no hay tasa en*

*galardonar, no ha de haber parar en procurar servir al Señor, sino cada día un poquito siquiera ir más adelante, y con fervor, que parezca, como es así, que siempre estamos en guerra, y que hasta haber victoria, no ha de haber descanso ni descuido.*

*Todos los con quien vuestra merced ha enviado dineros han sido hombres de verdad, aunque Antonio Morán se ha aventajado, así en traer más vendido el oro, y sin costa (como vuestra merced verá) como en haber venido con harto poca salud, desde Madrid aquí, a traerlo, aunque hoy ya está mejor, que era un accidente; y veo que tiene de veras voluntad a vuestra merced. Trajo también los dineros de Varona, y con mucho cuidado. Con Rodríguez vino también acá, y lo hizo harto bien. Con él escribiré a vuestra merced, que por ventura será primero. Mostróme Antonio Morán la carta que vuestra merced le había escrito. Crea que tanto cuidado no sólo creo es de virtud, sino que se lo ponía Dios.*

*Ayer me envió mi hermana doña María esa carta. Cuando le lleven estotros dineros enviará otra. A harto buen tiempo le vino el socorro. Es muy buena criatura y queda con hartos trabajos; y si Juan de Ovalle le pusiese pleito ([26]), sería destruir sus hijos. Y cierto no es tanto lo que él tiene entendido como le parece, aunque harto mal lo vendió todo y lo destruyó. Mas también Martín de Guzmán llevaba sus intentos (Dios le tenga en el cielo) y se le dió justicia, aunque no bien; y no tornar ahora a pedir lo que mi padre (que haya gloria) vendió no me queda paciencia. Y lo demás, como digo, tenía mal parado doña María mi hermana; y Dios me libre de*

[26] El padre de Teresa, don Alonso, murió sin tomar las disposiciones necesarias para dividir entre sus hijos los bienes que había recibido de sus dos esposas. Entre los hijos de la segunda y de la primera se suscitó un pleito que duró años, pleito en que no intervino Teresa. Ovalle hizo graves acusaciones contra Guzmán.

*interés, que ha de ser haciendo tanto mal a sus deudos aunque por acá está de tal suerte, que por maravilla hay padre para hijo, ni hermano para hermano. Así no me espanto de Juan de Ovalle, antes lo ha hecho bien, que por amor de mí, por ahora se ha dejado de ello. Tiene buena condición; mas en este caso, no es bien fiarse de ella, sino que cuando vuestra merced le enviara los mil reales, vengan a condición y con escritura, que el día que tornase el pleito, sean quinientos ducados de doña María.*

*Las cosas de Juan de Centura aun no están vendidas, sino recibidos trescientos mil maravedís Martín de Guzmán de ellas, y esto es justo se le torne. Y con enviar vuestra merced estos mil pesos, se remedia a Juan de Ovalle, y puede vivir aquí, y tiene ahora necesidad; que para vivir contino no podrá, si de allá no viene esto, sino a tiempos y mal.*

*Es harto bien casada, mas digo a vuestra merced, que ha salido doña Juana mujer tan honrada y de tanto valor, que es para alabar a Dios, y un alma de un ángel. Yo salí la más ruin de todas, y a quien vuestra merced no había de desconocer por hermana, según soy; no sé cómo me quieren tanto. Esto digo con harta verdad. Ha pasado hartos trabajos y llevándolos harto bien. Si, sin poner a vuestra merced en necesidad, pudiere enviarla algo, hágalo en brevedad, aunque sea poco a poco.*

*Los dineros que vuestra merced mandó se han dado, como verá por las cartas. Toribia era muerta, y su marido a sus hijos, que los tiene pobres, ha hecho harto bien. Las misas están dichas (de las que creo antes que viniesen los dineros); por lo que vuestra merced manda, y de personas las mejores que yo he hallado, que son harto buenas. Hizome devoción el intento porque vuestra merced las decía.*

*Yo me hallo en casa de la señora doña Yomar en todos estos negocios, que me ha consolado por estar más con lo que me dicen de vuestra merced. Y digo más a mi placer que salió una hija de esta señora, que es monja en nuestra casa, y mandóme el provincial venir por compañera, adonde me hallo harto con más libertad para todo trato con Dios y mucho recogimiento. Estaré hasta que me mande otra cosa, aunque para tratar en el negocio dicho está mejor estar por acá.*

*Ahora vengamos d hablar en mi querida hermana la señora doña Juana, que aunque a la postre, no lo está en mi voluntad; que es así cierto, que en el grado que a vuestra merced la encomienda a Dios. Beso a vuestra merced mil veces las manos por tanta merced como me hace. No sé con qué lo servir, sino con que al nuestro niño se encomienda mucho a Dios, y así se hace, que el santo fray Pedro de Alcántara lo tiene mucho a su cargo, que es un fraile descalzo, de quien he escrito a vuestra merced, y los teatinos, y otras personas a quienes oirá Dios. Plegue a su Majestad lo haga mejor que a los padres, que aunque son buenos, quiero para él más. Siempre me escriba vuestra merced del contento y conformidad que tiene, que me consuela mucho.*

Teresa envió a su hermano algunas reliquias y le besó otra vez las manos mil veces por la medalla de oro, añadiendo: *Si fuera en el tiempo que yo traía oro, hubiera harto envidia a la imagen, que es muy linda en estremo. Dios nos guarde a su merced muchos años, y a vuestra merced lo mismo, y les dé buenos años, que es mañana la víspera del año MDLXII*. (En Ávila, en aquel tiempo el Año Nuevo comenzaba la víspera de Navidad.)

*Siempre lea vuestra merced mis cartas. Harto he puesto en que sea buena la tinta. La letra se escribió tan apriesa, y es como*

*digo tal hora, que no la puedo tornar a leer. Yo estoy mejor de salud que suelo. Désela Dios a vuestra merced en el cuerpo y en el alma, como yo deseo, amén. A los señores Hernando de Ahumada y Pedro de Ahumada, por no haber lugar no escribo; harélo presto. Sepa vuestra merced que algunas personas, harto buenas, que saben nuestro secreto (digo del negocio) han tenido por milagro el enviarme vuestra merced tanto dinero a tal tiempo. Espero en Dios que cuando haya menester de más, aunque no quiera, le pondrá en el corazón que me socorra.*

*De vuestra merced muy cierta servidora.*

DOÑA TERESA DE AHUMADA

El regalo de don Lorenzo no había llegado demasiado pronto para la Reforma. La gente había comenzado a notar algo extraño en la casa habitación por Juan de Ovalle y su esposa y a tener ciertos barruntos de la posible verdad. Con lo cual se dió otra uso suelta a la sin hueso y el nombre de Teresa comenzó a andar otra vez de boca en boca. Un día, cuando ella iba con su hermana y su cuñado a oír misa a la iglesia de Santo Tomás, tuvo la insólita experiencia de oír que se predicaba en su contra como si fuese una empedernida y notoria pecadora dedicada a querer corromper a los cristianos y a destruir a la Iglesia; y, como dice Ribera, al predicador no le faltó más que nombrarla por su propio nombre y señalarla con el dedo. Doña Juana se sintió grandemente mortificada y quiso marcharse, pero Teresa se limitó a reír y a gustar de los tremendos epítetos que el otro soltaba desde el púlpito haciéndolos resonar en la hermosa iglesia.

Sin embargo, no era cosa de risa, y se dio a pensar en lo que podría ocurrir cuando aquello llegase a oídos de su provincial, fray Angel de Salazar, que tal vez la haría abstenerse de proseguir su

obra. Y, en efecto, no tuvo que esperar mucho para ello. La víspera de Navidad recibió una carta de él, ordenándola que saliese inmediatamente con una compañera camino de Toledo, para morar allí en casa de una dama muy acaudalada y de insigne linaje, doña Luisa de la Cerda. Esta dama, hermana del duque de Medinaceli, se había quedado tan apenada después de la muerte de su esposo que tenía miedo de volverse loca. Y, habiendo oído hablar de los arrobamientos de doña Teresa y del poder de sus oraciones, había insistido cerca de fray Angel para que ordenara a la *Beata* que fuera a vivir una temporada con ella y la consolase. El provincial se negó en un principio, pero luego dio su consentimiento, creyendo aquello una gran ocasión para matar dos pájaros de un tiro.

Lo de trasladarse a Toledo en el corazón del invierno suponía veinte leguas de malos caminos bajo unos vientos helados; ¡y todo para atemperar el malhumor de alguna aristócrata mal criada! Teresa no podía soportar siquiera la idea de semejante viaje. Acudió, pues, a Dios y rogó con tanta devoción que se quedó en arrobamiento todo el tiempo que duraron los maitines. A ello se refiere Teresa así: «Díjome el Señor que no dejase de ir y que no escuchase pareceres, porque pocos me aconsejarían sin temeridad; que, aunque tuviese trabajos, se serviría mucho de Dios, y que para este negocio del monesterio convenía ausentarme hasta ser venido el Breve; porque el demonio tenía armada una gran trama venido el provincial, y que no temiese nada, que Él me ayudaría allá.» Ella le dijo todo esto a su amigo el jesuita rector y él la aconsejó que obedeciese en seguida a su superior. Otros, como ya se le había prevenido en su arrobamiento, insistieron en que debía hacer cuanto estuviese en su mano para evitar el ir, si era posible. Su obra quedaría deshecha, y todo aquello no era sino una estratagema del demonio, y así por el estilo. No los nombra Teresa,

que tal vez fuesen quienes más habían hecho para entorpecer sus proyectos.

Se hicieron precipitadamente los preparativos y, al cabo de unos pocos días, a comienzos del mes de enero, abandonó el convento de la Encarnación junto con otra monja, a la que no se nombra —acaso su amiga Juana Suárez—. Ella no hizo la menor alusión a los obstáculos meramente físicos de tal viaje, que fueron, sin embargo, extraordinarios. Rachas de nieve, vientos huracanados, temperaturas bajo cero, peligrosos caminos del todo estropeados, acomodada en carromatos desvencijados, chirriantes y traqueteantes... Todo eso constituía la perspectiva que se ofrecía a los ojos de quien tuviese que ir para algo a un lugar tan distante en aquella época del año desde el Puente del Adaja, cruzando una inmensa llanura desarbolada.

# CAPÍTULO XIV

## DESTIERRO EN UN PALACIO DE TOLEDO

En aquellos tiempos se empleaban tres o cuatro días en ir desde Ávila a Toledo. Los viajeros tenían que dirigirse hacia el Sudoeste desde las frías orillas del Adaja a través de una tierra desierta y desamparada llamada la Paramera, azotada por un viento más frío aún que la nieve que cubría la Serrota, a la derecha, hasta que después de haber llegado a la cumbre de una larga ascensión, se comenzaba a descender en una región más acogedora y más templada de bosques y campos cultivados, a veces limpios y a veces blanqueados de nieve, hacia el valle del Alberche. Después de pasar por varios pueblos, como El Barro, El Tiemblo, Cadalso, Guisando, etc., se llegaba, por fin, a tierra de oliveras y de vino, luego de haber hecho alto tal vez en Torrijos o en Santa Cruz de Retamar, pudiendo casi de pronto contemplar, como si apareciera al conjuro de la varita mágica de un hechicero, la antigua y santa ciudad de Toledo elevándose, extraordinariamente bella y serena, por encima de sus murallas en la parca luz del atardecer del día de invierno.

Teresa no ha dejado constancia alguna de tal viaje; su único consuelo por la obediencia a su provincial contra su gusto era el pensar que «había casa de la Compañía de Jesús en aquel lugar a donde iba, y con estar sujeta lo que me mandasen, como estaba acá, me parecía estaría con alguna siguridad» (*Vida*, cap. XXXIV). Nunca se preocupó ella gran cosa de Toledo, lugar de nacimiento

de su padre. El clima la convenía, pero la gente era fría y de escasa locuacidad; la atmósfera general, deprimente y agobiadora. Sin embargo, debió de parecerla impresionante el cruzar el puente de Alcántara para internarse en aquella fortaleza que tantos hombres habían defendido y por la que habían muerto luchando —romanos, visigodos, bereberes, caballeros cristianos— y subir por aquellas calles en escalinata y retorcidas que tajaban como unos pozos en semicírculo en redor de las moradas hasta llegar a la cumbre en donde se alzaba el majestuoso alcázar imperial, testigo de tantos hechos heroicos pasados y futuros, y ver la inmensa catedral en que los reyes católicos Isabel y Fernando se habían postrado de hinojos entre columnas de jaspe y bronce alumbradas por miles de cirios para dar gracias por sus victorias. Si hubiese llegado dos años antes habría podido ver a Felipe II rompiendo lanzas con su medio hermano, don Juan de Austria, cerca de la estatua de Hércules en la plaza, para divertir a su prometida, la Médicis francesa, y a su deslumbrante séquito de personajes notables. Pero desde aquel entonces la corte se había trasladado a un lugar más sano, a Madrid, y sobre la ciudad medio mora del Tajo parecía haberse abatido un grato y complaciente sopor.

Por último, el carro o carreta —lo que fuera— se detuvo ante un suntuoso palacio estilo Renacimiento fronterizo a la iglesia parroquial de San Román. ¿Cuáles serían los sentimientos e ideas de aquella monja carmelita en su hábito de estameña al cruzar el espacioso pórtico ornado de raras plantas, al subir la regia escalera de mármol, al entrar por aquellas macizas puertas de roble, para ir en pos de los silenciosos criados por un largo y silencioso corredor hasta un gran salón con paredes cubiertas de espejos de Venecia, tapices de Flandes y de Oriente y cuadros de los maestros más renombrados? Nada de ello ha dejado Teresa dicho en sus

escritos; pero cabe la seguridad de que no hubo de sentirse en absoluto azorada ante los candelabros de cristal, los muebles ricamente tallados, la vajilla de oro y plata, ni impresionada por aquella esbelta mujer de luto vestida que se adelantó hacia ella para recibirla con saludo ceremonioso en que tanta gracia española se delataba. Según dice Ribera, Teresa se hallaba allí como en su propia casa, como con todo el mundo la ocurría, y con los aristócratas procedía con cierto natural señorío como persona nacida en buena cuna.

Después de recibir como era debido a sus visitantes de Ávila, doña Luisa de la Cerda les cedió a cada una habitaciones a propósito para poder llevar en ellas una vida en cierto modo conventual. Así, es probable que hasta el día siguiente no comenzara la aristócrata a decir a Teresa la incurable dolencia que le había sobrevenido con la muerte de su esposo, y la pérdida, uno tras otro, de cinco de sus siete hijos, y los grandes sufrimientos a ello consiguientes, el peor de los cuales era la permanente melancolía que ahora la afligía. Y, si era como la mayoría de las viudas, es muy posible que hiciese un cumplido elogio de las virtudes de su difunto esposo.

Don Antonio Arias Pardo de Saavedra, mariscal de Castilla, señor de Malagón, Paracuellos y Hernán-Caballero, la había dejado una enorme fortuna con la que poder proveer a todas las más refinadas exigencias de sus dos enfermizos hijos sobrevivientes. Había sido él uno de los sobrinos del cardenal Tabera, primado de España, uno de los tres personajes a quienes Carlos V confiara el gobierno de su reino en el año 1543, y el único a quien el emperador otorgaba especial favor. La familia de doña Luisa era en todo tan ilustre como la de su marido. Estaba ella emparentada con

las más notables familias de España, incluso con los Mendozas, y entre sus primos se contaban el príncipe y la princesa de Melito, cuya hija, la encantadora Ana de Mendoza, había sido concedida en matrimonio por el rey Felipe II a su amigo Ruy Gómez, príncipe de Éboli.

Éstos y otras distinguidas personas debían de ser asiduos visitantes del palacio, ya que Toledo, a pesar de haberse trasladado hacía poco a Madrid la corte, seguía siendo la capital social de España. Los más influyentes caballeros seguían teniendo allí sus residencias permanentes. Un siglo antes habrían estado todavía viviendo en el campo en sus magníficos castillos, gobernando cada uno, como verdadero rey, a todos y todo cuanto estaba bajo su poder; pero Isabel la Católica y su gran ministro el cardenal Cisneros habían logrado reducirlos, en un proceso de unificación y centralización, al estado de cortesanos y ahora vivían en su mayor parte en las ciudades. Mientras los caballeros estaban guerreando, o en misiones diplomáticas, o al servicio de su majestad en Madrid, ellas gozaban, o sufrían, según los casos, una existencia severamente convencional y por lo general plácida y recatada. Asistían regularmente al oficio de la misa, y en los días de fiesta, acudirían a escuchar el sermón o a presenciar una procesión en cualquiera de los monasterios o iglesias de la ciudad. Por lo demás, dirigían sus complicadas mansiones y su caterva de criados. Si, después de la siesta salían de casa, lo harían a pie o conducidas en litera. (El carruaje de familia era un armatoste imponente, utilizado tan sólo en los viajes o en las ocasiones excepcionales, como cuando el rey iba a la ciudad.) Como es natural, pasaban gran parte de su tiempo en el estrado, o salón de recibir, acogiendo a sus visitantes, oyendo música, leyendo o haciéndose leer unas veces vidas de santos, y otras, libros del

género de los que doña Teresa sentía tanto deleite en leer cuando niña, oculta debajo de su cama. De vez en cuando había gran algazara cuando se anunciaba que estaba de paso una compañía de comediantes. La reina Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II, había visto representar a Lope de Rueda y su compañía dos veces, por lo menos, durante el otoño del año 1561; pero, por lo general, las damas españolas, como las inglesas (no así las francesas) no asistían a tales representaciones. Cuando había un torneo en la plaza o en la vega, o un auto de fe en Zocodover, raramente faltaban los lindos rostros, y había gran despliegue de joyas de familia reluciendo al sol, de ricas sedas y brocados, de velludillos y de bordados en oro; y cuando el rey o cualquier otro personaje principesco iba por aquellas tortuosas calles, valía la pena de contemplar los balcones de la ciudad.

Para Teresa, toda aquella grandeza resultaba un aburrimiento, y, en verdad, una gran inquietud. Si la complacía saber que, gracias a sus palabras reconfortantes y a sus oraciones, la noble doña Luisa empezaba ya a desterrar su honda melancolía y a mejorar de salud, no hacía el menor esfuerzo por disimular su aburrimiento ante los relatos entusiastas y agradecidos de los resultados que obtenía su hospitalaria dama por su intercesión. La cual se hacía bocas para ensalzarla proclamando ante todos que era una santa. La gente de alcurnia comenzó a acudir al palacio con la esperanza de ver a la *Beata* en uno de sus éxtasis. Y lo que era todavía mucho más desagradable, los miembros de la mansión se daban a espiarla a todas horas con el deseo de sorprenderla en uno de sus momentos de extraña actitud.

¡Así era como vivían los grandes nobles, esto era lo que la riqueza y la posición social hacían posibles para ciertas gentes!

Teresa dejó constancia de sus sentimientos a tal respecto en uno de sus escritos más llenos de humanidad y sinceridad. Dice así:

«Fue el Señor servido, que el tiempo que estuve en aquella casa, se mijoraban en servir a su Majestad las personas de ella, aunque no estuve libre de trabajos, y algunas envidias que tenían algunas personas del mucho amor que aquella señora me tenía. Debían por ventura pensar que pretendía algún interese; debía primitir el Señor me diesen algunos trabajos cosas semejantes, y otras de otras suertes, porque me embebiese en el regalo, que había por otra parte, y fue servido sacarme de todo con mijoría de mi alma.» (*Vida*, cap. XXXIV).

A pesar de todas aquellas molestias y de muchas otras, podemos imaginárnoslas —ya un criado que mira por el ojo de la cerradura, ya otro que espía detrás de una cortina, un paso furtivo en un corredor—, los seis meses que Teresa pasó bajo el techo espléndido de la casa de doña Luisa fueron una verdadera bendición no sólo para ella y la gente de su casa, sino también para muchas otras que conoció fuera de ella. Teresa pasaba gran parle de su tiempo rezando en las distintas iglesias de la ciudad, de las que, por lo menos, había una docena en un radio de doscientos metros del palacio de los de la Cerda. Fue con bastante frecuencia al colegio de los jesuitas en el Torno de las Carretas, y allí encontró lo que anhelaba en la sabia dirección de su rector, el padre Pedro Domenech, un santo varón muy versado en letras, el cual la confesó todo el tiempo durante la estancia de ella en Toledo, mientras otros padres jesuitas contribuyeron al mejoramiento de los otros miembros de la mansión señorial que ella les iba enviando. Fue uno de éstos una niña de trece años llamada María de Salazar, una huérfana de Aragón, a la que doña Luisa había recogido como

sirvienta y estaba educando. Amable, inteligente y espiritual, aquella jovencita predestinada se sintió atraída por la actitud y la conversación de Santa Teresa y es probable que se le prometiera un sitio en el convento cuando llegara a fundarse.

En el convento de los dominicos, cerca del palacio, la visitante carmelita se encontró con un antiguo amigo, un fraile de Santo Domingo que la había ayudado en Ávila y al que ahora estaba ella en condiciones a su vez de poder ayudar. Se dio ella cuenta, en una de sus conversaciones, de que él se hallaba grandemente necesitado de ayuda espiritual —no es que fuese un sacerdote malo o descuidado en su deber, sino que se había convertido en un servidor rutinario de Dios, satisfecho con su rutina cotidiana y sin adelantar en la oración—. Al ver en él un hombre de verdadero talento, capaz de poder hacer infinito bien a los demás, sintió el anhelo de hacerle un santo, como le ocurría con todos a quienes quería especialmente, y se puso a rogar a Dios por él. Al ver que no recibía respuesta favorable, lloró amargamente y exclamó, después de una noche de oración: «Señor, no me habéis de negar esta merced, mira que es bueno este sujeto para nuestro amigo.»

Aquel grito, salido de lo hondo de su corazón, produjo el efecto por ella anhelado. Su Majestad se puso de su parte, y la dijo las palabras que debía escribir y darle luego al dominico. Obedeció ella en todo y tuvo la satisfacción de comprobar, si bien no inmediatamente, sino algún tiempo después, que se había producido un cambio radical en su vida. Se consagró él con toda sinceridad a la oración y empezó a parecer una persona completamente distinta. Al referirse al caso, escribió Teresa: «... estos son dones que da Dios cuando quiere y como quiere, y ni va en el tiempo ni en los servicios. No digo que no hace esto mucho, mas

que muchas veces no da el Señor en veinte años la contemplación que a otros da en uno: su Majestad sabe la causa. Y es el engaño que nos parece, que por los años hemos de entender lo que en ninguna manera se puede alcanzar sin espiriencia; y ansí yerran muchos, como he dicho, en querer conocer espíritu sin tenerle. No digo que quien no tuviere espíritu, si es letrado, no gobierne a quien no le tiene, mas entiéndese en lo esterior e interior, que va conforme a vía natural, por obra del entendimiento, y en lo sobrenatural, que mira vaya conforme a la Sagrada Escritura. En lo demás no se mate, ni piense entender lo que no entiende, ni ahogue los espíritus, que ya, cuanto en a aquello, otro mayor Señor los gobierna, que no están sin superior.»

En una de sus visiones pudo ver Teresa el inmenso bien que el jesuita, su confesor, y el dominico, su amigo, podían hacer, cada uno en su correspondiente esfera. Una vez vio en éxtasis al dominico llevado en alto por ángeles entusiastas, lo que significaba el gran progreso que había realizado en poco tiempo. Incluso mejoró de salud, por lo que en adelante pudo hacer penitencia, cosa que había suprimido porque no le perjudicase. Lo más significativo de todo fue la pesada cruz que tuvo que soportar cuando una persona a la que él había ayudado le calumnió de mala manera, cosa que soportó con mansedumbre y paciencia.

Y lo mismo con los demás. Por lo que a su misión atañía, Teresa descubrió que su destierro en Toledo sólo había interrumpido su formación, si bien la había fortalecido. Disponía de tiempo holgado para meditar, para volver a sopesar las cosas, para pedir consejo a los hombres letrados y a los otros, y, sobre todo, para pensar en su camino a seguir en aquel problema fundamental de si

debía fundar su convento sobre la base de la absoluta pobreza, viviendo de la caridad, o de procurarle algunas rentas.

Una de las personas a quienes escribió, el padre Gonzalo de Aranda, mostró su carta en Ávila a fray Pedro de Alcántara, y el santo franciscano la envió una de aquellas cartas incomparables suyas, en un pequeño pedazo de papel cubierto hasta los márgenes por su fina y clara letra. Carta que dice así:

«Una suya vi..., y cierto que me espanté que vuestra merced ponía placer en parecer de letrados, lo que no es de su facultad, que si fuera cosa de pleitos, o caso de conciencia, bien era tomar, parecer de juristas o teólogos, mas ni la perfección de la vida no se ha de tratar sino con los que viven, porque no tiene ordinariamente alguno más conciencia ni buen sentimiento de cuanto bien obra; y en los consejos evangélicos no hay que tomar parecer, si será bien seguirlos o no, porque es ramo de infidelidad, porque el consejo de Dios no puede dejar de ser bueno, ni es dificultoso de guardar, si no es a los incrédulos y a los que fían poco de Dios, y a los que solamente se guían de prudencia humana; porque el que dio el consejo dará el remedio, pues que le puede dar, ni hay algún hombre bueno que dé consejo que no quiera salga bueno, aunque de nuestra naturaleza sean malos, cuanto más el soberanamente bueno y poderoso quiere y puede que sus consejos valgan a quien les siguiere.

»Si vuestra merced quiere seguir el consejo de Cristo, de mayor perfección en materias de pobreza, sígale porque no se dio más a hombres y a mujeres, y ÉI hará que le vaya muy bien, como ha ido a todos tos que le han seguido. Y si quiere tomar el consejo de letrados sin espíritu, busque harta renta, a ver si le valen ellos ni ella más que el carecer della por seguir el consejo de Cristo. Que si

vemos faltas en monesterios de mujeres pobres, es porque son pobres contra su voluntad, y por no poder más, y por no seguir el consejo de Cristo que yo no alabo simplemente la pobreza, sino la sufrida con paciencia por amor de Cristo, Nuestro Señor, y mucho más la deseada, procurada y abrazada por amor; porque si yo otra cosa sintiese o tuviese determinación, no me tendría por seguro en la fe.

»Yo creo en esto y en todo a Cristo, nuestro Señor, creo firmemente que sus consejos son muy buenos, como consejos de Dios, y creo que aunque me obliguen a pecado, que obligan a un hombre a ser mucho más perfecto, siguiéndolos que no los siguiendo; digo, que le obligan, que le hacen más perfecto, a lo menos en esto, y más santo y más agradable a Dios. Tengo por bienaventurados (como Su Majestad dice) a los pobres de espíritu, y son los pobres de voluntad, y téngolo visto, aunque creo más a Dios, que a mi experiencia; y que los que son de todo corazón pobres, con la gracia del Señor, viven vida bienaventurada, como en esta vida la viven los que aman, confían y esperan en Dios.

»Su Majestad dé a vuestra merced luz, para que entienda estas verdades y las obre. No crea a los que dijeren lo contrario por falta de luz, o por incredulidad, o por no haber gustado cuán suave es el Señor; a los que le temen y aman, y renuncian por su amor todas las cosas del mundo, no necesarias para su mayor amor, porque son enemigos de llevar la cruz de Cristo y no creen su gloria que después de ella se sigue. Y dé asimismo luz a vuestra merced, para que en verdades tan manifiestas no vacile ni tome parecer sino de los seguidores de los consejos de Cristo, que aunque los demás se salvan, si guardan lo que son obligados, comúnmente no tiene luz para más de lo que obran; y aunque su

consejo sea bueno, mejor es el de Cristo nuestro Señor, que sabe lo que aconseja y da favor para lo cumplir y da al fin el pago a los que confían en Él, y no en las cosas de la tierra. De Ávila y de Abril, 14 de 1562 años. Humilde capellán de vuestra merced. Pedro de Alcántara.»

Algunos de los amigos instruidos de Teresa la aconsejaron que tomase muy en serio aquel consejo idealista. No es cosa difícil, desde luego, el adivinar sus argumentos, y la propia Teresa indica cuáles eran; a saber: después de todo, vivimos en un mundo práctico, y se puede hacer más bien estableciendo los compromisos convenientes con tal hecho innegable que desconociéndolo; algunas casas religiosas han llegado a incurrir en gran confusión, incluso relajamiento al tratar de salir adelante sin medios de vida; si ella se propusiera tener una ermita para su único uso sería cosa distinta, pero se trataba de las vidas de los demás, que sufrirían, sin duda, por causa de sus errores si seguía los consejos de personas bien intencionadas pero nada prácticas, como fray Pedro de Alcántara. Y así por el estilo. Hasta fray Pedro Ibáñez, que le había dado tan leales y prudentes consejos en Ávila, se puso de parte de la apreciación mundana del caso, de lo que da referencia Teresa con estas palabras: «Envióme escritos dos pliegos de contradicción y teulogia, para que no lo hiciese, y ansí me lo decía que lo había estudiado mucho.» (*Vida*, cap. XXXV).

Algunos otros amigos, que en un principio la aconsejaron pobreza, cambiaron de opinión al considerar las dificultades que se le presentarían. Teresa dudaba, pues, si su corazón estaba con fray Pedro de Alcántara, su cabeza estaba con los otros. El caso era que no había recibido mandato alguno de su Señor a tal respecto.

Tiene Dios varios métodos de aleccionar a sus servidores. En aquel caso las ideas de Teresa quedaron aclaradas con la visita que en la primavera del año 1562 la hiciera una notable mujer vestida con hábito de carmelita, tan manchado y destrozado por el largo viaje que resultó cosa extraña que los criados la admitiesen en las habitaciones de la aristocrática mansión. María de Jesús contaba cuarenta años y era natural de Granada, en donde su padre era abogado. Había entrado más bien ya tarde en un convento de carmelitas calzadas en Granada y, después de haber pasado varios meses como novicia, concibió la idea de fundar un pequeño convento para contemplativas. La misma idea se les había ocurrido a ella y a Teresa en el mismo mes del año 1561.

María de Jesús era otra de esas almas extraordinarias y vivificantes en las que, por efecto de una integridad impulsora, se funden en una sola cosa la idea, el sentimiento y la acción. En cuanto se convenció del todo de que su deseo era la voluntad misma de Dios, vendió toda su herencia, entregó parte del producto a un su amigo para los gastos del monasterio con que soñaba y poniéndose el resto en monedas de oro y plata en un especialmente preparado cinto que llevaba debajo de aquel su burdo hábito, para subvenir a los gastos del viaje, emprendió el camino para Roma con dos beatas franciscanas, yendo a pie desde Granada. Iban descalzas y, cuando por fin llegaron fatigadas y maltrechas a la basílica de San Pedro, sus pies dejaron marcas de sangre en el suelo al marchar entre la multitud para ir a postrarse de hinojos ante el vicario de Cristo.

El papa Pío IV escuchó su petición, miró a sus pies sangrantes y a sus ojos sin pestañas y exclamó: «¡Varonil mujer, hágase lo que pide!»

Y envió a ella y a sus compañeras durante un tiempo a un monasterio carmelita en Mantua, que era una de las comunidades más rigurosas de la Orden, acaso la única en donde se seguía hasta el último límite la antigua regla de San Alberto, a pesar de las reformas autorizadas por el papa Eugenio IV en el año 1432. María hizo una copia de la regla y la llevó consigo cuando volvió a España, junto con el Breve del Papa autorizándola a fundar un convento con aquellas condiciones. Al meditar en los medios y modos de ello supo —tal vez por el padre jesuita Gaspar de Salazar, antiguo rector del colegio de Ávila— que doña Teresa de Ahumada tenía un proyecto similar, y que estaba a la sazón en Toledo; y allá se encaminó, desviándose unas setenta leguas de su ruta, para hablar del asunto.

Durante los quince días que permaneció en el palacio de los La Cerda, mostró a Teresa la copia de la regla de San Alberto, y, desde tal instante, comenzó a brillar una nueva luz en el asunto de la pobreza y de las rentas. Su inquietud acerca de ello la expresó Teresa escribiendo: «Hasta que yo la hablé, no había venido a mi noticia, que nuestra regla antes que se relajase, mandaba no se tuviese propio; ni yo estaba en fundarla sin renta, que iba mi intento a que no tuviésemos cuidado de lo que habíamos menester, y no miraba a los muchos cuidados que trae consigo tener propio. Esta bendita mujer, como la enseñaba el Señor, tenía bien entendido, con no saber leer, lo que yo, con tanto haber andado a leer las constituciones, inoraba; y como me lo dijo, parecióme bien, aunque temí que no me lo habían de consentir, sino decir que hacía desatinos, y que no hiciese cosa que padeciesen otros por mí.» ([27]).

[27] *Vida*, cap. XXXV. El cap. VI de la primitiva regla carmelita: *"Nullus fratrum sibi aliquid propriunt esse dica, sed sint vobis omnia communia."* El papa Gregorio IX, en el año 1229, prohibió a los carmelitas el poseer casas,

María de Jesús se marchó de Toledo tan calladamente como había llegado, y se fue a Madrid, en donde encontró otra amiga en doña Leonor de Mascareñas. Esta dama portuguesa, que había sido aya de Felipe II en sus primeros años, la dio algunas casas en Alcalá de Henares, y allí pudo, por fin, María fundar el convento que tanto anhelaba, de la Purísima Concepción, llamado popularmente el Convento de la Imagen, por una Carnosa estatua de nuestra Señora donada por la bienhechora.

Incluso después de haberse marchado María, y después de haber copiado la regla de San Alberto, Teresa se mostró perpleja sobre si debía establecer una casa mantenida con sólo limosnas en Ávila. Sus amigos cultos citaban ejemplos de casas en las que la falta de recursos era motivo de grandes distracciones. La caridad se había ido poco a poco enfriando, decían los individuos prudentes, y las monjas no debían abrigar la esperanza de que el público las mantuviese; si lo hacían se verían a sí mismas sometidas a las ansiedades que obstaculizarían su vida de oración y, de tal modo, frustrarían sus propios propósitos. Sus argumentos tenían tanta fuerza en la mente de Teresa que casi le arrancaron la conformidad. Esto no obstante, al pensar en Cristo, tan pobre y sin hogar, andando por los caminos, se le hacía muy cuesta arriba el tener que rendirse al sentido común práctico.

En tal crítico momento, en el mes de junio de 1562, fue el caso que apareció en Toledo fray Pedro de Alcántara, tan delgado que parecía totalmente un esqueleto enfundado en su pardo sayal. No se sabe cómo hubo de ir a dar allí con sus huesos. Acaso Teresa, dándose cuenta del aprieto en que se veía, pidiera a doña Luisa que le invitara a venir al palacio. De todas suertes, lo cierto

---

tierras o rentas como cosa contraria a la vida contemplativa.

es que permaneció allí varios días, reforzando grandemente con sus palabras los argumentos que había ya expuesto por carta. Tal vez sirva esto de explicación al cambio de opinión sobrevenido en el padre Ibáñez. Lo indudable es que acabó de confirmar a Teresa en su decisión a favor de la pobreza; y resolvió no seguir consultando a los demás, como ella escribió luego.

Con esto llegó a su término su misión en Toledo. Había hecho ya aquello para que allí se la enviara y aprendido las lecciones que allí debía aprender y para lo que también se la había enviado. Estuvo ausente de Ávila en momentos en que su presencia en la ciudad habría sido más perjudicial que beneficiosa. Y, por último, a juzgar por sí misma, había completado la preparación espiritual necesaria para el resto de sus días. No sólo llegó a amar el ideal de la pobreza, sino incluso a los mismos pobres de Cristo. El amor hacia los pobres, en la carne, sucia, insoportable a la vista, a los malolientes, desagradecidos y perversos a veces..., eso era lo que constituía la verdadera prueba de amor de alguien por la pobreza; y Teresa admite que su alma puntillosa no había alcanzado la libertad de mirar y tocar la más miserable de todas las imágenes de Dios hasta que, en el suntuoso palacio de loa La Cerda, Él la revelara la oquedad de todas las riquezas terrenales, de la posición y del poder, la frivolidad y la miseria de aquellos que el mundo envidia y la verdad literal de la sublime frase de Cristo: «Benditos sean los pobres de espíritu.» Antes había sido una satisfacción para ella el dar limosna a los pobres por amor de Él, pero a veces, como se daba ahora cuenta, lo hacía con una especie de apartamiento de todo cuanto era sucio o feo. Ahora todo aquello era cosa pasada, y experimentaba tanta simpatía por ellos (¿acaso la palabra simpatía no quiere decir, en su origen griego, «sufrir

con»?) que sentía el dolor de querer darles hasta las pobres y raídas ropas que llevaba.

Así fue, con tal ropa, cómo en el palacio de mármol de los La Cerda, hubo de escribir:

«Hasta ahora parecíame había menester a otros, y tenía más confianza en ayudas del mundo; ahora he entendido claro ser todos unos palillos de romero seco, y que asiéndose a ellos no hay seguridad, que en habiendo algún peso de contradiciones o murmuraciones que quiebran. Y ansí tengo espiriencia, que el verdadero remedio para no caer es asirme a la cruz, y confiar en el que en ella se puso...»

«Entendiendo esta verdad tan clara, solía ser muy amiga de que me quisiesen bien; ya no me da nada, antes me parece en parte me cansa, salvo con los que trato mi alma, o yo pienso aprovechar...»

«En muy grandes trabajos y persecuciones y contradiciones que he tenido estos meses, hame dado Dios gran ánimo, y cuando mayores, mayor, sin cansarme el padecer.»

No solamente no tenía mala voluntad contra quienes hablaban mal de ella, sino que, incluso, les quería; esto, desde luego, era —según ella decía— un don de Dios. La apenaba tomar alimento, especialmente durante los instantes de oración. Y escribió:

«Deseo grandísimo, más que suelo, siento en mí de que tenga Dios personas que con todo desasimiento le sirvan, y que en nada de lo de acá se detengan, como veo en todo burla, en especial letrados; que *como veo las grandes necesidades de la Iglesia, que estas me afligen tanto que me parece cosa de burla tener por otra cosa pena, y así no hago sino encomendarles a Dios; porque veo*

*yo que haría más provecho una persona del todo perfeta, con fervor verdadero de Dios, que muchas con tibieza.»* ([28])

«En cosas de la fe me hallo, a mi parecer, con muy mayor fortaleza. Peréceme a mí, que contra todos los luteranos me pornía yo sola a hacerles entender su yerro. Siento mucho la perdición de tantas almas. Veo muchas aprovechadas, que conozco claro ha querido Dios que sea por mis medios; y conozco que por su bondad va en crecimiento mi alma en amarle cada día más.»

«Paréceme que aunque en estudio quisiese tener vanagloria, que no podría, ni veo cómo pudiese pensar que ninguna de esas virtudes es mía; porque ha poco que me vi sin ninguna muchos años, y ahora de mi parte no hago más que recibir mercedes, sin servir, sino como la cosa más sin provecho del mundo.»

Si acaso hay algo de íntima preocupación en esto, conviene recordar que Teresa escribía un informe por obediencia y sólo para su confesor, a fin de permitirle juzgar su condición espiritual, y se le había dicho que escribiese exactamente lo que sintiera. Lo cual es, desde luego, igualmente cierto, por lo que atañe a la biografía, que concluyó en casa de doña Luisa.

Su aprendizaje espiritual había ya del todo terminado, y estaba en condiciones de comenzar la verdadera misión de su vida. Como para dar mayor importancia al caso, su cuñado Juan de Ovalle se apareció en Toledo hacia fines del mes de junio (1562) para darle noticias de los progresos en las obras de la casa de Ávila. Su esposa se había marchado ya con sus hijos a su casa de Alba de Tormes, y él estaba deseando poder unirse con ella en tal lugar. Por lo cual pidió a Teresa que regresara lo antes posible.

[28] Lo subrayado es el cogollo del pensamiento y de la acción de Teresa.

¿Qué le quedaba por hacer? Aunque su labor en Toledo había ya terminado, no experimentaba gran ansía de volver a Ávila. Iba a haber una elección en el convento de la Encarnación y, sabiendo por anticipado que era obligación suya el estar allí para depositar su voto, había sufrido una gran contrariedad al saber que sus amigas tenían la intención de nombrarla priora. Pero, como ella escribió: «... yo nunca fui amiga, ni de ningún oficio, antes siempre los había rehusado, parecíame gran peligro para la conciencia, y ansí alabé a Dios de no me hallar allá. Escribí a mis amigas para que no me diesen voto.» Aparte de ello, su elección podría resultar fatal para sus planes respecto al nuevo convento. En este punto su provincial la eximió de su obligación de permanecer en Toledo; y, como no la ordenó que volviese a Ávila, decidió permanecer allí un poco más. Sin embargo, por lo visto, su Majestad tenía otros planes. Había Él confirmado últimamente la decisión de ella, diciéndola que «en ninguna manera dejase de hacerle pobre, que esta era la voluntad de su Padre y suya, que Él me ayudaría. Mas, cuando estaba ya tan contenta porque, como ella escribió, se había librado de todo aquel ruido de la Encarnación, cambió la cosa, por lo que a ella atañía: «díjome el Señor, que en ninguna manera deje de ir, que pues deseo cruz, que buena se me apareja, que no la deseche, que vaya con ánimo, que Él me ayudará, y que me fuese luego» (*Vida*, cap. XXXV).

Al oír esto su confesor le dijo también que se marchase, pero la aconsejó que se quedara unos días más por ser el tiempo muy caluroso. Teresa, como de costumbre, obedeció. Además, la cortesía exigía que, antes de irse, obtuviese el permiso de doña Luisa. Lo que resultó parecer cosa verdaderamente difícil, pues la gran dama se había de tal modo acostumbrado a su grata compañía y consuelo que no quería abandonarlos, y con ese egoísmo, que es

tantas veces producto de la riqueza, puso todos los inconvenientes posibles a su partida, incluso hasta llegar, como puede uno inferir, a acusarla de ingratitud..., y esto a una pobre monja que la había dado lo que nunca habrían podido proporcionarla todas las riquezas de los La Cerda juntas.

«Ella sentía tanto que la dejase, que era otro tormento, que la había costado mucho acabarlo con el provincial, por muchas maneras de importunaciones. Tuve por grandísima cosa querer venir en ello, según lo que sentía; sino como era muy temerosa de Dios, y como le dije que se le podía hacer gran servicio, y otras hartas cosas, y dile esperanza, que era posible tornarla a ver; y así con harta pena lo tuvo por bien.»

Cuando llegó el momento de marcharse los sentimientos de Teresa eran confusos. Lo sentía por doña Luisa, que no podía ocultar su tristeza. Por su propia pena, se dio cuenta de lo mucho que echaría de menos a su confesor jesuita, el padre Domenech. Ni dejaba de ser todavía lo bastante humana para no sentir cierta repulsión por los tormentos que en Ávila la esperaban, aun cuando había aprendido a desear sufrir por amor de Dios los sufrimientos soportados por Cristo. Así ella escribió: «...vía claro estos dos contrarios, holgarme y consolarme, y alégrame de lo que me pesaba en el alma, porque yo estaba consolada y sosegada, y tenía lugar para tener muchas horas de oración; vio que venía a meterme en un fuego que ya el Señor me lo había dicho, que venía a pasar gran cruz (aunque nunca yo pensé lo fuera tanto, como después vi) y con todo venía ya alegre, y estaba deshecha de que no me ponía luego en la batalla, pues el Señor quería la tuviese, y así enviaba su Majestad el esfuerzo, y le ponía en mi flaqueza». Era ella como alguien con una joya que diera gran placer mirarla y

guardarla, pero sabía que alguien a quien amaba más que a sí misma la quería; por tanto, la proporcionaba más alegría, como decía, el quedarse sin ella, aunque el dejarla la produjese alguna pena. De modo que se despidió, sin duda con gran copia de lágrimas por parte de doña Luisa, y se puso en camino hacia el Norte, acompañada por su amiga.

# CAPÍTULO XV

## LA MARCHA FURTIVA EN LA SOÑOLIENTA ÁVILA

Al llegar a su ciudad nativa después de un viaje por el polvoriento camino, cuyas incomodidades no se tomó ella siquiera la pena de referir, Teresa fue directamente a la Encarnación a presentarse a sus superioras, e inmediatamente se puso a seguir la cotidiana rutina de la comunidad.

Aquella noche llegó a Ávila un mensajero con un Breve del cardenal de San Angelo, en nombre del papa Pío IV, autorizando la fundación de un convento bajo la regla carmelita. Fechado en el día 6 de febrero, había tardado cinco meses en llegar y estaba dirigido a doña Guiomar de Ulloa y a su madre —probablemente al cuidado del obispo, si en ello se observó la costumbre ordinaria.

Teresa se enteró en seguida de tal llegada. Acaso se lo dijera el santo caballero, tal vez el maestro Daza. No fue ciertamente doña Guiomar, que se hallaba ausente por haber ido a visitar a su madre en Toro, a fin de evitar toda sospecha por la obra que había hecho en la casa. Tampoco pudo saberlo por Juana, que se había instalado de nuevo en Alba de Tormes, como tampoco por su marido, Juan de Ovalle, que, al quedarse viviendo solo, había cogido un gran catarro que le tenía con fiebre. Sea por quien fuere, el hecho es que Teresa estaba entusiasmada por tener la aprobación del Padre Santo. Pero, a renglón seguido, sobrevino la gran ansiedad. En el momento en que más se la precisaba fuera de allí era una completa prisionera en el convento de la Encarnación, y

no se atrevía a pedir que la dejasen salir por miedo de suscitar sospechas.

Lo más atormentador de todo era saber que el obispo de Ávila, don Alvaro de Mendoza, había llegado la misma noche de su regreso, y que también se hallaba entonces en la ciudad fray Pedro de Alcántara, en calidad de huésped de don Juan Blázquez, señor de Loriana. Se reunieron, pues, allí, en afectuoso grupo, los amigos de Teresa: don Francisco de Salcedo, el maestro Daza, el padre Gonzalo de Aranda y tal vez doña Guiomar, recién llegada de Toro, para leer el Breve y discutir lo que debía hacerse. El documento mencionado otorgaba a doña Guiomar y a su madre el permiso para fundar «un monasterio de monjas con el número y con la invocación que pudiera parecerles conveniente, de la Regla y de la Orden de Santa María del Monte Carmelo, bajo la obediencia y corrección del Venerable Padre en Cristo, por la Gracia de Dios, Obispo de Ávila, ...con una iglesia, campanario, campanas, claustro, refectorio, dormitorio, jardín y otras dependencias necesarias... dentro o fuera de las murallas de la dicha ciudad de Ávila, según os parezca, sin perjuicio de nadie. Hacer estatutos y ordenanzas legales y razonables que no sean contrarias a la ley canónica, y todos los cambios y modificaciones necesarios». La desobediencia al obispo y otros prelados principales sería motivo de excomunión *ipso facto* y así por el estilo; lo cual era una de las condiciones impuestas por la Santa Sede como garantía contra los abusos y escándalos.

No se decía allí nada de la Primitiva Regla de San Alberto ni de la pobreza absoluta sin renta. En realidad, cuando las dos damas habían solicitado aquella autorización, en el año 1561, Teresa no tenía aún nada decidido sobre estos dos asuntos funda-

mentales, y he aquí que ahora se le presentaban en el camino obstáculos nuevos y no previstos. ¿Qué pensaría el obispo de aquello de tomar bajo su obediencia lo que, en el procedimiento ordinario, debiera estar sometido al provincial carmelita? ¿Y qué diría cuando Teresa propusiera se constituyese sobre la base de la regla primitiva y la absoluta pobreza?

El hecho es que dijo lo que se temía dijera; que, si el convento había de vivir sin renta, él no tenía nada que ver con ello, que ya había gran número de conventos en Ávila. ¿A santo de qué, pues, fundar otro que habría de convertirse en una carga para él o para la ciudad, sin que para ello hubiese una razón indiscutible? Él no había visto jamás a la tal monja, doña Teresa. Acaso estuviera un tanto bajo la influencia de lo que decían los enemigos de ella.

Don Álvaro de Mendoza era uno de esos hombres que rara vez cambian de idea. La única esperanza que a los conspiradores que daba era que pudiese escuchar a fray Pedro de Alcántara, por quien sentía una profunda veneración. El simpático y viejo franciscano, al ver por primera vez la pobre casa escogida por Teresa, había exclamado: «Es un pequeño pesebre de Belén.» De suerte que, sin levantarse de la cama donde la enfermedad le tenía postrado, en casa del señor de Loriana, escribió al obispo una de aquellas sus concisas cartas, en que decía:

«El espíritu de Cristo hincha el alma de vuestra Señoría. Recibida su santa bendición, la enfermedad me ha agravado tanto, que ha impedido tratar un negocio muy importante al servicio de nuestro Señor; y por ser tal, y no quede por haber lo que es de nuestra parte, en breve quiero dar noticia dél a vuestra Señoría, y es que una persona muy espiritual, con verdadero celo, ha algunos días pretende hacer en este lugar un monesterio religiosísimo y de en-

tera perfección de monjas de la primera Regla y Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo; para lo cual ha querido tomar por fin y remedio de la observación de la primera Regla dar la obediencia al Ordinario de este lugar; y confiando en la bondad y santidad grande de vuestra Señoría, después que nuestro Señor se la dio por prelado, ha traído el negocio hasta ahora un gasto de más de cinco mil reales, para lo cual tiene traído Breve.»

«Es negocio que me ha parecido bien; por lo cual, por amor de nuestro Señor, pido a vuestra Señoría lo ampare y reciba, porque entiendo es aumento del culto divino y bien de esa ciudad; y si a vuestra Señoría parece, pues yo no puedo ir a tomar su santa bendición y tratar esto, recibiré mucha caridad mande vuestra Señoría al maestro Daza venga a que yo le trate con él y con quien a vuestra Señoría parezca. Mas, a lo que entiendo, esto se podrá fiar y tratar con el maestro, y de esto recibirá mucha consolación y caridad. Digo, que puede vuestra Señoría tratar esto con el maestro Daza y con Gonzalo de Aranda y con Francisco Salcedo, que son las personas que vuestra Señoría sabe, y ternán más particular conocimiento que yo; aunque yo me satisfago bien de las personas principales que han de entrar, que son gente aprobada y la más principal, y creo yo que mora el espíritu del Señor en ellas; el cual Su Majestad dé y conserve en vuestra Señoría para mucha gloria y universal provecho de su Iglesia, Amén, Amén. Siervo y capellán de vuestra Señoría, indigno fray Pedro de Alcántara.»

El aristocrático obispo no se sintió dispuesto, por una u otra razón, para acceder a la petición de una entrevista. Se marchó, pues, a su residencia de El Tiemblo, cosa de unas treinta y dos millas de Ávila, y es bien posible que echara todo aquello en olvido. Pero San Pedro de Alcántara no era hombre que aceptara tan

mansamente su derrota, y, en cuanto estuvo en condiciones de arrancar su descarnado cuerpo de la cama, montó en una mula, o hizo que sobre ella lo colocasen, y se fue derecho a El Tiemblo. En otras circunstancias habría ido a pie.

Su aspecto cuando allí llegó, más muerto que vivo, y más parecido que nunca a un esqueleto o a las raíces retorcidas de un árbol dentro de hábito tan raído, era como para conmover a cualquier corazón menos endurecido que el de don Álvaro. Pero sus argumentos fueron tales que el obispo prometió hablar con doña Teresa a su regreso a Ávila.

Tanto ésta como sus amigos se alegraron grandemente al escuchar las buenas noticias de boca de fray Pedro, por cuyo éxito habían estado elevando al cielo fervientes preces. Pero era perfectamente claro que no podría hablar con el obispo sin que sus planes llegaran a saberse con anticipación en el convento, ni cómo, incluso si él daba su consentimiento, podría ella visitar la casa ocupada por Juan de Ovalle para hacer que en ella se llevasen a cabo las reformas necesarias.

Mientras estaban así las cosas el estado de salud de Ovalle empeoró mucho, y al enterarse de ello la priora de la Encarnación ordenó a Teresa que fuese allí en seguida a cuidar a su cuñado y que permaneciese con él hasta que estuviese mejor.

Ni que decir tiene que Teresa se dio prisa en cumplir tal orden, con secreta alegría, y que se dirigió a toda prisa a la humilde residencia, al norte de las antiguas murallas de Ávila. No había gran cosa que ver en ella, pues era una diminuta casa de sólo dos pisos. Necesitaba todavía de importantes reparaciones a pesar de todas las que se le hicieran el año anterior. Sin embargo, ella no cesaba de escuchar en su interior la voz del Señor, que la decía:

«Entra como pudieres... ¡Cuántas veces he dormido yo al sereno...!» Y, al examinarla con tal espíritu, pudo ver en ella la posibilidad de un modesto convento. Aquel cuarto exiguo del primer piso sería la capilla. Allí debería instalarse el altar, centro de la casa y trono de su Majestad. Aquí haría poner una doble reja de madera cubierta de cortinas, detrás de las cuales las monjas podrían oír misa sin ser vistas. Cerca de allí, en el pequeño pórtico o vestíbulo, habría dos puertas, una que diera a la capilla y la otra a la portería, y, encima de la primera, haría poner una estatua de San José, patrón de la casa, y encima de la segunda, una de nuestra Señora, cada una en su hornacina. Ya contaba con las estatuas, probables regalos de los amigos, o compradas acaso con gran sacrificio; estatuas que guardaba con gran celo para el día en que hubieran de ser colocadas en sus respectivos lugares; pequeños y pobres tesoros que hablaban el lenguaje universal del amor, que quiere invariablemente adoptar cierto parecido con el Amado para poder contemplarlo y gozarlo. La Santa Virgen estaba vestida con ropaje de oro, pues los dorados estaban pintados en la estatua, y tenía en sus brazos a su divino Hijo. San José, aunque de rudo continente, estaba vestido con una túnica de seda, y en su carácter de hombre afable y humilde, tenía el sombrero en la mano. Parecía estar dando la bienvenida a los visitantes de la nueva morada, cosa que no era de extrañar, pues el convento había de llevar su nombre y estar colocado bajo su santa protección.

El segundo piso sería dividido en celdas para las monjas. Al principio no se precisarían más que cuatro de ellas, ya que la calidad era mucho más importante que la cantidad, y Teresa había, con toda conciencia, e inspirada por la oración, escogido a sus compañeras. Todas ellas eran huérfanas y pobres, ninguna disponía de dote. La primera era Antonia de Henao, de Ávila, re-

comendada por su director, fray Pedro de Alcántara. La segunda, María de la Paz, que, procedente de una familia pobre de Ledesma, había sido sirvienta en casa de doña Guiomar de Ulloa, en donde Teresa había podido apreciar sus cualidades de gran santidad. La tercera era otra abulense, Úrsula de Revilla y Álvarez de Toledo, que, de muchacha, había sido más bien harto veleidosa, pero que a los cuarenta y cuatro años prometía ser una monja ejemplar. Y, por último, María de Ávila, de treinta y siete años, hermana de un bueno y humilde sacerdote, el padre Julián, a quien Teresa pensaba nombrar capellán de su convento.

Teresa había cosido con sus propias manos su hábito y los de sus cuatro compañeras. Acaso las otras la ayudasen a cortar, según sus patrones, las piezas de tela de estameña parda, tejida en casa, que habían de constituir la parte principal del hábito, y el blanco lino para las tocas, así como los sencillos velos que no debían tener rizos, pliegues ni dobladillos de ninguna clase ni ninguna superfluidad ornamental. Quienquiera que haya oído hablar a un corro de mujeres españolas puede imaginarse la animación de algunas de aquellas reuniones, sin duda contenidas y reducidas a forma de murmullos y risas sofocadas en atención a Juan de Ovalle, que permanecía en su lecho de enfermo, en el piso superior, atacado de fiebre, mientras los carpinteros golpeaban en uno y otro lugar de la casa sin tales escrúpulos, y algunos amigos, a buen seguro los de siempre, el virtuoso caballero, el maestro Daza, el padre Julián de Ávila o el padre Gonzalo de Aranda, entraban y salían para ayudarles y traer tal o cual cosa necesaria.

No llevaba Teresa mucho tiempo en la casa cuando recibió un recado de que fray Pedro de Alcántara había regresado a la ciudad y la vería en cierta capilla de la catedral, para discutir los últimos

detalles del asalto que estaban proyectando contra la fortaleza de la voluntad del obispo. Y en uno de los primeros días del mes de agosto, acompañada por una amiga, que con el tiempo fue la hermana Isabel de Santo Domingo, se dirigió a celebrar la importante entrevista. Fray Pedro las oyó en confesión, dijo la misa y les dio la comunión. Luego tuvieron una larga conversación y convinieron en que en cuanto el obispo regresara él le llevaría a que la visitase en el convento de la Encarnación.

Es muy probable que Teresa estuviese viviendo de nuevo en el convento cuando su parienta doña María Cimbrón fue elegida para el tercer término, el día 12 de agosto. Como la mayoría de las personas, el obispo quedó cautivado por su sencillez, su sinceridad, la tranquila intensidad de su decisión, su humildad sin servilismo, su encanto humano (más que humano) y su energía. Antes de separarse habían ya convenido en que él tomaría su convento bajo su protección y su jurisdicción, y desde aquel mismo día fue su amigo constante y leal hasta el de su muerte, pidiendo en su testamento que se le enterrase junto a ella.

La obra de la vida de fray Pedro pareció haber llegado a su culminación con aquel favor prestado a otro santo. Y se retiró a un monasterio de su Orden a esperar su última hora, la cual le llegó dos meses más tarde.

Teresa decidió fundar su monasterio el día de San Bartolomé, el 24 de agosto, esperando empezar, de tal suerte, con la protección de ese apóstol, al que se invocaba siempre contra las añagazas y asaltos del demonio. Por lo tanto, había aún mucho que hacer en los pocos días que quedaban. Pero, por fin, se dividieron las celdas, se montaron las puertas, se habilitó para capilla el primer piso, se instaló el altar, así como también la reja. El maestro

Daza había prometido decir la primera misa. Y es de suponer que Teresa pondría todo su cuidado en la instrucción preliminar de sus novicias, a fin de que pudieran entrar en el convento de San José perfectamente conscientes de las dificultades que las aguardaban y del alto significado de las austeridades que habrían de aceptar para el resto de sus vidas.

La primitiva regla del Carmelo, que ella iba a restaurar, era una de las más rigurosas en la historia de la Iglesia. Había sido formulada por San Alberto en el año 1209 y aprobada por el papa Honorio III en 1226, durante la época tan turbulenta como gloriosa en que San Francisco de Asís y sus secuaces cantaban por los caminos de Italia, y en que Santo Domingo organizaba una Orden para la defensa intelectual del cristianismo. Veinte años después San Simón Stock, general de los carmelitas, envió una delegación a Lyon, donde, en aquel entonces, hallábase el papa Inocencio IV, para pedirle que aclarase algunos puntos de la regla. Inocencio confió el asunto a dos dominicos, Hugo de San Charo y Guillermo, obispo de Antera, los cuales la revisaron y modificaron para acomodarla a sus propias concepciones, que, naturalmente, no eran idénticas a las de los primeros ermitaños carmelitas. El Papa ratificó su informe el día 1 de septiembre del año 1248, y algunos otros pontífices, por medio de especiales dispensas, otorgaron sucesivas relajaciones. El resultado de todo ello fue que la clase de conventos de que el de la Encarnación de Ávila era una muestra patente: no inmoral, pero demasiado numeroso para poder llevar en él una vida de oración y recogimiento, para lo que los primitivos carmelitas habían dedicado su Orden a la Madre de Dios.

Con arreglo a la doctrina de Santo Tomás y a la verdad, la perfección de una Orden religiosa no consiste tanto en las peni-

tencias que en ella observan cuanto en la consecución de un ideal más elevado que en otra, con los medios a tal ideal adaptados, como dice Ribera ([29]); de donde concluye que las órdenes de más alta categoría son las destinadas a la enseñanza y la predicación. Después de éstas vienen las dedicadas a la contemplación, toda vez que así como es mayor empresa la de iluminar que la de simplemente brillar, así es mayor la de comunicar a los demás lo que se ha contemplado que la de limitarse a contemplar. Y, dado que las órdenes de las mujeres no están establecidas para predicar ni enseñar —sigue diciendo—, su más elevada vocación es la de ayudar, por medio de la oración y de la penitencia, a los hombres que en las aulas o en el púlpito se consagran a la obra de defender a la Iglesia. Y por perfectas que las mujeres de una Orden contemplativa puedan ser en sus oraciones, sus cánticos y otros deberes, no cumplirán lo que están llamadas a cumplir hasta que no ofrezcan sus obras, incluso sus ayunos y penitencias por los que «se lanzan al campo, sudando y luchando por la gloria de Dios y la defensa y el crecimiento de la Iglesia».

A juicio de Teresa, el medio de acercarse a tan elevado ideal era la primitiva regla de San Alberto. Esto requería, además de los acostumbrados votos de pobreza, castidad y obediencia, el que las religiosas guardasen silencio a ciertas horas; que permaneciesen en sus celdas meditando en las cosas de Dios, cuando no estaban ocupadas en alguna otra cosa; que ayunasen desde el día de la Exaltación de la Santa Cruz (el 14 de septiembre) hasta la Pascua, a no ser que lo impida la enfermedad o alguna otra excusa valedera; que no coman nunca carne, a no ser por razones de

[29] Lib. II cap. I, en donde se refiere a la Summa, en la parte II, en que Santo Tomás considera la enseñanza y la predicación frutos de la contemplación.

salud, como durante una enfermedad, y que realicen regularmente alguna labor manual. En resumen, que la madre Teresa, o La Madre, como en lo sucesivo se la habría de llamar, estaba resuelta a terminar con todos los compromisos que habían cambiado una de las órdenes más rigurosas de contemplación en una muy semejante a las otras comunidades con propósitos completamente distintos. ¿No había acaso más que una mera coincidencia en el hecho de que ella fundase su convento precisamente en el mismo año en que los turcos destruían el único en el mundo en que se observaba plenamente la regla primitiva, el convento de Chipre?

La regla primitiva estaba destinada a permitir a quienes deseaban seguir los consejos de perfección de Cristo el hacerlo literalmente, con la menor intromisión posible de su propia naturaleza humana, de sus amigos y parientes, y del mundo exterior en general. Por consiguiente, Teresa decretó que jamás debía ver nadie a una monja sin su velo, salvo su padre, su madre, su hermana, o para algún fin eficaz, como el bien de la Orden, o su ejemplaridad. E incluso en tales momentos debía siempre estar presente una tercera persona. La priora guardaba la llave de la reja y la de la portería, y nadie podía salir ni entrar sin su permiso. Cuando era preciso que un sacerdote o un médico visitase a una monja, postrada por la enfermedad en su cama, el visitante era conducido por dos personas hasta la puerta de la celda. Nadie podía hablarle ni él podía hablar con nadie, excepto con la paciente; y, cuando pasaba por el convento, le precedía una monja o una hermana lega que iba tocando una campanilla para avisar que había un extraño en la casa. Las novicias tenían la obligación de conformarse a las mismas reglas estrictas que las monjas profesas, en lo referente a las visitas y otros asuntos por el estilo, en la inteligencia de que, si no podían soportar las austeridades de tal vida, debían averiguarlo

con el debido tiempo y marcharse antes de hacer los votos. Ningún miembro de la comunidad podía poseer nada de su propiedad personal o privada. Si alguna monja llegaba a tener especial afecto por algo material —por un libro, o incluso por su celda—, la priora la exigiría que lo abandonase o la dejara con el completo desprendimiento, que debía constituir el punto de partida de la vida de contemplación. Por último, no se debía prestar la mayor atención a las cosas del mundo exterior, salvo, previo permiso de la priora, para dar ayuda o consuelo a los que se hallasen en la necesidad o en la desgracia.

Semejante actitud carmelita explica el por qué los escritos de Santa Teresa contienen tan poca referencia a las cosas de su época en uno de los periodos más dramáticos de la admirable historia de España. Salvo por algunas declaraciones de orden general acerca de las persecuciones de la Iglesia por los luteranos, las páginas por ella escritas en los años 1562 y 1563 no dicen nada acerca de las atrocidades cometidas por los calvinistas contra los sacerdotes y las monjas durante el otoño del año 1561, por ejemplo, o de la reanudación del reinado del Terror, en el año 1562, cuando los fanáticos protestantes franceses asesinaron a 4.000 sacerdotes, monjas y frailes; expulsaron y maltrataron a 12.000 monjas; saquearon 20.000 iglesias; destruyeron valiosísimas obras de arte, reliquias y manuscritos; arrasaron 2.000 monasterios, centros de la cultura cristiana, hasta no dejar piedra sobre piedra; exhumaron el cadáver incorrupto de San Francisco de Paula, y lo quemaron; derribaron la estatua de Santa Juana de Arco del puente de Orleáns; arrojaron las hostias consagradas a la calle, para que fuesen pisoteadas por los hombres y los caballos, y revelaron frecuentemente, so capa de pretender apelar farisaicamente de la corrupción de la Iglesia católica a la pureza del

primitivo cristianismo, un odio no menos fanático contra el mismo Cristo.

También en España ocurrieron acontecimientos por demás extraños y trágicos. El Mediterráneo había llegado a convertirse en un lago musulmán, y Felipe II, casi siempre infortunado en las contiendas del mar, perdía flota tras flota. En abril del año 1562, su hijo único y heredero, don Carlos, estuvo a las mismas puertas de la muerte hasta que las reliquias de San Dídaco le restauraron en su salud. En el mes de noviembre la ciudad de Valladolid fue destruida por el fuego, y Felipe dio una gran suma de dinero para el auxilio a los desamparados y la reconstrucción de la ciudad. El verano siguiente puso la primera piedra del monasterio de El Escorial y envió una flota de guerra para rescatar a los heroicos defensores de Mers-el-Kebir. Pero de ninguno de tales hechos encontramos la menor referencia en las páginas de Santa Teresa. Para ella, la exigua casa de la parte norte de la ciudad de Axila era todo el mundo y más que todo él. Con razón podía de ella decir que era un paraíso, si alguno había en la tierra. Para quien tan sólo disfruta procurando placer a Dios, y no para atención en su propio placer, puede haber una vida muy buena, y, al buscar algo más, se pierde todo, porque no es posible todo tener ([30]).

Con esta idea fija en su mente, escogió a las primeras monjas entre las mujeres más heroicas que conocía considerando más la calidad que la cantidad. No pensaba tener más de trece o catorce en cada casa; posteriormente añadió tres torneras para que se encargaran de las labores pesadas que podrían distraer de la contemplación a las monjas. Estaba del todo decidida a no aceptar miembros de otras órdenes, ni siquiera de las carmelitas calzadas.

[30] *Camino de perfección*. Manuscrito de Valladolid, cap. XIII.

Se negó a tomar en consideración la riqueza y la posición social; la pobreza y la humildad de la cuna no podían ser obstáculos si la candidata tenía condiciones de elegible. La buena salud y la alegre disposición eran condiciones esenciales. No quería tener nada que ver con mujeres melancólicas, por muy virtuosas que a los demás pudieran parecer. La melancolía se le antojaba una enfermedad espiritual o moral por medio de la cual encuentra el demonio fácil acceso a un alma, pudiendo llegar así a envenenar la atmósfera de todo un convento.

Tenía en tan alta estima la inteligencia que la prefería incluso a la piedad. El testimonio del padre Ribera a este respecto es del todo concluyente, cuando dice que la gustaban de manera extraordinaria las personas inteligentes. Después de preocuparse por que tuviesen verdadera vocación, lo que más la interesaba en la mayoría de las que recibía como novicias, hasta de las que sólo habían de ser hermanas legas, era que tuvieran buen entendimiento. Quienes conocían su santidad y su amor de la oración tenían buen cuidado de ensalzar ante todo el fervor y la devoción de las candidatas que la llevaban, en la creencia de que tan sólo por ello las admitiría. Pero, por lo visto, se preocupaba ante todo de que fuesen juiciosas y aptas. Como una persona manifestase su sorpresa por tal criterio y preguntase la razón de ello, la santa le respondió que nuestro Señor les daba la devoción al entrar y ellas las enseñarían a orar. Por lo que a las que habían practicado la oración, se les tenía frecuentemente que enseñar a olvidar cuanto habían aprendido en lo que respecta a tal oración, pero la inteligencia les era imposible dársela. Además de ello, la monja que no es inteligente resulta útil tan sólo para sí misma, mientras que a una monja inteligente podía ponérsela al frente de la casa y confiarla cualquiera de los cargos.

Lo que Teresa entendía por «inteligencia» lo indicó claramente en algunos de los consejos que escribió para sus monjas poco después de la fundación del convento de San José, diciendo así:

«Bien creo favorece el Señor a quien bien se determina. Y por eso va mucho en mirar qué talento tiene la que entra, y que no sea sólo por remediarse (como acaecerá a muchas), puesto que Dios puede perfecionar este intento si es persona de buen entendimiento; que si no en ninguna manera se tome; porque ni ella se entenderá cómo entra, ni después a las que quisieren poner en lo mijor. Porque, por la mayor parte, quien esta falta tiene, siempre les parece entiende más lo que le conviene que los más sabios; y es mal que le tengo por incurable, porque por maravilla deja de traer consigo malicia. Y adonde hay mucho número de monjas, podráse tolerar; y en tan pocas, no se podrá sufrir.»

«Un buen entendimiento, si comienza a aficionarse al bien, ásese a él con fortaleza, porque ve es lo más acertado; y cuando no aproveche para mucho espíritu, aprovechará para buen consejo y para hartas cosas sin cansar a nadie, antes es recreación. Cuando éste falta, yo no sé para qué en comunidad puede aprovechar; y dañar podría mucho.»

«Esta falta —y las demás— no se ve muy en breve; porque algunas personas hablan bien y entienden mal, y otras hablan corto —y no muy acortado— y tienen entendimiento para mucho bien: que hay unas simplicidades santas que saben muy poco para negocios y estilos del mundo y mucho para tratar con Dios. Por esto, es menester gran información para tomarlas y larga probación para darlas profesión.»

«Entienda una vez el mundo que tienen libertad para tornar a echarlas (que en monasterio donde hay asperezas, muchas ocasiones hay; y como se use, no se terná por agravio)» ([31]).

Fue, por lo pronto, una buena cosa tal vez que Teresa no encontrase más que cuatro que parecían llenar los requisitos exigidos. El secreto era tan importante que incluso mantuvo a doña Guiomar alejada de la casa durante aquellos días, ya que era harto conocida en la vecindad y podría haber despertado sospechas. Mientras tanto, a medida que se acercaba el gran día, los trabajadores eran tremendamente lentos en realizar los cambios en el interior necesarios y, al mismo tiempo, Juan de Ovalle continuaba tan enfermo que no se podría decir cuándo podría marcharse. Sin embargo, no era posible dedicar la casa hasta que estuviese vacía. Teresa vivía en un continuo temor de tener que volver a la Encarnación antes de hacer la fundación. Referente a ello, escribió: «Yo vía que iba el todo en la brevedad por muchas causas; y la una era porque cada hora temía me habían de mandar ir» (*Vida*, cap. XXXVI).

Como fuera acercándose la víspera de San Bartolomé, se difundió por fuera el rumor de lo que se preparaba. Por fortuna pareció tan descabellado, dadas las dimensiones de la casa, que la gente no se prestó a creerlo. De tal suerte los carpinteros terminaron su obra, se distribuyeron los hábitos, y ya estaba todo listo, excepto el alejamiento de Juan de Ovalle. Casi a la víspera de la festividad, le abandonó la fiebre y le volvió tan repentinamente la salud que Teresa creyó que su enfermedad había sido de origen sobrenatural. «Fue cosa para espantar, y que no estuvo más malo de lo que fue menester para el negocio, y, en siendo menester tu-

[31] *Camino de perfección*. Man. Valladolid, cap. XIV.

viese salud, para que yo me desocupase y él dejase desembarazada la casa, se la dio luego el Señor, que él estaba maravillado.»

Mientras Ovalle fue en busca de su mujer e hijos para que pudiesen asistir a la ceremonia, a los otros amigos de la fundadora se les tenía al tanto de que se acercaba la hora. Teresa, que había dormido muy poco, o casi nada, durante varios días, pasó toda la noche del día 23 de agosto ajetreándose en la pequeña capilla, arreglando y volviendo a arreglar el altar para el Divino Huésped, que no tardaría en ser en ella entronizado, pensando en todo, temerosa ahora y confiada después, inspeccionando por sí misma hasta el último detalle como un buen capitán. El asunto de la campana y el cómo procurársela no constituyó, por cierto, una de las más pequeñas preocupaciones, dada la necesidad de aquel objeto adjunto de la vida conventual. Que llegara a comprar una con varias de las pocas *blancas* ([32]) que habían pasado por sus manos, o que algún alma caritativa se la hubiese dado, no es cosa que se haya puesto en claro. Lo cierto es que allí estaba colgando en la pared cerca de la puerta, pronta a levantar tempranos ecos mañaneros en la soñolienta Ávila cuando a su dueña le pluguiese dar la orden. Lo mismo que la casa y cuanto en ella había, era una campana pequeña y humilde, si bien dispuesta a hacer valientemente lo que de ella se esperaba. Su peso llegaba apenas a las tres libras, estaba mal fundida y había llegado de la fundición incluso con un agujero que nunca llegó a taparse. No importaba, el caso era que así resultaba más barata... ¿Por ventura no tenía también Teresa un agujero en su corazón? No cabía duda de que en España había muchas más campanas y más ruidosas —

[32] *Blanca*, moneda de valor Inferior al centavo norteamericano de hoy.

grandes y majestuosas campanas que propagaban sus sonidos de cerro en cerro, viejas campanas de bronce, campanas de hierro y de plata, de las que estaban grandemente orgullosos los habitantes de muchas poblaciones y los feligreses de muchas iglesias, al extremo de reñir a veces batallas campales por cuál de ellas tenía mayores méritos; pero ésta parecía un verdadero símbolo de la comunidad a que tenía que llamar a oración, al trabajo, al recreo, ya que su sonido era fuerte, claro, casto y recatado como el amor que allí dentro iba a consagrarse a Dios ([33]).

Era todavía oscura aquella mañana del día 24 de agosto cuando el pequeño ejército de la Reforma se reunió y comenzó a avanzar de dos en dos y de tres en tres por los campos húmedos aún de rocío y por las tortuosas y frescas calles de la ciudad. Además de las cuatro mujeres que iban a ser recibidas, estaban el maestro Daza, el santo caballero, Juan de Ovalle, su esposa e hijos, el padre Julián de Ávila, el padre Gonzalo de Aranda, la bella Isabel Ortega y doña Guiomar de Ulloa y su hija, y también dos monjas de la Encarnación (primas de Teresa), doña Inés y doña Ana de Tapia.

Al romper de aquel día fresco y sonrosado sobre las cumbres de las montañas castellanas, los madrugadores de la parte norte de la ciudad de Ávila y del suburbio de San Roque debieron de quedarse un si es no es sorprendidos al oír aquel desconocido

[33] SILVERIO, *Op. cit*., II. Luego, un general carmelita hizo enviar tal campana al convento de Pastrana pera colocarla en la sala donde tenían lugar los capítulos generales de la Orden, explicando en una poesía que su voz haría temblar a cualquier religiosa que hubiera perdido la fe en la regla primitiva. Cuando las monjas de Pastrana se vieron obligadas a huir, en el año 1835, la gente del pueblo escondió todos sus objetos, incluso la campana, que, más tarde, fue restaurada y devuelta a San José de Ávila.

campanilleo en la puerta de la casa en donde tan misteriosa actividad se había manifestado últimamente. Poco después, todas las campanas de las numerosas iglesias y conventos de Ávila comenzaron a anunciar la llegada del nuevo día, cada una en su tono. Pero ninguna de ellas, ni siquiera el grandioso tañido de la de San Gil, ni la de Santa Ana ni de Las Gordillas producía emoción tan profunda como la suscitada dentro de la angosta casa al oírse allí por primera vez la voz de la campana de San José.

Se comenzó inmediatamente la ceremonia a fin de evitar que alguien pudiera interrumpirla en el último momento. La madre Teresa presentó sus cuatro huérfanas al maestro Daza, que, en nombre del obispo, les dio sus hábitos, siguiendo el emocionante y antiguo ritual de su recepción veintisiete años antes, revistiéndose luego las sagradas vestiduras y diciendo a seguido la misa. Ya, por fin, había sido entronizado el Santísimo Sacramento, que allí habría de permanecer durante los siglos venideros en la humilde morada; y la orden primitiva de las carmelitas descalzas fue revivida y perpetuada al ser enclaustradas, vestidas ya con sus nuevos hábitos, las cuatro novicias, a las que se dieron nombres religiosos. Antonia de Henao recibió el de Antonia del Espíritu Santo; María de la Paz, María de la Cruz; Úrsula de Revilla, Úrsula de los Santos; María de Ávila, María de San José. A las siete de la mañana había terminado por completo la ceremonia y se habían ido los invitados.

La madre Teresa y las cuatro hermanas quedaron por fin solas en la bendita soledad que tanto habían anhelado. Todos los sinsabores y penalidades de tantos meses y años quedaron borrados para siempre en un momento; las fervientes oraciones de tantos días y tantas noches habían sido por fin escuchadas y satisfechas. Fue aquel un momento glorioso para Teresa. Y,

postrándose de hinojos ante el altar empezó a orar, pasando en ello tres o cuatro horas completamente abstraída, olvidada de sí y de todo lo humano. Ya lo había dicho San Juan, en su Evangelio: «En el mundo tendréis aflicción, mas confiad, yo he vencido al mundo.» (Jn 16, 33).

# CAPÍTULO XVI

# PERSECUCIÓN Y VICTORIA

Era ya casi el mediodía cuando Teresa descendió de aquella realidad superior en la que le era dado ver y sentir cosas que no le es dado expresar al hombre ante este mundo atareado, lleno de trabajos y conflictos. Teresa escribió más tarde: «¡Oh, válame Dios, y qué vida esta tan miserable! No hay contento siguro, ni cosa sin mudanza. Había tan poquito que no me parece trocara mi contento con ninguno de la tierra, y la misma causa de él me atormentaba ahora de tal suerte, que no sabía qué hacer de mí» (*Vida*, cap. XXXVI).

Ante ella se alzaba ahora el negro espíritu de la negación, el mismo que había tentado a Cristo en el desierto, insinuando que todo lo que acababa de hacer era inútil, y peor que inútil. ¿No había incurrido en desobediencia al fundar un monasterio sin una orden de su padre provincial o de su Orden? ¿Cómo iban a poder mantenerse cuatro monjas en aquel sitio? ¿No acabarían por sentirse descontentas de aquella austeridad que se habían impuesto? ¿Quién le había metido semejante idea loca en la cabeza, perteneciendo ella, como pertenecía, a un monasterio perfectamente organizado? ¡Era una mujer débil y enferma, y se decidía a abandonar una comunidad en la que tantas amigas tenía, comunidad numerosa y encantadora, para vivir metida en aquella casa exigua, haciendo terrible penitencia! Y aquellas cuatro monjas... que tal vez acabarían por desagradarle una vez que hubiera vivido con ellas

una temporada. Puede que hubiere emprendido algo excesivo y se viera en la necesidad de abandonarlo luego. Tal vez llegase a ser víctima de la desesperación, a perder la paz y la tranquilidad y hasta la fuerza de la oración. Acaso había sido engañada desde un principio por el demonio.

Todas las visiones y todos los consuelos que de Cristo tenía recibidos comenzaron a alejarse de su pensamiento; así escribe: «Todo lo que el Señor me había mandado, y los muchos pareceres y oraciones, que había más de dos años que casi no cesaban, todo tan quitado de mi memoria, como si nunca hubiera sido; sólo de mi parecer me acordaba, y todas las virtudes y la fe estaban en mí entonces suspendidas, sin tener yo fuerza para que ninguna obrase, ni me defendiese de tantos golpes.»

Teresa describe a continuación lo que sintió más bien que el estado de las cosas entonces, ya que añade inmediatamente que se dirigió al Santísimo Sacramento para postrarse de hinojos, «con una congoja, como quien está en agonía de muerte». Fue aquel uno de los ataques más fuertes que había padecido. «Mas no dejó el Señor padecer a su pobre sierva, porque nunca en las tribulaciones me dejó de socorrer, y ansí fue en ésta que me dio un poco de luz para ver que era demonio, y para que pudiese entender la verdad, y que todo era quererme espantar con mentiras: y ansí comencé a acordarme de mis grandes determinaciones de servir al Señor, y deseos de padecer por Él, y pensé que si había de cumplirlos, que no había de andar a procurar descanso, y que si tuviese trabajos, que eso era el merecer, y si descontento, como lo tomase por servir a Dios, me serviría de purgatorio: ¿qué de qué temía?, que pues deseaba trabajos, que buenos eran éstos, que en la mayor contradición estaba la ganancia, que por qué me había de

faltar ánimo para servir a quienes tanto debía. Con estas y otras consideraciones, haciéndome gran fuerza, prometí delante del Santísimo Sacramento de hacer todo lo que pudiese para tener licencia de venirme a esta casa, y en pudiéndolo hacer con buena conciencia, prometer clausura. En haciendo esto, en un instante huyó el demonio, y me dejó sosegada y contenta, y lo quedé y lo he estado siempre».

Estaba, pues, tranquila pero agotada, ya que, como ella misma escribió: «en toda la noche no había casi sosegado, ni en otras algunas dejado de tener trabajo y cuidado, y todos los días bien cansada...». La invadió un profundo sopor y se retiró a su celda a dormir un poco.

En aquel momento se dio cuenta de ciertos insólitos ruidos en la ciudad, como una especie de algazara y conmoción, gritos y ruidosas pisadas. No pasó mucho tiempo sin que supiera a qué era todo ello debido por un mensajero que llegó a todo correr desde el convento de la Encarnación. La gente de la ciudad se había enterado de lo por ella hecho y se hallaba en estado de verdadera revuelta, diciendo que se arruinaría y se haría desdichada si se consentían cosas como aquélla, y pidiendo que se suprimiese en el acto el pequeño convento de San José. La madre superiora de la Encarnación quiso ver inmediatamente a doña Teresa.

Se levantó la Madre de aquel pobre sitio en donde había tratado de poder descansar un poco y se preparó a obedecer. Antes de marcharse fue a postrarse ante el Santísimo Sacramento para pedir a nuestro Señor y a San José que la ayudasen a soportar todas las tribulaciones que la amenazaban y a pedirles que, en lo posible, la hicieran volver con toda seguridad a su convento, y les encomendó, así como a nuestra Señora, a las cuatro monjas que

iban a estar entonces sin su madre. Después de nombrar a Úrsula de los Santos superiora durante su ausencia, se fue con el padre Julián de Ávila, diciendo interiormente: «Señor, esta casa no es mía, se ha hecho para vos; ya que ahora no hay nadie que la atienda, hágalo vuestra Majestad.»

Al llegar a la Encarnación, halló a la reverenda madre doña María Cimbrón en un estado de indignación contenida, si bien creciente, al escuchar los informes nuevos y cada vez más alarmantes que hasta ella iban llegando. La gente de Ávila no se habría sublevado tanto si se hubiese descubierto a un enemigo extranjero oculto dentro de las murallas de la ciudad. El pensar que una monja quisiera obtener su libertad con un pretexto inconsistente y utilizarla para organizar un monasterio ridículo, que no era sino un escondrijo y un insulto para el de la Encarnación y todos los con él relacionados, sin decir nada de la gente de la ciudad que habría de tener que sostenerla a ella y las que habían sido lo suficientemente tontas para seguirla, era algo que colmaba la medida. Aquella mujer presuntuosa, desleal, desobediente y despectiva había hecho caer la desgracia sobre el convento, todas sus moradoras y la orden carmelitana en pleno. Tales eran las cosas que corrían de boca en boca y que repetían los parientes del exterior a las monjas de adentro y éstas a la superiora.

La madre Cimbrón evitó a Teresa la tortura de interrogarla en público ante toda la comunidad y la dio una reprimenda en privado. Luego de haberla contado lo que por ahí se decía, la exigió una explicación. Teresa refirió la verdad pausada y humildemente, con lo que la madre Cimbrón se sintió un tanto aplacada, pero, después de dudarlo un poco, decidió mandar a buscar al padre provincial, fray Angel de Salazar. En el entretanto, en vez de haber enviado a

la culpable a la cárcel o prisión del monasterio, como pedían algunas de las hermanas, la hizo sentar y comer una buena comida, tal vez el primer alimento que había ingerido en aquel día tan accidentado.

Llegado que fue fray Angel de Salazar requirió a Teresa para que diese cuenta de todas sus acciones delante de la comunidad de las 180 monjas. Su indignación era grande porque pensaba que había pasado por encima de su cabeza al poner el pequeño convento bajo la jurisdicción del obispo de Ávila, y que le había engañado. Lo que él dijera puede inferirse de la relación de Teresa: «Como llegué, y di mi discuento a la perlada, aplacóse algo, y todas enviaron al provincial, y quedóse la causa para delante de él; y venido, fui a juicio, con harto gran contento de ver que padecía algo por el Señor, porque contra su Majestad, ni la Orden, no hallaba haber ofendido nada en este caso, antes procuraba aumentarla con todas mis fuerzas, y muriera de buena gana por ello, que todo mi deseo era que se cumpliese con toda perfeción. Acordéme del juicio de Cristo, y vi cuán no nada era aquel. Hice mi culpa, como muy culpada, y ansí lo parecía a quien no sabía todas las causas. Después de haberme hecho una gran reprensión, aunque no con tanto rigor como merecía el delito, y lo que muchos decían al provincial, yo no quisiera disculparme, porque iba determinada a ello; antes pedí me perdonase y castigase, y no estuviese desabrido conmigo.»

«En algunas cosas bien vía yo me condenaban sin culpa, porque me decían lo había hecho porque me tuviesen en algo, y por ser nombrada, y otras cosas semejantes; mas en otras claro entendía, que decían verdad, en que era yo más ruin que otras, y que pues no había guardado la mucha religión que se llevaba en aque-

lla casa, como pensaba guardarla en otra con más rigor, que escandalizaba el pueblo y levantaba cosas nuevas. Todo no me hacía ningún alboroto ni pena, aunque yo mostraba tenerla, porque no pareciese tenía en poco lo que me decían. En fin, me mandó delante de las monjas diese discuento y húbelo de hacer.»

«Como yo tenía inquietud en mí, y me ayudaba el Señor, di mi discuento de manera, que no halló el provincial, ni las que allí estaban por qué me condenar y después a solas le hablé más claro, y quedó muy satisfecho, y prometióme, si fuese adelante, en sosegándose la ciudad, de darme licencia que me fuese a él, porque el alboroto de toda la ciudad era tan grande como ahora diré.» (*Vida*, cap. XXXVI).

No parecía ciertamente cosa tan hacedera lo de calmar a la ciudad. Ávila era una eminentemente, no ya católica, sino levítica, y toda la familia de verdadera importancia tenía uno o más de sus miembros en alguno de los conventos que allí habla. Precisamente por el hecho de que la gente amaba la religión, y no la odiaba, era por lo que perseguían a Teresa. No era tan sólo porque el nuevo convento tendría que ser mantenido por sus aportaciones, sino más bien porque había ya excesivo número de ellos pertenecientes a todas las grandes órdenes; y para las muchas monjas y sus parientes en casi todas las casas de la ciudad, lo de abrir un nuevo convento se les antojaba no solamente innecesario, sino hasta insultante. Aquel secreto con que se había llevado a cabo lo hizo aparecer todo harto sospechoso en una comunidad que todavía no se había repuesto de la impresión en ella producida por las revelaciones relativas a Magdalena de la Cruz y otras iluminadas, y de la quema de los sacerdotes luteranos y de las monjas después de los célebres autos de fe del año 1559. No era ya la chusma de

la ciudad, sino sus personas más ilustradas y respetables quienes comprendían cómo un solo monje alemán, partiendo de una protesta contra los abusos de las indulgencias, podía haber sido arrastrado por la soberbia hasta el extremo de atacar un dogma cristiano fundamental, abriendo de tal suerte una brecha fatal en las murallas de la Ciudad de Dios..., así, en resumidas cuentas, era tal clase la que dirigía el ataque.

En la mañana del domingo 25 de agosto, día siguiente de la fundación, el corregidor de Ávila, el muy magnifico señor García Suárez Carvajal, requirió la presencia de varios de los regidores, juntamente con el procurador general Quiñones, el mayordomo Flores y el notario público Pedro de Villaquirán, para tratar de la enormidad que toda la ciudad había denunciado. Y, una vez allí reunidos, decidieron que, toda vez que había llegado a su conocimiento que algunas mujeres que decían ser de la orden de las Carmelitas habían tomado una casa que estaba sometida al censo de la ciudad, y que habían colocado altares y dicho misas en ella, y siendo, como era, el caso de que había muchos monasterios de frailes y monjas, y pobres que padecían necesidad, resolvían que para hallar remedio al caso y proveer lo necesario, los caballeros regidores de la ciudad fueran convocados y se reuniesen para proveer a ello al día siguiente, miércoles, a las nueve de la mañana, y que se avisara asimismo a los hombres letrados de la ciudad.

El corregidor llegó hasta la puerta del nuevo monasterio de San José y, llamando majestuosamente a su puerta, demandó entrada libre en él, en nombre de la república, en tanto que una gran muchedumbre de artesanos y gente del pueblo estaba mirando para ver la que pasaba.

Una de las cuatro pobres y aterrorizadas mujeres de adentro, probablemente la hermana Úrsula, habló a través de la puerta preguntando qué querían; a lo que el corregidor contestó que la gente no quería otro convento en la ciudad y que debían abandonarlo en el acto y marcharse a sus domicilios.

La monja replicó que únicamente se marcharían si se lo ordenaba la que allí las había puesto.

El corregidor amenazó con echar la puerta abajo si no la abrían.

Las cuatro valientes mujeres hicieron una barricada lo mejor que les fue posible con los trozos de tablones y demás objetos que aun había allí de las obras recientes y dispusiéronse a resistir hasta lo último. El corregidor estaba fuera de sí, y a buen seguro que se habría abierto paso a pura fuerza si no hubiese visto al Santísimo Sacramento en el altar frente a la puerta de entrada. Como era un ferviente católico, desistió de ello y se alejó de allí, no sin proferir antes tremendas amenazas.

Regidores y letrados se reunieron al día siguiente, miércoles, por la mañana y designaron a Alonso Yera y Perálvarez Serrano para que visitase en nombre de ellos al señor obispo para darle cuenta del sentir de la ciudad acerca del ultraje que se había descubierto, y que, si era el caso, se apelase a Felipe II y el Real Consejo de Castilla. En una tercera reunión celebrada el sábado por los veintinueve, se hicieron los planes necesarios para reunir todos los jefes de la opinión pública de la ciudad en una junta magna en el concejo, al día siguiente; junta a la que asimismo fue invitado el obispo.

Fue una imponente y solemne asamblea la que se reunió el domingo después de la misa, y la ciudad no habría podido producir,

caso de haberse visto amenazada por una inundación, o por la peste, o por la invasión, una demostración de más importancia que la promovida por aquellas pobres cinco mujeres que sólo pedían se las dejase orar y comer lo poco que pudieran. Todo cuanto en Ávila había de antigua nobleza, de sabiduría y de religión estaba representado en aquella abigarrada muchedumbre. En ella tenía asiento el licenciado Brizuela, en representación y actuando como provisor del obispo, así como los oficiales de la ciudad vestidos con sus brillantes trajes ribeteados de oro. El capítulo de la catedral estaba representado por los canónigos Pérez Soria y el archidiácono Sedano. El convento dominico de Santo Tomás envió varios delegados, incluyendo en ellos al prior padre Pedro Serrano y al joven teólogo padre Domingo Báñez. En nombre de los franciscanos se hallaban presentes el padre guardián, Martín de Aguirre, y el padre Hernando de Valderrábano; por los premonstratenses, el padre abad, Francisco Blanco, y el predicador; por los benedictinos, el padre abad, don Pedro de Antoyano, y uno de los frailes; por el colegio de San Gil, el padre Baltasar Álvarez y el padre Jerónimo Ripalda. Asistieron asimismo el maestro Daza y otros sacerdotes letrados y caballeros legos de las mejores familias de la ciudad de Ávila.

Una vez todos sentados y en silencio, el corregidor abrió la sesión con una declaración en la que se ponía en evidencia que no en balde había leído a Cicerón. Dijo así:

«Henos aquí reunidos, ilustres caballeros y muy reverendos padres, para una cosa que podría fácilmente ser decidida sin la opinión de tan sesudos homes; mas la confianza que en todos ellos tengo me ha hecho valerme de este medio para que mis actos, por personas de tan alta estimación aprobados, puedan no aparecer

burdos o imprudentes, y puedan tener más peso en la proporción en que los aquí presentes los reciban bien.

»Es cosa, para todos bien notoria, la innovación aparecida en esta ciudad el otro día en forma de un convento de carmelitas descalzas. Y el mero hecho de tal innovación es bastante para hacer ver claramente lo peligroso y detestable que es. La confusión que en una república produce, las inteligencias que perturba, las lenguas que desata, las murmuraciones que fomenta, los desórdenes que engendra (pues ni consiente el orden ni la tranquilidad en la república, ni permite que duren las buenas costumbres ni las estatuas), todo esto, ¿quién lo ignora? Y, siendo así, por lo general en cuanto a toda innovación atañe, resulta la presente la más peligrosa de todas ya que lleva la máscara y el manto de una piedad mayor. El permitir que se multipliquen los conventos y las órdenes religiosas no aumenta el bien común ni los beneficios en esta ciudad; no sólo es conveniente, sino incluso cuestión de urgente necesidad el evitar que se hagan nuevas fundaciones. Porque, aunque figura entre las más nobles de España, no así entre las más ricas, y ya está tan bien provista de damas y caballeros en todos sus conventos como fuera prudentemente de desear. Y, de tal suerte, no es precisamente la devoción con que algunas mujeres quisieran abrumarla lo que no pueda soportar. Aunque el nuevo monasterio comenzase con la dote de una renta bien invertida, algunas de las objeciones seguirían siendo válidas, ya que, en fin de cuentas, lo que a un convento se da se sustrae del resto de la ciudad, se enajena para siempre, queda transferido del uso común y de la herencia de los ciudadanos. ¿Qué será, pues, este convento, fundado sin dote, sin rentas y con la presunción de que no las tendrá nunca? Esto, señores, será como echar sobre nosotros una

alcabala ([34]) obligatoria, como quitarnos el dinero de nuestras bolsas y el pan de nuestras bocas. ¿Qué corazón podría resistir el ver algunos buenos servidores de Dios perecer de hambre? ¿Acaso no nos velamos obligados a tomar lo de nuestros hijos para partirlo con ellos? A mayor abundamiento, si la ciudad es la cabeza de todos los ciudadanos, y los conventos son miembros suyos, ¿cómo puede hacerse una fundación sin autorización suya? ¿Qué gobierno toleraría semejantes actividades? Si otras menores no son permitidas, ¿cómo habría de serlo ésta que es tan grande?

»¿Y cómo sabemos, señores, que esta fundación no es un fraude o un engaño del demonio? Dicen que esa religiosa tiene revelaciones y un espíritu muy especial. Ese solo hecho háceme temer, y debe producir el reflejo más discreto posible ya que hemos visto en estos tiempos engaños e ilusiones darse en mujeres, y siempre ha sido peligroso aplaudir en toda mujer las innovaciones a que tan inclinada se siente. Yo no culpo de fraude a esta religiosa, por ser cosa que no me incumbe; pero quisiera inspirar a los entendimientos prudentes con la cautela para que no admitiesen innovaciones, no multiplicasen los conventos, no les permitiesen establecerse sin el conocimiento y la autorización de la ciudad, y que, por medio de personas graves, se averigüe si su derecho es cuestión del servicio de Dios o no lo es. Esta es mi opinión y espero que sea aprobada por toda la sabiduría y la experiencia que aquí se hallan congregadas.»

Una vez terminada la alocución del corregidor, el licenciado Brizuela, en su calidad de provisor del obispo, tomó la palabra para informar a la asamblea de que la fundación se había hecho con la

[34] Impuesto sobre el consumo, muy impopular siempre en España. Al emplear tal palabra, el orador apelaba arteramente al sentimiento público.

autorización de Su Señoría. Luego leyó el Breve del papa Pío IV en el que se otorgaba el consentimiento para ello. Y, cumplida tal obligación, pidió licencia para retirarse discretamente.

El corregidor mantuvo sus puntos de vista y requirió la opinión de los demás. Casi todos aprobaron plenamente sus razones, sin tomarse la molestia de tan siquiera examinarlas, como dice la *Crónica Carmelitana*. Otros, de ideas dudosas o contrarias, se quedaron silenciosos sin atreverse a defender públicamente la verdad; debilidad muy propia de las comunidades en las que el interés egoísta se antepone frecuentemente al bien público por aquellos que más obligados están a defenderlo, y que tienen autoridad sobrada para hacerlo.

Como quiera que tras un discurso hubiese otro, fue aumentando la general indignación contra las carmelitas y de tan violenta manera que Teresa se sorprendió, al oírlo decir, de que no hubiesen ido todos en desenfrenada turba a destrozar su pequeña morada. Aparte de la acusación general de que había perjudicado a los otros seis conventos de Ávila y, por medio de ellos, a toda la comunidad y en especial a los pobres, se alegó que su fundación sobre la base de la pobreza contradecía el espíritu del Breve del Pontífice, que había permitido una dote, así como que tal Breve no había sido presentado a Su Majestad y al Real Consejo de Castilla para su aprobación. Los hombres prácticos hicieron observar, por su parte, que la casa estaba sujeta a un impuesto que la ciudad no tenía por qué perder. Argüían otros que se había inferido un perjuicio material a toda la comunidad por unas cuantas pequeñas ermitas que habían comenzado a erigirse en cumplimiento de su ambición infantil, y que uno de tales retiros iba a privar de la luz del sol a una construcción en arco bajo la cual recogían las aguas de

varios manantiales para el uso público; por lo que el agua iba a helarse en invierno y, por ende, no se la podría utilizar. El picapedrero Lorenzo Dávila, que desempeñaba el cargo de inspector de pozos, había, por su parte, presentado una denuncia contra Juan de Ovalle el día 22 de agosto, dos días antes de la fundación. En conjunto, la reunión, como hubo de consignar Julián de Ávila más tarde, fue la más solemne que hubiera podido celebrarse en el mundo, como si en ella hubiesen estado en juego la pérdida o la seguridad de España... Convinieron todos en que sería un bien que desapareciese el monasterio, ya que era una pesada carga para la ciudad el mantener a trece monjas, y se anunciaba ya que serían más; y no observaron que las trece monjas aludidas entrarían en él sólo para servir a Dios y que había en la ciudad cientos de hombres y mujeres por ella mantenidos que servían al demonio con sus vidas perversas, sin que jamás se hubiera dado orden alguna de desalojar a los que vivían mantenidos sin trabajar, dando mal ejemplo a los demás..., sin embargo de lo cual creían que la ciudad acabaría por ser destruida si mantenía a trece monjas más con los pies desnudos. Teresa escribió más tarde a tal respecto: «Espantábame yo de lo que ponía el demonio contra unas mujercitas, y cómo les parecía a todos era gran daño para el lugar solas doce mujeres y la priora... y de vida tan estrecha.»

Más adelante pudo ella decir al padre Ribera que había fundado el monasterio el día de San Bartolomé para que él pudiese defenderla contra el demonio, y en cuanto lo hizo, salieron los demonios saltando en contra de ella ([35]).

[35] RIBERA: *Vida de Santa Teresa*, II, lib. IV.

Tan sólo hubo un hombre que se atrevió a levantar su voz en la mencionada junta contra aquella histérica indignación de la comunidad. En verdad extraño resultaba que no hubiese más que dos jesuitas, si se piensa que conocían bien a Teresa y habían aprobado plenamente su espíritu, que estuvieran a la sazón presentes. El famoso padre Ripalda, S. J., al hacer de testigo treinta y tres años más tarde en el proceso de su beatificación, declaró que había estado allí y había tenido una revelación dándole a conocer que la fundación de la santa estaba inspirada por Dios y que sólo fueron los jesuitas quienes la defendieron contra las demás órdenes y los oficiales de la ciudad ([36]). Pero, según dice el padre Baltasar Álvarez, los jesuitas se vieron en el trance de tener que guardar silencio en tal momento para evitar echar a perder su labor, que era relativamente nueva en la ciudad de Ávila. Por lo demás, se tiene el testimonio de ella misma, de que su único defensor fue un dominico; y es cosa ya perfectamente establecida que fue fray Domingo Báñez, *presentado* o profesor de teología en el convento de Santo Tomás ([37]).

El padre Báñez, destinado a ser uno de los teólogos más prestigiosos de su siglo, así como a sostener la célebre polémica

---

[36] El padre Silverio cita sus palabrea exactas en su obra *Vida de Santa Teresa de Jesús*, II, y sugiere que su avanzada edad podía haberlas borrado de la memoria al hacer tal declaración.

[37] *Sólo un Presentado de la Orden de Santo Domingo, aunque era contrario, no de el monesterio, sino de que fuese pobre, dijo que no era cosa que ansí había do deshacer, que se mirase bien, que tiempo había para ello, que éste era caso del obispo, u cosas de este arte. que hizo mucho provecho*. *Vida*, capítulo XXXVI. El padre Báñez escribió al margen de su manuscrito original: ☐Esto fue en el año 1562. Yo estuve presente y expuse esta opinión." Firmado por él.

con los padres jesuitas Molina y Suárez, sobre el libre albedrío —discusión que todavía está sobre el tapete—, era en aquel entonces hombre de treinta y cuatro años de edad. Nacido el día 28 de febrero en Medina del Campo, y de ascendencia cantábrica, había entrado en la orden de Santo Domingo a edad temprana, profesando cuando sólo contaba diecinueve años en el monasterio de San Esteban, en Salamanca. En el año 1561, se le envió a Ávila a enseñar teología. Gozaba en su orden fama de ser un pensador tan profundo como agudo, al propio tiempo que humilde, afable y de gran discreción, muy dado a la oración y a las mortificaciones. Al asistir con los otros dominicos a la tal famosa junta, no había conocido aún a Teresa, pero, juzgando la causa por sus exclusivos méritos, tuvo el valor de levantarse solo a defenderla, sin considerar que los restantes miembros de su propia orden permanecían discretamente callados. Dijo:

«Acaso parezca temerario oponerme a tantas y tan graves personas y a razonamientos tan bien expresadas. Pero, si mi conciencia me asegura y me obliga más que las de otros a tomar parte en una discusión libre como ésta, no puedo por menos de declarar lo que me dicta en favor del nuevo monasterio de las carmelitas descalzas. Mi testimonio, cuando menos, estará libre de toda pasión por cuanto hasta el momento presente no he hablado jamás ni he visto nunca a la fundadora, ni he tratado de su fundación en ningún sentido. Admito que se trata de algo nuevo, y, como tal, ha producido los efectos que toda innovación suele producir en las muchedumbres. Mas esto no es una razón para que asimismo los produzca en las concejos graves y prudentes, ya que no toda innovación es reprensible. ¿Acaso las otras órdenes religiosas fueron de distinta manera fundadas? ¿Acaso las reformas que vemos a diario y las que vieron nuestros antepasados

no nacieron a la luz cuando menos se pensaba en ellas? ¿Acaso la misma Iglesia cristiana no fue reformada por el mismo Cristo? A buen seguro que nada de ella, por excelente que fuese, podría ser mejorado si todos nos sometiéramos cobardemente al miedo de la innovación. Lo que se implanta para mayor gloria de Dios y reforma de las costumbres no debe ser llamado innovación o invención, sino renovación de la virtud, que es siempre vieja. Y si porque los árboles no son nuevos en primavera y no lo es el sol al aparecer cada día, ¿por qué ha de ser digna de vituperio una innovación en las órdenes religiosas para renovarse a sí mismas? ¿Qué es en ellas lo más reprensible: el perder su antiguo esplendor o el recobrarlo? Si no nos atemoriza lo primero, ¿por qué ha de escandalizarnos lo segundo? La innovación que se opone a la virtud y al mejor servicio de Dios, es, señores, la verdaderamente reprensible. El convento de las carmelitas recientemente fundado es una restauración de lo que se había perdido para el mayor mejoramiento de esa santa Orden y la edificación de la gente cristiana. Y, sobre tal base, ese convento debiera más bien ser favorecido, especialmente por los jefes de las repúblicas cristianas, a quienes incumbe el fomentar tales hechos dignos de alabanza. ¡Ojalá pudieran muchos imitarle! ¡Oh, cuánta mayor loa merecería Ávila, y todos nuestros reinos, y la Iglesia entera si nosotros siguiéramos los pasos de esa heroica virgen! Yo no apruebo la temeraria multiplicación de las órdenes religiosas. Pues si hombres vanos y viciosos no son considerados como temerarios, por mucho que se multipliquen, ¿por qué aquellos que siguen la ley de la virtud han de ser tenidos y perseguidos por tales? Llenas están las ciudades de gente perdida; hierven esas calles de hombres ociosos, insolentes y atrevidos, de muchachos y muchachas entregados al vicio; y a ninguno de ellos se le considera temerario,

ni hay quien se dé la pena de remediarlo; ¿y sólo cuatro pequeñas monjas metidas en un rincón, encomendando sus almas a Dios, han de ser consideradas como un grave perjuicio y una carga intolerable para la república? ¿Y es esto lo que perturba y conturba a la ciudad? ¿Y hay asambleas que lo tomen en consideración? ¿Qué es esto, señores? ¿Por qué nos hemos reunido aquí? ¿Qué ejército enemigo cierra contra esta ciudad? ¿Qué peste la consume? ¿Qué hambre la aflige? ¿Qué mina la amenaza? ¿Son cuatro pobres monjas descalzas, calladas, virtuosas, la causa de tamaña perturbación en Ávila? Séame permitido decir que el prestigio de una ciudad tan importante parece menor cuando celebra una reunión tan solemne convocada para asunto de tan poca monta.

»Yo confieso que no creo que esa fundación deba hacerse sin renta; no ya tanto en razón de la carga que de ello pudiera resultar para la ciudad, pues es muy liviana, cuanto por lo inconveniente para las mismas religiosas, que, encerradas y sin abastecimiento seguro, podrían pasar necesidades. No puedo negar que atañe al gobierno de las ciudades el prevenir los contratiempos que de ello puedan derivarse, pero eso es por lo que a los negocios seglares respecta. En cuanto a los que son por derecho eclesiástico, es de la competencia del obispo el considerarlos; y, si los conventos se fundan por orden suya, a él incumbe el arreglarlos. Este nuevo convento ha sido establecido con el conocimiento y el consejo del obispo, y, lo que es más todavía, por un Breve especial de la Sede Apostólica. De suerte, que está por completo fuera de la jurisdicción secular. Y, en fin, señores y padres nuestros, yo no puedo en modo alguno estar conforme en que el monasterio sea suprimido por orden de la ciudad; mas, si hubiera algo en contra de él y si

hubiese razón para suprimido, el señor obispo, a quien correspondió establecerlo, debe ser informado y consultado» ([38]).

Estas francas palabras tenían por fuerza que producir efecto en una reunión de católicos leales, si bien exaltados; y el hecho fue que triunfó allí la razón en contra de los casi unánimes prejuicios. La asamblea votó que se hiciera una proposición pidiendo que se consumiese el Santísimo Sacramento en San José y se cerrase el lugar, y consultar al obispo antes de dar ningún otro paso.

El obispo se mantuvo de parte de Teresa. El maestro Daza, en representación de él, en la segunda reunión magna, hizo saber a la ciudad que el convento había sido establecido por la autoridad episcopal con arreglo a un permiso del Papa, y que él mismo, el que hablaba, había presidido la ceremonia de la inauguración y dicho allí la primera misa. No satisfizo esto a los jefes de la oposición, y el Concejo de la ciudad envió a Madrid a Alonso de Robledo, con el estipendio de un ducado por día, para que presentase sus quejas al Consejo Real. Partió de Ávila el día 12 de septiembre y estuvo de regreso diez días después e inmediatamente de su llegada se reunió de nuevo el Consistorio y

[38] Que fueran o no éstas las palabras exactas del padre Báñez, lo indudable es que expresan el sentido de su discurso con arreglo al sumario de él hecho por el propio autor para el proceso de beatificación de la santa en el año 1595. ☐Y entonces este testigo se puso de su parte sin haberla conocido ni visto nunca antes, sino solamente por ver que no cometía error ni en intención ni en sus medios de fundar el monesterio, ya que lo había hecho por orden de la Sede Apostólica; y así este testigo dijo en un consistorio público en Ávila, donde todas les órdenes religiosas estaban en contra. Pero luego, en el mismo consistorio, todas estuvieren de acuerdo con la opinión de este testigo de que hablasen con el obispo y discurriesen con él las razones que hubiera para une el monesterio no debiera continuar, y así se hizo☐. B. M. O., t. XVIII. páginas 7-8.

resolvió persistir en la lucha. Con tal objeto enviaron a Diego de Villena a Madrid, donde permaneció cincuenta días, es de presumir que estudiando las leyes y exponiendo razones para que se hiciera desafectar el convento.

Los pleitos han sido siempre tan enojosos como costosos. Pero la madre Teresa no estaba totalmente falta de amigos. Si la desgracia había mostrado que toda la ciudad estaba llena de enemigos, también sirvió para patentizar quiénes eran sus amigos verdaderos. Entre ellos se vio que lo eran, además del joven dominico y del teólogo maestro Daza, algunos a ella afectos, como el padre Julián de Ávila, el padre Gonzalo de Aranda, el santo caballero don Francisco Salcedo y doña Guiomar de Ulloa. Es posible que estos dos últimos lograran rebañar en sus maltrechas fortunas los fondos necesarios para sufragar los gastos requeridos por la defensa del convento. El padre Julián, afable, leal y persona sumamente estudiosa, se nombró a sí mismo procurador y se pasó días y días entre el Concejo y el convento de la Encarnación, consultando a los padres de la ciudad y a La Madre, haciendo cuanto estaba en su mano para lograr que llegaran al acuerdo de dejar existir al convento. En casi todas aquellas idas y venidas le hacía de compañero inseparable el santo caballero, que era demasiado vergonzoso para adentrarse por entre aquellas muchedumbres de las salas de justicia y permanecía oculto en las cercanías hasta que de ellas salía el padre Julián. Esto no obstante, don Francisco ayudó no poco a la chita callando, ya que era persona universalmente respetada en la ciudad y había muchos que cambiaban de opinión respecto a la Madre Teresa al saber que él estaba de su parte. El padre Gonzalo de Aranda fue a Madrid para defenderla ante el Real Consejo.

Teresa estaba en la Encarnación perfectamente al tanto de cuanto se llevaba a cabo, aun cuando la priora mostraba cierto desagrado por las frecuentes visitas de sus amigos. El día 7 de septiembre supo que el Concejo de la ciudad se avenía a permitir que existiese el convento siempre y cuando ella asumiera el compromiso de hacerlo dotar. Algunos de sus amigos estimaron esto como un medio hábil de resolver la dificultad existente y la pidieron que aceptase. Varios de ellos se ofrecieron incluso a contribuir con fondos.

Constituía aquello una tentación atormentadora. Agotada por meses de ansiedad y contrariedades, pesarosa por sus amigos que habían soportado tanto por ella aparentemente sin propósito alguno ulterior, empezó Teresa a preguntarse si era posible que tantas buenas personas estuvieran en el error y tan sólo ella en lo cierto. Su humildad la hizo pensar que tal vez ella se estaba dejando guiar por su soberbia, y aunque no podía olvidar aquello que el Señor le había dicho antes de la gran junta, en medio de la algazara: «¿No sabes acaso que soy poderoso? ¿De qué tienes miedo?», la prudencia mundana le planteaba el problema de si él resultaría mejor servido si ella dejaba morir el monasterio por falta de recursos.

El santo caballero, que se puso del lado práctico en la cuestión, escribió de parte de ella una apelación a fray Pedro de Alcántara, y el maestro Daza la llevó a Arenas, en donde el santo se había retirado para morir en paz. A poco de ello, llegó una respuesta al convento de la Encarnación dirigida a la «Muy Magnánima y Virtuosa Señora Doña Teresa de Ahumada, en Ávila, a Quien Nuestro Señor Pueda Hacer Santa». Ribera vio tal epístola y afirma que estaba escrita en un papel de más de cuatro dedos de

ancho. Por desgracia, no reproduce el texto de la que casi seguramente fue la última carta de San Pedro. El breve sumario que hizo Teresa dice que él había oído hablar de los sinsabores que ella estaba sufriendo por causa de la fundación y de ellos se alegraba, ya que ponían de manifiesto que «se holgaba fuese la fundación con contradición tan grande, que era señal se había el Señor se de servir mucho en este monesterio, pues el demonio tanto ponía en que no se hiciese y que en ninguna manera viniese en tener renta». Sin embargo, una vez muerto él, pocas semanas después, todavía estaba ella retrasando su decisión final. La decían sus amigos que podría resultar fatal el continuar con la pobreza, y, cuando el santo caballero la dijo que, si comenzaba con una dote, podría renunciar a ella más adelante y reanudar su primitivo proyecto, Teresa se decidió a adquirir el compromiso propuesto por la ciudad y se dispuso a firmar el oportuno documento al día siguiente.

Aquella noche tuvo una de sus varias visiones de San Pedro de Alcántara. Durante el otoño del año 1561, un año antes de la muerte del santo religioso, le había visto ella visiblemente, aunque estaban separados por muchas millas de distancia. Teresa dice que vio que él iba a morir y se lo avisó, y, cuando murió, ella lo vio claramente. Y añade: «Fue su fin como la vida, predicando y amonestando a sus frailes. Como vio ya se acababa, dijo el salmo de *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi*, e hincado de rodillas, murió... Me apareció, y dijo, como se iba a descansar. Yo no lo creí; díjelo a algunas personas, y desde a ocho días vino la nueva como era muerto, o comenzado a vivir para siempre, por mijor decir... Y qué bueno nos le llevó Dios ahora en el bendito fray Pedro de Alcántara. No está ya el mundo para sufrir tanta perfeción. Dicen que están las saludes más flacas, y que no son los

tiempos pasados. Este santo hombre de este tiempo era, estaba grueso el espíritu, como en los otros tiempos, y ansí tenía el mundo debajo de los pies; que aunque no anden desnudos, ni hagan tan áspera penitencia como él, muchas cosas hay, como otras veces he dicho, para repisar el mundo, y el Señor las enseña cuando ve ánimo.»

San Pedro la visitó varias veces después de muerto. «Después ha sido el Señor servido, yo tenga más en él que en la vida, aconsejándome en muchas cosas. Héle visto muchas veces con grandísima gloria. Díjome la primera que me apareció, que bienaventurada penitencia, que tanto premio había merecido, y otras muchas cosas... Héla aquí acabada esta aspereza de vida con tan gran gloria: paréceme que mucho más me consuela, que cuando acá estaba. Díjome una vez el Señor que no le pedirían cosa en su nombre que no la oyese. Sea bendito por siempre, amén» (*Vida*, cap. XXVII).

Una vez, cuando se estaba construyendo una verja para San José, él la dijo que no la afirmase con argamasa, sino que confiase en la pobreza. A lo que ella le contestó que volvería a caerse, replicando entonces él que habría alguien que de nuevo la levantara.

Sin embargo de ello, su continente era muy otro cuando fue a echarla en cara su capitulación en aquella noche de indecisión, a fines de octubre o comienzos de noviembre del año 1562. Su cuerpo estaba glorificado, como otras veces anteriores, pero, por la de ahora, ella escribió: «Esta vez me mostró rigor, y sólo me dijo que en ninguna manera tomase renta, y que por qué no quería tomar su consejo, y desapareció luego.» (*Vida*, cap. XXVI).

Aquella misma noche se le apareció nuestro Señor y la dio el mismo consejo, añadiendo que si comenzaba con una renta ya no tendría medio de deshacerse de ella.

No era tan firme su decisión que no hubiese argumento capaz de cambiarla de nuevo. A la mañana siguiente dijo al santo caballero que rechazase el contrato y que siguiese adelante con el pleito. Y así lo hizo él, a pesar de sus propias convicciones. Cuando otros amigos bienintencionados de Teresa intentaron hacerla llegar a una reconciliación, ella rechazó de plano todo ofrecimiento de compromiso, atribuyendo uno de ellos a «los peores esfuerzos del demonio» para destruir su obra.

Y el pleito se fue alargando, por supuesto, durante todo el invierno. A mediados de noviembre el padre Gonzalo de Aranda indujo al Consejo Real en Madrid a que nombrase un receptor que investigara el caso. Se nombró en toda regla a Pedro de Villaicén, el cual fue a Ávila, pero fue recibido por los suspicaces corregidores, quienes nombraron a un notario público, Juan Díaz, para que le acompañase a todas partes, para sus investigaciones, con el salario de seis reales por día.

El punto culminante en el conflicto pareció constituirlo la llegada a la ciudad del padre Pedro Ibáñez, que, en su calidad de prior del convento de Santo Tomás, había probado y aprobado su espíritu en el año 1560 y había escrito a Roma solicitando su primer Breve de autorización. Era éste tan universalmente querido y respetado en Ávila que, en cuanto se supo que estaba de parte del convento de San José, empezó a esfumarse toda la oposición. A medida que el público enojo se enfriaba, fueron cayendo una tras otra todas las objeciones, o se las hacía objeto de contemporizaciones. De tal suerte, el día 11 de enero de 1563,

cuando el Concejo de la ciudad ordenó la destrucción de la ermita que hacía sombra a la fuente pública, Teresa accedió a ello, pidiendo tan sólo una limosna para construir otra; y con ella compró una casita de por allí cerca y la hizo reformar para tal fin. La discusión sobre la alcabala se arregló transfiriéndola a varias otras casas próximas que fueron adquiridas por sus amigos y ofrecidas para ello al Concejo, el día 22 de abril. Para la primavera ya había tenido su fin toda oposición organizada.

Pero Teresa se había visto obligada a pasarse todo el invierno en la Encarnación, lamentando su alejamiento de sus huérfanas, si bien esperando pacientemente la disposición que ella creía no dejaría Cristo de tomar a su debido tiempo en provecho de su sierva. El provincial, fray Ángel de Salazar, no se avino a permitirla ir a San José, aun cuando el obispo, el padre Ibáñez y otros amigos le suplicaron que lo hiciera. Ni siquiera se prestó a discutir el asunto hasta mediados de la cuaresma del año 1563, y aun entonces siguió dudando, hasta que ella hubo de decirle que estaba resistiendo al Espíritu Santo, y lo hizo de manera tal que él no pudo ya seguir dudando de que la otra hablara bajo tal inspiración. Y, dándole su bendición, la dejó, al fin, marchar.

Aquello parecía demasiado bueno para ser verdad. No era ya que ella quisiese vivir en San José por su propio bien, sino que las monjas la precisaban grandemente. Úrsula de los Santos, por bien dispuesta que estuviera y por mucho que la instruyese el maestro Daza, no podía enseñar la regla primitiva a las novicias, ni tampoco podían hacerlo sus dos capellanes, el maestro Daza y el padre Julián de Ávila, que iban allí a confesarlas y a decir misa. Las monjas hacían lo mejor que podían; se reunían en capítulo para confesar sus faltas, se ayudaban la una a la otra con todas las

obras de caridad posibles, hacían cuantas mortificaciones estaban en su mano; y, además, tenían que rezar el Pequeño Oficio de nuestra Señora en el coro porque no tenían a nadie que les enseñase otro. Su pequeño número era otro de los graves inconvenientes, pero eso lo remedió el provincial permitiendo que cuatro monjas de la Encarnación se marchasen a San José con La Madre; las cuales fueron Ana Dávila, prima de la marquesa de Velada; Ana Gómez y su hermana María Isabel, e Isabel de la Peña, hija de Francisco de Cepeda.

No se sabe con exactitud en qué fecha dejó Teresa el convento de la Encarnación para realizar, al fin, su sueño de tantos años. Era el mes de marzo de 1563; el aire debía de ser bastante frío y tal vez el suelo no estuviera aún limpio de nieve. Como toda riqueza terrenal llevó consigo, prestado del convento de la Encarnación, varios objetos que luego hubo de devolver: una pobre esterilla de paja, un cilicio de cadenas, unas disciplinas o azotes y un viejo hábito muy remendado. Con tales tesoros bajo el brazo, y acompañada por las cuatro nuevas reclutas procedentes de la Encarnación, cubrió alegremente su camino, de acuerdo con la tradición carmelita, a la Basílica de San Vicente, para postrarse allí de hinojos y orar en acción de gracias ante la imagen de Nuestra Señora de la Soterraña. Luego se quitó los zapatos y fue con los pies descalzos por las frías calles hasta San José, en donde las cuatro monjas originales estaban esperando, casi sin poder respirar, a aquella Teresa de Ahumada, que, desde tal momento, habría de llamarse, en lo sucesivo, Teresa de Jesús. ([39])

[39] En sus *Constituciones* la santa ordenó une sus monjas llevasen alpargatas de cáñamo. De lo cual infiere que debió hacer lo mismo.

Antes de entrar en el monasterio abrió la verja del coro y se arrodilló ante el Santísimo. El tiempo y el mundo quedaban afuera, con todas sus sensaciones puramente terrenales, y ella vio entonces a Cristo glorificado en la dulce eternidad que la circundaba, que la traspasaba y la poseía por completo. Allí estaba Él dándole la bienvenida con amor y gozo, y, al depositar una brillante corona sobre la cabeza de ella, le agradeció Él cuanto había hecho por Su Madre.

# CAPÍTULO XVII

## LA VIDA EN EL PRIMER CONVENTO DE LA REFORMA

Desde el mes de marzo hasta finales de junio, o comienzos de julio, Teresa no fue más que una monja bajo la obediencia de la hermana Ana de San Juan, la priora por ella escogida para suceder a Úrsula de los Santos, pues era el caso que estaba allí solamente por consentimiento verbal de su provincial, hombre harto prudente, que no dio por escrito su permiso hasta el día 22 de agosto, y entonces sólo por un año. La incertidumbre de aquella situación no disminuyó en un ápice su gran contento. ¿Acaso no había realizado ya su deseo, es decir, el deseo de su Majestad? Ella era una de las nueve mujeres escogidas que vivían en bendita obediencia, pobreza, soledad y retiro del mundo. Aquello era el comienzo de los cuatro años más serenos e imperturbables de su vida, a los que ella llamó descansados. Unos pocos días después de su llegada, cuando las nueve se hallaban silenciosamente sentadas en el coro, después de Completas, Teresa vio a la Madre de Dios extendiendo un gran manto blanco de carmelita sobre todas ellas y adivinó «cuán alto grado de gloria daría el Señor a las de esta casa» (*Vida*, cap. XXXVI).

Todos, desde el obispo al provincial, se dieron cuenta de que Teresa era la única persona capaz de enseñar a las demás la primitiva regla, pero hasta el día primero de julio no consiguieron que ella dejase a un lado su humildad y aceptase el cargo de priora. La ocasión para ello la proporcionó la mala salud de la hermana Ana.

Se la envió de nuevo al convento de la Encarnación, donde la rutina cotidiana era mucho menos dura, y habiendo muerto poco después, se apareció a Teresa una mañana, luego de haber ésta comulgado, libre y gloriosa en el cielo «como un cristal».

No pasó mucho tiempo sin que en San José se llegara al número máximo de las trece monjas. Una de las nuevas incorporadas fue su sobrina doña María de Ocampo, cuya casual observación semihumorística había logrado agitar todas las extrañas aventuras que condujeron, por fin, a aquella paz y seguridad. Bajo la apariencia exterior alegre y versátil de aquella muchacha mundana, aficionada a los afeites y a los bailes, ardía una profunda y generosa piedad, oculta a casi todas las miradas, excepto a las de su tía. Así, produjo en la gente de Ávila un gran asombro cuando ingresó en el convento el día 6 de mayo de 1563, tomando el nombre de María Bautista, y por cierto que nadie podía sospechar que con el tiempo llegaría a ser una de las más fulgentes luces de la Reforma, conservando, en medio de las mortificaciones y penitencias que tal vida comporta, un corazón siempre alegre, una lengua siempre pronta e ingeniosa y unos ojos picarescos. Gracias a sus mil ducados se había podido comenzar la obra, y con el resto de su fortuna se logró adquirir las casas contiguas, con lo que se las eximió de la alcabala que debían pagar a la ciudad.

Una vocación que hubo de parecer todavía más extraordinaria a los graves ciudadanos, que ya comenzaban a mirar con mejores ojos la fundación, e incluso a darle limosnas, si bien exiguas, con el fin de contribuir a sostenerla, fue la de doña María Dávila, bella hija de un pariente de La Madre, Alonso Álvarez Dávila, hombre de muy noble linaje y todavía más noble en virtudes, por lo que se le llamaba el santo.

Como heredera de éste había tenido muchos ofrecimientos de matrimonio por parte de caballeros ricos y jóvenes; pero los había rehusado todos esperando, tal vez, el príncipe encantador de sus sueños de niña. El cual príncipe acabó por aparecer, si bien de manera muy distinta de la que ella esperaba, en la olvidada y triste figura de Cristo. Al comienzo se resistió ella a escuchar su llamamiento, llevada de su repugnancia a tener que abandonar el mundo, y, durante el verano de 1563, hubo de sostener una verdadera lucha con Dios, el cual había decidido que fuese monja, mientras ella decidía no serlo, como dice Ribera. Pero, por fin, no pudo por menos de tener que rendirse, y entonces descendieron sobre su alma una paz y una decisión tales que, en lo sucesivo, nada, ni la misma oposición de sus padres, que no tenían más hija que ella, la hubiese desviado del camino que se había propuesto seguir. La Madre Teresa la aceptó y se convino en que entraría en el convento el día 13 de septiembre.

Cuando llegó el día señalado María se vistió sus mejores galas, se puso su mejor vestido, las más finas sedas y velludillos ribeteados de oro y, en cabalgadura de gala, se dirigió a San José rodeada de los magníficos jóvenes caballeros de la ciudad, así como también de los mayores, ya que estaba emparentada con casi todas las familias principales de Ávila. Una vez llegada a la puerta desmontó y se despidió alegremente de cuantos habían formado en su séquito, acompañándola. Y luego, después de pasar por la pequeña puerta de la morada, le sirvieron de escolta La Madre y otras monjas que la acompañaron hasta la capilla, en donde fue quitándose, una por una, todas aquellas galas y preseas, y se ciñó su bello cuerpo con el hábito de burda tela, convirtiéndose

la frívola María Dávila en la hermana María de San Jerónimo, esposa del Rey de la Pobreza ([40]).

En el monasterio no había hermanas legas en aquel tiempo, y las trece carmelitas se turnaban en todas las faenas semanalmente, tanto en el trabajo de la cocina como en el del lavado y otros habituales, de los que Teresa rehusó en absoluto considerarse dispensada. Bien por lo contrario, echó sobre si los trabajos más pesados, poniendo en ello un gran deseo de perfección, y dio un ejemplo tan admirable a las otras monjas que, luego, siguieron siempre acordándose de que la comida les había parecido más sabrosa cuando ella la guisaba y que las ropas no habían estado jamás tan inmaculadas como cuando ella se ocupaba en las cosas del lavadero. No eran bastante a desviarla de ello ni su mala salud ni sus frecuentes arrobamientos inesperados, ni su amor inveterado de la oración. Acostumbraba decir que Dios andaba entre los pucheros y las sartenes igual que en todas partes. Un día que estaba en la cocina con una sartén en la mano, dispuesta a freír unos huevos para la comunidad, la hermana Isabel de Santo Domingo observó que se quedaba inmóvil y que su rostro se le embellecía e iluminaba extraordinariamente. Temerosa de que pudiera caerse, ya que en tales momentos perdía la conciencia de sí misma, la monja la tomó por el brazo para sostenerla, y, en el acto, se sintió también como si estuviera electrificada por una misteriosa influencia divina, y ambas permanecieron arrobadas, Inmóviles como estatuas vivientes, mientras toda la comunidad, extrañada ante la prolongada ausencia, acudió a ver qué ocurría, quedándose asombrada al verlo. La pequeña cocina en que ello tuvo lugar constituye todavía hoy una de las curiosidades ante las que el

[40] Ribera cuenta este caso, *loc. cit*. Conoció él a la hermana María de San Jerónimo algunos años más tarde, cuando era priora de San José.

visitante se detiene en su recorrido de las modernas construcciones del convento de San José de Ávila.

Por bien cocinada que la comida estuviera, cuando de ello se encargaba la madre priora, lo cierto es que no era muy abundante. Aunque la gente de Ávila había cambiado de actitud, no era todavía lo bastante humana como para dar sin que se lo pidiese, y Teresa estaba resuelta a no pedir, sino a depender por completo de la bondad de Dios. Y como pensaba que las trece monjas deseaban vivir una vida de verdadera pobreza, al igual de la de Cristo, no se llevó nunca desengaño alguno. Por eso se limitó a consignar que Su Majestad le había enviado allí lo que era menester sin necesidad de pedírselo, y cuando ello faltaba, lo que con frecuencia ocurría, su contento era mayor todavía. Acostumbraba entonces rezar a nuestro Señor para que hiciera que tales virtudes se alcanzasen, especialmente el desinterés que ellas mostraban por cuanto no fuese servirle a Él. Y ella, que era entonces la superiora, no recordaba haberse detenido a pensar en semejante cosa ni una sola vez, pues confiaba en que el Señor no iba a abandonar a quienes no tenían más deseo que el de complacerle. Si, a veces, no había comida bastante para todas, al decir Teresa que debía ser para las que más lo hubieran menester, cada una pensaba que no era ella, y así esperaban hasta que el Señor enviaba bastante para todas. Había a veces un solo huevo o dos para toda la comunidad, pero ninguna se quejaba, e incluso María de San Jerónimo, que antes fuera la rica María Dávila, se regocijaba con esos ejercicios de pobreza. Ninguna de ellas era peor por el hecho de tener que observar la prescripción de la ausencia de carne durante todo el año y por verse de vez en cuando privadas en absoluto de todo alimento. Teresa se dio cuenta de que su salud mejoró con tan duras condiciones. Un día de abstinencia les enviaron algunas

vituallas del convento de las clarisas, y ella se acordó, con gran alegría, de que Santa Clara, en la visión que de la santa tuvo, le había prometido que siempre la ayudaría.

De vez en cuando las monjas ganaban un poco de dinero hilando y cosiendo. Por regla, cada una tenía que hilar cinco madejas de lana por día. La Madre daba el ejemplo en esto como en todo lo demás. Cuando no estaba orando, estaba casi siempre ocupada en algo. Hasta cuando recibía a algún visitante estaba ocupada con la rueca, mientras hablaba sentada detrás de la cortina que cubría la reja. Llevaba siempre un hábito viejo y todo remendado, casi siempre uno desechado ya por alguna otra, si bien tenía el mayor cuidado en conservarlo inmaculado del todo, y era notable tanto por su limpieza personal como por la de toda casa que en su vida dirigiera.

Su celda (que se conservó intacta hasta el año 1772 y fue convertida luego en oratorio) se muestra a los visitantes; es una habitación exigua con una pequeña cama dura, en la que ella dormía sin otra colcha que un trozo de arpillera y sin mueble de ninguna clase, a no ser que se quiera dar el nombre de tal a un pequeño poyo de piedra junto a la ventana. Ni había allí silla alguna ni mesa para sus queridos libros. Por lo que a la ventana respecta, ni la suya ni ninguna otra de San José se permitía el lujo de tener vidrios. Hasta en la estación más fría —y Avila está frecuentemente bajo cero durante el invierno— no se las cubría más que con trozos de cañamazo encuadrados en toscos marcos de madera y clavados en ellas. En una tan pobre habitación escribió Teresa, cuando menos, dos de sus obras maestras y gran parte de su correspondencia, y allí también tomaba las pocas horas de sueño que consideraba indispensables. Más adelante, cuando tenía que

emprender algún viaje antes de romper el día, o volvía de él a altas horas de la noche, se acostaba en una especie de artesa, como las que se usan para amasar la harina, y, para no despertar a las otras monjas, se deslizaba silenciosamente por la «escalera de Santa Ana», así llamada porque en ella había una imagen de la santa teniendo a la Santísima Virgen, que, a su vez, tiene al Niño Jesús.

El coro primitivo, que era sumamente bajo de techo, sigue existiendo todavía. Es un verdadero misterio cómo se las arreglaban las trece monjas para poder apretujarse en él cuando sólo había espacio escaso para doce de ellas. La capilla original ya no existe, pues la que actualmente recibe el nombre de tal era entonces la segunda, y ésta no tenía más que doce pasos por ocho de dimensión. La pobreza no era la única razón de todo ello. Teresa prefirió siempre las mansiones pequeñas, las capillas pequeñas, los oratorios diminutos, ya que sentía una gran desconfianza, casi un verdadero desprecio, por los edificios espaciosos y ornamentados; acaso porque había echado de ver entre los fieles una propensión a dejar de hacer ciertas obras cristianas so pretexto de que exigían grandes desembolsos, en vez de darles comienzo humildemente y sin grandes gastos.

A sus hijas les hacía recordar que Santa Clara había dicho «grandes muros de la pobreza», a lo que ella añadió: «Y a buen siguro, si se guarda de verdad, que esté la honestidad y lo demás más fortalecido que con muy suntuosos edificios. De esto se guarden, por amor de Dios, y por su sangre se lo pido yo.»

«Y si con conciencia puede decir que el día que tal quisiere se torne a caer que las mate a todas, yendo con buena conciencia, lo digo y lo suplicaré a Dios.»

«Muy mal me parece, hermanas mías, de la hacienda de los pobrecitos que a muchos les falta, se hagan grandes cosas; no lo primita Dios, sino pobrecita en todo y chica. Parezcámonos en algo a nuestro Rey que no tenía casa, sino en el portal de Belén fue su nacimiento. Los que las hacen, ellos lo sabrán, yo no lo condeno. Son más. Llevan otros intentos. Más trece pobrecitas, cualquier rincón les basta. Si por el mucho encerramiento tuvieren campo y ermitas para apartarse a orar, y porque esta miserable naturaleza nuestra ha menester algo, norabuena. Más edificios ni casa grande ni curiosa, nada; Dios nos libre. Siempre se acuerden de que se ha de caer todo el día del juicio; ¿qué sabemos si será presto?» (*Camino de Perfección*, cap. II).

A pesar de ello Teresa ensanchó su casa para atender a las necesidades crecientes de la comunidad, ya haciendo construir un ala, ya uniendo el edificio principal con una casa contigua después adquirida, añadiendo un piso arriba, hasta que, andando el tiempo, todo aquello pudo estar agrupado alrededor de un patio central, detrás del cual se construyó el actual claustro, con una galería cerrada encima; y había, luego, un salón de recreo, de unos diez pasos de largo por la mitad de ancho, además de un refectorio, un cuarto de la ropa, desvanes y así por el estilo otras cosas precisas. Lo que más le gustaba a la santa era adornar varias partes del edificio con imágenes de Nuestro Señor, Su Madre y los Santos. San José y Nuestra Señora, como ya se ha indicado, estaban a la puerta como para dar la bienvenida a los visitantes.

Hasta hoy se venera allí un raro y hermoso crucifijo que la diera el obispo don Álvaro de Mendoza, al que las monjas llamaban *el Santo Cristo del Amor*.

Poco a poco, con el mismo amor que en todo ponía, hizo que los terrenos baldíos entre las pequeñas casas se convirtiesen en diminutos jardines en donde sus hijas pudieran descansar, distraerse y, sobre todo, disfrutar de aquella soledad por la que habían abandonado el mundo. Y con esta idea fija fue haciendo erigir ermitas separadas unas de otras —que, por lo general, eran casitas como palomares, o algo por el estilo, que se compraban y se convertían en oratorios, los que, con el tiempo, fueron siendo designados con los nombres de los santos cuyas pinturas los adornaban. Había, por ejemplo, el de Santa Catalina, mártir, recibiendo un anillo de manos de Nuestro Señor. Había también el de San Agustín, que contenía dos pinturas del Santo regaladas por las monjas agustinas de Nuestra Señora de la Gracia, y una de su madre Santa Mónica. Otro de ellos era conocido como Nuestra Señora de Nazaret y estaba dedicado al misterio de la Anunciación. Allí solía ir a orar la santa y allí guardaba su libro de las *Morales* de San Gregorio, en español, y algunos otros libros favoritos suyos. De los oratorios por ella fundados han quedado hasta el presente cuatro, incluso el más famoso de todos, llamado «Cristo en la Columna». Para decorarlo requirió Teresa la cooperación de un artista, Jerónimo Dávila, a fin de que pintara la semejanza de Su Majestad tal como ella le había visto en Su azoramiento. Y permaneció al lado del pintor, mientras lo hacía, para irle diciendo lo que tenía que hacer: los miembros, las heridas, el cabello, cada una de las líneas y de los rasgos de aquella faz triste y sangrienta como habían quedado indeleblemente grabados en su memoria. Aquel oratorio fue el más prestigioso de todos, y la gente de la ciudad acudía frecuentemente a él, y se dice que hubo allí algunos milagros que recompensaron las oraciones que en él se elevaron al cielo.

A medida que fue pasando el tiempo Teresa empezó a cubrir la desolación de aquellos terrenos con plantas y follaje. El avellano que ella misma plantó dio fruto muchos años. Había también un laurel, si bien tal vez estuviera ya allí cuando adquirieron la propiedad. El gran obstáculo para hacer crecer algo dentro y fuera de Ávila era la gran escasez de agua allí sentida. Como ya se ha indicado, la ciudad guardaba con todo cuidado su limitada provisión de agua para el servicio público, y el único pozo existente dentro de los muros de San José era uno muy profundo, de un campo adquirido después de la fundación, y que sólo daba un mezquino chorro de un líquido de sabor desagradable. Es muy posible que el agua para el uso del convento hubiera que ir a buscarla trabajosamente en la fuente pública de allí cerca.

Para quien, como Teresa, amaba apasionadamente este líquido elemento, constituía una verdadera contrariedad eso de no tener el agua en abundancia, y decidió que se desenterrase el pozo y que se llevase el agua al convento por medio de una tubería, creyendo que así mejorarían las cosas. A tal efecto hizo llamar a unos fontaneros y les dijo lo que deseaba; pero ellos la replicaron con toda franqueza que iba a ser trabajo en balde; incluso, uno de ellos llegó a decirla que, si tenía el dinero para gastar en comprar una herrada, lo mejor sería que la tirase al pozo y se olvidase de ella. Y las monjas se echaron a reír cuando les pidió su opinión sobre ello.

La única que supo alentarla fue María Bautista, quien, luego de reflexionar, dijo que Nuestro Señor tenía que darles algo para traer el agua, que más barato Le saldría dársela en la casa, y que no dejaría Él de hacerlo.

Encantada con aquella fe tan infantil que motivara esa sugerencia, La Madre dijo a los trabajadores que siguiesen adelante con el trabajo. Lo hicieron así, y he aquí que quedaron grandemente sorprendidos al ver que aquel hilito de agua gruesa y de sabor desagradable se convirtió en una vena de agua abundante, fresca y clara que, al probarla, demostró ser de tan buen gusto como la de la fuente pública. El hecho fue que el obispo solía llevar allí a sus amigos para que la probasen; y Teresa escribió que ella no lo consideraba un milagro... sino algo para demostrar la fe que tienen las hermanas (*Fundaciones*, I). Sin embargo, las carmelitas se sintieron siempre inclinadas a ver algo milagroso en el caso, especialmente cuando el pozo se secó al cabo de ocho años convirtiéndose de nuevo en un hilito de agua, después que la ciudad de Ávila les había concedido a perpetuidad un aprovisionamiento de la fuente pública (*Reforma*, lib. I, cap. 53).

El jardín seguía siendo verdaderamente exiguo y La Madre comenzó a pensar en cómo poder agrandarlo. A un lado había algo así como una especie de apacible oasis en medio de un desierto —un diminuto jardín en el que las plantas y las flores crecían por modo casi inexplicable y en el que su dueño tenía a gran placer el ir a contemplarlo y allí recrearse—. En cuanto pudo arbitrar el dinero para ello, Teresa le pidió que le vendiese la propiedad, pero él se negó rotundamente so pretexto de que le había tomado gran afecto a su jardín, y por nada del mundo quería deshacerse de él. No pasó mucho tiempo sin que los oficiales, al examinar las fuentes públicas de la ciudad, descubriesen que estaba bombeando parte del agua de una de ellas sin permiso. Cuando se le acabó tal provisión de agua su jardín se agostó, hasta que quedó en las mismas condiciones de los áridos alrededores. Entonces se

consideró feliz de poder venderlo, y era precisamente lo que Teresa estaba esperando.

Todo esto, como bien se comprende, era secundario —una simple etapa en el camino de la verdadera misión de su vida—. Aquellas mujeres de contextura moral verdaderamente espartana no habían abandonado el mundo para dedicarse a cultivar flores y ver crecer la grama. Estaban allí para aprender el Oficio Divino y para llevar una de las vidas más rigurosas que darse pueda. Teresa se dio la pena de enseñar todo con exactitud a sus discípulas, ansiosas de aprender. Insistía en que cantaran el oficio más bien en voz baja que en voz alta, con miras de un mayor cuidado y una sublimidad mayor. En cuanto a lo demás, la rutina seguía siendo con toda probabilidad la por ella trazada para la comunidad en sus Constituciones del año 1565.

Los maitines se rezaban a eso de las nueve de la noche, y ninguna podía ausentarse del coro una vez el rezo comenzado. A ello seguía un examen de conciencia de quince minutos de duración, mientras permanecían todas en el coro. Luego se daba lectura al misterio para la meditación del día siguiente. A las once se retiraban todas a sus catres de colchones rellenos de montones de paja.

Se levantaban en invierno a las seis de la mañana, y a las cinco en verano, y en la época de más calor, para compensar la hora de menos sueño, se las permitía una hora de siesta en la mitad del día. Después de levantarse y atender brevemente al aseo y la decencia, antes de aparecer en el coro, tenían la obligación de emplear una hora en la oración mental. Luego de lo cual recitaban las Horas: Prima, Tercia, Sexta y Nona.

La de Nonas se suprimía en las fiestas del día del santo a que tuvieran especial devoción y se la sustituía por el canto, cantando-se en tales días las Vísperas y los Maitines. Se cantaban asimismo tas Laudes en los primeros días de la semana de Pascua, en la fiesta de San José y en otras pocas ocasiones. Teresa ordenó que el canto fuera siempre un canto llano.

Después de la lectura de las Horas, cada una se dedicaba a su tarea especial hasta la misa, que era a las ocho en el verano y a las nueve en invierno. Las que comulgaban debían permanecer un rato después de haber recibido, en acción de gracias.

Teresa las alentaba a que comulgasen con frecuencia. En el convento de la Encarnación, que era reputado como de los me-jores, la comunión era obligatoria tan sólo en el primer domingo de Adviento, en Navidad, en el primer domingo de Cuaresma, el Jueves Santo, el Domingo de Pascua, el Jueves de la Ascensión, en Pentecostés, en Corpus Christi, en Todos los Santos y en las fiestas de Nuestra Señora, además de los días aniversarios en que las monjas habían recibido los hábitos y profesado. En San José las monjas podían comulgar todos los domingos y días de fiesta, en todas las festividades de Nuestro Señor y de Nuestra Señora, en las de San Alberto y San José y en los demás días que pudiera parecerle conveniente al confesor, de acuerdo con la devoción y el espíritu de las hermanas, con permiso de la Madre Priora. En la práctica comulgaban con mucha mayor frecuencia de este mínimo prescrito y La Madre llegó a convertirse en una comulgante diaria. Consideraba ella como uno de los grandes favores de su vida el que uno de sus dos vómitos diarios, el de la mañana, la hubiese del todo desaparecido para permitirla recibir la comunión. Como casi todos sus arrobamientos la venían después de haber comulgado,

trataba de enseñar a sus hijas la mejor disposición para estar en condiciones de recibir favores semejantes; como, por ejemplo, que, después de recibir al Señor... tratasen de cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma, y mirar dentro de sus corazones; pues las decía, una y otra vez y la gustaría decirlo muchas veces, que, si adoptaban tal costumbre cuando comulgaban y procuraban tener una conciencia que las permitiese gozar con frecuencia de tal Bien, Él no se presentaría disfrazado de tantas maneras, y, como ella había dicho, no se hará conforme a los deseos que tenemos de verle; y será posible desearlo tanto que Él se descubrirá completamente a ellas (*Camino de Perfección*, cap. XXXIV).

Asimismo trabajó con ardor inagotable para conseguir que la pequeña capilla en condiciones de recibir a su divino morador. El corporal y todo lo demás del altar debía ser absolutamente inmaculado, e insistía en que las hostias fueran muy grandes. Perfumaba el tabernáculo con esencias de rosas, que le regalaba algún amigo, y no prestaba la menor atención a las protestas que pudiera formular cualquier visitante clerical escandalizado por ello. ¿Qué cosa podría ser bastante digna de su Majestad?

Con arreglo a las costumbres de aquella época, en el país se comía dos veces por día, siendo la principal la comida, a las diez de la mañana, en verano, y una hora más tarde en invierno, y la cena a la puesta del sol. Un poco antes de la cena sonaba una campana y todas las monjas, dondequiera que estuviesen, debían arrodillarse, rezar un Padre Nuestro y hacer examen de conciencia. Ni qué decir tiene que las comidas no tenían nada de suntuosas. No había jamás carne, salvo para las enfermas. (En una ocasión, al hallarse La Madre enferma, las monjas se vieron y se desearon para conseguir que tomase un poco de pollo.) Se observaba la

rigurosa regla del ayuno desde la fiesta de la Exaltación de la Cruz, el 14 de septiembre, hasta la Pascua, salvo los domingos. No estaba permitido hablar en las comidas. Si el Señor exigía a alguna monja que prescindiera de alguno de los manjares, tenía que pedir permiso para privarse, de lo contrario debía comerse lo que se la pusiera delante. Ninguna podía comer ni beber entre las comidas sin permiso de la priora. Por último, siguiendo en ello a San Pablo (2 *Tes*. 3, 8-10), Teresa dejó dicho en sus Constituciones: «el que quiera comer, tiene que trabajar». Por otra parte, no debía haber faena que no se hubiese dispuesto con anticipación a fin de no interrumpir la vida de oración.

Después de la comida, las monjas tenían una hora de recreo todas juntas. No se permitían juegos, ya que se consideraba como una realidad que «el Señor da a unas la gracia para servir de recreo a las otras, y cuando esto se admite, todo el tiempo está bien empleado. Tenían que tratar de no molestarse la una a la otra y sus bromas y conversaciones debían ser discretas. Después de esta hora de estar juntas, se les permitía en verano hacer una hora de siesta, y las que no querían dormir, tenían que guardar silencio.»

Incluso al hablar con los visitantes tenían que eludir los temas mundanos, a menos que con ello hicieran algún bien a quienes hablaban con ellas, o les colocasen en el camino de la verdad, o les consolaran en alguna aflicción. La portera u otra tercera persona presente en tales conversaciones debía velar por que no se quebrantase tal regla y amonestar a quien la olvidase. El castigo por una segunda falta era estar encerrada nueve días en la prisión, con una flagelación en el refectorio a la tercera, porque ello era cosa muy importante para la Orden.

A las dos de la tarde asistían a Vísperas, a las que seguía la lectura espiritual. El trabajo y la oración (y en esto la práctica era lo bastante flexible como para permitir a la monja, cuando a ello la movía el Espíritu Santo, practicar la oración mental o incluso la mera contemplación), les ocupaba el resto de la tarde. A las cinco en invierno y a las seis en verano rezaban el hermoso oficio de Completas. Y, después de ello, la priora, si bien le parecía, podía permitir un rato de conversación general. La Madre tenía especial cuidado en evitar esas «amistades particulares» susceptibles de dañar la salud y el orden de la comunidad. A tal respecto, estaba ordenado que ninguna hermana podía besar a otra, o tocarle el rostro o las manos, o tener amistades en particular, sino que todas debían amarse en general unas a otras, como frecuentemente ordenaba Cristo a sus apóstoles. En alguno de sus escritos, la santa recomendaba que se debía tratar de alegrarse con las hermanas cuando estaban en el recreo, pues podía ser necesario en el futuro, aun cuando ello no fuera del gusto de alguna, ya que el obrar con consideración era el perfecto amor.

Desde luego, no había detalle en el vestir que no estuviese previamente prescrito. El hábito debía ser negro, no pardo, como lo es actualmente, de burda estameña, con no mayor cantidad de la necesaria y sin adorno superfluo alguno. Los mantos del coro eran del mismo burdo material, si bien blancos. La toca, hecha de lino de baja calidad, producto de la borra, no debía tener rizos, pliegues ni dobladillos, ni rigidez; y solamente a las enfermas se las permitía llevar una capucha o capa de invierno. Los espejos estaban prohibidos en absoluto. Los cabellos debían tenerlos cortos a fin de no perder tiempo en peinarlos. Llevaban sandalias de cáñamo con medias de borra, y éstas no para tener calor, sino por pureza. No debía haber nada de color brillante en el atuendo de una monja, ni

siquiera en cosa tan pequeña como un cinturón. El catre no debía tener colchón, sino solamente un saco de paja y una arpillera para cubrirse. En esto, como en las demás cosas, se hacía siempre la excepción a favor de las enfermas, las cuales debían yacer en buenos catres con colchones. La priora debía tener buen cuidado de que la habitación de las enfermas estuviese limpia y cómoda y de que tuviesen todo lo necesario, si bien no cosas lujosas como las que disfrutan los ricos. Las otras hermanas debían visitarlas y tratarlas con todo afecto.

Ahora bien, si una vida de tal severidad era considerada en sí misma como un fin y como un medio de escapar a las contrariedades y tristezas de la vida mundana (como la falsa creencia popular suele sostener) hay que admitir que es cosa harto repelente para la naturaleza humana. Y, para comprender algo de la alegría que proporcionaba a La Madre y a sus hijas, hay que tener en cuenta que toda su rutina diaria era tan sólo un medio para la más alta finalidad de la contemplación, y que ésta, a su vez, constituía un medio para fines aun más altos, y que producían invariablemente una actividad más noble.

El misticismo oriental, que a veces se ha abierto camino en la Iglesia católica en forma de quietismo, para ser de nuevo conformado, dista tanto de este misticismo cristiano como el infierno del cielo. Al empezar con un insulto implícito a Dios, negando o rechazando en parte o en todo Su creación visible y material, sigue lógicamente hasta repudiar la acción, la autoridad e incluso a veces la salud moral. El budismo llegó, pues, a ser una especie de complicada forma de ateísmo indirecto; los maniqueos pretenden separar al alma de la Iglesia visible y, de tal suerte, en última instancia, de Dios mismo; así, el quietista Molinos arrastraba a la

gente a una inquietante comunión con el demonio bajo la ilusión de ir en pos de Dios. El protestantismo ha eliminado en todas partes, en grado mayor o menor, la herencia que Cristo le dejó a Su Iglesia, a la que prometió que permanecería libre de error a través de los siglos.

En Teresa y en otros místicos católicos no hay nada de estéril y falsa piedad, de esa autobúsqueda sensual, o introspección, de esa autointoxicación del espíritu que se manifiesta en todas las sectas. Desde los gnósticos hasta los adoradores de la humanidad de esta nuestra época. Para ella toda la realidad —el mismo Dios, o sus criaturas de toda clase, ella inclusive— tenía un valor que redundaba en alabanza de Él; y, como ya se ha tenido ocasión de ver, en ella, el estado de exaltación en la oración, lejos de sumirla en una estupefacción peligrosa de indiferencia y pereza, afloraba continuamente en una beneficiosa actividad. Teresa confió a San Francisco de Borja que a veces la era posible llevar a cabo todas sus obligaciones durante la oración de quietud, a lo que el santo contestó que también a él le ocurría lo mismo. En su calidad de miembro del cuerpo místico de Cristo (la Iglesia Católica) le era a ella dado compartir sus alegrías y sus tristezas, sus triunfos y sus persecuciones. Después de haberse alegrado con todos los buenos católicos en la lucha, la Iglesia había pugnado, desde la Muerte Negra en el siglo XIV, por exterminar todos los abusos y relajaciones ([41]) existentes, por lo que hubo de considerar como bien venida y con gran alegría y gratitud aquella terminación de la Reforma por el Concilio de Trento.

[41] Es un craso error el suponer que antes de la protesta de Lutero no había ya habido intentos de reforma. Véase mi obra *Isabella y Philip II.*

Incluso los decretos del Concilio de una Iglesia pueden ser pura letra muerta si no se les aplica de una u otra manera; y, aun cuando Felipe II ordenó que se obligara a su cumplimiento en sus dominios, se precisaba algo más que el puro formulismo legal y que la prohibición. Y he aquí que fue misión especial de Teresa el poner de manifiesto cómo era ese algo, ese algo espiritual. A buen seguro que fue algo más que una pura coincidencia el que ella fundase su convento en el mismo año de 1563. Y lo mejor de todo era que sabía perfectamente que el cristianismo no era un sistema penal, o un código de leyes, o un cuerpo filosófico de opinión, sino un ir en pos de Cristo por el camino de la perfección, en suma, la vida de Cristo llevada por sus discípulos. Y precisamente aquella vida de Cristo, la actividad espiritual del cristiano individual en unión con Cristo, auxiliado por Su gracia y conforme a Su voluntad, era lo que ella quería oponer a la negación de Lutero de la vida de Cristo manifestada en las buenas obras. Teresa se proponía levantar contra lo que llamaba el fuego del protestantismo una verdadera muralla de oración; o más bien, lo apagaría con aquella agua divina de la gracia que había que buscar y alumbrar con la oración. Los ejércitos de Felipe II pudieron hacer cuanto quisieran en los Países Bajos; pero, como ella escribió en el año 1563, «las fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego» de esos herejes (*Camino*, cap. III). La oración era la cosa necesaria; de suerte que, si trece pobres mujercitas no podían hacer otra cosa, por lo menos, orarían. De tal manera, su obra se convirtió en una contrapartida vital de los decretos de Trento. Y, porque era vital, no se detuvo en la mera contemplación, sino que se manifestó en una variedad infinita de acciones, cayo efecto se hace bien sensible hoy día en toda la Cristiandad.

Oración y acción; he aquí que estos dos aspectos de la vida de Teresa, el interior y el exterior, encontraron su perfecta expresión, y en un orden lógico, en los dos libros que escribió durante los cinco años de su permanencia en San José. El *Libro de su vida* no es una verdadera autobiografía en el sentido estricto de la palabra, sino más bien una verdadera historia de su alma, de sus padecimientos y sus triunfos hasta e incluso la fundación de su monasterio. El *Camino de Perfección* aconseja a las demás cómo lograr ese mismo difícil dominio de sí misma. Ambos libros se explican y completan el uno al otro y, junto con *El Castillo Interior* o *Las Moradas*, constituyen una maravillosa trilogía que comprende todas sus enseñanzas místicas y ascéticas.

Escribió la mayor parte del primer borrador de *Su Vida* en el palacio de los de La Cerda en Toledo, y lo completó —así se cree, cuando menos— en el caluroso mes de junio del año 1562, poco antes de volver a Ávila; y todo ello, de mala gana, por simple obediencia al padre Ibáñez y a otros confesores. A fines del año 1562, un confesor, el dominico fray García de Toledo, le dijo que añadiese una relación de la fundación de San José y que revisara y volviera a escribir toda la obra, lo que empezó a hacer al hallarse de nuevo en el convento de la Encarnación. No pudo, por tanto, haber hecho gran cosa cuando se fue a residir definitivamente a San José en la Cuaresma de 1563, ya que el escribir de nuevo su libro la ocupó los pocos momentos de asueto de que pudo disponer durante dos o más años, probablemente hasta la Navidad del año 1565. Aparte de las vivas y, de vez en cuando, humorísticas descripciones de las peripecias anteriores a la fundación, y a ella posteriores, añadió algunos otros acontecimientos como la muerte de San Pedro de Alcántara y sus apariciones a ella, y dividió toda la obra en cuarenta capítulos.

Su propio manuscrito, conservado en El Escorial, dice no poco acerca de la autora y su manera de escribir. Escribía con fuerza y claridad y muy de prisa, sin apenas borrar o tachar casi nada, y subrayando de ver en cuando tal o cual palabra para darle más fuerza, pero sin dejar ningún borrón, ninguna de esas sombras repentinas que acusa la escritura de un neurótico. La suya pone de manifiesto una naturaleza perfectamente equilibrada, si bien intensa. En todo el manuscrito no hay más que catorce correcciones, algunas de las cuales fueron hechas por ella misma y otras por el padre Báñez, y el resto por una tercera persona. Hoja tras hoja de aquel pergamino amarillo, descolorido y casi borrado por el tiempo, está cubierta con una letra derecha y segura, sin vacilaciones, como de quien sabía exactamente lo que quería decir, y que estaba tan en posesión de su tema que no tenía en absoluto tiempo para la más pequeña veleidad literaria, que ni siquiera se preocupaba de la puntuación, salvo por alguna que otra línea vertical entre las frases. Había almas que salvar y era su deber escribir lo que sabía. Esto no obstante, su *Libro de las Mercedes de Dios*, como en un principio hubo de llamarlo, merece figurar, a pesar de todas sus imperfecciones retóricas, de su redundancia, su reiteración, sus pleonasmos, sus defectuosas referencias y sus desaliñados arreglos, sus frases coloquiales descuidadas e incluso su mala gramática, entre los libros más fuertes y hermosos, entre los más extraordinarios producidos por la mente humana. Uno de sus entusiastas biógrafos ha dicho de ella que el encanto de su estilo es que no tiene ninguno, que escribía como hablaba. Puede, sin duda alguna, escribir una frase bella cuando se da la pena de hacerlo; pero no desdeña, ni mucho menos, el empleo de esas vigorosas expresiones provinciales y pueblerinas que, en un lenguaje en estado de transición, habrían de aparecer raras o,

cuando menos, arcaicas. Se sale a todas horas del tema, mas sus digresiones, como las de los verdaderos grandes poetas, son generalmente extraordinarias y de una insuperable excelencia. La admirable exposición de la oración mental y de la oración de quietud en su *Vida*, que constituye la parte más atrayente del libro, es tan sólo una digresión de varios capítulos. Además de todo ello, posee esa cualidad que Aristóteles consideraba como claramente distintiva del genio. Sus comparaciones y metáforas, tomadas al azar de la vida ordinaria de cada día, y a veces caseras y dolorosas, son verdaderamente únicas, inevitables, dirigidas derechamente a la meta.

No era, en verdad, empresa fácil escribir un libro como ése. Basta para comprenderlo imaginarse a una mujer de cerca de cincuenta años padeciendo desmayos y dolores de estómago y con un agotador vómito diario, vestida en su hábito de burdo paño, sentada en su pequeña celda de desnudo suelo y teniendo que apoyar su pergamino en la humilde cama o en el pequeño poyo de piedra, poniéndose a ello después que las demás monjas se habían retirado a descansar, frente a una ventana sin vidrio mientras que el cierzo helado pasaba a través del cañamazo y el frío terrible de la meseta castellana se le metía hasta los huesos...; hay que imaginársela así, totalmente olvidada de sí misma, escribiendo sin parar a toda prisa, una página tras otra, a veces hasta las dos o las tres de la mañana. A buen seguro que más de una persona, al pensar en ello, en la desnuda y exigua habitación, que es hoy un oratorio, y al acordarse de la alegría, el buen humor y más de una vez la agudeza de ingenio de semejante libro arrancado del corazón, debe de haber acabado por comprender lo que es ese fuego que llaman santidad y lo que puede hacer. Y, sin embargo, jamás se la ocurrió hablar de sus dedos ateridos o de

otras molestias físicas, y para los testimonios de su beatificación nada se dijo a tal respecto.

Estaba Teresa leyendo por primera vez el manuscrito cuando envió por él fray García de Toledo para mostrárselo al Beato Juan de Ávila, «el apóstol de Andalucía». Obedientemente, Teresa lo envió sin terminar de revisarlo y con la siguiente nota, escrita en la última y vacía página del final:

*«JHS. —El Espíritu Santo sea siempre con vuesa merced, amén. No sería malo encarecer a vuesa merced este servicio, por obligarle a tener mucho cuidado de encomendarme a nuestro Señor, que sigún lo que he pasado en verme escrita, y traer a la memoria tantas miserias mías, bien podría; aunque con verdad puedo decir, que he sentido más en escribir las mercedes, que el Señor me ha hecho, que las ofensas que yo a su Majestad. Yo he hecho lo que vuesa merced me mandó en alargarme, a condición que vuesa merced haga la que me prometió, en romper lo que mal le pareciere. No había acabado de leerlo después de escrito, cuando vuesa merced envía por él. Puede ser vayan algunas cosas mal declaradas, y otras puestas dos veces, porque ha sido tan poco el tiempo que he tenido, que no podía tornar a ver lo que escribía; suplico a vuesa merced lo enmiende, y mande trasladar, si se ha de llevar a el P. maestro Ávila, porque podría ser conocer alguien la letra. Ya deseo harto se dé orden en como lo vea, pues con ese intento la comencé a escribir; porque como a él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada, que ya no me queda más para hacer lo que es en mi. En todo haga vuesa merced como le pareciere; y vea está obligado a quien ansí le fía su alma. La de vuesa merced encomendaré yo toda mi vida a nuestro Señor; por eso dése priesa a servir a su Majestad, para hacerme a mi merced, pues verá vuesa merced por lo que aquí va*

*cuán bien se emplea en darse todo, como vuesa merced lo ha comenzado, a quien sin tasa se nos da. Sea bendito por siempre, que yo espero en su misericordia nos veremos adonde más duramente vuesa merced y yo veamos las grandes, que ha hecho con nosotros, y para siempre jamás le alabemos. Amén. Acabóse este libro en junio, año de MDLXII»* ([42]).

En vez de entregar el manuscrito a Juan de Ávila, fray García se lo dio a fray Domingo Báñez, que, e su vez, lo entregó a la Inquisición de Madrid y, recibirlo devuelto, sin ninguna censura especial acerca de su contenido, lo conservó, al parecer, durante doce años. Mientras tanto, Teresa, en el convento de la Encarnación, en el invierno de 1562-1563 oyó decir que el Inquisidor don Francisco Soto de Solazar (más tarde obispo de Salamanca), había llegado a Ávila; y, tal vez alarmada por los rumores de que el libro estaba sujeto a examen del Santo Oficio, tomó característicamente la ofensiva en vez de esperar el ataque. Y, habiendo obtenido permiso para visitarle, le contó sencillamente la historia de sus arrobamientos, de sus visiones y de sus forzados trabajos literarios, pidiéndole le diera una opinión sobre su espíritu, su trabajo y sus métodos de oración, que, le aseguró quería en todo momento someter a la aprobación de la Iglesia. Salazar le contestó afablemente que la Inquisición no tenía que ver con los métodos de le oración o con las pruebas de los espíritus de los místicos, sino tan sólo con el castigo de los herejes. Y la aconsejó, como ya lo había hecho el padre Ibáñez, que enviase su libro al padre Juan de Ávila, asegurándola que, con la respuesta que el otro la diera, podía quedarse tranquila porque no tendría nada que temer.

[42] Esta carta no lleva fecha ni firma. El padre Silverio sostiene que fue escrita a fines de 1565.

Teresa hizo, pues, una minuciosa copia de su libro, y rogó a su amiga doña Luisa de la Cerda lo hiciera expedir al Apóstol de Andalucía. Cinco años más tarde, como después se verá, la copia estaba aún camino de su censor no oficial, de cuyo veredicto podía haber dependido toda la suerte de la autora y de su fundación.

Teresa no sólo había escrito tal libro, sino que lo había experimentado literalmente; era, por tanto, un libro vivido, el «libro vivo» que Cristo le había prometido. Por eso, fue de toda conveniencia que ella alcanzara también en aquel entonces, a nuestro juicio, el apogeo de la manifestación divina de su vocación. Tenía visiones y arrobamientos que no atinaba sino a describir imperfectamente comparándolos a las luchas del que pelea «con un fuerte gigante». La sola idea de Dios la llenaba por completo de tal alegría que su rostro comenzaba a iluminársele y a ponerse extraordinariamente joven y bello y, como su alma se acaloraba grandemente con el poderoso impulso que la acometía, su cuerpo se quedaba inmóvil permaneciendo en la postura que hubiese adoptado, a veces de rodillas, de pie a veces, y otras con los brazos extendidos. Cuando los pies y las manos se le quedaban rígidos y fríos como si estuviese muerta y parecía que el pulso se había parado en sus venas, veía y oía cosas que «no es dado al hombre expresar».

Todo lo cual resultaba a veces molesto desde un punto de vista humano. Una vez, por ejemplo, fue a verla un jesuita de suma importancia a la misma hora en que lo hizo un hidalgo de Ávila que iba por un asunto del convento. Cuando el sacerdote le habló del amor de Dios, comenzó ella a sentir un arrobamiento que iba aumentando de segundo en segundo y no queriendo que él pensara pretendía ser una santa, resistió con todas sus fuerzas mientras él hablaba y se dirigió al hidalgo para hacerle cierta observa-

ción. La dijo una de las monjas que no tenía por qué mostrar más escrúpulos de que el jesuita pudiera considerarla una persona espiritual que de dar el escándalo de interrumpir tan descortésmente una conversación que con él sostenía. Pero Teresa no podía remediar aquella vergüenza que sentía de que pudieran cogerla, por decirlo así, en éxtasis.

Su sobrina María Bautista es una autoridad indiscutible en muchos de estos hechos, y cuenta que una noche, mientras estaban rezando los Maitines en San José de Asila, vio el cuerpo de Teresa comenzar a levantarse como el de una persona que se alza sobre las puntas de los pies, y que, al darse cuenta de que estaba elevándose, se arrojó de bruces al suelo porque aquellos hechos la hacían muy desgraciada. Una mañana la vieron todas las monjas elevarse en el coro en momentos en que todas ellas estaban de rodillas en espera de la comunión. En una fiesta de San José, durante un sermón, trataron las monjas, obedeciendo las instrucciones que les había dado, de sujetarla para abajo; y otra vez, estando arrodillada ante la reja para recibir la comunión de manos del obispo don Álvaro, sintió que su cuerpo iba siendo cada vez más ingrávido y que sus rodillas se despegaban del suelo; y, agarrándose desesperadamente a las barras, logró no elevarse más alto mientras que el obispo experimentaba gran dificultad en poder darle el cuerpo sagrado de Cristo.

Lo que más desgraciada la hacía era que la gente la viese en semejante estado. A veces pretendía hacer creer que eran sus grandes dolores de estómago los que así la trastornaban y pedía algo de comer o de beber para hacer creer en el engaño. Finalmente, cuando las monjas la dijeron que no tenía por qué molestarse tanto en disimular, porque ellas sabían de sobra la

enfermedad de que padecía, las mandó, bajo cumplimiento de santa obediencia, que no dijeran nada de lo que habían visto. Pero no podía impedir que lo guardasen en sus memorias y pudieran dar testimonio de ello en el proceso de su beatificación.

Durante el período en que nos encontrarnos fue cuando tuvo Teresa sus más exaltadas visiones. Algunas de ellas fueron terribles, como para hacer ver a la gente, por su intermedio, la verdadera fealdad y perversidad del pecado; como cuando vio aquellos abominables diablillos agarrados a la garganta de un sacerdote que estaba diciendo misa hallándose en pecado mortal; o como cuando vio a los demonios tirando burlonamente de uno y otro lado el cuerpo de una persona que había fallecido sin confesión y arrastrándolo con grandes garfios. Y al mencionarlo más tarde en sus escritos, decía: «Pluguiera al Señor que esto que yo vi vieran todos los que están en mal estado» (*Vida*, cap. XXXVIII). Volvió asimismo a ver almas que abandonaban el purgatorio en su ascensión hacia el cielo; y vio también representaciones proféticas de la grandeza de algunos determinados sacerdotes y de algunas órdenes especiales.

Una de tales órdenes, que su director y comentador, el padre Gracián, dijo era la de los dominicos, estaba rodeada de ángeles y muy cerca de Dios; y se le dio a ella a entender el gran bien que una orden haría en los últimos días y la fortaleza con que sus miembros defenderían la fe. No tan sólo en una ocasión, sino en varias vio a todos los jesuitas juntos en el paraíso con banderas blancas en sus manos. Luego escribió que había visto otras cosas admirables a su respecto, que tenía una gran veneración por esa Orden porque había tratado mucho con ellos y había visto que su vida se conformaba a lo que el Señor le había dado a entender

respecto de sus miembros. Su primer editor, fray Luis de León, suprimió de tal pasaje las palabras «todos los jesuitas» y las sustituyó por las de «una cierta Orden». En otro lugar, en donde ella dice que «San Francisco, Santo Domingo y el padre Ignacio, el que fundó la Compañía», habían todos recibido las mismas mercedes de Dios, el célebre agustino (que al igual de los primeros jesuitas había sufrido persecución por la Inquisición) cometió la falta imperdonable de sustituir la frase transcrita por la de «San Francisco, Santo Domingo y otros fundadores de Órdenes». Pero el hecho es que Teresa tenía frecuentes visiones relativas a los jesuitas. Una vez, después de haber tomado la comunión en su colegio de San Gil, en Ávila, vio «un palio muy rico sobre sus cabezas».

Diversas son las opiniones acerca de a cuál Orden alude cuando refiere lo que sigue:

«Estando una vez rezando cerca del Santísimo Sacramento aparecióme un santo, cuya Orden ha estado algo caída; tenía en las manos un libro grande; abrióle y díjome, que leyese unas letras, que eran grandes y muy legibles, y decían ansí: En los tiempos advenideros florecerá esta Orden, habrá muchos mártires.»

«Otra vez, estando en Maitines en el coro, se me representaron, y pusieron delante seis u siete, me parece serían de esta mesma Orden, con espadas en las manos. Pienso que se da en esto a entender han de defender la fe; porque otra vez estando en oración, se me arrebató mi espíritu, parecióme estar en un gran campo, adonde se combatían muchos, y éstos de esta Orden peleaban con gran hervor. Tenían los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban: parecíame esta batalla contra los herejes. A este glorioso

santo he visto algunas veces, y me ha dicho algunas cosas, y agradecídome la oración que hago por su Orden; y prometido encomendarme a el Señor».

A pesar de la reserva de Teresa en no querer dar el nombre de tal Orden —«que ofender los demás»—, sus biógrafos no han compartido tales escrúpulos y algunos han tratado de adivinar su pensamiento. El padre Gracián creyó que eran los dominicos. Yepes afirmó confidencialmente que se refería a su propia Orden del Carmelo, y que ella indicaba a las carmelitas descalzas de la Reforma. Hay otros que en ello quieren ver a los jesuitas; pero a esto se opone el hecho cierto de que su Orden no estaba «algo caída», en el verdadero sentido de la palabra, a menos que con ello se aluda a la revuelta de los *malcontentos*.

Como una de las visiones más queridas, Teresa consideraba aquella en que, como un relámpago, vio y le pareció entender claramente «cómo se ven en Dios todas las cosas, y cómo las tiene todas en sí… Digamos ser la Divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo, o espejo, a manera de lo que dije del alma en estotra visión, salvo que es por tan subida manera, que yo no lo sabré encarecer, y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera, que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera de esta grandeza. Cosa espantosa me fue en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda, ver qué cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados. Y es ansí, que cuando se me acuerda, yo no sé cómo lo puedo llevar, y ansí quedé entonces tan avergonzada, que no sabía me parece adonde me meter. ¡Oh, quién pudiera dar a entender esto a los que muy

deshonestos y feos pecados hacen, para que se acuerden que no son ocultos, y que con razón los siente Dios, pues tan presentes a su Majestad pasan, y tan desacatadamente nos habemos delante de Él! Vi cuán bien se merece el infierno por una culpa mortal, porque no se puede entender cuán gravísima cosa es hacerla delante de tan gran Majestad, y que tan fuera de quien Él es son cosas semejantes; y ansí se ve más su misericordia, pues entendiendo nosotros todo esto nos sufre. Háme hecho considerar, si una cosa como esta ansí deja espantada el alma, ¿qué será el día del juicio, cuando esta Majestad claramente se nos mostrará, y veremos las ofensas que hemos hecho?» (*Vida*, cap. XL).

Las visiones tienen también una finalidad. El misticismo católico se apoya siempre en aquellas palabras de San Pablo, que dicen: «Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo caridad, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia; y si tuviese toda la fe, de tal manera que traspasase todos los montes, y no tengo caridad, nada soy» (1 *Cor.* 13). Las experiencias místicas son siempre motivo de suspicacia entre los católicos a menos que aporten un aumento de virtudes, especialmente de las de la caridad y la humildad. Los arrobamientos de Teresa resistieron indudablemente a la prueba, pues profetizó muchos acontecimientos futuros que le habían sido por Cristo revelados, y el hecho de que siempre se realizasen proporciona una sólida base a la creencia de su origen divino.

Había, pongamos por caso, la visión que tuviera después de la muerte repentina de su cuñado Martín de Guzmán y Barrientos, sin confesión. La fue revelado que su esposa (su hermana María) moriría de igual suerte y que debía ir y prepararla. El confesor de

Teresa no tomó la cosa en serio, pero cuando se repitió la advertencia, la permitió que hiciese una visita a Castellanos, en donde, sin decirle a María nada de su visión, insistió cerca de ella para que se confesase con frecuencia, y tuviese cuidado con su alma en todo. María siguió tal consejo, vivió una santa vida durante varios años y murió de repente sin que hubiese nadie cerca de ella. Ocho días después Teresa vio a Cristo que la recibía en Su gloria (*Vida*, cap. XXXIV). Y éste es tan sólo uno de tantos ejemplos.

En posesión de todas aquellas facultades se sentía ella más ansiosa, si cabe, de observar cuántas devociones recomienda la iglesia a las almas menos favorecidas. Sentía por el Niño Jesús el amor más tierno que jamás floreciera en los conventos carmelitas. Un día de la Circuncisión salió de su celda llevando en los brazos Su imagen y bailando pausadamente como incitada por invisible música, mientras las monjas, lejos de considerar tal acto como cosa rara o humorística, se vieron animadas del mismo espíritu y se pusieron a danzar como ella, de igual suerte que David danzó ante el Arca de la Alianza. El misterio básico del Cristianismo, el hecho de que Dios se hiciera hombre, era el impulso central de todas sus ideas, de todas sus acciones; y la misa y la comunión significaban para ella, más que para la mayoría de los católicos, la repetición literal de la Pasión, Muerte y Resurrección del Dios-Hombre. En realidad, había llegado a vivir su propio libro, a ser un libro vivo. Con lo cual, Él la había prometido y con ello le había proporcionado los años más felices de su vida.

# CAPÍTULO XVIII

## EL "CAMINO DE PERFECCIÓN"

Las monjas tenían una gran curiosidad por saber y ver lo que La Madre había escrito durante tantas semanas y meses y, como es natural, se llevaron un gran desengaño, que no debían verlo nadie más que el confesor y el Beato Juan de Ávila. ¡Qué gran libro podría escribir para sus hijas, para una vez que se fuese al cielo consolarlas y para tener la seguridad en la perpetuidad y continuación de su obra! Sabedoras de que jamás escribirla uno por el gusto de expresar simplemente sus pensamientos, pidieron ellas al padre Báñez que la ordenase pusiera por escrito sus doctrinas para el bien especial de ellas. Le pareció a él buena la idea y Teresa, obediente como siempre, se puso nuevamente a la obra. En varios meses, sentada en aquella celda de frío suelo con la ventana tapada con sólo el panel de cañamazo, y apoyada en el desnudo poyo de piedra mientras las demás dormían, compuso Teresa su obra *Camino de Perfección*. Así como su *Vida* era la historia de su conflicto interior, ésta otra era la probanza de su influencia sobre las demás, la demostración de esa superabundancia de energía inagotable con la que se embriagaba a sí misma en el manantial de su oración, la comunal, o sea, el aspecto completado de la vida de Cristo en el interior de ella.

Para el lector corriente, el *Camino* es el libro por medio del cual se llega mejor al conocimiento de esta gloriosa y alegre santa. Teresa había no poco aprendido al escribir la historia de su vida,

Una mente tan aguda y creadora debía, por fuerza, vencer ciertas dificultades casi inconscientemente: ser más concisa e incisiva, lograr un arreglo más sencillo y ordenado; evitar innecesaria repetición de palabras, incluso de frases enteras a veces. Además, el asunto es ahora de interés más general. Por mucho que admiremos la belleza y el esplendor de algunas de las partes más sobresalientes de la *Vida*, sólo es dado comprenderla a los más adelantados en las cosas de la contemplación. En cambio, el *Camino* es para todo el mundo, y, para vivirlo con toda intensidad, basta con querer ser con sinceridad verdaderos cristianos. Aunque se escribió para monjas enclaustradas, el genio de la autora y la importancia universal del cristianismo práctico han hecho de éste un libro tan seductor y tan viviente que sólo los espíritus verdaderamente aburridos podrán encontrar aburrimiento en él.

El solo título de *Camino de Perfección* —tomado de una frase del libro «Imitación de Cristo» que, bajo el título de *Contemptus Mundi* era por aquel entonces muy leído en España y uno de los que figuraban en la pequeña alacena del convento de San José—, deja ya entrever su propósito. Con él no se dirigía la autora sólo a los contemplativos, ya que incluso en el Carmelo había monjas que no alcanzaban las alturas de la oración, sino que lo escribió para cuantos quisieran ser espiritualmente perfectos, y la perfección —que ella deseaba especialmente para todos los amigos de Cristo, sobre todo para los sacerdotes— era posible sin la contemplación.

«Santa era Santa Marta, aunque no la ponen en contemplativa. Pues, ¿qué más pretendéis que llegar a ser como esta bienaventurada que mereció tener a Cristo nuestro Señor tantas veces en su casa y darle de comer y servirle y por ventura comer a su mesa y aun en su plato? Si entramas se estuvieran

como la Madalena, embebidas, no hubiera quien diera de comer al huésped celestial. Pues pensad que es esta congregacioncita la casa de Santa Marta, y que ha de haber de todo.»

«Y que las que fueren llevadas por la vida activa, no mormuren a las que mucho se embebieren en la oración —porque, por la mayor parte, hace descuidar de sí y de todo—. Acuérdense que si ellas callan; ha de responder por ellas el Señor, y ténganse por dichosas de irle a aderezar la comida. Miren que la verdadera humildad creo cierto está mucho en estar muy prontos en contentarse con lo que el Señor quisiere hacer de ellos y siempre hallarse indinos de llamarse sus siervos. Pues si contemplar y tener oración mental y vocal y curar enfermos y servir en cosas de la casa y trabajar en desear sea en lo más bajo, todo es servir al huésped que se viene con nosotras a estar y comer y recrearse, ¿qué más se nos da en lo uno que en lo otro?»

Desde luego, no se pensaba que la perfección humana había de limitarse a las monjas. Cristo quería que toda la raza humana la pidiese y se hiciera saber que el Señor invitaba a todos, ya que Él es la verdad y no hay duda de ello. Si esta invitación no fuese general, Dios no habría avisado a todos los hombres, y aun si les hubiera llamado, no les habría dicho: Yo os daré a beber. Podría haberles dicho: Venid todos que, al final, no perderéis nada; y a los que me sigan les daré a beber. «Pero estoy segura de que esta agua viva no les faltará a todos, sin esta condición, como ya he dicho, si no se detienen en el camino.»

Así, pues, la perfección había que conquistarla sin la contemplación. La contemplación era un regalo de Dios, como una certidumbre del mismo cielo y se otorgaría a quienes la desearan. En cambio, la perfección era aquí alcanzable, y Teresa tenía la segu-

ridad de que la consideraba así para todos los que sinceramente la anhelasen. «Pedid y se os dará.»

Ahora bien, aunque una persona pudiera llegar a ser perfecta sin la contemplación, no podría prescindir de la oración mental. Esta era posible para todo cristiano; y, para una carmelita, era la *conditio sine qua non*, lo mismo si había de ser una María o una Marta.

¿Cómo se logró, pues, el resultado en la oración mental? Hay ciertas cosas que a ello ayudan, dice Teresa, como son el ayuno, la penitencia y el silencio. «La oración y la indulgencia consigo misma no van de par. Ante todo, la oración mental necesita ([43]) amor y desprendimiento. Ambos se fundan sobre la humildad, que requiere, a su vez, una ([44]) obediencia absoluta.» De donde, todo el libro no es sino un desarrollo de estos cuatro puntos que conducen a un admirable tratado sobre el Padre Nuestro. Teresa habla con gran extensión de cada uno de ellos a su vez, y lo hace aguda, incisiva y profundamente.

1. AMOR.— Al hablar de éste, aplica a la vida conventual el mandamiento divino de «amarás a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo». La idea que inspira todo el desarrollo del tema es que Dios debe ser siempre considerado por encima de

---

[43] El padre Tanqueray define la contemplación infusa como "una sencilla, amorosa y retraída mirada sobre Dios y las cosas divinas, bajo la Influencia de los dones del Espíritu Santo y de una gracia especial que se adueña de nosotros y nos hace obrar de manera más bien pasiva que activa".

[44] El autógrafo del Escorial dice en este punto: "Lo que en esto pueden hacer, es procurar no ocupar el pensamiento en si quieren u no quieren, sino si quieren, quieran."

todo y no se le debe sacrificar a ningún amor falso, engañoso o material del prójimo. El amor excesivo de otra persona individual en un convento constituye un gran peligro, aunque algunas superioras negligentes pueden creer que es una virtud, porque hace que una no quiera lo mismo a todas las hermanas, origina los bandos, mina la voluntad de amar a Dios y parece ser más perjudicial a las mujeres que a los hombres; es una verdadera añagaza del demonio para destruir los conventos.

Así ella escribió: «No consintamos sea esclava de nadie nuestra voluntad sino del que la compró por su sangre. Miren que, sin entenderse, se hallarán asidas que no se puedan valer.»

«Las niñerías que vienen de aquí, no creo tienen cuento. Y porque no se entienden tantas flaquezas de mujeres y no deprendan las que no lo saben, no las quiero decir por menudo..., mas, como digo, vilo muchas veces..., y sé que para mucha relisión y perfeción es malísima cosa en todas. En la perlada sería pestilencia; esto ya se está dicho. Mas en quitar estotras parcialidades, es menester tener cuidado desde el principio que lo entienda, y esto con más industria y amor que no con rigor.»

«Para remedio de ésta es gran cosa no estar juntas ni hablarse sino las horas señaladas, conforme a la costumbre que ahora llevamos, que es todas juntas, y a nuestra constitución que manda estar cada religioso en su celda...»

«Tornando al amarnos unas a otras, parece cosa impertinente encomendarlo. Porque, ¿qué gente hay tan bruta que tratando siempre y estando en compañía y no habiendo de tener otras conversaciones ni otros tratos ni otras recreaciones con personas de fuera de casa y creyendo las ama Dios y éllas a él, pues por su Majestad lo dejan todo, que no cobre amor? En especial, que la

virtud siempre convida a ser amada, y ésta, con el favor de Dios, espero yo en su Majestad que siempre la habrá en las de esta casa. Ansí que en esto no hay que encomendar mucho a mi parecer.»

No poco tiene que decir, dice Teresa, de las amistades particulares por cuanto tienen de añagazas perjudiciales al verdadero amor; hasta el punto de que en una de sus más extraordinarias digresiones hace una severa advertencia contra la parcialidad excesiva por un confesor determinado. Un cierto afeccionamiento por un sacerdote director es cosa natural e inofensiva, como el que suele existir entre parientes y amigos. Cuando el demonio percibe que una monja siente tal reconocido afecto por un santo varón que entiende su condición espiritual y la guía hacia la perfección, trata de suscitar escrúpulos en ella y, a veces, la atormenta tanto que acaba por abandonarle. En tales casos lo mejor que se puede hacer es consultar con cualquier otro confesor, con preferencia un hombre instruido, y dejarse llevar por su consejo.

Es una buena cosa amar al confesor, y bueno para el alma, si es persona espiritual y virtuosa. Si no lo es, hay gran peligro en ello, sobre todo para las casas de clausura. Si no se ve ligereza o vanidad en el confesor (cosa que una monja debe ver inmediatamente, si no es una boba) no tiene por qué sentir escrúpulos, y el demonio sólo conseguirá cansarse del juego y tendrá que desistir de su empeño. «Mas si el confesor entendiere va encaminando a alguna vanidad en lo que les dicen, todo lo tengan por sospechoso y en ninguna manera —aunque sean pláticas de oración ni de Dios — las tengan con él, sino con brevedad confesarse y concluir. Y yo mijor sería decir a la madre no se halla su alma bien con él y

mudarle. Miren que va mucho en ésto; que es cosa peligrosa y un infierno y daño para todas..., es el mayor daño que el demonio puede hacer a monesterios tan cerrados.» Esto es especialmente dañino en conventos en donde no se las permite sino un solo confesor. Y añade Teresa: «He visto en monesterios gran afición de esta parte —aunque no en el mío.»

«No dé el Señor a probar a naide este trabajo en esta casa, por quien él es, de verse ánima y cuerpo apretadas. U que si la perlada está bien con el confesor, que ni a él de élla, ni a élla de él no osan decir nada. Aquí viene la tentación de dejar de confesar pecados muy graves por miedo las cuitadas de no estar siempre en desasosiego. ¡Oh, válame Dios, qué de almas debe coger por aquí el demonio, y qué caro les cuesta el negro apretamiento y honra! Que porque no traten más de un confesor, piensan granjean gran cosa de relisión y gran honra del monesterio; y ordena por esta vía el demonio coger sus almas, como no puede ser otra. Si las tristes piden otro, luego va todo perdido el concierto de la relisión. O que si no es de su orden, aunque fuese un San Jerónimo luego hacen afrenta a la orden toda.»

«Alaba mucho, hijas, a Dios por esta libertad que tenéis, que —aunque no ha de ser para con muchos— podréis tratar con algunos, aunque no sean los ordinarios confesores, que os den luz para todo. Y esto pido yo por amor de Dios, a la que estuviera por mayor: procure siempre trabajar con quien tenga letras; y que traten sus monjas. Dios las libre por espíritu que no les parezca tenga y en hecho de verdad le tenga, regirse en todo por él, si no es letrado. Mientras más mercedes el Señor las hiciere en la oración, más han menester ir bien fundadas sus devociones y oraciones y sus obras todas.»

«Ya saben que la primera piedra ha de ser buena conciencia, y librarse con todas sus fuerzas de pecados veniales y siguir lo más perfecto. Parecerles ha que esto cualquier profesor lo sabe Pues engañanse mucho; que yo traté con uno que había oído todo el curso de teología, y me hizo harto daño en cosas que me hizo entender no eran malas. Y sé que no pretendió engañarme, que no tenía éste para qué, sino que no supo más.»

«Y este tener verdadera luz para guardar la ley de Dios y la perfeción, es todo nuestro bien. Sobre ésto asienta bien la oración. Sin este cimiento fuerte, todo el edificio va falso. Ansí que gente de espíritu y de letras han menester tratar.» Y luego pide a las futuras superioras y al obispo, quienquiera que sea, que permitan a las monjas tener más de un confesor, incluso si el único es bueno en todos los sentidos. Porque un hombre puede estar equivocado, y las almas distintas son aballadas por distintos caminos.

Una vez terminada la digresión, Teresa se adentra en una sublime disquisición acerca del verdadero amor, el amor espiritual, el amor que percibe la diferencia existente entre el Creador y sus criaturas. Luego escribe: «Podrá ser, hermanas mías, que os parezca ésto desatino mío y digáis que todas os sabéis ésto. Plega el Señor que sea ansí que lo sepáis de la manera que ello se ha de saber, imprimido en las entrañas, y que nunca un momento se os aparte de ellas. Pues si esto sabéis, veréis que no miento en decir que a quien llega aquí, tiene este amor.»

«Son estas personas que Dios las llega a este estado, a lo que a mí me parece, almas generosas, almas reales; no se contentan con amar cosa tan ruin como estos cuerpos, por hermosos que sean, por muchas gracias que tengan; bien que les aplace a la vista y alaban al que las crió. Mas para detenerse en

ellos más de primer movimiento, de manera digo que por estas cosas no los tengan amor, no». Tales almas no pueden permitir que las esclavice y las dirija un afecto, una nonada, una sombra, como ella decía. Cuando la gente quiere por amor de otros es siempre con una mira egoísta, por propio interés o placer, porque quieren que su amor les sea devuelto. ¿Y por qué cosa? «Cosa de paja y sin sustancia, que se lleva el viento», porque, cuando nos han querido grandemente, ¿qué es lo que nos queda? Las almas escogidas no se preocupan de que su amor les sea o no correspondido. Ciertamente, al amar a Dios aman también a los demás con un amor más intenso y más beneficioso. Al igual del mismo Dios, piensan más en dar que en recibir. Y éste es el verdadero amor y el más provechoso. Los otros, «aficiones bajas le tienen hurtado el nombre».

A tales almas les resulta del todo imposible amar a nadie que no tenga la virtud y el amor de Dios. «Digo que es imposible; aunque se muera por ellos y les haga todas las buenas obras que pueda y tenga todas las gracias de naturaleza juntas, no terná fuerza la voluntad. Porque es voluntad ya sabia, y tiene espiriencia de lo que es ya todo. No la echarán dado falso. Ve que no son para uno, y que es imposible cosa que dure amarse el uno al otro y teme que se acabará el gozarse con la vida (si el otro no le parece que guardando la ley de Dios) y que irán a diferentes partes.»

«Y este amor, que sólo acá dura, alma a quien Dios ha infundido verdadera sabiduría, no le estima en más de lo que él vale, ni en tanto.» Porque sólo podrá amar al alma terrenal para tratar de acercarla más a Cristo, capitán del amor.»

«Es cosa extraña qué apasionado amor es éste, qué de lágrimas cuesta, qué de penitencias, qué de oración, qué encomendar

a todos los que piensan ha de aprovechar. Un cuidado ordinario, un no traer contento. Pues si ve el alma de éste que ama va mejorando y torna algo atrás, no parece que ha de tener placer en su vida: ni come ni duerme, sino con este cuidado, siempre temerosa si siempre —que la muerte de acá no la tiene en dos maravedís, que no quiere asirse a cosa que en un soplo se va de entre las manos sin poder asirla. Es amor sin poco ni mucho de interese; todo su interese está en ver rica aquel alma de bienes del cielo.»

«En fin es amor que va pareciendo al que nos tuvo Cristo. Merece nombre de amor; no estos amorcitos desastrados valadíes de por acá; aún no digo en los malos, que éstos Dios nos libre.»

La afección terrenal —ésa de especie tal que hace que un alma sufra si la amiga tiene dolor de cabeza— es un infierno que no debe siquiera ser nombrado en el Carmelo. El verdadero amor piensa si una cruz pudiera resultar provechosa para nuestra amiga, y lo único que pide es que tenga paciencia para cargar con ella y sacar el necesario provecho de tal dolor. No podemos por menos de sentir su dolor y más bien quisiéramos soportarlo nosotros mismos (si tal mérito fuese posible transferírselo a la otra); mas la razón prevalece sobre la emoción. Semejante amor no procede nunca falsamente con su dispensable reconvención; ni puede halagar ni borrar las faltas, incluso «ven las motitas. ¡Oh, dichosas almas que son amadas de los tales! ¡Oh Señor mio! ¿No me haríedes merced que huviese muchas que ansí me amasen? Por cierto, Señor, de mejor gana lo procuraría que ser amada de todos los reyes y señores del mundo...».

Esto no obstante, no es cosa de impedir las amistades, siempre y cuando no sean amistades «particulares». Desde luego, la compañía de los buenos amigos de Dios es una excelente

manera de estar más cerca de Él. Y las monjas deben sentir simpatía por las debilidades y las pruebas de las otras sus hermanas. Las que sean fuertes deben compadecer a las que carezcan de fortaleza y no asombrarse de ello. Cuanta fortaleza ellas poseen es un don y les ha sido dado sin esfuerzo alguno por su parte. Lo mejor es justipreciarse a sí misma por los momentos de máxima debilidad; lo cual conviene particularmente a las almas valerosas que anhelan llevar una cruz y estiman en poca cosa sus propias molestias; que se acuerden de lo que sentían cuando eran débiles y piensen que su progreso no es obra suya —pues de otra suerte el demonio, que está siempre lo más alerta por las almas perfectas y emplea sus tentaciones más sutiles para tratar de atraparlas, al saber que las más fuertes de todas no llegarán a tener éxito, puede ir, poco a poco, enfriando su caridad—. Y la oración es el medio mejor de todos para desbaratar todos sus ardides y hacerles descubrirse. Una monja debe, sin duda alguna, ser cordial con sus hermanas, pero amistades particulares..., eso nunca. «Mijor será ésta que todas las ternuras que se puedan decir, que éstas no se usan en esta casa, ni se han de usar, tal como «mi vida», «mi alma», ni otras cosas de éstas, que a las unas llaman uno y a otras otro. Estas palabras regaladas déjenlas para el Señor, pues tantas veces al día han de estar con Él, y tan a solas algunas (que de todo se habrán menester aprovechar, pues su Majestad lo sufre) y muy usadas acá no enternecen tanto con el Señor. Y sin eso, no hay para qué. Es muy de mujeres, y no querría yo mis hermanas pareciesen en nada, sino varones fuertes. Que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor las hará tan varoniles que espanten a tos hombres. ¡Y qué fácil es a su Majestad, pues nos hizo de nonada!»

«La mejor manera de mostrar un verdadero amor por las hermanas es observar escrupulosamente la regla, ayudarlas en sus trabajos y alegrarse y dar gracias a Dios por sus progresos espirituales. Si alguna de ellas se ofende por una «palabrilla de presto», debe en seguida ponérsela remedio y hacer grande oración; que no haya ofensas por cosas de puntillos, que tantas veces causaron derramamiento de sangre entre los caballeros de Castilla. Parece se me yela la sangre como dicen cuando escribo esto, porque veo es el principal mal de los monesterios, Si ello llegara a ocurrir en San José «dense por perdidas. Sepan que han echado al Señor de casa. Clamen a su Majestad. Procuren remedio. Porque si no le pone confesar y comulgar tan a menudo, teman que hay algún Judas.»

«Mire mucho la perlada, por amor de Dios, en atajar presto esto; y cuando no bastare con amor, sean graves castigos. Si una lo alborota, procuren se vaya a otro monesterio, que Dios las remediarán con que la doten. Echen de si esta pestilencia.» Que se corten las ramas mientras sea aún tiempo, y, si ello no bastara, que se arranquen de cuajo las raíces. Si no hay medio alguno capaz de atajarlo, que se encierre a la monja recalcitrante. «Mucho más vale que no pegar a todas tan incurable pestilencia. ¡Oh, que es gran mal! Dios nos libre de monesterio adonde entra. Cierto yo más querría que entrase un fuego que las abrasase a todas.»

2. DESASIMIENTO. — Como el amor, éste debe ser perfecto. El perfecto desasimiento incluye todo, «en esto está el todo», dice Teresa; y pide a cada una de las novicias que sientan que carecen de la fortaleza precisa para aceptar esto con todo lo que supone, que lo diga antes de profesar y que se marche a otra parte, ya que «otros monesterios hay a donde por ventura se sirve mijor al

Señor…» De suerte que la aludida no turbe «a estas poquitas que aquí su Majestad ha juntado para su servicio».

A los parientes se les autorizaba a visitar San José por su propio deseo, no por el de las monjas. Que la hermana llegue a considerarse imperfecta, no desasida, enferma, no verdaderamente libre en espíritu y necesitada de un médico si no se cansa de sus deudos en la segunda visita. La única cura para ella es la de no volver a verles, a menos que, a fuerza de oraciones, haya adquirido la gracia de sentirse del todo desligada de ellos, de tener que soportarlos como una cruz; en tal caso podrá verles, con toda seguridad, de vez en cuando, por el propio bien de ellos. Mientras se sienta profundamente afectada por sus contrariedades y se regocije con sus éxitos, puede estar segura de que se perjudica a sí misma y no les hace bien alguno. Así, escribió: «En esta casa, hija mía, mucho cuidado de encomendarlo a Dios (después de lo dicho que toca a su Ilesia) que es razón. En lo demás, apartarlos de la memoria lo más que podamos.»

«Yo he sido querida mucho de ellos, a lo que decían. Y tengo por espiriencia de mí y en otras que —dejado padres que por maravilla dejan de hallarlos los hijos, y es razón con ellos cuando tuvieren necesidad de consuelo, si viéremos no nos daña el alma, no seamos estraños, que con desasimiento se puede hacer— en los demás, aunque me he visto en trabajos, mis deudos han sido; y quien me ha ayudado en ellos, los siervos de Dios.»

«Creé, amigas, que sirviéndole vosotras como debéis, que no hallaréis mijores amigos que los que su Majestad os enviare. Y puestas en ésto —como aquí lo vais viendo que en hacer otra cosa faltáis al verdadero amigo Cristo— muy en breve ganaréis esta libertad. Quien os dijere que lo demás es virtud, no lo creáis.»

Teresa desarrolló todavía más la idea de este pasaje al copiar el manuscrito, diciendo: «... De los que por sólo Él os quisieren podéis fiar más que de todos vuestros deudos, y que no os faltarán y en quien no pensáis hallaréis padres y hermanos; porque, como éstos pretenden la paga de Dios, hacen por nosotras. Los que la pretenden de nosotras, como nos ven pobres y que nada les podemos aprovechar, cánsense pronto. Y aunque esto no sea general, os lo más usado ahora en el mundo, porque en fin es mundo.» Si una mujer puede alcanzar el desasimiento de sus parientes únicamente de esta manera, debe ir a otra parte; sin embargo, a juicio de Teresa, el desasimiento no es tanto una cuestión de separación de cuerpos, «sino en que determinadamente se abrece el alma con el buen Jesús, señor nuestro.»

Mas no basta tal desasimiento de parientes y deudos; debemos así también desasirnos de nosotras mismas, porque de otra suerte se es como quien cierra bien la puerta por miedo a los ladrones y los deja en la casa. «¿Y no habéis oído que es el peor ladrón el que está dentro de casa?» El amor de sí misma tiene que ser por completo subordinado si de veras se quiere lograr la libertad de espíritu. Para alcanzar la cual sugiere Teresa varios procedimientos: 1. Acordarse constantemente de la vanidad de todas las cosas y de lo pronto que pasan. 2. Si nos apegamos a algo, por pequeño que pueda ser, apartar el pensamiento de ello para ponerlo en Dios, que prestará su ayuda con esa verdadera humildad que es la verdadera hermana del desasimiento, y, así, escribe: «Quien las tuviera y pelear con todo el infierno junto, y contra todo el mundo y sus ocasiones, y *contra la carne»*. Por fin, 3. Debemos combatir ese amor a nuestros propios cuerpos. Esto no es cosa fácil, dado que algunas son muy «regaladas de su

natural» y otras están pensando constantemente en su salud. Y exclama: «Determinaos, mis hijas, que venís a morir por Cristo y no a regalaros por Cristo.»

El demonio sugiere a las monjas que se cuiden, aunque no sea nada más que para poder observar la regla, y el resultado de ello es que algunas mueren sin haber llegado a observarla del todo ni un mes solamente o, acaso, ni un solo día. No deben temer ser indiscretas al negarse a sí mismas, cosa de que sus confesores cuidarán, ya que algunos «piensan nos han de matar las penitencias». Las peores pecadoras son las que van de un extremo al otro, que se dejan llevar de «un frenesí de hacer penitencias, sin camino ni concierto, que duran dos días, después de los cuales el demonio les pone en la imaginación que las hace daño, y luego la abandonan por completo y ni siquiera cumplen con lo que manda la Orden, como el silencio que nos ha de hacer mal, y no nos ha venido la imaginación de que nos duele la cabeza, cuando dejamos de ir al coro —que tampoco nos mata— un día porque nos ha dolido, y otros tres porque no nos duela.»

La priora se ve con frecuencia a la merced de una monja que pide se la dispense del cumplimiento de la regla, especialmente cuando algún médico apoya su petición y hay alguien de la familia o un amigo que anda por allí cerca llorando, y en tales casos hasta la priora tiene, al verlo, escrúpulos de poder faltar a la caridad. «¡Oh, este quejar, válame Dios, entre monjas —que Él me perdone — que temo es ya costumbre! A mí me acaeció una vez que la tenía una de quejarse de la cabeza, y quejábaseme mucho de ella. Venido a averiguar, poco ni mucho le dolía, sino en otra parte tenía algún dolor».

Es, en verdad, una gran imperfección el estar siempre quejándose de dolores insignificantes. La verdadera enfermedad, por supuesto, es ya otra cosa. En tal caso que se diga y se tomen los remedios necesarios. En donde quiera que haya verdadera oración y caridad las monjas echarán de ver las enfermedades de las otras e insistirán en que se cuiden. Pero esas pequeñas dolencias de que suelen sufrir las mujeres no son con frecuencia más que fantasías suscitadas por el demonio, que se van como vienen y que tendrán fin hasta que se termine de una vez de hablar de ellas. Y esta costumbre conduce al relajamiento de los monasterios. «Adonde hay oración y caridad y tan pocas que os veréis unas a otras la necesidad, que no falte el regalo. Mas unos malecillos y flaquezas de ellas, que a las veces pone el demonio imaginación de esos dolores... Este cuerpo tiene una falta, que mientras más le regalan, más necesidades se descubren. Es cosa extraña lo que quiere ser regalado. ¡Cómo tiene aquí algún buen color de engañar a la pobre alma!... Acordaos qué de enfermos pobres habrá que no tengan aún a quien se quejar. Pues pobres y regaladas, no lleva camino.»

«Acordaos también de muchas casadas. Yo sé que las hay —y personas de suerte— que con graves males, por no dar enfado a sus maridos, no se osan quejar, y con graves trabajos. Pues, ¡pecadora de mí!, sí, que no venimos aquí a ser más regaladas que ellas. ¡Oh, que estáis libres de grandes trabajos del mundo! Sabé sufrir un poquito por amor de Dios sin que lo sepan todos.»

«Mas, ¿qué fuera si esto hubiera de verse fuera de esta casa? ¿Cuál me pararán todos los monesterios?,

«Corno es para solas mis hijas, todo puede pasar. Y acordaos de nuestros padres santos pasados y santos ermitaños, cuya vida

pretendemos imitar; qué pasarían de dolores y qué a solas, qué de fríos, qué hambre, qué de soles sin tener a quien se quejar sino a Dios. ¿Pensáis que eran de yerro? Pues tan de carne eran como nosotras.»

«Y en comenzado, hijas, a vencer este corpezuelo no os cansará tanto... Si no os determináis a tragar de una vez la muerte y la falta de salud nunca haréis nada. Procura de no temerla y dejaros toda en Dios, y venga lo que viniere.»

El desasimiento no puede ser completo sino la mortificación exterior: ayuno, trabajo, silencio, clausura y todo lo demás; a más de lo cual debe, asimismo, haber la mortificación interior, a lo que llama Teresa «la vida nonada», la vida que ni siquiera requiere los goces insignificantes, la posterior subordinación del cuerpo al espíritu.

«Paréceme a mí que quien de veras comienza a servir a Dios, lo menos que le puede ofrecer —después de dada la voluntad- es la vida nonada. Claro está que ni es verdadero relisioso, u ha verdadero orador y pretende gozar regalos de Dios, que no ha de volver las espaldas a desear morir por Él y pasar martirio; pues, ¿ya no sabéis, hermanas, que la vida del verdadero relisioso, u del que quiere ser de los allegados amigos de Dios, es un largo martirio? Largo, porque comparado a si de presto le degollaran, puédese llamar largo. Mas es corta la vida, y algunas cortísimas. En fin, todo lo que tiene fin no hay que hacer caso de ello, y de la vida mucho menos, pues no hay día siguro. Y pensando que cada día es el postrero, ¿quién no le trabajaría si pensase no ha de vivir más que aquél?»

Una buena monja debe aprender a contrariar su propia voluntad en todo, incluso en asuntos de la menor importancia. Puede

que al principio no lo consiga, pero poco a poco, con ayuda de la oración, puede lograrlo. Todos los deseos de posesione y honores y preferencias, por pequeños que sean, deben ser dominados. Y 'escribe: «Dios nos libre, por su pasión, en decir si *soy más antigua, ni he más años, si he trabajado más, si tratan a la otra mijor*. Estos primeros movimientos es menester atajarlos con presteza... En habiendo perlada que poco ni mucho consienta nada de esto, crean por sus pecados ha primitido Dios dársela para comenzarse a perder». Sin embargo de todo ello, no cree Teresa que el demonio se entretenga largo tiempo en atormentar un corazón verdaderamente humilde. Si una monja se ve, pues, de tal guisa perturbada, que se lo diga a la priora y pida la dé a hacer «oficio muy bajo» o que se ocupe por sí misma en algo que acabará por quebrantar su voluntad.

«Dios nos libre, de persona que le quiere servir, acordarse de honra ni temer deshonra... Ansí no hay tóxico en el mundo que ansí mate como estas cosas la perfeción.»

«Diréis *que son cosillas que no son nada, que no hay que hacer caso de ellas*. No os burléis con eso, que crece como espuma en los monesterios, y no hay cosa pequeña en tan notable peligro. ¿Sabéis por qué? Porque por ventura en vos comienza por poco, y no es casi nada; y luego mueve el demonio a que al otro le parezca mucho, y aun pensará es caridad deciros que *cómo consentir aquel agravio; que Dios os dé paciencia; que lo ofrezcáis a Dios; que no sufriera más un santo*. Pone un caramillo [engaño, truco] en la lengua de la otra que, ya que no podéis menos de sufrir os hace aun tentar de vanagloria diciendo es mucho.»

«¿Y es esta nuestra naturaleza tan negra y flaca, que aún quitándonos la ocasión con decir no es nada, lo sentimos, cuantimás

viendo lo sienten por nosotros? Hácenos creer la pena pensar que tenemos razón, y pierde el alma todas las ocasiones que había tenido para merecer, y queda más flaca para que otro día venga el demonio con otra cosa peor. Y aun acaece hartas veces, que aunque vos no queráis sentirlo os dice que si sois bestia, que bien es que se sientan las cosas.»

Termina Teresa este pasaje, exclamando, «¡ir que si hay alguna amiga!». Lo que amplía luego, al copiar el manuscrito, añadiendo: «¡Oh, por amor de Dios, hermanas, que miréis mucho en ésto! A ninguna le mueva indiscreta caridad para mostrar lástima de la otra en cosa que toque a estos fingidos agravios; que es como la que tuvieron los amigos de Job con él y su mujer».

«Muchas veces os lo digo, y ahora lo escribo aquí, que en esta casa, ni en toda persona perfeta, huya mil leguas, *razón tuve, hiciéronme sin razón, no tuvo razón la hermana*... De malas razones nos libre Dios. ¿Parece había tenido razón para que sufriese Cristo nuestro bien tantas injurias y se las dijesen, y tantas sinrazones? La que no quisiere llevar cruz, sino la que le dieren muy puesta en razón, no sé yo para qué está en el monesterio. Tórnese al mundo adonde aun no le guardarán esas razones. ¿Por ventura podéis pasar tanto que no debáis más? ¿Qué razón es ésta?, por cierto yo no lo entiendo.»

«Cuando os hicieren alguna honra u regalo u buen tratamiento, sacá vos esas razones; que cierto es contra razón nos le hagan en esta vida. Mas cuando agravios —que ansí los nombran sin hacernos agravio— yo no sé qué hay que hablar. Ú somos esposas de tan gran rey u no. Si lo somos, ¿qué mujer honrada hay que no sienta en el alma la deshonra que hacen a su esposo? Y aunque no la quiera sentir, en fin, de honra u deshonra

participan entramos. Pues querer participar del reino de nuestro esposo, y ser compañeras con él en el gozar, y en las deshonras y trabajos quedar sin ninguna parte, es disbarate...»

«¡Oh, qué grandísima caridad haría y qué gran servicio a Dios, la monja que se viese que no puede llevar las perfeciones y costumbres que hay en esta casa, conocerse y irse y dejar a las otras en paz...! Y aun en todos los monesterios (al menos si me creen a mí), no la ternán ni darán profesión hasta que de muchos años esté probado a ver si se enmiendan.»

«No llamo faltas en la penitencia y ayunos; porque, aunque lo es, no son cosas que hacen tanto daño. Mas unas condiciones que hay de suyo amigas de ser estimadas y tenidas y mirar las faltas ajenas y nunca conocer las suyas —y otras cosas semejantes, que verdaderamente nacen de poca humildad— si Dios no favorece con darla gran espíritu, hasta de muchos años ver la enmienda, os libre Dios de que quede en vuestra compañía. Entended que ni ella sosegará ni os dejará sosegar a todas». La primitiva regla había establecido un año de noviciado. La madre Teresa lo prolongó hasta, a veces, cuatro años (como, por ejemplo, en el caso de la hermana María de San José, hermana de su capellán, Julián de Ávila). Incluso si se alargara hasta los diez años, la monja verdaderamente humilde no podía —según ella decía— quejarse, sabiendo que, si era digna, no la rechazarían; y, si no lo era, «¿para qué quiere hacer daño a este colesio de Cristo?». Y aconsejaba a sus hijas que averiguasen los motivos por los que querían entrar otras. No se debía permitir a cualquiera venir únicamente con la idea de encontrar allí un hogar —aunque tal falta debía pasarse por alto si la candidata era de buen entendimiento; si no era así, no se debía por ningún concepto aceptarla. Dios

protegería a la priora contra el error a menos que ella se dejase influir por el respeto humano o por la mera etiqueta.

Durante unos días se interrumpió Teresa en un punto y luego resumió su pensamiento como sigue:

«¡Mas qué desconcertado escribo!, bien como quien no sabe qué hace. Vosotras tenéis la culpa, hermanas, pues me lo mandáis. Leedlo como pudierdes, que ansí lo escribo yo como puedo. Y si no, quemadlo por mal que va. Quiérese asiento; y yo tengo tan poco lugar, como veis, que se pasan ocho días que no escribo; y ansí se me olvida lo que he dicho, y aun lo que iba a decir. Que ahora será mal de mí y rogaros que no le hagáis vosotras en esto que acabo de hacer, que es disculparme. Que veo ser una costumbre perfetísima y de gran edificación y mérito; y aunque os la enseño muchas veces, y por la bondad de Dios lo hacéis, nunca su Majestad me la ha dado. Plega él antes que me muera me la dé».

Con un comienzo tan cauteloso prosigue luego para advertirlas contra el hecho de encontrarse a sí mismas excusas, a menos que en ellas no vayan envueltos el escándalo o el pecado al no decir la verdad. Una persona verdaderamente humilde tendría una verdadera alegría de sentirse despreciada, perseguida e incomprendida y condenada aun cuando fuera sin justa causa, ya que esa sería la mejor manera de seguir a Cristo, que, siendo inocente, soportó en silencio toda clase de injurias. Sin semejante práctica en la humildad, es de todo punto imposible alcanzar la cumbre de la perfección. Si no somos culpables de ninguna falta especial de que se nos acuse, no cabe duda de que lo seremos de otras, y podemos aceptar la censura en conformidad por ellas. Poco a poco puede una ir de tal suerte conquistando tal libertad de

espíritu que llegue incluso a oír hablar mal de sí misma sin que se le importe más que si se tratase de una tercera persona.

Todo lo que a tal respecto escribió lo hizo, como ella dice, como el que dispone las piezas en un tablero de ajedrez, y ahora comienzo el verdadero juego. Y parece querer excusarse, escribiendo:

«Ansí me habéis de reprender porque hablo en cosa de juego, no le habiendo en esta casa ni habiéndole de haber. Aquí veréis la madre que os dio Dios, que hasta esta vanidad sabía. Mas dicen que es lícito algunas veces.» Su juego consiste en darle jaque mate a un rey divino, y la reina que más pronto pudiera hacerlo es la humildad.

Una vez de tal modo dispuestos los peones en el tablero, Teresa se dedica en los capítulos siguientes a exponer el verdadero tema del libro, que es el de la contemplación. Que no vaya a confundírsela con la meditación ([45]). La meditación es tan sólo un paso, con el que todo buen cristiano debe comenzar; pero la contemplación es cosa bien distinta. La oración mental es

---

[45] Acaso Teresa pensara, al escribir esto, en la meditación de San Ignacio, a la que, en sus Ejercicios Espirituales, llama él "contemplación", mas no en el sentido en que ella emplea tal término. San Ignacio parece emplear indistintamente los términos *meditar* y *contemplar*. En su segunda anotación preliminar habla de "la persona que da a otro modo y orden para meditar o contemplar". El padre Joseph Rickaby, S. J., explica que "meditamos una verdad; contemplamos una escena de la vida de nuestro Señor". "San Ignacio usaba le palabra contemplación en otro sentido que San Juan de la Cruz y otros escritores místicos —dice el padre Rickaby. La contemplación ignaciana no es una forma de oración más elevada; es lo que llamaría un artista un estudio de una escena de la vida de Nuestro Señor. A tal contemplación podríamos llamarla ano *mente pintando*."

necesaria para la verdadera contemplación, lo cual exige que se luche por la consecución de las más eminentes virtudes. A veces Dios concede grandes favores a individuos cuyas almas están en peligro (al decirlo, no piensa ella en la gente que se halla en estado de pecado mortal) e incluso las favorece con visiones, pero no puede pensarse que Él las eleva hasta el punto de concederles la contemplación, «porque es aquella unión divina, adonde el Señor se regala con el alma y el alma con él, no lleva camino alma sucia deleitarse con ella la limpieza de los cielos..., ¡y el regalo de los ángeles regalarse con cosa que no sea suya!»

Sin embargo, Dios ve que puede atraer a ciertas almas aunque sean imperfectas, y para ello concede a veces el don de la contemplación, si bien rara vez y por corto tiempo. Así, pues, ellas deben prepararse para gozar de él con más frecuencia, pues muchos son los llamados, mas pocos los escogidos, a la contemplación. Aquellos a quienes no se permite la oración mental son los siervos de Su viña; pero los que son sus hijos amados, a los que sienta con Él a su mesa, a los que alimenta, «hasta quitar el bocado de la boca para dársele», éstos están seguros en sus brazos. ¿Qué importa, pues, que el mundo los veje y los insulte? Él no permitiría que se hablase contra ellos si no fuese para mayor bien. ¿Por qué habrán los cristianos de mirar a otra parte que a Cristo, que es el Camino? No es verdaderamente cristiano el sentirse herido sobre un pequeño punto de honor. «Dios nos libre, hermanas, cuando algo hiciéremos no perfecto, decir: *no somos ángeles, no somos santos*. Mirá que, aunque no lo somos, es gran

bien pensar, si nos esforzamos, Dios nos dará la mano para serlo. Esta presunción querría yo en esta casa, que hace crecer la humildad. Siempre estar con ánimo; que Dios le da a los fuertes —y no es acetador de personas— y os le dará a vosotras y a mí.»

Como ya se ha visto, no precisan ser contemplativas. La que logra la perfección sin ello puede tener mayor mérito, ya que ha de trabajar mucho más duramente, y el Señor la trata como a una mujer valerosa y la reserva para después todo lo que ella no disfruta en esta vida. Que tenga valor y siga con su oración mental. Una vieja monja amiga de La Madre no podía negar nunca a la oración mental, y lo más que podía era hacer una breve pausa entre el Ave María y el Padre Nuestro al rezar el rosario. Hasta cierto punto, tales almas son las más seguras, dado que no se puede decir si los goces espirituales provienen de Dios o del demonio. Si no son divinos, constituyen una trampa peligrosa de Satanás para incitar a la soberbia. Ni tampoco está en la mano de ninguna el escoger entre ser una María o una Marta. Y escribe: «Dejad hacer al Señor de la casa: Sabio es, poderoso, entiende lo que os conviene y lo que a él también.» Es buena cosa que no dependa la decisión de nosotras mismas, y añade que todas deberían ser contemplativas y que no debería haber allí Martas.

Rara vez, si es que acaso alguna, se otorga la contemplación sin sufrimiento. Y si una contemplativa no es valerosa por temperamento, lo primero que el Señor la proporciona es el valor. «Yo sé claro que son intolerables los trabajos que Dios da a los contemplativos. Y son de tal arte, que si no les diese aquel manjar de gusto, no se podrían sufrir.» A sus favoritas da Él las cruces más pesadas. Su camino es tan duro y accidentado que ellas se imaginan a veces que han perdido la senda y tienen que volver atrás para empezar de nuevo. Y he aquí que entonces Él debe refrescarlas, y las da vino, porque el agua no basta, y, embriagadas con tal bebida, olvidan sus sufrimientos. Debemos, pues, ser como buenos soldados, no como mercenarios. Las contemplativas son las portaestandartes; no luchan, pero están expuestas al peligro lo

mismo que los que sostienen y deben mantener en alto la bandera, aunque tengan que dejarse hacer pedazos, como llevó Cristo la cruz.

«Personas hay que por justicia parece quieren pedir a Dios regalos; ¡donosa manera de humildad! Por eso hace bien el conocedor de todos, que por maravilla lo da a éstos. Ve claro que no son para beber el cáliz.» La mejor señal de progreso no es el arrobamiento, ni el éxtasis, ni la suavidad en la oración —el verdadero valor de los cuales sólo será conocido en la otra vida—, sino el creerse uno el más malo de todos; «estotro es moneda que se corre; es renta que no falta; son juros perpetuos». Y repite que la obediencia es de todo punto esencial; que sin ella a nadie le es dado alcanzar la contemplación, ni siquiera triunfar en la vida religiosa activa. Para estar segura, debe una tener un confesor de experiencia y someterle por completo la propia voluntad.

La oración mental es el agua viva del deleite contemplativo; y, al hablar de ello, Teresa vuelve otra vez a la figura que tanto le agradaba en su juventud. Cuando una la prueba, se le apaga por completo toda la sed de las cosas de este mundo, y su anhelo por la otra vida es más fuerte que toda sed natural. En esta vida, el agua refresca, limpia y sacia la sed; pero el agua que Dios da libera al bebedor de la esclavitud a las cosas materiales, lava todos sus pecados, y le proporciona el dominio sobre el mundo y sus elementos; así, el aire y el fuego obedecieron a San Martín; los pájaros y los peces estaban sometidos a San Francisco. Y, a diferencia del agua terrenal, que apaga la sed, esta copa divina acrece cada vez más el deseo sobrenatural hasta que la naturaleza no puede seguir soportándolo.

Con un instinto casi profético en cuanto a ella misma se refería, Teresa escribió: «Ansí ha habido personas que han muerto; y yo sé de una que (si no la socorriera Dios presto con este agua vida en grandísima abundancia con arrobamientos) tenía tan grande esta sed, iba en tanto crecimiento su deseo, que entendía claro era muy posible —si no la remediaran— morir de sed.»

Al no tener Dios imperfección ninguna, no da nunca tal agua con exceso. Siempre es malo querer demasiada, y Teresa aconseja que quien tuviere un amor exagerado de ella, haya cuidado de no dejarse tentar más de lo razonable, a fin de que no se perjudique su salud. Es incluso cosa sabia el saber moderar los propios anhelos, ya que el demonio puede desempeñar una parte importante en tales deseos vehementes que parecen arrastrar incluso a algunos hombres contemplativos. Las inspiraciones de lo alto traen siempre consigo prudencia, luz y moderación.

No hay absolutamente nada vago o disparatado en el misticismo de Santa Teresa. Si puede decirse que camina con su cabeza a la altura de las estrellas, sus pies están siempre sólidamente asentados en la tierra, y vuelve constantemente a los primeros principios, a lo concreto y lo factible, lo real y visible. De tal suerte, antes de conducir a sus hijas a la oración mental, que puede abrir a sus ojos panoramas infinitos de contemplación, ella dirige su atención hacia algo que tiene una gran similitud con la meditación ignaciana. Tienen, pues, que tener a Cristo cerca de ellas, que mirarle y verle tal como era y como es, que Él sabrá acomodarse a la manera de ellas, pidiéndoles tan sólo amor. Si se sienten felices, que piensen en la Resurrección, y si están tristes o se sienten agobiadas por las pruebas, que piensen en Él, camino de Getsemaní. O «miradle en la coluna, lleno de dolores, todas sus

carnes hechas pedazos —por lo mucho que os ama—, perseguido de unos, escupido de otros, negado de otros..., sin amigos, sin nadie que vuelva por él, helado de frío, puesto en tanta soledad, que uno con otro os podéis consolar... O miradle en el huerto, u en la cruz..., u cargado con ella —que aun no le dejan hartar de huelgo—; miraros ha Él con unos ojos tan hermosos y piadosos llenos, y olvidará sus dolores por consolar los vuestros... ¡Oh, Señor del mundo y verdadero esposo mío! Si es ansí, Señor, que todo lo queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso?, ¿de qué me quejo?... Juntos andamos, Señor; por donde fuistes, tengo de ir; por donde pasardes, he de pasar.»

«Toma, hija, de aquella cruz. No se os dé nada que os tropellen los judíos; no hagáis caso de lo que os dijeren; haceos sorda a las mormuraciones. Tropezando, cayendo con vuestro esposo, no os apartéis de mi †.»

En firme posesión del hecho central, del hecho crucial de la historia del mundo, la mística cristiana, hela aquí desde tal momento lista a emprender el camino hacia esa agua viva por su Señor prometida. Que no haga ya más caso de los que la previenen contra los riesgos diciendo: «Hay peligros. Ésta se perdió por eso. La otra, que se dio a la oración mental, sucumbió. Dañan a la virtud. No es cosa de mujeres, pues las da ilusiones; es mejor que se pongan a hilar; no precisan tales hermosuras, les basta con el Padre Nuestro y el Ave María.»

Y Teresa se encara decididamente con estas asechanzas diciendo que, en efecto, el Padre Nuestro y el Ave María son bastantes, desde luego. Las monjas hacen bien en fundar su oración en la que salió de los labios de Cristo. Hay, sin embargo, algunas precauciones preliminares que se deben tomar.

Ante todo hay que pensar en Aquel a quien se habla, en lo infinitamente grande y, al propio tiempo, lo humilde y bueno que es. Nos damos gran pena para recordar quiénes son los grandes de este mundo cuando a ellos nos acercamos, quiénes son sus padres, cuánta renta tienen, cuáles son sus títulos, mientras que «acá no se hace cuenta de las personas, por mucho que merezcan, sino de las haciendas».

«¡Oh miserable mundo! Alabad mucho a Dios, hijas, que habéis dejado cosa tan ruin adonde no hacen caso de lo que ellos en sí tienen, sino de lo que tienen sus renteros y vasallos. Cosa donosa es ésta para que holguéis en la hora de la recreación; que éste es buen pasatiempo: entender en qué ciegamente pasan su tiempo los del mundo.»

«¡Oh, rey de la gloria, señor de los señores, emperador de los emperadores, santo de los santos, poder sobre todos los poderes, saber sobre todos los saberes! La mesma sabiduría, sois, señor; la mesma verdad, la mesma riqueza. No dejaréis para siempre de reinar».

Teresa colma el vacío existente entre la oración mental y la vocal, que tanto ha preocupado a los muchos principiantes, diciendo que, en efecto, si se entienden debidamente ambos términos, se ve que es una sola y misma cosa. Cuando se dice debidamente la oración vocal —con perfecto entendimiento de lo que se hace y con toda sinceridad—, lo cual se consigue mejor en la soledad, se convierte en oración mental. ¿Qué es, pues, la oración mental? Y Teresa lo define: «Pensar y entender qué hablamos y con quién hablamos y quién somos los que osamos hablar con tan gran Señor. Pensar ésto y otras cosas semejantes, de lo poco que le hemos servido y lo mucho que estamos obligados a servir, es

oración mental. No penséis que es otra algarabía ni os espante el nombre. Rezar el paternoster, u lo que quisierdes, es oración vocal. Pues mirá qué mala música hará sin lo primero. Aun las palabras no llevarán concierto todas veces».

De tal suerte, está en nuestra propia voluntad y determinación convertir toda nuestra oración vocal en oración mental. Desde luego, la contemplación es cosa bien distinta; es don, como ella repite, que ni siquiera se debe pedir. «Será posible que rezando el paternoster os ponga Dios en contemplación perfeta si le rezáis bien. Que por estas vías muestra que oye al que le habla, y le habla su Majestad: suspendiéndole el entendimiento y atajándole el pensamiento y tomándole —como dicen— la palabra de la boca; que aunque quiere no puede hablar sino es con mucha pena. Entiende que sin ruido de palabras obra en su alma su maestro; y que no obran las potencias de élla, que ella entienda. Esto es contemplación perfeta.»

Concluye el libro con una bella, dilatada e inspiradamente brillante meditación sobre cómo decir la Oración del Señor, que es el punto culminante de esta obra tan sugestiva. Intentó aplicar el mismo método al Ave María, pero no se le permitió hacerlo, y hubo de consolarse con la idea de que quien pudiera decir el uno podría decir la otra por el mismo procedimiento. Cada una de las frases de la divina oración proporciona el tema para un capítulo distinto, por lo que, como es de suponer, podía haber escrito, a juicio suyo, un libro bien largo sobre tal asunto sin siquiera comenzar a agotar el tema. La mayor parte de lo más de tal obra hace imposibles la citación y la apostilla fragmentarias; y no teniendo espacio para darlo por completo, para los lectores de idioma inglés hay que referirse a la traducción de la Abadía de Stanbrook, debiendo el

autor de este libro contentarse con hacer mención de algún que otro párrafo escogido, como, por ejemplo, el que sigue, referente a la distinción:

«Anda el mundo tal, que si el padre es más bajo del estado en que está el hijo, en dos palabras no le conocerá por padre.»

«Esto no viene aquí; porque en esta casa nunca, plega a Dios, haya acuerdo de cosas déstas —sería infierno—; sino que la que fuere más, tome menos su padre en la boca. Todas han de ser iguales.»

«¡Oh, colesio de Cristo! que tenía más mando San Pedro, con ser un pescador —y lo quiso así el Señor—, que San Bartolomé, que era hijo de rey. Sabía su Majestad lo que había de pasar sobre cuál era de mijor tierra —que no es otra cosa, sino debatir si será para lodo buena u para adobes—. ¡Oh, válame Dios, qué gran ceguedad!»

«Dios os libre, hermanas, de semejantes pláticas, aunque sea en burlas; que espero en su Majestad si hará. Y cuando algo de ésto en alguna hubiera, no la consintáis en casa; que es Judas entre los apóstoles... Buen padre os da el buen Jesús. No se conozca aquí otro padre para tratar de él…»

De nuevo pide a las monjas que se den cuenta de la importancia de las palabras: «hágase tu voluntad», y añade: «Cuando pienso en ésto, gusto de los que dicen no es bien pedir trabajos a el Señor, que es poca humildad.»

«Y he topado a algunos tan pusilánimes, que aun sin este amparo de humildad, no tienen corazón para pedírselos; que piensan luego se los ha de dar.»

«Querría preguntarles si entienden esta voluntad que suplican al Señor la cumpla su Majestad en éllos, u es que la dicen por decir

lo que todos mas no para hacerlo. Esto, hijas, sería mucho mal. Mira que parece nuestro buen Jesús nuestro embajador, y que ha querido entrevenir entre nosotros y su padre, y no a poca costa suya. Y no sería razón que lo que promete u ofrece por nosotros, dejásemos de hacerlo de verdad.»

«Ahora quiérolo llevar por el cabo. Mirá, hermanas, tomá mi parecer. Ello ha de ser —que queráis u no— que se ha de hacer su voluntad en el cielo y en la tierra. Creéme, y hace de la necesidad virtud.»

Dios nos ama y no nos proporcionará jamás trabajos sin darnos, al propio tiempo, el amor y la fortaleza para sobrellevarlos. Y escribe: «Ansí quiero entendáis con quién lo habéis —como dicen — y lo que ofrece por vos el buen Jesús al padre y lo que le dáis vos cuando decís que se cumpla su voluntad en vos —que no es otra cosa.»

«Pues no hayáis miedo que sea su voluntad daros riqueza ni deleites ni grandes honras ni todas estas cosas de acá. No os quiere tampoco y tiene en mucho lo que le dáis y quiéroslo pagar bien, pues os da su reino aun en vida, como dicen.»

«¿Queréis ver cómo se ha con las que de veras le dicen ésto?»

«Preguntadlo a su hijo glorioso, que se lo dijo cuando la oración del huerto. Como fue dicho con verdad y de toda voluntad, mirá si la cumplió bien en lo que le dio de dolores y trabajos y injurias y persecuciones —en fin, hasta que se le acabó la vida con muerte de cruz.»

# CAPÍTULO XIX

## TEN CONFIANZA, YO HE CONQUISTADO EL MUNDO

Cuando Teresa terminó su *Camino de Perfección* a comienzos del año 1567 y se lo envió al padre Báñez al convento de los dominicos, tenía ya cincuenta y dos años de edad, si bien parecía mucho más joven. Al ser su salud lo que era, no podía esperar en este mundo mucho más (de tal ingenua manera suelen ver los santos lo futuro), que el tiempo necesario para enseñar a sus hijas el modo de traducir en hechos de armonía y disciplina lo que ella les había enseñado por medio de sus escritos. Con tal propósito, se convirtió en maestra de sus novicias. No hará falta decir que fue una de las que mayor éxito han alcanzado en la historia total del ascetismo.

El padre Ribera, al analizar este admirable resultado, atribula su secreto al amor; pues ella las amaba tanto que las otras le devolvían tal amor cumplidamente. Su amor era como el amor de Dios, el cual no sólo considera el momento presente, sino también la eternidad. Hubo de pasar por grandes adversidades para procurarlas todo lo necesario para la salud y el bienestar, y sobre todo se preocupaba grandemente de que las enfermas no careciesen de nada. Quería que fueran todas alegres, como lo era ella. (¿No había incluso llegado a aconsejarles en su *Camino de Perfección* que fueran afables con todo el mundo a fin de que se llegara a estimar debidamente la vocación religiosa?) Cuando tenía que reprender a alguna de sus monjas, lo hacía tan severa e imperso-

nalmente que la culpable no podía en absoluto sentir el menor enojo, sino tan sólo gratitud y pesadumbre. Algunas faltas pequeñas solía pasarlas por alto, otras las reprendía severamente, de acuerdo con la disposición de ánimo de la recriminada. Cuando se la preguntó por qué se mostraba a veces rigurosa con una monja que era tan buena y la tenía tanto afecto, contestó que lo comprendía todo, pero que, en ocasiones, la naturaleza de la mujer exigía tales tratamientos. Por lo general, era tolerante con las humildes y las obedientes, pero muy rigurosa con las de espíritu rebelde. Una vez que había regañado a alguna, se le ponla el «semblante alegre y apacible» si veía que la otra lo había tomado de buena manera (1).

Al igual de otros santos, tenía el don de saber distinguir los espíritus. Dice Ribera que una novicia que contaba con los votos de toda la comunidad y parecía muy a propósito para la vida carmelita, le dijo: «Mañana haré profesión. Esperaré a mi madre si vuestra reverencia manda.» A lo cual contestó la santa: «Yo la digo que no profese en la orden.» Y no hubo modo de que las súplicas de la novicia ni la intercesión de las otras monjas la hiciesen cambiar de parecer. La candidata se marchó a su casa, enfermó de tisis galopante y murió a los pocos días.

A veces rechazaba a algunas novicias sin razón visible para ello. Había una que, al acercarse el momento de tener que profesar, parecía a las otras monjas que no tenía defecto alguno. La Madre la rechazó y, cuando las monjas fueron a suplicarla que cambiara de decisión, las replicó que la novicia tenía un defecto físico. No pareció ello suficiente motivo a las otras monjas de la comunidad, las cuales acordaron en secreto que debía de haber recibido alguna comunicación de Dios respecto a tal asunto. Teresa

rechazó asimismo y envió a una de sus propias sobrinas a casa de los padres, sin que nadie supiese por qué, y resistió a cuantas solicitaciones se la hicieron para que volviera a estudiar el caso.

Una vez se detuvo de pronto mientras hablaba y dijo a una monja que parecía escuchar con todo recogimiento y humildad: «No siente eso interiormente.» Asimismo adivinó una tentación de que era víctima una monja, sin que se la hubiese dicho nada acerca de ello, y la escribió particularmente una esquela en que le daba un consejo sobre el caso. Su adivinación no se limitaba a las cosas que al convento se referían y a las que estaban bajo su vigilancia. Habla Ribera de cierto «hombre rústico» a quien el público en general e incluso los hombres instruidos consideraban como un santo. Aconsejado por alguien, fue a visitar a La Madre para darle cuenta de las cosas de su espíritu y de las que Dios le había comunicado. Teresa adivinó al punto que no era bueno su espíritu. Y se lo dijo a su confesor, si bien, por no faltar a la caridad, no se lo dijo a nadie más; en vez de lo cual, envió al *beato* a algunos directores espirituales experimentados que le ejercitasen en trabajo corporal y en obediencia. El santo varón se negó a admitir tal cosa; y no tardó mucho en verse, como dice Ribera, que «era todo él vanidad y locura».

Había una monja cisterciense que parecía muy santa. Ayunaba tanto y se disciplinaba de tal manera que se quedó muy débil. Cada vez que recibía la comunión o que sentía algún extraordinario impulso de devoción, se caía al suelo y se quedaba allí ocho o nueve horas a veces, lo que era por la gente considerado como un éxtasis. La fama de tal hecho se extendió por todo el país, pero cuando el confesor de la monja consultó a Teresa, ésta le dijo que todo era un puro desatino; los tales

llamados arrobamientos no lo eran en verdad, sino que provenían simplemente de su gran debilidad física; que se la obligara a suspender su ayuno y su disciplinamiento por una temporada y ya se vería la que había de verdad en todo ello. Así se hizo, y la monja, al recobrar su fuerza, no volvió a tener más trances. Si hubiesen sido de veras, habrían continuado a pesar de su mejorada condición física.

Le habló otro confesor de que había una virtuosa mujer, penitente suya, a quien Nuestra Señora se había aparecido repetidas veces, sentándose en su cama y hablando con ella durante más de una hora, revelándola en el curso de tales conversaciones muchas de las cosas que estaban por acontecer. De sobra sabía Teresa que las visiones eran un puro engaño, pero se limitó a decir que esperaría hasta ver si las profecías se convertían en realidad. Y ninguna de ellas lo fue.

En un convento carmelita había dos monjas, una de coro y otra lega, que se habían elevado a un estado muy eminente de oración, pero a juicio de La Madre habían caído en una tentación peligrosa y sutil. Habían comenzado a gozar de la sensible dulzura de la oración por la complacencia que las producía más bien que por el amor de Dios, y las dos estaban convencidas de que si no comulgaban a diario se morirían. La Madre las quiso curar sugiriendo que debían permanecer una temporadita sin hacer la comunión; y, cuando se dio cuenta de que no se avenían a aceptar tal consejo, se quedó más convencida que nunca de que el demonio andaba en ello. Por fin, para darles el valor de intentar llevarlo a cabo, las dijo que ella se privaría también de la comunión al día siguiente.

«Pero, me moriré» dijo protestando la hermana.

Y Teresa contestó: «Bueno, así moriremos las tres juntas.»

Se llevó a cabo la prueba y no hubo muerte alguna (*Fundaciones*, cap. VI.

Una de las causas de los escándalos del siglo XVI había sido el ingreso en los conventos de personas desprovistas de vocación para ello. Martín Lutero entró en un convento por miedo. Otros lo hacían para conseguir la paz o la seguridad, o por cualquier otro motivo interesado. Como Ribera observa, muchas de tales personas entraban en los conventos porque carecían de medios para casarse o no podían vivir en el mundo con las comodidades y el prestigio que deseaban, y tanto les atraía al convento el honor vano del mundo como el miedo a los sinsabores o al deshonor que él pudiera acarrearles en vez de sentirse atraídos por el verdadero amor de Dios; por lo que en tales casos no eran llamados por Dios... Y rara vez sucedía que semejantes lobos con piel de oveja pudiesen adentrarse en el redil de Teresa, bajo su despierta mirada. Si llegaba a sospechar algo por el estilo, no había nada que la hiciera desistir de expulsar a la candidata; ni las riquezas que pudiera tener, ni su nobleza, ni las posibles relaciones de su familia. Así podía exclamar, refiriéndose a ella su biógrafo jesuita: «¡Oh, mujer, más que mujer! ¡Valerosa mujer, hecha de acuerdo con el corazón de Dios, renovadora de la antigua edad de la religión, modelo perfecto de santidad, verdadera despreciadora del mundo y sus vergüenzas, amante de Dios!».

Con semejante priora, rodeada de los espíritus por ella misma escogidos, el pequeño convento de San José llegó a ser, como ella misma escribió, «un paraíso en la tierra» cuyos sufrimientos comportaban en sí mismos más goce del que proporcionaban los placeres del mundo exterior. Nada había que pudiese parecer

demasiado difícil a aquellas damas valerosas, cuando estaban cumpliendo la voluntad de Dios. Teresa se complacía en ir probándolas en lo relativo a las necesarias virtudes, especialmente en la fundamental: la obediencia. Un día en que no había nada para cenar sino unos pocos pepinos que les había llevado un alma caritativa, sucedió, que el que había en su plato era muy pequeño y estaba todo estropeado en el interior. Teresa aparentó no darse cuenta de ello, llamó a la hermana María Bautista y la dijo que no tenía ganas de comer, que fuese y lo plantase en el huerto.

Le preguntó la otra si debía plantarlo para arriba, para abajo o de lado.

«De lado», contestó La Madre seriamente. Y más tarde se complacía en dejar consignado que María Bautista tomó la cosa con la misma seriedad; y declaró en su escrito que la hermana fue y lo plantó, sin que le pasara siquiera por las mientes el que pudiese pudrirse. Y lo cierto era que, al creer, estaba obrando en cumplimiento de obediencia, su razón natural se cegaba (en servicio de Cristo), de tal suerte que creía que cuanto hacía estaba perfectamente bien (*Fundaciones*, cap. I).

A otra de las monjas le confió seis o siete distintos trabajos, ninguno de los cuales podría tal vez hacer; pero la monja obedeció y se puso a la faena sin el menor murmullo.

Un día en que la hermana Úrsula de los Santos se sentía perfectamente bien y contenta, La Madre la detuvo en el claustro en presencia de todas las demás monjas, le dirigió una mirada preocupada, le tomó el pulso y le tocó la frente, y le dijo que tenía que meterse en seguida en cama. La hermana Úrsula obedeció calladamente. La Madre envió a otra monja que fuese a averiguar cómo estaba y la presunta enferma respondió:

—«Muy enferma.»

—«¿Que os duele? ¿Dónde os sentís mal?»

—«No lo sé, hermanas; La Madre lo dice así.»

Llegó en aquel momento Teresa a la celda, se aproximó a la cama, tomó entre las suyas la mano de la aparente enferma y, contando su pulso, puso cara compungida y dijo:

—«Ay, ¡pobre de mi hermana!» Y ordenó que enviasen a buscar al barbero para que le practicase una sangría.

Vino el barbero y comenzó a hacer sus preparativos. La Madre, llamándole aparte, le dijo que la hiciese tan sólo una pequeña herida, no haciéndola sufrir mucho, y él comenzó a hacerlo. Mientras tanto, la hermana Úrsula no daba la menor muestra de sorpresa ni de desaprobación, incluso tal vez dijera que se sentía mejor después de haberse marchado el barbero. Y, desde aquel día, la santa distinguió a tal monja con un afecto especial de gran ternura. Según cuenta Yepes, un día no tenían para comer más que unas cuantas hojas de una vid que crecía en el huerto, pero todas ellas las comieran con el mayor contento. Y el biógrafo añade: «Todo aquello no era Dios», y era bien amargo para ellas.

Con tanto contentamiento caminaban aquellas mujeres por la senda de la mortificación que a veces se adelantaban en uno o dos pasos a la misma santa. La hermana María Bautista, por ejemplo, oyó decir que el papa Pio V llevaba sobre la piel de su cuerpo, a manera de cilicio, una tela muy dura, llamada tela de caballo, que no era sino como una camisa de crin —según dice Yenes—, por sus efectos y su dureza. ¿Por qué, pues, no permitir a las carmelitas descalzas que llevasen túnicas de semejante material en vez de las burdas estameñas de lana que llevaban encima de la

piel? Aquello no sería más que una pequeña mortificación. Se lo dijo a otra monja, que estuvo de acuerdo con ella, y las dos fueron a ver a la madre Teresa, que tomó la propuesta en consideración y decidió probarlo primero en ella misma. Así, pues, se puso una túnica de aquella tela de caballo, y, viendo que era soportable, permitió a las monjas que lo usasen. Pero presto cayeron en la cuenta de que semejante materia era un admirable lugar para el desarrollo de los piojos. Y una casa infecta de piojos y dedicada a la contemplación y a la oración mental es, en sus propios términos, una verdadera contradicción La situación resultó tan intolerable que una noche, mientras La Madre estaba en oración en la capilla, después de los Maitines, entre las diez y las once de la noche, las hermanas formaron una procesión, a cuya cabeza iba el crucifijo, y recorrieron toda la casa con velas encendidas en la mano, cantando himnos y salmos y alternándoles con unas estrofas compuestas por una de las monjas.

Al llegar al coro se postraron ante el Santísimo Sacramento para rogar al Altísimo que las librase de aquellos importunos visitantes. La Madre se quedó tan impresionada por su extraordinaria fe que amplió las estrofas en coplas con respuestas y se unió a la procesión y a la extraña rogativa. Y contestaba a su súplica con palabras alentadoras, como puede verse por el siguiente texto:

MONJAS. *Pues nos dáis vestido nuevo,*
*Rey celestial,*
*Librad de la mala gente*
*Este sayal.*

STA. TERESA. *Hijas, pues tornáis la cruz,*
*Tened valor,*

*Y a Jesús, que es vuestra luz,*
*Pedid favor.*
*ÉI os será defensor*
*En trance tal.*

MONJAS. *Librad de la mala gente*
*Este sayal.*

STA. TERESA. *Inquieta este mal ganado*
*En oración;*
*El ánimo mal fundado,*
*En devoción;*
*Mas en Dios el corazón*
*Tened igual.*

MONJAS. *Librad de la mala gente*
*Este sayal.*

STA. TERESA. *Pues vinisteis a morir,*
*No desmayéis;*
*Y de gente tan cevil*[46]
*No temeréis.*
*Remedio en Dios hallaréis*
*De tanto mal.*

TODAS. *Pues nos dáis vestido nuevo,*
*Rey celestial,*
*Librad de la mala gente*
*Este sayal* (10).

[46] En aquellos tiempos □cevil□ tenía el significado de bajo origen y grosero.

Cuenta Ribera que le fue muy difícil comprobar la veracidad de este hecho. Había él oído hablar de chinches en una sola de las casas, en la que habían parado durante algunos días varias monjas de otra orden, dejando en las camas algunos bichos nada agradables, los que, al marcharse ellas, se fueron acompañándolas. Si a alguna hermana se la encontraba con un insecto en sus ropas, se consideraba el caso como patente demostración de que no tenía vocación de carmelita. El crucifijo llevado en procesión contra los mencionados insectos se sigue mostrando en San José y se le llama *el Cristo de los piojos*.

De tal suerte, la casa fue creciendo y prosperando, ya añadiéndole un ala, ya una nueva ermita en el huerto, y, al propio tiempo, las vocaciones empezaron a ser tan numerosas que La Madre no sabía qué hacerse con las candidatas excelentes que se presentaban a ella. Esto era cosa que la desconcertaba no poco. Le parecía extraño que, mientras el mundo andaba tan necesitado de oración de las contemplativas, y cuando había tantas que ansiaban entrar en la casa bajo la regla primitiva, no hubiese medio hábil de ponerlas a la obra en una comunidad organizada, ya que no había razón capaz de convencerla de que fuesen más de trece en San José. Indudablemente, pues, era imprescindible otra fundación. Pero, ¿cómo iba a ser posible? Ya era no poca dificultad el mantener una; ¿qué ocurriría si fracasara la de San José? Teresa seguía llorando cada vez mas por causa de los crímenes de los protestantes del Norte y la pérdida de sus almas, ofreciendo sus penitencias y sus oraciones por ellos, creyendo —como opina Yepes— que el mundo se había hundido en el estado más bajo que le fuera posible.

Un día, en el año 1566, cuando más negras parecían las perspectivas, recibió una visita inesperada de un padre franciscano, fray Alonso de Maldonado, que acababa de llegar de América, en donde había sido comisario general de su orden. Acaso le trajese noticias de sus hermanos —Lorenzo, cuando menos, solía enviárselas con los viajeros que regresaban a la Península—, pero Teresa, en sus escritos, sólo menciona la parte de la visita que mayor impresión la causó.

Fray Alonso, que era hombre de muchas letras y un santo varón, se prestó a hablar a la comunidad en pleno acerca de lo que había visto en el Nuevo Mundo; lo describió con brillantes palabras y se detuvo principalmente en lo que más excitaba la curiosidad de ellas, en los habitantes de las inmensas extensiones de allende el mar. Les dijo que había millones y millones de seres humanos redimidos por la sangre de Cristo y que vivían en el estado de la máxima degradación, todavía peor que las bestias, y morían sin siquiera saber que el Hijo de Dios había entregado su vida en la cruz. Pensad en ellos, hombres, mujeres y niños, que son hermanos y hermanas nuestros, muriendo todos en medio de sus pecados, sin nadie que les enseñe la verdad, sin nadie que rece por ellos. Pues, eso era algo que podían y debían hacer las monjas de San José, ofreciendo sus sacrificios por las almas de aquellos infelices y pidiendo a Dios que se dignara enviarles apóstoles.

Cuando fray Alonso hubo terminado, les dio su bendición y se marchó, Teresa se sentó casi aplastada por el dolor; luego fue llorando amargamente a una de las ermitas, tal vez la de Cristo atado a la columna, y allí comenzó a orar. Como ella misma escribió: «Clamaba a nuestro Señor suplicándole diese medio cómo yo pudiese algo para ganar algún alma para su servicio, pues tantas

llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que no era para más. Avía gran envidia a los que podían, por amor de nuestro Señor, emplearse en esto, aunque pasaren mil muertes; y ansí me acaece, que cuando en las vidas de los santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hacen, y más ternura y más envidia, que todos los martirios que padecen, por ser esta inclinación que nuestro Señor me ha dado, pareciéndome, que precia más a un alma que por vuestra yndustria y oración le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer» (*Fundaciones*, cap. I).

Una noche, poco después de ello, estaba rezando por lo mismo cuando se le apareció Cristo, y, poniéndose a su lado, le dijo que esperase un poco y vería grandes cosas. Durante meses no pudo comprender qué querían decir tales palabras. Las plegarias no suelen a veces ser inmediatamente escuchadas, ni hay tiempo en que algo constituya un gran momento para Dios. Santa Teresa no podía barruntar que tres siglos más tarde sus monjas iban a estar orando en Boston, cerca del Atlántico; ni en Santa Clara, cerca del Pacífico; ni en las llanuras del estado de Indiana. Pero Dios cumple siempre sus promesas, y ella no tardó gran tiempo en descubrir cuál había de ser la primera de aquellas «grandes cosas».

Gran alboroto se produjo en San José una mañana del mes de abril del año 1567 cuando se supo la noticia de que el padre general de la Orden del Carmelo había llegado a Ávila a lomos de su mula, con su inseparable compañero, el maestro Bartolomé Ragusius, y el interés de todas las monjas debió de subir extraordinariamente de punto al saber que el obispo don Álvaro iba a llevarle a inspeccionar el convento. Hasta La Madre se sentía presa

de gran agitación, que ella describió más tarde, diciendo: «Temí dos cosas: la una, que se había de enojar conmigo, y no sabiendo las cosas cómo paraban, tenía razón; la otra, si me había de mandar tornar al monasterio de la Encarnación, que es el de la regla mitigada, que para mí fuera desconsuelo, por muchas causas que no hay para qué decir. Una bastaba, que era no poder yo allí guardar el rigor de la regla primera, y ser más de 150... Pues, llegado a Ávila, yo procuré fuese a San Josef...» (*Fundaciones*, cap. I).



El muy reverendo padre Juan Bautista Rossi, de Ravenna (llamado padre Rubeo, en España), general de la Orden de los Carmelitas, quien autorizó varias de las fundaciones de Santa Teresa

Había, en realidad, alguna razón para sentir temor. El muy reverendo padre Juan Bautista Rossi de Rávena (al que los escritores españoles han seguido llamando siempre Rubeo) era el primer general de la Orden que visitaba Castilla, y llegaba con una misión nada ordinaria. Conocido como teólogo, canonista y predicador desde los tiempos en que fuera estudiante en Padua, le había llamado a Roma el papa Paulo III, había sido elegido general de los carmelitas en el Capítulo General presidido por San Carlos Borromeo en el año 1564 y, por último, cuando Felipe II pidió al Papa que enviase alguien a España que obligase a los conventos a

cumplir las disposiciones del Concilio de Trento, se le había ordenado que emprendiera tan difícil e ingrata tarea. Después de desembarcar cerca de Tarragona en la primavera de 1566, se dirigió a Madrid, en donde el rey Felipe, que había hecho no poco por facilitar la reunión del Concilio y estaba dando un magnifico ejemplo a todos los demás soberanos al aceptar sus consecuencias (a pesar de las advertencias que los políticos le hacían respecto al peligro que corrían sus prerrogativas), le recibió con los honores que a su alta jerarquía correspondían, y le envió en su viaje de reformación con todas las muestras de su augusta aprobación. Tres meses más tarde, Rubeo llegaba a Sevilla, en donde convocó un capítulo de unos doscientos frailes carmelitas que en Andalucía vivían.

Rubeo actuó con tal severidad que, al cabo de bien poco tiempo, se elevaron hasta las estrellas los gritos de indignación en contra de él y fueron corriendo de boca en boca y por carta hasta el mismo Madrid. A buen seguro que los carmelitas de Andalucía precisaban una severa reforma, pues, aunque algunos de sus frailes eran verdaderamente ejemplares, y varios de ellos incluso verdaderos santos, había habido ciertos escándalos. Rubeo condenó inconmoviblemente al calabozo a algunos de los pecadores, a galeras a otros, y a los últimos al destierro. Aparte de ello, se había producido una gran relajación en cuanto al voto de pobreza atañía. Poco a poco se había autorizado a los frailes a adquirir propiedades personales, a tener dinero y a recibir, a veces, beneficios. Muchos de ellos se habían dado al lujo de ostentar grandes botones ornamentales en sus camisas, elegantes gorgueras y golillas y solideos adornados con ribetes de seda de colores amarillo y verde y con borlas y cordones. Algunos de ellos tenían pomos de agua de rosas en sus celdas, mientras que otros poseían

instrumentos musicales —no ya simplemente el órgano y el arpa, que se permitía a los religiosos, sino otros profanos y estrictamente prohibidos, como la lira (que era entonces una especie de mandolina), el *barbitón*, o guitarra, y otro productor de alegre contrapunto, al que se llamaba *adjutum*, y acerca de cuya índole hay todavía dudas. Rubeo se mostró inexorable con todas esas cosas vanas.

No contento con denunciarlas ante los capítulos por él convocados, se dispuso a visitar todos y cada uno de los conventos de cada ciudad y a llevar a cabo un examen minucioso y un ceñido interrogatorio de cada religioso, con especial referencia a toda propiedad privada poseída en contravención de la Regla y de los decretos del Concilio. Los que poseían algo en privado tenían que renunciar a ello ante notario. Se hizo venir a un barbero que rapase todas las barbas e hiciese todas las tonsuras en las cabezas. Los libros de cuentas de la comunidad fueron sometidos a un examen minucioso por uno de los ayudantes del General. Mientras esto acontecía, el maestro Ragusius hizo una jira de inspección llevando consigo un gran cubo y unas tijeras. Fue inspeccionando celda por celda y examinando cuidadosamente el frailuno atuendo. Dondequiera que veía un botón de plata o de bronce en la camisa o en otra prenda de vestir, las tijeras realizaban su obra y el objeto iba a parar al cubo, junto con los pomos de perfumes, las golas y gorgueras y todas las demás abominaciones que, a los ojos del padre Rubeo, no eran sino connivencias con el demonio de parte de hombres que habían jurado solemnemente prescindir de todo amor propio y del mimo de sí mismos. La única condición con que un carmelita pudiese poseer algo era la de que la cosa poseída no le pertenecía, sino que la poseía sólo para su uso. El padre General ordenó que todo religioso del que se descubriera a la hora

de su muerte que tenía cosas a su nombre podía no ser enterrado como eclesiástico.

Felipe II se dio perfecta cuenta de todo eso y mucho más durante uno de los más dolorosos inviernos de su vida. En el otoño del año 1566, después de una grave enfermedad, se enteró del saqueo de las admirables iglesias católicas de Amberes por los agentes del sínodo calvinista encabezados por un judío español; y adoptó la firme resolución de enviar al duque de Alba al frente de un ejército a poner orden en las cosas de los Países Bajos. Como se consideraba a sí mismo como el sucesor de los grandes reyes hebreos y el campeón ungido de la Iglesia en todas partes, se exasperó más de lo que ordinariamente se habría tal vez enojado al oír a los enemigos del padre Rubeo decir que sus austeridades en Sevilla eran del todo inútiles, a más de indelicadas y destructoras de la armonía de la Iglesia e incluso del Reino. Lo que Felipe había esperado era un apoyo a la unidad de España, y no una casi verdadera revolución entre los carmelitas de Andalucía. Así, pues, a su nueva llegada a Madrid, en marzo de 1567, le esperó a Rubeo una recepción bien distinta de lo que había sido la anterior. Después de estar varios días esperando que el rey le concediese una audiencia, fue a Valladolid, y, desde allí, en la segunda semana de abril, a Ávila, en donde reunió al capítulo provincial de Castilla y se preparó para llevar a cabo su acostumbrada inspección. Por último fue al convento de San José.

En aquel histórico día La Madre se encontró frente a frente con un hombre de unos sesenta años de edad, tranquilo y reservado, con el rostro profundamente surcado de arrugas bajo una rala barba, un rostro que denunciaba la paciencia, la tristeza y algo muy próximo a la incertidumbre y la perplejidad, como revelan

sus retratos. Poseía también una grave y ceremoniosa cortesía que hacía pensar en la solemnidad del juez inflexible. Acostumbrado a formarse una cauta opinión de hombres y mujeres, contempló los claros y serenos ojos de Teresa, como para leer en ellos el secreto de su alma, mientras ella, con la visión todavía más profunda del contemplativo, sostuvo con toda calma aquella mirada, leyó lo que detrás de ella se escondía y vio que él la consideraba de manera amistosa. Y aquel hombre, que tomaba tan sólo como alimento algunas pocas hierbas y legumbres secas, no tardó en descubrir que ella vivía con arreglo a la regla primitiva del Carmelo, como él, a pesar del relajamiento de su orden. Y le habló con acento de generosidad y simpatía. Le resultó a Teresa mucho más fácil de lo que ella creyera hacerle una relación detallada de su fundación y, desde luego, de toda su vida. Todo lo comprendió él admirablemente y a todo dio su plena aprobación. Pero le preguntó cómo era aquello de que ella se hubiese colocado bajo la jurisdicción del obispo siendo, como era, un miembro de la comunidad de la Encarnación. Teresa le explicó lo de la Bula a su favor y, a petición de él, le mostró el documento. El ojo astuto de Rubeo vio en el acto lo que en ello había. Y se la devolvió diciéndole que no tenía validez ninguna, ya que a él no se le había informado jamás de tal cosa, ni se había obtenido su consentimiento para ello. El cardenal que se lo mandara en nombre del papa Pío IV le había enviado un documento defectuoso, y tanto ella como sus monjas estaban por completo bajo la jurisdicción de él, Rubeo. Vale la pena de recordar que aquella era la segunda vez que Teresa lo había recibido, y en la primera no se decía absolutamente nada de que dejase la jurisdicción de la Orden para ponerse bajo la del obispo. El redactor de la segunda supuso que

eso se había ya resuelto en la primera y se limitaba a confirmar la autorización original.

A La Madre se le apareció patente la verdad de lo que el General decía en cuanto se le llamó sobre ello la atención. Y, en el acto, acató su autoridad y su jurisdicción. La entrevista terminó llamándola él «hija mía» y asegurándole que su obra no sería para nada entorpecida. Durante las tres semanas de su permanencia en Ávila hizo varias visitas a San José, no ya para realizar inspección alguna, sino para sostener conversaciones espirituales, pues se había dado perfecta cuenta de que aquella monja debía ser una santa.

Durante una de sus conversaciones habló ella de sus deseos de fundar otros conventos y de la necesidad de que los frailes descalzos de la regla primitiva fuesen los que dirigieran espiritualmente a las monjas. Y la primera de tales peticiones recibió una aprobación inmediata. Antes de marcharse de Ávila le dio su consentimiento para ello en una «patente», en la que escribió:

«No hay buen mercader, o buen labrador o buen soldado o un estudioso que no ponga cuidado y diligencia y no emplee solicitud y soporte grandes contrariedades para aumentar su casa, su vestimenta, su prestigio y todos sus bienes. Si esos hombres hacen tal cosa, mucho más cabe pedir a los que sirven a Dios para que adquieran bienes con que construir iglesias y monasterios y acumular cuanto puedan para el servicio de las almas y la gloria de la divina Majestad.» Por lo cual, continuaba diciendo, consideraba la petición de la Madre Teresa «muy religiosa y santa, y no podía negarse a concedérsela. Le dio, pues, su permiso para recibir casas, iglesias, solares y cualquier otra clase de bienes en cualquier parte de Castilla sujeta a su jurisdicción, y en nombre de

la Orden. Las monjas debían llevar sayal pardo y vivir conforme a la regla primitiva. El número de ellas no debía jamás exceder de veinticinco en cada monasterio. Antes de tomar posesión de una casa, debían obtener la aprobación del ordinario (el obispo o arzobispo) de la diócesis; y en cada convento debía haber dos monjas de la Encarnación». El documento se fechó el día 27 de abril de 1567, el mismo día en que el duque de Alba dejó Cartagena para emprender su largo viaje a los Países Bajos, de donde habría de volver un día enfermo y quebrantado.

La segunda petición de Teresa, de fundar un convento de frailes descalzos, no se le concedió tan sencillamente. El padre General sabía perfectamente hasta qué punto habían caído mal entre los frailes de Castilla las reformas por él impuestas y, con certero instinto, adivinó que aquélla podía contener la simiente de innumerables protestas y disensiones en la Orden. El obispo Mendoza, en cuya casa se alojaba, intercedió en vano por La Madre. El padre Julián y los demás amigos de ella recibieron la misma respuesta: *Non possumus*. Por último, el padre General se marchó para Roma sin haberla dado ninguna esperanza a tal respecto. A pesar de que pareció dejarla tan sin complacer, Teresa escribió de él, diciendo que «avíale cobrado gran amor» (*Fundaciones*, cap. II).

Tal vez el obispo la dejase entender que Rubeo favorecía, en lo íntimo de su conciencia, aquel proyecto de ella, y que se había negado solamente por miedo a la oposición que podría hacérsele. De todas suertes, ella le escribió una carta que le llegó antes de salir del país, y en la que le exponía el gran servicio que podría hacer a Nuestra Señora, de la que tan devoto era. La cual debió de ser lo que le convenciera, ya que su carta la recibió en Valencia, y desde allí la envió el permiso para que fundase dos conventos.

Teresa imploró la grandeza de Dios por haber mostrado su poder al proporcionar valor a una hormiga como ella. E impetraba a su Señor diciendo que no era culpa suya si todos los que Le amaban no hacían grandes cosas, pues la culpa era de nuestra cobardía y pusilanimidad.

Una cosa era conseguir un permiso y otra bien distinta actuar con él en mano. Había dos razones para que ella no pudiese fundar un monasterio de frailes. Primero, que no tenía casa para ellos, y segundo, que no tenía ningún hombre a propósito para poner al frente de tal posible casa. Sin embargo, para eso la había puesto allí el Señor. ¿Es que iba a abandonarle en aquella ocasión? Y le suplicó que la enviase el hombre adecuado. Mientras tanto se procuró las mujeres que estaban ansiosas de entrar en un segundo convento. Tampoco para éstas tenía casa, pero ya encontraría una. Así pudo escribir, más adelante: «El ánimo no desfallecía, ni la esperanza, que, pues el Señor avía dado lo uno, daría lo otro; ya que todo me parecía muy posible, y ansí lo comencé a poner por obra» (*Fundaciones*, cap. II).

# CAPÍTULO XX

## CONQUISTA DE MEDINA A MEDIANOCIIE

La elección de Teresa de la ciudad de Medina del Campo, a setenta y cinco millas de Ávila, para instalar allí su segundo convento, resultaba casi inevitable. Si la comunidad tenía que vivir de limosnas, había de ser una localidad lo suficientemente populosa. En aquel entonces una de las ciudades más prósperas de España, con sus 16.000 habitantes, la tercera parte de los cuales, nobles, era Medina del Campo, que se enorgullecía de sus 1.240 calles, sus 14 plazas, además de la amplia plaza Mayor, que era una de las más bellas de España, sin contar sus veintidós parroquias, dos capítulos con ochenta sacerdotes, un colegio de jesuitas, dieciocho conventos y nueve hospitales. La fuente principal de su grandeza era su célebre feria, a la que, en cuatro ocasiones al año, acudían muchos mercaderes de las distintas partes de Europa. Allí se exhibían y vendían los ricos paños de Ávila, Toro y Segovia, las sedas de Valencia y Granada, los bellos cueros de Córdoba, los tapices de Flandes, la lana de Inglaterra, los libros y objetos de arte de Italia, las especias de las Indias que llegaban por vía Portugal. En las ferias del año 1565 se gastaron en ella más de 150 millones de escudos en forma de letras de cambio, suma que todavía fuera mayor en años anteriores. La jurisdicción eclesiástica estaba en manos de un abad, libre y exento; y el escudo de tal ciudad, tan orgullosa como independiente, ostentaba el lema bien castellano por su altivez de: *Ni el Rey officio, ni el Papa beneficio*. Acaso la

razón que a Teresa decidiese a instalarse allí fue que en tal ciudad tenía amigos que la ayudarían en toda coyuntura a vencer cualquier oposición local; a más, era de esperar que las monjas, llevando una existencia verdaderamente carmelita, no morirían allí de hambre, lo que, a su vez, contribuiría no poco a conquistarles la aprobación de las autoridades eclesiásticas. Los jesuitas acababan de establecer un colegio en la ciudad y su rector era el que había sido su confesor, el padre Baltasar Álvarez. A propósito de todo ello, escribe: «Pues estando yo con todos estos cuidados, acordé de ayudarme de los padres de la Compañía, que estaban muy acetos en aquel lugar en Medina, con quien, como ya tengo escrito, en la primera fundación, traté mi alma, muchos años, y, por el gran bien que la hicieron, siempre los tengo particular devoción...»

Escribió, pues, al padre Álvarez, dándole cuenta de sus planes y «él y los demás dijeron que harían lo que pudiesen en el caso, y ansí hicieron mucho para recaudar la licencia de los del pueblo y del perlado, que, por ser monesterio de pobreza, en todas partes es dificultoso» (*Fundaciones*, cap. III). Escribió asimismo al prior carmelita fray Antonio de Heredia, a quien había conocido en Ávila, pidiéndole que comprase una casa, pero que no fuese de mucha apariencia.

El primer paso después de ello fue enviar al capellán de San José, al padre Julián de Ávila, a Medina, para que viera de encontrar un sitio a propósito. Ese hombre, sin par por su gentileza y amabilidad, que más tarde había de acompañarla en tantas y tan duras jornadas y escribir su biografía, era un protegido del maestro Gaspar Daza y hermano de una de las primeras monjas de la Reforma, la hermana María de San José. En sus tiempos de estudiante, en Santo Tomás, había sido más bien hombre díscolo.

Una tarde volvió tan tarde a su casa que tuvo miedo de suscitar la cólera de su padre, un fabricante de paños de cierto caudal, y, en vez de entrar en casa, decidió marcharse a correr mundo. Mas, al cabo de un par de años, sintió la nostalgia del hogar, después de haber vagado por Córdoba, Sevilla y otros lugares, montó encima de una mula y se dirigió hacia el Norte, camino de su casa. Apenas había salido de Sevilla cuando la cabalgadura lo despidió violentamente, cayó al suelo y, al caer, le penetró en el costado la empuñadura de su espada, perdiendo allí mismo el conocimiento y quedando como muerto. Después, el comprobar por sí mismo la fragilidad de la vida, decidió hacerse sacerdote y, al llegar a Ávila, fue a confesarse con el maestro Daza, que le reconcilió con su padre, y entró, desde aquel instante, tan firmemente por la nueva senda elegida que fue ordenado en el año 1558, y, a su tiempo, como ya se ha mencionado, designado capellán de las monjas de San José. De doce años de edad menos que la madre Teresa, era y fue siempre uno de los primeros en ayudarla en todo. Conocía ella sus limitaciones, pues no poseía ni una gran iniciativa ni una gran habilidad ejecutiva, ni un intelecto profundo, y nunca le consideró como un fraile carmelita; pero, en cambio, era hombre de hacer fielmente lo que se le encargaba, y era muy querido de todos por su gran caridad, por su paciencia y por su amable y estrafalario sentido del buen humor.

Cuando el padre Julián llegó a Medina, después de una jornada polvorienta y fatigosa de setenta y cinco millas, los jesuitas le recibieron con toda amabilidad y le prestaron inmediato apoyo (como así también el prior carmelita, fray Antonio) para conseguir el permiso del obispo provisor. Como casi todos aquellos padres conocían a la santa madre dijeron lo que tenían que decir, poniendo en ello toda su buena voluntad, dándose cuenta del bien

que Dios hacia a la gente entre la que fuese a esparcir tan buena semilla para el bien de las almas con que hubieran de tratar, según escribió el padre Julián. Ellos entendían perfectamente el modo de proceder que tanto ella como sus monjas ponían en práctica, y que La Madre deseaba seguir, en cuanto fuera posible a su condición de mujeres, las constituciones y los Ejercicios de la Compañía de Jesús, y que deseaba aceptasen el que donde estuviera la Compañía pudiese haber también una casa de aquellas monjas descalzas; y que ellos, por su parte, gustaban de hablar especialmente con ellas, ya que siempre había muy buenas almas en aquellas casas de carmelitas descalzas, muy dadas a la oración y a la mortificación, y, toda vez que de lo mismo trataban, les parecía que se las entendía en su propio lenguaje. Uno de los jesuitas, el padre Juan Ordóñez, declaró en una reunión pública que «sería un buen ejemplo para la gente, para reformarles a ellos y a los otros monasterios». Por rara coincidencia se encontró en Medina, en aquella sazón, el amigo antiguo de La Madre, padre Báñez, que tuvo, una vez más, el privilegio de poder defenderla, y por él se sabe que otro dominico, el padre fray Pedro Fernández, hubo de refutar las inculpaciones de «un religioso de cierta Orden, hombre de autoridad y predicador», el cual habló muy mal de la dicha Teresa de Jesús, comparándola con Magdalena de la Cruz, una antigua impostora de Córdoba. La mayoría de los testigos estuvo de parte de La Madre, y el provisor otorgó lo solicitado.

La próxima tarea del padre Julián consistía, pues, en encontrar una casa. Se enteró de que el prior carmelita había tenido sus dudas cuando Teresa le escribió sobre tal asunto, pero, convencido por completo por el padre Álvarez, había acabado por comprar una casa en la calle de Santiago, propiedad de una amiga suya, una piadosa viuda llamada doña María Suárez, que vivía en Fuente el

Sol. Al acceder a vendérsela había aceptado su palabra de que, a su debido tiempo, habría de pagarla la madre Teresa.

Cuando el padre Julián fue a ver el edificio se quedó asombrado al ver que estaba casi en ruinas, el patio lleno de escombros y el pórtico, que debía ser la capilla, dando directamente a la calle. Aquello no podría, en modo alguno, estar listo para convento el día 15 de agosto, que era el que Teresa había decidido hacer la fundación.

Y el padre Julián se impuso a sí mismo la tarea de buscar otra casa. Como a los quince días después de su llegada a Medina alquiló una próxima al convento de los padres agustinos, por la que prometió pagar a su dueño, Alonso Álvarez, la suma de 51.000 maravedís por año. Al relatarlo dice, con su perfecta ingenuidad, que sabía de sobra que La Madre no tenía ni siquiera cincuenta y un maravedís, cuando mucho menos 51.000. Pero su extraordinaria fe era contagiosa, y no creía haber hecho una operación demasiado arriesgada, cuando se dio luego prisa en regresar a Ávila para referir, con gran contentamiento, a Teresa que le había conseguido la mejor casa de Medina. De todas suertes, como dice otro de sus biógrafos, el dinero estaba más seguro de ser pagado que si estuviese depositado en un banco, porque un banco puede quebrar y, por ende, defraudar, mientras que Dios nunca defrauda. Y el padre Julián la oyó repetir, implorando a Dios, diciendo que aquello era más cosa de ÉI que de ella; que si Él quería podía hacerlo, y si no, que se hiciera Su voluntad.

Sin tener medios con que sufragar ni tan siquiera el transporte a Medina, cuanto menos tal alquiler, Teresa pidió prestados nueve mil reales con la infantil confianza de que Dios la enviaría los

medios para poder pagar ([47]). Así, pues, tenía (por lo menos lo suponía) una casa, las monjas que debía instalar en ella y dinero para poder entrar en su recinto. ¿Por qué esperar más tiempo?

Con el mayor cuidado había escogido Teresa seis monjas profesas para que constituyeran el núcleo de la comunidad. Tomaría, además, dos de San José, la hermana María Bautista y la hermana Ana de los Angeles, y cuatro de la Encarnación: dos hermanas que eran primas suyas (Inés de Jesús y Ana de la Encarnación), Teresa de Quesnada (de la Columna) e Isabel Arias, que luego fue Isabel de la Cruz. Estas dos últimas no se habían puesto todavía el hábito de las descalzas, pero habían estado viviendo en San José unos cuantos días para acostumbrarse a la regla y estar listas para partir al primer aviso. Todas las restantes preparaciones, incluso los nuevos hábitos, se llevaron a cabo durante los diez primeros días del mes de agosto. Por una coincidencia, tan rara como interesante, he aquí que eran aquellos días en que Felpe II estaba preparándose para su viaje a los Países Bajos, que había estado retrasando, y del que repentina y misteriosamente desistió el día 11 de agosto, después que todo su equipaje estaba ya embarcado. No hizo así la madre Teresa. El día 12, con todos sus proyectos en vías de realización, dio las órdenes pertinentes para emprender la marcha al rayar el alba del día siguiente.

Aquella había de ser la primera de una serie de excursiones misioneras, sin igual en la Historia, si se exceptúan los viajes de San Pablo y las peregrinaciones de San Vicente Ferrer. Ni la dis-

[47] Su fe no la engañó. Una joven de Ávila, Isabel Fontecha, que había sido rechazada en San José porque el cupo de trece monjas estaba ya cubierto, volvió a solicitar entrar e ir a Medina. Y elle fue la primera monja que allí profesara. Su pequeña dote pagó todo el préstamo y parte del alquiler.

tancia ni las dificultades constituían verdaderos obstáculos para esta mujer heroica que en un tiempo estuvo a punto de morir de dolores al corazón y de otros padecimientos durante más de un cuarto de siglo, y en aquel momento, cumplidos ya los cincuenta y tres años, estaba al comienzo tan sólo de su activa carrera. Todavía seguía siendo la buena amazona de su juventud y, caso de necesidad, podía perfectamente cabalgar en mula o, si era preciso, ir a pie a donde fuere. Pero, por lo general, prefería que sus monjas viajasen en carruajes, para proporcionarles las ventajas de la reclusión conventual y el posible recogimiento ([48]), aunque lo más frecuente era que viajasen en los toscos carros de los labriegos, que crujían, rechinaban y traqueteaban cada vez que tropezaban con una peña o se hundían en una rodada del camino. Así, por lo menos, hubo de acontecer en tal primera aventura. Como un gran general, la madre distribuyó sus fuerzas en tres o cuatro carros tirados por mulas, colocando en uno de ellos la impedimenta, formada por los hábitos, pinturas sagradas, colgaduras, objetos para la capilla y así por el estilo. En otros distribuyó a las monjas y las ocultó a las curiosas miradas de los impertinentes por medio de cortinas, sostenidas por varias estacas, y detrás de las cuales podían rezar los oficios o el rosario mientras se dirigían lentamente a su destino, bajo el implacable sol de Castilla. El padre Julián,

[48] Por causa de un mayor recogimiento y clausura, quería que fuesen siempre en carruajes o literas, lo más decentemente que fuera posible, para que ni en el camino ni en los hostales tuvieran en poco a las monjas y no se atreviesen a decir las palabrea groseras que a otras mujeres dicen al verlas pobres y sin autoridad, y por ello quería que, exteriormente, anduviesen como mujeres de importancia. RIBERA *Vida de San. Teresa*, lib. II. capítulo XVIII. Luego cambió de modo de hacer por miedo de escandalizar.

como un mariscal con uniforme militar, montaba su mula al lado del carro que conducía a La Madre.

Los mozos que guiaban los carros iban a pie, cada uno con su vara atravesada en la espalda dentro de su abigarrada faja. Los tales mozos de mulas pasaban el tiempo unas veces cantando y otras se ponían a conversar en su pintoresco lenguaje de cuadra, salpicado de juramentos y obscenidades. Ni que decir tiene que ello constituía una amarga prueba para La Madre, que no hubo de tardar mucho en decirles francamente la opinión que semejante lenguaje le merecía, pidiéndoles, por amor de Dios, que no dijeran aquellas palabras. No se limitó, sin embargo, a ello su empeño, pues siendo maestra por naturaleza, comprendió en seguida la importancia de la instrucción positiva como de la negativa. Así, pues, se puso pronto a charlar con ellos y a contarles cuentos; y aunque ellos no podían ver su agradable semblante, pues, al igual de las otras, llevaba un velo negro, quedaron fascinados por la música de su voz clara y femenina y se pusieron todos al lado del carro de ella escuchando cautivados las historias de Dios y de sus maravillas y las vidas de los santos que ella les contaba. Pronto se acabaron los juramentos y las blasfemias de los mozos. Y luego, a una sola señal suya, se quedaban incluso completamente callados para permitir a las monjas rezar sus oraciones. ¡Qué poder de persuasión no debía de haber en la boca de aquella mujer para contener la lengua de un mulero de Castilla! Después no se olvidaba de recompensar a los muchachos con algo sabroso de comer que previamente había apartado con tal fin. Por lo demás, no veía inconveniente en que ellos tuvieran sus bromas y entretenimientos y, a veces, se complacía en ellos. Como dejó dicho una de sus hijas, no la gustaba la gente triste, ni lo era, ni quería que lo fuesen quienes estaban con ella. Con frecuencia decía: «¡Líbreme

Dios de los santos encapotados!» Y a buen seguro que los mozos de mulas, a los que gustaba más el oírla a ella que todas las cosas del mundo, hubieron de oír más de un chascarrillo de sus labios.

La vida en el camino, bajo la dirección de la madre Teresa, estaba tan bien organizada que los carros eran literalmente verdaderos conventos con ruedas. El día comenzaba con la misa y la comunión, por prisa que se tuviera u otros impedimentos que hubiera. En cada carro había siempre agua bendita, pues, como ella observó, era una gran cosa el poder gozar tan fácilmente los frutos de la sangre de Cristo. Cuando llegaban a alguna iglesia iban inmediatamente a postrarse de rodillas en ella. Incluso si estaba cerrada, por ser de noche, La Madre descendía para decir la gran merced que para ellas era el poder encontrar allí la persona del Hijo de Dios y lo desgraciados que eran quienes de él se apartaban. No viajaba nunca sin un sacerdote que pudiese decir la misa y confesar. Llevaba siempre consigo una campanilla, que tocaba a las horas indicadas para leer el Oficio, para la oración y para el silencio; y un reloj de arena para marcar las horas. Había en cada carro una monja nombrada superiora, a la que debían obedecer todas las demás.

Muchos de tales planes se habían preparado mientras La Madre dormía un poco, o tal vez nada, durante la noche del día 12 de agosto de 1567. Antes del alba de tal día tocó ella misma la campanilla para despertar a las monjas, y era todavía oscuro cuando el padre Julián de Ávila dijo la misa y les dio la comunión. Luego, cuando todas estuvieron listas para partir, Teresa fue apresuradamente a su oratorio favorito, en el huerto cubierto de rocío, y, arrodillándose a los pies de Cristo en la Columna, le pidió que cuidase de su casa y de sus hijas durante su ausencia, y la

prometiera que las encontraría lo mismo a su regreso. Es muy probable que ya en tal momento hubiese tropel de curiosos ante el convento, pues, «cuando en la ciudad se supo, hubo gran mormuración. Unos decían que yo estaba loca, otros esperaban el fin de aquel desatino» (*Fundaciones*). Otros decían que todo era porque quería vagabundear y divertirse. Impertérrita ante todo ello, Teresa dio a su pequeño ejército la orden de marchar, y hubo gran ajetreo de adioses. Restallaron los látigos, arrancaron las mulas, arrearon los mozos, con no pocas palabrotas, y dio así comienzo la primera jornada misionera de la Reforma.

Aquel día debió ser uno de los verdaderamente largos, calurosos y fatigantes. Tal vez se detuvieran a la sombra de algún bosquete de pinos para hacer una breve siesta, que en España ni aun los santos pasaban por alto. Hacia la caída de la tarde, verdaderamente cansadas, como la misma Madre admite, llegaron a la vista del pueblo de Arévalo, el lugar de la infancia de la reina Isabel la Católica, que estaba a mitad de camino entre Ávila y Medina.

Como a un cuarto de legua del lugar vieron acercarse a un hombre cabalgando una mula, y, al ver que llevaba hábito clerical, el padre Julián reconoció en él a Alonso Esteban, uno de los que le habían ayudado a obtener la autorización del provisor en Medina. Y cuando se detuvo para hablarles resultó que, a su vez, iba camino de Ávila, portador de una carta precisamente para el mismo padre Julián. Al abrirla y leerla no pudo éste por menos de dejar ver que contenía malas noticias. La carta era de Alonso Álvarez, la persona a quien había alquilado la casa cercana al monasterio de los agustinos. ¡Al agua las esperanzas humanas! Decía la carta que la madre Teresa no debía salir de Ávila hasta que hubiese llegado a

un acuerdo con los agustinos, porque se habían mostrado muy contrariados al saber el uso que se iba a dar a la casa, y Álvarez no había tenido más remedio que cancelar el convenio porque ellos eran buenos amigos suyos y no quería verse envuelto en un posible litigio con los otros.

Era una enorme contrariedad. El padre Julián no pudo por menos de protestar con voz airada, y el otro de responderle en el mismo tono, y la madre Teresa hubo de suplicarle que se callara para no asustar a las monjas de la Encarnación, que bastante tenían con haber ido contra su voluntad, obligadas por la obediencia y sin tener fe alguna en el proyecto. ¿Qué había, pues, que hacer en tal momento? ¿Debían acaso volverse de nuevo a Ávila? El padre Julián se sintió muy deprimido, pensando en lo mucho que iban a alegrarse sus críticos y en cómo iban a burlarse de ellas al verlas llegar de vuelta.

Alonso Esteban, cumplida su misión, se volvió a Arévalo creyendo que, sin duda alguna, las monjas darían la vuelta camino de Ávila otra vez. Pero él no conocía a La Madre. La cual, haciéndose inmediatamente cargo de la situación, como un buen general, tomó rápidamente su decisión, que era de no volver atrás por nada. En realidad estaba contenta de que así hubiera ocurrido porque en ello veía la oposición del demonio a su obra, lo que le hacía comprender que estaba realizando algo bueno en servicio de Dios. Y ordenó al padre Julián que fuera hasta Arévalo y se encontrase con Alonso Esteban. Le describió incluso el sitio en donde había de encontrarle, que era bajo un determinado pórtico, y

el mensajero tenía que pedirle las encontrase alojamiento conveniente para aquella noche ([49]).

Y ocurrió todo como ella esperaba. Alonso Esteban se encontraba precisamente en el sitio en que ella le había «visto». Y se mostró dispuesto a ayudarlas; de suerte que, cuando los carros hicieron su entrada en el viejo pueblo, había ya varios cuartos esperando a las monjas en casa de una buena dama, Ana de Velasco. En cuanto allí llegaron celebraron una reunión. ¡Y cuál no sería su sorpresa al ver aparecerse de pronto al padre Báñez! No resulta del todo claro por qué se encontraba él precisamente en Arévalo aquella noche, mas lo cierto es que estaba allí —tenla la costumbre de aparecerse siempre que Teresa precisaba más de su ayuda—, y así como se había ahorrado un día de viaje para ir a verla a Ávila, así la alentó de nuevo, casi completamente sola, contra todos sus consejeros. Él sabía de sobra todos los obstáculos que ella había tenido que vencer hasta entonces y estaba seguro de que volverla a triunfar. De tal suerte, trató de infundirle alientos. No es que ella pudiera dudar de que la fundación llegara a hacerse, sino que temía el no poder colocarla bajo la protección de Nuestra Señora el día de la Asunción. Respecto a ello escribió más adelante Teresa: «Díjele muy en secreto lo que pasaba; a él le pareció que presto podríamos concluir el negocio de los agustinos, mas a mí hacíaseme recia cosa cualquier tardanza por no saber qué hacer de tantas monjas, y ansí pasamos todas con cuidado aquella noche, que luego lo dijeron en la posada a todos.» (*Fundaciones*, cap. III)

[49] Ni la santa ni sus biógrafos contemporáneos hablan de tal incidente, que fue referido años después por la hermana Inés de Jesús en su testimonio para la beatificación.

Mientras estaban discutiendo el asunto, en las primeras horas de la mañana del día 14 de agosto, llegó una mula trotando sobre los morrillos del pavimento de Arévalo y de ella se apeó fray Antonio de Heredia, prior del convento de los carmelitas de Medina del Campo. Era el caso que Alonso Esteban, u otro cualquiera mensajero, había ido a toda prisa a Medina la noche anterior para poner en su conocimiento el caso, y él había recorrido sin perder minuto, al trote de su mula parda, los treinta y cinco kilómetros que separaban a la una ciudad de la otra. El hecho cierto es que allí estaba aquel macizo y orondo fraile, un tantico encorvado por la costumbre del estudio, hombre expansívo, pronto en el reír y, al parecer, mucho más joven de los cincuenta y cinco años que llevaba a cuestas. Jamás se vio caballero alguno con más alborozo recibido, pues en cuanto se enteró de las dificultades surgidas en la cuestión del alquiler de la casa de Alonso Álvarez, propuso una solución. ¿Qué era de aquello de la casa que había comprado o, cuando menos, se había comprometido a comprar a doña María Suárez? No cabía duda de que precisaba algunas reparaciones, pero eso no era obstáculo, pues podían hacerse una vez la gente estuviese dentro de la casa.

Decidió Teresa correr el riesgo y dio las órdenes para ello pertinentes. A sus dos primas, Inés de Jesús y Ana de la Encarnación, las envió a que fueran a estarse con su hermano don Vicente de Ahumada, párroco de la parroquia del cercano pueblo de Villanueva del Aceral; y juntamente con ellas, escoltadas por Vicente Esteban, las dos monjas de la Encarnación. De tal modo las más timoratas se veían libres de las contrariedades que pudieran sobrevenir, mientras La Madre y las dos avezadas veteranas de San José, María Bautista y Ana de los Angeles, fueron con el padre Julián en busca de la casa de doña María Suárez a Fuente el Sol,

de donde pensaban dirigirse a Olmedo para tratar de conseguir el apoyo del obispo de Ávila, don Alvaro de Mendoza, que estaba pasando allí el verano.

Sin haber dormido y casi sin apenas haber tomado un bocado, las tres monjas de San José se pusieron en marcha por aquellos malos caminos, a toda la velocidad de que eran capaces las mulas, hacia el pueblo de Fuente el Sol. Por suerte, doña María se hallaba en su casa y las recibió inmediatamente con la mayor afabilidad. Para ella fue un placer venderles la casa de la calle de Santiago y que las monjas se la fueran pagando como fuesen pudiendo. Incluso pensó en el amueblamiento de la maltrecha mansión, insistiendo en que se llevasen algunos tapices y un repostero muy rico de damasco azul. Por último, dio a La Madre una carta para su mayordomo, que vivía en la casa, ordenándole que la desalojase y la entregase a ella. Con tales armas en su poder las polvorientas viajeras se despidieron, lo más pronto que la etiqueta castellana hubo de permitirles, y se diéron prisa en ir a Olmedo. Fácil les fue dar allí con el obispo, que las recibió con muy amables palabras de aliento y las envió en su carruaje que, a no dudarlo, sería mucho más veloz y, sobre todo, más cómodo que los carros, haciéndolas acompañar como guía por el capellán Alonso Muñoz.

De Olmedo a Medina sólo hay una distancia de unos veinte kilómetros, que podía recorrerse pronto en carruaje. La oscuridad se les echó encima durante el viaje cuando estaban bastante lejos aún de su destino. Era, pues, evidente que, cuando llegaran, el mayordomo de doña María estaría ya durmiendo y que asimismo estaría cerrado el convento de los carmelitas, de donde habían de dejarles los vasos para el altar, que debía prestar fray Antonio a fin de que pudiese decirse la misa a la mañana siguiente. Libre de

todo miedo, la madre Teresa dijo al padre Julián que se adelantase cabalgando —no se sabe si en su tranquila mula o en una cabalgadura de refresco, prestada por el ilustrísimo señor obispo, a fin de hacer saber a todos que ella venía de camino y no tardaría. El buen capellán picó espuelas a su cabalgadura y desapareció en la perfumada noche estival mientras la carroza seguía pausadamente.

Al filo de la media noche soltó riendas el padre Julián ante la puerta del convento de los carmelitas, en la calle de Santiago, de Medina. Se apeó de su cabalgadura y llamó a la puerta una y otra vez tan fuerte como le fue posible; pero he aquí que los buenos hermanos estaban profundamente dormidos, y hubo de pasar algún tiempo antes de que uno de ellos le oyese y acudiera a ver qué era semejante ruido. Es cosa que dice toda en favor del prior fray Antonio el que, a pesar de que se le despertara de un profundo sueño, acogió con la mejor voluntad al visitante, le invitó a estar como en su propia casa y, al oír que La Madre no tardaría en llegar y estaba decidida a fundar el convento al rayar el día, hizo que sus frailes reunieran a toda prisa las cosas que ella pudiera haber menester, como vasos sagrados, paños de lino, tapices y otros adminículos para la capilla y el altar.

Mientras estaban en tales preparativos, se oyó a la puerta la carroza en que llegaba La Madre, la cual descendió de ella para recibir la bienvenida jovial del padre Antonio. Había poco tiempo que perder y no era el momento de pensar en entretenerse; debían ponerse en el acto en camino con todo el equipo para la casa de doña María. Fray Antonio y dos o tres de los frailes insistieron en ir con ellas para ayudarlas a llevar todos los objetos que precisaban. Y, de tal suerte, en la madrugada del día 15 de agosto, se pusieron

en marcha frailes y monjas, constituyendo una extraña procesión nocturna, cargados unas y otros con los enseres precisos, como ropas de altar, vestiduras, cirios, incluso varios objetos sagrados de oro. En aquel instante comenzaron a oírse voces y el resonar de pezuñas contra el suelo en una calle por la que unos toros bravos venían corriendo del campo en busca de un corral, adonde se les llevaba en espera de la corrida que al día siguiente debía celebrarse en honor de la festividad de Nuestra Señora, y cuyos preliminares servían de distracción a una muchedumbre de desharrapados e individuos de baja ralea de Medina —mendigos, trasnochadores vagabundos, mujeres de vida airada y algún que otro joven calavera del pueblo, con un poco más de vino del preciso en el cuerpo, rasgueando una guitarra o punteando un laúd —. Y cabe imaginarse el asombro de los tales partidarios de la alta civilización al presenciar aquel desfile de religiosos a semejante hora de la madrugada.

Al referirse más tarde a ello, en una viva descripción, dice el padre Julián que parecían gitanos que hubieran estado robando una iglesia y que, si la policía les hubiese sorprendido, habría tenido que meterles en el calabozo hasta cerciorarse de a dónde iban a tal hora los sacerdotes, las monjas y los frailes aquéllos. A juzgar por la hora de entonces, y por las apariencias, no habrían tenido por qué creerles, ya que la gente que a tal hora deambula por la calle suele ser la del hampa y los vagabundos del lugar. Mas plugo a Dios que, si bien hubo quienes les detuvieron, no fueran gente de la policía, y les dejaron pasar, contentándose con decir las palabras que en tales horas está acostumbrada a proferir la gente de tal calaña. Los que formaban la exigua procesión no se atrevieron a abrir sus bocas para replicar y se dieron prisa, dejándoles decir cuanto quisieran (*Fundaciones*, cap. III).

Serían como las dos de la madrugada, tal vez algo más tarde, cuando lograron despertar al mayordomo de doña María y le pusieron al corriente de que debía marcharse en aquel mismo instante. De ello dice el padre Julián que llegaron con la ayuda de Dios a la casa en que estaba el mayordomo, al cual dieron tan mala noche, llamándole con aquella premura y queriendo meterse dentro de la casa en el acto por miedo de que les pasara algo malo, que, por fin, no tuvo más remedio que levantarse y abrirles la puerta. Al leer la carta de su ama el infeliz no supo hacer otra cosa sino obedecer pacientemente y entregar el local a los recién llegados.

Dice el padre Julián que, cuando allí entraron y miraron adentro, aquella parecía mucho peor de lo que le había parecido unas semanas antes, cuando él la desechara. El pórtico estaba lleno de tierra y de escombros, las paredes descascarilladas y por doquier rayadas, el suelo sucio a más no poder, el techo apenas si era una verdadera cobertura. Teresa entró en el patio y a la luz de una antorcha y de las lejanas estrellas contempló las melladas y medio caídas paredes por entre las que soplaba el viento frío de la meseta castellana. En la parte cercana al portal había tan sólo restos de lo que fueran antes cuartos habitados. Una escalera que conducía desde una puerta rota hasta una pequeña galería, en donde había estado viviendo el mayordomo y en donde estaba metiendo en un atado los pocos objetos personales que le pertenecían, era lo único hasta cierto punto intacto, así como el portal y una de las habitaciones. El resto, como uno de los cronistas dice, era más como un trozo de edificio, o una choza en la montaña, que la casa de una dama.

Por su parte, la madre Teresa escribió después: «Llegadas a la casa, entramos en un patio, las paredes harto caídas, me parecieron, mas no tanto como cuando fue de día se pareció. Parece que el Señor había querido se cegase aquel bendito padre, para ver que no convenía poner allí el Santísimo Sacramento... Las paredes sin embarrar, la noche era corta, y no trayamos sino unos reposteros, creo eran tres; para toda la largura que tenía el portal era nada. Yo no sabía qué hacer, porque vi no convenía poner allí altar...» (*Fundaciones*, cap. III).

En tal momento, el mayordomo, que ya parecía más despierto y más resignado, fue en su ayuda con unos cuantos tapices que había en la casa. Ellos, juntamente con la colcha de damasco azul de doña María, servirían para cubrir aquellas horribles paredes y tapar la oscura calle, pero no había clavos con qué clavarlos. La madre Teresa dijo que eso no importaba, que no había que preocuparse por tal cosa y que ya se encontrarían los clavos precisos, que en cualquier parte los habría, en las paredes, en las puertas medio rotas o en la cuadra que había en aquel desolado patio. Después de dar gracias a Dios por aquella inesperada ayuda, dispuso sus fuerzas con la debida estrategia para el ataque final. El padre Antonio y el padre Julián debían ir a buscar clavos en las paredes y colgar los tapices, mientras ella y las otras monjas, después de haber limpiado toda la suciedad y quitado los escombros del portal, barrieron y lavaron el suelo y trataron de quitar el polvo y las telarañas del techo y de las paredes.

Antes de romper el día, todas aquellas operaciones habían sido llevadas a cabo con tanto éxito que el sitio estaba lo más limpio que posible fuera jamás, el altar instalado y preparado, y la campanilla colgada en el pequeño corredor, pronto para anunciar al

mundo que el Cristo sacramentado había encontrado otro hogar en que morar.

Como a eso de las cinco de la mañana se le ocurrió a alguien advertir que, para que la fundación fuera legal, debía un notario público redactar una relación del hecho. Nada detenía a Teresa, y sus compañeros se dirigieron a casa del provisor para obtener el necesario permiso. El provisor les dijo que fuesen a despertar al notario, cosa que hicieron. Como es de suponer, se levantó el notario de mala gana para dar constancia de que estaban estableciendo un convento con la autorización y la bendición del ordinario.

La madre Teresa volvió a toda prisa a la ruinosa casa y ordenó que se tocase la campanilla para llamar a misa. Fray Antonio se revistió, ya que era él quien debía celebrar el Santo Sacrificio. Durante un momento surgió la duda sobre la posibilidad de colocar a las monjas en un lugar de retiro desde donde pudieran oír y ver la misa, como la regla mandaba; y La Madre las colocó en la pequeña escalera, desde donde podían ver por las rendijas de la vieja puerta.

Así fue entronizada su Majestad en San José de Medina; lo cual se realizó como el Señor le había dicho que debía hacer. Comenta Ribera que, si César pudo exclamar: «llegué, vi, vencí», cinco días después de haber desembarcado, la madre Teresa podía decirlo después de dos.

El padre Julián escribe que nunca la había visto tan cansada. Y, sin embargo, parecía sobrenaturalmente dichosa al pensar que Cristo tenía otro lugar más en qué reposar en este mundo perverso, por humilde que el sitio fuese; y, con esta idea fija en su mente, se puso La Madre a inspeccionar su nueva propiedad, a la luz del día. Tan ansiosa estaba de ver el patio, el exterior del

convento y la calle que apenas si se dio cuenta de la gente curiosa que iba aglomerándose afuera, mirando lo que ocurría y haciendo preguntas. Y, de pronto, toda su alegría se desvaneció, al ver que en algunos sitios, las paredes no sólo estaban cuarteadas, sino completamente en el suelo, que llevaría semanas el hacer las reparaciones precisas y que, mientras tanto, el Santísimo Sacramento iba a ser visto desde la calle.

Lo cual era una cosa verdaderamente seria en una localidad industrial y de feria llena de mercaderes de Francia, de los Países Bajos, de Inglaterra, varios de los cuales debían de ser sin duda alguna herejes. Teresa había oído decir lo que osaran hacer los calvinistas con la Hostia y las casas que la albergaban, en las ciudades de los países del Norte. Una gran parte del comercio de Europa en aquellos tiempos estaba en manos de hombres que se llamaban italianos, portugueses y españoles según les conviniera, y pasaban por luteranos, calvinistas o unitarios, incluso por católicos, según el país en que vivían en el momento; pero, que seguramente no eran partidarios de Cristo ni de su Iglesia. Y así habló de su impresión, escribiendo: «¡Oh, válame Dios, cuando yo vi a su Majestad puesto en la calle en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, que fue la congoja que vino a mí corazón!...»

Junto con tal miedo la sobrecogió una de las tentaciones más fuertes de su vida, una depresión de espíritu más dolorosa que cualquier sufrimiento físico, en cuyas negras profundidades la atacaba el enemigo haciéndola pensar en sí habría cometido un terrible, incluso un blasfemo error, sugiriéndola que todas las oraciones a aquello conducente no habían sido sino engaños, y toda su vida una malvada farsa. Así hubo de pasar todo el día, sopor-

tándolo en silencio, pues no quería que sus compañeras se entristeciesen más de lo que estaban, hasta que a la caída de la tarde llegó un jesuita enviado por el padre Baltasar desde el colegio, el cual la animó y la consoló mucho. La madre Teresa no le dijo nada acerca de su desolación ni de sus contrariedades, sino solamente de su inquietud acerca de lo del Santísimo Sacramento. Y, como era de todo punto evidente que la casa en aquel su estado no servía para convento, él la prometió tratar de encontrar otra mientras se llevaban a cabo las reparaciones necesarias.

Mientras tanto, Teresa estaba preocupada de día y de noche por la idea de que alguno de aquellos herejes o infieles extranjeros pudiera ofender de palabra o de hecho a Nuestro Señor. Y tanto de día como de noche iba a verle tantas veces como la era posible para contemplarle en aquella su solitaria y desnuda casa en la calle. Contrató, pues, a algunos hombres para que montaran la guardia de noche en la capilla, y, temiendo que pudiesen quedarse dormidos y descuidaran su obligación, ella se levantaría y vigilaría por una ventana, ya que hacía luna clara y podría verle bien.

Los ocho días siguientes, mientras los padres jesuitas buscaban una casa que poder alquilar, acudieron muchas personas a visitar el convento y se quedaron verdaderamente edificadas por la paciencia y el contento con que las monjas soportaban tanta incomodidad y una pobreza nada común. Era tan escaso el espacio que la escalera que daba al pórtico se utilizaba como coro, como confesionario, como locutorio, y, si caso había, incluso como «prisión», mientras el pequeño corredor de arriba servía de cuarto de recreo, dormitorio y sala de la comunidad. Tanto La Madre como sus hijas aceptaban con gusto todo aquello porque así lo había dispuesto el Señor. Y, como ella misma observaba, los visitantes

sentían gran devoción al ver a nuestro Señor en el pórtico, mientras que su Majestad, como quien no se cansa de humillarse ante los demás, parecía no querer abandonar aquel sitio. Sin embargo, había el peligro de la profanación y eso la resultaba intolerable. La casa tenía que ser casi por completo reconstruida, y, mientras tanto, las monjas debían encontrar una residencia en cualquiera otra parte.

Por fin, un mercader rico y muy devoto de la localidad, Blas de Medina, sugirió algo que resolvió temporalmente todas las dificultades. No lejos de allí, en la misma calle de Santiago, él y su familia vivían en una mansión demasiado espaciosa para ellos. Se la podría dividir en dos departamentos, y las monjas de San José de Medina pasarían a ocupar todo el piso de arriba, recibiéndoselas con sumo agrado. Teresa aceptó con profunda gratitud. Así, pues, ella y sus hijas recogieron todos sus bártulos y se mudaron a aquellos cuartos del piso superior, que eran más que sobrados para sus necesidades del momento; y alegrándose mucho al encontrar allí un grande y suntuoso salón decorado con hermosos dorados, acordaron que aquella debía ser la residencia de su Majestad, Cristo el Rey.

Reforzadas una semana más tarde por las cuatro monjas que habían ido a vivir temporalmente en casa de don Vicente de Ahumada, en Villanueva del Aceral, pudieron ya ponerse a vivir siguiendo con todo rigor la regla primitiva; y así estuvieron en aquella casa, tan calladamente y con tanta severidad como hubiesen podido hacerlo en Ávila, cerca de dos meses, durante casi todo el otoño del año 1567. La casa de doña María, después de convenientemente reparada, se convirtió en el núcleo del actual convento de Medina, en donde se muestra a los visitantes la pequeña venta-

na por donde La Madre contemplaba a su Majestad a la luz de la luna del mes de agosto. El dinero para los cambios y reparaciones, así como para la compra de la casa, fue donado por algunas buenas personas, una de las cuales residía en la misma calle, que fue doña Elena de Quiroga, sobrina de don Gaspar Quiroga, el que más tarde había de ser cardenal de Toledo, primado de España e inquisidor general, la cual no solamente pagó la casa, sino que incluso hizo construir la capilla. Años más tarde, ella fue monja en aquel convento, como también su hija Jerónima ([50]), muy contra la voluntad de su ilustre tío.

Luego, algunas de las casas próximas a la de doña María fueron siendo donadas al convento y juntamente con ellas algunos hermosos jardines, los cuales quedaron vinculados, pero Felipe II permitió su enajenación en el año 1570. Algunos años después se unieron a ellas otras casas, con las que contribuyó la viuda de un caballero de Santiago, y todavía algunas otras donadas por un sastre llamado Lázaro Zurdo. De tal suerte, el convento fue adquiriendo sus actuales proporciones y acumulando sus ricas tradiciones. Allí pueden los visitantes ver la celda de la madre Teresa, convertida luego en capilla, con sus pinturas de ángeles tocando el violín, y un banquillo en donde ella se sentaba a descansar, y en el suelo algunas manchas que las carmelitas han creído siempre eran manchas de su sangre, caídas de su cuerpo por los fuertes disciplinazos que se aplicaba.

[50] Santa Teresa no recibió la donación de doña Elena hasta algunos años más tarde, por consejo del padre Ribera y de otros jesuitas, incluso del confesor de la dama, porque ésta tenía varios hijos y creían ellos que tenía el deber de permanecer en el mundo hasta que los hijos tuviesen edad bastante para valerse por sí mismos.

Pudo, pues, disfrutar una breve temporada de tranquilidad antes de emprender nuevas tareas; y el único sentimiento que tenía era que el Señor no se había dignado hablarla una sola vez durante aquellas terribles horas de su fundación. Lo cual era verdaderamente insólito, ya que en la mayoría de sus duras pruebas y trabajos Él la había alentado siempre. Ella se preocupaba grandemente por tal falta, hasta que algunos años más tarde, después de haber recibido un día la comunión en Malagón, Le recordó con infantil ingenuidad que, durante la fundación de Medina no la había hablado ni una sola vez. Y su Majestad la replicó: «¿Qué más quieres que ver que esa fundación de Medina fue milagrosa?»

# CAPÍTULO XXI

## FRAILE Y MEDIO A FAVOR DE LA REFORMA

Ya era Teresa una persona célebre. Legos y clerecía de alta y baja categoría iban a pedirla les tuviera presentes en sus oraciones, a solicitar su consejo, a contarle sus contrariedades, o simplemente a verla por mera curiosidad. Así resultaba gran verdad lo de que «para aquellos a quienes Dios ama, todo trabaja juntamente en servicio de Dios». Los visitantes, que en un comienzo sólo eran una tentación, iban ahora acomodándose en el molde de su trabajo como piezas escogidas por un artista para formar un mosaico de raro valor. Lo cual era sobre todo cierto con referencia a un caballero que fue a visitarla durante el otoño que siguió al alborotado mes de agosto de 1567.

El caballero don Bernardino de Mendoza, hijo del conde de Ribadavia, era un hermano menor de don Álvaro, obispo de Ávila. Las vagas referencias que de su vida se tienen no dicen nada respecto de que compartiese con su hermano la piedad que a éste por lo general se le atribuía, y, al no haber más detalles sobre el particular, se está en el caso de pensar que llevaba una vida ociosa y sin objeto ninguno, al igual de tantos otros jóvenes que, como él, tenían más dinero a mano del que realmente habían menester, y que aspiraban de la vida el perfume del momento sin pensar gran cosa en la otra. El caso es que la madre Teresa, después que él la viera, tuvo una visión en que se la dio a comprender que el alma de él hallábase en estado tal que lo menos que merecía era el fuego

del infierno. Hay, pues, sobrados motivos para creer que él no habría intentado entablar conversación con una santa si no hubiese sido por causa de su declinante salud y bajo la influencia de su hermana mayor, viuda de don Francisco de los Cobos, comendador mayor de León.

Existe todavía un retrato del comendador Cobos hecho a la pluma, y uno, simplemente esbozado, de su esposa doña María, no menos estudiosa de la naturaleza humana que el propio emperador. En un memorándum secreto dejado para su hijo Felipe II, que gobernaba entonces a España en calidad de regente, memorándum que lleva la fecha del año 1543, el emperador describe a Cobos, que en tal sazón era miembro de su Consejo de Estado y su principal ministro de Hacienda, diciendo de él que es honrado y leal, pero osado y a veces en malas condiciones físicas, por lo que ya no es tan hábil como antes era. Su esposa le molestaba y le inquietaba, y había hecho un gran daño a su prestigio aceptando regalos; los cuales no eran de gran valor, y no dudaba de que Cobos acabaría con tal abuso ahora que se le había llamado la atención sobre ello. Cobos conocía íntimamente todos los asuntos imperiales y estaba en condiciones de servir a Felipe mejor que ninguna otra persona, si Dios se dignaba hacer que la causa antes dicha no interfiriese con la blandura de su carácter maternal. Mas como era ambicioso, intentaría granjearse el favor del joven regente, sirviéndose incluso de las mujeres para hechizar a Felipe, si éste mostraba alguna proclividad en tal sentido, porque Cobos había sido un joven, en sus tiempos, dado al libertinaje. Así, pues, Felipe debía conservarle en su cargo, pero, caso de que codiciase grandes recompensas, deberla dársele a entender que ello no era posible por no suscitar la envidia de los demás y su descontento.

La reputación de doña María salía mucho mejor parada de las manos de una santa que de las del emperador. Si en vida de su esposo había sido excesivamente codiciosa, todo ello cambió en cuanto aquél murió, en el año 1547; y la madre Teresa pudo muy bien haber consignado la opinión pública acerca de tal dama cuando escribió que era: «muy cristiana y de grandísima caridad de antes que yo la avía tratado, que sus limosnas en gran abundancia lo daban bien a entender» (*Fundaciones*, cap. X).

Así, pues, un día de otoño de aquel año, la mencionada dama y su hermano don Bernardino fueron a la casa de Blas de Medina para saludar a La Madre en su convento temporal del segundo piso. No era aquella la primera entrevista que con la santa tuvieran. La habían ya conocido por mediación de su hermano el obispo en Ávila, en donde don Bernardino había hecho varios donativos al primer convento; y entonces la ofreció regalarle una casa que poseía a cosa de un cuarto de legua de Valladolid, casa que antiguamente fuera un lugar de diversión para el comendador Cobos y que tenía muy bellos jardines. Don Bernardino había reiterado su ofrecimiento cuando la vio en Olmedo con motivo de la visita que ella hiciera allí el obispo, en su viaje a Medina, y ahora se lo hacía por tercera vez. Pero se presentaban para ellos algunos inconvenientes. En primer lugar, Teresa estaba proyectando establecer una fundación en Malagón; y, aparte de ello, el Concilio de Trento había prohibido que las monjas viviesen fuera de las ciudades. Esto no obstante, ella decidió aceptar, por dos razones: primero, porque una vez en posesión de la propiedad de don Bernardino podría cambiarla por otra en la ciudad; y, ya que él estaba tan resuelto a ello, no quería impedirle hacer una buena obra, ni dañar a su devoción.

La idea de aquella fundación en Malagón se la había sugerido a Teresa en una carta su antigua amiga doña Luisa de la Cerda, la señora feudal de una pequeña localidad agrupada en derredor de uno de sus antiguos castillos, a un día de camino de Toledo. Estaba bastante lejos, comparado con Valladolid; sin embargo, no había más remedio que decir algo al respecto, ya que ello implicaba el ir desparramando las fundaciones cada vez más lejos, y que, por añadidura, la población de Malagón era demasiado pequeña como para poder sostener un convento con sus limosnas, pero este inconveniente no era de gran monta toda vez que doña Luisa estaba dispuesta a donarle una renta anual. Y aunque Teresa se había mostrado refractaria a esto último en Ávila, sus amigos letrados, incluso el padre Báñez, hubieron de recordarla que el Concilio de Trento había permitido que las comunidades de monjas aceptasen donativos. Y la preguntaron, a tal respecto, quién era ella para poder oponerse a los decretos de todo un Concilio.

Mientras estaba en ello pensando, se le sugirió un tercer proyecto o, mejor dicho, se le reiteró, en una conversación que sostuvo con el prior del convento carmelita, fray Antonio de Heredia. Fui el caso que ella le confió «muy en secreto» que tenía autorización del padre Rubeo para fundar un convento de frailes descalzos y rogaba a Dios que le enviase por lo menos un buen candidato para que la diese alientos. Fray Antonio conocía a muchas buenas personas en Medina y en muchas otras partes de Castilla, y acaso supiera de uno o dos que pudiesen ser a propósito para ello. Teresa se quedó verdaderamente sorprendida por el efecto que aquella indicación había producido en el jovial prior. Y a tal respecto, escribió en su día:

«Él se alegró mucho cuando lo supo, y me prometió que sería el primero; yo lo tuve por cosa de burla, y ansí se lo dije; porque aunque siempre fue muy buen fraile, y recogido, y muy estudioso, y amigo de su celda, que era letrado, para principio semejante no me pareció seria, ni ternía espíritu, ni llevaría adelante el rigor que era menester, por ser delicado, y no mostrado a ello. Él me aseguraba mucho, y certificó, que avía muchos días que el Señor le llamaba para vida más estrecha, y ansí tenía ya determinado irse a los cartujos, y le tenían ya dicho le recibirían. Con todo esto no estaba muy satisfecha, aunque me alegraba oírle, y roguéle que nos detuviésemos algún tiempo, y él se ejercitase en las cosas que avía de prometer» (*Fundaciones*, cap. III).

Así mantuvo a prueba a fray Antonio durante un año, en el transcurso del cual él soportó con paciencia toda clase de inesperados sinsabores, de tentaciones y persecuciones. Mientras tanto él la presentó, lo que luego pareció ser una verdadera suerte, a un joven sacerdote de su orden, llamado Pedro de Orozco.

Fray Pedro había terminado su curso de teología en la Universidad de Salamanca, al acabar aquel año académico, y había vuelto a Medina con un amigo y compañero estudiante, Juan de San Matías, después de una ausencia de cuatro años. Ambos fueron ordenados en el convento carmelita de Santa Ana, tal vez unos días antes de que Orozco fuese a ver a la madre Teresa. A no dudarlo, debía ser un fraile corriente sin dones especiales de espíritu, por cuanto Teresa, en la breve referencia de aquello, ni siquiera menciona su nombre ni dice nada respecto a él, salvo que le habló en términos de gran encomio, «grandes cosas» acerca de su compañero de clase, el fraile Juan de San Matías. Ni hace tampoco mención de cuáles eran aquellas «grandes cosas». Tal

vez una de ellas fuese que estaba tratando de seguir la regla primitiva, no durmiendo más que tres horas por la noche, soportando heroicos sufrimientos, y hablando tan sólo de Dios y de las cosas de Dios de forma tal que deleitaba a cuantos le oían. Teresa dio gracias a Dios al oír aquello y rogó a fray Pedro que le llevase a su compañero para que la viese.

No era cosa fácil, pues fray Juan, una vez hecho su voto de castidad, había celosamente evitado todo encuentro con mujeres, incluso si eran verdaderamente santas. No se sabe, pues, por qué consintió en tal ocasión, pero el hecho es que consintió, y un día de otoño la madre Teresa miró a través de la cortina de su reja para ver a la parte de afuera a un fraile que estaba de pie y era tan pequeño y esmirriado que se diría un muchacho disfrazado con el hábito de carmelita. Contaba a la sazón tan sólo veinticinco años de edad. Su cabeza, de negros cabellos, estaba tonsurada; su rostro ovalado era muy moreno, alta la frente y ancha sobre unas cejas muy marcadas, su nariz larga y aquilina. Y aunque apenas si se alzaba del suelo cinco pies y dos pulgadas, su continente denotaba gran nobleza y compostura. Sus manos cruzadas, su cuerpo inmóvil y casi etéreo, así como todas las líneas de su semblante sensible y pensativo, denotaban la interior armonía y la paz de su alma.

Al poco tiempo de estar allí, ya se había olvidado de si la monja que estaba al otro lado de la cortina y le doblaba la edad era o no era una mujer. «En el cielo, ni se casan ni se las da en matrimonio.» Y en la tierra hay algunos espíritus que experimentan el goce de la camaradería a un punto tal que trasciende todos los accidentes posibles de la cuna, la edad o el sexo. Y así ocurrió con fray Juan y la madre Teresa. Habló él con la misma libertad y

soltura que si la hubiera conocido toda su vida, la refirió sus oraciones y sus esperanzas para lo futuro.

Por su nacimiento se llamaba Juan de Yepes y había nacido en Ontiveros, cerca de Ávila, en el año 1542. Su padre, Gonzalo de Yepes, procedía de una buena familia de Toledo, mientras que su madre, Catalina Álvarez, era de origen humildísimo, y trabajaba como tejedora de seda y de lana, oficio que enseñó a su marido cuando la desgracia los sumió en gran pobreza. Poco después del nacimiento de Juan (pues tenía otros dos hermanos, Francisco y Luis), la valerosa mujer se había quedado viuda, teniendo que mantener a sus hijos con sólo pan negro cuando había poco trabajo; les llevó luego a Toledo para conseguir ayuda de los parientes de su marido, pero todo fue en vano; y anduvo cinco leguas (quince millas) hasta Gálvez, en donde otro de los parientes les prestó alguna ayuda; y, por último, se volvió a Ontiveros para recomenzar con su mal pagado oficio de tejedora.

No tenía, pues, el pequeño Juan necesidad ninguna de tomar por esposa a la señora Pobreza, ya que había sido su hermana desde la cuna y creció junto con él. Pero él amaba a una Señora todavía más grande. Se acordó del altar que había en la choza de su madre y que tenía una estatua de la Purísima. Una vez, el año del hambre y la sequía, cayó en un lugar de aguas profundas y vio a aquella misma Señora, de la que con el tiempo escribió: «Míos son los ángeles y la Madre de Dios», la cual le tendía las manos para salvarle..., manos de belleza tal que él no habría osado alargar las suyas enlodadas para tocar las otras, incluso a riesgo de no salvar la vida; y luego he aquí que llegó un trabajador y lo pescó con una pértiga, después de lo cual la Señora desapareció.

Cuando tenía como unos nueve años, su anciana madre Catalina le llevó a Arévalo, en donde encontró trabajo con un tejedor establecido cerca del río Adaja, casi a la sombra de aquel castillo medieval de cinco pisos en que Isabel la Católica estuvo viviendo hasta la edad de doce años. Allí se casó su otro hermano, Francisco, y se marchó para establecerse en un negocio en Medina del Campo, desde donde mandó a buscar a su madre y a su hermano Juan. Este Francisco, aunque tuvo varios hijos, pidió a Dios le diera el regalo de la pobreza, súplica que fue escuchada; sin embargo, se las arregló para enviar a su hermano menor a que le enseñaran las monjas del Colegio de los Niños de la Doctrina, a cambio de lo cual el pequeño Juan pediría limosna para los niños que vivían en la pobreza más estrecha en una ciudad cuya fabulosa riqueza era objeto de intercambio cuatro veces todos los años en sus ferias anuales.

A los catorce años de edad Juan ayudaba a misa todas las mañanas en el monasterio de las Magdalenas en le calle de Santiago, muy cerca del sitio en que estaba ahora hablando con la madre Teresa. Después, un caballero, Alonso Álvarez de Toledo, le ofreció trabajo en un hospital de donde él era ecónomo, recogiendo dinero para los parientes y ayudando a curar a los enfermos de viruela. Lo mejor que esto tenía era que se le dejaba tiempo para estudiar gramática en el nuevo colegio de los jesuitas. Su tutor en él era el gran humanista padre Bonifacio, y es muy probable que continuara sus estudios en dicho colegio durante cuatro años, desde 1557 a 1561. En el año 1563 se hizo carmelita y adoptó el nombre de Juan de San Matías. Cuando leyó la historia de la Orden y vino en conocimiento de que la regla que seguía no era la primitiva, se encendió en él un vivo deseo de vivir como los primeros ermitaños, y, al parecer, estaba resuelto a hacerlo cuando

profesó en el mes de agosto del año 1563, el mismo día 22 en que fray Ángel de Salazar dio a la madre Teresa la autorización por escrito para vivir en el convento de San José en Ávila. Y entonces se le envió, junto con otros carmelitas, al *studium generale* que su Orden tenía en Salamanca.

Esta ciudad, «la Atenas de España», estaba en aquel entonces en la cúspide de su prestigio, oscureciendo incluso el de la Universidad de París. En los primeros años del siglo XVI la enseñanza de la teología en tal ciudad y, por ende, en todo el país, había caído en el descrédito hasta que el ilustre dominico Francisco de Vitoria, por la completa influencia de sus discursos y sus sencillos escritos, desprovistos de retórica, lograra rescatar las ciencias sagradas de la que el padre Bruno llamaba la «desdichada especulación del escolasticismo decadente» por la vuelta a las Sagradas Escrituras, a los padres de la Iglesia y a las definiciones de los Papas y de los Concilios. De tal suerte el verdadero escolasticismo de la Edad Media consiguió resanar los blasones de la Universidad de Salamanca, y le primera cátedra de teología, sí bien se la concedía mediante concurso de competencia, fue desempeñada durante dos siglos por los grandes maestros dominicos, como Melchor Cano, Domingo de Soto, Pedro de Sotomayor y, después, en tiempo de Juan de San Matías, por Juan Mancio del Corpus Christi, que daba sus lecciones sobre la tercera parte de la *Summa* en el año 1567-1568. Fray Juan sólo había cursado un año de teología sin alcanzar el título de maestro. Acaso fuese natural que un estudiante que había escogido un determinado cuarto porque desde su ventana podía ver el Santísimo Sacramento despreciara los grados superiores y pensara más en el conocimiento mismo que en su jerarquía académica.

Dotado de un genio literario de primer orden, el joven fraile vio la grandeza y amplitud, la altura y la profundidad de las cosas con demasiada claridad como para escribir por la simple gloria o por su sola y personal satisfacción, y era, por lo tanto, natural esperase, hasta que supiera bien lo que tenía que decir; por lo cual no dejó trabajos de juventud, sino solamente cosas de la madurez y de una sola pieza. Dotado de una extraordinaria memoria, se sabía de corrillo gran parte de la Biblia, especialmente el Cantar de los Cantares, los Proverbios, los Salmos y el Eclesiastés. Su amigo Juan Evangelista dice que nunca le había visto leer otra cosa que los Santos Evangelios, la obra *Contra Haereses*, de San Agustín, y el *Flos Sanctorum*. Su conversación versaba siempre sobre Dios y las cosas de Dios. Cuando los compañeros estudiantes querían describir sus conversaciones, siempre acudía a sus labios la palabra angélico, y, sin embargo, se acordaban de que sus explicaciones eran ingeniosas, sus ilustraciones humorísticas y que les hacía reír siempre. Tal alegría suya estaba perfectamente cimentada. No había para él penitencia que fuese demasiado fuerte. No dormía más que tres horas de las veinticuatro del día, y parecía haberse adueñado del pensamiento de Santo Tomás y de la gran facilidad de escribir sin el menor esfuerzo; pero no era un servil imitador de nada y en todo cuanto escribió o dijo dio palmarias pruebas de poseer una personalidad fuerte y original.

Una de sus frases favoritas era: «Donde no hay amor, poned amor y encontraréis amor.»

Aunque la madre Teresa podía no haber visto ninguno de sus escritos —y es muy posible que todavía no hubiese escrito nada— conocía la naturaleza humana lo bastante para haberle calado exactamente, lo mismo que había penetrado en lo intimo de fray

Antonio. No podía, pues, por menos de ver en él un espíritu afín, ya que ella sentía tanto amor por la santidad, el intelecto, la penitencia y la alegría. Y, a su vez, tampoco podía por menos de sentir recíprocamente afecto por semejante mujer un hombre de tal catadura. De entonces en adelante serían espiritualmente como madre e hijo. Cuando fray Juan la dijo que también él, al igual de fray Antonio, soñaba con una vida más severa, ella le descubrió su ilusión de un monasterio de hombres que llevasen la vida primitiva de los ermitaños del Monte Carmelo, como hacían ella y sus monjas, y le rogó esperase hasta que encontrara una casa. Ella le enseñaría entonces la observancia de la regla primitiva, y él y otro u otros dos compañeros serían los primeros frailes de la Reforma. Juan aceptó la idea y volvió a su convento para entregarse de lleno a sus oraciones.

Teresa, pensando en el gran fray Antonio y en el pequeño fray Juan, penetró luego en la sala de recreo de la comunidad, exclamando: «¡Alabado sea Dios, que ya tengo fraile y medio para la fundación de mi monasterio!»

Tal fue el comienzo de su amistad de toda la vida con el glorioso hombrecito a quien se conoce como San Juan de la Cruz. Acostumbraba ella llamarle «mi Senequita», lo cual era un gran elogio, si se piensa en el gran predicamento en que entonces se tenía al filósofo pagano en el país de su nacimiento. Decía de él que estaba hecho con arreglo al corazón de Dios y al de ella. Le cobró asimismo gran afecto a su madre Catalina, que ya estaba volviéndose harto vieja. Los archivos del convento de Medina del Campo dan constancia de que ellas le procuraban zapatos y otros objetos que ella había menester, y que, por último, dieron sepultura a su frágil cuerpo entre los de las hermanas de la comunidad,

encomendando con gran fervor su alma a Dios. Ella había sido generosa con Dios, y Dios, concediéndola la pobreza que ella anhelaba, la tuvo presente hasta el último instante de su vida.

Mientras fray Antonio y su Senequita esperaban que la divina bondad les procurarla la casa anhelada, el entendimiento práctico de Santa Teresa trabajaba ya pensando en lo que inmediatamente pudiera hacerse. Tenía en estudio la proposición de doña Luisa, de fundar un convento en Malagón, y una invitación de doña Leonor de Mascareñas para que enseñase a las monjas del convento reformado, fundado en Alcalá por la hermana María de Jesús, la observancia de la regla primitiva. De todas suertes, su obra en Medina había llegado ya a su término; y, mientras daba vueltas en su cabeza a la primera cosa que podría emprender, dejó allí como priora a la hermana Ana de Jesús y se marchó a Ávila, probablemente hacia mediados del mes de octubre de 1567, llevándose consigo a la hermana Ana de los Angeles, que estaba ya en condiciones de tomar parte en la fundación de otro convento dondequiera que fuese.

En Ávila recibió otra visita de doña María de Mendoza y de su hermano, don Bernardino, que estaban a punto de partir para sus posesiones de Úbeda. Para ello pasarían por Madrid y por Alcalá y tenían sitio para ella en su carruaje y una o das compañeras más. Le pareció a Teresa que aquello era una oportunidad providencial para poder ayudar a las monjas de Alcalá y para poder hablar con doña Luisa respecto al asunto de la fundación en Malagón, y aceptó la invitación que se le hacía. Un día, cerca de comienzos del mes de noviembre del ato 1567, partió en el gran carruaje del difunto comendador Cobos, junto con doña María, don Bernardino, Ana de los Angeles y Antonia del Espíritu Santo.

Cuando llegaron a Madrid, que sólo distaba un día de camino, en carruaje, doña María y su hermano fueron a casa de unos aristocráticos parientes, de los muchos que tenían, y las monjas pararon en casa de doña Leonor de Mascareñas, que, aunque al exterior parecía un verdadero palacio, interiormente era un verdadero convento. Era su dueña una anciana dama portuguesa que años antes había hecho voto de perpetua castidad, al llegar a Castilla en compañía de la hermosa princesa Isabel, prometida del emperador Carlos V. A los veinticuatro años había sido aya de Felipe II y era indudable que ejerció una gran influencia en el desarrollo de su carácter y su pensamiento católicos. Más tarde había servido a su desgraciado hijo don Carlos en el mismo menester, y una vez cumplida tal misión trató de hacerse monja, pero el rey no se lo permitió, creyendo que podría hacer mucho mayor bien permaneciendo en el mundo. Y desde entonces se contentó con ser la amiga y favorecedora de los religiosos. La fundación del convento carmelita de Alcalá por María de Jesús había sido una de tantas de sus obras de caridad. En su misma casa en Madrid tenía habitaciones reservadas, dispuestas en completa clausura, en donde podían hallar albergue y mantenimiento todos los siervos de Dios. Al lado, en la plaza de Santo Domingo, había establecido un convento de monjas franciscanas descalzas bajo la protección de Nuestra Señora de los Angeles; y allí fue en donde la madre Teresa y sus dos compañeras pasaron los próximos quince días, mientras su protectora trataba de conseguirles el permiso del ordinario para su visita a Alcalá.

Teresa se sintió muy complacida con las monjas franciscanas. Aunque muchas de ellas procedían de casas lujosas y aristocráticas, vivían de lo que a su puerta se dejaba, y cuando no había

bastante para la comida se pasaban sin ella, y daban gracias a Dios. A pesar de todo, no encontró Teresa que tenían toda la reclusión que esperaba encontrar. A la corte de Felipe II llegó la noticia de que la *Beata* de Ávila estaba en Madrid, y todo el mundo quería verla. Las damas piadosas de las familias nobles querían que las tuviera presentes en sus oraciones. Otras iban por simple curiosidad, con la esperanza de verla en uno de sus éxtasis. Ni que decir tiene que nada habría resultado para ellas tan interesante como presenciar alguna de aquellas levitaciones, y verla elevarse en el aire, ¡como aquel Cupido que era tirado por cuerdas para disparar los fuegos artificiales sobre las cabezas de los habitantes de Benavente cuando el rey Felipe se puso en viaje para Inglaterra en el año 1554! Aquellas distinguidas damas esperaban presenciar un espectáculo extraordinario, tener una sensación que les distrajera un poco del aburrimiento del largo invierno de Madrid.

Teresa no hizo absolutamente nada para satisfacer su curiosidad, y se resguardaba tras frases frívolas y asuntos terrenales, limitándose a decir que las calles de Madrid eran muy hermosas, como podría haber dicho otro turista cualquiera, y que los parques eran encantadores. Y soslayaba cuantas preguntas se le hacían acerca de sus visiones, su método de oración, sus experiencias íntimas en general, cambiando hábilmente de conversación, haciéndola recaer sobre las cosas mundanas que estaban perfectamente al alcance de las inteligencias de sus visitantes. Algunas de ellas quedaron decepcionadas y se marcharon diciendo que no era una santa, en realidad, sino una monja como otra cualquiera, acaso verdaderamente buena, pero exageradamente estimada.

Un día, cuando ya estaba a punto de partir, fue invitada por la princesa Juana, hermana del rey, a visitar el Real Monasterio de las Monjas Franciscanas Descalzas, fundado por ella en la casa donde había nacido. Madre del rey don Sebastián de Portugal, había vuelto a su país de origen después de la muerte de su esposo, había desempeñado el cargo de regente del reino durante la ausencia de su hermano en Inglaterra, se había dedicado por completo al pobre infante don Carlos, y en aquel entonces llevaba una vida de verdadera monja en el convento por ella fundado. Doña Juana era una mujer dulce y amable, virtuosa y muy instruida. Teresa se condujo con ella de manera bien distinta, así como también con las franciscanas del monasterio real. Habló con ellas, contestó a cuantas preguntas se le hicieron, bromeó tanto y tan bien que todas estaban encantadas, y luego dieron gracias a Dios por haberse dignado mostrarles una santa a la que podían imitar; que charlaba, dormía y comía como todas ellas y que hablaba sin cumplidos ni mojigatería espiritual.

Obtenida, por fin, la autorización del ordinario para poder hacer la visita a Alcalá, que era de su jurisdicción, a La Madre y a sus compañeras se unieron doña María de Mendoza y su hermano, y partieron todos juntos en dirección a Alcalá el día 21 de noviembre del año 1567. En el camino él firmó el documento de la cesión de su propiedad cerca de Valladolid y se lo entregó a La Madre. En Alcalá, adonde llegaron antes de la noche, se separaron los amigos, continuando don Bernardino y su hermana para Úbeda y dirigiéndose Teresa y las otras hermanas al convento de la Imagen.

Se quedó allí dos meses actuando como madre superiora, instruyendo a las monjas e incluso a la fundadora de la casa. No tardó

Teresa en darse perfecta cuenta de en dónde estaba el inconveniente. La madre María de Jesús, a pesar de toda su virtud, no tenía el don de la habilidad ejecutiva. Había establecido una rutina tan severa e inflexible que algunas de las monjas estaban a punto de sufrir un ataque nervioso, sintiéndose sumamente descontentas y desgraciadas. Con su buen humor, su gran sentido común y su profunda comprensión de la naturaleza humana, la atmósfera del convento cambió por completo en unas cuantas semanas. Ella desaconsejó las penitencias excesivas, estableció un régimen que podían seguir perfectamente hasta las más débiles de la comunidad, sin perjuicio alguno para la salud del cuerpo ni la del espíritu, y restableció el ambiente de alegría, que es el verdadero acento de la santidad católica.

En medio de todo aquel ajetreo, a comienzos del año 1568, recibió algunas malas noticias de doña María de Mendoza, desde Úbeda. Don Bernardino se había puesto seriamente enfermo a las pocas semanas de su llegada y empeoraba de día en día. Cuando se llamó a un sacerdote para que le oyese en confesión, no pudo ya hablar y sólo consiguió hacer señales de que se arrepentía de todos sus pecados. Murió sin confesión.

Cabe imaginar la premura con que Teresa se puso a rogar por el alma de aquel desgraciado. Si había orado durante años por el alma de aquel infeliz que un día le diera un vaso de agua en el camino, ¡con cuánta más unción y fervor no habría de orar por quien le había dado nada menos que una casa! ¡Cuántas oraciones, cuántas penitencias no habría de ofrecer hasta que, con esa fe que mueve las montañas, pudo arrancar una respuesta a sus impetraciones! Así, escribió: «Díjome el Señor, que avía estado su salvación en harta aventura, y que avía avido misericordia dél,

por aquel servicio que avía hecho a su Madre en aquella casa que avía dado para hacer monesterio de su Orden, y que no saldría del purgatorio hasta la primera misa que allí se dijera, que entonces saldría...» (*Fundaciones*, cap. X)

Se sentía Teresa inclinada a ir a Valladolid al instante. Sin embargo, había hecho todo aquel viaje para ir a ver a doña Luisa, que la estaba esperando en Toledo, y no podía, en modo alguno, marcharse sin verla. Al propio tiempo tenía que acabar su tarea en Alcalá. Hecho lo cual se puso en camino lo antes que le fue posible, a pesar de la nieve y del agua y de los vientos helados, llegando a Toledo antes de la Cuaresma.

Tenía constantemente en el pensamiento a don Bernardino. La preocupaban los tormentos que debía estar sufriendo, sufrimientos que habían de continuar hasta que la balanza de la justicia de Dios pudiese quedar en el fiel, gracias a una buena acción que sólo ella era capaz de llevar a cabo. Aquello era una gran responsabilidad. Sin embargo, era una ineludible obligación suya el discutir todos los detalles concernientes a la proyectada casa de Malagón. Doña Luisa de la Cerda se ofreció a proporcionar la casa, la capilla y el acomodamiento preciso para trece monjas, y a dar una suma anual para su mantenimiento, con lo que el problema de la renta se planteaba de nuevo en toda su fuerza. Como ya se ha visto, Teresa se había decidido por la pobreza. Pero la falta de población en Malagón tenía toda la fuerza de ser una excepción, y fray Domingo Báñez, a quien había visto en Alcalá, la recordó que el Concilio había decretado en favor de la aceptación de las rentas. Y, sometiéndose a tal criterio, aceptó el ofrecimiento de la señora doña Luisa de la Cerda.

La condujo la gran dama, junto con otras dos monjas, a la adusta fortaleza de sus antepasados, en Malagón. Después de su llegada, el Domingo de Pasión, en el año 1568, ocurrieron algunos hechos notables. Por lo pronto, Teresa tuvo dos éxtasis en presencia de extraños, lo que la produjo una gran confusión. Y cuando se la llevó a contemplar cierto lugar interesante para emplazamiento del monasterio no pudo por menos de exclamar que aquello debía dejarse para los frailes descalzos de San Francisco..., que, por cierto, establecieron allí un convento unos cuantos años más tarde. Por último, encontró una casa que podría servir para su objeto, y en ella, el día 11 de abril de 1568, Domingo de Ramos de aquel año, penetraron las monjas, vestidas con sus mantos blancos de coro, cubiertos los rostros con los velos negros y cada una con un cirio encendido en la mano. La gente del pueblo acudió en masa a oír la misa y a presenciar la entronización del Santísimo Sacramento.

El convento de San José de Malagón estaba en la plaza, muy cerca del castillo. No tardó mucho tiempo Teresa en convencerse de que había cometido un grave error, porque los gritos de la calle y otros grandes ruidos resultaban una distracción constante para las monjas. Al propio tiempo seguía preocupándose de la cuestión de la renta, hasta que sus escrúpulos fueron acallados por una visión extraordinaria que tuvo, probablemente hacia 1569 o 1570, y que ella describió de esta manera: «Acabando de comulgar, segundo día de Cuaresma en San José de Malagón, se me representó nuestro Señor Jesucristo en visión imaginaria como suele, y estando yo mirándole, vi que en la cabeza, en lugar de corona de espinas, en toda ella (que debía ser adonde hiciera llaga) tenía una corona de gran resplandor.

»Como yo soy devota de este paso, consolóme mucho, y comencé a pensar qué gran tormento debía ser (pues había hecho tantas heridas) y a darme pena.

»Díjome el Señor que no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije ¿qué podía hacer para remedio de esto, que determinada estaba a todo? Díjome que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese priesa a hacer estas casas, que con las almas de ellas tenía Él descanso. Que tomase cuantas me diesen, porque había muchas que por no tener adónde no le sirvían y que las que hiciesen en lugares pequeños fuesen como ésta, que tanto podían merecer con deseo de hacer lo que las otras, y que procurase anduviesen todas debajo de un gobierno de prelado, y que pusiese mucho cuidado, que por cosa de mantenimiento corporal no se perdiese la paz interior, que Él nos ayudaría para que nunca faltase. En especial tuviesen cuenta con las enfermas, que la prelada que no proveyese y regalase a la enferma, era como los amigos de Job, que Él daba el azote para bien de sus almas, y ellas ponían en aventura la paciencia. Que escribiese la fundación de estas casas.»

Teresa seguía ocupada en la organización de la nueva comunidad cuando doña Luisa abandonó Malagón, en el mes de abril, para llevar a su único hijo, don Juan Pardo de Tavera, que sufría del mal de piedra, a las aguas de Horcajo, cerca de Montilla, en Andalucía. Llevaba consigo el manuscrito de la autobiografía de La Madre, que le había prometido entregarlo lo antes posible al Beato Juan de Ávila, que vivía en aquel momento en Montilla. El inquisidor don Francisco de Soto, a quien se lo había mostrado fray García de Toledo, había sugerido que se le hiciese ver al gran predicador, cuyas palabras habían sido la causa de la conversión

de San Juan de Dios y de San Francisco de Borja, y había accedido a aceptar su veredicto. Mas, aunque doña Luisa pasó la mayor parte de la primavera a un día de viaje de donde él se hallaba, no creyó conveniente enviarle el manuscrito. Los sentimientos de Teresa por tal cosa se manifiestan patentemente en la carta que a la dama escribió, el día 18 de mayo, antes de marcharse de Malagón, y que dice así:

*«Jesús sea con V. S. Ya quisiera tener más espacio para alargarme aquí; y pensando tenerlo hoy de escribir, helo dejado hasta el postrer día, que me voy mañana, que son XIX de mayo, y he tenido tanto que hacer, que no me ha quedado lugar. Con el padre Paulo Hernández escribiré; aunque yo no he sabido de él cosa después que se fue de aquí, diréle lo que V. S. manda. He alabado a nuestro Señor de que el camino haya sucedido tan bien: harto se lo suplicamos acá. Plega a su Majestad sea así todo lo demás.*

*»Voy buena y cada día mejor con esta villa; y así lo están todas; no hay quien ya tenga ningún descontento, y cada día me contentan más. Yo dije a V. S., que de las cuatro que vinieron, las tres tienen gran oración, y aún más. Ellas son de suerte que V. S. puede estar segura que, aunque yo me vaya, no faltará un punto de perfección, en especial con las personas que quedan... Dios les tenga muchos años aquí, que yo voy bien descuidada de todo con él y el cura. Besa las manos de V. S.; porque es tan no sé cómo que no le envía encomienda; yo, con la comisión que tengo de V. S., se las di: es cosa grande lo que le debemos.*

*»Yo no puedo entender por qué dejó V. S. de enviar luego mi recaudo al maestro Avda. No lo haga por amor del Señor, sino que a la hora con un mensajero se le envíe, que me dicen hay jornada*

*de un día no más: que esperar a Salazar ([51]) es dilaste, que no podrá salir, si es rector, a ver a V. S., cuanti más ir a ver al padre Ávila. Suplico a V. S., si no le ha enviado, luego le lleven, que en forma me ha dado pena, que parece el demonio lo hace: y con el señor licenciado me tenté mucho, que le había yo avisado que le llevase cuando fuese, y creo el demonio le pesa de que le vea ese santo; la causa no la alcanzo... Suplico a V. S., desde luego, lo envíe, y haga lo que supliqué a V. S. en Toledo; mire que importa más de lo que piensa.»*

Al día siguiente Teresa se marchó de Malagón cabalgando a lomo de caballo o de mula, para lo que se tomó la libertad de utilizar una silla de montar que encontró en el castillo. Cuando llegó a Toledo hacía un calor enorme y estuvo enferma en cama durante varios días en el palacio de La Cerda, muy rígida por el exceso de ejercicio. El día 27 de mayo se levantó para celebrar la festividad de la Ascensión de nuestro Señor y para escribir una larga carta a su bienhechora, en la que, entre otras cosas, decía:

> *«Jesús sea con V. S. Hoy, día de la Ascensión, me dio su carta de V. S. el licenciado, que no me dio poca pena, hasta leerla, cuando supe que era venido; con que imaginé lo que podía ser; gloria sea a nuestro Señor, que está V. S. buena, y el señor don Juan, y esos mis señores. En lo demás no se le dé a V. S. nada. Y aunque esto digo, a mí se me ha dado, y así le he dicho lo ha hecho mal, y está harto confuso, a mi parecer, si no que cierto no se entiende. Por una parte desea servir a vuestra merced y dice la quiere mucho, y así hace; por otra, no se sabe valer. También tiene un poco de*

[51] Gaspar de Salazar, S. J., rector en aquel entonces de Madrid. Al parecer, done Luisa quería mostrarle el manuscrito antes de entregarlo el Beato Juan de Ávila.

*melancolía, como Alonso de Cabria. ¿Mas qué son las diferencias de este mundo, que éste pueda estar sirviendo a V. S. y no quiera, y yo que gustaría, no pueda? Por estas y otras peores cosas hemos de pasar los mortales; y aun no acabamos de entender el mundo, ni se quiere dejar.*

*»No me espanto tenga V. S. pena; ya lo entendí que había de pasar harto, por ver su condición de V. S. que no es para entenderse con todo; mas, pues es para servir a el Señor, páselo V. S. y entiéndase con Él, que no la dejará sola. Acá no ha de parecer más a nadie su ida de V. S., sino haberla lástima; procure desechar, mire lo que nos va en su salud. La mía ha sido harto ruin estos días. A no hallar el regalo que V. S. tenía mandado en esta casa, fuera peor; y ha sido menester, porque con el sol del camino, el dolor que tenía cuando V. S. estaba en Malagón, me acreció de suerte que cuando llegué a Toledo me hubieron luego de sangrar dos veces; que no me podía menear en la cama, según tenía el dolor de espaldas hasta el celebro, y otro dio purgar; y así me he detenido ocho días aquí, que mañana los hará, que vine viernes, y me parto bien desflaquecida, porque me sacaron mucha sangre, más buena. Harto sentí soledad, cuando me vi aquí sin mi señora y amiga; el Señor se sirva de todo. Hanlo hecho todas muy bien conmigo y Reolin. Yo en forma he gustado de cómo estando vuestra merced allí, me regalaba acá... Las hermanas están contentísimas.»*

Añadió Teresa algunos detalles acerca de un cura que era más capaz que todos los demás, «excepto mi padre Paulo», y acerca de una mujer muy teatina (o sea muy jesuítica; alto elogio que suponía el estar perfectamente preparada por los hijos de San Ignacio en la oración y en el sacrificio de sí misma) que había sido

conducida a Malagón por las monjas para que instruyese a las niñas de aquel lugar en labores de costura y en la doctrina cristiana, en lo que estaban muy abandonadas. La teatina dio lecciones gratuitas, y, a cambio de ello, fue mantenida por el nuevo convento.

*«Ahora* —continuaba La Madre— *es muy de noche, y estoy flaca harto. El sillón que tenía V. S. en la fortaleza llevo (suplico a V. S. lo tenga por bien) y otro que compré aquí bueno. Ya sé que V. S. se holgará me aproveche a mí para estos caminos, como se estaba allí, siquiera iré en cosa suya. Yo espero en el Señor tornarme en él y, si no, de que V. S. se venga le enviaré.*

*«Ya escribía V. S. en la carta que dejé en Malagón, que pienso que el demonio estorba que ese mi negocio [el manuscrito de la Vida] no vea el maestro Ávila; no querría que se muriese primero, que sería harto desmán. Suplico d V. S., pues está tan cerca, se le envíe con mensajero propio, sellado, y le escriba V. S. encargándosele mucho, que él ha gana de verle, y le leerá en pudiendo.*

*»Fray Domingo (Báñez) me ha escrito ahora aquí, que en llegando a Ávila haga mensajero propio que se le lleve. Dame pena que no sé qué hacer, que me hará harto daño, como a V. S. dije, que ellos lo sepan. Por amor de nuestro Señor que dé V. S. priesa en ello, mire que es servicio suyo, y téngame ánimo para andar por tierras entrañas; acuérdese cómo andaba nuestra Señora cuando fue a Egipto, y nuestro padre San losé.*

*»Voyme por Escalona, que está allí la Marquesa y envió aquí por mí. Yo le dije que V. S. me hacía tanta merced, que yo no había menester que ella me la hiciese, que me iría por allí. Estaré medio día no más, si puedo, y esto porque me lo ha enviado a*

*mandar mucho fray García, que dice se lo prometió, y no se rodea nada.*

*»El señor D. Hernando y la señora doña Ana [parientes de doña Luisa], me han hecho merced de verme, y don Pedro Niño, la señora doña Margarita, las demás amigas y gentes, que me han cansado harto algunas personas. Los de casa de V. S. están harto recogidos y solos... «Indigna sierva y súbdita de V. S.: Teresa de Jesús, carmelita.»*

Y luego añadió una postdata:

*«A nuestro «Padre Eterno» dieron licencia ya* ([52]): *es así, pésame por una parte; por otra veo que quiere el Señor que sea, y a V. S. pasar trabajos a solas... Quédese V. S. con Dios, mi señora, que no querría acabar; ni sé cómo me voy tan lejos de quien tanto quiero y debo.»*

Al abandonar Toledo, el día 29 de mayo del año 1568, la madre Teresa y sus compañeras pasaron gran parte del día siguiente, domingo, con la noble dama a quien ella se refería en su carta, la marquesa de Villena y duquesa de Escalona, en su casa de campo de Cadalso, camino de Ávila. Con tal acto de obediencia al director espiritual dominico quedaba satisfecho el compromiso de éste con la mencionada dama, a expensas de ella. Y negándose delicadamente a permanecer allí por más tiempo, Teresa se puso de nuevo en marcha por el polvoriento y caluroso camino para, después de una jornada de terrible incomodidad, llegar a Ávila el día 2 de junio.

Durante las cuatro semanas siguientes Teresa permaneció descansando (relativamente) en la tranquila y santa morada de San

[52] Al dejar Toledo, doña Luisa tenía que perder a su confesor. La referencia señala al padre Pablo Hernández, S. J.

José. El día 23 de junio escribió a doña Luisa pidiéndole «por amor de Dios», que enviase el manuscrito de su vida al Beato Juan de Ávila sin más tardar; pero doña Luisa no tenía prisa en ello. Al igual de tantas otras personas ricas y poderosas, estaba por completo ajena a las premuras de los menos afortunados que ella, gracias a una complacencia que con frecuencia parecía tontería, pero que no era, probablemente, en el fondo, más que puro egoísmo.

Por ese tiempo La Madre recibió una prestigiosa visita de un pariente de ella, Rafael Mexía, quien, habiendo oído hablar de su anhelo de fundar un monasterio de frailes descalzos, iba a ofrecerle una casa de labranza que él poseía en la aldea de Duruelo, como a unas ocho leguas entre Ávila y Medina del Campo. Ella aceptó con alegría el regalo sin siquiera verlo. ¿No estaba acaso bien claro con ello que Dios la había enviado la casa que tanto le pidiera para en ella poder colocar al fraile y medio? De tal suerte tendría, cuando menos, un principio en Duruelo.

Como buen general que era, trató de combinar aquel magnífico golpe con otro. No había echado en olvido que don Bernardino estaba en el purgatorio y allí tenía por fuerza que permanecer hasta que se dijera la primera misa en su casa. Así, pues, debía ir a Valladolid lo antes posible. Podría, por tanto, detenerse en Duruelo para ver la casa de Rafael Mexía; luego recogerla a Juan de San Matías en Medina y le llevaría con ella a Valladolid para prepararle para su tarea; luego él volvería y abriría el monasterio de Duruelo, caso de que siguiera queriendo y de que la casa fuese adecuada, y se obtuviese el consentimiento de las autoridades competentes.

Puede, pues, deducirse que todo estaba ya perfectamente proyectado cuando ella partió de Ávila, antes de rayar el día 30 de

junio, acompañada por el padre Julián y por la hermana Antonia del Espíritu Santo. Pero sabido es que aun los generales más experimentados calculan mal a veces. Teresa y sus acompañantes creían que llegarían a la casa de labranza a eso del mediodía; pero, después de viajar toda la mañana bajo los ardientes rayos del sol estival castellano, cayeron en la cuenta de que habían tomado un camino equivocado y andaban perdidos. Ninguna de las personas que encontraban había oído jamás hablar de Duruelo. Al referirse a ello, escribió Teresa:

«... cuando pensábamos estábamos cerca, había otro tanto que andar. Siempre se me acuerda del cansancio y desvarío que traíamos en aquel camino. Así llegamos poco antes de la medianoche. Como entramos en la casa, estaba de tal suerte, que no nos atrevimos a quedar allí aquella noche por causa de la demasiada poca limpieza que tenía, y mucha gente del agosto. Tenía un portal razonable, y una cámara doblada con un desván, y una cocinilla; este edificio tenía todo nuestro monasterio...» A pesar de tal desengaño, la indomable mujer comenzó a inspeccionar el desquiciado local con el ojo experto de un arquitecto nato y creyó podría utilizarse: «Yo consideré que el portal se podía hacer Iglesia y el desván coro, que venía bien, y dormir en la cámara...» (*Fundaciones*, cap. XIII).

Pero la hermana Antonia estaba bien lejos de compartir aquel punto de vista tan optimista. Y dijo, como ella luego recordó: «Cierto, madre, que no hay espíritu, por bueno que sea, que lo pueda sufrir, vos no tratéis de esto»…

En cambio, el padre Julián no estaba descorazonado, y Teresa consigna que, aunque se mostró de acuerdo con su compa-

ñera, no la contradijo a ella. El caso es que, faltos de albergue, tuvieron todos que pasar la noche en la Iglesia del campo.

Al llegar a Medina, con los huesos molidos, a la mañana siguiente, la madre Teresa comunicó su decepción a fray Antonio y a fray Juan, lo que ella cuenta en estos términos: «... hablé luego con el padre Antonio y díjele lo que pasaba, y que si tenía corazón para estar allí algún tiempo, que tuviese cierto que Dios lo remediaría presto, que todo era comenzar... y que creyese que no nos darla licencia el provincial pasado ni el presente... si nos viese en casa muy medrada; dejado que no teníamos remedio en ello, y que en aquel lugarcito y casa que no harían caso de ellos. A él le había puesto Dios más ánimo que a mí, y así dijo, que no sólo allí, mas que estaría en una pocilga. Fray Juan de la Cruz estaba en lo mismo»...

Se detuvo Teresa cuatro semanas en el convento de Medina, haciendo los preparativos para las dos fundaciones de Duruelo y de Valladolid. El padre Julián marchó a Ávila para obtener la ayuda del obispo, el cual envió a su secretario con él a Valladolid para conseguir la autorización del abad y provisor de tal ciudad, al propio tiempo que La Madre escribía al provincial carmelita pidiendo permiso para fundar el monasterio en Duruelo. Fray Angel de Salazar, tan cauteloso y político como siempre, no mostró gran entusiasmo ante semejante proyecto; lo que no impidió a La Madre que dijera a fray Antonio siguiese con sus preparativos, pues esperaba que fray Angel cambiaría de parecer. Como así sucedió, pues por aquel tiempo, como ella explicó luego con gran ingenuidad, él precisó para cierto grande y apremiante asunto la ayuda de doña María, y ésta se aprovechó de tal ocasión para, en cambio, conseguir su autorización para el nuevo monasterio.

Mientras se llevaban a cabo todos estos preparativos Teresa instruía diariamente a fray Juan en la Regla Primitiva, mostrándose él un discípulo verdaderamente aventajado. La perfección que en él iba descubriendo complacía sobremanera a La Madre, hasta el extremo de que no pudo esperar a tener hecha fundación para poder verle con su correspondiente hábito, y ordenó que las monjas de Medina le hiciesen un sayal de estameña y se lo dio a través de la reja por la que hablaban, sin que fuera, desde luego, en presencia de toda la comunidad. Y poniéndoselo encima, su Senequita se quitó en el acto los zapatos en prenda de su firme resolución de seguir la Reforma en todo su rigor. Fray Antonio, que esperaba haber sido el primero, aceptó la situación con su habitual buen humor. Lo cual no impedía que, de vez en cuando, le soltase unas cuantas pullitas a su pequeño compañero por haber recibido el hábito de los descalzos de manos de una mujer.

¿Qué era, mientras tanto, de don Bernardino? Teresa no pudo tenerle en olvido excesivo tiempo y, luego de una visión en la que el Señor le recordó que debía darse prisa porque el alma infeliz del otro estaba sufriendo grandemente, podía ya no esperar siquiera a que el padre Julián regresase con los permisos solicitados. Llegó, al fin, con el permiso del provincial, pero no con el del abad. Se acordó Teresa de don Bernardino y decidió no esperar por más tiempo. Y, al despuntar el día 9 de agosto, emprendió la jornada de los cuarenta kilómetros que separan a Medina de Valladolid, llevando consigo a fray Juan de San Matías, a su fiel caballero el padre Julián y a seis mujeres, que fueron: las hermanas Isabel de la Cruz (Arias) y Antonia del Espíritu Santo, a las que había traído de Malagón; María de la Cruz, una de las primeras monjas de Ávila; Ana de San José, de Medina; dos de la Encarnación, de Ávila, y una joven lega llamada Francisca de Villalpando, que había

de tomar más adelante el blanco velo con el nombre de hermana Francisca de Jesús. La Madre estaba decidida a fundar el nuevo convento al día siguiente, fiesta de San Lorenzo.

Como de costumbre, hubieron de presentarse dificultades insospechadas cuando llegaron a la casa de don Bernardino. Y ella lo cuenta diciendo que se sintió desfallecer porque veía que era un desatino el poner monjas allí, a no ser con grandes gastos; pues, si bien era un espacioso lugar para recreación, toda vez que tenía un jardín muy hermoso, no podía por menos de ser malsano por hallarse cerca del río ([53]). Lo cierto es que la posesión no estaba bastante cercada para convertirla en morada de contemplativas, y hubo necesidad de enviar a buscar trabajadores de Valladolid que levantasen un muro de adobes en todo su perímetro. Además, quedaba demasiado lejos de la ciudad. Y, por último, no había recibido el permiso del abad, y, a falta de tal requisito, lo único que podía hacer era quedarse esperándolo en el convento más próximo que por allí hubiese. De tal suerte Teresa y sus compañeras fueron a oír misa al monasterio de las carmelitas calzadas, que se hallaba a una distancia fatigante de allí; y en tal lugar permanecieron cinco días, hasta que los muros estuviesen terminados y se recibiera la licencia del abad. Por fin, en la mañana del día de la Asunción, el padre Julián pudo decir la primera misa en la casa de don Bernardino.

[53] Semejante temor de le santa estaba harto justificado. La mayoría de las monjas se enfermó. Doña María de Mendoza hizo que se las atendiese y, por último, les dio una casa mejor y mejor situada. Teresa no explica por qué entró en una casa fuera de la ciudad, cosa taxativamente prohibida por el Concilio de Trento. Es punto menos que increíble que lo hiciera sin algo como una dispensa, que pudo haber recibido del Provisor o del Abad.

No cabía la menor duda de que el plan había que inaugurarlo en tal día. En memoria y gratitud al buen caballero, para cumplir con su deseo de hacer algo en favor de la Madre de Dios, Teresa puso al convento el nombre de *La Concepción de Nuestra Señora del Carmen*. Y cuando la pequeña campanilla anunció que el misterio de la Encarnación y de la Crucifixión se había repetido también en aquel lugar, y que los méritos infinitos de Jesucristo se habían ofrendado a Su eterno Padre en bien del alma de un pobre pecador que había querido mucho a Su santa Madre, las monjas se acercaron a recibir la comunión, a través de la reja. En tal momento Teresa vio claramente a don Bernardino, que estaba al lado del sacerdote, con el rostro resplandeciente de alegría y que, juntando sus manos, le agradecía lo que hiciera para ayudarle a salir del purgatorio.

Y, de tal suerte, con una inolvidable sonrisa de felicidad, don Bernardino pudo penetrar en el paraíso eterno.

# CAPÍTULO XXII

## CONSEJO A FELIPE II

La Madre permaneció en Valladolid todo el otoño y gran parte del invierno del año 1568.

Antes del final del mes de septiembre envió a fray Juan de San Matías a Duruelo para que preparase y amueblase la casa de labor. Debía él detenerse en Ávila y entregar la siguiente carta al señor don Francisco de Salcedo:

*«Jesús sea con vuestra merced. Gloria a Dios, que después de siete u ocho cartas, que no he podido excusar de negocios, me queda un poco para descansar de ellas en escribir estos renglones, para que vuestra merced entienda que con los suyos recibo mucho consuelo. Y no piense es tiempo perdido escribirme, que lo he menester a ratos, a condición, que no me diga tanto de que es viejo, que me da en todo mi seso pena; como si en la vida de los mozos hubiera alguna siguridad. Désela Dios, hasta que yo me muera, que después, por no estar allá sin él, he de procurar lo lleve nuestro Señor presto.*

*»Hable vuestra merced a este padre, suplícoselo, y favorézcale en este negocio, que aunque es chico, entiendo es grande en los ojos de Dios. Cierto él nos ha de hacer acá falta, porque es cuerdo, y propio para nuestro Señor para esto. No hay fraile que no diga bien de él, porque ha sido su vida de gran penitencia, aunque ha poco tiempo. Mas parece le tiene el Señor de su mano, que aunque aquí hemos tenido algunas ocasiones en*

*negocios, y yo, que soy la misma ocasión, que me he enojado con él a ratos, jamás le hemos visto una imperfeción. Animo lleva; mas como es solo he menester lo que nuestro Señor le da... El dirá a vuestra merced cómo acá nos va»...*

Había escrito don Francisco que daría seis ducados por verla; pero ella darla todavía más por verle a él. Él valía mucho más, pues, «… una monjilla pobre ¿quién la ha de apreciar? ¡Vuesa merced, que puede dar aloja y obleas, rábanos, lechugas, que tiene un huerto, y sé es el mozo para traer manzanas, algo más es de apreciar! ¡La dicha aloja dice que la hay aquí muy buena; mas como no tengo a Francisco de Salcedo, no sabemos a qué sabe ni lleva arte de saberlo!... Quédese con Dios. A mi señora doña Mencía beso las manos...» [Esposa de don Francisco]. A ello añadía Teresa que la princesa de Éboli se mostraba muy apremiante acerca de la fundación de las carmelitas descalzas en Pastrana, y en una postdata rogaba al santo caballero que aconsejara a fray Juan acerca de su manera de vivir, diciendo de él que estaba muy aventajado en oración y tenía buen entendimiento, deseando que Dios lo prolongara.

Mientras que su Senequita estaba entregado a la tarea en Duruelo, ella andaba tratando de encontrar en Valladolid una casa más saludable para las monjas, que habían caído enfermas una tras otra, sin contar con que ella misma se había empeorado por el aire húmedo del río helado. A primeros de noviembre se sintió muy tranquilizada al saber que doña Luisa de la Cerda había enviado su manuscrito al Beato Juan de Ávila, que lo alabó grandemente y se limitó a sugerir algunas aclaraciones y cambios en la mera expresión. Y antes del final del año había decidido fundar otro convento en Toledo.

La sugerencia de tal obra se debía al padre Pablo Hernández, S. J. (su Padre Eterno), el cual había llegado a ser su confesor y gran amigo de ella antes de que se marchara de Malagón, tan amigo y admirador que solía decir de ella: «La madre Teresa de Jesús es muy gran mujer de las tejas abajo, y de las tejas arriba muy mayor». Por aquel entonces ocurrió que uno de sus penitentes, un rico mercader llamado Martín Ramírez, se puso enfermo de gravedad y deseó hacer algo por Dios y por la salvación de su alma. Y el jesuita le recomendó que estableciera un convento para la madre Teresa. Ramírez se mostró conforme, pero murió el último día de octubre del año 1568, antes de poder comunicarse con La Madre que, en aquella sazón, estaba en Valladolid. Su hermano Alonso la escribió, como también lo hizo su yerno Diego Ortiz, con gran insistencia. Toledo había tomado la resolución de aceptar la proposición de ellos, cuando escribió, por su parte, a doña Luisa de la Cerda, a Toledo, el día 13 de diciembre, rogándola la obtuviese el permiso del administrador de la diócesis; añadiendo que sería buena cosa no mencionar su nombre, sino decir tan sólo que era para un convento de carmelitas descalzas. En su carta decía: «Ni lugar ni fuerzas tengo para escribir mucho, porque a pocas personas escribo ahora de mi letra... Yo me estoy ruin. Con V. S. y en su tierra me va mejor de salud, aunque la gente de esta no me aborrece, gloria a Dios. Mas como está allá la voluntad, así lo quería estar el cuerpo.»

«¿Qué le parece a V. S. cómo lo va ordenando su Majestad tan a descanso mío? Bendito sea su nombre, que así ha querido ordenarlo, por manos de personas siervas de Dios; que pienso se ha de servir mucho su Majestad.»

Y, al cabo de tan sólo doce días, por la noche, escribió más definidamente a Diego Ortiz:

«El padre doctor Pablo Hernández me ha escrito la merced y la limosna, que vuestra merced me hace, en querer hacer casa de esta sagrada Orden. Por cierto yo creo, nuestro Señor y su gloriosa Madre, Patrona y Señoría mía, han movido el corazón a vuestra merced para tan santa obra, en que espero se ha de servir mucho su Majestad, y vuestra merced salir con gran ganancia de bienes espirituales. Plega a él lo haga, como yo y todas estas hermanas se lo suplicamos, y de aquí adelante será toda la Orden.

»Es nuestro Señor servido que me han faltado las calenturas. Yo me doy todo prisa que puedo, dejar esto a mi contento, y, pienso, con el favor de nuestro Señor, se acabará con brevedad; y yo prometo a vuestra merced no perder tiempo, ni hacer caso de mi mal, aunque tornasen las calenturas, para dejar de ir luego, que razón es, pues vuestra merced lo hace todo, haga la de mi parte lo que es nada, que es tomar trabajo alguno; pues no hablamos de procurar otra cosa los que pretendemos seguir d quien tan sin merecerlo, siempre vivió en ellos.

»No pienso tener una sola ganancia en este negocio, porque (según mi padre Pablo Hernández me escribe de vuestra merced) serálo muy grande conocerle, que oraciones son las que me han sustentado hasta aquí; y así pido, por amor de Dios nuestro Señor, a vuestra merced, no me olvide en las suyas.

»Paréceme, si su Majestad no ordena otra cosa, que a más tardar estaré en ese lugar a dos semanas andadas de Cuaresma; porque como voy por los monesterios, que el Señor ha sido servido de fundar estos años (aunque de aquí despacharemos presto) me habré de detener algún día en ellos. Será lo menos que yo pudiera,

pues vuestra merced lo quiere, aunque en casa tan bien ordenada y ya hecha, no tendré yo más que hacer, más que mirar y alabar a nuestro Señor. Su Majestad tenga a vuestra merced siempre de su mano, y la dé vida y salud y aumento de gracia.»

Tanto Teresa como las monjas estuvieron enfermas casi todo el invierno. En el mes de febrero, del 1569, se mudaron a una casa más saludable de dentro de la ciudad, comprada para ellas por dona María de Mendoza. Su bienhechora había estado gravemente enferma, y La Madre, que fue a pasar un día con ella, tuvo que quedarse más de una semana por causa de la nieve, que la impedía salir. El dio 19 escribió a Alonso Ramírez, explicando su retraso y rogándole no comprase la casa hasta que ella llegase allí, porque, según decía, quería que la casa fuera conveniente para ellas, ya que él y el otro que estaba en el cielo eran quienes daban las limosnas.

Por lo que se refería a las autorizaciones precisas, escribió: «En lo de las licencias, la del rey tengo por fácil con el favor del cielo, y aunque se pase algún trabajo, que yo tengo espiriencia, que el demonio puede sufrir mal estas cosas, y así siempre nos persigue; mas el Señor lo puede todo, y él se va con las manos en la cabeza.»

«Aquí hemos tenido una contradición muy grande, y de las personas principales que aquí hay; ya se ha todo allanado. No piense vuesa merced que ha de dar a nuestro Señor sólo lo que piensa ahora, sino mucho más; y ansí gratifica su Majestad las buenas obras, con ordenar como se hagan mayores, y no es nada dar los reales, que nos duele poco.»

«Cuando nos apedreen a vuesa merced y al Señor su yerno y a todos los que tratamos en ello, como hicieron en Ávila casi,

cuando se hizo San José, entonces irá bueno el negocio, y creeré yo, que no perderá nada el monesterio ni los que pasaremos el trabajo, sino que se ganará mucho. El Señor lo guíe todo, como ve que conviene. Vuesa merced no tenga ninguna pena. A mí me ha dado falte de ahí mi padre (Hernández); si fuera menester, procuraremos que venga. En fin, comienza ya el demonio. Sea Dios bendito, que si no le faltamos, no nos faltará... Es ruin mi salud, aunque las calenturas no me han tornado.»

Cuando se marchó de Valladolid, antes de fines de febrero, hacía aún frío y las montañas estaban cubiertas de nieve, los caminos seguían helados y, en muchos sitios, impracticables. El camino real que seguía en dirección sudoeste hacia Medina estaba, no obstante, abierto al tránsito y ella se aventuró valientemente con dos de sus monjas de San José de Ávila (Isabel de Santo Domingo e Isabel de San Pablo) y el padre Gonzalo de Aranda en calidad de capellán. En Medina se les unieron dos piadosos mercaderes que, siguiendo su camino hacia el sur, las sirvieron de escolta hasta Duruelo.

Teresa se había sentido todo el invierno con el ansía de ver el recién nacido monasterio; y tuvo una gran alegría al saber que fray Juan había dicho allí la primera misa el día 28 de noviembre del año 1568, quitándose los zapatos y sustituyendo su anterior nombre, de Juan de San Matías, por el que había de inmortalizarlo, de Juan de la Cruz. Todo lo cual sabía por fray Antonio, que había ido a Valladolid para hablar con ella, dándole gran satisfacción, diciéndola todo lo que habían llevado en junto, que era bastante poco; él no había llevado nada para sí, salvo cinco hábitos, cosa que la chocó mucho y le pareció muy divertido. Díjole él que aquello era para guardar regularmente las horas, pues no quería

vivir en el abandono. Lo cierto es que ella creía que no tenía encima de qué dormir.

Distinto del todo del corpulento y atildado prior, que gustaba antes de tratarse familiarmente con la mejor gente de Medina, aparecióse le entonces aquel hombre grande, cuando le vio al llegar ella a la casa de labranza de Duruelo. Fray Antonio de Jesús, que tal era el nuevo nombre por él adoptado, estaba barriendo enérgicamente la puerta de la capilla y parecía complacerle grandemente en hacerlo. Y Teresa le preguntó humorísticamente: «¿Qué es esto mi padre? ¿Qué ha hecho de su dignidad?»

Se volvió fray Antonio para tronar, exclamando que maldecía del tiempo en que había tenido alguna, y dejó caer el escobón para recibir a La Madre, su Fundadora, y llevarla a la casa. La condujo ante todo a la capilla y Teresa, según ella escribió después, estaba maravillada de ver el espíritu que Dios había puesto allí. Y no fue ella la única, ya que los dos mercaderes amigos suyos, que la acompañaban desde Medina, no hicieron sino llorar a la vista de tantas cruces y de tantas calaveras. Y Teresa habla de ello, escribiendo:

«Nunca se me olvida una pequeña cruz de palo que tenía para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo, que parecía poseía más devoción que si fuera de cosa muy bien labrada. El coro era el desván, que por mitad estaba alto, que podían decir las Horas, mas habíanse de bajar mucho para entrar y oír misa; tenían a los dos rincones, hacia la iglesia, dos ermitillas, adonde no podían estar sino echados o sentados, llenas de heno, porque el lugar era muy frío, y el tejado casi les daba sobre las cabezas, con dos ventanillas hacia el altar,

y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces y calaveras.» (*Fundaciones*, cap. XIV).

Teresa no pudo por menos de conmoverse al escuchar el relato que la hicieron de la vida que llevaban. Había cuatro que rezaban juntos el Oficio y que eran: fray Juan, fray Antonio, el padre Lucas de los carmelitas calzados, que no había sido aceptado por causa de su mala salud, y un joven no ordenado todavía, el hermano José de Cristo. Después de rezar los Maitines a la medianoche no volvían a lo que llamaban sus celdas hasta la Prima, y permanecían tan ensimismados en sus oraciones que ni siquiera se daban cuenta de la nieve que les caía encima a través del tejado lleno de goteras. A más de todo ello realizaban una obra de apostolado activo que no era menos heroica. Los católicos de aquellas aldeas y casas de labranza solitarias estaban muy abandonados desde el punto de vista espiritual: no oían misa, no tenían instrucción religiosa de ninguna clase, carecían de la administración de los servicios sacerdotales de toda clase, ya que no había ningún monasterio por aquellas tierras, ni medios de mantenerlo, hasta que un buen día se aparecieron por la vieja casa de labor dos frailes vestidos con los hábitos de la Reforma de la madre Teresa. Después de haber estado rezando toda la noche, fray Antonio y fray Juan se adentraron en lo más abandonado a la búsqueda de pastores y pequeños labriegos a quienes poder predicar. Iban descalzos, incluso cuando había una gran nevada, y así se afanaban durante todo el día, predicando y confesando sin pizca alguna de alimento, hasta que por la noche volvían a Duruelo a su frugal yantar. La gente, al ver aquella vida santa que llevaban y el absoluto descuido de sí mismos, empezó a llevarles alimentos, más de los que precisaban. Los señores nobles que vivían a luengas millas de distancia oyeron hablar de su incansable celo y

de la alegría con que realizaban sus ingratas tareas, e iban a caballo al convento para confesarse con ellos. Uno de tales nobles caballeros era don Luis de Toledo, señor de las Cinco Villas.

«Este caballero —escribió después Teresa— había hecho una iglesia para una imagen de Nuestra Señora, cierto bien digna de poner en veneración; su padre la envió desde Flandes a su abuela o madre, que no me acuerdo cuál, con un mercader; él se aficionó tanto a ella, que la tuvo muchos años, y después, a la hora de la muerte, mandó se la llevasen en un retablo grande, que yo no he visto en mi vida (y otras muchas personas dicen lo mismo). El padre fray Antonio de Jesús, como fue a aquel lugar a petición de éste caballero, y vio la imagen, aficionóse tanto a ella, y con mucha razón, que aceptó el pasar allí el monesterio; llámese este lugar Mancera, aunque no tenía ninguna agua de pozo, ni de ninguna manera parecía la podían tener allí, labróles este caballero un monesterio (conforme a su profesión) pequeño y dio ornamentos; hízolo muy bien.

»No quiero dejar de decir cómo el Señor les dio agua, que se tuvo por cosa de milagro. Estando un día, después de cenar, el padre fray Antonio, que era prior, en la clausura con sus frailes, hablando de la necesidad de agua que tenían, levantóse el prior, y tomó un bordón que traía en las manos, hizo en una parte de él la señal de la cruz, a lo que me parece, que aún no me acuerdo bien si hizo cruz, mas en fin, señaló con el palo y dijo: *Ahora cava aquí*. A muy poco que cavara, salió tanta agua, que aun para limpiarle es dificultoso de limpiar y de agotar, y agua de beber muy buena, que toda la obra han gastado de allí, y nunca (como digo) se agotó. Después que cercara una huerta, han procurado tener agua en ella

y hecho noria, y gastado harto: hasta ahora cosa que sea nada, no la han podido hallar.

,Pues como yo vi aquella casita, que poco antes no se podía estar en ella, con un espíritu, que a cada parte que miraba, hallaba con que me edificar, y entendí de la manera que vivían, y con la mortificación y oración y el buen ejemplo que daban (porque allí me vino a ver un caballero y su mujer, que yo conocía, que estaban en un lugar cerca, y no acababan de decir de su santidad, y el gran bien que hacían en aquellos pueblos) no me hartaba de dar gracias a nuestro Señor... Los mercaderes que habían ido conmigo me decían que por todo el mundo no quisieran haber dejado de venir allí. ¡Qué cosa es la virtud, que más les agradó aquella pobreza, que todas las riquezas que ellos tenían, y les hartó y consoló su alma!

»Después que tratamos aquellos padres y yo algunas cosas, en especial (como soy flaca y ruin) les rogué mucho no fuesen en las cosas de penitencia con tanto rigor, que le llevaban muy grande; y como me había costado tanto deseo y oración, que me diese el Señor quien lo comenzase, y veía tan buen principio, temía no buscase el demonio cómo los acabar, antes que se efectuase lo que yo esperaba. Como imperfetos y de poca fe, no miraba que era obra de Dios, y su Majestad lo había de llevar adelante. Ellos, como tenían estas cosas que a mí me faltaban, hicieron poco caso de mis palabras para dejar sus obras; y así me fui con harto grandísimo consuelo, aunque no daba a Dios las alabanzas que merecía tan gran merced.» ([54]).

[54] *Fundaciones*, *loc. cit*. Teresa pidió especialmente a los frailes que no fueron descalzos. Ellos persistieron en ir, pero luego se vieron obligados a llevar sandalias.

La casa de Duruelo quedó en ruinas una vez que los frailes se mudaron a Mancera. Ahora no queda ya nada o casi nada de ella; pero la Reforma instituida por San Juan de la Cruz y por fray Antonio, bajo la inspiración y la dirección de La Madre, ha continuado hasta hoy. Desde aquel humilde lugar de Duruelo se extendió a otros sitios de España y a Italia, y desde allí al mundo entero con impulso irresistible ([55]).

La madre Teresa continuó su viaje hasta Toledo pasando por Madrid y tal vez permaneciendo allí corto tiempo. Debió de ser en aquel entonces cuando, según la tradición carmelita, recibió, mientras oraba, una revelación que se refería a Felipe II. Aquel era sin duda alguna el año más desgraciado de todos los de la vida de Felipe II, el monarca incomprendido. Fue el año en que empezó a tener la gota, que había de atormentarlo hasta el final de su vida. En el mes de julio, don Carlos, su heredero y único hijo, murió en el calabozo. En el mes de octubre moría su tercera esposa, Isabel de Valois, y era enterrada en su tumba en el convento de los franciscanos descalzos en Madrid. En ese mismo año, en el mes de octubre, Felipe se vio en la necesidad de pedir prestados muchos cientos de miles de ducados, pagando crecidos intereses usurarios en Génova, y tuvo que mandarlos por mar para pagar a los soldados que combatían en Flandes a las órdenes del duque de Alba. Uno de los banqueros internacionales que habían prestado el dinero reveló el secreto al Gobierno de Inglaterra, el cual, a pesar de la amistad que decía profesar a España, se apoderó del oro en tránsito y no le devolvió nunca más; de resultas de lo cual, el duque de Alba, después de sus brillantes victorias, había quedado en situación tan difícil que no pudo por menos, tratando de resolverla,

[55] Mancera resultó también insalubre, por lo que los frailes se trasladaron a Ávila en el año 1600.

que crear impuestos que disgustaron grandemente al pueblo de los Países Bajos y contribuyeron no poco a las inmensas dificultades a que hacía ya frente la corona de España. Por Navidad, los moriscos de Granada asesinaron en masa a los cristianos, sacerdotes, legos, hombres, mujeres y niños indistintamente; y cuando, en la primavera, el rey Felipe envió a su hermano don Juan de Austria a acabar con tal rebelión, le llegaron, por intermedio de los espías de Venecia, rumores procedentes de Constantinopla, según los cuales el Gran Turco, cediendo a las influencias de los enemigos internacionales de España en Holanda y en otras partes, se proponía lanzar una gran ofensiva contra la Cristiandad al año siguiente. Felipe, triste y a malas con el Papa y con su propia conciencia —ya que hasta entonces había seguido la política oportunista de su padre, bajo la actuación de políticos como Cobos, Ruy Gómez y el cardenal Espinosa—, se encontró con que tenía que hacer frente a todo un mundo de enemigos; hasta tal punto que puede decirse que, si había un hombre que hubiera menester la gracia de Dios, era él cuando, en la Semana Santa del año 1569, se retiró a un monasterio para meditar sobre la Pasión de Cristo. Aquel fue espiritualmente el momento definitivo de su vida; y, fuere cual fuere lo erróneo de sus actos de entonces en adelante, no cabe la menor duda de que cada día se fue tornando más y más sinceramente católico en todos sus actos, hasta el de su muerte, acaecida al final de aquel siglo.

Aquel tremendo cambio que en él se operara, con todas las repercusiones que en la historia de Europa entera había de producir, y también en el resto del mundo, se relaciona con una tradición carmelita del viaje de La Madre de Duruelo a Toledo. En una visión que ella tuvo, Cristo la dijo que el rey Felipe corría un grave peligro de perder su alma, y la manifestó que Él quería que su alma

se salvase. La ordenó que escribiese una esquela notificándoselo así a la princesa Juana, hermana del rey, en Madrid. Como es de suponer, Teresa obedeció en el acto. Aun no había terminado del todo el invierno cuando se dio prisa en llegar a la capital de España un día del mes de marzo de 1569, dirigiéndose tal vez al convento franciscano, en donde antes estuviera, ya al mismo palacio, o quizá a la casa de doña Leonor. Lo cierto es que encontró a la princesa, le entregó la nota, y siguió su amino.

De tal carta no queda sino un fragmento, en el que prevenía al rey diciéndole que recordase que también Saúl había sido ungido y que, sin embargo, había sido rechazado.

Se quedó Felipe asombrado al leer esto y las demás frases de la carta, y preguntó dónde estaba aquella mujer, que quería hablar con ella.

Pero Teresa iba ya camino de Toledo. Sea o no cierta esta tradición de la advertencia a Felipe II, el hecho es que ella se refirió reiteradamente al rey llamándole «mi amigo el rey», y pidió a sus monjas que rezasen por él. El poner en duda que le prestó auxilio en su tarea y en su conflicto sería poner en duda el poder de la oración.

De todas suertes, Felipe no era sino un monarca mortal. Y Teresa tenía una misión más alta que cumplir frente al Rey del Cielo, que deseaba tener una nueva casa en Toledo; ciudad a la que llegó el día 24 de marzo de 1569, yendo a albergarse al palacio de La Cerda.

«Yo llegué aquí buena la víspera de nuestra Señora —escribió a doña María de Mendoza—. Hase holgado en estremo la señora doña Luisa... Los mis fundadores de aquí están de muy buena arte;

ya andamos procurando la licencia. Quisiera darme mucha priesa, y si nos la dan presto, creo se hará muy bien...» (*Epistolario*).

Pero no fue así, sino todo lo contrario, todo mal. Ni la misma Teresa podía haber confiado (salvo en algunos momentos de esperanza) que iba a escapar a la acostumbrada y misteriosa oposición, que constituye la cruz y el triunfo de toda la actividad verdaderamente cristiana. Un día, cuando una monja la preguntó cómo podría llegar a ser santa, le replicó: «Hija, ahora iremos a una fundación y allá se lo enseñaré.» Durante la fundación, aquella hermana tuvo algunas grandes contrariedades, de las que acabó por quejarse. Y Teresa la preguntó: «Hija, ¿pues no me decía la enseñase a ser santa? Pues ansí lo ha de ser».

Está, sin embargo, muy dentro de lo posible que por algún tiempo olvidase ella todo eso y esperase una realización más pronta de sus dos deseos principales, que eran el permiso para la fundación y una casa adecuada. Pero no había medio de conseguir ni el uno ni la otra. Alonso Ramírez y su sobrino, Diego Ortiz, no habían logrado obtener la licencia de la autoridad diocesana. Ortiz, como se vino en averiguar, era un joven quisquilloso y remilgado que estaba siempre soplándole al oído al tío toda clase de condiciones y compromisos que resultaban un verdadero tormento para La Madre. No había casa alguna en vista. Parecía increíble que doña Luisa y todos sus ricos parientes y nobles amigos no hubiesen podido encontrar en toda Toledo una residencia capaz de satisfacer las humildes necesidades de aquellas carmelitas. Y, sin embargo, así era. Y así pasaron dos meses. Empezó a hacer gran calor, y el magro tesoro de las monjas quedó reducido a tres o cuatro ducados, y no se había hecho nada todavía.

Abrumada con tanto desengaño, Teresa decidió ir ella en persona en busca de tal licencia. No había que esperar ver al arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza de Miranda, pues había sido detenido por la Inquisición y se encontraba en aquel entonces en Roma en espera de juicio por el delito de que se le acusaba, de que sus obras contenían proposiciones heréticas de un cierto sabor luterano. Mientras tanto, no se había podido nombrar ningún otro ordinario, y el gobierno de la diócesis de Toledo se había confiado a un Consejo, presidido por el licenciado don Gómez Tello Girón, hombre respetado por su sabiduría y su descendencia de una ilustre familia. Esto no obstaba para que se hubiese ya negado a las peticiones de doña Luisa, a las de un canónigo de la catedral y a las de varios otros personajes. Había estado una o dos veces a punto de ceder, pero de ello le habían disuadido los miembros del Consejo. Acariciaba Teresa una idea que era de suponer habría de reducirle, y decidió intentada. Fue a una iglesia cercana a su casa, con la hermana Isabel de Santo Domingo, y le mandó recado de que estaba allí y tuviese la bondad de ir a hablar con ella. Llegó el importante personaje. Era un caballero «muy grave» (lo cual constituía el mayor elogio que se podía hacer de un hombre en la España del siglo XVI) y, a no dudarlo, fue de una cortesía exquisita con la anciana mujer vestida con tosco sayal y que tan humildemente se inclinó ante él; pero logró rehacerse de su primera impresión y la repitió lo que ya había dicho a los otros.

«Dijele —hace constar con toda exactitud La Madre— que era recia cosa que hubiese mujeres que querían vivir en tanto rigor y perfeción y encerramiento, y que los que no pasaban nada de esto, sino que se estaban en regalos, quisieren estorbar obras de tanto servicio de nuestro Señor.» (*Fundaciones*)

En su obra, Ribera se extiende con complacencia sobre tal asunto, contando, por lo visto, cuanto ella le refirió, al hacerla decir:

«Mas ha de dos meses, señor, que vine a esta ciudad, no para verla ni holgarme en ella, sino para buscar la gloria de Dios y bien de las almas, y hacer a su Majestad, en esta ciudad tan ilustre, el servicio que en otras algunas le he hecho, de fundar un Monasterio de monjas descalzas, que guarden la primera regla de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, y para esto traigo monjas conmigo. Cosa era digna de las muchas letras y virtud, y dignidad de V. S., favorecer a unas mujeres pobres para cosa tan santa y animarlas para que pasen adelante, pues les tiene Dios puesto en ese lugar. No lo he visto así, porque en tanto tiempo, ni la autoridad de los que han pedido la licencia, ni la justicia tan clara de nuestra causa, han bastado a acabar con V. S. que la diese. Cosa recia es sin duda que a unas pobres monjas, que no pretenden más que por amor de Dios vivir en tanto rigor y perfeción y encerramiento, no haya quien las quiera ayudar; y que los que no pasan nada de esto, sino que están en regalos y viven a su voluntad, quieran estorbar obra de tanto servicio de Dios. Por cierto casas tenemos adonde vivir, y si nos volviésemos a ellas, poco podríamos aventurar, pues no tenemos qué perder en este mundo; pero V. S. vea lo que podría perder esta ciudad, y cuán a su cuenta sería. Si esto por V. S. se dejase de hacer, estudie cómo se podrá disculpar, cuando esté delante del acatamiento de Jesucristo Nuestro Señor, por cuyo amor y voluntad hemos venido, que yo no veo con qué se pueda V. S. descargar, si estorba cosa tan agradable al Señor, estando puesto por Él para ayudar con todas sus fuerzas a todo lo que es servicio suyo.»

El presidente del Consejo diocesano quedó tan conmovido por esta y otras cosas que ella le dijo que dio su permiso, pero a condición de que no hubiese dote o patrón. Tal vez tuviera gran parte en ello la pretendida distinción social, que constituía una de las faltas de la sociedad toledana de aquel entonces. Se sabía, en efecto, que la familia Ramírez deseaba proteger el monasterio, y era gente de baja calaña y absolutamente nadie a los ojos de los aristócratas que mandaban en la ciudad. Esto no obstante, Teresa se dio por satisfecha con aquella su victoria parcial.

Ya no estaba en la obligación de tener que guardarle miramientos a la familia Ramírez, porque habían roto con ella o quizá ella con ellos, como la santa escribió, diciendo que ella y Alonso Álvarez Ramírez no habían podido ponerse de acuerdo por causa de su yerno, al cual le hacía demasiado caso, y que por último habían llegado a estar por completo disconformes.

Por lo que a la busca de la casa respectaba, nunca había sido cosa que la preocupara grandemente. Tenía, desde luego, tanta confianza, a pesar de los fracasos de doña Luisa y de los demás, que ya había adquirido dos pinturas en tela para el altar; una de Jesús, cayendo con la cruz a la espalda, y la otra, en que se le mostraba sentado en un banco de piedra y sumido en profunda meditación —que todavía se conservan y son objeto de veneración en el convento de Toledo—. Consiguió luego dos jergones de paja y una manta. Esto era todo el ajuar. Y ya no faltaba más que encontrar el convento.

Jamás pusiera La Madre en duda que Dios hallaría el momento oportuno para poner por obra tal cosa. Durante un cierto tiempo creyó ella que iba a valerse, como instrumento, de un buen mercader llamado Alonso de Ávila, un bachiller de su propia

ciudad, que se hacía notar por su afán de visitar a los reclusos en las prisiones, por dar de comer a los pobres y otras obras de misericordia. El cual la prometió que la ayudaría, pero se lo impidiera la enfermedad. Había asimismo un franciscano, fray Martín de la Cruz, que la escuchaba con el mejor deseo, pero su estancia en Toledo iba a ser de muy contados días.

Acostumbraba ella ir a varias iglesias de la ciudad, en las que cada vez se quedaba horas y horas rezando. Un día oyó misa en la iglesia de San Clemente al mismo tiempo que «una de las damas más importantes de la ciudad». Y ambas se acercaron al altar para recibir la comunión. Al volver la madre Teresa a su sitio se vio agredida por una pobre mujer, que gritaba furiosamente contra ella y empezó a darle golpes en la cabeza con un zapato viejo; porque, habiendo perdido el compañero en la multitud, sospechó que lo había robado aquella mujer, que era la más pobremente vestida entre todas las de allí. Teresa la miró sonriéndole afectuosamente, pensando que no había cosa mejor que sufrir golpes e insultos por el bien de Cristo. Más adelante escribió diciendo que bendijera Dios a aquella buena mujer; pero que ella habla, sin duda, tenido un buen dolor de cabeza.

La Madre había casi del todo olvidado a un joven estudiante llamado Andrada, que se le había presentado espontáneamente una mañana del mes de mayo cuando ella se dirigía a una iglesia para oír misa, justamente antes de su entrevista con el gobernador. Era un joven tan mal trajeado como poco dueño de sí mismo, uno de aquellos pobres estudiantes andrajosos que vagaban de Universidad en Universidad en España, y debió de asustarse no poco cuando él se le acercó preguntándole si era la madre Teresa de Jesús. Venía a verla de parte de un padre franciscano, fray

Martín de la Cruz, que, precisamente antes de marcharse de Toledo, le había escuchado en confesión y, descubriendo tal vez la sencillez de su alma, le había contado las dificultades con que tropezaba La Madre y le había exigido prometiese que la ayudaría.

Y él no podía ofrecer otra cosa que su propia persona, pero ésta la ponía a disposición de ella. Fray Martín le había dicho que hiciese cuanto ella pudiera pedirle.

A Teresa le resultó divertido pensar que aquel esmirriado y desastrado joven mensajero podría tal vez conseguir lo que sus poderosos y ricos amigos no habían logrado obtenerle. Sus compañeras se echaron a reír de buena gana. La hermana Isabel de Santo Domingo la llevó un poco aparte y la dijo que no le convendría a semejante persona tan vergonzosamente vestida que la viesen hablando con carmelitas descalzas. Pero La Madre respondió: «Cállese ahora. ¿Qué mala ventura han de pensar de nosotras, que no parecemos sino unas romeras?»

Dio amablemente las gracias a Andrada, tomó nota de su alojamiento y le dijo que si había algo que él pudiera hacer le mandaría a buscar. No era de suponer que jamás lo hiciese.

Unos pocos días después, cuando ella tenía ya el permiso del gobernador, pero no había aún ni asomos de posible casa, he aquí que de pronto se puso a pensar en aquel pobre estudiante. Después de todo, le estaba recomendado por un sacerdote y había algo de misterio en la manera cómo se le había acercado en la iglesia, tan callada y tranquilamente. ¿De qué medios no se valdrá el Señor para sus altos fines? Y dijo a sus compañeras que iba a mandar buscarle.

Todas se echaron a reír. Le pidieron ellas que desechara semejante idea descabellada, toda vez que era muy probable que

Andrada no fuese capaz de guardar su secreto, y en tal caso lo habría echado todo a perder. Pero lo cierto es que Teresa había tomado ya su decisión; así, pues, mandó a buscarle y le dijo que precisaba una casa, y quería una ya rentada, sin que nadie se enterase de ello. Y él contestó que vería lo que podía hacer.

Al cabo de pocos días, estando ella oyendo misa en la iglesia de los jesuitas, Andrada se acercó calladamente a ella y la mostró un manojo de llaves de una casa que decía haber encontrado en una calle cerca tal vez de allí, la pequeña calle de San Juan de Dios actual, en lo que antiguamente fuera el *ghetto* antes de la expulsión de los judíos en el año 1492, y estaba próxima a lo que había sido Sinagoga del Tránsito, antiguamente priorato de la Orden de Calatrava. La Madre y sus escépticas compañeras salieron con él para inspeccionar la casa y ella la encontró adecuada para empezar. La dio por buena, la aceptó y prometió pagar el alquiler con un dinero que esperaba obtener de Alonso de Ávila, pero que en aquel entonces tuvo que pedir prestado al mayordomo de doña Luisa.

A tal respecto escribió más tarde:

«Muchas veces, cuando considero en esta fundación, me espantan las trazas de Dios, que había casi tres meses (al menos, más de dos, que no me acuerdo bien) que habían andado dando vuelta a Toledo para buscarla personas tan ricas, y como si no hubiera casas en él, nunca la pudieran hallar; y vino luego este mancebo, que no lo era sino hasta pobre, y quiere el Señor que luego la halla, y que pudiéndose fundar sin trabajo, estando concertado con Alonso Álvarez, que no lo estuviese, sino bien fuera de serlo, para que fuese la fundación con pena y trabajo.

»Pues como nos contentó la casa, luego di orden para que se tomase la posesión, antes que en ella se hiciera ninguna cosa, porque no hubiese algún estorbo; y bien en breve me vino a decir el dicho Andrada que aquel día se desembarazaba la casa, que llevásemos nuestro ajuar; yo le dije que poco había que hacer, que ninguna cosa teníamos, sino dos jergones y una manta. Él se debía espantar; a mis compañeras les pesó de que se lo dije, y me dijeron que, como lo había dicho, de que nos viese tan pobres, no nos querría ayudar. Yo no advertí en eso, y a él le hizo poco al caso; porque quien le daba aquella voluntad, había de llevarla adelante hasta hacer su obra; y es así, que con la que él anduvo en acomodar la casa y traer oficiales, no me parece le hacíamos ventaja.

»Buscamos prestado aderezo para decir misa y con un oficial nos fuimos a boca de noche con una campanilla para tomar la posesión, de las que se tañen para alzar, que no teníamos otra, y con tanto miedo anduvimos toda la noche aliñándonos, y no hubo adonde hacer la iglesia, sino en una pieza, que la entrada era por otra casilla que estaba junto, que tenían unas mujeres, y su dueña también nos la había alquilado.

»Ya que lo tuvimos todo a punto que quería amanecer, y no habíamos osado decir nada a las mujeres, porque no nos descubriesen, comenzaron a abrir la puerta, que era de tabique, y salía a un patiecillo bien pequeño. Como ellas oyeron golpes, que estaban en la cama, levantáronse despavoridas; harto tuvimos que hacer en aplacarlas, mas ya era hora que luego se dijo la misa; y aunque estuvieron recias, no nos hicieron daño, y como vieron para lo que era, el Señor las aplacó.»

El padre Juan de la Magdalena, prior de las carmelitas calzadas de la ciudad, fue quien dijo la misa. Aunque era harto temprano, estuvieron en ella presentes doña Luisa y toda su servidumbre y algunos transeúntes, que habían sido atraídos por el tintinear de la campanilla. Cuando el monaguillo exclamó: «¡Bendito sea Dios! ¡Qué hermoso es!», Teresa se consideró recompensada de todas sus fatigas.

No se estaba, sin embargo, al cabo de todo. Ocurrió que la propietaria de la casa, al ver que se había instalado una iglesia en ella, se presentó enojada allí porque su propiedad estaba vinculada. La calmó Teresa, prometiéndole que le pagaría un buen precio por ella. Llegaron después los miembros del Consejo para preguntarle con qué derecho se atrevía a fundar un convento sin su conocimiento y pidiendo les mostrase la licencia. Tal vez por suerte para ella, el gobernador se había ausentado de la ciudad después de haberla dado su autorización verbal, pues de otro modo habrían logrado convencerle de lo contrario y hacerle cambiar de opinión. Pero su antiguo amigo fray Vicente Barrón, O. P., que en aquel entonces era miembro consultor de la Inquisición en Toledo, se puso de parte de ella, y el canónigo don Pedro Manrique, recordándoles que lo mismo se había hecho en algunos otros lugares sin malas consecuencias, les convenció de que no tomasen acción alguna hasta que regresara el gobernador.

Era cosa que excitaba la compasión la pobreza de tal convento. Como la misma Teresa hizo constar luego en sus escritos, no tuvieron el primer día ni siquiera un poco de leña para poder asar una sardina, y no sabía a quién inspiraría el Señor, pero lo cierto es que alguien dejó en la iglesia un atado de leña para ellas, con lo que pudieron remediarse algo. Como las noches eran

harto frías, la madre Teresa y sus dos monjas tenían que dormir juntas en el mismo jergón, en el suelo, y arrebujándose bajo la única manta que poseían.

¿Cómo era posible que la acaudalada doña Luisa, que había proporcionado todo el convento de Malagón, permitiera ahora que su amiga pasara hambre y frío a sus propios ojos? ¿Creía tal vez que ya había hecho bastante por la Reforma y que era ya hora de que otros la sustituyesen? ¿O estaba acaso ofendida por las francas recriminaciones de La Madre por su retraso en enviar el manuscrito de su vida al Beato Juan de Ávila? ¿O, por último, la desagradaba, como a las restantes familias aristocráticas de Toledo, aquella su relación con la familia de Ramírez en el asunto? Es cosa que todavía permanece en el misterio, y sobre la cual tendió Teresa el amplio manto de su caridad, como se deduce de sus palabras posteriormente escritas:

«Parecerá imposible, estando en casa de aquella señora que me quería tanto, entrar con tanta pobreza; no sé la causa, sino que quiso Dios que experimentásemos el bien desta virtud; yo no se lo pedí, que soy enemiga de dar pesadumbre, y ella no advirtió por ventura que más que lo que nos podía dar le soy a *cargo» (Fundaciones*).

Lo cierto es que aquella rica mujer, preocupada a tal punto con sus propias amarguras, asistió a la primera misa y pudo perfectamente haberse dado cuenta de la gran pobreza de la nueva casa.

A pesar de ello, la comunidad fue saliendo adelante y aumentando. La madre Teresa envió a buscar algunas monjas a Ávila de las del monasterio de la Encarnación; las cuales fueron doña Antonia del Águila y doña Isabel Suárez, e hizo venir de Malagón a

la hermana Ana de los Angeles, a la que nombró priora. Las demás aceptaron los rigores de la vida de Toledo con tan gran alegría que se quedaron un poco decepcionadas cuando la cosa cambió para mejor y la gente comenzó a hacer llover sobre ellas cuantiosos donativos. Alonso Álvarez Ramírez fue uno de los primeros en ofrecer su ayuda, al ver el convento ya fundado, y barruntando la posibilidad de obtener un panteón de familia allí para ser enterrado él y todos los suyos. Otra persona regaló una casulla de raso rojo y dos corporales; otros fieles enviaron camas y colchones. La comida les llegaba en abundancia tal que las hermanas preguntaban a La Madre qué se iban a hacer con todo aquello, diciendo: «¿Qué hemos de hacer, Madre?, que ya no parece somos pobres».

Pero todo aquello fue tan sólo temporal. Al cabo de un tiempo los donativos no eran ya tan abundantes y se probó claramente que la casa no era a propósito para una ocupación definitiva. Se vio, pues, Teresa en la necesidad de aceptar una cierta especie de dote. Uno de los grandes nobles de Toledo ofreció el dinero necesario para erigir un nuevo convento a condición de que se le hiciera en él un pabellón para sus restos y las de su familia. Y, cuando Alonso Ramírez solicitó obtener el mismo privilegio, no le fue a ella posible olvidar que él había sido el primero en llevarla a Toledo. Con tal motivo se produjo una gran maledicencia en aquella antigua y encapotada sociedad ante el atrevimiento de semejante advenedizo. Lo cual tuviera tal vez no poca influencia sobre el licenciado, ya que, al conceder por escrito el permiso estipulaba en él que era a condición de que la casa no debía estar dotada, excluyendo de tal modo, al parecer, a la ambiciosa familia de los Ramírez.

Si bien la madre Teresa no sentía una tentación seria a tal respecto, no podía olvidar la familia de que procedía. De ahí sus vacilaciones, a las que por último se sobrepuso, pudiendo luego escribir:

«Nuestro Señor me quiso dar luz en este caso, y así me dijo una vez: ¡Cuán poco al caso harían delante del juicio de Dios estos linajes y estados! Y me hizo una reprensión muy grande, porque daba oídos a los que me hablaban en esto, que no eran cosas para los que ya tenían despreciado el mundo». Y un día le dijo Él: «Mucho te desatinará, hija, si miras las leyes del mundo. Pon los ojos en mí, pobre y despreciado de él; ¿por ventura serán los grandes del mundo, grandes delante de mí, o habréis vosotras de ser estimadas por linajes, o por virtudes?»

Así, decidió que aunque los términos de la licencia no permitiesen a la familia de Ramírez dotar al monasterio, ella les permitiría construir la capilla para ser allí sepultados; y así se arregló, contra viento y marea de toda la gente distinguida de Toledo. Después, el dinero ofrecido para la capilla bastó para pagar la nueva casa, que fue una de las mejores de la ciudad, de un valor de doce mil ducados; en la que desde entonces hasta ahora han vivido y han muerto muchas almas ungidas de verdadera santidad.

Las monjas muestran todavía hoy el pequeño cuarto que era la celda de la madre Teresa, cuyo único adorno es una estatua de Cristo de la Columna (que es reverenciada aún como milagrosa) y cuyas paredes y suelo tienen todavía algunas manchas que se dice provienen de las heridas que ella se hacía al disciplinarse por querer compartir los sufrimientos de Cristo. Este convento se hizo tan notable por la santidad de sus miembros que La Madre les dedicó todo un capítulo extraordinario en su libro de las Funda-

ciones. Había allí, entre otras, una mujer muy acaudalada, pero enferma, que entró a la edad de cuarenta años, dejando todos sus bienes a la comunidad, y luego disfrutó de una salud excelente en medio de la pobreza. Cuando Teresa la previno de que tal vez podría no ser aceptada, a fin de que, si quería, pudiese conservar sus bienes, Ana de la Madre de Dios replicó que no recibiría en ningún caso la devolución de tales bienes; ella los había dado por el amor de Dios y, si la rechazaban, pediría su pan de limosna, también por amor de Dios.

La obediencia era tan estricta en aquella casa que la priora tenía que evitar el hablar en broma por miedo de que alguna monja pudiese tomarlo en serio. Una superiora llegó, en vista de ello, a preguntar a una, qué pasaría si se la ocurriera decirle que se echara a la alberca; y aún no había acabado de decirlo cuando la otra estaba ya dentro del agua hasta el cuello, y tuvieron que mandarla a que se cambiase de hábito. Otra, que debía estar preparándose para ir a confesarse, tuvo que ir a decir algo a la superiora; la cual, extrañada y malhumorada, la preguntó qué manera tenía de recogerse, ordenándole que metiera la cabeza en el pozo y pensara bien en sus pecados. Y tuvieron que darse buena prisa para evitar que se arrojase de cabeza al pozo. Tal era el espíritu reinante en ese monasterio que los hombres instruidos se veían obligados a contener a las hermanas señalándolas el peligro del exceso en todo, incluso en las buenas obras.

Fue asimismo allí donde la madre Teresa se prestó a aceptar a una cierta joven que parecía ser verdaderamente santa, pero que, por una u otra razón, no le cayó bien. Al hablar de su ingreso próximo, Teresa le dijo de pronto que fuera al día siguiente para la recepción. La otra contestó diciendo que iría y llevaría su Biblia. A

lo que la madre Teresa replicó con viveza «que no iría allí, donde no la necesitaban a ella ni a su Biblia, porque ellas no eran sino mujeres ignorantes que no hacían otra cosa que tejer y obedecer.»

Ni que decir tiene que no tenía nada en contra de la Biblia, ya que de continuo la citaba ella misma, sino por la tendencia que en aquellos días se manifestaba, de atacar a la Iglesia fundándose en las Sagradas Escrituras. Como el arzobispo Carranza había ya explicado, la Iglesia prohibía a sus hijos que leyesen ediciones no autorizadas de la Biblia porque sus enemigos realizaban un gran negocio imprimiendo y haciendo circular traducciones amañadas y mutiladas, a fin de que sirvieran a sus siniestros propósitos; de tal suerte había miles y miles de biblias que se imprimían secretamente en Ferrara para enviarlas a España. De donde se imponla una preocupación constante para evitar que la Biblia se convirtiese en un síntoma de actividad herética. Y La Madre no se equivocaba al sospechar algo por el estilo en la joven candidata; el caso es que, después de haber sido rechazada, se confabuló con un grupo de las llamadas *beatas* y, al final, apareció junto con ellas en auto de fe.

Se arrodilló una vez Teresa ante el Santísimo Sacramento en Toledo para pedir por el alma de una monja que estaba por morir. Después, al ir a la celda de tal monja, vi o a Cristo que estaba parado a la cabecera de la cama, con los brazos extendidos como protegiéndola. Y Él prometió que de aquella misma manera protegería a cuantas muriesen en cualquiera de aquellos monasterios y que no tenían por qué temer las tentaciones de los últimos momentos de la vida. Inmediatamente después de ello, la monja murió alegremente, «como un ángel».

Dos meses después de la fundación, el convento había quedado del todo y perfectamente establecido. Un sábado, víspera de Pentecostés, la fundadora se sentó para cenar, tremendamente cansada, pero tremendamente feliz de haber logrado realizar su objeto, que apenas si pudo probar bocado. Por lo menos, ahora podría descansar un poco, permitirse un tiempo de apaciguamiento.

Pero a la mitad de la frugal comida sonó la campanilla y la hermana Isabel de Santo Domingo, que hacía de tornera, se le acercó para decirle que afuera había un criado de la princesa de Éboli, portador de un recado de su señora, y que insistía en hablar con ella en el acto.

La Madre se levantó cansadamente y fue a su encuentro.

# CAPÍTULO XXIII

# LA TUERTA PRINCESA DE ÉBOLI

Como todo el mundo en España, Teresa sabía de sobra quién era la gran dama, cuyo enviado tenía frente a sí en la puerta. Ana de Mendoza y de la Cerda era esposa del hombre segundo en importancia en todo el Imperio hispánico. Era su padre Diego Hurtado de Mendoza, príncipe de Melito, hijo de uno de los virreyes del emperador. Su abuelo (por causa de una de sus tempranas debilidades) era el Gran Cardenal, y «tercer rey» de España, don Pedro González de Mendoza, consejero de los reyes católicos y protector de Cristóbal Colón. Su tatarabuelo había sido el célebre poeta y soldado del siglo XV, el marqués de Santillana. De suerte que los cruzados, los estadistas, los prelados y los exploradores habían dado gran lustre y realce a su familia. Por la sangre, estaba emparentada con las familias más nobles de España, y por su matrimonio con algunas de raza judía, como los Guzmán, los de Luna y otras. Uno de sus primos era Antonio de Mendoza, el primer virrey de Nueva España, y otro de ellos era Bernardino de Mendoza, almirante de la Armada.

A los dieciséis años de edad, Felipe II la dio en matrimonio a su mejor amigo y confidente de siempre, Ruy Gómez de Silva, de familia portuguesa y que había venido a España cuando niño con doña Leonor de Mascareñas para figurar como paje en la corte de Carlos V. Su bello semblante y su amable y buena disposición atrajeron de tal modo a la emperatriz Isabel que le escogió como

compañero especial de su hijo. Así, pues, acompañó al príncipe a Italia, a los Países Bajos y a Inglaterra; había conseguido el dinero que le ayudara a alcanzar la victoria de San Quintín, y en aquel momento, en la mitad de sus respectivas vidas, eran amigos inseparables, y aun cuando en lo relativo a las cuestiones extranjeras Felipe se inclinaba más bien a seguir el consejo del duque de Alba, Ruy Gómez no perdió jamás su confianza y, gracias a su popularidad casi universal hasta el día de su muerte, pareció ofrecer una excepción tal vez única en la generalidad de los destinos de los ministros. Un historiador contemporáneo suyo le tributa un gran elogio al decir de él que era modesto sin artificio y de pocas palabras, que hablaba solamente lo necesario y en el momento preciso. Aun cuando era ambicioso, no escaló jamás el poder por medios tortuosos, sino venciendo a sus rivales a fuerza de cortesía y generosidad. Tuvo siempre buen cuidado, ni aun cuando se enriqueció extraordinariamente, en no vestir mejor que el rey, quien, por lo general, solamente llevaba un sencillo traje negro con una cadena de oro pendiente del cuello. En los asuntos políticos, era oportunista, de los de la escuela del emperador Carlos V; sin embargo, el gran nuncio papal, Ornameto, le describió diciendo que era un «ministro competente y leal, muy devoto y amigo de la Santa Sede». Por otra parte, era la única persona que podía dominar al príncipe don Carlos en sus últimos días, y el único capaz de contener las volanderas emociones de la dama que le había proporcionado amor, hijos, riqueza, y nuevos títulos que poder añadir al de príncipe de Éboli, que le otorgara Felipe II.

A los treinta años, su esposa conservaba todavía muchos de los encantos que realzaban su belleza cuando tenía sólo dieciséis, al casarse. La pérdida, en un accidente, de su ojo derecho pareció aumentar más todavía, en vez de disminuirlos, sus encantos fasci-

nadores; y el negro parche que sobre el ojo llevaba le daba un aire de misterio, como de algo exótico y picante, algo semejante a un rostro de flor sostenido por rizada lechuguilla como las que puso en moda la reina Ana Bolena, bajo un peinado a modo de cono en cuatro rollos de cabello negro, uno encima del otro; con todo lo cual su ojo izquierdo parecía infinitamente más vivo a los de todos los brillantes caballeros, que trata rendidos a sus pies, y para conmover el corazón magnánimo de Ruy Gómez. Incluso después del nacimiento de su noveno hijo parecía tan joven como cuando recién casada, más una muchacha que una matrona. Sus mansiones, tanto en la corte como en el campo, eran las más alegres y suntuosas de toda España, sin igual centro de toda clase de murmuraciones y de intrigas, palacios para fiestas y lugares de gran elegancia y distinción.

Era lo más probable que ni ella ni su marido hubieran vertido lágrimas de ninguna clase al ver partir al duque de Alba para los Países Bajos en la primavera del año 1568, pues con ello cesaba por completo de dirigir la política extranjera y militar de Felipe II. Quedaba, pues tan sólo Ruy Gómez gozando de todo el favor del rey, y no tardó en aprovecharse plenamente de ello haciendo entrar en el Consejo Real a un protegido suyo, que vivía en su misma casa: Antonio Pérez, joven afable, habilidoso y espléndidamente ataviado, a quien algunos consideraban como hijo ilegítimo suyo, si bien el honor de haberle hecho caballero recayese más ciertamente, como ahora se sabe, sobre un secretario del difunto emperador, llamado Gonzalo Pérez. No tardó Antonio en ganarse la confianza y convertirse en el secretario privado de Felipe II, que le fue confiando cada vez más los asuntos públicos. Sentía Pérez un caballeroso respeto por la esposa de su bienhechor, a la que llamaba joya engarzada en los esmaltes de la naturaleza y la for-

tuna. Jamás hubo en ello peligro alguno para el respeto de Ana hacia su esposo, pues de ella se decía que nadie que no estuviese tan dotado como él de firmeza y amable comprensión habría sido capaz de dominar a una mujer tan soberbia, frívola y caprichosa.

Antes de haber llegado al postigo, ya sabía la madre Teresa lo que de ella se esperaba. La princesa le había escrito en el otoño del año 1508 ofreciéndola fundar un convento para ella en Pastrana, a cinco leguas de Guadalajara, en donde ella y su esposo habían ya fundado hospitales y otros establecimientos de caridad pública, incluso una hermosa iglesia colegiata, y donde habían sido generosos e inteligentes protectores de la vida agrícola. Creían ellos que lo que su villa había entonces menester era una comunidad de contemplativas; y, habiendo oído hablar del prestigio de La Madre, la princesa quería que hubiese ido allá en seguida para abrir un convento. De modo que, acostumbrada a ser en el acto obedecida, su alteza envió el coche para que la trajera y, por su parte, se había molestado en ir a Pastrana para recibirla.

Replicó Teresa como muy pocas personas en España se hubiesen atrevido a hacerlo, diciendo que no había caso de ello en tal momento, porque su presencia era necesaria en Toledo. Le apenaba mucho a Teresa —según ella luego escribió— porque el monasterio acababa de ser fundado y, con tanta oposición como se le había hecho resultaba peligroso abandonarlo; de suerte que decidió allí mismo no ir y así se lo dijo al enviado. El cual, a su vez, replicó que aquello no podía tolerarse porque la princesa había ido allá por tal razón tan sólo y eso sería un insulto para ella. Mas, a pesar de todo, como no tenía intención de ir, Teresa le dijo que fuera a comer mientras ella escribía una carta a la princesa y él podría ir tranquilamente a llevársela. Era el enviado hombre muy

respetable y, si bien tomó bastante a mal la cosa, supo aceptarla cuando se le dieron las razones de ello. Por otra parte, escribió luego Teresa:

«Las monjas que para estar en el monesterio acababan de venir en ninguna manera veían cómo se poder dejar tan presto aquella casa. Fuíme delante del Santísimo Sacramento para pedir al Señor que escribiese de suerte que no se enojase, porque nos estaba muy mal a causa de comenzar entonces los frailes, y para todo era bueno tener el favor de Ruy Gómez, que tanta cabida tenía con el rey y con todos, aunque esto no me acuerdo si se me acordaba, mas bien sé que no la quería disgustar. Estando en esto, fuéme dicho de parte de Nuestro Señor: Que no dejase de ir, que a qué más iba que a aquella fundación, y que llevase la regla y constituciones.

»Yo, como esto entendí, aunque veía grandes razones para no ir, no osé sino hacer lo que solía en semejantes cosas, que era regirme por el consejo del confesor; y así le envié a llamar sin decirle lo que había entendido en la oración, porque con esto quedo más satisfecha siempre, sino suplicando al Señor les dé luz, conforme a lo que naturalmente pueden conocer, y su Majestad, cuando quiere se haga una cosa se lo pone en el corazón.

»Esto me ha acaecido muchas veces; así fue en esto, que mirándole todo le pareció fuese, y con eso me determiné a ir» (*Fundaciones*, cap. XVII).

Era en aquel entonces su confesor fray Vicente Barrón.

A la mañana siguiente, 30 de mayo de 1569, La Madre tomó asiento, con la hermana Isabel de Santo Domingo y el carmelita calzado padre Pedro Muriel, en la magnífica carroza de la princesa. Hicieron el viaje por Madrid y, no obstante la prisa mostrada por la

princesa, detuviéronse en la ciudad dos o tres días con doña Leonor de Mascareñas, en el convento franciscano de Nuestra Señora de los Angeles, visitaron a las monjas en el Real Monasterio y tal vez vieran a la princesa Juana. En tal ocasión fue cuando Teresa encontró por vez primera a una joven de aristocrática familia que, con el tiempo, había de entrar en uno de los conventos de la Reforma con el nombre de hermana Beatriz del Sacramento. Allí encontró también a dos hombres extraordinarios que paraban en el hospicio de doña Leonor: un ingeniero y un pintor de retratos, quienes habían abandonado el mundo para hacerse ermitaños en Pastrana.

Ambrosio Mariano Azaro, uno de los dos, hijo de una noble y rica familia napolitana, había sido compañero de estudios del que más tarde fue el papa Gregorio XIII, y era un humanista en el más lato sentido de la palabra, ya que con igual soltura trataba los asuntos de teología que los de ingeniería, que las leyes canónicas o la ciencia militar. El Concilio de Trento, al cual asistió, le envió en calidad de investigador a Polonia, que entonces se hallaba en grave peligro de perderse para la fe católica. Catalina de Austria, esposa de Segismundo II, le nombró administrador de su palacio. Podía haber hecho un matrimonio brillante si no hubiese preferido, en cambio, ser caballero de San Juan. Cuando se cansó de la corte de Polonia, se marchó a los Países Bajos, entró al servicio de Felipe II y se ganó la confianza por los servicios que hubo de prestarle en la batalla de San Quintín. Pero acusado después de haber cometido un homicidio, hubo de estar dos años en prisión hasta que se demostrase su inocencia ([56]). Se marchó entonces a

[56] La mejor autoridad en este asunto es la propia Teresa, que cuenta cómo lo acusaron falsamente, se negó a presentarse al consejo y, por último, se le exoneró, como a Santa Susana, cuando vio que las pruebas se

España, en donde Felipe, magnifico protector de las ciencias y las artes, le envió a Sevilla a estudiar las posibilidades de hacer navegable el Guadalquivir desde Sevilla a Córdoba. Mientras tanto, Mariano se acogió a la protección de los jesuitas, hizo los ejercicios de San Ignacio, y cuando conoció al hermano Mateo, como ermitaño en el desierto de Tardón, cerca de Sevilla, decidió dejar de una vez el mundo para internarse en la soledad de Sierra Morena. De allí le hizo salir el rey para encargarle de la ejecución del proyecto de riego de la vega de Aranjuez, sitio de recreo de los reyes, utilizando las aguas del río Tajo. Una vez terminada tal tarea, Mariano se volvió para su ermita, pero se detuvo en Madrid para ver a doña Leonor y oyó que la madre Teresa estaba también allí.

El compañero de Mariano era otro napolitano, pero de humilde cuna: Juan Narduch, el cual había entrado desde temprana edad en un convento de franciscanos observantes, pero después de una peregrinación a Compostela y de otra al Cristo de Burgos se había hecho ermitaño en un lugar cerca de una famosa imagen de Nuestra Señora. Cuando su gran santidad comenzaba a llamar la atención de las gentes se marchaba de un lugar para otro, hasta que, por fin, se encontró en Córdoba con Mariano Azaro, con el que había hecho ya el viaje desde Italia a Polonia, y se fue con él al desierto. Por intermedio de la princesa Juana, Mariano le obtuvo el permiso para que estudiase la pintura con el pintor favorito del rey, Alonso Sánchez Coello. Narduch había acariciado desde siempre tal ambición, y después de un año de estudio quería agradecer su protección a doña Leonor de Mascareñas pintando para ella

---

contradecían.

algunos retratos, y así era cómo se encontraba entonces en aquel hospicio.

De aquellos soldados de fortuna Teresa comprendió en seguida que Mariano, con su viva inteligencia y su encendido amar a Dios, era el más interesante de los dos. Al hablar de él dice Teresa que, cuando la contó su manera de vivir, ella le mostró la Regla primitiva y le aseguró que él podría observar todo aquello sin gran dificultad toda vez que es en esencia lo mismo, en especial en lo tocante a tener que vivir del trabajo de sus manos, que era a lo que él se sentía más inclinado, diciéndola que el mundo estaba perdido por causa de su codicia, y que eso era lo que hacía despreciar a los religiosos. Como ella era del mismo modo de pensar, se pusieron en seguida de acuerdo sobre tal cosa y, a decir verdad, sobre todo lo demás; así, cuando ella le dijo que podría servir mucho a Dios en aquel su hábito, él contestó que lo pensaría por la noche. Teresa vio en seguida que él estaba ya dispuesto y así lo entendió cuando, al orar, oyó que iba a hacer algo más que un monasterio de monjas, y que era aquello. Lo cual la produjo la más grande satisfacción, porque parecía que el Señor iba a ser muy servido si él entraba por fin en la Orden. Y Su Majestad, que tal deseaba, de tal suerte le inspiró aquella noche que, a la mañana siguiente, fue a visitarla, con la resolución ya adoptada, extrañado ante sí mismo de verse así arrastrado a cambiar tan súbitamente de idea, especialmente por causa de una mujer (como incluso a ella misma le decía a veces), como si fuera en realidad esa la causa, y no el Señor, de los cambios de los corazones.

No solamente entró Mariano en la Orden, sino que incluso regaló a ella la ermita de San Pedro que Ruy Gómez le diera, cerca de Pastrana, y cuando Juan Narduch, a quien él leía en voz alta la

Regla, declaró que era precisamente aquello lo que ambos buscaban, Teresa vio que ya contaba con el núcleo de un segundo monasterio de frailes descalzos.

Dejó, pues, a Madrid llena de contento, y siguió viaje, deteniéndose tal vez unos momentos en el convento carmelita de Alcalá para continuar hacia Pastrana, adonde llegó al final del mismo día.

Era entonces Pastrana un lugar de unos mil habitantes —hoy de tan sólo setecientos— que vivían en casas amontonadas en filas bastante paralelas, en una fértil colina que desciende hacia una verde campiña en donde los labriegos trillaban todavía el grano a la manera mora. Teresa vio deleitosos huertos en todas partes, aspiró el suave aroma que exhalaban, oyó las gratas voces de los seres humanos que allí vivían hasta que, subiendo el repecho del último cerro, la carroza se detuvo ante la puerta de un imponente palacio renacentista con los escudos de los Mendoza y los La Cerda sobre su romántica puerta.

Descendieron Teresa y sus acompañantes y entraron en la mansión. Todo era en ella suntuoso, pero Teresa sentía el ansía de encerrarse en el humilde alojamiento que le habían prometido que daba sobre los bellos y bien cultivados jardines de la ducal posesión. Y su primer desengaño fue el oír que aún no había dado remate a las refecciones que la princesa había mandado se hicieran. De suerte que tenía que permanecer en el palacio. Lo cual era una gran contrariedad para ella, y en lo cual se pasaron dos semanas. Llegaron luego de los otros conventos las monjas que debían completar el resto de la comunidad: Isabel de San Jerónimo y Ana de Jesús, de Medina, y Jerónima de San Agustín, de la Encarnación de Ávila. Se pasaron otros cinco días antes de poder ver

instalado el Santísimo Sacramento y abierto el convento bajo la advocación de Nuestra Señora de la Concepción.

No se hicieron esperar Mariano y Narduch, portadores de la licencia del provincial para el segundo convento de frailes. Fue un día de verdadero contento aquel en que los dos hubieron de recibir el hábito de los descalzos en su ermita de San Pedro y, en presencia de La Madre y de la princesa, escucharon al elocuente fray Baltasar de Jesús, carmelita venido ex profeso de Medina, darles la bienvenida como hermanos legos en aquella Orden, en la que él había también ya entrado. Cuando el prestigioso ingeniero se convirtió en Ambrosio Mariano de San Benito rehusó, al igual de San Francisco, llevado a ello por su gran humildad, recibir las sagradas órdenes, y no consintió en hacerlo hasta que sus superiores se lo mandaron, cuatro años más tarde. Juan Narduch tomó el nombre de fray Juan de la Miseria. La historia le considera como el mejor pintor de la madre Teresa, que, por orden de su confesor, le sirvió de modelo días y días, en cumplimiento de penitencia. Una vez terminado el retrato, ella hubo de exclamar pidiendo a Dios que perdonara a fray Juan porque, después de todo lo que había sufrido a manos de él, todavía la había pintado legañosa y fea. Lo cierto es que el retrato merece ser defendido por su fidelidad, aunque no sea de un parecido adulador. Permaneció Teresa en Pastrana cerca de dos meses. Los caprichosos abusos de la princesa y su absurda idea del tiempo podían haber hecho parecer más larga tal estancia, porque Teresa escribió luego acerca de ello:

«Estaría allí tres meses, adonde se pasaron hartos trabajos, por pedirme algunas cosas la princesa, que no convenían a nuestra religión; así me determiné a venir de allí sin fundar, antes que

hacerlo. Mas el príncipe Ruy Gómez con su cordura (que lo era mucho y llegado a la razón) hizo a su mujer que se allanase, y yo llevaba algunas cosas, porque tenía más deseo de que se hiciese el monesterio de los frailes que el de las monjas, por entender lo mucho que importaba, como después se ha visto.» (*Fundaciones*, cap. XVII). Lo cierto es que tal monasterio llegó a ser el más importante de toda la Orden en España, ya que durante más de dos siglos se celebraron en él todos los capítulos generales. Uno de los desacuerdos entre la princesa y su huéspeda surgió sobre la antigua cuestión de la renta. Para la madre Teresa era de todo punto indiscutible que una población tan exigua como aquélla no podría soportar completamente el convento si a las monjas se las dejaba por completo en la pobreza absoluta, y llegó clarividentemente a sospechar que la devoción de la princesa duraría tan sólo hasta que llegase a interesarse por cualquiera otra novedad. Por ello, contra su costumbre, insistió en que se le asegurase una renta, la que habría de quedar del todo convenida por adelantado.

La princesa se mostró escandalizada por el descubrimiento de semejante espíritu mundano y comercial en una mujer de la que, cuando menos, esperaba milagros. Había traído allí aquellas monjas para que hicieran una vida conforme a la regla carmelita primitiva, y no quería en ellas cosa que no fuese perfecta —actitud idealista que suele ser harto común en las personas emotivas que se entregan a las actividades religiosas por meros impulsos y comienzos, como un calmante para la conciencia o un descanso de las preocupaciones del propio egoísmo—. En cuanto a las otras atañía, no admitía nada que no fuese, cuando menos, una virtud heroica. En cambio, Ruy Gómez era más razonable. Tenía fama de saber evitar toda clase de perturbaciones por medio de hábiles

compromisos. Tal vez hubiera encontrado divertido el ver a su encantadora y mimada Ana dando lecciones de pobreza a una monja que apenas si comía o dormía, que tan sólo llevaba un pobre hábito remendado, ni sabía pensar en su propia conveniencia. Él comprendió perfectamente que La Madre tenía razón y halló el medio hábil de hacer ver a su esposa la justicia de una dotación.

La cosa se puso más sería cuando la princesa se empeñó en que una monja agustina, amiga suya, llamada Catalina Machuca, se hiciese carmelita y entrase en el convento de Pastrana, para lo cual la había hecho venir de Segovia antes de consultar a La Madre, y se indignó grandemente cuando Teresa se negó a aceptarla. Porque era el caso que se había siempre opuesto a admitir monjas de otras órdenes, incluso si parecían más aptas para la vida carmelita que lo que parecía ser aquella Catalina Machuca, y ella no era persona que permitiese a nadie, ni a la mismísima princesa de Éboli, el escoger sus novicias. Fray Domingo Báñez, que había estado explicando la teología en la cátedra de la Universidad de Alcalá desde el año 1567, la escribió dándole la razón y diciéndole que no consintiera en ello por causa ninguna. No pudo la princesa encontrar argumento plausible contra el dictamen de una persona a quien se consideraba como el mejor tomista de toda España y no insistió en llevar más adelante el asunto.

Pero Catalina Machuca no aceptó tan pacíficamente su derrota. Dado su temperamento de mujer inestable y emotiva, había acudido a Pastrana con el propósito de unirse a una santa en una empresa nueva, de la que ya se hablaba por doquier, y no tenía la menor intención de que se la rexpidiese de nuevo al convento de las agustinas sin, por lo menos, vengar lo que ella consideraba como una herida mortal. Y se le ofreció tal oportunidad

al enterarse de que la madre Teresa había escrito un libro extraordinario sobre su propia vida. Habló de ello a la princesa de manera tal que no pudiera por menos de encender en ella un vivo deseo, tal vez un gran anhelo, de leerlo. La princesa pidió a La Madre que la dejase ver el libro de su Vida.

Como es natural, se negó a ello Teresa. Había escrito aquel libro íntimo e introspectivo para que lo viesen únicamente los ojos de su confesor.

La princesa insistió y, al ver que La Madre se negaba de nuevo, envió al ataque a su hábil esposo. Acaso Ruy Gómez hiciese valer como argumento el beneficio espiritual que la princesa podría de ello derivar, así como su mejor comprensión de la Reforma. ¿Había, por ventura, razón alguna para que la princesa de Éboli no pudiese ver un libro que se había mostrado a la duquesa de Alba? Aquel era el argumento de más fuerza, porque Teresa debía haber sabido que su protectora no se dejarla jamás sobrepasar por su rival en nada, fuere lo que fuere. Y con no pocos recelos se avino, por fin, a dejarles uno de los manuscritos que había copiado de su puño y letra, con la condición expresa de que el príncipe y la princesa habrían de ser las únicas personas que lo vieran. A lo cual accedió, desde luego, Ruy Gómez.

Ana se llevó el manuscrito a su cuarto tocador, tal vez al jardín, y se puso a leerlo con avidez. Cabe fácilmente imaginarse cómo habrían de resonar las carcajadas en aquellas tapizadas estancias del palacio cuando el ojo solitario de la princesa (si es que no se hacía leer por alguna otra persona) caía sobre pasajes del libro en que La Madre, por obediencia exclusiva a las órdenes de su confesor, se esforzaba por encerrar en los pobres límites de la humana expresión cosas perfectamente inexpresables; como

aquellas frases en que decía que la memoria y el entendimiento eran a modo de palomas que no se dan por satisfechas con el alimento que les proporciona el dueño del palomar, sin trabajo alguno por parte de ellas, y van a otra parte a buscar qué comer, encontrándolo tan malo que vuelven al palomar, yendo y viniendo para ver si la voluntad les da algo de lo que a ellas les gusta. Por lo demás, ¡cuán gran pecadora se confesaba allí la misma Madre! Constantemente se acusaba de ello en su manuscrito. Y aquella frase en que decía que había estado muchas veces como fuera de sí, ¡embriagada con aquel amor, sin haber jamás comprendido cómo era! No pasó mucho tiempo sin que todos en el palacio, incluso los criados, hubieran leído el libro; y aquella obra, que en lo sucesivo había de llegar a ser venerada por los santos y hacer que se comparase a su autora con los Padres de la Iglesia, se veía pasando de mano en mano con las rechiflas, los sarcasmos y las impúdicas carcajadas de los que jamás llegarían a comprender el sagrado fulgor de su verdad. Los necios y los libertinos comenzaron a decir que aquello era por el estilo de lo que Magdalena de la Cruz acostumbraba predicar a los *alumbrados* antes de que la Inquisición se hiciese cargo de ella, y que era muy probable que la madre Teresa acabase en la hoguera.

Semejante incomprensión habría resultado penosa para la autora en cualquier caso; pero el ser invitada en la casa de una dama y verse así insultada, ridiculizada y traicionada en la promesa hecha era, sin duda, algo que debió de llegar dolorosamente al Corazón de Teresa, a pesar de su gran experiencia de la humana inconstancia. Sin embargo, no era de las que interponían sus propios sentimientos, por mucho que se les ultrajase, entre ella y la obra que había de realizar en servicio de Dios. De suerte que terminó cuanto antes todos los arreglos concernientes a la instalación

del convento y, después de haber visto ya instalado en él al Santísimo Sacramento, el día 28 de junio, y entregados los hábitos de la Reforma a las nuevas monjas, ceremonia que tuvo lugar en el palacio, por complacer una vez más a la princesa, se preparó para marchar en seguida a Toledo. La princesa no sólo no puso el menor inconveniente, sino que incluso ofreció su carroza para que la llevara.

Lo cual fue, asimismo, otra causa de no pocos sinsabores, pues, al llegar La Madre a Toledo, en la tarde del día 21 de julio de 1569, muchas personas vieron el magnifico carruaje en que iba, y un pobre sacerdote, que por allí acertó a pasar en aquel instante y cuyo cerebro desvariaba, la siguió hasta la puerta del convento gritando: «¿Sois vos esa santa que engaña a todo el mundo y viaja en carroza?», y otros insultos de este jaez.

Teresa escuchó calladamente, sin advertir que el infeliz estaba trastornado. Y volviéndose a la otra monja le manifestó que nadie le había dicho sus faltas tan bien como lo hacía aquel hombre.

Nada la impidió pensar lo mismo cuando la dijeron que era un infeliz loco. Loco o cuerdo, sabía perfectamente que una religiosa que había hecho voto de pobreza no debía viajar con boato, y desde entonces no hubo medio de que volviese a viajar en carruaje si había modo alguno de evitarlo. Sin embargo, con el instinto económico de una buena madre superiora, envió de vuelta a la hermana Isabel de Santo Domingo en la misma carroza de la princesa a Pastrana para que fuese allí la priora, haciéndola saber que no creía que la casa pudiese durar en tal sitio, y que, si las cosas no marchaban como era debido, pondría a las monjas en otro convento.

Había mucho que hacer en Toledo. Las engorrosas negociaciones con la familia, la organización del convento y la busca de una casa en mejores condiciones la retuvieron allí durante más de un año. De las innumerables cartas que en tal tiempo escribió —y huelga decir que mantuvo comunicación constante con sus monasterios de Ávila, Medina del Campo, Valladolid, Malagón, Pastrana y Duruelo, así como con algunos amigos y bienhechores — no se han encontrado más de una docena. Las más interesantes de todas son las que escribió a su hermana Juana y a su hermano Lorenzo. Los diecisiete años de casada de su hermana, con un marido como Ovalle, cicatero, celoso y quisquilloso, no habían sido un paraíso de felicidad. A Teresa le afectaban grandemente las dificultades pecuniarias del matrimonio y las tomaba como propias, al mismo tiempo que sentía un entrañable afecto por su hijo Gonzalito, que ya en aquel entonces era paje de la casa del duque de Alba, por lo que se sintió muy molesta con él cuando el 19 de octubre no había recibido contestación a la carta que le escribiera y le enviara por medio del inquisidor de Soto. Gonzalito, que tenía a la sazón catorce años, la reprochaba el haber pedido por él cuando estaba enfermo, puesto que, al devolverle la salud con sus oraciones, le había impedido la entrada en el paraíso cuando era niño ([57]).

El día 19 de octubre de 1569 Teresa escribió a su hermana diciéndola que su hermano Lorenzo estaba por regresar de las Indias. Se había portado como bueno, llegando a ser regidor, tesorero real, gobernador suplente, capitán general y alcalde de Quito, sucesivamente. Había, asimismo, tenido gran éxito desde el punto de vista financiero, pero se había preocupado más por la

[57] Gonzalo murió santamente en el año 1585. Su cuerpo se conservaba todavía incorrupto tres años después.

salvación de sus hijos que por amasar una gran fortuna, según decía Teresa; y, como había muerto la madre, les traía a España para que recibiesen la debida educación. Eran esas noticias verdaderamente buenas para su hermana, ya que esperaba de Lorenzo que la sacaría de sus apuros pecuniarios. Por ello le escribió Teresa: «¿No les decía yo que dejasen a nuestro Señor, que Él tenía el cuidado? Así lo digo ahora, que pongan sus negocios en sus manos, que su Majestad hará en todo lo que más conviene. No escribo a... Yo abrí esa carta de su hermano para... Sepa que la iba a abrir y se me hizo escrúpulo; si hay algo de lo que allá no viene, avíseme.»

Al felicitar las pascuas de Navidad a su hermana, a comienzos de diciembre, Teresa la envió unos regalos, comprados con un dinero que le había llegado providencialmente, probablemente de Lorenzo. La pedía que fuese a confesarse antes de la gran festividad, que rogase por ella y que no se preocupase de las cuestiones de dinero. Y, para anticiparse a cualquier crítica que se la pudiera hacer por causa de los regalos enviados, añadía que ella tenía quien le dirigiese su alma, no lo que se le mete a cada uno en la cabeza. Se lo decía para que ella pudiese replicar si alguien le hablaba del asunto, debiendo comprender que, tal como era entonces el mundo y la situación en que la había colocado el Señor, cuanto menos pensaran que hacía por su hermana, tanto mejor para ella, con lo cual se hacía un buen servicio al Señor. Ciertamente, si sospecharan la suma más insignificante, aun cuando no hiciese en realidad nada, dirían de ella lo que ella oía se decía de las otras; cosa que, cuando la hermana le contaba aquella frívola murmuración, debería mirar con sumo cuidado. A tal respecto la instruía, diciendo:

«Crea que la quiero bien, y alguna vez hago alguna nadería, a tiempo que le cae en gracia; si no que entiendan, cuando le dijeren algo, que lo que yo tuviere lo he de gastar en la Orden, porque es suyo; ¿Y qué tienen que ver con esto? Y crea que quien está en los ojos del mundo, tanto como yo, que aun lo que es virtud es menester mirar cómo se hace. No podrá creer el trabajo que tengo; y pues yo lo hago por servirle, su Majestad me mirará por vuestra merced y sus cosas. Él me la guarde, que me he estado mucho, y ha tañido a Maitines. Yo le digo, cierto, que en viendo una buena cosa de las que entran, la tengo delante, y a Beatriz, y que nunca fue osado tomar ninguna, aun por mis dineros. Suya, Teresa de Jesús, carmelita.»

Pocas semanas más tarde, el día 17 de enero del año 1570, escribió a Lorenzo, que seguía en el Perú, una larga carta con las incidencias de la fundación de Pastrana, la nueva casa de los frailes en tal lugar, las oraciones que sus monjas rezaban por él y por su hermano Jerónimo, y con noticias de varios parientes y amigos; carta en que le daba cuenta del que se había casado, del que ya muriera, etc. Y seguía:

«He estado mucho mejor de salud este invierno; porque el temple de esta tierra es admirable, que a no haber otros inconvenientes (porque no lo sufre tener vuestra merced aquí asiento por sus hijos) me da gana algunas veces de que se estuviera aquí, por lo que toca al temple de la tierra. Mas, lugares hay en tierra de Ávila donde vuestra merced podrá tener asiento para los inviernos, que así lo hacen algunos. Por mi hermano Jerónimo de Cepeda lo digo, que antes pienso, cuando Dios le traiga, estará acá con más salud. Todo es lo que su Majestad quiere. Creo que ha cuarenta años que no tuve tanta salud, con

guardar lo que todas, y no comer carne nunca sino a gran necesidad... Delante de mí se hizo la cuenta de los derechos que han llevado; aquí la enviaré, que no hice poco yo entender estos negocios, y estoy tan baratona y negociadora, que ya sé de todo, con estas cosas de Dios y de la Orden; así tengo yo por suyos los de vuestra merced y me huelgo de entender en ellos...

»En desocupándome de aquí, querría tomarme a Ávila, porque todavía soy de allí priora, por no enojar al obispo, que le debo mucho, y toda la Orden. De mí no sé qué hará el Señor, si iré a Salamanca, que me dan una casa; que aunque me canso, es tanto el provecho que hacen estas casas en el pueblo que están, que me encarga la conciencia haga lo que pudiere...

»Olvidóseme de escribir en estotras cartas el buen aparejo que hay en Ávila para criar bien esos niños. Tienen los de la Compañía un colegio, adonde los enseñan gramática, y los confiesan de ocho a ocho días, y hacen tan virtuosos, que es para alabar a nuestro Señor. También leen filosofía, y después teología en Santo Tomás, que no hay que salir de allí para virtud y estudios; y en todo el pueblo hay tanta cristiandad que es para edificarse los que vienen de otras partes; mucha oración y confesiones, y personas seglares que hacen vida muy de perfección.

»Ya he escrito a vuestra merced, cuán a buen tiempo hizo la merced a mi hermana, que yo me he espantado de los trabajos de necesidad que la ha dado el Señor, y halo llevado tan bien, que así la quiera dar ya alivio. Yo no la tengo de nada, sino que me sobra todo; y así lo que vuestra merced me envía en limosna, de ello se gastará con mi hermana, y lo demás en buenas obras; y será por vuestra merced. Por algunos escrúpulos que traía, me vino harto a buen tiempo algo de ello; porque con estas fundaciones,

ofrécenseme cosas algunas, que aunque más cuidado traigo, y es todo para ellas, se pudiera dar menos en algunos comedimientos de letrados, que siempre para las cosas de mi alma trato con ellos; en fin, en naderías... Mas gusto tener libertad con estos señores para decirles mi parecer. Y está el mundo tal de intereses, que en forma tengo aborrecido este temor. Y así no terné yo nada, sino con dar a la misma Orden algo, quedaré con libertad, que yo daré con ese intento; que tengo cuanto se puede tener del general y provincial, así para tomar monjas como para mudar, y para ayudar a unas casas con lo de otras... Esto es lo que mucho me lastima, ver tantas (almas) perdidas, y esos indios no me cuestan poco. El Señor los dé luz, que acá y allá hay harta desventura; que como ando en tantas partes, y me hablan muchas personas, no sé muchas veces qué decir, sino que somos peores que bestias, pues no entendemos la gran dignidad de nuestra alma y cómo la apocamos con cosas tan apocadas como son las de la tierra. Denos el Señor luz» (*Epistolario*).

Permaneció Teresa en Toledo hasta el mes de agosto de 1570. Lorenzo no había llegado todavía, y eso constituía una decepción para ella. Pero hay que contar siempre con la mala suerte. Un día, hacia fines de su estancia en la ciudad, recibió una petición del Santo Oficio de la Inquisición para que enviase una copia de su autobiografía. Por lo visto alguien la había denunciado, aunque no se le dijo quién. ¿No sería acaso algún personaje importante de Pastrana? No importaba. Su conciencia estaba perfectamente tranquila, y no tenía tiempo ni deseo de hacer reproches, pues en tal sazón se entregaba a soñar en nuevos mundos que poder conquistar para Su Majestad.

# CAPÍTULO XXIV

## SALAMANCA Y ALBA DE TORMES

La de Salamanca fue su nueva aventura. El proyecto a ello relativo se le había propuesto a comienzos del año 1570, en una carta que le escribiera el padre Martín Gutiérrez, S. J., un gran profesor y célebre predicador que en aquel entonces era el rector del colegio de allí. No se mostró ella propicia en un principio, creyendo que tal ciudad, por ser tan estudiantil, era harto pobre para soportar un monasterio sin rentas, además de las numerosas fundaciones ya existentes en ella. Sin embargo, después de sostener una correspondencia posterior con el padre Gutiérrez ([58]), decidió intentar el caso. Así, volvió a Ávila en el mes de agosto del año 1570 para hacer los preparativos necesarios.

Por mediación del padre Gutiérrez consiguió el permiso del obispo de Salamanca, don Pedro González de Mendoza. El paso que se debía dar inmediatamente después era el de encontrar una casa, para lo cual solicitó la ayuda de un su amigo de Salamanca, un mercader llamado Nicolás Gutiérrez, que tenía seis hijas en el Convento de la Encarnación en Ávila (cinco de las cuales fueron más tarde carmelitas descalzas), y que durante sus reiteradas visitas allí, en el espacio de cinco años, había llegado a conocerla

[58] El padre Gutiérrez habló sobre las cartas de elle con un joven amigo suyo, Francisco de Ribera, que, impresionado por el espíritu de la santa, se hizo jesuita, y luego, su biógrafo. En aquel momento tenía él treinta y tres años. *Vida de Santo Teresa*, lib. cap. XVI.

bien y a admirarla grandemente. No tardó éste mucho tiempo en encontrar una casa que le pareciera conveniente; la cual estaba entonces ocupada por estudiantes de la Universidad, que no tendrían inconveniente en mudarse para dejarla libre cuando ella dijera.

Teresa marchó de Ávila con una sola compañera de San José, la afable y virtuosa María del Sacramento. Durante días y días habla estado lloviendo copiosamente, con lo que los caminos estaban enfangados, los ríos harto crecidos y bravos. Hacía gran frío aquella noche; a Teresa la aquejaba justamente un gran dolor de muelas y tenía la cara muy hinchada. Pero, a pesar de todo, se apresuró a llevar a cabo el viaje no pudiendo descansar ni un poco hasta que, por la madrugada, trataron de hacerlo en un pueblo que ella no menciona y que tal vez fuera Peñaranda. Al día siguiente emprendió de nuevo el viaje —que era en total de unos cien kilómetros—, llegando a la ciudad de la famosa universidad cerca del mediodía, el 31 de octubre, víspera de Todos los Santos.

En seguida que encontraron alojamiento conveniente, mandaron a buscar a Nicolás Gutiérrez para averiguar qué había de lo de la casa. Y fue un tremendo desengaño para ella, pues no había conseguido todavía que los estudiantes se mudasen, ni lo consiguió tampoco cuando La Madre le envió a verlos la segunda vez. Por último, hubo de recurrir al propietario, quien ordenó a los estudiantes que dejasen la casa libre antes de la caída de la tarde. Y, no sin haber alborotado harto, los estudiantes se marcharon y Teresa pudo ir a ver su nueva propiedad del Arroyo de San Francisco, cerca del convento de Santa Isabel.

Era aquella casa un viejo edificio destartalado, con numerosas bohardillas, recovecos, rincones e insospechadas escaleras, un

sitio más bien embrujado en cuanto las sombras ocupaban su sonora oquedad. A la hermana María no le gustó absolutamente nada, pero eso no obstó para que La Madre se pusiera a la tarea con su acostumbrada indómita energía. Al enterarse el padre Gutiérrez de su llegada, envió en seguida a dos jesuitas con vituallas y los objetos precisos, incluso dos mantas y una mesa, e instrucciones para que se hiciese todo lo posible en su ayuda. Ella mandó a uno de los dos a que fuese a buscarle un artesano que hiciese las reparaciones necesarias, mientras ella y la hermana María, y tal vez también el otro jesuita, se pusieron a limpiar la casa, que estaba en un gran desorden.

A eso de las ocho de la noche, Bartolomé Pérez de Nueros dio con un artesano en la calle de Gordolodo y le dijo que tenía que ir con él al instante para un asunto de la mayor importancia.

A lo que el carpintero Hernández respondió que no había jamás dejado su casa sin saber a dónde iba, y que no pensaba hacerlo tampoco entonces.

Cuando se le explicó de qué se trataba, consintió en ello, al ver que era para una obra de caridad, y, obedeciendo a las órdenes precisas de Teresa, estuvo trabajando hasta las cuatro de la mañana, realizando, según los cálculos, un trabajo equivalente al de cuatro días ordinarios, sin sentir, después de todo, el menor cansancio y estando luego tan fresco como en el momento de empezar.

Al primer destello del alba, Teresa tocó su campanilla y se dijo la misa, de lo que probablemente se encargó uno de los jesuitas. Aunque La Madre no había dormido durante dos noches, empleó todo el día en seguir barriendo, limpiando y arreglando la casa, deteniéndose tan sólo unos momentos para comer algo de lo que

les habían mandado unas hermanas de la Orden Tercera de San Francisco, de la casa de al lado. Al llegar la noche, con los huesos tronchados, las dos carmelitas se encerraron en una habitación que Hernández había convertido en relativamente segura contra toda intromisión y acostándose en un montón de paja (que era siempre el primer mobiliario que Teresa hacía instalar en lugar de camas), se arrebujaron en las dos mantas cedidas por los padres de la Compañía, y se dispusieron a dormir.

Era una casa húmeda y fría, debido a su proximidad al arroyo de San Francisco, y mucho más lúgubre precisamente en tal noche, de vísperas de Difuntos, cuando toda la ciudad estaba llena de los ruidos habituales de tal festividad y todas las campanas de la ciudad doblaban desoladoramente, recordando a los habitantes que debían rezar sus oraciones por las almas de los fieles ya idos. Teresa se veía obligada a resistir a la sensación de náuseas que se le producía siempre que experimentaba un gran miedo o una extraordinaria intranquilidad. La hermana María no lograba ocultar tan perfectamente sus sentimientos, y se preguntaba si alguno de los estudiantes habría permanecido oculto en la casa. Y se levantó, yendo a averiguar por todas partes si acaso había algún intruso. Por último, dijo a La Madre que estaba pensando en qué hacía allí sola si ella se muriese.

Como es de suponer, hasta La Madre no pudo por menos de quedar un tanto perpleja ante la idea de pasar la noche sola con un cadáver al lado, pero se repuso y replicó que, cuando el caso llegara, vería lo que tenía que hacer; que, por lo pronto, la dejase dormir.

Y ambas se entregaron al más profundo sueño (*Fundaciones*, cap. XIX).

Por lo general, cuando Teresa mencionaba los grandes sinsabores pasados al realizar sus fundaciones, era para recordar algún incidente divertido, y de incidentes como aquél se contentaba con dar una referencia bien concisa, tal vez, por orden de algún confesor. Así escribió:

«No pongo en estas fundaciones los grandes trabajos de los caminos, con fríos, con soles, con nieves, que venía una vez no cesarnos en todo el día de nevar, otras con hartos males y calenturas, porque, gloria a Dios, de ordinario es tener yo poca salud, sino que veía claro que nuestro Señor me daba esfuerzo. Porque me acaecía algunas veces, que se trataba de fundación, hallarme con tantos males y dolores que yo me acongojaba mucho; porque me parecía, que aun para estar en la celda sin acostarme no estaba, y tornarme a nuestro Señor, quejándome a su Majestad, y diciéndole, que como quería hiciese lo que no podía; y después, aunque con trabajo, su Majestad dábame fuerzas, y con el hervor que me ponía y el cuidado, parece que me olvidaba de mí,

«A lo que ahora me acuerdo, nunca dejé fundación por miedo del trabajo, aunque de los caminos, en especial largos, sentía gran contradición; mas en comenzándoles a andar, me parecía poco, viendo en servicio de quién se hacía, y considerando que en aquella casa se había de alabar al Señor, y haber Santísimo Sacramento. Esto es particular consuelo para mí, ver una iglesia más, cuando me acuerdo de las muchas que quitan los luteranos. No sé qué trabajos por grandes que fuesen, si habían de temer, a trueco de tan gran bien para la cristiandad; que aunque muchos no lo advertimos estar Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre, como está el Santísimo Sacramento en muchas partes, gran consuelo nos había de ser. Por cierto así me la da a mí muchas

veces en el coro, cuando veo estas almas tan limpias en alabanzas de Dios.»

La comunidad de San José de Salamanca se desarrolló y prosperó durante las diez semanas de la estancia en ella de su fundadora, sobre todo después de la llegada de los refuerzos de Ávila y Medina. Pero, aquella lúgubre y vieja casa distaba mucho de ser satisfactoria, por lo húmeda, lo fría y demasiado grande para poder calentarla. De suerte que en el año 1573, La Madre se vio en la necesidad de trasladar las monjas a otra casa nueva, si bien ellas considerasen una imperfección el pedir tal cosa y estuviesen dispuestas a seguir soportando las incomodidades y las enfermedades en completo silencio.

El confesor de Teresa en Salamanca era el padre Gutiérrez, el cual no pudo por menos de llorar al leer el manuscrito del *Libro de Su Vida*, que ella llevara para mostrárselo. Cada vez que iba al convento, se hacía acompañar por el joven jesuita Bartolomé, quien, años más tarde, pudo atestiguar que escuchaba sus conversaciones y que sólo hablaban de Dios. Aquella fue una de las amistades más preciosas en la vida de Teresa; por lo que ella no pudo por menos de sentirse grandemente afectada al enterarse de su muerte, en el año 1573, de resultas de las heridas que le infligieran los hugonotes que le atacaron en su viaje a Roma.

Sus arrobamientos se hicieron más frecuentes bajo la dirección de tan santo varón. Durante el verano del año 1571 dijo ella en oración al Señor que las gentes citaban a San Pablo, eludiéndola como un argumento contra el hecho de que las mujeres fuesen haciendo fundaciones, y que el Señor le replicó les dijera que no se guiaran por tan sólo una parte de la Escritura, sino

que mirasen todas las demás, preguntándola si por ventura podían atarle las manos.

Tan abstraída estaba el domingo de Pascua del año 1571 que, a no haber sido por la comunión, no se habría dado siquiera cuenta del día que era. Por la noche, a la hora de recreo, una joven novicia llamada Isabel de Jesús cantó una canción que había compuesto, un lindo cantarcillo que comenzaba y terminaba con la copla:

*Véante mis ojos*
*Dulce Jesús bueno;*
*Véante mis ojos*
*Muérame yo luego* ([59]).

El dolor de la separación de Dios, que constituía la entraña de la letrilla, afectó de tal modo el corazón sensible de La Madre que se le quedaron las manos yertas y como sin vida, y fue presa de un irresistible arrobamiento que le duró varias horas. Entre tres o cuatro monjas la llevaron a la celda y allí permaneció en un estado de gozo, paradójicamente mezclado con una tristeza que, como al día siguiente la describió, le hizo comprender mejor el sufrimiento

[59] La canción de Isabel de Jesús sigue de esta forma:

*Vea quien quisiere*
*rosas y jazmines,*
*que el yo te viere*
*veré mil jardines.*
*Flor de serafines,*
*Jesús Nazareno,*
*véante mis ojos,*
*muérame yo luego.*

de Nuestra Señora junto a la Cruz. Con las manos que todavía le hacían daño y estaban aún entumecidas, escribió el lunes de Pascua diciendo que hasta entonces no había entendido qué era la angustia.

Y, como resultas de semejante experiencia, escribió las dos versiones de su célebre poesía, *Vivir sin vivir en mí,* que comienza, como es sabido:

*«Vivo sin vivir en mí*
*Y tan alta gloria espero*
*Que muero porque no muero.»*

En otro de sus éxtasis, le dijo el Señor que había visitado a Su Madre en el tiempo de Su Resurrección para consolarla en su gran angustia, y que, después de Su Ascensión, no había jamás vuelto a la tierra para comunicarse con nadie, excepto por medio del Santísimo Sacramento ([60]).

---

[60] La opinión de Santo Tomás, que es la generalmente aceptada, es que, después de su Ascensión, Nuestro Señor apareció raramente en Persona, apareciendo tan sólo en forma visible, pero no en su cuerpo real. Sus apariciones en la Eucaristía se pueden explicar de dos maneras, dice Santo Tomás (*Summa Teol*., 111, págs. 76-80), a saber: por una impresión milagrosa en el sentido de la vista (que es el caso cuando se manifiesta a una sola persona) o por medio de una forma real y visible, si bien distinta de su propio cuerpo; porque —añade el Santo— el Cuerpo de Nuestro Salvador no puede ser visto en su propia forma excepto en el lugar que la contiene. Lo dicho de Nuestro Señor se aplica igualmente a la Santísima Virgen. Por ejemplo: cuando se parece en Lourdes, su cuerpo permanece en el cielo, y en el lugar de la aparición no había sino una forma sensible que la representaba. Lo cual explica cómo unas veces podía aparecerse en una forma y otras en otra.

Semejantes experiencias celestiales no la impedían vigilar con ojo atento y práctico los progresos de la Reforma en todas partes; y, en verdad, que no fue magro consuelo para ella el saber que, al propio tiempo que establecía el convento de Salamanca, los frailes fundaban en Alcalá de Henares el primer colegio de la Primitiva Regla Carmelita. El cual era un resultado lógico de los dos monasterios de Duruelo y de Pastrana. Al enterarse de que los frailes calzados de Alcalá estaban descontentos de su casa y querían venderla, fray Ambrosio Mariano y fray Baltasar de Jesús habían llevado a cabo los preparativos necesarios, luego de obtener el permiso del padre Rubeo por intermedio del príncipe de Éboli, y habían tomado posesión de tal casa el día 1.° de noviembre, el mismo en que La Madre fundaba el convento de Salamanca. Bajo el nombre de Nuestra Señora del Monte Carmelo (que después se cambió por el de San Cirilo de Constantinopla), el recién nacido colegio no tardó en desempeñar un puesto importante entre los distintos institutos de órdenes religiosas de la Universidad fundada por el cardenal Jiménez. Y, cuando fray Juan de la Cruz consintió en abandonar su hosco retiro de Mancera para ser vicario y maestro de novicios, alcanzó tal reputación que los estudiantes de los otros colegios de Alcalá empezaron a frecuentar el suyo para instruirse en el arte de la oración y recibir la disciplina. En abril del año 1571 fue nombrado rector, después que el padre Baltasar regresó a Pastrana. Si bien no era un gran administrador, se le tenía por el intelecto más poderoso de todos los frailes. Conocida es su máxima para la educación carmelita, que dice: *Religioso y estudiante, y el religioso delante*. Teresa siguió todo aquel trabajo con el más profundo interés, pues su más ardiente deseo había siempre sido el poder atraer a la Reforma a los hombres instruidos y a los doctores en teología.

Por el mismo tiempo le hizo el ofrecimiento de una casa en Alba de Tormes un matrimonio de dos personas notables: Francisco Velázquez, contador del duque de Alba, y Teresa de Layz, de la que se da una extensa referencia en el libro de las *Fundaciones*.

Teresa había nacido de padres de *limpia sangre*, dice allí La Madre; los cuales, teniendo ya cuatro hijas, no hicieron gran caso de ella, hasta el punto de que al tercero de nacer, la dejaron abandonada todo un día, desde la mañana a la noche. Gracias a que una de las amas de cría de la casa se acordó de ella, fue corriendo en su busca para ver si por desgracia había muerto, y no murió. La tomó en sus manos, llorando y levantándola, preguntó: «¿Cómo, hijita mía, no eres acaso cristiana?» La niña levantó la cabeza y quejumbrosamente respondió: «Sí, lo soy.» La cual fue la última palabra que pronunció hasta la edad en que todos los niños empiezan a hablar. Desde aquella misma noche, la tomó su madre un gran cariño. Al llegar a edad conveniente para ello, Teresa aceptó el casarse con un hombre al que jamás había visto, un opulento graduado de la Universidad de Salamanca, Francisco Velázquez, que fue nombrado tesorero de la Universidad, adonde la llevó a vivir con él. Tenía el matrimonio cuanto la vida puede brindar de grato, salvo hijos. Y Teresa rogaba sin cesar a San Antonio que se los concediera. Una vez, por la noche en la cama, oyó una voz que la decía: «No quieras tener hijos, que serían tu perdición.» No obstante lo que con ello se asustó, siguió pidiendo el favor de tenerlos hasta que tuvo una visión —jamás supo si estaba despierta o dormida— en la cual le pareció estar en una casa, con un gran corredor que desembocaba a un patio, en el que vio un pozo y, más allá, un campo muy verde salpicado de innumerables flores blancas de extraordinaria belleza. Cerca del pozo vio al apóstol San Andrés, apuesto y venerable, e inmediatamente co-

noció que era él. El cual la dijo que aquellos eran hijos distintos de los que ella quería.

Desde entonces, no quiso más tener hijos. Bien por lo contrario, se decidió a convertir en convento su propia casa de Tordillos.

Como su marido dejara la Universidad para aceptar el cargo de administrador total, con plenos poderes, del duque de Alba, tuvieron que instalarse en Alba de Tormes, cosa que a Teresa no la agradaba; pero, cuando el esposo la condujo a la casa que había comprado, la contempló y he aquí que vio allí un patio con su pozo y, más allá, un campo verde exactamente como el que en su visión o sueño viera. Y desde entonces se mostró conforme a la idea de vivir allí, pensando que Dios la había llevado a tal sitio, sintiendo cada día más un ferviente deseo de fundar un monasterio. Un fraile franciscano, al que conocían, le refirió lo que había oído decir de la maravillosa *Beata* de Ávila, que había ya fundado muchos conventos de perfección. Teresa de Layz decidió fundar uno en Alba de Tormes para la Madre Teresa de Jesús; y, a tal efecto, se lo mandó decir con su hermana Juana, que también vivía allí.

Como de costumbre, no se impresionó Teresa gran cosa en un principio. Alba de Tormes no tenía la población suficiente como para soportar un convento de pobreza, y ella no aceptaba dote. Mas, cuando le habló del asunto a fray Domingo Báñez, que estaba dando una cátedra de teología en Salamanca, mientras ella se encontraba allí, él la dijo que estaba completamente equivocada, y la recordó una vez más que el Concilio de Trento había autorizado las casas rentadas.

Solamente entonces consintió en ello Teresa; y abandonó Salamanca en el mes de enero del año 1571, juntamente con

María del Sacramento y Guiomar de Jesús, haciendo venir otras monjas de Toledo y de Medina para formar la nueva comunidad.

Al llegar a Alba con una imagen del Niño Jesús en sus brazos, fue a vivir unos días a casa de su hermana, en tanto se hacía lo necesario en la casa de Teresa de Layz para convertirla en convento. Llegó de Mancera San Juan de la Cruz, de camino para Alcalá, y contribuyó, por su parte, a la tarea de los arreglos precisos. La gente de Alba debió, sin duda, de asombrarse al ver aquel esmirriado fraile, con sus pies desnudos, llevando piedras y barro por encima de la nieve y del hielo en un invierno crudísimo. Una vez terminada la obra, se firmó un acuerdo por el que los bienhechores se comprometían a entregar a la comunidad la suma de 100.000 maravedís al año mientras ellos viviesen, y la mitad de tal suma después. Se instaló, pues, al Santísimo Sacramento en tal casa el día 25 de enero del año 1571. Y allí está todavía el pequeño convento, que da a una plaza, casi tal como Teresa lo dejara.

A comienzos del mes de marzo volvió La Madre a Salamanca, al enterarse de que las monjas de allí se encontraban en apuros y faltas de dirección. Luego, fue al palacio de los condes de Monterrey, tal vez a petición de su provincial, para consolarles en momentos en que personas de su familia se encontraban gravemente enfermas. Doña María de Artiaga, esposa del tutor de los hijos del conde, estaba a punto de morir consumida por la fiebre. Teresa le tocó la cabeza y, a poco, recobró la salud. Y, cuando la hija menor del conde pareció que sólo podría vivir unas horas, se retiró Teresa a su habitación y rezó fervientemente a Santo Domingo y a Santa Catalina, hasta que estos santos la dijeron que su petición había sido atendida y que Él quería que la niña llevase el hábito de su Orden durante todo un año.

Al marcharse Teresa de Salamanca, en el mes de abril del año 1571, empezó una nueva y desagradable fase del conflicto. Poco después de la Pascua fue a Medina del Campo, por vez primera en dos años largos, para zanjar una disputa sobre la propiedad de Isabel Ruiz, que allí había tomado el hábito de la Orden en el año 1569 y había dotado con todos sus bienes a la comunidad. Algunos parientes de ella se opusieron a tal donación y consiguieron que se pusiese de su parte el provincial carmelita, fray Angel de Salazar. Al llegar la Madre Teresa, sacó la conclusión de que las monjas tenían razón, y se convirtió en su decidida campeona.

Semejante actitud le atrajo el descontento de fray Angel, que, en un principio, se había mostrado muy amigo de ella y de su Reforma, en conjunto. Fray Angel era un hombre bueno, aunque mediocre, sin el genio de la Madre Teresa para las ideas sublimes y las realizaciones decididas, y que, por ende, quería que todo se hiciera suavemente y se encaminase de tal suerte hacia los fines más elevados; y si era de presumir que cediese ante la presión pública, como ya lo hiciera diez años antes, al revocar el permiso que había dado para San José de Ávila, se mostraba, en cambio, sumamente severo con toda oposición a cualquiera de las organizaciones por él presididas, pues no tenía otros medios de ser verdaderamente eficaz. Al ser como es la humana naturaleza, nada de extraño tiene que abunden los personajes de su carácter, que sean incluso necesarios y perfectamente defendibles. Pero, por lo mismo, son los enemigos instintivos del genio, al que enojan y desconciertan extraordinariamente. Son personas consideradas como buenas, aunque tontas, las que persiguen al poeta, al héroe, al santo (salvo a los muertos, a los que complacen en tributar exagerados honores, ya que nada más han de temer de ellos) y, de

tal suerte, proporcionan de torpe manera el sufrimiento necesario de que han menester las grandes realizaciones. Fray Ángel de Salazar era uno de los muchos que inconscientemente colaboraban, cada uno a su manera, más bien pequeña, en aumentar la santidad de la Madre Teresa de Jesús. Es muy posible que creyese obrar con la máxima rectitud al considerar que ella se estaba volviendo independiente en exceso, y que precisaba se la dieran una o dos buenas lecciones. Para lo cual se presentaba una ocasión que ni pintada con la terminación del mandato trienal de la madre Inés de Jesús como priora del convento de las descalzas de Medina. Esta prima de La Madre, que era una de las primeras ingresadas en San José de Ávila, la había sucedido con toda brillantez en su tarea y, a no mediar todo aquello, era muy probable que, en una elección ordinaria, hubiese sido relegida en el año 1571.

Pero fray Angel decidió que no fuera así. Y, sin darles a las monjas la oportunidad de que manifestasen sus preferencias, nombró para tal cargo a doña Teresa de Quesada, una monja calzada del convento de la Encarnación de Ávila. No podía haber hecho peor elección. La nombrada era una monja excelente, de buena cuna, pero carente en absoluto de talento para administrar la comunidad y sin vocación alguna para ser una descalza contemplativa; y lo cierto es que era una de las monjas de la Encarnación que habían ido de muy mala gana a la fundación del de Medina, y que habían tenido que regresar por no poder resistir los rigores de la regla primitiva. Las monjas calzadas con meras sandalias, de Medina, no eran las más a propósito para recibir amablemente a una superiora que llevaba botas y conservaba el título de doña que todas las señoras que allí había, muchas con más títulos que ella, habían del todo abandonado. Y, ateniéndose a su constitución,

celebraron la elección debida, y religieron a la madre Inés de Jesús, con la aprobación y la plena cooperación de La Madre.

Cuando fray Ángel se enteró de ello, se enojó de manera tal que ordenó a la Madre Teresa y a la madre Inés que se marchasen de Medina al instante y se fuesen a Ávila. Era ya casi de noche y hacía mucho frío cuando se les trajo recado de que tal hicieran. Lloraron las monjas y pidieron a La Madre, enferma de parálisis y que casi no se podía mover, que esperase uno o dos días. A lo que ella contestó que, desde el momento en que su superior la ordenaba que se pusiera en camino al recibir la carta, la obediencia le obligaba a hacerlo. Y, como en aquel momento no se encontrara carro ni carreta pronta a llevarlas, ella y su compañera montaron en sendas mulas y se pusieron en camino en medio del campo desierto, negro y azotado por el viento. Al relatar este incidente, Yepes lo hace sin comentario alguno, dejando a nuestra imaginación el figurarnos lo que las dos pobres monjas debieron de sufrir en aquellos dos días de viaje en condiciones semejantes.

Al llegar a Ávila, Teresa fue a San José derechamente, para disfrutar del deleite de volver a sentirse una simple monja en tal morada de paz y soledad, de ella tan querida. Es indiscutible que algunos de sus arrobamientos más extraordinarios hubo de experimentarlos durante la primavera del año 1571. El martes siguiente al día de la Ascensión, el 24 de mayo, tuvo una de sus visiones más famosas de la Santísima Trinidad. Había recibido la comunión con tristeza, como ella misma dice, y estuvo durante un tiempo orando, quejándose al Señor de nuestra naturaleza miserable. A medida que su alma iba inflamándose de amor, ella llegó a entender en una «visión intelectual», que la Santísima Trinidad estaba presente, y se dio cuenta de cómo Dios podía ser Tres en Uno; y,

de tal suerte, pensó que las tres Personas le hablaban, y que existían distintamente representadas dentro de su alma, diciéndola que desde tal momento en adelante progresaría ella en tres cosas, ya que cada una de las tres Personas iba a otorgarla una merced; una en la caridad, otra en el sufrimiento con alegría, y en sentir con fervor tal caridad en su alma. Y entendió las palabras que el Señor dijo: que las tres divinas personas estarían con el alma que estuviese en estado de gracia.

Por aquel entonces recibió la visita de uno de los dos visitadores nombrados por el papa San Pio V para reformar los conventos de España —el padre dominico fray Pedro Fernández—, quien llevaba una misión especial para los carmelitas de Castilla. De unos cuarenta años de edad, tenía la reputación de ser uno de los mejores teólogos de su época, incluso entre los dominicos, y no era ciertamente Yepes el único que le consideraba un hombre apostólico letrado. Sus prudentes declaraciones y su celo por la Iglesia le habían hecho destacarse en el Concilio de Trento, y elegido después para que desempeñara aquel alto cargo en su Orden, se le conocía como el «provincial santo». Era hombre de pocas palabras y un profundo pensador que se mortificaba con el máximo rigor y vivía siempre en presencia de Dios. Su primera visita en Castilla había sido para el convento de los descalzos en Pastrana. Tanto él como su acompañante habían entrado a pie en la ciudad ducal detrás de una mula cargada con los libros y demás efectos que llevaban. Al preguntársele por qué no iba montado, respondió que un hombre que iba a visitar a santos no debía viajar como un profano.

Quien primero le habló de la Madre Teresa de Jesús fue el príncipe de Éboli, y después oyó de ella las referencias que le

hicieran fray Domingo Báñez y otros miembros de su orden. Guiado por su prudencia católica, se sentía inclinado al escepticismo respecto a las maravillas que se le contaban, y esperaba poder comprobarlas de manera indiscutible. Por lo cual había decidido ver con sus propios ojos si en realidad aquella Teresa era una verdadera mística o una víctima del engaño.

Después de su primera entrevista declaró que era una mujer de bien; lo que representaba un gran elogio, dado su estricto laconismo, y en lo sucesivo acostumbraba siempre referirse a Teresa llamándola la «mujer de la gran cabeza», y citándola como una prueba evidente de que las mujeres podían llevar una vida de perfección apostólica; ¿acaso no había habido una gran Catalina de Siena, perteneciente a su misma orden? Cabe decir que La Madre le correspondía con la estimación que llegó a profesarle.

Cuando, al realizar su tarea, visitó el convento de Medina, se dio cuenta de que sus monjas estaban quejosas y comprendió que ello era debido a la dirección inepta de la madre doña Teresa de Quesada, por lo que la destituyó inmediatamente y mandó a la madre Teresa que la sustituyese. Como de costumbre, Teresa obedeció inmediatamente. En unas cuantas semanas restableció la disciplina y la armonía en dicho convento, en espera de que estallase el próximo trueno. Un día del mes de julio del año 1571, se presentó el padre Fernández para presidir el capítulo. Al terminarse, la relevó de su obligación de su cargo de priora y la dijo tenía que ir inmediatamente a Ávila, para encargarse del mando, no ya del convento de San José, sino del de la Encarnación, que estaba echando muy de menos un talento reformador como el suyo.

Para provocar semejante catástrofe, que no otra cosa le pareció a Teresa tal encargo, no había existido la menor preparación, cuando menos a simple vista, en las escenas preliminares del drama. El día 7 de mayo, cuando el padre Angel de Salazar visitó el convento, dio su certificado diciendo que todo marchaba de manera satisfactoria. Y, a creer al libro de visitas, tampoco el padre Fernández había encontrado nada malo al realizar su inspección el día 27 de junio. Sin embargo, pocos días después tomó la insólita decisión de colocar al frente de tal comunidad de regla mitigada a una mujer que la había francamente repudiado, que evidentemente no gozaba de simpatías dentro de la casa y a la que era de prever no se la recibiría de muy buen grado en ella.

Los informes favorables, tanto de fray Salazar como del padre Fernández, son perfectamente explicables por el hecho, en el que todos están acordes, de que en la Encarnación no había habido escándalos de importancia, nada digno de ser calificado de torpeza moral. Lo que de cierto había era una relajación, en cierto modo peligrosa, de la disciplina. Las damas allí alojadas entraban y salían como les venía en gana, se toleraban ampliamente las prolongadas conversaciones con parientes y amigos, como si aquel lugar fuese un hostal de los de moda en vez de ser un convento. Y, al haber visiblemente decaído el espíritu de oración y del recogimiento, casi hasta perderse, los ingresos materiales del convento habían descendido a la par de su tono espiritual, hasta el extremo de haberse llegado a no contar con recursos suficientes para comprar los víveres para las monjas. Muchas de ellas iban a casa de los parientes casi a diario para comer, mientras que otras amenazaban con marcharse de allí definitivamente. A pesar de ello, salvo por la escasez de alimentos, no habían acaecido cambios

extraordinarios en él desde que la madre Teresa le abandonara en el año 1563. Acaso fuera que las autoridades de la Regla Mitigada habían tolerado con exceso lo que merecía corrección, por no haberse producido revelaciones sensacionales que las hicieran despertar de su letargo.

¿A qué se debía, pues, que fray Angel acudiera repentinamente al comisario papal, como lo hizo, para pedirle enviase a la madre Teresa como la persona más indicada para reformar un convento al que él mismo acababa de dar su aprobación, hacía tan poco tiempo? La verdadera explicación del caso parece ser la dada por doña María Pinel, monja de la Encarnación, en su historia de tal convento. Fray Angel quería que se nombrase allí priora a una determinada monja, pero no lograba obtener los votos necesarios para ello. Y queriendo obrar con harta sutileza después de tal derrota y de la que igualmente había sufrido en Medina de las monjas descalzas, forjó un hábil plan para tratar de matar varios pájaros de un tiro. Al hacer nombrar a Teresa priora de la Encarnación privaría de su presencia a las monjas de Medina y, al propio tiempo, haría tascar el freno a las de la Encarnación imponiéndoles a una que había antes repudiado su regla. No cabía el menor peligro de que volviesen a elegirla, y, mientras tanto tendría que estarse recluida allí tres años, no pudiendo durante tal tiempo fundar otros conventos. De tal manera fray Angel se vengaba de una sola vez de todas las que, a su juicio, habían menospreciado su autoridad. Por lo que al padre Fernández respecta, no había echado de ver nada malo en la Encarnación en tan sólo una visita, pero, sin duda, sintió complacencia cuando fray Angel le llamó la atención sobre la relajación de la casa en lo ya dicho, y debió desde un principio mostrarse de acuerdo con la idea de que la madre Teresa era la

persona indicada para poner las cosas en orden. En resumen, el dominico, nada familiarizado con las verdaderas circunstancias, fue engañado por el carmelita, que ocultaba sus verdaderos propósitos bajo la apariencia de un gran celo reformatorio.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que para Teresa constituyó un verdadero gran golpe. Suponía una faena casi imposible en el convento de la Encarnación y tal labor pudiera incluso suponer el fin de la Reforma. Teresa se adelantó, saliendo del capítulo entre las novicias, llorando y suspirando y en tal estado que tuvo una que sostenerla para que no cayese, y la oyó exclamar: «Señor, Dios de mi alma y de mi corazón, mírame acá; tuya soy, mi carne, aunque flaca, lo siente, pero mi alma está presta, *Fiat voluntas tua!*» Luego de lo cual, se quedó rígida en los brazos de la novicia, con el rostro resplandeciente y de una incomparable belleza. Cuando recobró el sentido, la dijo que tenía un corazón muy débil y la pidió que la diese un sorbo de agua.

Transcurrieron todavía unas cuantas semanas antes de que La Madre se marchase de Medina, sin que esté muy clara la razón de tal aplazamiento; acaso estaba realmente enferma, o acaso sus superiores no habían fijado previamente una fecha determinada para ello. A fines de septiembre o comienzos de octubre, se hallaba un día postrada de rodillas ante uno de los oratorios del jardín, orando por uno de sus hermanos, por Agustín, al que creía en peligro de perder su alma en América, y exclamó: «¡Oh, Señor, si viese un hermano vuestro en semejante peligro, qué no haría para remediarlo!» Y Cristo se puso a su lado y le contestó: «Oh, hija, hija, las de la Encarnación son mis hermanas y tú retrasas el ir allá.»

Aquella reconvención fue lo bastante para que Teresa hiciera sus preparativos y, en cuanto le fuera posible —lo que aconteció en la primera semana del mes de octubre del año 1571—, se pusiera en camino para Ávila, para hacerse cargo de aquella ingrata y agria tarea que la habían impuesto.

# CAPÍTULO XXV

## PRIORA DE LA ENCARNACIÓN

En la víspera de la batalla de Lepanto, cuando don Juan de Austria cruzaba el mar Jónico en busca de los enemigos de Cristo, la madre Teresa de Jesús estaba preparándose en San José para una batalla no menos importante, si es que debemos conocerlas todas, en la historia de la Cristiandad. A decir verdad, no se hacía ilusión alguna acerca del recibimiento que la esperaba en el convento de la Encarnación. Era cierto, por lo pronto, que las monjas habían desde un principio aceptado sus condiciones, de que todas las personas seglares, las alojadas y de otra clase, fuesen despedidas antes de su llegada. Pero, eso no quería suponer que estuviesen dispuestas a recibir en palmas a la que había sacudido de sus pies el polvo de los corredores de la casa. Tampoco era cosa que pudiera favorecerla mucho el haber escrito, el día 17 de julio, una repulsa formal de la regla mitigada, en presencia de don Francisco de Salcedo (que era ya sacerdote), del maestro Daza, del padre Julián de Ávila y de otros cuantos ([61]). Para muchas de las pertenecientes a la Encarnación, aquello era añadir el insulto a la agresión. Muchas de ellas protestaron fuerte y amargamente no sólo en el convento, sino, incluso, en las casas de los parientes, a

[61] El padre Fernández había dirigido a todas las mojas, permitiendo a las de la Encarnación que hiciesen una renuncia formal de la Regla Mitigada. Esto fue para terminar con la confusión producida por las monjas que se habían marchado para unirse a las descalzas y habían vuelto después.

donde iban a diario para comer. Por doquier en la ciudad, las señoras y los caballeros tomaban su parte en el asunto y denunciaban airados tal ultraje, con un espíritu que recordaba fielmente el de las demostraciones del año 1562.

Es de suponer que habría allí congregada una numerosa y elegante reunión de personas aquel apacible día del mes de octubre en que la madre Teresa, llevando una pequeña imagen de San José en sus brazos, se iba acercando al convento con el provincial fray Angel de Salazar, y tal vez algunos amigos. Las monjas, colocadas como en línea de combate ante el gran portal, la recibieron con un enfurecido coro de aullidos, que debieron de parecer infinitamente más terribles salidos de aquellas largas filas de hábitos carmelitas. La mayor parte de ellas la gritaban su desconfianza, mientras que otras llegaban hasta a maldecirla —a estar a lo que dice Yenes—, al paso que los gritos contrarios de sus amigas, que salieron a recibirla portadoras de cruces, fueron ahogados por la malvada superioridad de los denuestos enemigos, los cuales rebotaron en ecos contra las paredes, e indudablemente salieron a la calle, donde las oyeron los transeúntes. Hasta llegó a parecer que algunas estaban dispuestas a levantar la mano contra la nueva priora, si se atrevía a entrar en el convento. El corregidor y el regidor de Ávila tuvieron que acudir a toda prisa, temerosos de que pudiese producirse un gran alboroto. Y como la religión era una cosa seria, en España se la había tomado muy en serio.

Fray Angel de Salazar se mostró verdaderamente enojado al ver aquello, mientras acompañaba a La Madre a la puerta de la capilla, y ordenó que la comunidad en pleno se reuniese en el coro inferior. Era el caso que el convento de la Encarnación tenía dos coros, el más bajo al mismo nivel de la iglesia con una puerta entre

ellos. Mientras las monjas le obedecían, La Madre se sentó tranquilamente en un poyo de piedra junto a la puerta de la capilla. Una vez todas ellas sentadas, se adelantó y se postró de hinojos ante el Santísimo Sacramento. Y luego entró juntamente con fray Angel Salazar en el coro inferior. Una referencia dice que se dirigió ensimismada al mismo asiento que había ocupado años antes. Sea de ello lo que fuere, es el caso que fray Angel Salazar ocupó el sillón prioral, y leyó la patente del visitador apostólico Fernández, en que la nombraba priora del convento. Apenas había terminado —tal vez ni siquiera la dejaran terminar—, cuando de las negras filas que estaban frente a él surgió el clamor más enemistoso que darse puede, y tan ingobernable resultó que algunas monjas llegaron a desmayarse.

Teresa se acercó a las que estaban por tierra, una tras otra, y como fue poniéndolas la mano en la cabeza, todas volvieron en sí. Ello produjo el efecto de calmar a las más furiosas y fray Angel aprovechó aquel escampado en medio de la tormenta para preguntar en voz alta: «¿Queréis a la madre Teresa de Jesús como vuestra priora?» La llamada Catalina de Castro, una de las amigas, gritó: «La queremos y la recibiremos *Te Deum Laudamus.*» Las otras pocas amigas la siguieron, se pusieron a cantar en coro el *Te Deum Laudamos* y, antes de que la oposición pudiera volver en sí, se las arreglaron para llevarla al sillón prioral, mientras ella seguía teniendo en brazos la imagen de San José, a cuya protección se había acogido desde su salida de tal día.

Ni un solo instante se alteró la extraordinaria serenidad de Teresa de Jesús. En medio de aquel estruendo se volvió a fray Angel de Solazar y le dijo sonriendo que no culpaba a las monjas por semejante alboroto, dadas las circunstancias. Aquella su im-

perturbable calma contribuyó en gran parte a calmar los ánimos. Pero, a pesar de todo, había una gran parte de las monjas que estaba decidida a no aceptar su dirección, y dejando pendiente para el día siguiente la reunión del capítulo, donde se demostrara la verdadera fuerza de las adversarias, celebraron sesiones secretas en las que no se recataron de decir que si no se retiraba voluntariamente ellas la arrojarían de allí corporalmente, por la fuerza.

Y así lo proyectaron; mas no se pararon a considerar el poder de la gran estratega con quien iban a tener que habérselas. Así, cuando entraron en la sala capitular, preparadas para ver a la odiada tirana en el sillón prioral, se quedaron estupefactas al ver en su lugar a una imagen de la Virgen de la Clemencia (así se la llama todavía) con las llaves del convento en la mano, y en lugar de la subpriora, una imagen de San José, mientras ella estaba humildemente sentada a los pies de la Virgen.

Y antes de que las monjas se recobrasen de su estupor comenzó a dirigirles la palabra. Los críticos instruidos han encontrado la versión de tal alocución, dada por Yapes, demasiado retórica para haber sido puramente verbal. Para mis oídos, menos prácticos en la materia, suena como sus propios escritos, como algo que, en verdad, pudo ella haber dicho. Y fue así:

*«Señoras madres y hermanas mías:* Nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado a esta casa para hacer este oficio, y desto estaba yo descuidada cuán lejos de merecerlo. Hame dado mucha pena esta elección, ansí por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como en que a vuestras mercedes las hayan quitado la mano que tenían para hacer sus elecciones, y les hayan dado priora contra su voluntad y gusto, y priora que haría harto si

acertase a aprender de la menor que aquí está lo mucho bueno que tiene. Sólo vengo para servirlas y regalarlas en todo lo que yo pudiere; y a esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme. Por eso sean, señoras mías, lo que yo puedo hacer por cualquiera, aunque sea dar la sangre y la vida lo haré de muy buena voluntad.

»Hija soy de esta casa y hermana de todas vuestras mercedes. De todas, o de la mayor parte, conozco la condición y las necesidades; no hay para que se extrañen de quien es tan propia suya.

»No teman mi gobierno, que aunque hasta aquí he vivido y he gobernado entre descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos todas al Señor con suavidad, y eso poco que nos manda nuestra regla y constituciones lo hagamos por amor de aquel Señor a quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande; pero ya que aquí no llegamos con las obras, lleguemos con los deseos; que piadoso es el Señor, y hará que poco a poco las obras igualen con la intención y el deseo.

Este divino artificio, como Yepes le llama, dio el fructífero resultado de que Teresa comenzase su administración sin serios contratiempos. Su sentido común la decía que, ante todo, tenía que atacar el temporal, si bien exigente, problema de la manutención, que de una manera verdaderamente increíble estaba de antes descuidado. Durante cinco años no se había servido regularmente la comida. Cada una de las 130 monjas recibía una ración diaria de pan; para el resto de su alimentación tenía que arreglárselas como pudiera, por lo general en casa de los parientes o amigos. Y Teresa estaba decidida a poner fin a esto de una vez para siempre. Así

escribió a su hermana: «Algunos reales habré menester, que no como del convento sino pan; procuren enviármelos». Rara vez salía para alguna determinada misión del convento sin volver con algo para las monjas. Acostumbraba pedir siempre algunos reales por aquí, unos pocos ducados por allá, a las personas acaudaladas que conocía; como, por ejemplo, a doña María de Mendoza; a don Jerónimo de Guzmán, hermano de una de las monjas; a doña Magdalena de Ulloa ([62]), aya de don Juan de Austria hasta la revelación de la verdadera identidad de éste en el año 1559; a la duquesa de Alba, la cual dio para distribuir entre los conventos de la Reforma la suma de cien ducados, los que empleó Teresa en donde más se les precisaba, que era en la Encarnación. Por tales procedimientos consiguió poder dar un real por semana a cada una de las monjas de familia pobre, algunas de las cuales se hallaban en situación verdaderamente desesperada. Una vez que a su cuñado Juan de Ovalle se le ocurrió decir que tenía muchos pavos en su casa de Alba, Teresa le sugirió el mejor uso que de ellos podría hacer, y, una vez regresado a su casa, no olvidó de referirse a ellos en una carta que a su hermana escribiera y que así dice, entre otras cosas:

«Piense vuestra merced, mi señora, que, de una madera u de otra, los que se han salvar tienen trabajos, y no nos da Dios a escoger; y por ventura a vuestra merced, como más flaca, le da los más pequeños. Yo sé mijor los que pasa que vuestra merced no los sabe decir, u puede, por carta, y ansí la encomiendo a Dios con cuidado. Me parece la quiero ahora más que suelo, aunque siempre es harto.

[62] Después que mataron a su marido en el año 1570 en la Alpujarra, la dama se retiró a Valladolid, tomó per confesor al padre Juan de Prádanos, S. J., y dedicó es vida a la caridad,

«Otra carta mía le darán; yo creo no está más ruin, aunque le parece que sí. El confesarse a menudo le pido, por amor de Dios y de mí. Él sea con ella, amén. Lo demás dirá el señor Juan Ovalle; muy presto se me ha ido. Los pavos vengan, pues tiene tantos. Indina sierva de vuestra merced. —TERESA DE Jesús, *carmelita»*. (*Epistolario*)

Y a doña María de Mendoza escribía en otra ocasión: «Por lo que toca al regalo del cuerpo, no ha faltado harta piedad, y quien tenga cuidado; y en el lugar me han hecho harta limosna, que da la casa sólo para comer, y aún eso no quisiera. Acbásenos ya la limosna que nos dio doña Magdalena, que hasta ahora hemos dado con ella una comida, y con la ayuda a la más limosna que da su señoría y algunas personas, a las más pobres.

«Como yo las veo tan sosegadas y buenas, pesarme ha de verlas padecer, que cierto lo están.»

Meses costará el asentar este engorroso convento en lo que pudiera decirse sobre una sólida base financiera. Por nada se desalentaba Teresa, pues nunca sentía disminuir la fuerza de su creencia de que «Dios no abandona nunca a quien bien le sirve». ¿No había, por ventura, escrito ella misma en su *Camino de Perfección*, y harto lo probara en San José, que a aquel que sirve al Señor no le faltan jamás las cosas necesarias de la vida? ¿Y asimismo en su *Vida*, que algunos monasterios se empobrecían por no ser lugares de recogimiento? Estaba, pues, bien claro que si el monasterio de la Encarnación se hallaba en un estado desastroso, por lo que a lo temporal atañía, aquello era un castigo por su negligencia al respecto en cuanto a los asuntos espirituales, por sus compromisos con el mundo en cuanto afectaba a títulos, diferencias sociales, visitas y conversaciones. Y aunque en un prin-

cipio La Madre hubo de vérselas con dificultades temporales, no tardó en enfrentar y atacar a las del espíritu, que eran las más fundamentales. Se atenía a aquello de: «Busca primero el Reino de Dios y Su justicia, y todo lo demás lo tendrás por añadidura.»

Con verdadero y exquisito tacto se las fue componiendo para que una por una se le entregasen las llaves de la portería, del locutorio y de otros puntos estratégicos, y que estaban en manos de las negligentes o incompetentes, y nombró para los cargos respectivos a las que sabía que estaban prontas a obedecer a su voluntad, especialmente en lo de poner término a las conversaciones inútiles y a las visitas innecesarias. Lo cual no fue cosa fácil al comienzo, pero no tardó en producirse un sensible progreso. Poco más o menos al mes de encargarse de su misión pudo escribir a doña Luisa de la Cerda una carta cuyos términos son éstos:

«Las ocupaciones son tantas y tan forzosas, de fuera y de dentro de casa, que aun para escribir ésta tengo harto poco lugar. Nuestro Señor pague a V. S. la merced y consuelo que me dio con la suya, que yo le digo que ha menester alguno. ¡Oh, señora, quien se ha visto en el sosiego de nuestras casas, y se ve ahora en esta baraúnda, no sé cómo se puede vivir, que de todas maneras hay que padecer! Con todo, gloria a Dios, hay paz, que no es poco, yendo quitándoles sus entretenimientos y libertad; que aunque son tan buenas, que cierto hay mucha virtud en esta casa, mudar costumbre es muerte, como dicen. Llévenlo bien y tiénenme mucho respeto; mas a donde hay ciento y treinta, ya entenderá V. S. el cuidado que será menester para poner las cosas en razón. Alguno me dan nuestros monesterios; aunque, como vine aquí forzada por la obediencia, espero en Nuestro Señor que no consentirá les haga

falta, sino que terna cuidado de ellas. Parece que no está inquieta mi alma con toda esta Babilonia, que lo tengo por merced del Señor. El natural se cansa, mas todo es poco para lo que he ofendido al Señor.»

Muchos de los jóvenes nobles que tenían por costumbre visitar a sus parientas y amigas del convento de la Encarnación desistieron de seguir haciéndolo al enterarse de que la priora desaprobaba sus visitas. Hubo uno, sin embargo, que se sintió molestado por tener que abandonar lo que Yepes califica de conversación un tanto escandalosa. Era un sujeto «muy ciego y apasionado», y como se le hubiera dicho reiteradamente que la monja con quien deseaba hablar estaba muy ocupada y no podía acudir al locutorio, pidió ver a la priora. Una vez que ésta apareció, le espetó una larga, dura e insolente alocución, cuyo meollo consistía en que no se podía tratar de tal guisa a un hombre de su condición, y que no estaba dispuesto a tolerarlo.

La Madre le escuchó con «mucha humildad y paciencia», y cuando hubo terminado le dijo claramente lo que de él pensaba, y le amenazó con hacer que el rey le cortara la cabeza si volvía a poner los pies en el umbral del convento.

Según dice Yepes, las palabras que la santa le dirigió fueron tales que no tardó en poner pies en polvorosa, y decidió abandonar del todo la conversación que solía tener en el monasterio. Se esparció la noticia por todas partes y, en lo sucesivo, Teresa se vio libre de semejantes dificultades por temor de los visitantes.

Durante la Cuaresma del año 1572 no hubo un solo visitante en el convento de la Encarnación, ni siquiera un padre. Y Teresa atribuía todo el mérito de lo conseguido a Nuestra Señora, de la que hablaba diciendo: «Mi priora realiza estas maravillas». Esto no

obstante, no se sentía ella contenta todavía por un triunfo de tal índole negativa, como era el de la simple supresión de un abuso. La buena disciplina no era, después de todo, sino un medio para alcanzar un mayor progreso y una más alta finalidad espiritual, y ello, a juicio suyo, no era posible lograrlo con confesores como los padres de la Regla Mitigada, que eran quienes tenían a su cargo el confesar a las del convento de la Encarnación. Así, decidió prescindir de los padres acomodaticios y sustituirlos por algunos de sus frailes descalzos. Como era de suponer, envió en seguida por su Senequita. A tal fin mandó al padre Julián de Ávila a Salamanca a que explicase la situación al visitador apostólico, padre Fernández, para obtener su permiso, que le fue en el acto concedido. No tardó, pues, mucho tiempo en tener allí a San Juan de la Cruz y a otro fraile descalzo de Pastrana, fray Guzmán de San Matías. Era, desde luego, una situación delicada, difícil de resolver; por lo que, en un principio, se limitó a hacer que fray Juan confesase al mismo tiempo que los regulares frailes descalzos.

Las monjas, temerosas de penitencias excesivas y desagradables, trataron en un principio de esquivar al diminuto fraile de Pastrana, preguntando al ir a confesarse, «¿Padre, sois calzado o descalzo?»

Y Juan de la Cruz, sentado en la oscuridad detrás de la celosía, en uno de los primeros días de oír allí confesión, al hacérsele tal pregunta se bajó el hábito hasta que le cubrió los pies y contestó, «Calzado». En cuanto oyó unas cuantas confesiones, se corrió por el convento la voz de que era un director angelical y todas querían consultarle. Luego de un breve tiempo llegó el turno

a fray Guzmán, y de tal suerte y poco a poco Teresa pudo ir prescindiendo de los padres del paño ([63]) sin aparentar hacerlo.

Con todo lo cual comenzó pronto a notarse un extraordinario progreso espiritual en la comunidad. Muchas de las que habían sido sus más enconadas adversarias se convirtieron en sus más devotas amigas y defensoras más decididas. En cuanto los frailes descalzos se conquistaron la confianza de las monjas hizo construir para ellos una casita al extremo del jardín, con una capilla en donde pudieran decir sus misas. Su triunfo como priora de la Encarnación fue tan patente y en tan breve tiempo que hasta fray Ángel de Salazar la alababa grandemente, y el visitador apostólico Fernández se negó a permitir a La Madre que fuese a visitar a la duquesa de Alba con el fin de consolarla por la larga ausencia de su esposo, a la sazón en Flandes, poniendo como pretexto que era indispensable en el convento.

Y a tal fin escribió a la duquesa una carta en que la decía que el convento de la Encarnación contenía ciento treinta monjas; que su vida era allí tan pacifica y santa como la de las diez o doce monjas descalzas de Alba, lo cual le producía el mayor consuelo y la mayor admiración. Este resultado era tan sólo debido a la presencia de La Madre, y si ella se ausentaba un solo día, la anterior falta de restricciones estaba tan firmemente establecida y el actual buen orden tan recientemente arraigado, ya que sólo contaba un año de existencia, que, si se quitaban el respeto y el recato inspirados por su influjo, las monjas volverían a su estado anterior, y los cimientos a ser tan débiles como antes... A más de lo cual, La Madre había entrado allí contra la oposición y el alboroto

[63] A los frailes de le Mitigación se les llamaba así porque llevaban hábitos de lana, en contraste con los descalzos que los llevaban de estameña.

de muchas, y había costado grandemente pacificar a las monjas (a las que él había castigado), de suerte que ahora que se hallaba realizando progresos, y que su trabajo estaba en flor, si bien no se había recogido el fruto todavía, el separarla de allí causaría grave inconveniente y escrúpulos...

En aquellos años tan difíciles no constituía el convento de la Encarnación la preocupación única de Teresa, pues no dejaba un instante de pensar en sus propios conventos. Ribera la compara a San Pablo en la prisión, escribiendo a sus numerosos discípulos del mundo exterior. Era una afanosa escritora epistolar. Sus epístolas hoy existentes, que son más de cuatrocientas, sólo representan como una tercera parte, según se calcula, del total de las por ella escritas; pero aun así son más que suficientes, para tal período, para darnos una visión bastante amplia que nos permita abarcar la actividad de aquella mente incansable y de aquel su generoso corazón. Lo mismo escribe cartas de agradecimiento por los pollos que se le envían para las enfermas, que cartas a su hermana compadeciéndola por tener que estar en Galinduste, lugar del que pide a Dios que la libre, como también del que está (18). En otra regaña a Ovalle por oponerse a ceder terreno para que se abra una pequeña senda para el convento de Alba de Tormes, y, en cambio, da gracias a Dios cuando le hace sanar de unas fiebres tercianas. Al enterarse de que la flota de las Indias había arribado a San Lúcar trata de obtener noticias de su hermano Lorenzo. Envía a fray Juan de la Cruz a Medina a exorcizar a una monja, la hermana Isabel de San Jerónimo; pero, aunque aquél había logrado en Ávila liberar a una persona de las tres legiones de diablos que la poseían, fracasa en su misión en Medina por la sencilla razón de que la pobre mujer no es una posesa, sino una demente.

Se opone con todas sus fuerzas a dos candidatas propuestas por doña María de Mendoza para el convento de Valladolid, de la que aquella gran dama era cofundadora y bienhechora. Una de ellas, recomendada por el jesuita padre Ripalda, tenía sólo un ojo, y La Madre, a pesar de estar sufriendo de un horrible dolor de muelas, que le dura seis semanas, toma la pluma, el día 7 de marzo del año 1572, para escribir a doña María una larga carta en que la dice, entre varias cosas:

«Ahora, para que de todas maneras padezca, me escribe la madre priora de esa casa de V. S., que quiere V. S. se tome en ella una monja, y que está disgustada, que se lo han dicho, porque yo no la he querido tomar, que le envíe licencia para recibirla, y otra que trae el padre Ripalda. Pensado he que la han engañado: darmehía pena, si fuese verdad; pues V. S. me puede reñir y mandar; y no puedo yo creer, que si no es por librarse V. S. de ellos ([64]), esté de mí disgustada, sin decírmelo, sino que por esto V. S. lo muestra. Si esto fuese ansí, daríame mucho consuelo, que con esos padres de la Compañía yo me sé avenir, que no tomarán ellos a nadie que no conviniese a su Orden, por hacerme merced.

«Si V. S. lo quiere mandar determinadamente, no hay para qué hablar más en ello; que está harto claro, en esta casa y en todas puede V. S. mandar, y ha de ser obediencia de mí. Enviaré a pedir licencia al padre visitador o al padre general, porque es contra nuestras Constituciones tomar con el defecto que tiene, y no podré yo dar licencia contra ellos, sin el uno de ellos; y ellas aprenderán bien a leer latín, porque está mandado no se reciba ninguna sin saberlo.

---

[64] Con este “ellos" se refiere probablemente a los jesuitas, como así lo hace claramente poco después.

»Por descargo de mi conciencia no puedo dejar de decir a V. S. lo que en este caso yo hiciera, después de haberlo encomendado a el Señor. Dejo aparte, como digo, el quererlo V. S. que, por no enojarla, a todo me he de disponer, y no hablaré en ello más. Sólo suplico a V. S. no vea la está muy bien, le ha de pesar. A ser casa de muchas, puédese mejor sobrellevar cualquier falta; mas adonde son tan pocas, de razón habían de ser escogidas, y siempre he visto a V. S. con esa intención— Y ansí por mi parecer ninguna de esas dos ahí se recibiera; porque ni santidad, ni valor, ni tan sobrada discreción, ni talento yo no los veo para que la casa gane. Pues si ha de perder, ¿para qué quiere V. S. que se tomen? Para remediarlas, hartos monesterios hay, y adonde, como digo, por ser muchas, se sobrellevan mejor las cosas; que ahí la que se tomase, cada una había de ser para ser priora y cualquier oficio que se le ofreciese.

«Por amor de Nuestro Señor, que V. S. lo mire bien y vea que siempre se ha de mirar más al bien común que al particular.»

Teresa pudo salir triunfante de aquella contienda contra el padre Ripalda y su candidata tuerta; pero no fue para largo daño de su amistad, ya que al cabo de un año ocurriría que él fuera su confesor en Salamanca, y a él habría de deberse el admirable libro de las *Fundaciones*, que La Madre escribió par orden suya.

Otro jesuita, el padre Ordóñez, recibió de ella consejos para una escuela de niñas que algunas de sus penitentes pensaba fundar en Medina. A tal propósito le escribió, diciendo:

«Cuanto al ser tantas, como vuestra merced decía, siempre me descontentó; porque entiendo es tan diferente enseñar mujeres y imponerlas muchas juntas, a enseñar mancebos, como de lo negro a lo blanco. Y hay tantos inconvenientes en ser muchas,

para no se hacer cosa buena, que yo no los puedo ahora decir, sino que conviene hagan número señalado, y cuando pasare de cuarenta, es muy mucho y todo baratería; unas a otras se estorbarán para que no se haga cosa buena. En Toledo ([65]) me he informado que son treinta y cinco, que no pueden pasar de allí. Yo digo a vuestra merced, que hayan menester tantas mozas y tanto ruido, que no conviene en ninguna manera. Si por esto no quisieran algunos dar limosna, váyase vuestra merced su poco a poco, que no hay priesa, y haga su congregación santa, que Dios ayudará, y por la limosna no hemos de quebrar en la sustancia».

De la numerosa correspondencia sostenida por la madre Teresa con el rey Felipe II sólo han sido halladas algunas cartas. En una de ellas le pedía protección para sus conventos, dándole tácitamente a entender, desde el comienzo, que tanto ella como sus monjas rogaban por él por su cuarta esposa, Ana de Austria, y por su hijo y heredero al trono, el príncipe Fernando. Le decía en una de ellas: «Y el día que Su Alteza fue jurado, se hizo particular oración. Esto se hará siempre; y ansí, mientras más adelante fuere esta Orden, será para Vuestra Majestad más ganancia.

»Y por esto me he atrevido a suplicar a Vuestra Majestad nos favorezca en ciertas cosas, que dirá el Licenciado Juan de Padilla, a quien me remito. Vuestra Majestad le dé crédito. Su Divina Majestad le guarde tantos años como la Cristiandad ha menester. Harto gran alivio es que para los trabajos y persecuciones que hay en ella, que tenga Dios Nuestro Señor un tan gran defensor y ayuda para su Ilesia como Vuestra Majestad es.»

---

[65] El famoso *Colegio de Doncellas* para niñas pobres. fundado por el cardenal Siliceo, tutor de Felipe II.

No era cosa de poca monta en el convento de la Encarnación la serie de enfermedades que en él hubo de sufrir durante la mayor parte de su mandato, y de las que nos da algunas referencias en sus cartas de los años 1571-1573. En el primer mes su salud mejoró un poco, pero el día 4 de febrero de 1572 escribía ya a su hermana para decirle que se había puesto enferma casi inmediatamente después de llegada, que había tenido varias veces fiebre antes de Navidad, y dolor a la garganta, y que la habían sangrado dos veces y purgado. Comenzó el año con unas calenturas cuartanas, que todavía le duraban el mes de febrero, con escalofríos intermitentes que, por lo regular, empezaban a las dos de la madrugada, a pesar de lo cual se levantaba todos los días para cumplir con sus deberes. En el mes de marzo el mal tiempo la produjo muchos dolores. Además de la fiebre cuartana la acometió una tos muy molesta en la garganta, un dolor al costado y otro en la mandíbula que le duró seis semanas; hubo que sangrarla otras tres veces y que purgarla otras tantas. Tanto mejor se sintió el día 27 de agosto que ella misma se sorprendió de que aquello durase, y, en cambio, en el mes de septiembre tuvo una fiebre terciaria que fue, en tal momento, epidémica, y de la cual no tardó en reponerse. En el mes de febrero del año 1573 escribía diciendo que tenía «poquísima salud los inviernos, por ser contraria a mis males esta casa.»

A pesar de todos esos achaques experimentaba algunos consuelos, a más de deleitarse con cierto gozo en su dolor y su amargura. Así pudo encontrar todavía tiempo, durante la fundación de Salamanca, para escribir aquellos deliciosos versos, dedicados a la profesión de la hermana Isabel de los Angeles, que comienzan diciendo:

«Sea mi gozo en el llanto,
Sobresalto mi reposo,
Mi sosiego doloroso,
Y mi bonanza el quebranto.»

por lo cual es de suponer que alguno tendría también en el convento de la Encarnación para consagrar a este admirable pasatiempo espiritual. ¿Y quién es capaz de imaginarse conversaciones más cautivantes entre dos seres humanos que las que, a buen seguro, habrían de sostener ella y San Juan de la Cruz —dos poetas y dos santos— ante la famosa reja del convento, sentado él en una silla en su sitio, arrodillada ella en el suyo, hasta que, luego de una larga disquisición sobre Dios, ambos se sentían arrobados por el éxtasis, sobrecogidos por el mismo fenómeno que el que conjuntamente sobrecogía a San Francisco y a Santa Clara, a cuyos encuentros brillaba toda la casa con un fulgor celestial?

Si tan sólo su Senequita se acercaba en ella a lo que él llamara la «llama de amor vivo», sus otros hijos de Pastrana no la echaban tampoco en olvido en su cautividad. Por aquel entonces fue cuando la enviaron una especie de cartel de desafío espiritual redactado en el estilo grandilocuente de la fraseología caballeresca, que tanto la conmoviera en los días de su juventud, y que todavía tenía virtud suficiente para excitar en ella la vena del ingenio y la elocuencia. El texto del célebre *Desafío*, retando a las monjas de la Encarnación a unírseles en el combate contra los poderes del infierno por el galardón del cielo, se ha perdido, pero parece cosa cierta, como La Madre pudo haber oído en su investigación, que el autor era un tal padre Gracián, ([66]) que había

[66] La figura del P. Jerónimo Gracián aparece muy malparada en este libro. Ciertamente el autor está fuertemente influenciado por la gran multitud

tomado el hábito de la Reforma en Pastrana, el día 25 de marzo del año 1572, con el nombre de fray Jerónimo de la Madre de Dios.

Era éste uno de los veinte hijos de Diego Gracián de Aldorete y de Juana de Antisco, hija del embajador polaco ante la corte de Madrid. Varias de sus hermanas eran monjas, mientras que un hermano suyo había llegado a ser secretario de Felipe II. Después de haber cursado sus estudios en el colegio de los jesuitas de Madrid, Jerónimo estudió Teología en Alcalá, en donde fue ordenado el año 1569, a pesar de la preferencia de su familia por las leyes.

Hombre imaginativo, con una cierta inclinación hacia lo melodramático y un ápice de vanidad, que a veces se convertía en compasión por sí mismo, a juzgar por su autobiográfica obra *Peregrinación de Anastasio* (escrita en su edad madura), poseía una amplia instrucción, una verdadera piedad y una devoción especial a Nuestra Señora, al propio tiempo que un desprecio cristiano por todas las tentaciones del mundo. Al ir a Pastrana, para tratar de arreglar que un amigo suyo entrase en el convento de los descalzos de allí, se detuvo en el monasterio y quedó tan encantado

---

de calumnias y difamaciones vertidas e ideadas contra él por Nicolás Doria, quien hizo todo lo posible hasta lograr expulsarlo de la Orden. En la Navidad de 1999, el Definitorio General de la Orden carmelitana descalza lanzó un mea culpa por el trato que el padre Gracián recibió de la Orden y fray Camilo Maccise, prepósito general, revocó la sentencia de expulsión dada contra él en 1592 “como gesto oficial de rehabilitación y de reparación por la injusticia de que fue víctima”. Un año después, el Definitorio General, reunido en Roma en la Navidad de 2000, instruyó la Causa de Beatificación del padre Gracián, que inicia así sus pasos hacia los altares, cuatrocientos años después de su expulsión de la Orden. Para conocer más sobre su vida léanse las biografías recientes: “El heredero exiliado”, de José Aberto Pedra, o bien, “El hombre de Teresa de Jesús”, de Carlos Ros. (Nota del Editor)

por la vida de Juan de la Cruz y los otros frailes que, después de varios meses de horribles tentaciones, de las que se salvó por las oraciones de la Madre Isabel de Santo Domingo, acabó entrando en el noviciado ([67]). Una vez hizo un viaje a Madrid porque, según escribió, conocía en secreto cierta cosa, que, si él no hubiese ido, el príncipe Ruy Gómez habría muerto, luego de lo cual hace una oscura alusión a un atentado, por parte de personas no mencionadas, para envenenar al favorito de Felipe II.

Cuando el padre Gracián escribió el *Desafío* a las monjas de la Encarnación no contaba más que veintisiete años. ¿Hablaba para algo de la comida de Pastrana? Algunos años más tarde su pluma escribió, con gran elocuencia, recordando que durante la cuaresma sólo tenían para comer nabos y sopas de pan, y al llegar la semana santa, un poco de bacalao podrido que se les antojaba el manjar de los dioses (*Peregrinación de Anastasio*). Y véase parte de la réplica de Teresa al referirse a tal punto. Daremos tan sólo una breve muestra de semejante desvarío celestial:

«Habiendo visto el Cartel, pareció que no llegarían nuestras fuerzas a poder entrar en campo con tan valerosos y esforzados caballeros, porque ternían cierta la victoria, y nos dejarían del todo despojadas de nuestros bienes; y aun, por ventura, acobardadas, para no hacer eso poco que podemos. Visto esto, ninguna firmó, y Teresa de Jesús menos que todas. Esto es una gran verdad, sin ficción.

»Acordamos de hacer adonde nuestras fuerzas llegasen, y ejercitadas algunos días en estas gentilezas, podrá ser que con

[67] La madre Isabel, priora de Pastrana, estaba tan entusiasmada con Gracián, según Santa Teresa, que pedía a las monjas rezasen por que se decidiera a entrar en la Orden. «Alborotaban el cielo con oraciones, ayunos y disciplina, hasta que les fue el favor concedido.» *Fundaciones*, capítulo XIV.

favor y ayuda de los que quisieran parte de ellas, de aquí a algunos días podamos firmar en el Cartel.

«Ha de ser a condición que el mantenedor no vuelva las espaldas, estándose metido en esas cuevas, sino que salga al campo de este mundo, adonde estamos. Podrá ser que viéndose siempre en guerra, adonde ha menester no quitarse las armas, ni descuidarse, ni tener un rato para descansar con seguridad, no esté tan furioso; porque va mucho de lo uno a lo otro, y del hablar al obrar, que un poco entendemos la diferencia que hay en esto.

»Salga, salga de esa deleitosa vida él y sus compañeros; podrá ser que tan presto estén tropezando y cayendo, que sea menester ayudarlos a levantar; porque terrible cosa es estar siempre en peligro, y cargados de armas, y sin comer. Pues al mantenedor proveyó tan abundosamente de esto, con brevedad envíe el mantenimiento que promete; porque ganándonos por hambre, ganará poca honra ni provecho.

»Cualquiera caballero u hijas de la Virgen, que cada día rogaren al Señor, que tenga en su gracia a la hermana Beatriz Juárez, y se la dé para que no hable sin advertencia, y encaminado a su gloria, la de años de lo que han merecido curando enfermas harto trabajosas.

»La hermana Ana de Vergas dice que si los caballeros y hermanos dichos piden al Señor le quite una contradición que tiene y de dé humildad, que les dará todo el mérito que de ello ganare, si al Señor se lo diere.

»La madre superiora dice que pidan al Señor los dichos le quite su propia voluntad, y les dará lo que hubiera merecido en dos años; llámase Isabel de la Cruz.

»La hermana Sebastiana Gómez dice que cualquiera de los dichos que mirase el crucifijo tres veces al día, por las tres horas que el Señor estuvo en la cruz, y le alcanzare que puede vencer una gran pasión que le atormente el alma, les aplica el mérito que ganare (si el Señor se lo concede) del vencimiento de ella...

»La hermana Marta Cintrón dice que tengan parte en lo que padeciere los dichos, porque cada día le piden buen fin; y está mucho ha sin poderse menear de la cama, y harto al cabo...

»Un venturero dice ([68]) que si el maestre de Campo le alcanzare del Señor la gracia que ha menester para que perfetamente le sirva en todo lo que la obediencia le mandare, dice le dará todo el mérito que este año ganare, sirviéndole en ella...

»Teresa de Jesús dice que da a cualquiera caballero de la Virgen que hiciere un ato solo cada día muy determinado a sufrir toda su vida un superior muy necio y vicioso y comedor y mal acondicionado, el día que le hiciere, le da la mitad de lo que mereciere aquel día, ansí en la comunión, como en hartos dolores que tray; en fin en todo, que será harto poco. Ha de considerar la humildad en que estuvo el Señor delante de los jueces, y cómo fue obediente hasta muerte de cruz. Esto es por mes y medio el contrato.»

De tal suerte, La Madre dio su réplica como una espada de dos filos, encaminada al mejoramiento de las monjas de la Encarnación tanto como al de los frailes. ¿Tenía ella, por ventura, alguno en el pensamiento cuando se refirió a un «superior muy necio y vicioso y comedor y mal acondicionado»? Es muy probable que se refiriese al entonces maestro de novicios del monasterio de Pastrana, fray Angelus de San Gabriel, que la daba no pocos que-

[68] Con lo de *venturero* se refería probablemente a Juan de la Cruz.

braderos de cabeza por su rara manera de conducirse con los jóvenes, a los que, con frecuencia, señalaba grandes penitencias y mortificaciones que más bien servían para hacer reír a la gente (ocasionando con ello discusiones acerca de la religión) que para realizar su sano propósito de vencer su amor propio y sus otras faltas. Fray Domingo Báñez, al que acudió en demanda de consejo en el colegio de San Esteban de Salamanca, la escribió una larga carta sobre tal asunto, el día 23 de abril del año 1572. Hablaba en ella de la ignorancia de los que pecan por exceso de celo de virtud, peor que la de las víctimas de la pasión y de la visible maldad. Y a tal respecto decía: «..., porque si aquellos caen, son menos corregibles, porque han asentado en su corazón, que quien los contradice, persigue la virtud o tiene poca experiencia de cosas de espíritu, o envidia, o semejantes faltas, para no recibir corrección de nadie. Y lo peor es que se fingen que son perseguidos por la virtud, y no entienden que no, sino por ignorancia; y paréceles que ya son algo, pues son perseguidos por la virtud; y secretamente se cría en el centro del corazón un ídolo de su propia estima, que aunque a ratos parece se humilla en sus pensamientos y palabras, pero, bien mirado, son humillaciones hechas, no ante la majestad de Dios, con sumo temor de ofenderle, sino ante el secreto y disimulado ídolo de su propia estima. Vístese el amor propio de vestido virtuoso, y luego quiere ser adorado de sí mismo y de todo el mundo. Y si alguno no adora su estatua, luego le juzgan por ser perseguidor de la virtud, de manera que hacen regla de virtud sus trazas y sus obras.»

«Este padre maestro de novicios me parece hombre de buen celo y de buenos deseos, y pues quiere luz, no es razón negársela. Désela Jesucristo y enséñele la suma de la perfección: *Disctite a me quia mitis sum et humilis corde…*»

Luego de algunas otras consideraciones acerca de las mortificaciones imprudentes, continúa:

«Ni es manera de criar novicios en mortificaciones de libertad, pues la profesión ha de ser de recogimiento. Querer imitar en esto a los Padres Teatinos ([69]), es hacer otra religión que no es del Carmen. Ellos no tienen hábito señalado; su profesión no es de recogimiento ni silencio, ni ayunos, ni coro perpetuo; han de andar familiares entre el pueblo enseñando la doctrina cristiana; no es mucho se exerciten en eso poco. El fraile y el monje no tienen necesidad de buscar exercicios ajenos; siga su profesión y calle; que sin que el mundo vea sus mortificaciones será santo. Muy presto me parecen esos celos de edificar al próximo. Lo que dicen de San Francisco que le tenían por loco y se desnudó y vistió como pobrísimo, yo lo adoro, porque fue de ímpetu de Espíritu Santo; y querer imitar estos hechos raros, sin aquel ímpetu es cosa de farsa. San Francisco no tenía entonces hábito, ni Orden, ni profesión; al contrario, hizo lo que en él era prudencia. Si dice ese padre que siente que tiene espíritu para hacer estos exercicios, querría yo los experimentasen en otros exrcicios más canonizados. Ayunen como los santos, velen como velan ellos...»

«Cáeme en gracia que, habiendo de comer a las once, dice ese padre que comen un bocado a las nueve, porque es tarde la comida... No me contenta lo que dice ese padre, que le tomará melancolía si le niega lo que quiere... Vuestra merced le consuele y aconseje haga su obediencia y calle, que treinta años y más calló el Señor y dos predicó.»

---

[69] Tanto Silverio como otros opinan que esto se refiere no solamente a la Orden Teatina, sino a los jesuitas, a quienes a veces se designaba de tal modo.

Si con ello pretendía Teresa dar un consejo a fray Angelus no produjo el efecto anhelado, toda vez que él era de los de tipo melancólico, a los que ella consideraba como casos perdidos, por lo que no tardó en sustituirle por Gracián, que tal vez hubiera comprendido la insinuación de que aprendiese a mandar aprendiendo a obedecer.

En el convento de la Encarnación tuvo Teresa algunas visiones y locuciones de índole nada común. Una víspera de San Sebastián, el día 19 de enero del año 1572, cuando en el coro habían todas las monjas comenzado a cantar el Salve Regina, vio, en una visión intelectual, a la Santísima Virgen que descendía entre una gran multitud de ángeles y ocupaba, en vez de su imagen, el asiento de la priora. Y permaneció allí durante toda la Salve. Luego de lo cual manifestó: «Bien acertaste en ponerme aquí. Yo estaré presente a las alabanzas que hicieran a mi hijo y se las presentaré.» Teresa se queda en éxtasis y tuvo perfecta conciencia de la presencia de la Santísima Trinidad en su alma y creyó que la decía muy gratas palabras, entre las que figuraban aquellas de: «Yo te di a mi Hijo y al Espíritu Santo y a esta Virgen. ¿Qué me puedes tu dar a mí?»

El Domingo de Ramos, en la comunión, se quedó con los sentidos tan suspensos que no pudo llegar a tragar la Sagrada Hostia y, cuando la tuvo en la boca, sintió como si ésta se le llenase de sangre, como si todo su cuerpo y su rostro estuvieran manchacos de ella, y tan caliente como si el Salvador hubiese concluido de derramarla. Entonces le dijo Él: «Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózasla tú con tan gran deleite como ves; bien te pago el convite que me hacías este día...» con lo

cual hacía alusión al hecho de que durante treinta años ella hubiese comulgado siempre ese día tan señalado, habiéndose antes preparado con todo cuidado para recibirle...; «porque me parecía mucha la crueldad que hicieron los judíos, después de tan gran recibimiento, dejarle ir a comer tan lejos, y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada sigún ahora veo. Y ansí hacía unas consideraciones bobas, y debíalas admitir el Señor; porque esta es de las visiones que yo tengo por muy ciertas.»

Teresa tenía predilección por las hostias muy grandes, y ordenaba que se las hicieran así para todos sus convenios. Cuando el padre Juan de la Cruz fue a darle la comunión el día 18 de noviembre de 1572, partió la Sagrada Partícula en dos trazos para dar el otro a una hermana. La Madre creyó que lo hacía para mortificarla, sabiendo, como sabia, sus preferencias por las grandes. Y oyó la voz de Cristo que la decía: «No hayas miedo, hija, que nadie sea parte por quitarte de Mí. Dándome a entender —añadió Teresa— que no importaba.»

«Entonces representóseme por visión imaginaria, como otras veces, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante, no sólo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía...» Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor, que o ensanchase mi bajeza, o no me hiciese tanta merced; porque cierto no me parecía lo podía sufrir el natural. Estuve casi todo el día muy embebida. He sentido después gran provecho, y

mayor confusión y afligimiento de ver que no sirvo en nada tan grandes mercedes.»

Pero Su Majestad pensaba de distinto modo; y un día la dijo que, si no hubiese ya creado el paraíso, lo crearía tan sólo para ella.

# CAPÍTULO XXVI

## LA EXTRAÑA VOCACIÓN DE LA PRINCESA DE ÉBOLI

Tocó a Felipe II liberar a la madre Teresa del convento de la Encarnación, cosa que todos sus amigos habían en vano intentado por toda clase de medios. El mismo papa Pío V se había negado a intervenir en el asunto a pesar del requerimiento del obispo de Ávila. El visitador apostólico había rechazado categóricamente la petición de la duquesa de Alba, como ya se ha visto; mas, era tal su deseo de poder consolar a la *Beata*, que acudió incluso al rey, quien acaso consintiera en ello por estar pensando en la manera de separar del mando de sus ejércitos en los Países Bajos al duque de Alba y en hacer prender a su hijo don Fadrique por casarse con una dama prometida de otro. Su Majestad dio a conocer su voluntad en términos tales al padre Fernández que en el mes de febrero del año 1573 La Madre recibió orden perentoria de presentarse inmediatamente en Alba de Tormes. Su visita fue en extremo corta. Estuvo hablando con la duquesa hasta medianoche sin consentir en tomar alimento ni bebida, mientras la gran dama se encontraba como en la gloria al poder darse el gusto, que trataba de disimular, de estar hablando con una santa, lo que para ella representaba un verdadero festín espiritual.

Tuvo La Madre que volver al convento de la Encarnación, pero ya se había roto el hielo, y el padre Fernández hubo de permitirle, a poco de aquello, ir a Salamanca, a petición de una de las monjas, la hermana Ana de Jesús, que ofrecía los fondos necesarios para

levantar una segunda fundación en tal ciudad. La casa primitiva había siempre resultado insalubre y, por lo demás, nada satisfactoria. Y existía en aquel momento la posibilidad de tener otra mejor adquiriéndola de un noble empobrecido, Pedro Rodríguez de la Banda. Si bien la tal propiedad estaba vinculada, había esperanza de que el rey, que se sentía muy favorablemente dispuesto a la Reforma carmelita, se dignara permitir se llevase a cabo la venta.

Teresa abandonó a Ávila para lanzarse a tal aventura, en la última semana del mes de julio de 1573, llevando consigo a fray Antonio de Jesús, al padre Julián de Ávila y a una sola monja, doña Quiteria Dávila, del convento de la Encarnación, que, por ser prima de la marquesa de Velada, iba servida por una doncella. Todos ellos cabalgaban montados en mulas. El padre Julián dejó una divertida relación de aquel viaje.

Cuenta en ella que, como hacía mucho calor y como el sol LE hacía daño a la santa Madre, salieron de Ávila casi de noche, y luego de emprender la jornada, antes de llegar a Martín, el padre fray Antonio de Jesús, que iba con ellas, cayó malamente de la cabalgadura. Plega a Dios —dice el padre Julián— que no se haya herido en tal accidente y tantos otros como han tenido yendo en viajes para bien de la Orden. Con ellos iba también una criada de una dama. La cual criada, un poco más adelante, cayó también de la mula y dio tan fuertemente con la cabeza contra el suelo que parecía como si hubiese muerto, pero Dios la salvó, pues no se hizo gran daño. Y cuando se hizo ya bien oscuro, porque era noche bien cerrada, perdieron el asno que llevaba el dinero y los demás bultos con que iban a Salamanca, no apareciendo en toda la noche; de suerte que, con las caídas, la pérdida del asno y la negra oscuridad, debía de ser medianoche cuando llegaron al mesón. El

padre Julián no quiso tomar nada de comer, aun cuando bien lo había de menester y se decidió a seguir en ayunas, toda vez que tenía que decir misa a la mañana siguiente.

Y prosigue su relación en estos términos:

«A la mañana fue un mozo a buscar el jumento perdido, y le halló echado un poco apartado del camino, que nadie había tocado a él, ni faltaba cosa de lo que llevaba. Con esto tuvimos gana a la mañana de ir a decir la misa a una ermita que se llama Nuestra Señora del Parral. Llegamos allí a buena hora, y para decir la misa no había recaudo en la ermita. Hube yo de ir al lugar, que está algo apartado de la ermita, por recaudo, y no hallé a el cura en el lugar: no hubo quien nos diese recaudo.

»A el fin, en idas y venidas se nos pasó toda la mañana, e yo me quedé, harto contra mi voluntad, sin decir misa, e sin comer y sin almorzar, y harto de caminar. Y, aunque la santa Madre se quedó sin comulgar, que para esto no estorbaba el camino, no sentí yo tanto eso, como a mí tocaba; porque aun no bastó mi trabajo en esto sino que se iban riendo de mí y con razón.

»A la otra noche fue mayor nuestra pérdida que no la del jumento, aunque descían llevaba quinientos ducados; fue que, como íbamos también de noche y con harta oscuridad, habíase dividido la gente en dos partes; el que se iba con la santa Madre, que por su honra no quiero descir quien es, dejóla y a la señora doña Antonia, que agora es priora de la Encarnación, y en una calle de un lugarito, a que allí aguardasen la demás gente para que todos se juntasen e no fueran divididos; de manera que por ir a buscar a los demás, ya que parecieron, y volvió el que las dejó a buscarlas, e nunca pudo atinar adonde las había dejado, é, como hacía tan escuro, desatinó de manera, que por más vueltas que dio no les

halló; y con descir: adelante deben de ir con los que van más adelante, anduvimos buen rato hasta que estuvieron todos juntos. Descíamos los unos a los otros;

»—¿Viene ahí La Madre?

»Descían:

»—¡No!

»—¿No viene con nosotros?

»—Sí, con vosotros venía. ¿Qué se ha hecho?

»De manera que nos hallamos todos escuridades, la de la noche, que era harta, y la de hallarnos sin nuestra Madre, que era muy mayor.

»No sabíamos si volver atrás o ir adelante. Empezamos a dar voces, no había memoria. Hubimos de tornar a dividir, los unos a buscar lo que habíamos perdido, los otros a gritar a ver si de algún cabo nos respondía. Después de buen rato que tuvimos de pena, y más el que les había dejado, e tornando a desandar lo andado, he aquí a nuestra santa Madre que viene con su compañera e un labrador, que le sacaron de su casa y le dieron cuatro reales porque las guiase a el camino, el cual fue el mejor librado porque se volvió muy contento a su casa con ellos, y nosotros mucho más con todo nuestro caudal vuelto a hallar, y con harto regocijo de ir contando nuestras aventuras. Fuimos a parar a un mesón donde había tantos arrieros, echados por aquellos suelos, que no había donde poner los pies sino sobre albardas u hombres dormidos. Hallamos adonde meter nuestra santa Madre y a las monjas que llevábamos, que no creo había seis pies de suelo, de manera que para caber habían de estar en pie. Lo que tenían bueno estas posadas, que no oíamos la hora de vernos fuera de ellas»

Muchos años después doña Quiteria certificó, en la beatificación de la santa, que durante una de las negras noches del viaje a Salamanca, su camino estaba iluminado por una luz misteriosa que parecía salir de detrás de ellas. Y como se preocupara de qué podía ser, la madre Teresa le contestó que preguntase a Dios sobre ello.

Llegaron, por fin, a la ciudad de la gran universidad a final de julio o primer día de agosto, e inmediatamente dieron aviso de ello a sus amigos, incluso al carpintero Pedro Hernández y al noble don Pedro de la Banda. Es bien probable que La Madre se hiciera acompañar por el carpintero cuando fue a visitar la propiedad del otro. Ella comprendió que había de costar cuando menos mil ducados el poder convertirla en un convento, pero esto no fue cosa que la inquietara sobremanera, ya que nunca dudaba de que Dios le proporcionarla el dinero que hubiese menester para su tarea, ni se sentía tampoco decepcionada. Un estudiante de la Universidad que llevaba nada menos que el nombre de padre Cristóbal Colón, se quedó no poco sorprendido cuando Teresa le dijo que él tenía doscientos ducados que ella desearía le prestase. Y era el caso que él acababa de recibir tal dinero para pagar su manutención, pero nadie lo sabía. Y no menos asombrado se quedó cuando ella se los devolvió dos o tres días después, por haber recibido una limosna que ascendía a tal cantidad. Siempre que necesitaba dinero, le llegaba sin tardar. Por desgracia, no existía la posibilidad de gastarlo entonces porque se había de esperar a que bien le pluguiese a don Pedro, quien se marchara tranquilamente de la ciudad sin preocuparse de los ruegos de que volviese.

Y ella le escribió acerca de lo mencionado:

«Yo he venido a este lugar con deseo de poner luego por obra dejar en buena parte estas hermanas. Trayo poco tiempo, y ansí por esto, como porque se pasa el que han de desear para hacer paredes, me ha dado pena no hallar a vuestra merced aquí.

»La casa me parece bien, aunque ha menester más de quinientos ducados para entrar en ella. Con todo, estoy contenta, y espero en nuestro Señor le dará contento a vuestra merced en ver su casa tan bien empleada. Guarde el Señor a vuestra merced muchos años. Mire vuestra merced que es gran negocio para haber de comenzar en buen tiempo, que se pasan estos días.

»Por amor del Dios, vuestra merced nos haga merced de que se venga y si vuestra merced tarda, la suplico tenga por bien comencemos a hacer las tapias, que son menester más de doscientas, que esto ningún daño se hace a la casa aunque en eso faltase después de conciliarse (lo que yo espero en Dios verná presto) llevamos nosotros la pérdida.

»Con venir vuestra merced se remediará todo, y dé a vuestra merced su Majestad muy larga vida, para que siempre vaya ganando para la eterna.» (*Epistolario*)

Don Pedro no se tomó la molestia de volver a Salamanca hasta el mes siguiente. Mientras tanto Teresa hacía que el carpintero Hernández fuera completando los cambios, contratando para ello a veinte o veinticinco trabajadores o peones para tal fin. Hernández lo inspeccionaba todo; pero no estaba demasiado ocupado como para no espiar a las monjas y se preocupaba de lo que tenían de comer, llegando a averiguar que sólo disponían para su comida de un pedazo de pan, una jarra de agua y unas cuantas hierbas, todo lo cual comían con gran regalo como si se dieran un banquete con faisanes.

Un día muy caluroso miró Teresa por una de las ventanas y dijo:

—Hermano Pedro Hernández, esa gente anda muy cansada; y envíeles por algo que beban, que lo han menester, que yo le echo de ver.

—Madre —dijo el carpintero—, somos tantos, y el vino vale tan caro, que es menester una sima de dinero para ello.

—Ande, hermano —replicó ella—, envíeles por ello, que Dios lo ha de remediar todo.

Daba la casualidad de que el vino estaba muy caro aquel año y costaba real y medio el azumbre, pero Hernández obedeció y envió a un hombre a la taberna con cincuenta maravedís (por lo menos decía que eran menester dos maravedís por cabeza) a que comprase un poco de vino. Y le dieron tan poco por aquella suma que tuvo que echarle un poco de agua para que diera algo más de sí y le alargó la jarra a uno de los trabajadores. Después que hubieron bebido tres o cuatro de ellos, miró dentro de la jarra y vio (así lo atestiguó él mismo para la beatificación de la santa) que había tanto como en un principio.

La madre Teresa volvió a asomarse a la ventana y dijo:

—Hermano Pedro Hernández, ¿ha hecho lo que le he rogado?

—Sí, Madre; y me parece que ha sucedido aquí lo que en las bodas del architriclino, que se ha vuelto el agua en vino.

—Ande, hermano —contestó ella con calma—, que esto Dios lo hace.

—Bien parece que andan buenos de por medio.

Y, volviéndose a los peones, exclamó:

—Ea, hermanos, que no hay sino beber muy bien que esto es vino de bendición.

El hecho es que, aun cuando todos ellos bebieron cuanto hubieron voluntad, no pudieran, según cuenta Hernández, acabar con el vino de la jarra.

La obra se llevó más tiempo del que se creía. Como se acercaba el día de San Miguel, época del año en que se renovaban los alquileres, era indudable que se tenía que pagar el de otro año de la antigua casa o mudarse a ésta sin que estuviese del todo acondicionada... Y Teresa decidió que se hiciera lo último.

El día víspera de San Miguel cayó una lluvia torrencial, Las monjas la rogaron que aplazase la ceremonia, ya que, por lo pronto, no se había terminado todavía el blanqueo de la capilla y llovía demasiado fuerte para poder trasladar los objetos necesarios, el piso estaba aún pegajoso y todo el interior tan húmedo que no sería conveniente instalar el Santísimo Sacramento hasta que todo estuviese bien seco y los trabajos bien concluidos. Además, don Pedro de la Banda estaba todavía ausente del lugar, y no se había dado aun término a los detalles finales del negocio. Todos sus amigos, salvo Nicolás Gutiérrez, creían que era una locura intentarlo. Las hermanas hubieron de decírselo de tan terminante manera que tuvo que despedirlas con cajas destempladas. Y se retiró a su celda a rezar. Luego escribió recordándolo todo:

«Me vi tan imperfecta aquel día. Por estar ya divulgado, yo no sabía qué hacer, sino que me estaba deshaciendo, y dije a Nuestro Señor casi quejándome, que u no me mandase entender en estas obras, u remediase aquella necesidad. El buen hombre de Nicolás Gutiérrez, con su igualdad, como si no hubiera nada, me decía muy mansamente, que no tuviese pena, que Dios lo remediaría. Y ansí

fue, que el día de San Miguel, al tiempo de venir la gente, comenzó a hacer sol, que me hizo harta devoción, y vi cuán mejor había hecho aquel bendito en confiar de Nuestro Señor, que no yo con mi pena,

La ciudad en pleno, salvo el ausente don Pedro, se volcó allí para la solemnidad del caso. La capilla quedó seca con una celeridad casi milagrosa, los artículos precisos se llevaron con toda prisa a la casa, y a la hora prefijada, La Madre y las monjas, con sus blancos mantos de coro, formaron en solemne procesión detrás del Santísimo Sacramento, a los acordes de la gloriosa música, hacia la casa escogida. Al sermón, que pronunció el famoso predicador fray Diego de Estella, asistieron la condesa de Monterrey y otros personajes notables de la localidad. Las monjas durmieron, pues, aquella noche en su nueva casa, aunque todavía no terminada, y todo concluyó con la mayor felicidad.

Al día siguiente, regresó a la ciudad don Pedro de la Banda y, al enterarse de lo ocurrido, montó en cólera, se fue derecho al convento y se puso enfurecido a decirle a La Madre lo que pensaba sobre tal manera de proceder. Cuenta Teresa acerca de tal momento:

«Estaba tan bravo que yo no sabía qué hacer con él, y el demonio hacía que no se llegase a razón, porque todo lo que estaba concertado con él cumplimos; hacía poco al caso querérselo decir. Hablándole algunas personas que se aplacó un poco, mas después tornaba a mudar parecer. Yo ya me determinaba a dejarle la casa; tampoco quería esto, porque él quería que se le diese luego el dinero. Su mujer, que era suya la casa, habíala querido vender para remediar dos hijas, y con este

título se pedía licencia, y estaba depositado el dinero en quien él quiso.»

«El caso es, que era haber esto más de tres años, no está acabada la compra, ni sé si quedará allí el monesterio, que a este fin he dicho esto, digo en aquella casa, u en qué parará» ([70]). Don Pedro de la Banda se mostró cicatero y quisquilloso, y su mujer peor todavía hasta el día de la muerte de Teresa y aun después. En ninguno de sus conventos hubieron de sufrir tanto las monjas; y, sin embargo, como ella decía, era cosa de poca monta lo de vivir en una casa no propia si se consideraba que el Señor del mundo no tenía ninguna.

No fue dan Pedro la única espina en la flor de Salamanca. Había en la Universidad un padre dominico, duro y testarudo. fray Bartolomé de Medina, el cual era un teólogo verdaderamente brillante y hombre de gran influencia, que previno a sus discípulos en contra de ella y declaró en una conferencia pública que era una de esas mujeres que andaban vagando de un lugar a otro en vez de quedarse tranquilamente en su casa haciendo calceta. Teresa no se dignó tomarlo en serio, si bien se daba cuenta de la importancia que para ella supondría el tenerle de su parte y se dirigió resueltamente a verle para obtener su aprobación. Sabía perfectamente que ni un padre Medina ni un don Pedro de la Banda eran quiénes para destruir su misión.

Ya en aquel entonces proyectaba ella otra fundación, la de Segovia, en donde doña Ana Jimena, viuda de Francisco Barros de Bracamonte y hermana de una de las monjas de Salamanca

[70] *Fundaciones*, cap. XIX. Después que Santa Teresa hubo muerto, las monjas abandonaron la casa entes que seguir discutiendo con don Pedro.

(Isabel de Jesús) ([71]), había prometido equipar el convento. En principio La Madre no se mostró entusiasta de tal idea, tal vez creyendo que sus días de fundación habían ya pasado a la historia, hasta que Nuestro Señor la dijo que pidiera el necesario permiso al padre Fernández. Así lo hizo y, con gran sorpresa por su parte, no encontró la más pequeña oposición. Se puso a considerar los medios y procedimientos de que habría de valerse para instalarse en Segovia. Y no pasó mucho tiempo sin que el asunto llegase a tomar una importancia extraordinaria, sobre todo por ciertos incidentes acaecidos en Pastrana.

El príncipe de Éboli, Ruy Gómez, había caído enfermo, aproximadamente por el tiempo en que ella se marchó de Ávila para hacer la segunda fundación de Salamanca, y había muerto en Madrid el día 29 de julio del año 1573, en presencia de dos frailes descalzos, fray Baltasar de Jesús y fray Ambrosio Mariano, que habían acudido a toda prisa de Pastrana para poder auxiliarle con los últimos sacramentos. Así daban término una vida y una carrera por muchos en aquel entonces envidiada. El favorito de la emperatriz y amigo del rey, el mimado de la fortuna, el apuesto caballero admirado por las damas, el genial invitado de prelados y diplomáticos, el bienhechor de frailes y monjas había pasado a mejor vida.

En la hora de su muerte (como luego se comprobó), Ruy Gómez se apareció en una visión a la famosa ermitaña Catalina de Cordona, en su cueva alejada del mundo en las soledades de la Mancha.

[71] Era la novicia cuya manera de cantar en la primera fundación de Salamanca produjo un prolongado arrobamiento en la santa.

Descendía esta interesante mujer, por la rama paterna, de la casa real de Aragón y, por parte de madre, de los príncipes de Salerno. A los ocho años de edad se había dedicado a la vida de santidad después de haber tenido una visión de su padre, que estaba en el purgatorio; había pasado su niñez en Italia y, luego, la habían traído a España y, a su debido tiempo, había sido dama de compañía de la princesa de Éboli. Un día, oyendo misa con las otras damas de la casa de Éboli en Valladolid, oyó predicar al doctor Cazalla, en sazón en que se hallaba en su apogeo, cuando la Inquisición no había llegado tan siquiera a sospechar de él, y ella dejó horrorizadas a sus compañeras al anticiparles que el predicador sería quemado por hereje, pues decía haber visto su cabeza rodeada de llamas. San Pedro de Alcántara la alentó grandemente en su deseo de abandonar el mundo, y otro tanto hizo la madre Teresa, a la que solía escribir cartas en las que se firmaba «la pecadora». Por último, consiguió que el príncipe y la princesa la llevasen con ellos a una de sus propiedades cerca de Alcalá de Henares, de donde, guiada por el ermitaño padre Pina, podría internarse en el desierto cerca de la montaña de la Vera Cruz.

Durante los ocho años siguientes vivió en una cueva, apenas lo suficientemente espaciosa para contenerla. Comía tan sólo hierbas y raíces hasta que un pastor empezó a llevarla algo de comer que ella cocía en las brasas y comía cada tercer día; por bebida tomaba el agua del río Júcar. Terribles, en verdad, eran las mortificaciones que se imponía, incluso comparadas con las austeridades heroicas a que se entregaban los místicos españoles. A creer a la madre Teresa, acostumbraba azotarse con una pesada cadena de hierro dos horas y media cada vez. Una vez, otra mujer ermitaña vio que se quitó el hábito para lavarlo y estaba todo él lleno de manchas de sangre. La gente de aquellos parajes estuvo

durante mucho tiempo creída de que era un hombre, pues se vestía como tal para evitarse toda clase de molestias. El demonio la asaltaba bajo forma de leones, leopardos o de grandes mastines que le lamían los hombros, o en forma de serpientes. Iba a oír misa al monasterio de los mercenarios, una o dos millas de distancia, la que a veces cubría andando de rodillas. Gracián cuenta de un loco escapado, tan forzudo que había logrado romper sus cadenas, que se apareció a medianoche en su cueva y la dijo que le siguiera porque él era Dios Padre e iba a bendecir el río Júcar para que no fuera ya menester hacer agua bendita. Le siguió ella, rogando por él durante toda la noche hasta que, al fin, él cayó agotado del todo a la entrada de la cueva, quedándose profundamente dormido. Ella penetró en su escondrijo y se dio una buena azotaina por el bien del otro. Luego, se levantó él perfectamente sano y así continuó ya todo el resto de su vida.

No era de extrañar que en un país tan imbuido con el amor por todo lo heroico, y especialmente de ese extraordinario egoísmo que es la santidad, se convirtiese su cueva en un lugar de peregrinación. Y empezaron a ir a verla centenares de individuos que la pedían rezase por ellos. De tal suerte, por alguno de sus visitantes oyó hablar de los frailes de Pastrana y relacionándoles con una visión que había tenido de religiosos vestidos de blanco, había ido hasta allá, reconoció el hábito de coro de fray Mariano como el que ella había visto y decidió fundar en el desierto un monasterio de descalzas. En uno de sus viajes a Pastrana, en el mes de mayo del año 1571, Ruy Gómez y el duque de Gandía (hijo del que fue San Francisco de Borja) se alejaron mucho en la propiedad con el objeto de verla. Fray Mariano la llevó a Madrid, en donde vio al nuncio Ornameto, obtuvo permiso del rey Felipe II y del visitador Fernández y pasó algún tiempo con las descalzas de

Toledo, quienes, al igual de Gracián y de otros, pudieron darse cuenta de la fragancia de sus miserables andrajos y de todo cuanto tocaba. Al fin, consiguió realizar su propósito, y se erigió una casa de frailes descalzos que parecían vigilar, con su vida de gran santidad, cerca de la cueva en donde ella moraba. Por su parte, ella llevaba también el mismo hábito, si bien nunca entró en la Orden y continuó llevándolo hasta el día de su muerte, la que aconteció en el año 1577 (*Fundaciones*, cap. XXVIII).

A semejante mujer recurrió el espíritu de Ruy Gámez una vez que se le cayeron los velos del tiempo y de la mortalidad y le dejaron desnudo en busca de la luz eterna. En una de sus oraciones, llenas del más puro altruismo, le vio ella que estaba de pie a su lado, triste, abandonado, olvidado, implorante. Y la dijo que lo único que le había salvado del fuego del infierno eran las limosnas que la había dado. Le atormentaban terribles torturas, y él la imploraba angustiosamente para que le librase de ellas. La pedía consiguiera que los descalzos carmelitas rogasen por él y, sobre todo, que hiciera decir en seguida las doscientas misas que su esposa había prometido se dirían.

La sombra de aquel gran hombre se esfumó en la oscuridad y en la pequeñez del agradecimiento implorado. Catalina empuñó su cadena de hierro y se azotó con ella por la salvación del alma del otro hasta que toda la cueva estuvo salpicada de manchas de sangre.

Cuando el vicario del monasterio, en cuya jurisdicción ella vivía, pasó por allí al día siguiente, fue a visitarla y vio aquellas manchas de sangre, la regañó severamente por el excesivo rigor de sus penitencias, y, al contarle ella la visión que había tenido, anotó el día y la hora. A los tres días llegó un mensajero de Pas-

trana para anunciar la muerte de Ruy Gómez, dar una limosna de cuarenta ducados y hacer los arreglos precisos para las doscientas misas prometidas por la princesa.

Pocos días después, Ruy Gómez se apareció por segunda vez a Catalina para agradecerle el alivio que le había procurado con su flagelación, y sobre todo por las misas ya dichas por él. Si acaso dijo también en cualquiera de sus apariciones algo que fuera capaz de colmar la curiosidad de los historiadores acerca de las torpes insinuaciones que luego se han hecho sobre su envenenamiento, cosa es de la que nunca habló para nada la dama penitente ([72]), la cual murió sin revelar nada que a ello atañese.

Mientras tanto el cuerpo del príncipe descansaba en el féretro en su palacio de Madrid, para ser llorado por los amigos y, tal vez, objeto de complacencia para ciertos enemigos secretos. Apenas se habían cerrado sus ojos cuando la viuda daba un espectáculo de esos que, de haber sido presentados en cualquiera de las comedias de figurón que se representaban en el corral de la calle del Príncipe, habría fracasado por lo exagerada. En medio de un gran torrente de lágrimas, la princesa declaraba que la vida no tenía ya aliciente para ella, que estaba presta a abandonar el mundo y a hacerse carmelita descalza, y que iba a sepultarse en el convento que había fundado en Pastrana, hasta que la misericordia

---

[72] Gracián declara que en otra ocasión anterior hubo ya de salvar le vida de la princesa, y dice: *Quiso Dios que a este tiempo supe yo una cierta cosa en secreto, fue necesario ir a Madrid... y si no fuera, muriera el príncipe Ruy Gómez. que con mi ida se libró su vida*. (*Peregrinación*, página 24.) Y también: *Podría ser que le hubieron dado algún veneno o ponzoña a comer y descubrírseme a mí en secreto de confesión, y estando enfermo de esto, y no sabiendo la causa, errar la cara, mas como la supieron los médicos mudar el ruebarbo en triaca y ansí sanó*. (Ibid., pág. 25.l

de Dios quisiera llevarla consigo. Ni siquiera podía esperar a estar allí para vestirse el hábito de la Reforma; y llegó hasta hacer que el bonachón de fray Mariano se quitase el suyo, en presencia de los restos de su esposo, y se cubrió con él. Por lo visto, no se la ocurrió consultar con la madre Teresa ni con ninguna otra autoridad carmelita acerca de su repentina vocación; tenía que entrar en el convento sin demora de ninguna clase. Y apenas se había enfriado el cadáver de su esposo, se metió en su carroza y ordenó al cochero que la llevase a Pastrana lo más de prisa que pudiera. ¡Era cosa de ver la de lágrimas, la de conmovedores adioses y el estrépito que con todo ello hubo de armar!

Fray Baltasar de Jesús se dio prisa en montar a caballo y salir disparado para avisar a la priora de Pastrana que la princesa iba para allá para entrar en el convento. Llegó allí a las dos de la madrugada y llamó con fuerza a la puerta. Despertándose de su pesado sueño, la madre Isabel de Santo Domingo escuchó con el asombro que era de suponer y exclamó: «¡Cómo la primera monja! ¡Eso sería el fin del convento!»

Por la mañana la magnifica carroza de los Éboli llegó a la puerta y doña Ana de Mendoza descendió de su vehículo llevando al desgaire el hábito de fray Mariano sobre los hombros, y seguida por su madre, que había ido con ella en calidad de acompañante, a más de dos doncellas, junto con varios baúles y bultos que no se había de saber dónde colocarlos. Aquella era una situación completamente nueva con la que las carmelitas se veían en la obligación de enfrentarse. La madre Isabel no sabía en realidad qué decisión tomar. No podía en absoluto negar que el techo que las cobijaba pertenecía a la princesa. Así, pensó que acaso lo

mejor era admitirla e inmediatamente preguntar a la madre Teresa lo que había que hacer.

En cuanto la princesa traspuso los umbrales de aquella casa, desapareció por completo la paz de las monjas. Acaso no sea exagerada la afirmación de La Fuente cuando dice que el primer día experimentó un violento fervor, que al segundo mitigó ya la regla, al tercero la relajó y al cuarto pretendía exigir se la permitiese recibir a sus amistades en el claustro, a pesar de lo que en contrario disponían taxativamente todas las constituciones. Después de las exequias, pues el cadáver del príncipe fue llevado a Pastrana, el obispo de Segorbe y otros amigos de la familia acudieron a dar el consabido pésame. La princesa se enojó tanto por tener que hablarles a través de la reja que la madre Isabel permitió entrasen en el claustro y, para dar facilidades para las posteriores visitas, sin para ello molestar a la comunidad, dio a la madre de su Alteza un alojamiento con puerta directa a la calle, lo que produjo una escena mucho más violenta.

La humildad de doña Ana era tal que, cuando en el refectorio se le dio el asiento próximo al de la priora, se levantó con gran indignación y fue a sentarse al otro extremo, en el sitio inferior, tratando de rodearse de una grandeza solitaria en el último lugar ya que no la era posible adueñarse del primero. Pidió, además, que se admitiera en la Orden a sus dos criadas. Era aquella una exigencia demasiado dura, pero la madre Isabel pasó por ella y se dio los hábitos a las dos sirvientas en el locutorio, y la princesa se colocó entre ambas a fin de compartir sus bendiciones, vistiéndose ella con un hábito mejor para que le sentase más convenientemente. Fray Antonio de Jesús escribió poco después a la duquesa de Alba, diciendo:

«Las nuevas que ay por acá de nuestra novicia la princesa son que está preñada de cinco meses y que se está dentro del monasterio, mandando como priora, y que quiere que las monjas la hablen de rodillas y con gran señorío.».

Pero las cosas no podían continuar de ningún modo por aquel camino. Llegó un día en que la priora sugirió que, si la princesa no podía sujetarse a la regla carmelita, lo mejor sería que abandonase la casa. Entonces la princesa se posesionó de una de las ermitas del huerto, fuera del claustro y cerca de la calle, y vivió algún tiempo, dando diariamente audiencias para las damas y los caballeros de Madrid que iban a visitarla. Sería en extremo interesante saber, para el desarrollo de los acontecimientos posteriores, si Antonio Pérez, el secretario confidente de Felipe II, figuraba en el número de los visitantes.

Pero quien ciertamente la visitó fue la ermitaña Catalina de Cordona, que llegó hasta Pastrana desde su cueva del desierto para decir a su bienhechora de tiempos pasados que mirase bien lo que hacía a aquellas monjas, que no enojase a Dios, porque había estado en los rezos de Maitines con ellas y les había visto entre ángeles que las protegían con espadas desenvainadas. Esto pareció impresionar a doña Ana, pero no lo bastante para devolver al convento la donación de alimentos a que estaba obligada y que suprimió al retirarse a la ermita del huerto. Y dijo a la madre priora que acaso ella ignoraba que la única persona en este mundo a quien había estado sometida era a Ruy Gómez, porque era un caballero y un hidalgo, que no se sometería a nadie más y que ella (la priora) era una loca.

La Madre Teresa se sentía muy intranquila al oír tales cosas, y en enero de 1574 escribió al padre Báñez diciéndole que, aunque

la princesa había vuelto a su propia casa, las monjas seguían allí como cautivas. Y, después que el prior de Atocha y fray Angel de Salazar habían intentado lograr una reconciliación, en lo que hubieron de fracasar (porque la princesa, fingiéndose enferma, se negó a recibirles), pareció que no se debía confiar en que abandonase el convento. El ánimo esforzado de Teresa no se conmovió por todo ello más de lo necesario, pero no tenía sitio a donde poder enviar a las monjas. Lo cual la hizo sentir mayor ansiedad por llegar a cualquier conclusión posible con don Pedro de la Banda, a fin de poder marcharse de Salamanca y dedicarse a la fundación de Segovia. Pero la capacidad de don Pedro para mostrarse hombre desagradable era infinita, a más de lo cual se había producido un retraso en lo del permiso del obispo de Segovia, a pesar de que el padre Fernández había otorgado ya el consentimiento. Al llegar el invierno, La Madre estaba todavía desterrada en Salamanca.

Sin embargo, no había sido tiempo perdido del todo. Por aquel entonces el padre Ripalda, S. J., al que ella había escogido por confesor suyo, leyó su autobiografía con la adjunta relación referente a la fundación de San José de Ávila y quedó por todo ello tan impresionado que la mandó escribiese la relación de todas las demás fundaciones. De tal suerte, se debe a tan famosa jesuita la sugerencia para el nacimiento de una de las obras más meritorias de la santa y de una de las obras narrativas más interesantes de todas las literaturas. También por aquel entonces, y a petición de las monjas de San José de Salamanca, escribió un análisis de la melancolía, que todavía leen hoy con fruto, a pesar de su falta absoluta de pedantería y pretensiones, los especialistas en cosas de neurastenia.

De ella escribió diciendo que era tan sutil que incluso podía fingir la muerte cuando era necesario, por lo que no se la comprende hasta que ha pasado después de curarse. Las víctimas humildes y buenas sólo se hacen daño a sí mismas, pero en otras puede resultar verdaderamente peligrosa. Y añade, hablando de ello:

«Cierto, creo que el demonio en algunas personas te toma por medianero, para si pudiese ganarlas, y si no andan con gran aviso, sí hará. Porque como lo que más este humor hace, es sujetar la razón, ésta escura, ¿qué no harán nuestras pasiones?» Los individuos sin razón son locos pero no parecen serlo los neurasténicos, por lo que son más peligrosos. Como Teresa observaba, es cosa dura tener que vivir como persona racional y tratar como racional al que carece de razón.

En su concepto, la priora debe tratar firmemente a las que comiencen a dar señales de melancolía. Y escribe:

«Torno a decir, como quien ha visto y tratado muchas personas de este mal, que no hay otra remedio para él si no es sujetarlas por todas las vías y maneras que pudieren. Si no bastaren palabras, sean castigos; si no bastaren pequeños, sean grandes; si no bastare un mes de tenerlas encarceladas, sean cuatro, que no pueden hacer mayor bien a sus almas...» En un convento, una melancólica, si no se la cura a tiempo, puede llegar a destruir la disciplina de toda la comunidad, de donde la gran importancia que su curación entraña. Y Teresa prosigue:

«Parece sin justicia que, si no puede más, castiguen a la enferma como a la sana. Luego también lo sería atar a los locos y azotarlos, sino dejarlos matar a todos...» A su juicio, la priora que por piedad es negligente para conducirse firmemente con pacientes

de tal índole, acabará por hacerse ella misma insoportable y desmoralizadora para la comunidad. La Madre da nueva luz sobre ello, diciendo:

«Y verdaderamente creo que muchas veces es, como he dicho, de condiciones libres y poco humildes y mal domadas, y que no les hace tanta fuerza el humor como esto. Digo en algunas, porque he visto que, cuando hay a quien temer, se van a la mano y pueden: pues ¿por qué no podrán por Dios? Yo he miedo que el demonio, debajo de color de este humor, como he dicho, quiera ganar muchas almas.

»Las prioras han menester, sin que las mesmas lo entiendan, llevarlas con mucha piedad, ansí como una verdadera madre, y buscar los medios que pudieren para su remedio.» Advierte Teresa que con esto no se contradice; por ningún motivo debe permitirles la superiora que se salgan con la suya, porque en ello está la raíz del peligro. De todas suertes, no debe dar una orden que barrunte han de desobedecer las otras. Debe conquistárselas por el afecto en cuanto sea posible y tenerlas ocupadas de tal manera que tengan muy escasa oportunidad de dar rienda suelta a su imaginación. Tampoco se las debe permitir pasar mucho tiempo rezando, pues, por lo general, son imaginativas, y su enfermedad consiste precisamente en un desarreglo de la imaginación. Tampoco deben ayunar tan rigurosamente como las demás, y muy rara vez debe dejárselas que coman pescado. Y luego escribe:

«Demasía parece dar tanto aviso para este mal y no para otro nenguno, habiéndoles tan graves en nuestra miserable vida, en especial en la flaqueza de las mujeres. Es por dos cosas: la una, que parece están buenas, porque ellas no quieren conocer tienen este mal; y como no las fuerza a estar en cama, porque no tienen

calentura, ni a llamar médico, es menester lo sea la priora; pues es más perjudicial mal para toda la perfeción que las que están en peligro de la vida en la cama. La otra es que, porque con otras enfermedades, o sanan u se mueren; de ésta por maravilla sanan, ni de ella se mueren, sino vienen a perder del todo el juicio, que es morir para matar a todas. Ellas pasan harta muerte consigo mesmas de aficiones, y imaginaciones y escrúpulos, y así ternán harto gran mérito, aunque ellas siempre las llaman tentaciones; que si acabasen de entender es del mismo mal, ternían gran alivio, si no hicieren caso de ello. Por cierto yo las tengo en gran piedad y ansí es razón todas se la tengan las que están con ellas, mirando qué se le podrá dar el Señor y sobrellevándolas, sin que ellas lo entiendan, como tengo dicho» (*Fundaciones*, cap. VII).

Si don Pedro de la Banda pareció empecinado hasta el fin, en cambio, el padre Medina comenzó a mostrarse más humano, de suerte que La Madre podía escribir en el mes de enero de 1574 al padre Báñez, diciéndole: «Con el padre Medina me va bien. Creo, si le hablase mucho, se allanaría presto. Está tan ocupado, que casi no le veo. Decíame doña María Cosneza que no le quisiese como a vuestra merced.»

Y, aun después de marcharse de Salamanca, siguió teniendo presente la importancia de aplacar al enemigo. Una vez en que la duquesa de Alba la envió una hermosa trucha en Alba de Tormes, la mandó en el acto a la priora de Salamanca con el encargo de hacérsela llegar al padre Medina inmediatamente. Al oír decir en Segovia que no estaba aún del todo ablandado, escribió a la madre María Bautista, de Valladolid, diciéndola que no tuviese cuidado, que ella vería por sí misma lo que había que hacer, aun cuando fuera algo peor, que en verdad le había, en cambio, hecho reír. Ella

agradecería mucho más media palabra tan sólo del padre Domingo (Báñez), ya que el otro no la quería nada, y no le preocupaba que no la quisiera. Y, en realidad, podía ya permitirse el reír de buena gana, pues el padre Medina empezaba al fin a deshelarse. Cierto que no llegaba a sentir calor hasta el punto de llegar a concebir una verdadera amistad, pero era lo bastante honrado para admitir públicamente que había sido injusto con ella en su primera diatriba. Y decía que la había visto y hablado y que sin duda alguna tenía un espíritu divino e iba por el «camino seguro».

Teresa abandonó por fin a Salamanca en el mes de enero o a comienzos de febrero de 1574; al enterarse de que doña Ana de Jimena había alquilado una casa en Segovia, y que su hermano, Andrés de Jimena, había conseguido, por fin, el consentimiento verbal del obispo; a pesar de la fiebre y de otros achaques, se puso en marcha en medio de un invierno de un frío mortal, con los caminos cubiertos de nieve y expuesta a los azotes de un terrible viento helado por aquellos páramos de desolación. En Alba se detuvo dos días en el castillo del duque de tal nombre. Años más tarde se acordaba aún de unas habitaciones de tal sitio y utilizaba el recuerdo para ilustrar un punto espiritual de la manera siguiente:

«Una vez me llevaron a una pieza de éstas en casa de la duquesa de Alba (adonde viniendo de camino, me mandó la obediencia estar, por haberlos importunado esta señora, que me quedé espantada en entrando, considerada de qué podía aprovechar a aquella baraúnda de cosas, y ahora me cay en gracia cómo me ha aprovechado para aquí); y aunque estuve allí un rato, era tanto lo que había de ver, que luego se me olvidó todo de manera, que de ninguna de aquellas piezas me quedó más memoria que si nunca lo hubiera visto, ni sabría decir de qué hechura eran; mas par junto

acuérdase que lo vió.» Algo parecido ocurría, observaba ella —a manera de ilustración—, al estar el alma en unión con *Dios (Moradas*, IV).

Desde el palacio ducal fue a su convento de Alba, en el que tal vez permaneciera varios días o varias semanas, ya que hasta mediados de marzo no se la ve otra vez por los caminos, yendo en este viaje a Segovia, con el decidido propósito de abrir allí un convento el día de su amado San José, 19 de marzo. La acompañaban fray Juan de la Cruz y el padre Julián, Antonio Gaytán y algunas monjas que se le habían juntado en Ávila. Llegados a Segovia el día 18, hicieron los últimos arreglos de la capilla y del claustro, y tomó posesión del edificio el día 19, al alba, diciendo la misa el padre Julián.

Se dijeron, en realidad, dos misas aquella mañana, pues un joven sacerdote, el canónigo Juan Orozco de Covarrubias, sobrino del arzobispo, echó de ver el crucifijo y oyó, asimismo, la campanilla, al pasar por allí camino de una iglesia donde pensaba decir misa. Se detuvo a averiguar qué era aquello y se quedó tan complacido de aquel convento que pidió permiso para decir la misa en él. Y he aquí que mientras en ello estaba la paz de San José de Segovia fue hondamente perturbada por el alboroto que allí promovió el furioso provisor, quien se había enterado del permiso verbal otorgado por el obispo, y cuya comprobación era imposible, toda vez que el obispo se había ausentado de la ciudad. El padre Julián de Ávila ha dejado un fiel relato de tal escena.

Dice en él que cuando, aquella mañana, fueron a decirle al provisor lo que había ocurrido, se convirtió en el hombre más furioso que viera en su vida. ¿Por qué no se le había dicho?... Y, cuando le vio ante el altar, le dijo que más habría valido no haberla

dicho (la misa), y era de creer que, a pesar de la gran devoción por el canónigo mostrada, éste se habría detenido al oír aquello. Luego de lo cual, se puso a averiguar quién lo había hecho todo y quién había instalado el Santísimo Sacramento. Como las monjas estaban ya instaladas, y él, al ver la furia que el otro traía, se escondió en una escalera que había quedado en el portal, se encaró con Juan de la Cruz, que había ido con los otros, y le preguntó quién era el que había instalado todo aquello, ordenándole inmediatamente después que lo quitase todo en el acto, y que lo iba a mandar a la cárcel. Y es de creer que si no lo hizo fue porque el otro era un fraile, pero si hubiera sido el autor seguramente le habría enviado a tal sitio en aquel momento. Y no habría sido nada extraordinario que, habiendo él (el autor) encerrado tantas veces a las monjas, ellas le hubiesen encerrado ahora a él por una vez, si bien habría sido distinta su manera de sentir, puesto que ellas lo hacen por su propia voluntad.

Después de todo, el autor no se escapó de la cárcel, pero hubo de esconderse para evitar el tener que entrar en ella. Tanta prisa tenía el provisor por deshacer todo lo que se había hecho aquella noche de San José que no se aplacó su enojo. Envió un alguacil para impedir que nadie dijera misa, y mandó, por su propia cuenta, a alguien que así lo anunciase y consumiese el Santísimo Sacramento. La Madre y las hermanas debían de preguntarse cómo era posible se frustrase de tal manera el fruto de sus trabajos. El autor fue a la Compañía, en cuanto pudo escapar, para decir lo que había pasado; pero, aunque el rector hizo cuanto le fue posible para hablar en seguida con el provisor, no le causó impresión alguna. El rector se puso a averiguar las personas que habían estado presentes en el momento en que se concedió el permiso verbal, con todo lo cual, y con el alboroto que el asunto

había promovido, se decidió realizar una investigación jurídica acerca de cómo fuera otorgada tal licencia.

«Ya con esto parecía el negocio seguro. Hicimos la información ante el notario con muy abonados testigos, y ansí no pudo el Provisor dejar de dar la licencia para que se dijese misa, pero no la dio para que se tornase a poner el Santísimo Sacramento; y en esto tuvo razón, porque era una casa alquilada, y en el portal; y en esto también venía nuestra Madre, porque ya sabía que para tomar la posesión bastaba decir misa. En esta gran furia que hubo se mostró grandemente el valor que nuestra Santa Madre tenía, que ni la turbaba ni aniquilaba, no desconfiaba, antes hablaba a el provisor con mucha osadía, juntamente con mucho comedimiento, de suerte que se echaba de ver ayudarla el Señor» (21). La Madre no tenía nunca miedo después de una fundación. Y, según ella misma decía, todo su miedo era antes.

Regresó el obispo a su debido tiempo; le explicaron todo los miembros influyentes de la familia Jimena y sus amigos; se mandó quitar de la puerta al alguacil del provisor y se reinstaló el Santísimo Sacramento. Por último, se adquirieron algunas otras casas próximas y se nombró priora a la madre Isabel de Jesús.

Uno de los primeros actos de la madre Teresa, una vez ya establecida la comunidad, fue mandar venir a las monjas de Pastrana, ya que no había esperanza alguna de que la princesa olvidase lo pasado y se mostrase de nuevo dispuesta a mantenerlas. Dos semanas después de dicha la primera misa en Segovia, Teresa envió al padre Julián y a Antonio Gaytán para que, con el mayor sigilo, hicieran los preparativos necesarios para sacar a las monjas del convento y que saliesen de Pastrana sin que se

enterase la princesa, toda vez que semejante poderosa dama era del todo capaz de impedir que partiesen.

Según escribió Teresa, Antonio Gaytán «era un caballero de Alba, y habíale llamado Nuestro Señor, andando muy metido en el mundo, algunos años había. Teníale tan debajo de los pies, que sólo entendía en cómo la hacer más servicio. Porque en las fundaciones de adelante se ha de hacer mención de él, que me ha ayudado mucho y trabajado mucho, he dicho quién es; y si hubiese de decir de sus virtudes, no acabara tan presto. La que más nos hacía al caso es estar tan mortificado que no había criado de los que iban con nosotras que ansí hiciese cuanto era menester. Tenía gran oración, y hale hecho Dios tantas mercedes, que todo lo que a otros sería contradición, le daba contento, y se le hacía fácil, y ansí lo es todo lo que trabaja en estas fundaciones. Que parecía bien que a él y al padre Julián de Ávila los llamaba Dios para esto... Su trato por los caminos era tratar de Dios, y enseñar a los que iban con nosotras, y encontraban, y ansí de todas maneras iban sirviendo a Su Majestad» (*Fundaciones*, cap. XXI).

Los dos emisarios secretos llegaron a Pastrana a fines del mes de marzo o comienzos de abril del año 1574. En unos cuantos días hicieron todos los arreglos necesarios para la proyectada escapada de las contemplativas. Había cinco carros dispuestos en un lugar apartado de la villa. La Madre Isabel tenía ya empaquetados todos los objetos portables, y las monjas estaban listas para partir a medianoche de un día determinado. Hasta el padre Julián tuvo la precaución de consumir el Santísimo Sacramento aquel día en la misa.

Sin embargo, no era cosa tan fácil el hacer que todas esas actividades resultasen por completo ocultas al conocimiento de la

princesa en aquella su villa feudal. Y, a pesar de todas las precauciones tomadas, llegaron a sus oídos los rumores de lo que se tramaba. Y sucedió que, a eso de la medianoche, el corregidor de la villa llegó al convento con la consigna de poner guardias en derredor de él y de aprehender a toda persona que tratase de abandonarlo.

Se entablaron, pues, ciertas negociaciones entre el claustro y el palacio, ya que la princesa había hecho saber, ya por el corregidor, ya por su propio mayordomo, que estaba dispuesta a discutir el asunto. Por su parte, permitiría la salida siempre que se tomase como novicias a las dos criadas que habían entrado en el convento con ella el año anterior. A esto hizo una contraposición la madre Isabel: que tomaría una de las dos jóvenes, la que había mostrado buena disposición para ello, pero de ningún modo a la otra. Aceptó la princesa el compromiso y continuaron los preparativos de partida. Pero, antes de abandonarlo, la priora hizo llamar a un notario y, en su presencia, entregó la custodia al corregidor y todas las joyas que la princesa había dado al convento en días mejores; precaución que, en lo sucesivo, demostró haber sido de suma prudencia.

Eran las dos de la madrugada cuando las monjas, conducidas por su priora y los dos hombres, se deslizaron silenciosamente en medio de la oscuridad, formaron una procesión presidida por una cruz y se dirigieron a donde las estaban esperando los cinco carros, en la parte más distante de un cerro. Así comenzó aquel viaje, que fue harto fatigoso y duró varios días. Cuando llegaron al río Henares los muleros fueron de opinión de que era mejor atravesarlo por un vado que en lancha. Al llegar el primer carro al centro del río se vio detenido por una fuerte corriente, y las dos

mulas no pudieron hacerle salir adelante. Cuanto más tiraban más retrocedían, como escribió luego el padre Julián, o si avanzaban un poco eran en seguida empujadas y caían de rodillas. Se les gritó para que dieran la vuelta y regresaran, pero por más que querían no podían hacerlo. El padre Julián estaba muy afligido y del todo solo, pues no habían quedado más que los carreteros y las monjas. Algunas de aquellas pobres mujeres estuvieron a punto de desmayarse. Los muleros les gritaban a las mulas y las monjas debían haber clamado, asimismo, a Dios. Plugo, por fin, al Señor que, a fuerza de gritar y de tirar, uno de los carros pudiera llegar al lado opuesto. Desengancharon a las mulas y las engancharon a otro carro, una detrás de la otra, para que cada uno pudiese pasar tirado por cuatro mulas. Así se logró salvarse de tal peligro, y adoptando el padre Julián la resolución de que, pasara lo que pasare, no volver a creer nunca más a los carreteros, que por evitarse el tener que desenganchar y volver a enganchar, se negaban a ir con la balsa y se exponían a semejantes peligros.

Y he aquí que, en aquella misma hora, la madre Teresa, en Segovia, a muchas millas de distancia de allí, supo que sus hijas estaban en peligro y dijo a las otras que rezasen por las que venían de Pastrana. Mientras tanto, el padre Julián y su «caballería», como él la llamaba, se las compusieron para llegar a Madrid, en donde la gente se quedaba asombrada mirándoles, creyendo que eran prisioneros de la Santa Inquisición de Toledo, conducidos ante el tribunal. Por fin, llegaron a Segovia el martes o miércoles de Semana Santa y fueron recibidas con sumo contento por La Madre y la nueva comunidad. Con lo que esperaban no tener que oír, en lo sucesivo, nada más de la princesa de Éboli.

Pero esperar aquello era demasiado esperar de una mujer que se había salido siempre con la suya hasta que conoció a la madre Teresa. La princesa envió al obispo de Segorbe a Segovia para que, si no admitía a la otra criada, las acusaría por el robo de las joyas que les había dado. Por fortuna que la madre Isabel había tenido la buena idea de llamar al notario la noche de la huida. La Madre dijo al distinguido visitante que se viera para ello con el corregidor de Pastrana, y es de suponer el mal humor con que se marcharía.

Es posible que Teresa aceptase luego a la segunda criada, al ver que estaba en mejores condiciones de lo que esperaba. Por lo que a la princesa respecta, a pesar de todos los trastornos y la inquietud que por su causa había experimentado, nunca mostró hacia ello otro sentimiento que el de una comprensiva conmiseración. En cuanto a lo demás, escribió: «En lo que toca a las monjas, estuvo el monesterio allí de ellas en mucha gracia de estos señores, y con gran cuidado de la princesa en regalarlas y cuidarlas bien, hasta que murió el príncipe Ruy Gómez, que el demonio, o por ventura que el Señor lo premitió. Su Majestad sabe por qué, con la acelerada pasión de su muerte, entró la princesa allí monja. Con la pena que tenía, no la podía caer en mucho gusto las cosas a que no estaba usada de encerramiento, y por el santo Concilio [de Trento], la priora no podía dar las libertades que quería. Vinose a desgustar con ella y con todas de tal manera, que como después que dejó el hábito, estando ya en su casa, le daban enojos, y las pobres monjas andaban con tanta inquietud, que yo procuré con cuantas vías pude, suplicándolo a los prelados que quitasen de allí el monesterio, fundándose uno en Segovia, como adelante se dirá, adonde se pasaron, dejando cuanto les había dado la princesa, y llevando consigo algunas monjas que ella había

mandado tomar sin nenguna cosa. Las camas y cosillas que las mesmas monjas habían traído llevaron consigo, dejando bien lastimados a los del lugar. Yo con el mayor contento del mundo, de verlas en quietud; porque estaba muy bien informada que ellas ninguna culpa habían tenido en el desgusto de la Princesa, antes lo que estuvo con hábito la servían como antes que le tuviese. Sólo en lo que tengo dicho fue la ocasión, y la mesma pena que esta señora tenía, y una criada que llevó consigo, que, a lo que se entiende, tuvo toda la culpa. En fin, el Señor se lo premitió; debía ver que no convenía allí aquel monesterio, que sus juicios son grandes y contra todos nuestros entendimientos. Yo por solo el mismo no me atrevería, sino por el parecer de las personas de letras y santidad» (*Fundaciones*, cap. XVII).

Tal fundación había producido, cuando menos, un buen efecto: el de haber aumentado enormemente el prestigio, ya grande, de la Reforma Carmelita en Madrid. En la capital hubo de referirse todo cuanto había ocurrido, con bastante exageración, como es de suponer. Y para aquellos cortesanos de Felipe II, incluso tal vez para él mismo, y para él más que para ningún otro, resultó cosa increíble que, por fin, la invencible princesa de Éboli se hubiera encontrado con la horma de su zapato en aquella humilde mujer, vestida con sayal de estameña, a la que se conocía con el nombre de Teresa de Jesús.

# CAPÍTULO XXVII

## UN SUEÑO QUE SE CONVIERTE EN REALIDAD EN BEAS. — PRIMER ENCUENTRO CON GRACIÁN

En el mes de junio escribió Teresa a don Teutonio de Braganza, descendiente de los reyes portugueses, estudiante en Salamanca, una carta en que, entre otras cosas, decía: «Yo tengo ahora alguna salud, para como he estado; que a saberme tan bien como Vuestra Señoría, no tuviera en nada sus penas» (*Epistolario*). Aquella salida era, tal vez, buena para un joven destinado a ser, después, obispo de Évora; pero un mes más tarde, tan sólo, veía ya obligada La Madre a escribir a una sobrina suya diciendo que estaba «tan vieja y cansada que te espantaría el verme». Contaba ya Teresa sesenta años de edad; y aquella prolongada estancia en Segovia —pues estuviera allí toda la primavera y el verano de 1574 — la resultó como una temporada de descanso y calma. Mientras tanto mantuvo una correspondencia ininterrumpida con amigos, parientes, frailes y monjas de la Reforma; predijo acontecimientos futuros, como la elevación de don Teutonio y del canónigo Covarrubias al episcopado, cuando dijo a uno de ellos que Dios hacía a todos sus amigos obispos y arzobispos, y así hacía con él; vio cómo morían personas que se hallaban a una gran distancia de donde ella, como tuvo ocasión de ver la muerte de fray Pedro, del padre Gutiérrez y del papa Pío V, y, además, recibió grandes mercedes en la oración. A esta época pertenece también aquella su ubicuidad relatada por las monjas.

En Salamanca había dejado enferma a la hermana Isabel de los Angeles. Después de haber estado postrada en cama ocho meses, la pobre mujer no sólo estaba consumida de dolor, sino atormentada por escrúpulos y otras agonías de la mente y del espíritu. En la fiesta de San Bernabé, el día 11 de junio de 1547, al ir las monjas a la misa, se sintió más débil que nunca. Y, sin embargo, al volver a la enfermería, la encontraron cambiada del todo, pues se sentía alegre, feliz y libre por completo de toda inquietud. Al preguntársele cómo había aquello acaecido, les contó que, mientras las otras estaban en la capilla, Teresa había ido a la cabecera de su cama, bendiciéndola poniéndole las manos en la cara y diciéndola que no fuese tonta de sentir tales miedos, porque era grande la gloria que Dios la tenía preparada; que la creyera, porque aquel mismo día gozaría de ella.

La monja permaneció de tal manera hasta la hora de Maitines, cuando las hermanas, salvo dos o tres que se quedaron con ella, fueron al coro a darse la disciplina reglamentaria, pues era viernes. Al primer golpe, todas ellas pensaron en la monja enferma al mismo tiempo, dirigiéndose apresuradamente, movidas por el mismo impulso, a su celda, y comenzaron a rezar el Credo, como hacían siempre con las moribundas. Al decir las otras la última palabra de la oración expiró, y su cuerpo y su rostro permanecieron embellecidos y luminosos.

Como es natural, las monjas de Salamanca sentían gran curiosidad por saber lo que había estado haciendo la madre Teresa en el momento en que la hermana moribunda creyó haberla visto, y escribieron a Segovia haciendo las averiguaciones del caso. Y no las sorprendió, probablemente, gran cosa, el saber que aquel día, después de la comunión, había tenido un éxtasis tan profundo que

parecía una muerta. Y cuando, luego, se le preguntaba acerca de ello, se mostraba muy confusa y las decía riendo que se retirasen, que no inventasen tales cosas tan extrañas. Pero después no pudo por menos de confesar a la madre Ana de Jesús, que era una muy íntima amiga suya, que había ido en espíritu a Salamanca para consolar a la hermana enferma en sus últimos momentos. Reconoció que le había hablado de la gloria que le estaba a la otra reservada, porque Su Majestad se la había mostrado a ella ([73]).

El día 7 de agosto de aquel año vid a San Alberto, cuya fiesta era tal día, en compañía de Cristo. Una vez que el Señor desapareció, el santo la dijo muchas cosas acerca de la Orden y la previno que, para que la Reforma prosperase, era preciso que los frailes y las monjas descalzos fuesen separados de los calzados, con prelados exclusivamente suyos. Lo cual tenía que ser, con el tiempo, uno de los puntos fundamentales de la cuestión. El pequeño grupo que Teresa había reunido, hacía unos diez años, se había virtualmente convertido en una nueva Orden de extraordinarias proporciones. Había ya fundado conventos en Ávila, Medina, Malagón, Valladolid, Toledo, Salamanca, Alba de Tormes y Segovia. Tenía ya monasterios de frailes en Mancera, Pastrana, Alcalá, Altomira, La Roda y Granada, todos los cuales llevaban una vida tan santa, de acuerdo con la primitiva regla, que su fama se había

[73] Aceptando el caso como hecho probado, hace notar Yepes que a los historiadores incumbe el dar constancia de tales cuestiones, y que compete a los teólogos el explicarlo. De tal suerte, sugiere que el cuerpo de la santa, gracias al poder divino, pudo haber estado en los dos sitios, o sólo realmente en uno, mientras que en el otro su apariencia era suplida por un ángel o por otros medios. Cree él que Teresa fue a Salamanca en persona para consolar a la monja enferma y que Nuestro Señor, deseoso de que se la viera en Segovia. suplió allí su presencia por "medios materiales o sobrenaturales".

extendido ya por toda la península, suscitando la admiración en algunos y la envidia en otros. ¿Era acaso posible no ver el verdadero espíritu de Dios en las predicaciones de hombres como Juan de la Cruz, andando con los pies desnudos por las calles heladas de Alcalá para predicar a los ricos y administrar los sacramentos a los pobres? ¿Acaso no recordaban sobradamente el primitivo fervor cristiano las vidas de aquellos frailes de Pastrana que, para tomar su frugal comida —consistente en coles, guisantes secos y remolachas— se sentaban en el suelo, que se turnaban en la adoración perpetuamente, a fin de que ésta no cesara ni de día ni de noche, y que tejían lino ([74]) durante sus momentos de recreo para poder mantenerse en sus pobres necesidades? Las almas contemplativas de todas las clases sociales acababan por sentir la irresistible atracción de tal grupo y se le unían. Teresa conocía las condiciones y cualidades de cada uno de sus novicios; y nada la complacía tanto como el ver que un hombre instruido solicitaba su admisión entre ellos. Al enterarse del ingreso de Juan de Jesús (Roca), bachiller en teología, procedente de Cataluña, exclamó: «¡Ya tenemos un hombre en casa!» Y aunque, a pesar de todo, acabó por resultar una decepción, dado que era demasiado severo y carecía de criterio, ella continuó en la búsqueda de otros con títulos académicos para que prosiguieran los trabajos por ella emprendidos; y cuando fray Angelus de San Gabriel se dio a un celo excesivo por la penitencia, que para ciertas almas podía representar una tentación por algo parecido al Iluminismo, ella contaba con su *Senequita* u otro apóstol de la moderación y la nor-

[74] Más tarde, en Sevilla, y en Lisboa, los frailes hacían aparejo para los galeones del rey. Muchas las cuerdas de los grandes galeones de la Armada fueron probablemente hechas por algunos de loa frailes de Santa Teresa.

malidad —por lo general algún hombre *letrado* que pudiera deshacer el entuerto por el otro producido.

El prestigio de la Reforma era ya tal que se le ofrecían más casas de las que le era posible aceptar. Se le habían prometido fundaciones para Zamora, Madrid y Portugal; pero todas las rechazó, o pospuso, para realizar la que para ella constituía algo que, con el tiempo, había de costarle harto caro: una propuesta de Beas de Segura, pequeña localidad en la linde de Andalucía; propuesta que la interesó porque provenía de una mujer que tenía un corazón como el de ella.

Doña Catalina Godínez y su joven hermana, María de Sandoval, eran hijas de un rico aristócrata y tenían grandes propiedades en Sierra Morena. Catalina se había preparado para realizar un gran matrimonio y había escuchado muchos ofrecimientos, pero los había desdeñado todos, cuando, a los catorce años de edad, leyó casualmente en un crucifijo las palabras: «Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos», e inmediatamente tuvo un éxtasis, del que salió con un ardiente deseo de compartir Sus sufrimientos y un gran desprecio de su orgullosa y mimada persona y de todos los bienes materiales del mundo. Hizo voto de pobreza y castidad y comenzó a llevar un hábito como el de las monjas. Para volverse casi negra, fea y nada deseable, se ponía al sol en el patio con la cara mojada. Oraba durante la noche y luego besaba los pies de los criados de su padre, mientras estaban dormidos. Durante toda una cuaresma llevó en penitencia una cota de malla sobre la piel.

A los cuatro años de tal vida enfermó de hidropesía y del corazón, y tuvo un cáncer en el pecho, que le quitaron mediante una operación quirúrgica. Tales enfermedades que sufrió durante diecisiete años, no la impedían enseñar a las niñas a trabajar y a

leer. En ello la ayudaba su hermana y, después de la muerte de sus padres, decidieron emplear toda su fortuna en fundar un convento en Beas. Precisaba para ello el permiso del rey porque el pueblo de Beas pertenecía a los caballeros de Santiago; y Catalina pasó inútilmente cuatro años en tratar de obtenerlo.

Cuando comenzó a sostener correspondencia con la Madre Teresa, estaba siempre postrada en el lecho, víctima de la complicación de varias enfermedades. De ella escribió luego Teresa:

«En este tiempo tenía calentura contina, ocho años había estado ética y tísica, hidrópica, con un fuego en el hígado que se abrasaba; de suerte, que aun sobre la ropa era un fuego de suerte, que se sentía y le quemaba la camisa, cosa que parece no creedera, y yo mesma me informé del médico de estas enfermedades y a la sazón tenía que estar harto espantada. Tenía también gota artérica y ceática.» Por último, prometió que si el Señor la curaba en el espacio de un mes, ello le haría comprender que lo considerada como señal de que debía persistir en su idea del convento. Y, como por milagro, recobró completamente la salud.

Durante todos aquellos años de su enfermedad había cultivado el recuerdo de un sueño que tuviera por el año 1553, de caminar por una estrecha senda hacia un precipicio y encontrarse al borde de él con un fraile descalzo que la dijera: «Hermana, ven conmigo»; y la condujese sana y salva a una casa en donde viera a muchas monjas que llevaban en las manos velas encendidas. Cuando preguntó a qué orden pertenecían, levantaron todas ellas sus velos y le sonrieron, mas no la contestaron, mientras que la priora, tomándola por la mano y diciéndola: «Hija mía, te necesito

aquí», la mostró las constituciones y las reglas de la comunidad; en llegando a lo cual se despertó.

Un día en que se encontraba en Beas el padre Bartolomé Bustamante, S. J., conocido teólogo y humanista, le habló ella de su ambición y del sueño que había tenido. Daba la casualidad de que tal padre era buen amigo de la familia de La Cerda en Toledo, por la que conocía la obra de la Madre Teresa de Jesús; y el cual le dijo que aquellas monjas que había visto en su sueño eran monjas carmelitas.

Catalina consiguió la dirección de la Madre Teresa y la envió un mensajero ofreciéndola fundar para ella, en Beas, un convento de la Reforma. Teresa, que a la sazón se encontraba en Salamanca, no pareció impresionarse gran cosa por ello. Beas estaba demasiado lejos y ella sabía de sobra que el padre Fernández se mostraba opuesto a que siguiera haciendo fundaciones. Sin embargo, ella le hizo conocer el ofrecimiento y se quedó grandemente asombrada cuando él la contestó que prometiese la fundación en cuanto pudiera conseguir el permiso del Consejo de las Ordenes, cosa tan improbable, según él dijo, que no debía pensar en ir a Beas; no obstante lo cual, no quería frustrarle la ilusión que sobre ello tenía a aquella mujer que se mostraba tan piadosa.

Durante la cuaresma del año 1574, Catalina Godinez fue a Madrid y reprodujo su petición. Cuando Felipe II se enteró de que tal convento sería de carmelitas descalzas, mandó que se le extendiera en seguida la autorización. La Madre se quedó verdaderamente asombrada por ello, lo mismo que el padre Fernández; y como éste hubiese dado ya su consentimiento, no lo retiró después.

El día 11 de septiembre de tal año, La Madre escribió a María Bautista lo siguiente: «Heme al fin de este mes, y aun estoy en miedo que no las he de dejar en su casa; porque se concertó en el Cabildo darles luego seiscientos ducados, y tenemos censo de una hermana buena que vale seiscientos y treinta. Ni sobre ello, ni quien le tome, ni prestado, no hallamos nada. Encomiéndelo a Dios, que me holgaría mucho dejarlas en su casa. Si la señora doña María hubiera dado los dineros, muy bien les estaba tomarles, que está muy siguro y bueno. Avíseme si esto se pudiese hacer, u si sabe quién le torne, u quien nos preste sobre buenas prendas, que valen más de mil; y encomiéndeme a Dios, pues he de ir tan largo camino, y en invierno...»

«Si tiene por allá quien me preste algunos reales, no los quiero dados, sino mientras me pagan de los que mi hermano me dio, que ya dicen están cobrados; porque no llevo blanca, y para ir a la Encarnación, no se sufre, y aquí no hay ahora disposición, como se ha de acomodar la casa; poco u mucho me los procure.» (*Epistolario*).

Hacia final del mes escribió otra carta confidencial a María Bautista, en la que le incluía un mensaje para el padre Medina, en la que decía que no quería ofenderle, que creyese ella que perseguía sus propios fines y que había visto la ventaja que en ello iba, por lo cual no debía dejar de enviar la carta, y no le hiciera caso aunque él no se mostrase muy afable, ya que no había razón para que lo fuese, ni importaba tampoco lo que acerca de ella pudiera él decir. Y la preguntaba por qué no se lo decía a ella.

María Bautista tenía la creencia de que Beas estaba en Andalucía, adonde no llegaba la jurisdicción de Rubeo para otorgar licencias de fundaciones, cosa que desagradó profundamente a

Teresa, que se había ya forjado la ilusión de seguir adelante. Por ello le escribió: «Dios le pague los consejos. Lo borrado creo entendí. Sepa que no es Beas en el Andalucía, sino cinco leguas más acá, que ya no puedo fundar en el Andalucía. Lleva para priora a Ana de Jesús, que es una que tomamos en San Josef, de Plasencia, y ha estado y está en Salamanca.»

La venerable Ana de Jesús (Lobera) era una de las más heroicas y más admirables mujeres que habían seguido a La Madre en la Reforma. Nacida sordomuda en el año 1545, había sido milagrosamente curada por Nuestra Señora, y en aquel entonces, a la edad de veintinueve años, era notable por su hermosura, su inteligencia, su santidad, su buen humor y la «gran manera» con que andaba, hablaba y lo hacía todo.

La Madre queda con verdadero afecto a aquella alta y blanca monja de manos tan preciosas y cuyo rostro se arrebolaba con tan suave color por la emoción o la contrariedad; y a la que solía llamar su hija y su corona. En Salamanca había compartido la celda con ella y le placía contemplarla mientras dormía y hacer la señal de la cruz sobre su cándida frente. El padre Domingo Báñez consideraba a Ana igual a la Madre Teresa en santidad, y de más habilidad ([75]).

El día último de septiembre del año 1574, La Madre y otras dos monjas se despidieron de Segovia y su altivo alcázar, en donde Isabel la Católica, montada en su blanco caballo, arrostrara una vez la multitud enfurecida. En el convento de Santa Cruz, donde se detuvieron en el último momento para confesarse y oír misa, vio a Santo Domingo, en la capilla a él dedicada, y le oyó prometerla que la ayudaría en todas sus empresas, después de lo

[75] Después de la muerte de Santa Teresa, la venerable Ana de Jesús fundó los primeros conventos de descalzas en Francia y Bélgica.

cual se quedó más de una hora de rodillas ante el altar, en pleno éxtasis. A la hora de comulgar volvió a verle de nuevo a su izquierda, estando a su derecha Cristo, que la dijo que se alegrase con él (Santo Domingo), y en seguida desapareció. Preguntó ella al santo por qué aparecía siempre a la izquierda, a lo que él contestó: «Porque la mano derecha es para mi Señor.»

Había Teresa de encontrarse en Ávila para el 6 de octubre, día de la elección, en la Encarnación. Y constituía un verdadero gran tributo para su actuación en él que aquellas monjas que tanto se habían opuesto a ella tres años antes, quisieran entonces casi unánimemente volver a elegirla. A pesar de lo cual, el Provincial no lo consentiría, de lo que Teresa habría de alegrarse, ya que ello la permitiría abandonar aquel cargo que jamás ambicionara y volver, previo permiso de él, a su propio convento de San José, en el que a mediados de octubre se la recibió con la alegría que es de suponer y en donde inmediatamente la eligieron priora.

Antes de continuar en su viaje a Beas, quiso inspeccionar algunos otros conventos y, sobre todo, encontrarse en uno de Valladolid el día 13 de febrero para la fecha de profesión de su novicia favorita doña Casilda de Padilla, una muchacha de catorce años, para cuyo ingreso había sido preciso obtener una dispensa especial del Papa. Era la tal muchacha la hija tercera de una acaudalada viuda, doña María de Acuña, cuyo hermano, don Antonio de Padilla, había ingresado en la Compañía de Jesús a la edad de diecisiete años por consejo del confesor de su madre, el padre Ripalda, y, al hacerlo, había renunciado a su fortuna a favor de su hermana Luisa. Y ésta, a su vez, disgustada del mundo, cedió toda su fortuna, que así era muy cuantiosa, a su pequeña hermana

Casilda ([76]), cuya madre concibió con todo ello la idea de casarla (previa la necesaria dispensa, desde luego) con uno de sus tíos. La muchacha quería mucho al hermano de su padre, pero amaba mucho más a Dios, y así acabó huyendo de su casa para ingresar en el convento de las descalzas de Valladolid. Su madre tuvo que enviar en su persecución a los agentes de la justicia para que la hiciesen volver, porque no contaba todavía doce años de edad en aquel momento.

A los pocos meses volvió a escaparse al monasterio, al parecer aconsejada por el padre Ripalda y con la aprobación del padre Domingo Báñez, y en tal ocasión las monjas la dieron ya el hábito. Su profesión en el mes de enero del año 1575 constituyó un acontecimiento de suma importancia para el convento y, a juzgar por el extraordinario interés mostrado en sus cartas, para la Madre Teresa. La fortuna toda de Casilda, que ella renunció totalmente a favor del convento a condición de permanecer en él, libraría a las monjas de su incertidumbre y era muy probable que hiciese mucho bien en los años que habían de sucederse. Además, el ejemplo ofrecido por una muchacha cuyo padre había sido presidente de Castilla, tenía que dar alientos a las posibles vocaciones religiosas de las ricas y poderosas. La Madre no se preocupaba de tener especialmente a personas de tal clase, pero era lo bastante práctica y tenía harta experiencia como para comprender que incluso los edificios más sanos de este mundo se han de pagar con dinero contante y sonante.

En el monasterio construido con el dinero del libertino don Bernardino de Mendoza pudieron existir muchas vidas heroicas.

[76] Santa Teresa dedicó todo el capítulo XI y parte del X, en sus *Fundaciones*, a la historia de Casilda.

Habla Teresa de otra monja extraordinaria, Beatriz Oñez de la Encarnación, parienta de la familia Padilla. Poco después de profesada en el convento de Valladolid el año 1570, se enteró de que varios herejes iban a ser quemados en la ciudad y que algunos de ellos pensaban morir sin reconciliarse antes con la Iglesia. La sola idea de que pudieran por ello ir al infierno la produjo tal angustia que pidió por sus almas a Dios prometiendo, en cambio, aceptar cualquier dolor o tormento que le quisiera imponer para el resto de su vida. Con gran sorpresa para todos, los condenados se arrepintieron en el patíbulo y se reconciliaron con Dios y con la Iglesia antes de morir. Aquella misma noche la hermana Beatriz cayó enferma con fiebre, por un absceso interno, muy malo y doloroso, que la aquejaba. Tenía otro en la garganta, que la impedía el tragar. En vez de quejarse por todo ello, rogaba a sus compañeras pidiesen a Dios que la enviase más padecimientos. Las otras monjas iban con frecuencia a verla a su celda para adquirir valor al ver su paciencia y su contento en la aflicción. Después de tres años de inconcebibles dolores y penalidades murió en el mes de mayo del año 1573. Su cuerpo continuó siendo angelicalmente hermoso después de muerta, y exhalando suave fragancia (*Fundaciones*, cap. XII).

Después de haber presenciado, con el afecto maternal y el orgullo que es de suponer, la profesión de Casilda, Teresa marchó, por fin, para llevar a cabo la fundación de Beas. En el camino se le unieron Ana de Jesús, el padre Julián de Ávila y Antonio Gaytán, en Ávila, mientras que la hermana Isabel de San Jerónimo fue desde Segovia, e Isabel de San Francisco, con otras cinco monjas de Malagón, completaron el grupo en Toledo. La expedición se había hecho mucho más grande de lo pensado cuando emprendió

la marcha desde la ciudad imperial en el mes de febrero de 1575, para la última y más larga etapa del viaje.

El camino quedaba entre Daimiel y Manzanares, en su mayor parte por la antigua calzada que los viajeros de Castilla para Granada venían siguiendo desde la época de los romanos. No tardaron en hallarse en la tierra de Don Quijote, teniendo a ambos lados la desolada, ventosa e inmensa llanura de la Mancha. Durante la estación seca los caminos eran harto polvorientos y, en tiempo de lluvias, llenos de baches y montones de barro. La Madre y sus acompañantes viajaban en toscos carros, bien cubiertos para protegerlas contra el sol y contra las miradas de los innumerables estudiantes, mercaderes, mendigos, buhoneros y agentes de la Santa Inquisición o de la Santa Hermandad, así como de los soldados, frailes y toda clase de viajeros que iban por aquellos caminos en tal época, cabalgando en mula los unos, muchos a pie. Aquellos mismos caminos habían visto ochenta años antes a Cristóbal Colón andando encima del polvo o a lomo de mula dirigiéndose a la cita que el destino le tenía reservada con la gloria, en la Alhambra.

Hay varias tradiciones, no del todo comprobadas, acerca de las paradas de Teresa en algunos pueblos de la Mancha..., acerca de lo de haberse sacudido de sus sandalias el polvo de la villa de Manzanares de la manera más insólita en ella; de haber asombrado a una cocinera por comer perdices con la ingeniosa observación, muy de ella, de que «las penitencias son penitencias y las perdices son perdices»; de haber dado un rosario a una mujer que le vendiera dos huevos. A la última parte del viaje pertenece el relato verdaderamente histórico hecho por la hermana Ana de Jesús. Ni en las rocosas estribaciones de Sierra Morena, pobladas

de pinos, y en donde el caballero de la Triste Figura no iba a tardar mucho en encontrar al Desgraciado caballero de la Peña, en la fantasía inmortal de Cervantes, dejaron de celebrar la misa diaria, y cada vez que cruzaban un burgo cualquiera con iglesia, Teresa iba a postrarse en ella para repetir, como siempre, que era una gran bendición el encontrar allí a la Persona del Hijo de Dios, y compadecer a los desventurados que Le apartaban de ellos.

El último día, en la cumbre de la montaña, perdieron el camino y ninguno de los muleros fue capaz de encontrarlo. Mandó La Madre a las ocho monjas que rezasen a Dios y a su padre San José. Y cuando se disponían ya a continuar viaje, divisaron en un despeñadero a un hombre que por la voz parecía un viejo, y que les gritaba se detuvieran, que se matarían si seguían adelante. Entonces vieron que estaban al borde mismo de un precipicio.

En respuesta a las voces de sacerdotes y seglares que le preguntaban qué camino tomar, señaló a una estrecha senda por la cual pudieron bajar del otro lado y, según la madre Ana de Jesús, las mulas no parecían que corrían, sino que volaban.

Teresa dijo que aquel hombre era su padre San José y que ya no necesitaba volver a encontrarle.

El día 16 de febrero, miércoles de Ceniza, llegaron a la vista de una aldea que reposaba en el centro de un hermoso valle rodeado de montañas y hermoseado por fragantes huertos y campos verdes y amarillos, recostado en ambas orillas del río Guadalimar, cuyos regalos y acequias se extendían bajo el sol que brillaba en un cielo sin fin de azul impecable. Mientras los viajeros contemplaban absortos la belleza del lugar, les salió al encuentro un alegre cortejo formado por todas las personas del lugar, de alta y de baja condición. Todas las otras fundaciones habían tenido que

hacerse como a hurtadillas con la protección de la oscuridad de la noche. Ésta, en cambio, resultó un verdadero triunfo a la plena luz del sol, en medio de la general algazara y la alegre música del país, formando un cortejo que, con sus más ricas vestiduras sagradas, presidía el clero del lugar con la cruz en alto y en el que tomaron parte los caballeros, vestidos con sus pintorescos trajes, y las carmelitas con sus hábitos blancos, al encaminarse a la casa de las hermanas Godínez.

Cuando Catalina vio a La Madre y a las hermanas, las reconoció en el acto como las había visto en sueños hacía veintidós años, y unos días más tarde, cuando llegó fray Juan de la Miseria, declaró que aquel era precisamente el fraile que las había evitado caer en el precipicio. Establecido ya el convento de San José, el día 24 de febrero de 1575, fiesta de San Matías, tomaron las dos hermanas el hábito. En lo sucesivo, fueron las dos muy buenas monjas. La salud de Catalina, a pesar de todos los padecimientos que la aquejaban, fue lo bastante sólida para poder resistir los rigores de la regla primitiva.

Se había propuesto Teresa seguir pocos días después camino de Caravaca, en Murcia, y había llevado consigo algunas monjas con la idea de instalarlas allí; pero, no habiéndole llegado el permiso del Consejo de las órdenes, se vio en la necesidad de permanecer en donde estaba, mientras el padre Julián y Antonio Gaytán iban a Caravaca para hacer los arreglos preliminares. El día primero de abril continuaba todavía en Beas. Y allí fue en donde, dos días después, se encontró por vez primera con el padre Jerónimo de la Madre de Dios (Gracián).

Poco después de haber enviado a Teresa aquel famoso desafío, del que ya se ha hecho mención, se le confirió una

grandeza que en modo alguno esperaba, a ese joven polaco-español que había profesado como fraile descalzo en Pastrana en julio de 1573. La cosa fue que, cuando los frailes calzados del sur de España se opusieron a la Reforma del padre general Rubeo, el papa Pío V nombró como visitadores apostólicos a dos frailes dominicos: a Fernández para Castilla, como ya se ha dicho, y a Vargas para Andalucía. De los dos, indudablemente era el padre Vargas el que se enfrentaba con un problema mucho más arduo. El día 15 de marzo de 1574 escribió a Felipe II acerca de la necesidad de reformar a los carmelitas del sur del país, sugiriendo que lo hiciesen los frailes descalzos de Pastrana, especialmente Gracián y Mariano, quienes con su vida y su doctrina habían grandemente edificado a tal ciudad, si bien no dejaran de sufrir la persecución de los frailes calzados. El rey accedió a ello, y Vargas escribió al prior de Pastrana, fray Baltasar de Jesús (Nieto), invitándole a que fuese a Andalucía. Lo cual era un completo error, ya que fray Baltasar se había marchado de Andalucía con una reputación deplorable dentro de su misma Orden como fraile pendenciero y contumaz ([77]), y no era de suponer que lo recibiesen con palmas en calidad de reformador. Ni tampoco era presumible que su provincial, fray Angel de Salazar, le permitiese ir, especialmente en aquel entonces, cuando estaba disgustado con la Madre Teresa. El príncipe Ruy Gómez, hábil siempre en componendas políticas, fue quien lo consiguió por él solo pretexto de que quería que el fraile interviniera para un asunto personal suyo. Fue a Granada fray Baltasar, vivió en la Alhambra como huésped del conde de Tendilla y fundó en la ciudad un monasterio de frailes descalzos. Causó una

[77] Sus dos hermanos, Gaspar y Melchor, fueron asimismo carmelitas descalzos. Uno de ellos fue sentenciado a galeras por Rubeo. Baltasar le ayudó a escapar.

excelente impresión en el visitador Vargas, el cual le confirió los poderes apostólicos que poseía; pero luego, al comprobar su ineficacia, escribió una carta a su amigo, fray Ambrosio Mariano, diciéndole que fuera a Andalucía y llevase consigo a algún otro fraile descalzo.

Escribió Mariano a fray Angel de Salazar pidiendo el permiso. El impulsivo Mariano no fue muy inocente, pues hubo de decir al provincial que necesitaba ir para ver ciertos libros y negocios de sus propiedades que había dejado pendientes antes de tomar los hábitos. No dijo tampoco en quién pensaba cuando pidió permiso para llevar consigo a otro fraile, lo que sugería que tal vez pudiese tener razón al creer que el padre provincial no aprobase al entusiasta y joven padre Gracián. De todas suertes, el caso es que recibió el oportuno permiso y, poco después de la muerte del príncipe Ruy Gómez, Mariano y Gracián partieron rumbo al Sur.

Al volver a Pastrana, el padre Baltasar delegó en Gracián los poderes apostólicos que había recibido de Vargas, bien contra la voluntad del agraciado, que por lo pronto rehusó aceptarlos, pero accedió a los argumentos de Mariano. De acuerdo con los términos de su delegación, firmada el día 4 de agosto de 1574, Gracián quedaba a las órdenes de su superior, fray Baltasar, para «visitar y reformar» todos los conventos carmelitas de Andalucía y hacer que se conformasen a su regla. Él y Mariano fueron a Toledo para ver a fray Antonio de Jesús, que era a la sazón prior de un convento de frailes calzados en tal ciudad. El día 7 de marzo de 1575 fundaron un monasterio de frailes descalzos en Almodóvar del Campo, en donde Mariano, contra su gusto, pero ante la insistencia del padre Rubeo, se ordenó de sacerdote. En La Peñuela visita a Juan de la Cruz, y de allí fueron a Granada. Era indudable que Gracián

produjo una excelente impresión sobre el padre Vargas, como la producía en la mayor parte de la gente, pues él mismo ha dejado escrito que el visitador no sólo le dio el permiso, sino que incluso le entregó el Breve mismo y le colocó en lugar de él como visitador apostólico, encontrándose, cuando sólo contaba veintiocho años y no hacía más que medio que había profesado, convertido en prelado de los carmelitas calzados de Andalucía, en oposición al general y protector de toda la Orden de los frailes calzados, ya que tal provincia de Andalucía era la más rebelde de cuantas tenían (*Peregrinación*, diálogo I).

En el entretanto se enteró fray Angel de Salazar del engaño de que se le había hecho víctima y ordenó a Gracián y a Mariano que regresasen a Pastrana. Pero, haciéndose fuertes con la autoridad de Vargas, lo que hicieron fue dirigirse a Sevilla. Allí, Gracián le mostró al padre Agustín Suárez, provincial calzado de Andalucía, la patente que le confería el gobierno de los frailes descalzos, pero no le mostró la que tenía también para los calzados, por la que era superior del provincial; e incluso trató de ganarse más su favor prometiéndole restaurar a la Orden mitigada el monasterio de San Juan del Puerto, que era un convento al que habían ido algunos frailes después de abrazar la Reforma de la Madre Teresa, creando de tal suerte una situación verdaderamente anómala, con dos reglas, dos hábitos, rozamientos constantes y una grande y mala ejemplaridad. Gracián cumplió su promesa llevando a los novicios descalzos al convento de los calzados de Sevilla, porque, según dijo, no tenía otro sitio donde colocarlos, produciendo de tal suerte en aquella gran casa el desorden que había alejado de San Juan del Puerto.

El descontento que tal hecho produjo entre los carmelitas calzados, y sería cosa de añadir que la necesidad de cualquier influencia reformadora entre ellos, puede inferirse de la vívida relación hecha por Gracián mismo de lo que le ocurrió a cierto novicio en un oscuro corredor fuera del coro, al que le dieron una puñalada que le penetró en el muslo y que tal vez le iba dirigida a las tripas, pero Dios bajó la mano del que dio el golpe. Algunos contemplativos dijeron que había sido un error, ya que el golpe iba dirigido contra él, pues el novicio era muy bueno, pacífico y querido de todos, y su padre, un gran favorecedor del convento.

El inconsciente humorismo de esta última frase de su relato hace pensar en la causa posible de algunos de los trastornos producidos por el apasionado y joven reformador. Sea de ello lo que fuere, el caso es que abandonó el monasterio lo antes posible, bien contento de ver que no le habían sacado a él las tripas, y, con el permiso del cardenal Cristóbal de Rojas, fue a vivir con algunos frailes descalzos a la ermita de Nuestra Señora de los Remedios, en donde sólo tenían para comer sardinas y, como platos, rebanadas de pan.

Ya en aquel entonces estaban alborotados los frailes calzados de toda Andalucía, diciendo que le habían enviado tan sólo a reformar y no a hacer nuevas fundaciones. Al general carmelita Rubeo no hubo de agradarle gran cosa el saber las andanzas en que se había metido. Le había siempre molestado que se hubiese nombrado precisamente a dos dominicos como visitadores apostólicos por considerar que él era más que sobradamente capaz para reformar su propia Orden, y no había aceptado de buen grado que los descalzos realizaran la visita. De suerte que aquella revelación de lo que Gracián había estado haciendo le puso tan furioso que

pidió y obtuvo que el papa Gregorio XIII revocase los breves de Pio V que nombraban a Fernández y a Vargas visitadores apostólicos para Castilla y Andalucía.

Al enterarse de ello Felipe II comprendió que estaban en peligro todos sus esfuerzos por que fueran reformadas las órdenes de España, y hubo de hacer tales consideraciones al culto y virtuoso nuncio papal en Madrid, monseñor Ornameto, que el Santo Padre revalidó el mandato de los dos visitadores el día 24 de septiembre de 1574, confirmando de tal suerte a Gracián en su cargo de visitador tanto de los frailes descalzos como de los calzados. A fin de reforzar sólidamente su situación, Gracián fue a Madrid, tuvo una conversación de corazón a corazón con el Nuncio, y es muy posible que visitara también a su hermano Antonio, secretario particular del rey. Y un día de primavera del año 1575 marchó de nuevo a Sevilla, deteniéndose en Beas, que estaba en su camino. Y he aquí cómo al detenerse a visitar el convento de las monjas descalzas, se encontró por primera vez cara a cara con la madre Teresa de Jesús.

Teresa había tan sólo oído hablar bien del joven y buen fraile; pero de las circunstancias que habían rodeado a la invasión de Andalucía por él realizada, y, sobre todo, de la treta que él y Mariano habían jugado a sus superiores, de eso no sabía palabra todavía. Lo único que tenía oído era que habían logrado ir extendiendo su Reforma de manera admirable y que lograran introducirla en Andalucía, lo que de por sí bastaba ya para que se considerase como un milagro de la Providencia. Si por acaso vio las faltas y las limitaciones del joven padre Gracián —y ella no tenía absolutamente nada de necia en sus juicios sobre las demás—, su caridad la hizo tender un manto sobre ellas porque su razón la

decía claramente que un joven así, con tal energía y seducción al propio tiempo que con un gran talento ejecutivo, era precisamente lo que su Reforma estaba en tal momento precisando. Teresa refiere su encuentro con Gracián de la forma siguiente:

«Pues estando en esta villa de Beas, esperando licencia del Consejo de las órdenes para la fundación de Caravaca, vino a verme allí un padre de nuestra Orden de los Descalzos, llamado el maestro fray Jerónimo de la Madre de Dios, Gracián, que había pocos años que tomó el nuestro hábito estando él en Alcalá, muy fuera de tomar nuestro hábito, aunque no de ser religioso. Porque, aunque sus padres tenían otros intentos por tener mucho favor con el rey y su gran habilidad, él estaba muy fuera de eso. Desde que comenzó a estudiar, le quería su padre poner a que estudiase leyes. Él, con ser de harta poca edad, sentía tanto, que a poder de lágrimas acabó con él que le dejase oír teología.

»Ya que estaba graduado de maestro, trató de entrar en la Compañía de Jesús, y ellos le tenían recebido, y por cierta ocasión dijeron que se esperase unos días. Díceme él a mí que todo el regalo que tenía le daba tormento, pareciéndole que no era aquel buen camino para el cielo; siempre tenía horas de oración, y su recogimiento y honestidad en gran extremo...

»¡Oh, sabiduría de Dios y poder! ¡Cómo no podemos nosotros huir de lo que es su voluntad! Bien vía Nuestro Señor la gran necesidad que había en esta obra, que Su Majestad había comenzado de persona semejante. Yo le alabo muchas veces por la merced que en esto nos hizo; que si yo mucho quisiera pedir a Su Majestad una persona, para que pusiera en orden todas las cosas de la Orden en estos principios, no acertara a pedir tanto como Su Majestad en esto nos dio. Sea bendito por siempre.

»Estando muchacho en Madrid, iba muchas veces a una imagen de Nuestra Señora que él tenía gran devoción, no me acuerdo adonde era; llamabala su enamorada, y era muy ordinario lo que la visitaba. Ella le debía alcanzar de su Hijo la limpieza con que siempre ha vivido. Dice que algunas veces le parecía que tenía hinchados los ojos de llorar, por las muchas ofensas que se hacían a su Hijo. De aquí le hacía un ímpetu grande y deseo del remedio de las almas, y un sentimiento cuando veía ofensas de Dios, muy grande. A este deseo del bien de las almas tiene tan gran inclinación, que cualquier trabajo se le hace pequeño, ni piensa hacer con él algún fruto. Esto he visto yo por espiriencia en hartas que he pasado.

»Pues llevándole la Virgen a Pastrana, como engañado, pensando él que iba a procurar el hábito de la monja, y le llevábale Dios para dársele a él. ¡Oh, secretos de Dios!, y cómo, sin que lo queramos, nos va disponiendo para hacernos mercedes, y para pagar a esta alma las buenas obras que había hecho, y el buen ejemplo que siempre había dado, y lo mucho que deseaba servir a su gloriosa Madre; que siempre deba Su Majestad de pagar esto con grandes premios.

»Parecía cosa impertinente haberme comunicado él tantas particularidades de su alma: quizá lo quiso el Señor para que yo lo pusiere aquí, porque sea Él alabado en sus criaturas; que sé yo que con confesor ni con ninguna persona se ha declarado tanto. Algunas veces había ocasión, por parecerle que con los muchos años, y lo que oía de mí, ternía yo alguna espiriencia...

»Aunque no fue él el primero que la comenzó, pues vino a tiempo, que algunas veces me pesara de que se había comenzado, si no tuviera tan gran confianza de la misericordia de Dios. Digo las

casas de los frailes, que las de las monjas por su bondad siempre hasta ahora han ido bien; y las de los frailes no iban mal, mas llevaban principio de caer muy presto; porque, como no tenían Provincia por sí, eran gobernados por los calzados. A los que pudieran gobernar, que era el padre fray Antonio de Jesús, el que lo comenzó, no le daban esa mano, ni tampoco constituciones dadas por nuestro reverendísimo padre general. En cada casa hacían como les parecía… Remediólo Nuestro Señor por el padre fray Jerónimo de la Madre de Dios, porque le hicieron comisario apostólico y le dieron autoridad y gobierno sobre los descalzos y descalzas; hizo constituciones para los frailes, que nosotras ya las teníamos de nuestro reverendísimo padre general... La primera vez que los visitó, lo pasó todo en tanta razón y concierto que se parecía bien ser ayudado de la divina Majestad y que Nuestra Señora le había escogido para remedio de la Orden...» (*Fundaciones*, cap. XXIII).

Se sintió Gracián tan fuertemente atraído hacia el espíritu de La Madre como ella se sintió hacia él durante las tres semanas que prolongó su permanencia en Beas. Por su parte, él escribió luego diciendo que ella le comunicó su espíritu sin ocultarle nada y, a su vez, él le declaró todo su interior de igual forma; después de lo cual convinieron en trabajar siempre juntos en todas sus empresas, ya que ella, aparte su trabajo de religión, hiciera voto especial de obedecerle toda la vida, como consecuencia de una revelación que había tenido (*Peregrinación*, diálogo, 13).

Dio, de tal suerte, comienzo una extraña relación entre ellos, con arreglo a la cual Teresa venía a ser como una madre para aquel sacerdote a quien doblaba la edad; y, en cambio, en otro sentido, era como hija de él, sometiéndose a su criterio con toda la

generosidad y la confianza de un alma pura e infantil. A tal respecto, escribió ella un día:

«Holguéme en extremo cuando supe que estaba allí, porque lo deseaba mucho por las buenas nuevas que de él me habían dado, mas muy mucho más me alegré cuando le comencé a tratar, porque según me contentó, no me parecía le habían conocido los que me le habían loado.

»Y como yo estaba con tanta fatiga, en viéndole parece que me representó el Señor el bien que por él nos había de venir; y ansí andaba aquellos días con tal excesivo consuelo y contento, que es verdad que yo mesma me espantaba de mi. Entonces aún no tenía comisión más de para el Andalucía, que estando en Beas, le envió a mandar el Nuncio que le viese, y entonces se le dio para descalzas y descalzos de la provincia de Castilla. Era tanto el gozo que tenía mi espíritu, que no me hartaba de dar gracias a Nuestro Señor aquellos días, ni siquiera hacer otra cosa.» (*Fundaciones*, cap. XXIV).

En tal estado de espíritu escribió el día 12 de mayo a la madre Inés de Jesús, priora de Medina, lo que sigue:

«¡Oh, madre mía, cómo la he deseado conmigo estos días! Sepa que, a mi parecer, han sido los mejores de mi vida, sin encarecimiento. Ha estado aquí más de veinte días el padre maestro Gracián. Yo le digo, que con cuanto más le trato, no he entendido el valor de este hombre. Él era cabal en mis ojos, y para nosotras, mejor que lo supiéramos pedir a Dios. Lo que ahora ha de hacer vuestra reverencia, y todas, es pedir a Su Majestad que nos le dé por perlado. Con esto puedo descansar del gobierno de estas casas, que perfeción con tanta suavidad yo no la he visto.

Dios le tenga de su mano, y le guarde, que por ninguna cosa quisiera dejar de haberle visto y tratado tanto.

»He estado esperando a Mariano, que nos holgábamos harto tardase. Julián de Ávila está perdido por él y todos. Predica admirablemente.»

Su buena impresión quedó definitivamente sellada en una perpetua convicción gracias a una visión que tuvo un día mientras comía, en momentos en que no tenía la menor idea de recogimiento. Y, explicándolo, dice que creyó veía a su lado a Nuestro Señor Jesucristo en la forma en que solía representársele, y a cuyo lado derecho estaba el mismo maestro Gracián. Entonces el Señor tomó la mano derecha de él y la de ella y las juntó, y la dijo quería que aquel hombre ocupase el lugar de Él durante toda la vida de ella, y que ambos debían ir de acuerdo en todo, que eso era lo conveniente.

De aquel momento en adelante su obediencia a Gracián, como al superior que le había sido designado por el Señor Dios, fue tan completa que, le probara él como la probase, nunca pudo encontrar falla alguna. Y, sin embargo, por paradójico que parezca, no había en tal dominio nada de lo servil de la primitiva virtud cristiana. Gracián no tardó gran cosa en descubrir la verdad de lo que el astuto padre Medina había en cierta ocasión observado acerca de La Madre: que ella no hacía jamás sino lo que la ordenaba su superior, pero que sus superiores no la ordenaban jamás sino lo que ella deseaba. Decía Gracián que él le había sucedido con frecuencia el haber tratado con ella de algún asunto y ser de opinión contraria, y luego por la noche cambiar de propósito y volver para decirle que se haría como ella había pensado, y entonces ella se sonreía; y, al preguntarle por qué lo hacía, contestaba que, ha-

biendo tenido una revelación de Nuestro Señor de que debía hacerse como ella había dicho, aunque el prelado le hubiese dicho lo contrario, ella irla a Nuestro Señor para decirle que, si quería que aquello se hiciere, «que moviera el corazón de su prelado para que él se lo ordenase, porque ella no podía desobedecerle.»

Algo por el estilo fue lo que sucedió cuando ella comenzó a planear la próxima fundación. Manifiesta Gracián que él la aconsejó lo discutiese con Dios Nuestro Señor. Así lo hizo ella y, al fin, Él la dijo que debía ser en Madrid. Entonces la ordenó él que fuera inmediatamente a Sevilla, y ella obedeció. Y como él la preguntase después por qué no le había replicado, toda vez que muchas personas instruidas la habían asegurado que su espíritu era el de Dios y que lo que él la había dicho era simplemente una opinión y, además, él no la había encomendado a Dios, ella replicó que, a pesar de ello, la fe la decía que lo que le mandaba era la voluntad de Dios, y que, en cambio, no estaba segura de qué eran las revelaciones por muchas que fueran. Gracián continuó firme en su parecer y tuvo razón de hacerlo. Es de creer que en ello le influyó fray Mariano, que prometió alquilar una casa en Sevilla y envió entusiastas referencias de lo bien que se la podía amueblar en aquella ciudad rebosante de la riqueza de los siete mares. A juzgar por lo que decía, el arzobispo estaría de ello encantado, y es más, estaba verdaderamente deseoso de poder darles la bienvenida.

Así, pues, La Madre hizo los necesarios preparativos para marchar inmediatamente a Sevilla, prescindiendo de su visión y de su deseo de pasar el verano en Ávila, de su temor al calor de Andalucía y al desagrado de castellana que sentía por las gentes del Sur y sus maneras de ser, pues conocía el proverbio castellano de «Jesús y cruces y pedradas en los andaluces».

De tal suerte, escribió el día 11 de mayo al obispo de Ávila:

«Ya que me estaba dando mucha priesa para tener buen verano éste, en Ávila u Valladolid, vino aquí el padre Gracián, que es provincial del Andalucía por comisión del nuncio... En fin, nos partimos para allá la semana que viene, el lunes. Hay cincuenta leguas. Bien creo que él no me hiciera fuerza, mas teníalo tanta voluntad, que a no lo hacer, yo quedara con harto escrúpulo y no cumplía con la obediencia, como siempre deseo. Por mí me ha pesado, y aun no gustado mucho, de ir en este fuego a pasar el verano en Sevilla. Plega al Señor se sirva, que en esto bien poco va.»

Luego, en una segunda visión, le dijo Cristo que había hecho bien en obedecer a su superior, sin tener en cuenta la revelación, y que era entonces Su voluntad que hiciese una fundación en Sevilla. Y por lo que a Andalucía respectaba, acababa de descubrir que Beas pertenecía a tal provincia eclesiástica. De suerte que se había excedido de la autorización que Rubeo la otorgara, como se lo había temido María Bautista. Y esto era una idea que la atormentaba tenazmente. Pero volvía a tranquilizarse cuando pensaba en los poderes de Gracián, que, por venir directamente del Papa, estaban por encima de los del otro. ¿No se lo había dicho así el propio Gracián? ¡Qué bendición era vivir bajo la obediencia! No tenía, pues, por qué inquietarse durante largo tiempo, cuando he aquí que recibió una carta del obispo de Ávila en la cual le comunicaba que los miembros de la Inquisición andaban buscando una copia del manuscrito de su vida; por lo visto, alguien la había denunciado otra vez.

Parece cosa bien probable que lo de «alguien» se refiriese a la princesa de Éboli. No hay duda de que el libro y su autora

Teresa fueron delatados en el año 1574, y el mismo Gracián ha dicho que el delator era una dama princesa, por herir a La Madre por causa de cierto rencor. El poder de Ana de Mendoza en aquel entonces, un año después de la muerte de su esposo, era tal que sus víctimas debían de correr serios peligros. Desde su terminación había habido varias copias del manuscrito de la angélica *Vida*, que circularon entre unas cuantas manos. Como ya se ha visto, la autora había dado una copia a la duquesa de Alba y otra a la princesa. A su vuelta de Flandes, el duque de Alba mandó hacer algunas copias para sus amigos, y puede que fuese una de ellas la que diera la duquesa al malhumorado padre Medina para disipar su suspicacia. El obispo de Ávila se hizo copiar otra para su hermana, doña María de Mendoza. Por haber cedido a las solicitaciones de los nombrados y tal vez de algunos otros amigos, Teresa incurrió en el enojo de fray Domingo Báñez, quien, algunos años después, declaraba que se había disgustado con la llamada Teresa de Jesús, si bien entendió que no era culpa de ella. A pesar de eso, acudió valientemente en su ayuda cuando, en 1574, se enteró de que habían presentado una grave denuncia en contra de ella al tribunal del Santo Oficio en Madrid. Para oponerse a los procedimientos que pudieran, por lo pronto, causarle graves inconvenientes, llevó consigo la copia que durante doce años había guardado entre sus libros, desde que la misma Inquisición se lo había devuelto, y, escribiendo en las páginas en blanco del final una vigorosa censura, que, en realidad, era una verdadera reivindicación, lo envió en 1575 al Santo Oficio. Allí dice: «Cosa extraña es ver cómo gente ociosa y mundana se solazan en mirar cuál se desacredita a los que tienen apariencia de bondad... Siempre he procedido con recato en la examinación de esta relación de la oración y vida de esta religiosa, y ninguno ha sido más incrédulo

que yo en lo que toca a sus visiones y revelaciones, aunque no en lo que toca a la virtud y buenos deseos suyos; porque desto tengo gran experiencia de su verdad, de su obediencia, penitencia, paciencia y caridad con los que la persiguen, y otras virtudes... Sin embargo, no menosprecio sus visiones, revelaciones y éxtasis; por lo contrario, sospecho que son obra de Dios, como lo han sido en otros que fueron santos... Soy de opinión que este libro no debe ser mostrado a todos, sino sólo a hombres de instrucción y experiencia y discreción cristiana. Responde perfectamente al propósito para que fue escrito, especialmente que las monjas den cuenta del estado de su alma a quienes de ellas estén encargados... De una cosa estoy seguro, en cuanto el hombre puede estarlo, y es que no es una engañadora...»

Semejante opinión del gran tomista, que había sido el primero en ocupar con tanta brillantez la cátedra de teología de Salamanca, pudo haber sido de gran peso para los Inquisidores, y, aunque con la meticulosidad que les caracterizaba, habían hecho antes que examinara el libro fray Hernando del Castillo, predicador favorito del Rey, y fuera luego revisado por el inquisidor general Quiroga &([78]), la opinión de Báñez constituyó, en efecto, el veredicto final

[78] Cuando Teresa fue con Gracián a pedir al cardenal Quiroga que la diese permiso para una nueva fundación en el año 1580, la dijo él que había leído con todo cuidado su libro el año 1575, que lo había aprobado sin la menor reserva, y la pidió que rezase por él. Desde luego, la copia que había leído era la enviada por el padre Báñez al Santo Oficio, y que Teresa no volvió a ver nunca más. Gracián abrigaba la esperanza de poder recuperarla, pero finalmente decidió conseguir una copia del duque de Alba. A la copia que, por fin, fue entregada por dona Luisa de la Cerda al Beato Juan de Ávila, no ha podido seguírsele la pista y no se ha encontrado. Gracián tenía varias copias, sacadas de la que le prestara el duque de Alba, y las distribuyó entre los conventos de la Reforma. La Inquisición se quedó con la

del Santo Oficio sobre la autobiografía espiritual de La Madre. Desde entonces nada tuvo que temer por aquel lado ([79]). Teresa no se sentía muy segura de tan humano resultado cuando, en medio de aquel calor andaluz, le llegó la noticia de que estaba bajo investigación. Sin embargo, tuvo una noticia mucho mejor, pues, poniéndose a orar por ello, oyó que el Señor la decía que no se afligiese, que aquella causa era suya. En vista de lo cual, dando de lado a todos los posibles temores que por parte de la Inquisición pudieran venirla, se dispuso a abrazar la cruz que el padre Gracián tenía preparada. Mientras el joven y entusiasta religioso, luego de dar al padre Julián el escapulario de la Orden (en vez del hábito que para él pedían las monjas) continuaba su viaje a Madrid para hablar con el nuncio de todos aquellos asuntos, ella permaneció en Beas realizando los preparativos, para lo que, como su intuición le

---

enviada por Báñez hasta después de la muerte de Teresa, cuando la venerable Ana de Jesús, una de sus hijas favoritas, la pidió y la consiguió, para que la editase fray Luis de León, por encargo de Felipe II, en preparación para su primera edición impresa en el año 1588. Después de la muerte de fray Luis de León, pasó por otras manos, y por último llegó a la Biblioteca de El Escorial, en donde desde entonces ha sido objeto de veneración. En la iglesia de El Escorial hay otra copia, hecha por la sobrina de Santa Teresa, hija de su hermano Lorenzo.

[79] Hubo, desde luego, otras delaciones, pero la Inquisición no las tomó nunca demasiado en serio. Un padre dominico, que le permaneció hostil aun después de su muerte, llegó hasta hacer denuncias de la Vida en Roma, pero sin efecto alguno. Hay un libro del padre jesuita Hahn. que la llama "la patrona de la gente histérica", por lo que se le puso en el índice y allí permanece todavía.

anunciaba, tenía que ser una de las experiencias más amargas de su vida: la fundación de Sevilla.

Escogió para empresa tal a unos cuantos espíritus privilegiados, de los que escribió: ... «eran tales almas que me parece que me atreviera a ir con ellas a tierra de turcos, y que tuvieran fortaleza, u por mejor decir, se la diera Nuestro Señor, para padecer por Él, porque éstos eran sus deseos y pláticas, muy ejercitadas en oración y mortificación: que como habían de quedar tan lejos, procuré que fuesen de las que me parecían más a propósito». Eran las que había pensado instalar en Caravaca; por priora la ingeniosa y prudente María San José, a la que había primeramente descubierto en calidad de criada en casa de doña Luisa de La Cerda, el año 1562; además, la hermana Ana de San Alberto, la hermana María del Espíritu Santo y la hermana Leonor de San Gabriel, de Malagón; la hermana Isabel de San Francisco, de Toledo; la hermana Isabel de San Jerónimo, de Pastrana. Acompañadas por el padre Julián, por Antonio Gaytán y por fray Gregorio Nacianceno (que acababa de recibir el hábito de manos de Gracián, en Beas), partieron las siete monjas, el día 18 de mayo, en carros perfectamente cubiertos, que rechinaban y traqueteaban a cada movimiento de las mulas, poniéndose en camino a lo largo del valle del río hacia la ciudad de Córdoba. Hacia un día claro y caluroso, y el campo, rico en colores, estaba embalsamado por suave fragancia. ¡Si hubiese sido un mes antes! Pues cuando Colón, en su libro de a bordo, quiso describir el encanto de las noches de calma en mitad del Atlántico, dijo que sólo les faltaba el canto del ruiseñor para ser como en Andalucía en el mes de abril. Pero, a pesar de ello, mayo era igualmente encantador.

## CAPÍTULO XXVIII

## LOS DEMONIOS DE ANDALUCÍA

El primer día del viaje se detuvieron, a la hora de la siesta, en un hermoso bosque en medio de montañas, en donde la vista de tan variadas y bellas flores y la música de tan diversos pajarillos llenó de tal manera de gozo el alma de La Madre, al pensar, por todo aquello, en la grandeza de Dios, que las monjas se vieron y se desearon para poder arrancarla de aquel lugar. Al cruzar el Guadalquivir estuvieron a punto de que la impetuosa corriente las echase al agua, precisamente ya a boca de noche, y, según dice Julián de Ávila, a poco si pierden el ajuar que llevaban, consistente en una imagen, un poco de agua bendita y unos cuantos libros. El convento de Beas no había podido darles más, pero ellas se consolaban con la ilusión de las extraordinarias riquezas que fray Mariano les había dicho iban a presenciar en Sevilla, y de las comodidades de que en tal ciudad podrían disfrutar, a más del entusiasmo de los ciudadanos influyentes de ella que, sin duda, se darían prisa en recibirlas admirablemente y en ayudarlas en todo. En la barca, para pasar el tiempo, hubieron de cantar todas ellas las Completas, y La Madre aportó su esfuerzo al consuelo componiendo algunos versos, que eran, probablemente, los que tienen estribillo,

Vuestra, soy,
para vos nací:
¿qué mandáis hacer de mí?

y algunas estrofas tonificantes, como las que siguen, y que el padre Julián debió de cantar con la mejor voluntad del mundo;

Dadme muerte, dadme vida;
Dad salud o enfermedad,
Honra o deshonra me dad,
Dadme guerra o paz crecida,
Flaqueza o fuerza cumplida,
Que a todo digo que sí.
¿Qué queréis hacer de mí?

Al día siguiente cayó La Madre enferma con una fiebre alta, y se sintió tan pronto sumida en el letargo que todas sus compañeras hubieron de asustarse grandemente y decidieron sacarla de aquel sol abrasador, al abrigo del primer techado que pudiesen encontrar. ¡Era cosa de ver el alojamiento que hallaron! Era un diminuto edificio, adjunto a un parador, en donde las gentes cantaban, bailaban y alborotaban; y cuando el padre Julián entró allí con fray Gregorio Nacianceno, para obtener un poco de agua, recibieron toda clase de insultos y de maldiciones por los hombres más perversos que había visto, hasta entonces, en todos los días de su vida. Al reconvenirles amablemente, se enfurecieron más todavía, y no se sabe lo que habría pasado si no hubiera ocurrido que, surgiendo motivo de disputa entre ellos mismos, se salieron afuera y tiraron de espadas, prontos a dirimir con ellas sus diferencias. Más de cuarenta espadas quedaron, en un momento, des-envainadas; se dispararon algunos arcabuces, mientras varios de aquellos libertinos metieron sus cabezas en el interior de los carros y empezaron a galantear a las hermanas con palabras soeces y blasfemas. El padre Julián tuvo que pagar dos maravedíes por una jarra de agua, tan pequeña que fueron menester varias de ellas

para poder aplacar la sed de las monjitas, por lo que pensó que habría resultado, quizá, más barato comprar vino.

Mientras tanto habían llevado a La Madre bajo techo y la habían acostado en una cama tan incómoda que ella hubiese preferido la dejasen en el duro suelo. En semejante chamizo, cuyos primitivos habitantes debieron de haber sido los puercos, según decía la madre María de San José, hacía un calor de horno, y era tan bajo de techo que apenas si podían mantenerse de pie; no había ventana alguna, multitud de arañas y de otros insectos poblaban lugar tan caluroso, mientras que los rayos del sol, implacable, se filtraban a través de miles de rendijas. En cuanto el padre Julián y sus compañeros llegaron con el agua, las monjas mojaron con ella el rostro de La Madre, pero tan caliente lo tenía que apenas si aquello la refrescaba.

El fresco de la noche la reanimó bastante y cedió la fiebre. Como al día siguiente era Pascua de Pentecostés y estaban ansiosos todos por llegar a Córdoba, distante tan sólo unos diez kilómetros, a tiempo de poder oír misa, se levantaron cuando aún era curo y emprendieron inmediatamente la marcha; de suerte que al alba llegaron a la antigua ciudad de los califas, entrando en ella por el camino real de Córdoba a Madrid, por la Ronda de Payo, cerca del convento de los mártires, en la orilla derecha del Guadalquivir. Los destartalados carros siguieron dando tumbos por aquellas calles, que no son más largas allí, o tienen nombres diferentes (como el de la Cruz del Rastro y calle del Cardenal González), y por la calle de las Platerías, la calle del Mármol Gordo y la calle de Ballinas fueron hacia la Puerta del Puente.

Al preguntar por un sitio donde poder oír misa les indicaron una iglesia del otro lado del puente. Y ya iban a pasar cuando les

detuvieron para decirles que por allí no podía pasar nadie sin permiso del gobernador. Después de estar esperando dos horas a que se levantasen las autoridades de Córdoba consiguieron, por fin, la autorización. Ya en aquel entonces se había congregado en torno a ellos una gran muchedumbre de haraganes madrugadores, atraídos por aquellas insólitas colgaduras. Una vez obtenido el permiso para pasar del otro lado, se dieron cuenta de que la puerta del puente era demasiado estrecha para sus carros. El habilidoso padre Julián requirió una sierra y cortó los lados salientes de los carros hasta que pudieron pasar.

Se hallaba la iglesia atestada de gente porque era la festividad dedicada al Espíritu Santo y se esperaba el sermón de Pentecostés, que había de decir un predicador muy popular. Dice Teresa que, cuando vio aquello, le dio mucha pena y, a su juicio, lo mejor habría sido continuar el viaje aun a trueco de quedarse sin oír misa antes que meterse en aquella baraúnda. Pero el padre Julián no pensaba así; y, como era un teólogo, todas se adhirieron a su opinión... Al ver a seis mujeres con hábitos blancos de coro, con los rostros cubiertos con velos negros y los pies desnudos, en la muchedumbre se produjo gran confusión, como si la hubiera atacado un tropel de toros. Las monjas se asustaron grandemente y La Madre se quedó tan estupefacta que se le pasó la fiebre.

Un buen hombre de allí les abrió paso y las acompañó hasta una capilla, en la que el padre Julián pudo decir misa y en donde ellas comulgaron. (A los pocos días aquel buen hombre recibió una cuantiosa e inesperada herencia, en recompensa, creía él, por haber ayudado a las siervas de Dios.) Y, comentando el suceso, Teresa escribió, diciendo a sus hijas que, aun cuando aquello pudiera parecerles cosa de nada, eran una de las peores

experiencias que ella había tenido. Cuando, al fin, pudieron verse afuera de la iglesia y alejadas de la muchedumbre era ya cerca del mediodía, y lograron dar con un sitio, a la sombra de un puente, en donde se pusieron a hacer la siesta, por lo que antes tuvieron que echar a los cerdos que allí había.

Por la tarde se pusieron en camino hacia Sevilla. Viajaban sobre todo de noche porque durante el día era tan fuerte el calor que La Madre, para ayudar a las hermanas a que pudieran soportarlo, las pedía que pensaran en el purgatorio, adonde tal vez podrían ir a parar; y, de tal suerte, encontraban algún modo de alivio al imaginarse lo que podían ser las llamas de tal lugar. El padre Julián ha dejado constancia de todo aquello y muchos otros contratiempos que ocurrieron los sobrellevaron con el mayor contento, porque La Madre sostenía con todos una conversación que les daba ánimo; unas veces diciendo cosas de gran peso, otras, cosas que las entretuviesen, componiendo coplas, muy buenas algunas, pues sabía muy bien cómo hacerlas, aunque nunca recurría a ello, salvo para distraerlas de las fatigas del camino; de manera que, con toda la oración que tenían, nada las impedía el mantener una conversación santa, amistosa y de un gran provecho para las almas y los cuerpos. El segundo día después del de Pascua de Pentecostés oyeron misa en una ermita de Écija, y se quedaron allí para la siesta, mientras La Madre hacía su voto de perpetua obediencia al padre Gracián. Dos días después, al noveno de haber salido de Beas, llegaron a las puertas de Sevilla y vieron brillar al sol la torre de la Giralda, como un pilar a la entrada del paraíso. Era jueves, día 26 de mayo de 1575.

Una de las primeras cosas que hicieron al llegar a la metrópoli, a aquel tamiz gigantesco al través del cual se cernía todo el

oro de México y del Perú hasta ir a parar en las manos de todos los banqueros internacionales y de los usureros de toda Europa, dejando a los generosos españoles más pobres que antes todavía, fue tratar de dar con fray Mariano de San Benito, a fin de que pudiera conducirlas a la casa, que había alquilado y aderezado tan suntuosamente, para poder calmar allí los retortijones del hambre con las limosnas de sus ricos y caritativos amigos. Porque era el caso que llevaban dos o tres días sin comer, a no ser unas pocas sardinas, tan saladas que no podían casi probarlas por no tener agua con que apagar la gran sed que daban, que las hacía casi agonizar. Lo único que La Madre tenía en su faltriquera era una blanca, moneda cuyo valor actual sería una fracción de un centavo. Pero... allí estaba fray Mariano al fin, hermoso y sonriente, tan amable como de costumbre, recibiéndolas con gran cortesía, y con dos señoras, a las que presentó como amigas suyas. Andaba en aquel momento demasiado ocupado como para llevarlas a su casa, en la calle de las Armas, pero aquellas damas se encargarían de hacerlo. Y así lo hicieron, en efecto, pero, en cuanto allí llegaron, desaparecieron como por encanto, sin que nadie volviese a verlas más. Ni ellas ni nadie, como más adelante escribió María de San José, las envió ni siquiera una jarra de agua.

Como para rematar aquella desdichada aventura, vieron que la suntuosa casa de Mariano no era sino un lugar exiguo y húmedo, en donde se pusieron a buscar el lujoso equipo que él prometiera..., ¡el entusiasta y olvidadizo Mariano! Tal vez el ermitaño que se había sentido tan feliz en las cuevas de El Tardón y de Pastrana no era, en verdad, el hombre más a propósito para buscar una buena casa para las monjas. Con arreglo a la célebre descripción que la madre María de San José dejara de tal ajuar:

Había, ante todo, media docena de viejos cañizos que el padre Mariano había hecho llevar desde su casa de Los Remedios y que yacían en el suelo como camas. Había dos o tres pequeños colchones, no en buen uso, como los de los frailes descalzos, acompañados por una densa población de la que suele en ellos habitar. Los cuales eran para La Madre y las hermanas enfermas. No había sábanas, mantas ni almohadas, salvo dos que ellas mismas habían llevado. Había tan sólo una estera de pleita y una pequeña mesa, una sartén, uno o dos candiles de cocina, un mortero de bronce y un cubo o herrada para sacar agua. Estas cosas se pidieron prestadas a algunos vecinos de las casas próximas. Y cuando ya se estaba empezando a pensar que todo aquello, junto con unos cuantos platos y unos jarros y las cosas allí encontradas, podía constituir, al fin, el principio de una casa, he aquí que los vecinos, a quienes se había pedido todo prestado para aquel día, comenzaron a mandar a buscar la sartén uno, el velón el otro, el otro el cubo y la mesa, de suerte que no quedó ni sartén, ni mortero, ni tan siquiera la cuerda del pozo.

Por lo que hacía a la gente acaudalada y caritativa, a la que se había referido Mariano, no apareció absolutamente nadie. De ello escribió Teresa: «Nadie pudiera juzgar que en una ciudad tan caudalosa como Sevilla y de gente tan rica, había de haber menos aparejo de fundar que en las todas partes que había estado. Húbole tan menos, que pensé algunas veces que no nos estaba bien tener monasterio en aquel lugar» (*Fundaciones*, cap. XXV). El padre Mariano se puso a buscar algún dinero y pan, pero no las dijo si volvería o no. Por fin, fue Antonio Gaytán quien consiguió prestados algunos fondos de un amigo suyo de Sevilla. Vivían principalmente de pan y manzanas, crudas las unas y asadas las

otras. Y un día, en que sólo había pan para una sola, se lo repartieron entre las siete.

Todas aquellas pequeñas privaciones las soportaban, como de costumbre, con canciones y oraciones de acción de gracias. Pero las aguardaba algo más duro que tener que soportar. El padre Mariano dijo a La Madre que, si bien no había dificultad acerca del permiso del arzobispo, tendrían que esperar un poquito antes de abrir la casa como convento, en vista de algunos incidentes que habían surgido. Por ejemplo, sería conveniente que el monasterio estuviera dotado o algo por el estilo. La inteligencia despierta de La Madre empezó a ver, a través de todo ello, la horrible verdad. Y, como las razones por él dadas no eran suficientes, comenzó a entender en dónde estaba la dificultad, y era que no había conseguido la licencia. Finalmente, acosado por las preguntas de La Madre, tuvo que confesar que ni él ni Gracián le habían dicho nada al arzobispo. Tal prelado, muy conocido por su vida cristiana y su caridad para con los pobres, abrigaba un fuerte prejuicio contra los conventos, especialmente los fundados en pobreza, para los que no había dado en Sevilla, ni antes ni durante su estancia en Córdoba, un solo permiso. Sabedor de ello, Mariano y Gracián no le habían dicho nada de la fundación de La Madre en Sevilla..., mucho menos de una dotada. El buen arzobispo, admirado por cuanto de ella y sus monjas le habían referido, esperaba poder diseminarlas entre los varios conventos de la ciudad para que los reformasen.

Se negó Teresa a tomar siquiera en consideración semejante idea, lo cual habría significado la ruina de la misión. La pidió Mariano que tuviese paciencia, que él se las compondría para convencer al arzobispo. Por lo pronto, obtuvo el permiso para que se

dijera misa en el convento en la fiesta de la Santísima Trinidad, el día 20 de mayo, si bien a condición, como su Gracia mandó decir, de que no se tocara campana alguna, ni se instalara..., pero eso ya lo habían hecho, según refiere inocentemente Teresa. Y así continuaron las cosas durante un par de semanas. Entonces Teresa decidió llevarse de nuevo las monjas a Beas y hacer la fundación de Caravaca. Y empezó a creer en lo que siempre había oído decir, que Andalucía era el sitio del mundo en donde más sueltos andaban los demonios y con más libertad para tentar y perseguir. Ella escribió después diciendo que no había sido nunca tan pusilánime ni tan cobarde en toda su vida como allí se sintiera, al punto de que no se reconocía a sí misma. Desde luego, no la abandonó la confianza que en Dios tenía puesta; pero su naturaleza era tan distinta de lo que usualmente tenía en tales negocios, que entendía que el Señor la retiraba, en parte, su mano de ella para permanecer Él siendo lo que era, y ella vio que, si había tenido valor, no era suyo.

En sus relatos de todas aquellas contrariedades no hay una sola palabra de reproche para Mariano, y mucho menos para Gracián. Después de todo, si hubiesen sido francos con ella y con el arzobispo, no se habría podido dar comienzo a la empresa. No cabía duda de que todo había ocurrido como si se hubiese tenido el permiso del Dios que todo lo ve para realizar sus altos fines. Y cuando Mariano la dijo que no debía siquiera pensar en marchar de Sevilla, y que no debía escribir al arzobispo, como quería hacerlo, se sometió y aguardó con paciencia. La aseguraba él que no tenía sino dejar que él se encargase de todo, que ya iría conquistando, poco a poco, al prelado con ayuda de las cartas de Gracián, llegadas de Madrid.

Por extraño que parezca, acabó saliéndose con la suya. El arzobispo, ablandado poco a poco por la persuasión elocuente de Mariano, decidió ir al convento, y quedó tan impresionado por la Madre Teresa y sus hijas que dio permiso para la fundación. Ocurrió ello poco después que la visitaran algunos frailes calzados de Sevilla, los que hubieron de marcharse creídos de que contaba con el apoyo entusiasta del arzobispo —pues de otra suerte, como dice Teresa con satisfacción verdaderamente ingenua, habrían hecho lo posible por evitar que hubiese ido—. De manera que todo salió a pedir de boca.

A medida que se las fue conociendo mejor, comenzaron a hacerse algunos amigos; entre los cuales fue uno de los primeros doña Leonor de Valera, esposa de un caballero portugués que vivía en Sevilla. Antes de fines del año 1575 tal dama perdió todo su dinero en la quiebra que siguió a la bancarrota de Felipe II, pero no sin antes haber dado ya alimentos, ropas y dinero al convento, a petición de Mariano; la cual fue la única de sus inversiones que pudo sobrevivir al pánico del año 1575, porque en los últimos años la comunidad mantuvo a sus dos hijas, cuando entraron en la Orden. El arzobispo contribuyó, por su parte, dando trigo y dinero. De suerte que, en el mes de julio, La Madre pudo escribir a Gaytán que ya eran ricas.

En el sentido espiritual aquella casa tenía ante sí un brillante porvenir. La madre María de San José, su primera priora, era tal vez la mujer más ilustre de toda la Orden, inmediatamente después de La Madre. Nacida en Aragón, María de Salazar había sido una criada del palacio de los de La Cerda, en Toledo, en donde La Madre la conoció cuando tenía unos trece años de edad, y la había alentado a que abrazase una profesión religiosa. Por fin, ingresó en

el convento de Malagón, de donde Teresa la había hecho venir para las fundaciones de Beas y de Caravaca. Hermosa, espiritual y sumamente inteligente, estaba mejor educada incluso que la misma Madre. Aun cuando nunca consiguió tener la fuerza de escritora de Teresa, se expresaba con mucho orden, brevedad y una viveza que se diría periodística. Era de imaginación amable y femenina, al paso que La Madre, como muy bien observa Mir, era más masculina, por su vigor y su comprensión. En vez de mostrarse celosa por aquellas superioridades de la otra, Teresa daba gracias a Dios de que así fuera. Y escribió: «Esta priora tiene un ánimo que me ha espantado, harto más que yo. Paréceme que como me tienen aquí, ha sido ayuda, que a mí vienen los golpes. Ella tiene harto buen entendimiento. Yo le digo que es extremada para el Andalucía a mi parecer. ¡Y cómo, si ha sido menester traerlas escogidas!»

La primera monja que ingresó en Sevilla fue Beatriz de la Madre de Dios, hermosa joven de piedad tan ejemplar que La Madre le dedicó todo un capítulo de sus Fundaciones. A los siete años la envió su madre a vivir con su tía, que no tenía hijos y quería tenerla para que la acompañase. Las criadas embusteras, para deshacerse de ella, la acusaron de haber querido envenenar a su tía con sublimado corrosivo, por lo que la enviaron de vuelta a su casa. La creyó su madre culpable y, al ver que no quería confesar, la azotó y torturó durante todo un año, obligándola a dormir en el suelo desnudo. (Dios lo permitió aquello, en su caridad, escribió Teresa, para modelar la vocación de la niña, cuya madre era entonces ya una mujer muy virtuosa, que la quería ya entrañablemente.) A los doce años, leyendo la vida de Santa Inés, Beatriz concibió un gran anhelo de ser carmelita, e hizo el voto de no casarse nunca. Cuando se negó a casarse con un hombre que

sus padres le habían buscado para marido, casi la estrangularon, llegando casi a matarla. Beatriz no se sintió preocupada por ello, pensando en lo mucho que hubo de sufrir Santa Inés.

Años después, cuando ya contaba veintisiete años, vio al padre Gracián predicando en una de las iglesias del barrio de Triana, y la contemplación de su hábito blanco y de sus desnudos pies la impresionó de tal modo que fue a confesarse con él —después de intentarlo varias veces, porque, por lo general, no hablaba con mujeres—; y, de tal modo, encontró su camino para la nueva casa de las carmelitas descalzas, de Sevilla. Su virtuosa madre, Juana, ingresó también, pero como hermana lega.

Durante las seis primeras semanas después de la fundación se aceptó a otras dos novicias. Como dice la madre María de San José, recibieron, poco después, a una gran *beata*, que ya estaba canonizada por toda la ciudad y que fue recibida por la insistencia de varias de las personas espirituales más importantes. La pobre era mucho más santa en su propia opinión que en la de las gentes; y cuando, al entrar, comenzaron a faltarle las alabanzas y el trabajo de la religión empezó a hacer su obra, de descubrir el número de quilates que había en lo que parecía brillar con tanto fulgor, se encontró sin ninguno y comenzó a sentirse descontenta, y las otras más aún con ella, ya que no se podría llegar a hacerle acomodarse a nada religioso, por ser ya una mujer de cuarenta años, de alta posición, y que tenía siempre una razón dispuesta para todo. A veces daba como excusa que estaba enferma y no quería, por ello, comer la comida de las demás, descubriendo que todo era malsano y que la hinchada como el viento, según podía leer en Galeno; al paso que otras veces decía que la costumbre y el gran calor del campo la excusaban.

La Madre, creyendo que con el tiempo mejoraría y para evitar el conducirse duramente con ella, mandó a las otras que la soportaran y a ella le dio permiso para que se confesara y hablara de vez en cuando con los individuos del clero conocidos suyos. Por último, y sin que La Madre lo supiese ni ninguna otra de la casa, se las arregló para marcharse, después de haber persuadido a otra novicia de que la siguiese.

Cuando algunos de sus amigos empezaron a criticarla y creer que no era tan santa como antes, la tal beata salía del apuro pintando con negros colores las condiciones de la vida en el convento, y, por fin, llegó hasta a quejarse al Santo Oficio de la Inquisición, con los resultados que pronto se verá.

Permaneció Teresa en Sevilla algo más de un año, en el que hubo de soportar la más sañuda persecución de que jamás fuera víctima. A pesar de ello, siempre tenía alegrías que la compensaban. Una de las más grandes fue la de que su hermano Lorenzo, al que había estado esperando desde hacia cinco años que volviese del Perú, por fin, había llegado a Sanlúcar de Barrameda en la primera semana del mes de agosto de 1575 con sus tres hijos, Francisco, Lorenzo y Teresita y su hermano Pedro de Ahumada. También semejante alegría traía consigo su correspondiente cruz, pues Lorenzo escribió diciendo que su hermano Jerónimo había muerto en Panamá poco antes de zarpar, si bien había tenido un final muy santo. Y Teresa, al trasmitir tal información a su hermana Juana, le recordó que no había de qué lamentarse por tal muerte. Los viajeros estaban ya camino de Sevilla, adonde sólo tardarían tres días en llegar.

La llegada de aquel rico hermano, de las Indias, en aquel preciso momento, parecía obra de Dios. Teresa era demasiado huma-

na como para no alegrarse de verle a él y a sus hijos, y tomó gran cariño a la de su mismo nombre, que decían se le parecía bastante. Teresita era entonces una niña de unos catorce años, de ojos negros y muy espiritual, que ya le había dado a su padre la satisfacción de manifestar que aspiraba a ser una monja carmelita igual que su tía. La correspondencia de tal período de la vida de La Madre está llena de referencias a esa niña. Incluso se preocupaba de la posibilidad de obtener para ella la necesaria dispensa a fin de que pudiese ingresar antes de la edad canónica, hasta que dos de sus consejeros, un jesuita y un dominico, lograron convencerla de que no sería legal tomar a ninguna que no hubiese cumplido ya los doce años. Por lo demás, no había razón para que Teresita no pudiera, en cambio, vivir en la casa, y en ello se convino. La niña se puso su pequeño hábito, hecho especialmente para ella y fue la mimada de toda la comunidad hasta que tuvo la edad necesaria para ser postulante.

Lorenzo se mostraba muy complacido. Por lo que a los muchachos atañía, se los llevó a Ávila a hacerles educar por los jesuitas, como su hermana le había aconsejado. Cuando llegaron, debió de haber, por lo visto, algunos chismes desfavorables, que la madre María Bautista comunicó inmediatamente a Sevilla desde Valladolid, acerca del uso indebido del «don» por el hermano. Semejante antiguo honor castellano, tan cicatera y celosamente otorgado, lo habían echado a perder, como se recordará, sus abuelos. En una de sus cartas, sugiere Teresa que había llegado a tener sus dudas acerca de su derecho a usarlo. Había algo más que ello en su regla prohibiendo a las monjas el uso del doña. Por lo visto, debió de haber deducido que Felipe II había iniciado una muy seria campaña para restringir el uso del título a tan sólo aquellos a quienes lo había otorgado la corona. Y se mostraba muy

exigente en las pruebas, especialmente en aquellos sus días de gota, con los que se lo adjudicaban sin razones que él considerase suficientes. Una vez que uno de sus secretarios le llevó una carta dirigida a don Fulano de Beetria, le dijo que suprimiese el don, porque no había tales dones en Beetria, y en otra lo borró él mismo porque no debía llevar el don, ya que su padre no lo tenía. Algunos años después insistió en tal principio en su «premática de cortesías», que produjo gran irritación en toda España e incluso en Roma.

A La Madre no la produjo la menor impresión el descubrir que sus antepasados habían sido poco más que gente ordinaria contra lo que se le había hecho creer, y no le produjo la menor contrariedad el aconsejar a su hermano Lorenzo hiciese que sus hijos prescindieran del don. Lo contrario ocurrió con su cuñado Juan de Ovalle, que, al ir a visitar a sus parientes recién llegados del Perú, el día 24 de octubre, se dio, como buen pequeño burgués, envidioso y cicatero que era, a deshacer la buena obra de Teresa en tal sentido.

Al tratar del asunto con su sobrina María Bautista, La Madre escribió diciendo:

«Vayamos a sus consejos. Cuanto a lo primero de dones, todos los que tienen vasallos de Indias se lo llaman allá. Mas, en viniendo, rogué yo a su padre no se lo llamara, y le di razones. Ansí se hizo, que ya estaban quietados y llanos; cuando vino Juan de Ovalle y mi hermana, que no me bastó razón (no sé si era por soldar el de su hijo), y como mi hermana no estaba aquí ni estuvo tantos días, ni yo con ellos, cuando vino, dijéronle tanto, que no aprovechó nada. Y es verdad, que ya en Ávila no hay otra cosa, que es vergüenza. Y, cierto, a mí me dan en los ojos, por lo que a

ellos toca; que de mí nunca creo se me acordó, ni de eso ni de nada; que para otras cosas que dicen de mí, no lo es. Yo lo tornaré a decir a su padre por amor de ella; mas creo no ha de haber remedio con sus tíos, y como ya están tan hechos a ello, harto me mortificó cada vez que se la oyó« (*Epistolario*).

¡Cuán humana puede ser una santa, incluso la santa más angelical! Sin embargo, Teresa no dejó de considerar a Lorenzo, por mucho que le quisiera, a la luz de la vida eterna. Y quiso que hiciese algo por Dios. Cuando volvió de Madrid —donde estaba cuando llegaron los Ovalle a Sevilla—, tuvo buen cuidado de hacerle saber lo pequeño y molesto que era para sus monjas aquel convento de la calle de las Armas, y él no tardó en ponerse a buscar por toda Sevilla una casa mejor.

El padre Gracián, a quien hubimos de dejar en Beas al partir para Madrid con la idea de ver al nuncio, volvió a Sevilla para mediados de noviembre. Había pasado en Madrid seis meses haciendo cuanto le fuera posible para evitar la tarea ingrata y penosa de tener que reformar a los frailes calzados de Andalucía. A pesar de su juventud, o acaso por causa de ella y de su celo, llegó a producir una impresión sumamente favorable en el gran Ornameto, al que su llegada, en tal sazón, no podía por menos de parecer providencial. Felipe II había decidido emplear a los jesuitas como visitadores y reformadores de las distintas órdenes en la soleada y feliz Andalucía —lo mismo las Trinitarias, que los Mínimos, los de la Merced, que los franciscanos calzados— y había enviado al padre Olea, S. J., por toda la provincia para que fuera por ella anunciando la próxima visita. Los jesuitas mismos se opusieron harto patentemente a semejante plan, sabedores de antemano de los conflictos y de las envidias que iba a suscitar, por lo que

sugirieron a su Majestad que cada orden fuese reformada por uno de sus miembros más ilustres. Y así se convino se haría. De suerte que, cuando el nuncio papal estaba preguntándose a quién debía nombrar para los carmelitas de Andalucía, tanto calzados como descalzos, he aquí que se le presentó Gracián. Y el nuncio le hizo visitador. Lo cual suponía un enorme tributo rendido al saber de un joven sacerdote en su primer año de sacerdocio.

Era una tremenda responsabilidad, que Gracián no quería echarse sobre los hombros en modo alguno. Le agradaba que los calzados, como sometidos a los descalzos, no pudiesen seguir impidiendo su desarrollo, y mucho menos quería que pudiesen destruirlos, pero admitía con toda franqueza que su debilidad humana le hacía apartarse de tal tarea con verdadero pavor. No era Gracián de temperamento decididamente reformador, no sentía el atractivo de enzarzarse con los demás. Por lo cual, suplicó al cardenal Quiroga, inquisidor general entonces, pidiese al rey le relevase de la tarea de tener que reformar a los frailes calzados. —Van a matarnos —decía él, queriendo excusarse.

—Que nos maten —exclamaba el viejo cardenal—. ¿Y a quién podemos confiar esto sino a los hombres de sangre, de nobleza y de reputación, como vuestra merced, que no tienen miedo a la muerte?

Gracián aceptó, con la falsa creencia interior de que no tenía miedo a la muerte. Y volvió a Andalucía con la casi seguridad de que antes de terminar el año sería cadáver.

Aquellos temores no eran tan descabellados como a primera vista pudiera parecer, considerando lo que después aconteciera. Por su parte, los compartía también el hermano de Gracián, secretario del rey, el cual escribió a la Madre Teresa una fuerte

protesta contra aquella misión tan arriesgada, y, en cierta menor medida, también por causa de ella. Con la humildad de siempre, Teresa se echó a sí misma la culpa de todo; y, en cuanto se enteró de que Gracián estaba en la ciudad, le envió una carta en que le llamaba padre mío, le deseaba que el Espíritu Santo fuese con él, y le manifestaba que era muy desgraciada y sin escrúpulos aquel día. Que era muy ruin, y lo peor de todo era que nunca mejoraba... Que si no acudía nadie de allí a confesarla, mañana, no recibiría la comunión. Y se firmaba: «indina hija de Vuestra Paternidad». Luego de lo cual, añadía una postdata diciendo que no había tenido en muchos años tantas contrariedades como desde que empezaron tales reformas.

No estaba mal informada Teresa acerca del estado de verdadera tensión que había llegado aquel año a producirse entre los frailes calzados y los de la Reforma. Cuando hombres como Rubeo y fray Angel de Salazar se mostraban disgustados por los informes exagerados que tenían de las actividades desplegadas por Mariano y Gracián y por las fundaciones de La Madre en Beas y en Sevilla, nada de extraño tenía que la indignación de los calzados estallase francamente en el Capítulo celebrado en Piacenza el día 21 de mayo del año 1575. Se les había dicho que los descalzos actuaban desobediente e inmoralmente, que se habían dividido y amenazaban destruir la Orden con sus innovaciones, que sólo les movían la ambición y el despecho, y así por el estilo. Por desgracia no se presentó defensa ninguna en favor de los descalzos, ya que el delegado español que pudiera haberla dado no llegó a tiempo. Por dos veces había escrito el padre Rubeo, a fin de estar seguro, a la Madre Teresa, una vez en octubre de 1574, y otra en enero de 1575; y en ambas ocasiones la pedía que le enviase una relación completa de la controversia para poder someterla al Capítulo

mencionado. Pero, desgraciadamente, no llegaron tales cartas a manos de ella hasta el mes de junio de 1575, después del aplazamiento de la furiosa asamblea. Por consiguiente, los delegados votaron perfectamente convencidos de que tenían razón, pidiendo se suprimieran los tres prioratos andaluces de la Reforma, debiendo los frailes marcharse en el plazo de tres días de notificados so pena de ser expulsados por la fuerza del brazo secular. La Madre Teresa no tenía que fundar más monasterios ni conventos, debiendo permanecer hasta el final de su vida en una comunidad por ella libremente elegida. Hasta el final del año no se notificó a Teresa nada de aquello, encargándose de hacerlo el padre Ulloa, prior de los carmelitas calzados de Sevilla. Tal vez el padre fray Ángel evadiera decírselo él mismo, pero lo cierto es que debía de compartir los prejuicios de sus hermanos en contra de ella por cuanto a la santa se refirió como a una «apóstata excomulgada».

Gracián consultó con los frailes más antiguos de la Reforma acerca de lo que debía hacerse. Les pidió que se mostrasen conciliadores, como era el deseo de La Madre. Pero, después de una furiosa alocución de Mariano, los padres no se mostraron acomodaticios y confiaron a Gracián el pesado encargo de pasar por alto el consejo por ella dado y desafiar francamente a los calzados y a cuantas fulminaciones habían salido del Capítulo de Piacenza.

Al volver Gracián a Sevilla en el mes de noviembre, estaba dispuesto a enfrentar a los padres de la Mitigación en su propia casa; y, si algo faltaba para hacer saltar la chispa de sus contenidos sentimientos excitados por los dos capítulos, tenía más que sobrado con lo que había oído referente a su persona. Se burlaban

de su costumbre de dormir con una imagen de Nuestra Señora en su hábito de noche (indudablemente lo hacía como protección contra los malos sueños, los malos pensamientos y los malos espíritus), llegando a hacerlo en tal forma que, como él mismo escribió, hacía prorrumpir a quienes les oían en la más horrenda y maldecida blasfemia que pudiera pensarse. Y, cuando se ausentó por deberes del cargo y de la visita, llegaron hasta a decir desde el mismo púlpito del convento de Sevilla que ya se conocían la perversidad y la abominación de aquel hombre malvado, que ya le habían quemado y que les habían entregado a ellos un papel conteniendo sus cenizas (*Peregrinación*, diálogo I). Tan descontentos quedaron sin duda cuando resultó otra vez vivo y de tal manera le mostraba su desagrado que, cada vez que él debía ir a cualquiera de sus conventos, llevaba siempre al cuello una piedra bezoar contra el envenenamiento, y no comía más que huevos pasados por agua y rotos por él mismo. Una de las ofensas más leves de que le acusaban era de su robo de tres mil ducados. Mas, el colmo de la infamia, la que le hacía a él, y debiera hacerle también arder de indignación al lector, fue la estúpida insinuación acerca de su amistad con la enferma, perseguida y santa vieja Madre, que era su penitente. Una de las páginas más tristes de este libro, o de cualquier otro, es la que expresa sus sentimientos a este respecto, cuando escribió:

«Sábele que me amó tiernísimamente, y yo a ella más que a ninguna otra criatura de la tierra, y después de ella a mi madre, doña Juana Dantisco, que también me quería con más particular amor que a otro ninguno de sus hijos. Mas este amor tan grande que yo tenía a la madre Teresa, y ella a mí, es muy de otro jaez que el amor que suele haber en el mundo, porque aquel amor es peligroso, embarazoso y causa pensamientos y tentaciones no

buenas que desconsuelan y entibian el espíritu, inquietan la sensualidad. Mas este amor que yo tenía a la madre Teresa, y ella a mí, en mí causaba pureza, espíritu y amor de Dios, y en ella, consuelo y alivio para sus trabajos, como muchas veces me dixo, y ansí no quería que ni mi madre me quisiese más quella. Bendito sea Dios que me dio tan buena amiga, que estando en el cielo no se le entibiará este amor, y puedo tener confianza que me será de gran fruto. Mas mira qué cosa son lenguas mortales que de la grande comunicación y familiaridad que teníamos los dos juzgaron algunos maliciosos no ser amor santo, y quando no fuera ella tan santa y yo el más malo del mundo, de una mujer de sesenta años tan encerrada y recatada no había que sospechar mal; y con todo encubríamos esta tan intima amistad porque no se nos echase a mala parte. (*Peregrinación*, diálogo XVI).

Por increíble que todo ello pudiera parecer, quedó plenamente confirmado por mujer tan equilibrada como la madre María de San José, priora de Sevilla, que dejó constancia de que algunos Calzados habían hasta llegado a componer una diatriba contra la madre Teresa, conteniendo «las más abominables y sucias palabras que se puedan imaginar», que no vale la pena de mencionar por extenso, pero que con unas cuantas bastará para mostrar la maldad del demonio. «Decían: aquella vieja tal la habían de entregar a blancos y negros para que se hartase de ser mala...», etcétera, a lo que añadían que llevaba a las jóvenes de un lado para otro con el pretexto de las fundaciones para que pudieran hacerlo. Y estas y otras cosas de tal calaña, y aun peores hubieron de decir en el proceso, declarando cada uno de ellos lo que de La Madre pensaba.

Mas Teresa había adelantado ya tanto por el camino de la perfección que ni mentiras de tal calibre, y tan estúpidas como aquéllas, podían perturbarla gran cosa, Lo que, en cambio, la afectaba profundamente eran las calumnias que hacían circular referentes a Gracián. Así estuvo profundamente intranquila el día de la víspera de la fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, en que él debía mostrar sus credenciales a los calzados de Sevilla. Se decía que habían cerrado la puerta negándose a abrirle, incluso amenazándole con arrojarle de allí por la fuerza. Al día siguiente oyó decir que le habían matado; y, postrándose de hinojos, prometió que, si se le conservaba la vida, ella haría que tal fiesta fuese siempre especialmente recordada en todos sus conventos. Y Nuestro Señor la dijo: «¡Oh, mujer de poca fe; estate tranquila, que todo saldrá bien!»

Lo más que los frailes hicieron fue proporcionarle a Gracián una o dos malas horas, pues, según él escribió, cuando les presentó el breve para la visita, cerraron las puertas del convento y no quisieron obedecer.

Por aquel entonces ya debía Teresa de haber echado de ver que Gracián era hombre que, a pesar de todas sus virtudes, sufría de ciertas limitaciones temperamentales susceptibles de causar un grave daño a la Reforma —limitaciones que no dejaba de sugerir perfectamente un retrato que de él se conserva y en el que aparece como un hombre rechoncho y calvo, con ojos tristes y apacibles, una boca más bien insignificante y débil, una larga nariz, una frente baja y un mentón pesado y voluntarioso. Al igual de Juan de la Cruz, se había sentido fuertemente arrastrado, a estar a lo que dice el padre Bruno, por lo que hay de maravilloso en la vida totalmente contemplativa. A pesar de su encanto, era un tanto excéntrico, y

podía muy bien ser empecinado e ilógico. Su gusto por lo melodramático y su falta de humorismo, que le habría evitado muchos de los errores, se patentizan claramente en su obra maestra, escrita a edad avanzada, la *Peregrinación de Anastasio*, en donde, aunque afirma que jamás deseó tener éxtasis ni arrobamientos, narra al pormenor algunas de sus visiones, incluso una de ellas, de un sabor totalmente aristotélico y ptolomeico, en la que dice:

«... Se me pusieron delante los cinco mundos; conviene a saber: el mundo chico o microcosmos que es el hombre; el mundo racional que es de todos los conceptos y quididades o esencias de la lógica y metafísica; el mundo moral de todas las virtudes y vicios; el mundo yntelectual o scientifico de todas las artes y ciencias prácticas y especulativas que hay; y cada uno de estos mundos tenía veynte orbes; assí como el mundo natural tiene veynte, porque debaxo de la tierra hay quatro, conviene a saber: el ynfierno, el purgatorio, el limbo, el seno de Abrahán; y quatro elementos: tierra, agua, ayre y fuego; y siete ciclos de planetas: Luna, Mercurio, Venus, Sol, Marte, Júpiter y Saturno; y quatro ciclos mayores que se llaman el estrellado, el primer móbil, el cielo cristalino y el cielo ympíreo; que todos estos son diez y nueve, y sobre todos el vigésimo orbe que es Dios, que comprehende y encierra dentro de sí todos los demás.»

Todo lo cual afirma Gracián que lo vio en un momento, cuando fue cautivo en Túnez (*Presentación*, diálogo XV).

Teresa tuvo que consagrar una gran parte de las energías de los días que la quedaban de vida a deshacer los entuertos y errores, bien intencionados, de aquel joven e imaginativo sacerdote, y a tratar de hacerle comprender, por completo, las grandes posibi-

lidades para el bien que él atesoraba y ella había en él barruntado. Desde entonces en adelante, y a fin de evitar las calumnias a que ya se ha hecho referencia, empezaron a escribirse adoptando una especie de código para su uso especial, según el cual Gracián era «Pablo», La Madre era «Lorenza» o «Angela», Nuestro Señor era «José», los frailes descalzos eran «los egipcios» y las monjas calzadas las «aves nocturnas», fray Juan de la Cruz era «Séneca» y fray Mariano era «Elías». Se pusieron de acuerdo acerca de tal código el día 27 de septiembre del año 1575 con ocasión de una carta que ella escribió a Gracián, en la que daba cuenta de las visitas que le habían hecho los frailes calzados. Le decía en ella que estaban dispuestos a obedecerle en lo de suprimir cualquier abuso que hubiera, siempre y cuando él se comprometiese a no mezclarse en otros asuntos, y ella les había asegurado que se les mostraría tolerante y razonable. Le decía «El padre Elías está más sosegado y animado. Yo digo a Vuestra Paternidad que comenzándose sin ruido y con suavidad, que creo se ha de hacer mucha labor, que no se ha de querer en un día. Verdaderamente me parece hay gente de razón, ansí la hubiera por allá. Sepa que Macario ([80]) está tan terrible, según me dicen, que me ha dado harta pena por lo que toca a su alma... Cierto, me hace temer ver almas buenas tan engañadas» (*Epistolario*).

Le reiteró el recuerdo del deber de la obediencia, y le instó para que fuese amable y conciliador, para que tratase a los calzados como a hermanos extraviados y no como a enemigos. Mucho le preocupaba la salud de su amigo. Mientras estaba él en Toledo, a fines del año 1575, le mantuvo al corriente de todo; de cómo fray Juan de la Cruz aprobaba su labor y de cómo Mariano

[80] Probablemente fray Baltasar de Jesús, del que luego habla más.

iba adquiriendo más valor. Le pidió que no permitiese, por ninguna razón, que ninguna monja abandonase su convento, si no era para hacer una fundación. Y le instruyó sobre ello diciendo: «Vuestra Paternidad, Padre mio, advierta en esto, y crea que entiendo mejor los reveses de las mujeres que Vuestra Paternidad... Y créame esta verdad (y si yo me muriere no se le olvide), que en gente encerrada no quiere el demonio más de que sea posible en su opinión una cosa.»

Estaba desolada por haber oído que un burro lo había tirado por las orejas y le sugirió que se amarrara a la cabalgadura. Y escribió: «Yo no sé qué borrico es ése, ni para qué ha de andar Vuestra Paternidad diez leguas en un día, que en un albarda es para matar. Con pena estoy si ha caído en ponerse más ropa, que hace ya frío. Plega el Señor no le haya hecho mal. Mire (pues es amigo del provecho de las almas) el daño que vernía a muchos con su poca salud, y, por amor de Dios, que mire por ella. Ya está Elías más sin miedo. El Rector y Rodrigo Álvarez ([81]) tienen gran esperanza se ha de hacer todo muy bien. A mí todo el miedo que antes tenía se me ha quitado; que no puedo tenerle, aunque quiero. Ruin salud he traído estos días; heme purgado, y estoy buena, lo que estado en cuatro ó más meses, que ya no se puede *llevar» (Epistolario*). No constituía, ciertamente, Gracián su única preocupación maternal, pues se inquietaba, asimismo, por el padre Báñez, que padecía de reuma, que temía le hubiese atacado por dormir sobre el frío suelo durante el Adviento; y escribía a la madre María Bautista pidiéndola averiguase si él llevaba bastante ropa de abrigo para clima tan duro como el de Valladolid.

[81] Su confesor jesuita en Sevilla.

De las varias cartas que escribiera al padre Rubeo, contestando a sus críticas, sólo dos se han conservado, si bien son largas y fuertes, y, como bien dice Mir, verdaderos «monumentos de sabiduría y de santa y apostólica libertad». En el mes de junio de 1575 recibió las cartas que él la enviara en el mes de octubre del año anterior y en el de enero del corriente. Y las contestó al día siguiente de recibirlas, comenzando, con exquisito tacto, por decir que, aunque no las había recibido tan pronto como hubiese querido, se sentía muy consolada al saber que su señoría estaba bien de salud, y comunicándole que todas las monjas habían rezado por él aquel día en el coro. Y continuaba: «Y, sin eso, todas tienen cuidado, que como saben lo que yo a Vuestra Señoría amo, y no conocen otro padre, tienen a Vuestra Señoría gran amor, y no es mucho, pues no tenemos otro bien en la tierra.»

Le repetía lo que ya había escrito acerca de sus fundaciones en Andalucía y sus malentendidos sobre Beas. Le aseguraba que creía que todos los frailes descalzos juntos no eran nada comparados con la orla de su manteo, y que ella no le causaría la menor contrariedad por nada del mundo. Les había mostrado su autorización a los frailes calzados que la habían visitado, por lo que hablan, al fin, visto que Rubeo la autorizaba a fundar en «todas partes», y que incluso la había encargado que fundase, con el resultado final de que ella había hecho más de lo que sus fuerzas la permitían, y ahora se encontraba ya vieja y gastada. Pero añadía; «Mas mi principal deseo es lo que a Vuestra Señoría escribí de entender en esta maraña de estos padres [Gracián y Mariano], que, aunque ellos justifican su causa, que verdaderamente no entiendo de ellos sino ser hijos verdaderos de Vuestra Señoría y desear no enojarle; no los puedo dejar de echar culpa. Ya parece van entendiendo que fuera mejor haber ido por otro camino, por no

enojar a Vuestra Señoría. Harto reñimos, en especial Mariano y yo, que tiene una presteza grande, que Gracián es como un ángel; y a estar solo, se hubiera hecho de otra suerte, y su venida acá fue por mandárselo fray Baltasar, que era entonces prior de Pastrana. Yo digo a Vuestra Señoría que si le conociese, que se holgase de tenerle por hijo, y verdaderamente entiendo lo es, y aun el Mariano mesmo.

»Este Mariano es hombre virtuoso y penitente, y que se hace conocer con todos por su ingenio, y crea Vuestra Señoría cierto, que sólo le ha movido lo de Dios y el bien de la Orden, sino que, como yo le digo, ha sido demasiado y indiscreto. Ambición no entiendo que la hay en él, sino que el demonio, como Vuestra Señoría dice, revuelve estos negocios, y él dice muchas cosas, que no se entiende. Yo le he sufrido harto algunas veces, y, como veo que es virtuoso, paso por ello. Si Vuestra Señoría oyera los discuentos que dan, no dejaría de satisfacerse. Este día me decía que hasta que se ponga a los pies de Vuestra Señoría no ha de parar. Ya escribí a Vuestra Señoría como entrambos me han rogado escriba a Vuestra Señoría, que ellos no osan, y de sus disculpas.»

Protestó contra la excomunión de Gracián y explicó que había huido a casa de su padre solamente cuando el provincial le había arrojado del priorato en Madrid. Después de todo, lo cierto es que recibió sus poderes del visitador apostólico Vargas y del nuncio, y sus frailes descalzos eran considerados en toda España como unos verdaderos santos. Hacían buena vida, tenían recogimiento y había entre ellos varios de muy buena cuna. Más de veinte estudiaban Leyes Canónicas o Teología, y eran unos setenta en total... ¿Qué seria, pues, de ellos?

No empequeñecía Teresa las cosas al referirse a los frailes calzados de Andalucía. Le complacían mucho algunos, especialmente el prior, padre Miguel de Ulloa, que era un verdadero buen hombre; pero, en cambio, algunos de los frailes de Sevilla llevaban una vida tal que en comparación de ellos los de Castilla le parecían muy buenos. Así decía:

«Aun después que aquí estoy, ha acaecido una cosa harto trabajosa, que en mitad del día halló la Justicia dos frailes en una casa infame, y públicamente los llevaron presos, que fue harto mal hecho, que ya no me espantan flaquezas; mas querría que se mirase la honra. Esto después que a Vuestra Señoría escribí. Con todo, dicen que es bien cogidos que fuesen.»

Su carta a Rubeo, de comienzos de febrero del año 1576, es una conmovedora súplica en favor de la comprensión de ella misma y del perdón a favor de Gracián y de Mariano. Su historia era verdad, bien diferente de la que se hiciera circular en Italia, en donde, a la sazón, se encontraba el padre general. El nuncio había renovado su comisión a Gracián, bien contra la voluntad de éste; pero, una vez que la hubo aceptado, La Madre hizo cuanto fue posible para convencer a Gracián y a Mariano de que debían andar con tiento y conducirse con los calzados como verdaderos hermanos; a cuyo respecto escribió a Rubeo: «... y como a Vuestra Señoría escribí, hallo aquí a personas de buen talento y letras, que quisiera yo harto las hubiera ansí en nuestra Provincia de Castilla.» No extrañaba, por otra parte, que los padres calzados estuviesen ya cansados de tantas visitas e innovaciones. De todas suertes, dado que Gracián era un miembro de la Orden, confiaba en que acabarían aceptándole como visitador. E insistía diciendo: «Lo que yo torno en ésta a suplicar a Vuestra Señoría, por amor de Dios

Nuestro Señor, y de su gloriosa Madre (á quien Vuestra Señoría tanto ama, y este padre lo mesmo, que por ser muy su devoto entró en esta Orden), que Vuestra Señoría le responda, y con blandura, y deje atrás otras cosas pasadas, aunque haya tenido alguna culpa, y le tome muy por hijo y súdito; porque probablemente lo es, y el pobre Mariano lo mesmo, sino que algunas veces no se entiende. Y no me espanto escribiese a Vuestra Señoría diferente de lo que tiene en su voluntad, por no saberse declarar, que él nunca confiesa haber sido, en dicho ni en hecho, su intención de enojar a Vuestra Señoría.»

«Mas mire Vuestra Señoría, que es de los hijos errar y de los padres perdonar y no mirar a sus faltas. Por amor de Nuestro Señor, suplico a Vuestra Señoría me haga esta merced.» No le habría a ella importado que Rubeo la hubiese escrito directamente, ordenándola acabar con las fundaciones y permanecer quieta; pero «como tengo tan gran amor a Vuestra Señoría, no he dejado como regalada de sentir que, como a persona muy desobediente, viniese de suerte que el Padre Fray Angel pudiese publicarlo en la Corte antes que yo supiese nada, pareciendo se me hacía mucha fuerza; y ansí me escribió que por la Cámara del Papa lo podía remediar, como si fuera un gran descanso para mí. Por cierto, aunque no lo fuera hacer lo que Vuestra Señoría me manda, sino grandísimo trabajo, no me pasara por pensamiento dejar de obedecer.»

Si fray Angel de Salazar había dado el permiso para Beas y Caravaca, lo había dado Gracián para Sevilla; y, sin embargo, he aquí que el primero de ellos la llamaba apóstata y excomulgada. Y ella escribió: «Harto provecho le haría, si tan mal estuviese con Valdemoro. Como es prior de Ávila quitó los Descalzos de la Encarnación, con harto gran escándalo del pueblo (que estaba la casa

que era para alabar a Dios), que es lástima el gran desasosiego que train, y escríbeme que, por disculparle a él, se echan la culpa a sí... Harta pena me ha dado el desconsuelo de aquellas monjas, que no les dan sino pan, y por otra parte tanta inquietud, háceme gran lástima. Dios lo remedie todo, y a Vuestra Paternidad nos guarde muchos años.»

Las cartas a Rubeo no produjeron el menor efecto, y, por su parte, Gracián y Mariano no se tomaron jamás la molestia de intentar conciliárselo, a pesar del deseo de La Madre. Los seres humanos, no había de ello duda, eran para decepcionar; lo mismo que los pequeños ramos secos de romero, como ella descubriera un día en Toledo. Pero Dios nunca la abandonó y, de vez en cuando, la procuraba algún gran consuelo. Uno de ellos fue la fundación del convento en Caravaca, provincia de Murcia, el día primero de enero de 1576. Era el caso que tres virtuosas mujeres de la localidad se habían sentido conmovidas por el sermón del padre jesuita Leiva, e impulsadas a ofrecer todos sus bienes a Dios para el sostenimiento de un convento en Caravaca; y al oírle las descripciones que él hiciera de las casas de la madre Teresa, la invitaron a que fuese allá. Después de muchas gestiones, se obtuvo la necesaria licencia y, al fin, llegaron varias monjas de Malagón, acompañadas por el padre Julián y por Antonio Gaytán, las cuales tomaron posesión de una casa que se les había previamente preparado, y mientras la hermana Ana de San Alberto llegaba de Sevilla para ser la priora. Teresa se sintió perfectamente satisfecha. Y escribió a un amigo que creía la habían estafado. «Del precio de la casa no estoy descontenta, ni vuestra merced lo esté; porque a trueco de tomar buen puesto, jamás miro en dar la tercia parte más de lo que vale y aun la mitad me ha acaecido dar; porque importa tanto tenerle un monesterio, que sería yerro mirar

en ello. El agua y vista tomara yo en otra parte, con mucho más de lo que costó.» ([82])

Por su parte, su hermano Lorenzo se había pasado todo el invierno buscando una nueva en Sevilla y, luego de haber encontrado otra en buenas condiciones en la primavera de 1576, prestó a las monjas el dinero preciso para comprarla. Era una antigua y espaciosa finca, rodeada de jardines, en la calle de la Pejería, hoy de Zaragoza. Por un trato, del día 5 de abril de 1576, se fijó el precio de compra en 6.000 ducados, de los que Lorenzo aportó cuatrocientos en el acto. Se había convenido que el vendedor pagase la alcabala, impuesto que suponía como unos trescientos ducados, pero, por un error del escribano, apareció que debía pagarla el comprador. En el transcurso del litigio, los enojados vendedores hicieron culpable de todo ello a Lorenzo, y éste tuvo que verse obligado a escapar para que no le detuviesen, acogiéndose al monasterio carmelita con Gracián.

Al comentarlo, escribió La Madre: «él ha padecido harto, y con ánimo en gastar y llevarlo todo, que nos hace alabar a Dios. Bien con razón le quieren estas hermanas, que ninguna ayuda han tenido, sino darnos más trabajo... Ahora está retraído por nosotras; y fue gran ventura no le llevar a la cárcel, que es aquí como un infierno, y todo sin ninguna justicia, que nos pidan lo que no debemos, y a él por fiador. Acabarse ha esto en yendo a la Corte, que es una cosa sin camino, y él ha gustado de pasar algo por Dios.» ([83])

Desde los días de la fundación de Ávila no había vuelto a experimentar tantas contrariedades como aquel año. Debió, sin duda,

---

[82] Carta a don Rodrigo de Moya, 19 de febrero de 1576.

[83] A María Bautista, el 29 de abril de 1576.

de ser algunos días después de la escapatoria de Lorenzo cuando Gracián, al ir a visitar el convento, vio que la calle estaba completamente ocupada por los caballos y las mulas de los *familiares* de la Santa Inquisición, mientras que en frente se apiñaba una muchedumbre de curiosos para ver a los oficiales sacar una tras otra a las *beatas*, a las que se había denunciado por herejes. Pues tal era la situación con que las tretas del demonio habían logrado soliviantar el espíritu del país en contra de sus santos más gloriosos. El padre Gracián consiguió abrirse paso por entre la enardecida muchedumbre y los agentes de la Inquisición hasta el interior de la casa, en donde vio a la madre Teresa tan serena y sonriente como si nada ocurriera; fue ella quien tuvo que disiparle los temores diciéndole: «Mire, Padre, van a quemarnos a todos por Cristo; mas no haya miedo, porque ninguno que tiene fe sufre nunca cosa por causa de la Inquisición.»

Sea cual fuere el comienzo de tal proceso (puede haber sido la despectiva venganza de la princesa de Éboli), la verdadera causa inmediata fue una denuncia presentada al Santo Oficio por aquella melancólica *beata* que lo había abandonado, enojada al ver que los otros miembros de la comunidad tenían en muy poco su santidad. Denunció ella que a las monjas se las ataba de pies y manos, se las flagelaba, y que se confesaban a un confesor y además a la madre priora, en obediencia a un artículo de la Regla que las mandaba dar cuenta del estado de su alma a sus superiores. Lo cual pudo haber sugerido prácticas nefandas de Iluminismo a los *Padres Inquisidores*, como uno de ellos hubo de hacer ver al interrogar a la hermana Isabel de San Jerónimo:

—¿Dicen las hermanas a la priora lo que hay en su corazón?

—Sí —replicó con presteza la interrogada.

El interrogador adoptó un continente severo, y prosiguió.

—Pero la priora no nos da la absolución —añadió la interrogada.

El inquisidor soltó la carcajada al oír aquello. Empezaba a ver claramente la situación, por lo que no quiso someter a las monjas a la humillación de hacerlas conducir por las calles como a delincuentes, ni siquiera las llamó a declarar. Pero, como las acusaciones eran demasiado graves para que se las pasara por alto con una simple carcajada, se las remitió para posterior investigación a dos excelentes teólogos, jesuitas ambos, uno de ellos el propio confesor de La Madre, el padre Rodrigo Álvarez, que la pidió escribiera para cada uno de los dos una descripción del estado de su alma.

Había, además de la vengativa *beata*, otro delator, un sacerdote anónimo que, durante algún tiempo, había estado confesando a las monjas. Aquejado él también de melancolía y no muy bien dotado mental y espiritualmente, tomó tan en serio la acusación de la novicia neurasténica, que la alentó para que presentase la denuncia a la Inquisición y, en parte, incluso la corroboró. La madre María de San José le ha identificado nada menos que con el en cierto modo genial padre Garciálvarez, que había ayudado a Lorenzo en sus gestiones para encontrar la nueva casa y había, asimismo, contribuido no poco a su equipamiento. Sigue siendo todavía un misterio la razón o motivo que pudo haber tenido aquel bienhechor para hacer lanzar sobre las cabezas de las infelices monjas los rayos de la investigación inquisitorial. Pero «todo se pasa», como escribió luego La Madre, en su libro de apuntes; y todo ello acabó felizmente con la completa y absoluta exoneración

de toda clase de culpa por los dos jesuitas, cuyo informe fue totalmente aceptado por el Santo Oficio.

Como nada se oponía ya a la apertura de la nueva casa, las monjas tomaron posesión de ella el día 1 de mayo del año 1576. Había sido su deseo el celebrarla a la chita callando, pero el padre Garciálvarez insistió en que debía hacerse con una celebración pública, la cual tuvo lugar, con gran pompa y regocijo, el día 3 de junio. En ella el venerable arzobispo llevó el Santísimo Sacramento desde una de las iglesias parroquiales por las antiguas calles, seguido por la mayoría del clero de la ciudad y de gran número de cofradías, formando, de tal suerte, una brillante procesión, mientras acudían las muchedumbres a aplaudir y admirar y se hacían salvas de artillería. Resultó una gran fiesta de justificación y descargo para la madre Teresa de Jesús. Y para que todo alcanzara su punto culminante, cuando ella pidió su bendición al arzobispo, este, arrodillándose ante la monja, pidió que ella se la diese a él, lo que hizo a la vista de toda la muchedumbre. A la noche hubo fuegos artificiales, con gran derroche de cohetes, y los sevillanos se mostraban grandemente complacidos.

Sólo ocurrió un incidente desagradable. Un puñado de pólvora que había quedado olvidado en un poyo de piedra del patio, a la parte afuera del claustro, se encendió, a consecuencia de lo cual se produjo de súbito una gran llama que subió lamiendo las paredes de piedra a lo largo del claustro. Pero, aun cuando ennegreció las paredes hasta el mismo borde de algunos valiosos tapices de seda, púrpura y oro que de ellas colgaban y que habían sido cedidos para tal solemnidad, no llegó a tocar a ninguno. Todo lo atribuyó La Madre a un gesto vengativo del demonio por el desagrado que aquello le producía.

Comparada con la anterior, podía decirse que aquella casa era un paraíso. Las monjas no se cansaban de mostrar su gratitud, según escribió Teresa al padre Mariano: «... No acaban las monjas de dar gracias a Dios. Sea hoy todo bendito. Todos dicen que fue de balde, y así certifican que no se hiciera ahora con veinte mil ducados. El puesto dicen es de los buenos de Sevilla.» Tanto el claustro como la iglesia habían sido decorados con gran esmero por el padre Garciálvarez, que incluso se había preocupado de instalar una pila de agua de azahar.

Había, pues, llegado para Teresa el momento de dejar a Sevilla y recluirse para siempre, como había decretado el Capítulo General, en el convento que para ello eligiese. Escogió el de Toledo, y el día después de la procesión, 4 de junio de 1576, salió camino del norte con su hermano Lorenzo y Teresita, con su hábito de carmelita, y un amigo llamado Alonso Ruiz, de Malagón. Aquel viaje fue bien distinto de los que hasta entonces había hecho, ya que Lorenzo, en su calidad de rico americano, insistió, como era natural, en viajar en un carruaje de cierto empaque. Teresa disfrutó verdaderamente de tal viaje, pues, por una vez al menos, tuvo buena salud, y para ella suponía un verdadero gran alivio el verse lejos de Sevilla, tan calurosa, y de los andaluces, y le seducía la idea de poder disfrutar pronto de una tranquila contemplación de la Divina Majestad, sin más fundaciones que hacer, sin más discusiones, engaños ni malentendidos. A buen seguro que no faltaron las chanzas, las risas, tal vez incluso las canciones, a medida que el carruaje iba dejando tras si pueblos de nombres tan sonoros como Alcolea, Lora, Palma, Almodóvar del Río y Córdoba.

El día 15 de junio se detuvieron en Malagón y encontraron a las monjas de allí tan desgraciadas en su tan mal situada casa que

La Madre pensó seriamente en suprimirla, pero cambió, al fin, de idea. Uno de los días siguientes hubo gran algazara y griterío a la puerta de un mesón cuando una gran salamandra se le subió por el hábito y se le metió dentro de él por una manga. Es muy probable que ella gritase como cualquier otra mujer habría hecho en su caso. Su valeroso hermano Lorenzo le sacó el bicho de la manga y lo tiró lejos, con tan mala suerte que fue a dar en la misma boca de Alonso Ruiz. Teresa hizo una pintoresca descripción de todo ello en una carta que escribió al padre Gracián, hablándole, con todo detalle, de la suntuosidad del carruaje, de la generosidad de Lorenzo y de la comodidad de viajar a la hora que más les agradaba..., no sin añadir algunos maternales consejos referentes a su salud y a su labor. Y así continuó el viaje hasta que, luego de quince días de camino, hicieron su entrada en la altiva y señorial ciudad de Toledo, en donde ella se hacía la ilusión de encontrar no sólo el deseado retiro sino, incluso, el descanso.

# CAPÍTULO XXIX

## TERESA EN "PRISIÓN" EN TOLEDO

El Greco llevaba ya un año viviendo en Toledo, y su famoso cuadro con la pintura de una tempestad sobre el «sombrío peñascal encima del que refulge y se suaviza un amontonamiento dorado y violeta de palacios, mansiones señoriales, minaretes y campanarios», como dice el padre Bruno, en su obra sobre San Juan de la Cruz, pudo haber sido un verdadero símbolo de las pasiones humanas y diabólicas que no iban a tardar en desencadenarse sobre la cansada cabeza de aquella mujer sexagenaria toda amor y paz. Pues era el caso que Teresa estaba a punto de convertirse en el centro de un conflicto casi sin precedentes, incluso en la historia de la Iglesia Católica, la sitiada ciudad de Dios en la tierra; conflicto que se extenderla desde Madrid a Roma y vuelta a España, desde la corte de Felipe II hasta los más humildes burgos y conventos más modestos, azuzando a una orden contra otra, a los amigos contra los amigos, haciendo que hombres buenos pareciesen (y a veces se convirtieran en) demonios, para acabar refinando el alma de los santos con la carga de la cruz del sufrimiento. ¿Y no había ella, por ventura, pedido con ardor compartir la vida de Jesús en la tierra? ¿No había acaso deseado ser burlada, escarnecida, despreciada, mortificada, olvidada y atropellada, y crucificada como su Majestad? ¿No había el padre fray Juan de la Cruz pedido el día de su primera misa dos grandes favores: 1, no cometer nunca pecado mortal; 2, hacer penitencia por los pecados que pudiere

haber cometido, para conservar la gracia de Dios? ¡Cómo iban a dejar de ser escuchadas las súplicas de corazones tan sinceros como ésos! Esta puede ser, pues, la llave para algunos de tales misteriosos, y con frecuencia inexplicables, conflictos, malentendidos y rivalidades que surgían en las filas de los católicos. Lo que en la superficie, no como torpeza de parte de los hijos de la luz, sino como una increíble necesidad y perversidad por su parte, puede constituir la prueba de una gran limpieza de la escoria humana en el cuerpo místico del Verbo, que bajó del cielo para ser la verdadera encarnación de la crucifixión y de la resurrección.

Los sufrimientos, al modo de los de Cristo, engendran siempre una alegría en su propio corazón. Incluso en la crucifixión, el alma cristiana experimenta un anticipado gusto de la resurrección. En sus mayores alegrías no puede jamás olvidar por completo el central misterio paradójico de la Cruz. Era, por tanto, de esperar que tales años de retiro supusieran para Teresa una extraordinaria exaltación de la angustia y de los puntos espirituales culminantes.

Del lado de la crucifixión estaban el desengaño, la derrota, la incomprensión, la calumnia. Y ella tenía que sacar a relucir dos prometedoras sugerencias para sus nuevas fundaciones, debida la una a Villanueva de la Jara, procedente la otra de un padre jesuita de Burgos. Sus cartas a Rubeo habían fracasado del todo. La maledicencia intentó hacer creer que su viaje desde Sevilla a Toledo, en compañía de su hermano Lorenzo y de su sobrina Teresita, había sido una verdadera orgía en medio de frívolas damiselas y disolutos caballeros; hasta fray Angel de Salazar llegó a creerlo, de lo que hubo de sentirse muy afligido. Por otra parte, sus enemigos decían que estaba proyectando ir a fundar conventos en

América, cosa que ella comentaba así: «En gracia me ha caído la ocasión con que me envían a las Indias. Dios los perdone, que lo mejor que pueden hacer es decir tanto junto que no les crean nada.» *(Epistolario*).

Durante aquel verano estuvo mejor de salud que en muchos años anteriores. Por lo demás, estaba encantada con su nueva vivienda, de la que decía: «Tengo una celda muy linda, que cay al huerto una ventana.». Pero, antes de Navidad, ya estaba otra vez fuera de sí, practicando un ayuno sumamente prolongado, que comenzó con la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, el día 14 de septiembre, y terminó con la cuaresma siguiente. En el mes de febrero estaba seriamente enferma, pero se restableció en pocas semanas. Después, durante los dos años siguientes, padeció de terribles ruidos en la cabeza, hasta el extremo de que dejó de poder escribir. De lo cual se contentaba escribiendo a Lorenzo que creía que tal enfermedad iba a ser una buena cosa para ella porque empezaba a aprender la manera de escribir con una secretaria. Cuando quería volver a usar ella misma la pluma le aumentaban, en seguida, los ruidos.

Por consejo del padre Yanguas, O. P., de Segovia, escogió por confesor a fray Diego de Yepes, prior de los jerónimos del monasterio de La Sisla, cerca de Toledo. Durante algún tiempo fue él con regularidad para escucharla en confesión, y luego comenzó a espaciar, poco a poco, sus visitas. Teresa y la priora estaban intrigadas por ello, y, por su parte, el sacerdote no podía dar explicación alguna razonable sino la de que parecía como si hubiese siempre un poder superior que le impidiese ir. Un día La Madre, mientras estaba en oración, supo por Nuestro Señor que era Él mismo quien detenía al padre Yepes, porque deseaba para ella

otro confesor, el doctor Velázquez, canónigo de la catedral. Teresa obedeció por consejo del padre Gaspar de Salazar, S. J., y se las compuso para hacerlo así sin ofender a Yepes.

Pasó largo tiempo sin tener éxtasis (si bien tuvo varias visiones y otras mercedes del cielo), pero, en el mes de enero del año 1577, volvió a tenerlos con gran violencia. Y dijo a Lorenzo acerca de ello: «Ni basta resistir, ni se puede disimular. Quedo tan corridísima, que me querría meter no sé donde. Harto ruego a Dios se me quite esto en público, pidáselo vuestra merced que tray hartos inconvenientes, y no parece es más oración. Ando estos días como un borracho, en parte.»

Un día, durante los Maitines, se quedó en éxtasis tanto tiempo que la hermana Juana del Espíritu Santo tuvo que conducirla a su celda, y, cuando volvió en sí, dijo que había hecho tan grande esfuerzo para evitar el éxtasis que la dolían todos los huesos como si se le hubieran roto. A veces, cuando oía tocar la campana de la oración, se encerraba en su celda y allí permanecía en silencio tres o cuatro horas, y, si alguien llamaba, no respondía. Otra vez, la sacristana la encontró apoyada contra una pared, y rígida como una muerta.

Salvo en tales momentos deleitosamente atormentadores, llevaba la vida acostumbrada de una monja corriente, con tanta humildad, perfección y contento que todas las otras trataban de imitarla. Incluso se sentía con humor apologético por el hecho de hallarse bajo techo, siendo así que Cristo había carecido por completo de él. Llevaba hábitos raídos y rotos, que zurcía y remendaba cuidadosamente ella misma, si bien estaba siempre inmaculadamente limpia y no podía por menos de mostrar su desagrado cuando veía a alguna que tenía el hábito manchado; de todas

suertes, para ella, cuanto más viejo mejor, y siempre trataba de llevar alguno ya desechado por otra hermana. Ribera, que la conocía bien, así como a otras monjas, creía que la gran limpieza de su alma parecía habérsele comunicado por sí misma al cuerpo, pues era el caso que las tocas y las túnicas por ella llevadas no tenían olor alguno de traspiración, como solían tener los de las otras y, en cambio, conservaban una buena y agradable fragancia.

No la gustaba estar nunca ociosa. Si no estaba hilando, se ponía a devanar o desenredar lo por las otras hilado, o a hacer algo por el estilo. Incluso cuando iba a la reja para hablar con los confesores o con otras graves personas —y a cada momento la iban a consultar sobre cuestiones espirituales o de otra índole— tenía entre manos cualquier labor de hilar o tejer mientras escuchaba o hablaba; y consideraba que una de las grandes ventajas de las rejas cerradas era que permitía tener las manos ocupadas mientras se prestaba atención a lo otro. Una de las objeciones que tenía que hacer contra los libros que los confesores la mandaban escribiese, era que no la permitían dedicarse a hilar de vez en cuando.

Le había ordenado el padre Gracián que terminase cuanto antes el libro de las *Fundaciones* por ser cosa sabrosa. Teresa había llegado tan sólo a la relación de la de Alba de Tormes. Y, desde entonces, trabajando un poco de vez en cuando, especialmente por la mañana temprano y tarde por la noche, fue prosiguiendo con las de Segovia, Beas y Sevilla, hasta el final con la de Caravaca (capítulo XXVII).

El último día del mes de octubre informó al padre Gracián sobre su trabajo, escribiendo: «Las *Fundaciones* van ya al cabo. Creo se ha de holgar de que las vea porque es cosa sabrosa. ¡Mire

si obedezco bien!... No sé cómo me ha quedado tiempo para lo que he escrito, y no deja de haber alguno para Josef [en su código, Nuestro Señor], que es quien da fuerzas para todo.»

Dos semanas más tarde, escribía de nuevo: «Hase acabado hoy, víspera de San Eugenio, a catorce días del mes de noviembre, año de MDLXXVI, en el monesterio de San Joyef de Toledo... Por amor de nuestro Señor pido a las hermanas que esto leyeren, me encomienden a nuestro Señor para que haya misericordia de mí, y me libre de las penas del purgatorio y me deje gozar de sí, si hubiere merecido estar en él; pues mientras fuere viva no lo había de ver, séame alguna ganancia para después de muerta lo que me ha cansado en escribir esto, y el gran deseo con que lo he escrito de acertar a decir algo que os dé consuelo, si tuvieren por bien que lo leáis.» (*Fundaciones*, final del cap. XXVII).

A los pocos meses ya estaba de nuevo en la brecha escribiendo *El Castillo Interior y Las Moradas*. Esta obra maestra de análisis y exposición, este arco de coronamiento de la gran trilogía sobre la oración mental, que, comenzando con la *Autobiografía*, sigue con el *Camino de Perfección*, debía su nacimiento, a juicio del padre Gracián, a una sugerencia que él hiciera. Un día, mientras discutían sobre un cierto punto de teología mística, Teresa dijo que aquel punto estaba admirablemente tratado en su libro sobre su vida, que se hallaba en poder de la Inquisición. A lo que el padre Gracián replicó que, ya que no podían tenerlo, tomase nota de lo que recordase de él y de otras cosas y que escribiese otro libro... Una vez escrito, él y el padre Yanguas lo leyeron en presencia de ella y le indicaron algunas partes que parecían malsonantes. Después de ello, cometió la impertinencia, como de tal la califica Lafuente, de tachar palabras, frases enteras

y lo que bien le pareció y de sustituirlas con otras de su puño y letra cuando las creía más a propósito, aunque, según opina fray Luis de León (que fue el primero en editar sus obras), las de Gracián eran invariablemente inferiores a las de ella, que él restauró; si bien no fue, en cambio, tan respetuoso por cuanto a los jesuitas se refería.

El descaro de aquel su director espiritual resulta todavía menos explicable si se tiene en cuenta que ella escribía tal obra, aquella *magnum opus*, bajo la directa inspiración de Dios. Si bien era Gracián quien había proporcionado la ocasión, el germen de tal idea lo había llevado ella mucho tiempo antes en su cabeza. Acaso se le ocurriera algunos años antes al meditar sobre las palabras de Cristo cuando dice: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay» (Jn 14, 2). Y en el último capítulo de la *Autobiografía* ya hubo de expresar su idea a tal respecto, al escribir: «Digamos ser la Divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo, o espejo..., salvo que es por tan subida manera, que yo no lo sabré encarecer, y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera desta grandeza. ¡Cuán espantoso me fue en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda, ver qué cosas tan feas se presentaban en aquella limpieza de claridad como eran mis pecados!» (*Vida*, cap. XL). En *Camino de Perfección* vislumbró mucho más claramente la tesis del *Castillo Interior y Las Moradas*. Y luego prosigue:

«Pues hagamos cuenta que dentro de nosotras está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas, en fin, como para tal señor; y que sois vos parte para que este edificio sea tal, como, a la verdad es ansí, que no hay

edificio de tanta hermosura como una alma limpia y llena de virtudes, y mientras mayores, más resplandecen las piedras; y que en este palacio está este gran Rey que ha tenido por bien ser nuestro Padre y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón» (*Camino*, cap. XXVIII).

Sin embargo se sintió descorazonada cuando Gracián la dijo que escribiese otro libro, y exclamaba preguntando por qué querían que escribiera. Que escribiesen los hombres letrados, los que habían estudiado, porque ella era una tonta y no sabía lo que decía, que usaría una palabra en vez de otra y lo haría mal. Que había muchos libros sobre las cosas de la oración. Por el amor de Dios, lo que ella quería era que la dejasen cumplir con sus obligaciones del coro y de religión, como las otras hermanas, porque no era buena para escribir ni tenía salud bastante para ello.

Mientras estaba meditando en la forma que debería darle, tuvo una visión en la que su antigua concepción se le presentó de manera más definida y con mayor detalle. Le dijo ella cómo el día víspera del domingo de la Trinidad, del año 1577, le había Dios mostrado como en el momento de un relámpago el libro completo. El cual era como un hermosísimo cristal de oro parecido a un castillo en el que vio siete mansiones, y en la séptima, que estaba en el centro de él, el Rey de la Gloria en su mayor esplendor, que desde allí hermoseaba e iluminaba todas aquellas moradas al exterior del castillo, en donde los habitantes recibían más luz cuanto más cerca estaban del centro, que era el palacio en donde estaba el Rey. Y ella vio que esta luz no llegaba más allá de él, sino que afuera de él todo eran sombras y los habitantes ranas, víboras y otros animales que eran venenosos; y, mientras ella admiraba tal belleza que el Señor comunicaba a las almas desde el centro, la

luz desapareció de pronto y, aunque el Rey de la Gloria no se fue del castillo, el cristal se cubrió de oscuridad y se puso tan negro y feo como el carbón, con un hedor insoportable, y se abrió la puerta para que los animales venenosos que estaban afuera pudiesen pasar adentro, «y ese era el estado en que se hallaba el alma cuando estaba en pecado mortal.»

Dice Yepes que, por medio de tal visión, le reveló Nuestro Señor cuatro cosas, a saber: 1) Que Dios está en todas las cosas. Un sacerdote ignorante la había inquietado negando tal cosa, diciendo que Él sólo estaba en nosotros por medio de la gracia, pero Yepes la volvió a tranquilizar un día que habló con ella en Toledo; 2) Entendía la malicia del pecado, ya que, si no se ausenta Dios del alma pecadora, sino que permanece infinitamente en ella presente por razón de Su inmensidad, el pecado puede impedir que el esplendor de Su gloria se comunique a tal alma y con ello todas las bendiciones y tesoros consiguientes; 3) Aprendió la humildad y el profundo conocimiento de sí misma, ya que desde entonces vio que toda la belleza del alma procedía de Su belleza y todas las virtud de Su virtud y todo poder y todo conocimiento de Su inmensa sabiduría, de suerte que tenemos muy escasa parte en el bien que hay en nosotros, salvo por medio de la ayuda del Rey; 4) Se sintió inclinada a escribir *El Castillo Interior y Moradas* cuyo verdadero título se lo había inspirado Nuestro Señor. Teresa dijo al que había de ser biógrafo suyo que un rayo de luz había penetrado en su entendimiento, de manera que en un abrir y cerrar de ojos entendió más cosas de las altísimas cosas de Dios que si unos grandes teólogos la hubieran estado instruyendo durante mil años (Yepes: *Loc. Cit.*).

Se puso, pues, a trabajar y terminó el maravilloso libro en cinco meses, pudiendo escribir la palabra *finis* la víspera de San Andrés, el día 29 de noviembre, si bien puede decirse que el tiempo total que en escribirlo tardara no excedió de cuatro semanas. Una noche, una monja que esperaba a la puerta de su celda para darle un mensaje, vio dorados rayos de luz que salían de su rostro, mientras siguió escribiendo hasta medianoche con una increíble celeridad, llenando página tras página. Y, cuando terminó, la luz del velón, o de lo que fuera, parecía verdadera oscuridad en comparación de la suya. Luego de lo cual, la hermana la vio arrodillarse, abrir los brazos en cruz y permanecer en aquella actitud, completamente inmóvil, durante tres horas o más ([84]).

La madre María del Nacimiento, que era la superiora de Toledo en el año 1577, refirió que había visto a Teresa en éxtasis ante una hoja impoluta en la que se disponía a escribir, y, cuando volvió en sí, la hoja estaba del todo cubierta por su fuerte y vigorosa letra. La afición de Teresa por apreciar esta su obra más que ninguna otra de las suyas, provenía, sin duda, de su creencia de que Dios era el autor verdadero, y ella no era más que la amanuense que la había escrito con relativa facilidad, como, al final, ella misma reconoció. Según escribió al padre Gaspar de Salazar, hablando de tal joya en tercera persona, criticándola, ésta era en su concepto por muchas razones mejor que la otra (la *Autobiografía*), «porque no trata de cosa sino de lo que es Él... y con más delicados esmaltes y labores; porque dice que no sabía tanto el platero que lo hizo entonces, y es el oro de más subidos quilates, aunque no tan al descubierto van las piedras como acullá.

[84] La hermana Ana de la Encarnación, más tarde priora de Granada, como testigo para la canonización.

Hizo por mandado del Vidriero, y parécese bien a lo que dicen.» (*Epistolario*)

Si alguna vez hubo un libro con el sello de la divinidad, a buen seguro es éste del *Castillo Interior y Moradas*. Por su lucidez, su sublimidad, su armonioso maridaje de pensamientos, de sentimientos y expresión, ha sido comparado al *Paraíso* de Dante. Su plan está tan cuidadosa y simétricamente dispuesto como en el poeta italiano, y el efecto es todavía más fuerte e inolvidable. Los poetas se han hecho lenguas de las figuras del libro y los mismos tomistas lo han encontrado en todo y por todo conforme a las altas enseñanzas de Santo Tomás. Desde que escribiera el *Camino*, Teresa había aprendido mucho, y todavía más desde aquellos párrafos pesados, envolventes y cargados de repeticiones que ocultaban las joyas admirables de la *Autobiografía*. Aquí, en cambio, todo es concisión, vigor, coherencia, sobriedad.

¿En dónde hay que encontrar a Dios?, pregunta, en realidad Teresa. Y retrotrayendo el pensamiento a la tesis luminosa que le inspirara el *Tercer Abecedario* de Osuna el año que fue a Becedas, se contesta a sí misma: «dentro de nosotros».

Así, pues, el alma humana es como un hermoso castillo que contiene varias mansiones, en cuyo centro mismo se encuentra en su trono la Majestad Divina. Las almas en pecado mortal no pueden penetrar en el palacio, sino que han de quedarse afuera de él en medio de las cosas repugnantes y reptantes —siervas del diablo —, ennegrecidas en su muerte viviente, incapaces de hacer nada bueno. Una vez se le reveló en una visión que todo el que vislumbrara los efectos del pecado mortal, soportaría todos los tormentos imaginables antes que cometer uno solo de ellos. Estos desdichados quedan por siempre excluidos, a menos que se arrepientan y

sean perdonados. En el castillo entran tan sólo quienes están en estado de gracia, y por la puerta de la oración y la meditación.

I. En la primera morada están los que, aun cuando libres de pecado mortal, yacen profundamente sepultados bajo las preocupaciones y las vanidades del mundo, piensan sólo en sus almas de vez en cuando, rezan alguna que otra vez por mes, y son seguidos al interior del edificio por reptiles que les molestan y les impiden ver su belleza.

2. En ésta se hallan las almas de los que han comenzado a tener el propio conocimiento necesario para realizar progresos en y para practicar la oración. Oyen a Nuestro Señor cuando les llama por medio de sermones, buenas obras, o palabras de la gente piadosa, por medio de las enfermedades y de las perturbaciones, pero que no evitan las ocasiones de pecar, cometen pecados veniales y son furiosamente atacados por el demonio, hasta el extremo de que sufren más que los que se hallan en la morada primera —mucho más si el demonio se da cuenta de que son capaces de realizar un gran progreso espiritual, porque entonces todo el infierno se unirá contra ellos para impedírselo—. Éstos deben unirse con personas espirituales, sobre todo con las más adelantadas, y decidirse a no admitir nunca la derrota, sino a abrazar la cruz de Cristo como un arma invencible, sin ninguna idea vil de recompensa y para conformar su voluntad a la voluntad de Dios.

3. Se llega después a los que tratan de evitar incluso los pecados veniales, que aman la penitencia, que dedican horas a la meditación, que emplean bien su tiempo, hacen obras de caridad, llevan bien el gobierno de sus casas si las tienen, y son recatados en el vestir y en la conversación. Sin embargo, como el joven rico

del Evangelio, tienen tal amor de sí mismos que no pueden tomar la estrecha y solitaria senda de la perfección, que no están lejos de seguir el ejemplo de ese joven, que se marchó triste porque tenía grandes riquezas. Aquí aprendemos, por medio de nuestras faltas, la indispensable virtud de la humildad, que es todavía más indispensable que la penitencia y las mortificaciones. Teresa conocía muchas almas que habían alcanzado esta tercera morada y permanecido en ella, contentas al parecer, durante muchos años; y, sin embargo, a pesar de algunas fáciles pruebas a sentirse a veces temerosas y descorazonadas y, luego de haber practicado la virtud, creían que ya no necesitaban del consejo de los demás. Con éstos no valía la pena de discutir, pues creían que tenían una conducta santa y querían que los demás estuviesen de acuerdo con ellos. El que tenía lo bastante para vivir y se afanaba por adquirir mayores riquezas no podía tal vez entrar en las moradas próximas al Rey, por buenas que fueran sus intenciones y su misma vida, ni tampoco podían los que eran incapaces de soportar el desprecio o la falta de respeto de los demás. Sus penitencias estaban tan admirablemente ordenadas como sus casas; no serían jamás indiscretos en sus mortificaciones para no perjudicar a su salud. No hay miedo de que se maten. Los de esta morada, que quisieran seguir adelante, tenían que practicar la inmediata obediencia. Incluso si no tenían estado religioso, debían escoger un director espiritual, y atenerse implícitamente a su voluntad —y no a una persona prudente, según el propio criterio de ellos, sino de uno que estuviera por completo alejado del mundo—. Si no logran progresar, se ven ante el peligro de volver, por causa de persecución o tentación, a las primeras moradas.

4. Se halla la cuarta morada en un plano distintamente más elevado, y tan lleno de sutiles bellezas, que es imposible explicar-

las a quienes no las han experimentado. Los reptiles venenosos entran rara vez en ella y, si lo hacen, causan más daño que beneficio, pues las almas están tan sólidamente asentadas en la gracia que las tentaciones las hacen usualmente todavía mejores. En ésta, se experimenta la oración de quietud y, con ella, la devoción sensible y la suavidad, tales como empezó a sentirlas Teresa cuando comenzó a llorar por causa de la Pasión y no pudo cesar hasta que tuvo un fuerte dolor de cabeza. En ésta no es tan importante pensar mucho como amar mucho, lo cual no consiste tanto en la mayor suavidad de la devoción como en la mayor determinación de intentar agradar a Dios en todas las cosas, «y procurar, en cuanto pudiéremos, no le ofender, y rogarle que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo y el aumento de Ilesia Católica. Estas son las señales del amor, y no penséis que está la cosa en no pensar otra cosa, y que si os divertís un poco, va todo perdido» (*Cuartas moradas*, cap. I).

Todas las distraciones involuntarias deben ser ignoradas. Así, por ejemplo, dijo Teresa: «Escribiendo esto, estoy considerando lo que pasa en mi cabeza del gran ruido della, que dije al principio, por donde se me hizo casi imposible poder hacer lo que me mandaban de escribir. No parece sino que están en ella muchos ruidos caudalosos, y por otra parte que destas aguas se despeñan muchos pajarillas y silbos; y no en los oídos, sino en lo superior de la cabeza, a donde dicen que está lo superior del alma ([85]). Y yo

[85] Tal vez aluda a la distinción de San Agustín (*De Trin.*, XIII) entre la parta más alta de la razón, entendiendo sobre cosas eternas, y la parte más baja que se dirige a las cosas temporales. Santo Tomás sostiene que esto no implica las dos distintas potencias del alma, sino simplemente dos distintas funciones. "Dícese que la razón inferior emana de la superior… en tanto en cuanto los principios usados por la razón inferior son deducidos directamente

estuve en esto harto tiempo, por parecer que el movimiento grande del espíritu hacia riba subía con velocidad, … y no será mucho que haya querido el Señor darme este mal de cabeza para entenderlo mejor; porque en toda esta barahunda della no me estorba a la oración, ni a lo que estoy diciendo, sino que el alma se está muy entera en su quietud, y amor y deseos, y claro conocimiento, ... y así no es bien, que por los pensamientos nos turbemos, ni se nos dé nada, que si los pone el demonio, cesará esto; y si es, como lo es, de la miseria que nos quedó por pecado de Adán, con otras muchas, tengamos paciencia, y suframoslo por amor de Dios. Pues estamos también sujetos a comer, y dormir, sin poderlo escusar (que es harto trabajo)» ([86]).

5. Esta es la morada de la oración de unión. Por otra vez intenta explicar en qué y cómo se diferencia ésta de la oración de quietud. La oración de quietud parece tocar tan sólo a la superficie del cuerpo, la de la unión parece penetrar hasta al mismo tuétano. La unión verdadera está por encima de toda interferencia del demonio. La prueba de ello es que, mientras dura, los sentidos de la vista, del oído y del entendimiento quedan suspensos, pues la presencia de Dios se manifiesta de forma tal que no puede ponerse en duda y que sus efectos son siempre el aumentar la devoción, el desasimiento, la humildad, el amor de Dios y del prójimo. Distingue Teresa entre las varias clases de unión, todas las cuales no le es

---

por los principios de la rezón superior. " *Summa Theol*., I, q. 79, r. 9.

[86] *Cuartas Moradas*, cap. I. Sugiere este pasaje el de separación entre la Iglesia Católica y el Maniqueísmo, y por qué se sospecha a Teresa de ser una Iluminada. Ella podía vencer los malos pensamientos involuntarios no haciéndoles caso; en cambio, los iluminados los hacía voluntarios entregándose a ellos.

dado al poder humano lograr, siendo un don libre de Dios. Semejante estado es como el preliminar de un desposamiento, una visita para hablar de lo que ha de hacerse.

6. En tal morada las almas sufren más que antes, pero disfrutan de mayores mercedes. Y, a tal efecto, enumera algunas de las aflicciones, tales como ella las soportó, y describe una oración más que compensadora, que hiere el alma con amor exquisitamente quemante. Aquí, como en todas partes, hace una distinción escrupulosa entre lo falso y lo verdadero. Las comunicaciones divinas llevan consigo el poder y la autoridad, con expresiones como: «Yo soy, no hayas miedo», susceptibles de proporcionarle al alma la certidumbre de quedarse libre de todos los temores y perturbaciones y abandonarse a la alegría, la paz y la virtud, al paso que las expresiones nacidas de la imaginación o de la melancolía no producen convicción, paz ni alegría interior. Los deliquios, los arrobamientos, los éxtasis son esencialmente todos lo mismo. Teresa los describe y analiza con precisión insuperable. En el verdadero arrobamiento incluso llega a faltar a veces la respiración. Nadie que tenga interés por comprender lo que son los arrobamientos, debe dejar de leer este capítulo; agotó de tal manera el tema, tan completa y admirablemente, que Juan de la Cruz, con todo su conocimiento de la cuestión, dijo que sería por completo inútil el incluirlo en sus propias obras. En esta morada, el alma lamenta sus pecados pasados. En cada morada es necesario meditar en la Sagrada Humanidad de Cristo, especialmente en la Pasión. El deseo de morir y ver a Dios es a veces tan intenso que es capaz de perjudicar a la salud y poner la vida en peligro. Aquí el alma está desposada con Dios, con gozo y transportes indescriptibles.

7. Ésta es la parte más interesante del libro, no sólo porque describe las experiencias espirituales más excelsas conocidas del ser humano, sino por causa de su valor biográfico, porque la misma Teresa había alcanzado seguramente tal sublime estado, en lo a esto referente, a los sesenta y dos años de edad; y es muy posible que desde las célebres epístolas de San Pablo no se ha llegado a describir tan admirablemente un estado personal de espíritu. Aquí, el alma disfruta nada menos que de su matrimonio con la Divinidad. Ya anteriormente, en la oración de unión, Nuestro Señor había unido el espíritu a Él haciéndolo ciego y mudo, impidiéndole saber cómo o por qué disfruta de tan sublime deleite. El aleja entonces el equilibrio de los ojos permitiéndola ver y entender algo en una visión intelectual. Las Tres Personas de la Santísima Trinidad se revelan a sí mismas, siguiendo una iluminación misteriosa que baña el alma en una luz divina. Recibe un sublime conocimiento infuso, lo que ya poseía por la fe lo entiende ahora, por decirlo así, con la vista, aunque no por los ojos del cuerpo o los del alma. Las Tres Personas son inseparables. El efecto de esta presencia es hacer el alma más activa en todo lo que concierne al servicio de Dios, ya que mejora las virtudes en todo. Llega, al fin, el matrimonio espiritual, en el que Dios aparece en el verdadero centro del alma, pero no por una visión imaginaria, sino intelectual, mucho más misteriosa y sublime que antes.

Para establecer claramente la diferencia entre el desposamiento espiritual y el matrimonio espiritual, Teresa utiliza de nuevo las comparaciones. La unión de desposamiento puede simbolizarse por dos velas de cera cuyas llamas se mezclan y se convierten en una sola, pero que de nuevo pueden separarse. Pero, en cambio, el matrimonio espiritual «es como si cayendo agua del cielo en un río o fuente, adonde queda hecho todo agua,

que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del rio, o lo que cayó del cielo; o como si un arroyico pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse; o como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz, aunque entre dividida, se hace toda una luz».

«Quizá es sólo lo que dice San Pablo, el que arrima y llega a Dios, hácese espíritu con él (1 Cor 6, 17) tocando este soberano matrimonio, que presupone haberse llegado su Majestad a él por unión. Y también dice: *Mihi vivere Christus est, mori lucrum;* así me parece puede decir aquí el alma, porque es adonde la mariposilla, que hemos dicho, muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo» (*Séptimas Moradas*, cap. II).

Este casamiento produce en el alma los siguientes efectos: 1) Un olvido tan completo de sí misma que parece que ella no existe. 2) Un deseo más fuerte de sufrir con alegría, cuando es perseguida, y un tal amor de los enemigos, que padece de sólo verles en dificultades y hace cuanto puede para aliviarles. 3) Un deseo de servir a Dios y hacer que otros lo hagan, en vez del deseo de morir. 4) Un deseo de estar siempre sola u ocupada en lo que a los otros aprovecha. Aquí, los éxtasis, cosa que Teresa hubo de encontrar harto extraña, se hacen raros, y aun los que se tiene no son como los primeros trances y la escapada del espíritu, y ocurren rara vez en público. Por último (con lo que insiste en su idea), estas altas mercedes les han sido otorgadas a los hombres para imitar a Cristo, de donde producen siempre una vida más intensamente activa. Siempre los más próximos a Cristo son quienes cargan con las cruces más pesadas. Por ejemplo, su propia Madre y los Apóstoles.

«¿Cómo pensáis que pudiera sufrir San Pablo tan grandísimo trabajo? Por él podemos ver qué efectos hacen las verdaderas visiones y contemplación, cuando es de nuestro Señor, y no imaginación, engaño del demonio. ¿Por ventura escondióse él con ellas para gozar de aquellos regalos, y no entender en otra cosa?

»Ya lo véis, que no tuvo día de descanso, a lo que podamos entender; y tampoco le debía de tener de noche, pues en ella ganaba lo que había de comer».

«Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras buenas.

»Esta es la verdadera muestra de ser cosa y merced hecha de Dios, como ya os he dicho, porque poco me aprovecha estarme muy recogida a solas, haciendo actos con nuestro Señor, proponiendo y prometiendo de hacer maravillas por su servicio, si en saliendo de allí que se ofrece la ocasión, lo hago todo al revés. Quise decir que es poco en comparación de lo mucho más que es, que componen las obras con los actos y las palabras, y que la que no pudiere por junto, sea poco a poco... Poned los ojos en el Crucificado, y haráseos todo poco.

»¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios..., señalados con su hierro, que es el de la cruz... Y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio, como he dicho, es su cimiento humildad, y si no hay ésta muy de veras, aun por vuestro bien, no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé guerra al Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo» (*Séptimas Moradas*).

Como ejemplos de acción derivada de la contemplación, cita los trabajos de Elías, de San Francisco y Santo Domingo, y las terribles penitencias con que Santa María Magdalena castigó su

antigua vida de disolución. Tanto María como Marta fueron necesarias, pero María tuvo la parte mejor y hubo de pagar un alto precio por ello; no siempre estuvo a los pies del Señor en contemplación de Él.

«¿Y pensáis que le sería poca mortificación a una señora como ella era irse por esas calles, y por ventura sola (porque no llevaba hervor para entender cómo iba), y entrara donde nunca había entrado, y después de sufrir la murmuración del fariseo, y otras machas que debía sufrir?

»Porque ver en el pueblo una mujer como ella hacer tanta mudanza, y, como sabemos, entre tan mala gente que bastaba ver que tenía amistad con el Señor, a quien ellos tenían tan aborrecido para traer a la memoria la vida que había hecho, y que se quería ahora hacer santa (porque está claro, que luego mudaría vestido y todo lo demás), pues ahora se dice a personas que no son tan nombradas, ¿qué sería entonces? Yo os digo, hermanas, que venía la mejor parte sobre hartos trabajos y mortificación, que aunque no fuera sino ver a su Maestro tan aborrecido, era intolerable trabajo. ¿Pues los muchos que después pasó en la muerte del Señor?

»Tengo para mí, que el no haber recibido martirio, fue por haberle pasado en ver morir al Señor y en los años que vivió, en verse ausente de El, que sería de terrible tormento, se verá que no estaba siempre en regalo de contemplación a los pies del Señor...» ([87]).

Y termina con un consejo de oportunidad más que contemporánea de tal época:

---

[87] María Magdalena vivió durante treinta y dos años en una cueva, en un lugar oculto, cerca de Marsella, según dice San Vicente Ferrer.

«Algunas veces nos pone el demonio deseos grandes porque no echemos mano de lo que tenemos a mano para servir a nuestro Señor en cosas posibles, y quedamos contentos con haber deseado las imposibles. Dejado que en la oración ayudaréis mucho, que no queráis aprovechar a todo el mundo, sino a los que están en vuestra compañía, y así será mayor la obra, porque estáis a ellas más obligadas. Diréis que esto no es convertir, porque todas son buenas. ¿Quién os mete en ello? Mientras fueren mejores, más agradables serán sus alabanzas al Señor, y más aprovechará su oración a los prójimos.»

«En fin, hermanas mías, con lo que concluyo es que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen; y como hagamos lo que pudiéremos, hará su Majestad que vamos pudiendo cada día más; y más como no nos cansemos luego, sino que lo poco que dura esta vida (y quizá será más poco de lo que cada uno piensa) interior y exteriormente ofrezcamos a el Señor el sacrificio que pudiéremos, que su Majestad le juntará con el que hizo en la cruz por nosotros al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras» (M),

Con ello Teresa asentaba no ya tan sólo el ideal carmelita, sino que patentizaba también la actualidad comprobada en los conventos por ella fundados; la primitiva vida cristiana restaurada, como la calificaba fray Luis de León. ¿Y no era ella misma un ejemplo vivo del contentamiento producido por la oración y el arrobamiento en las buenas obras? Increíble era la actividad que en aquel tiempo desplegaba. Basta leer su correspondencia y tener en cuenta el gran número de personas por cuyas cosas se

interesaba con penetrante visión y con afecto, para no hablar de las comunidades que tan inteligente y vigilantemente dirigía. Tenía tiempo, o lo fabricaba, para escribir a su viejo amigo el santo caballero, al entonces ya padre Salcedo, consolándole por la pérdida de una gran parte de su fortuna, cosa que le molestó sorprendentemente con exceso considerando cuán hombre de oración había sido. Envió a alguien a que fuera a hacer compras por el muy magnifico señor Antonio de Soria, que había adelantado cien reales para la compra de una cama, cierto verde damasco y algunos otros objetos. Hallaba un extremo deleite en los progresos de las dos niñas novicias, su sobrina Teresita y la hermanita de Gracián, Isabelita, a las que describía comparándolas, por las cuales rezaba a menudo y de cuyos progresos daba regularmente referencias. Sostenía ardientemente la superioridad de los encantos de Isabelita, en contra de la madre María de San José, que sentía preferencia por Teresita, y sentía tanta ansiedad porque la pobrecita niña fuera perfecta que incluso intentó cambiarle la forma y la expresión de la boca, que era demasiado afectada especialmente cuando reía. La Madre la decía que la abriese, que la cerrase, que parase de reír; comentaba que la pequeña decía que no era culpa suya, sino de su boca; con lo que decía la verdad. La niña tomó el hábito el día 26 de noviembre de 1576, a la edad de diez años, por merced de una dispensa especial. Aquellas dos niñas fueron con el tiempo dos grandes luces de la Reforma y llegaron a ser prioras de conventos de descalzas.

Algunas de las cartas más deliciosas y más extensas de Teresa figuran entre las dirigidas a su hermano Lorenzo. Eran páginas brotadas de su corazón, escritas para que sólo él las viera y que nos dan idea cabal de las personalidades del hermano y de la hermana en los últimos años de sus respectivas vidas. En aquel

tiempo, Lorenzo estaba en Ávila, adonde fuera por consejo de Teresa, a internar a sus hijos en el colegio de los jesuitas. Le dice que debe tener cuidado con su cuñado Juan de Ovalle, que le había escrito a ella una carta extremosa con relación al hermano, pero que, en realidad, sentía envidia de él. Teresa denota en una de las cartas que compadecía profundamente a su hermana, pero que todos tenemos mucho que sufrir. Ahora, al hallarse de nuevo en su tierra, la salud de Lorenzo empieza a decaer; en el mes de septiembre del año 1576 sufre una aguda enfermedad, que es una premonición de lo que había de acaecerle cuatro años más tarde. Desde tal momento empieza él a prestar mucha más atención a su alma y, por consejo de ella, consulta al rector de los jesuitas de Ávila, padre Muñoz. Precisa recuperar el dinero que prestara a las monjas de Sevilla, y Teresa escribe reiteradamente a María de San José, priora de tal convento, insistiendo para que se realice el pago. En el mes de octubre de 1576 compra él una propiedad en el término de La Serna, la que se compone de una casa, tierras de labor y bosques, y en donde piensa retirarse en recogimiento en sus últimos años. Los dos se hacen recíprocamente regalos. Cuando él enferma, ella le envía membrillos para que la cocinera se los haga en jalea, y un bote de mermelada, que está sumamente barata en Toledo. En reciprocidad, él la envía antes de Navidad algo de pescado en un pastel especial, junto con dulces en varias ocasiones. Le manda ella algunas canciones y villancicos de Navidad que «no tienen pies ni cabeza», y se queja de que él no la envíe alguna de las suyas, y le transcribe lo que entonces recuerda de otro poema que hace tiempo compusiera y que comienza:

*¡Oh Hermosura que ecedéis*

*A todas las hermosuras!*
*Sin herir dolor hacéis,*
*Y sin dolor deshacéis*
*El amor de las criaturas.*

y a la que añade tres estrofas, diciendo a continuación que no se acuerda de más, y comentando: «¡Qué cabeza para una fundadora!» Pídele la envíe sardinas para los días de abstinencia, ya que en Toledo no se consiguen huevos frescos. Le ruega que la mande su sello, porque el que usa tiene una calavera, que le resulta ya insoportable, y quiere uno con la inspiración JHS, el nombre que ella quisiera tener en su corazón, como estaba en el de San Ignacio.

Como era natural, lo que más la interesaba era el alma de Lorenzo. Había comenzado, por lo pronto, por enseñarle la oración mental, como también se la había enseñado hacía tanto tiempo a su mismo padre, y él realizaba, en verdad, grandes progresos. Había comenzado ya a experimentar las pruebas de los caminos purgativos, pero Dios lo conducía por el camino del amor y no por medio del temor, como era el caso con el padre Francisco de Salcedo, que sufría de melancolía y de escrúpulos, según ella, y al que se debía tratar con suma bondad. Poco a poco fue haciendo cada día más penitencia, llegando a quedarse sin dormir, hasta que Teresa insistió para que durmiera él seis horas por la noche. «Los que nos vamos haciendo viejos —dice ella— debemos tener cuidado con nuestros cuerpos para que no se debilite el intelecto, que es una terrible prueba», y ello cuando precisamente padecía grandes dolores de cabeza por quedarse escribiendo cartas hasta las dos o las tres de la mañana.

El demonio había comenzado a tentar a Lorenzo con pensamientos impuros, pero él no les debía hacer caso, siendo así que no eran voluntarios; que llevase consigo un poco de agua bendita y que se la echase encima, porque el demonio no se acercaría si ella le tocaba, porque no podía soportarlo. Lorenzo se mostraba deseoso de abandonar toda clase de lujos, pero ella le aconseja que no se desprenda de su vajilla y sus alfombras, porque Dios desea que cada uno viva con arreglo a su posición en la vida. Ya ha comenzado él a lamentar el haber comprado la propiedad de La Serna y a deplorar no haber adquirido, en su lugar, una renta anual. Convencida Teresa de que la maldición de España es la ambición de enriquecerse por los negocios, le asegura que es mucho mejor cultivar la tierra, dando de tal suerte a sus hijos honores en vez de riquezas, y no quiere que críe ovejas para hacer negocio ([88]). Y he aquí cómo los contemplativos producen efecto incluso sobre los denominados asuntos prácticos de las naciones. Si la mayoría de los hidalgos hubiese seguido el consejo de Teresa, a buen seguro que España no habría sufrido una decadencia económica como la que sufrió.

De las cartas por ella escritas a Lorenzo puede sacarse un pequeño tratado sobre la oración. No debe él pensar que, si se viera libre de las preocupaciones de su hacienda, como es el velar por la herencia que se deje a los hijos, no perjudica en nada a la oración. El día 17 de enero del año 1577 le remite un cilicio para provocar en él un amor mayor a Dios; puede ponérselo en cualquier parte del cuerpo, ya que resulta molesto, pero no una vez que esté ya

[88] En Inglaterra, a consecuencia de la gran avaricia de los nuevos ricos, se produjo una gran pobreza, porque aquéllos expulsaron a los pequeños agricultores de sus tierras para dedicarlas a criar ovejas y hacer de esto un buen negocio.

vestido para los quehaceres del día, ni durante la noche para dormir. Y acerca de ello dice en su carta: «Escríbame cómo le va con esa niñería. Yo le digo que, cuando más justicia queramos hacer en nosotros, acordándonos de lo que pasó nuestro Señor, lo es. Riéndome estoy, como él me envía confites, regalos y dineros, y yo cilicio.»

Al mes siguiente insiste en decirle que se quite el cilicio si es que se pone enfermo, y que por ningún motivo lo lleve más de una vez por semana durante la cuaresma, porque él es excesivamente sanguíneo para llevarlo con más frecuencia, así como tampoco debe darse disciplina más de dos veces por semana, por ser cosa que daña a la vista. Es un sufrimiento mayor el ser moderado en la penitencia al comienzo, ya que ello quebranta la propia voluntad. A fines del mes de febrero le envió otro cilicio, seguramente uno menos doloroso, y le pide que lleve ése en vez del otro. Con él acompaña unas disciplinas muy fuertes como regalo para Teresita, que se las había pedido, y le encarece se las dé, con el afecto de ella. En cuanto a él, Lorenzo, atañe, tiene que seguir con todo cuidado las instrucciones que le da, a saber: si el cilicio lo envuelve todo, debe colocarse un trozo de tela de lino debajo de él sobre el estómago, para que no le hiera allí; y, si le perjudica a la salud, quitárselo del todo. Lo que justifica diciéndole que Dios desea su salud y que obedezca, más que su penitencia. Por lo demás, no debe apretarlo mucho sobre los hombros, ni tampoco llevarlo todos los días, porque en tal caso se acostumbra uno a él y deja ya de ser una penitencia. Para ayudarle a adelantar en la oración, le hace leer su *Camino de Perfección*, especialmente la meditación que consagra al Padre Nuestro.

Lorenzo se sintió un poco herido por las observaciones que su hermana hiciera sobre él en su carta «vejamen» dirigida al obispo Mendoza, de Ávila, en enero del ato 1577. El vocablo «vejamen» tenía su origen en una ceremonia desde mucho tiempo atrás en boga en la Universidad de Alcalá, en donde a los candidatos a doctores se les hacía sentar en una plataforma, de frente a todo el cuerpo estudiantil, mientras uno de los profesores los ensalzaba con ridículos encomios en rimbombantes versos de habla ampulosa, al par que otro de ellos, en un «vejamen», los acusaba de todas las locuras y faltas que cabía imaginar. Teresa había consultado a todos sus amigos, incluso a su hermano, sobre el significado de la frase «Búscate en mí», que el Señor le había dicho estando ella en oración. Las explicaciones de los interrogados debían someterse al juicio de las monjas de San José. Al enterarse de ello, el obispo se llamó a parte en la broma y mandó a Teresa que escribiese como réplica a los otros un «vejamen» Y Teresa presentó un escrito zumbón que, al propio tiempo, como era de esperar, era tan sabio como agudo, y también harto demoledor, y en donde no se dejaba a títere con cabeza.

Acusaba a Francisco de Salcedo de contradecirse a sí mismo, al citar a David en contra de él, y añadía: «Y lo peor de todo es, que si no se desdice, habré de denunciar de él a la Inquisición, que está cerca. Porque después de venir todo el papel diciendo: *Este es dicho de San Pablo, y del Espíritu Santo*, dice que ha firmado necedades. Venga luego la enmienda, si no, verá lo que le pasa.

»El padre Julián de Ávila comenzó bien y acabó mal; y así no se le ha de dar gloria. Porque aquí no le piden que diga de la luz increada y criada como se juntan, sino que nos busquemos en Dios. Ni le preguntamos lo que siente un alma, cuando está tan

junta con su Criador, si está unida con El, cómo tiene de sí diferencia, ¿o no?... Pues no hay allí entendimiento para esas disputas, pienso yo; porque si le hubiera, bien se pudiera entender la diferencia que hay entre el Criador y la criatura... Mas yo le perdono sus yerros porque no fue tan largo como mi padre fray Juan de la Cruz.»

Del padre Juan de la Cruz hizo la siguiente crítica, un tanto picante y misteriosa:

«Haría buena doctrina dice en su respuesta, para quien quisiera hacer los ejercicios, que hacen en la Compañía de Jesús, mas no para nuestro propósito.

»Caro costaría si no pudiésemos buscar a Dios sino cuando estuviésemos muertos al mundo. No lo estaba la Magdalena, ni la Samaritana, ni la Cananea, cuando le hallaron. También trata mucho de hacerse una misma cosa con Dios en unión; y cuando esto viene a ser, y hace esta merced al alma, no dirá que se la busque, pues ya la ha hallado.

«Dios me libre de gente tan espiritual, que todo lo quiera hacer contemplación perfeta, de donde diere. Con todo eso, de agradecernos el habernos dado tan bien a entender lo que nos preguntamos. Por eso es bien hablar siempre de Dios, que de donde no pensamos nos viene el provecho.

»Como ha sido el caso del señor Lorenzo de Cepeda, a quien agradecemos mucho sus coplas y su respuesta.»

Y le llegó el turno a Lorenzo, del que así se expresa:

«Que si ha dicho más que entiende, por la recreación que nos ha dado con ellas, le perdonamos la poca humildad en meterse en cosas tan subidas, como dice en su respuesta; y por el buen

ejemplo que da, de que tenga quieta oración (como si fuese en su mano) sin pedírsele; ya sabe la pena a que se obliga.»

Al fin, no quiso decir qué respuesta le había parecido mejor; en todas ellas había faltas y ninguna había dado en el blanco.

Gran parte de su correspondencia trata de los asuntos de los conventos de la Reforma, especialmente con los de Sevilla, Valladolid y Malagón.

A juzgar por el número, la extensión y el agrado de sus cartas, la favorita entre todas sus prioras debió de ser la madre María de San José. El convento de Sevilla había tenido que luchar con una larga serie de hondas contrariedades, que, según una de las revelaciones de Teresa, había querido Dios permitir para tratar de conseguir la perfección de Sus santos en tal ciudad. Su pobreza, acrecida por la necesidad de pagar con usura las deudas por ellas contraídas, era a veces de tal índole que incluso llegaban a carecer de lo indispensable para adquirir alimentos, y La Madre insistía en que se pidiese prestado para tal fin. Durante varios años las fue imposible pagar la deuda con Lorenzo contraída. Cuando las monjas hacían hermosos tapetes de hilo que le enviaban a vender a Toledo, al precio de cuatro reales la pieza, ella sufrió grandemente al ver que ni a tal precio insignificante podía venderlas, dada la pobreza de la mencionada ciudad. A pesar de ello, la priora de Sevilla la enviaba continuos regalos. Cuando María recibió un obsequio de cuarenta ducados del convento de San José de Ávila, le envió una parte de ellos a La Madre, que los había aún más menester. Con frecuencia le enviaba membrillos, brevas, naranjas, pasteles de manteca, cocos, agua de azahar, etc. Gran parte de ello lo mandaba, a su vez, Teresa a la priora de Malagón, a doña Luisa de La Cerda y a otras personas, salvo el agua de azahar, de

la que no querían, en modo alguno, desprenderse las monjas de Toledo. Cuando le era posible devolvía tales atenciones con otros regalos, pero se quejaba siempre de que jamás había visto un lugar tan desprovisto de cosas artísticas como Toledo.

No cesaba en dar consejos maternales a María, especialmente en lo que a la salud atañía, y más de una vez la instó a que evitase tomar agua de zarzaparrilla. Cuando la madre María tuvo una calentura, supuso podría ser «el ojo», enfermedad que suele darse en las personas de «sangre pobre» y prescribía las fumigaciones en la cama con servato, helechos, cáscaras de huevo, un poco de resina y una pizca de alhucema. (No sabernos, porque no se dice, el efecto de tal remedio en el paciente.) A veces recomendaba las sangrías, y, para los catarros, rombos de goma con agua de esencia de rosas.

Una que otra vez daba consejos o manifestaba su desaprobación de otras cosas. Así, en una de sus cartas, decía: «La carta suya, hecha a III de Noviembre recibí. Yo le digo que nunca me cansan, sino que me descansan de otros cansancios. Cayóme harto en gracia poner la hecha por letras. Plega a Dios no sea por no se humillar a no poner el guarismo.

»Antes que se me olvide, muy buena venía la del padre Mariano si no trajera aquel latín. Dios libre a todas mis hijas de presumir de latines. Nunca más le acaezca, ni lo consienta. Harto más quiero que presuman de parecer simples, que es muy de santas, que no tan retóricas. Eso gana en enviarme sus cartas abiertas».

Por orden del padre Gracián, la madre María envió a dos monjas y una hermana lega, Margarita de la Concepción, a reformar el convento calzado de Paterna, cerca de Sevilla, en el que se habían producido ciertos escándalos. La Madre había llegado a oír decir

que una de las monjas era una madre soltera, si bien no podía creerlo; y, en efecto, se confirmó que tales rumores eran falsos. Ello no obstante, había harto que reformar en Paterna, como puede inferirse del hecho de que las tres aterrorizadas visitantes tuvieran que refugiarse una noche en un armario, debajo de una escalera, mientras las hermanas calzadas amenazaban con abrirlo y matarlas.

Una de ellas, la hermana Margarita de la Concepción, no cesó perturbar a la madre superiora, apoyando con fuerza a la hermana Beatriz de la Madre de Dios (la de quien escribiera todo un capítulo Teresa), en una conspiración que estuvo a punto de destruir el inquieto convento. Beatriz se había vuelto neurasténica, tenía éxtasis y falsas visiones y se creía que era una verdadera santa. Un confesor avisado podía haber desenredado aquel embrollo que en sus emociones había; pero, desgraciadamente, ella confió la dirección espiritual de su alma al complaciente, si bien necio y suspicaz, padre Garciálvarez. Según dice María de San José, el demonio le metió en la cabeza a este padre el pedir a las dos *beatas*, Beatriz y Margarita, que hiciesen una confesión general, a cuyo efecto las tenía en el confesonario, a veces conjuntamente y a veces separadas, desde la mañana hasta la noche. Tales confesiones duraron tres o cuatro meses, y cuando ella quiso poner término a tal cosa, él fue de convento en convento, por todos los de Sevilla, preguntando si las prioras podían intervenir en los asuntos de las confesiones, quedando en más libertad con cada una de ellas, trastornándolo todo, destruyendo la armonía de la casa y relajando la obediencia debida por las monjas. Cuando la cosa llegó a tal extremo, ella (la madre María de San José) informó a La Madre a fin de que corrigiese el caso. Le dijo Teresa que disimulase, porque no era el momento de actuar de otra manera,

ya que el Señor había dado permiso a los demonios para que las atormentase y las afligiese.

Garciálvarez envenenó verdaderamente al clero de Sevilla en contra de la priora hasta el extremo que nadie la creía. Las dos *beatas* y su confesor hicieron contra ella falsas acusaciones, e incluso contra Gracián y la madre Teresa, hasta que, por último, después de la visita de algunos calzados, que fueron a inspeccionar el convento, se las arreglaron para destituir a la madre María de San José y, en su lugar, poner a Beatriz. Pero en cuanto el visitador Fernández y el provincial Ángel de Salazar estudiaron el caso, restauraron a la madre María e hicieron que dimitiese el padre Garciálvarez. Se dice que Beatriz lloró amargamente por lo que había hecho.

Todo ello fue una triste prueba para la madre Teresa, dadas las esperanzas que en la hermana Beatriz había fundado. Una de las peculiaridades del caso fue la defensa de Garciálvarez, incluso después de haber sido expuestas la extravagante locura y la malicia con que él procediera. Su insistencia de toda su vida acerca de la libertad de las monjas para escoger sus propios confesores hubo, sin duda, de tener algo que ver con esto. Teresa tuvo, de nuevo, una visión en que se la hizo comprender que las penalidades de Sevilla eran cosa necesaria. Tal vez fuera la gratitud el factor decisivo, toda vez que ella no podía pensar nunca nada malo de quien le hubiese hecho un favor, por insignificante que fuera. ¿No era por ventura Garciálvarez quien impidió que la estafasen cuando la compra de una casa? Estaba bien convencida de que, a veces, tal virtud se convertía en ella en verdadera debilidad. Decía que se la «podía comprar por una sardina». Fuera lo que fuese lo que Garciálvarez hecho, su intención había sido buena y no había

que tratarle duramente —insistió ella en decir hasta el final—, llegando, incluso, a pedir a María que no le despidiese.

Otra de las frecuentes contrariedades de aquellos años fue la relajación del convento de Malagón. La priora, madre Brianda, se había quedado tísica. Las cartas de Teresa a ella están siempre llenas de un gran interés afectuoso; la enviaba, constantemente, frutas, medicinas y consejos acerca de su salud, y rara vez le llegaban de Sevilla golosinas sin que las compartiese con ella. Teresa estaba desolada al saber que la priora decía a una monja que castigase a la otra pellizcándola o dándole bofetones. Y a tal respecto escribió después, al quejarse a la madre María de San José, refiriéndose a un abuso que existiera en los primeros tiempos en el convento de la Encarnación de Ávila: «... y esta invención fue aprendida de acá. El demonio parece enseña achaque de perfección...»

«No ser esclavas, ni la mortificación ha de ser sino para aprovechar. Yo le digo, mi hija, que es menester mirar mucho esto que las prioritas hacen de sus cabezas». ¿Acaso no les había prohibido ella, en sus constituciones, a las monjas, que se tocasen unas a otras? Por fin se decidió a mandar a una parienta suya, la hermana Beatriz de Jesús, como superiora, con el evidente propósito de que ayudase ostensiblemente a la madre Brianda. Por cuanto a las cualidades administrativas de la «pobre Beatriz» concernía, no abrigaba la menor ilusión; y no tenía inconveniente en admitir que la enviaba allá «por falta de buenos hombres», aludiendo al proverbio castellano de *a falta de hombres buenos, mi marido es alcalde*.

La pobreza y la enfermedad agobiaban a la comunidad. Decía Teresa que no tenían ni trigo ni dineros, sino sólo un mundo de

deudas. Cuando se envió a otra parte a la madre Brianda, las monjas, que tanto se quejaban antes de ella, comenzaron de súbito a «adorarla» y a sentir descontento de Beatriz, cosa que Teresa esperaba, por lo que le dijo a su capellán, el padre Gaspar, que, espiritualmente, se hallaba todavía en estado muy elemental. Esto no obstante, la disciplina y la armonía fueron restableciéndose poco a poco.

En su correspondencia con la priora de Valladolid (su sobrina que, al igual de María de Ocampo, había sugerido, al principio, la Reforma) Teresa se conducía con una dureza ocasional que contrastaba grandemente con su proceder acomodaticio para con la madre María de San José. Con todas sus virtudes, había momentos en que María Bautista podía incluso llegar a ser más bien irritante. Tenía siempre a flor de labios las críticas y las sugerencias, tal vez inconscientemente, y es caso de preguntarse si incluso no presumía de su parentesco con la santa; acaso también La Madre diese muchas cosas por hechas. Y Teresa le escribía: «Si alguna vez quisiese creer lo que le digo no vendríamos a tanto mal. Es verdad, que poco la rogué el otro día en una carta que no se sangrase más. Yo no sé qué destino es el suyo, aunque lo diga el médico». Y la prevenía contra cierto amigo del tiempo bueno, aunque, en caso de esperar algo más de la gente, «estaremos bien bobas». ¡Si, al menos, María tomase el jarabe del rey de los Medos, cuando hubiera menester una purga! Porque eso era lo que a ella le había dado la vida... Por lo que al interior respecta, le aconsejaba que cuanto más la doliese menos caso le hiciera, ya que estaba claro era debilidad de la imaginación y mal humor, y cuando el demonio lo echa de ver «debe de ayudar su pedazo». Pero que no hubiese miedo, pues San Pablo dice que Dios no permitirá que se nos tiente más de lo que podamos resistir; y aun

cuando se crea que se consiente no es así, pero con ello se ganarán méritos. Que acabase poniéndose buena, por amor de Dios, que tratase de comer bien y no estar sola o pensando en algo. Que se ocupase en lo que pudiere y como pudiere. Quisiera ella estar allá para decirla unas cuántas cosas para distraerla. Pocas son las cartas a ésta su sobrina en los años 1570 y 1577, pero se hacen ya más numerosas desde comienzos de 1577 hasta 1579, cuando María Bautista la envió algo de dinero para contribuir a la causa de la Reforma en Roma. Muchas de ellas se han perdido, indudablemente. Teresa infligió a esta primera hija de la Reforma las mortificaciones que su naturaleza demandaba, sin embargo de lo cual la quería entrañablemente. Acaso estuviese arrepentida de algunas de sus durezas pasadas cuando, al final de su retiro en Toledo, la escribió diciendo que ya no gobernaba como solía, que ahora todo iba con amor.

# CAPÍTULO XXX

## ANGUSTIA Y AFLICCIÓN EN TOLEDO

Teresa no tenía tanto éxito en los tratos con los hombres como en los tratos con las mujeres. Si es cierto que su inteligencia poseía cualidades masculinas, su corazón era demasiado femenino como para no sentirse un poco inclinada hacia una indulgencia mayor con el sexo contrario; y cuanto más débil era un hombre (así pareció a veces) con más vigor le defendía, si había algo susceptible de ser dicho en su favor; máxime si, por casualidad, él le había hecho un favor cualquiera, por insignificante que fuese, o si ella vislumbraba bajo las debilidades del sujeto alguna promesa, aunque latente tan sólo, de aprovechamiento espiritual. Por otra parte es indudable que, al paso que tenía autoridad sobre las mujeres, no la tenía sobre los hombres, incluso los de su elección. Una vez que ella había lanzado a una vocación masculina en el mar de la Reforma, debía permanecer en la orilla, más o menos desamparada, mirando cómo de un lado y de otro la arrastraban los vientos de las circunstancias, del carácter y las fuerzas de espíritu en posición.

No se hacía la menor ilusión de que sus frailes fuesen todos perfectos. Fray Antonio de Jesús, corpulento y tardo, y envejeciendo día por día, era entonces el prior de Sevilla, y sumamente pobre, como hubo de escribirle La Madre a María de San José. Tímido y pusilánime, descuidaba su labor, hasta el extremo de que Gracián tuvo que decirle que mejorase su forma de actuar. Algunas

de sus cartas al acomodaticio fray Mariano, para cuya impulsividad había tenido que implorar el perdón del padre Rubeo, eran un si es no es demasiado duras. Le escribía preguntando qué era aquello de llamarla ahora Reverenda y Señora. Y añadía que Dios le perdonase, pues «pienso que vuestra Reverencia o yo nos estamos volviendo calzados». Y, de nuevo, cuando él se convirtió en el defensor de una novicia muy bien dotada, a la que habían rechazado las monjas de Toledo, le escribió así: «No diga más vuestra Reverencia de esto, por amor de Dios... En gracia me ha caído el decir a vuestra Reverencia, que en viéndola la conocerá. No somos tan fáciles de conocer las mujeres, que muchos años las confiesan, y después ellas mismas se espantan de lo poco que han entendido; y es porque aún ellos no se entienden para decir sur faltas, y ellos juzgan por lo que les dicen.»

Le pidió ella que insistiese sobre las virtudes y no sobre las austeridades de los conventos de descalzos. Le encarecía que tuviese mucho cuidado de no dejarse enredar en amistados que luego pudieran querer servirse de él. Deseaba saber por qué, al estar en Madrid, no paraba en casa de los frailes calzados como era deseo del nuncio; que hablase con más recato cuando se quejaba de alguien, porque no tenía cuidado en lo que decía y era demasiado franco. ¡Pluguiera a Dios que sus palabras no llegasen a oídos del nuncio! Haría mejor yéndose de Madrid, retirándose a Pastrana o Alcalá. Que tuviese cuidado de no discutir con el arzobispo. Y, en otra: que, por caridad, no la llamase Señora en la dirección de las cartas «porque no es este nuestro lenguaje». Cuando se enteró de que había estado enfermo en el mes de enero de 1577, escribió: «¡Oh, qué gran contento me ha dado el saber que vuestra Paternidad está otra vez bueno! ¡Tenga cuidado de sí mismo por amor de Dios! Porque, cuando está bien, todo irá

bien. La verdad es que, cuando le veo malo o triste, entiendo lo mucho que amo a vuestra Paternidad en el Señor.»

Uno de los pocos hombres que jamás la decepcionaron, en ningún sentido —acaso el único de todos ellos—, fue el padre Juan de la Cruz. Y, sin embargo, apenas se le menciona en las cartas de todos esos años, y por cada referencia que hace a semejante santo hay cien a individuos como Mariano y Antonio. Es realmente cierto que se ha perdido la mayoría de tales cartas. Después de la muerte de ella destruyó él cuanto tenía, como un acto final de renunciamiento, mas esto no es suficiente para explicar la rareza de la aparición de su nombre en las cartas de ella a los otros. Las bromas acerbas del «vejamen» no pueden suministrar la prueba para la frialdad que entre ambos se produjera. ¿No sería tal vez porque él no había, ni en un sentido ni en otro, apelado nunca a aquel instinto maternal que la hacía como extender sobre cuanto la rodeaba sus protectoras alas, ya que él no era precisamente de los que habían menester semejante ayuda? ¿Cómo podría ella resultar maternal para aquel hombre, libre como un pájaro, que sólo le pedía a Dios tres cosas: 1, sufrimientos; 2, no morir siendo un prelado; 3, morir olvidado y despreciado por completo? Tal vez La Madre y su famoso *Senequita* eran demasiado semejantes para haber menester la simpatía de los demás. Entre ellos no había conflictos, ni tampoco atracción de elementos contrarios. Si ella llegó a olvidarle, era casi como olvidarse de sí misma. No cabía duda de que no estimaba su carácter en menos de lo que valía. Prueba de ello es que, dos años más tarde, al recomendarle a la priora de Beas, le calificaba de «hombre celestial y divino»..., de un gran tesoro..., de verdaderamente el padre de su alma, como uno de aquellos a quienes la había mostrado con más provecho, porque era un hombre de gran experiencia y saber.

Con Gracián era muy distinto. Desde un principio vislumbrara en él no tan sólo finas cualidades, sino posibilidades todavía mejores. Admiraba su pureza (era muy rara la vez que él hablaba con mujeres, procurando incluso evitar el oírlas en confesión), su suavidad, su conmiseración por los pobres y los desvalidos, su valor en responder al fuerte, su gran celo por Dios y la Reforma, su paciencia en la adversidad. Aquel hombre, joven y entusiasta para aprender, podría llegar a ser un santo. ¿Es que por ventura permanecía ciega ante sus defectos? Todo lo contrario, pues que fueron bien pronto harto patentes a los despiertos e inspirados ojos de ella, y eso era precisamente lo que suscitaba todo el cuidado y toda la solicitud maternal de que era capaz su alma para correr en ayuda de él. Ya en el mes de septiembre del año 1576, si no tal vez antes, se había dado ella perfecta cuenta de la debilidad fatal de su carácter, si bien permanecía aún en tinieblas en cuanto al daño que a la obra por ella creada había, por tal causa, inferido. Gracián era evasivo, había en él como una falta de honradez y de franqueza. No era que mintiese, sino que no decía siempre toda la verdad, lo que, en resumidas cuentas, producía el mismo efecto. Teresa le escribió en el mes de diciembre del año 1576 diciéndole que su madre, a la que acababa de conocer, era una mujer encantadora, de una sencillez y franqueza tales que había quedado cautivada por ella. Que en tal respecto le llevaba mucha ventaja al hijo. El padre Silverio interpreta tal frase como una chanza que, sin duda, debió de hacer sonreír a Gracián. Y, sin embargo, es muy posible que aquella delicada pulla encubriese una insinuación harto seria, que puede verse repetida palmariamente, aunque con sumo tacto, en una carta que a él escribiera tres años más tarde, y en la que le decía: «Quiérole contar una tentación que me dio ayer, y aún me dura, con Eliseo (nombre de código de Gracián) pareciéndome si

se descuida alguna vez en no decir la verdad en todo. Bien veo que serán cosas de poca importancia, mas querría anduviese con mucho cuidado en esto. Por caridad, vuestra Paternidad se lo ruegue mucho de mi parte, porque no entiendo habrá entera perfección adonde hay este descuido. Mire en lo que me entrometo, como si no tuviera otros cuidados.»

Bien es verdad que La Madre dijo a María de San José y a otros cuán virtuoso era, al escribir, «Nuestro padre es un santo». Y declaraba al obispo de Évora que la daba miedo la perfección de Gracián. Pero semejante caritativa hipérbole no la impedía decirle a él otras cosas respecto a su imperfección. De suerte que no existe contradicción alguna en su carta del mes de noviembre de 1576, en la que le pedía fuese menos franco, diciéndole que el tiempo le aliviaría un poca de su franqueza, que ella creía verdaderamente era la de un santo. Mas, como el demonio no quiere que todos sean santos, los que, como ella, son ruines y maliciosos, tratan de evitar las tentaciones. Llega hasta a quejarse de que leyese las cartas de ella a las monjas, para que sus expresiones de afecto (ya que ella comprendía a quien hablaba y podía hacerlo de tal modo por causa de su edad) no fuesen mal interpretadas. Para ella resultaba de toda evidencia que algunas de sus exageraciones maternales habían sido citadas y desfiguradas por los autores de las necias calumnias, en detrimento de ellos mismos. Y le pide no se ofenda: «... que estamos vuestra Paternidad y yo cargados de muy gran cargo, y hemos de dar cuenta a Dios y al mundo, y porque entiende el amor con que lo digo, me puede perdonar, y hacerme la merced que le he suplicado de no leer en público las cartas que le escribo. Mire que son diferentes los entendimientos, y que nunca los perlados han de ser tan claros en algunas cosas; y podrá ser que las escriba yo de tercera persona, ni de mí, y no será

bien que las sepa nadie». En ésta le reprende por falta de prudencia, de discreción y de consideración hacia ella —todo lo cual resume con hábil eufemismo en la palabra «franqueza»—. Pero tal franqueza no es de la misma índole que esa otra de que le acusa carecer en otras ocasiones.

Si los defectos de Gracián constituían un pequeño obstáculo a su simpatía, los servicios por él prestados eran poco menos que hazañas de dominio absoluto que arrebataban la gratitud de una mujer capaz de encontrar disculpa incluso para acciones como la del padre Garciálvarez. Lo cierto es que él había trabajado valerosamente en favor de la Reforma y a ella habíase proporcionado un consuelo y una paz que no encontrara en ningún otro confesor. La mejor recompensa que se le ocurría era ayudarle a ser perfecto, a cuyo efecto le estaba continuamente dando consejos. Que prestase atención a tal cosa y pasase por alto la otra, que tuviese buen cuidado de ciertas personas y no ofendiese a ciertas otras; que juzgase su oración por los resultados y, sobre todo, por el sosiego experimentado. Y se preguntaba a quién querría él más, si a su madre o a ella. Después de todo, su madre tenía un marido y otros hijos, pero la pobre Lorenza, como a sí misma llamábase Teresa en el lenguaje de código entre ellos convenido, no tenía en la tierra nada más que a él. Le recordaba los días felices que pasara en Beas con «Pablo» —nunca conociera otros más dichosos— y confesaba el deleite que la producía el ver que él firmaba diciéndose «su hijo». Rezaba por que, ya que había de luchar contra tantas contrariedades exteriores, por lo menos le concediese Dios la paz interior; y, alegrándose de la semejanza que le encontraba con Moisés, lo ofreció otra vez al Señor. Le encarecía que, al tratar con las monjas, recordase que las virtudes tienen más valor que las austeridades.

Sentía por la salud de él una inquietud continua. Que durmiese lo bastante. La contentaba saber que había aumentado de peso, en uno de sus viajes a Toledo. Tenía tanto miedo de que los frailes calzados le envenenasen que escribió a la madre María de San José pidiéndola que le diera de comer en el convento, y no sabía cómo agradecerle el que lo hiciera. Por amor de Dios, que tuviese cuidado con lo que comía en esos monasterios; se lo pedía con el mayor interés. Se hubiera dicho que en tal tiempo la Reforma dependía por completo de su salud, discreción y santidad.

Veía con toda nitidez lo que él tenía que hacer para lograr el éxito. Gracias a los buenos oficios de Felipe II y del nuncio Ornameto, ambos partidarios del movimiento, debía obtener el permiso del papa Gregorio XIII para formar una provincia separada. Ya no había cosa que esperar del general carmelita Rubeo —aunque Teresa pidió a las monjas que rogasen por él cuando se enteró de que se había roto una pierna al caerse de una mula—, ni había gran cosa que esperar del rey, ya que Roma estaba tan lejos y porque, con toda su buena voluntad para la Reforma, lo cierto era que había estado en conflicto con varios Papas sobre cuestiones de jurisdicción y parecía sumamente enemigo de tener que recurrir a la corte papal, lo que consideraba una limitación de su poder real. Mientras los frailes descalzos no hacían nada, en realidad parecía, dijo después Teresa, como si hubiera alguno que estuviese impidiendo se apelase a Roma, si bien los calzados estaban tomando todas las medidas oportunas para que su caso fuese allí bien conocido. La única esperanza la tenía puesta en Ornameto, «el santo Nuncio» como le llamaba —Matusalén, en el código secretó—. Pero, por desgracia, en el año 1576 su salud había decaído rápidamente, y ella se lamentaba diciendo que tenía miedo de que fueran a perder a Matusalén.

Únicamente alguien tan santo como Ornameto podía, tal vez, haber resultado de verdadera utilidad para una obra tan santa como la por ella emprendida. Era él un italiano, de Verona, de sesenta y cinco años de edad y respetado por todo el mundo. En el año 1553 había estado en Inglaterra acompañando al cardenal Pole para llevar a cabo la reconciliación de tal país con la Iglesia; había restablecido la enseñanza y la moral en Cambridge y en Oxford, ya que en los dos sitios había disminuido grandemente a manos de los «reformadores»; había asistido a la verdadera Reforma en Trento; y, en calidad de vicario general de San Carlos Borromeo, en Milán, había laborado incesantemente, noche y día, para llevar a la práctica los decretos del Concilio; luego de lo cual se le reclamó en Roma para que reformase las iglesias de la ciudad, y, nombrado obispo de Padua, fue enviado a España en el año 1572, en calidad de nuncio, para afianzar la alianza contra los turcos. Después de varias tentativas para convertir a la reina Isabel, hubo de llegar a la conclusión de que era un alma por completo perdida, y que Inglaterra sólo podría restaurar a su legítima reina, María Estuardo, por medio de una cruzada. En aquel entonces estaba ya viejo, enfermo y, además, pobre, por su excesiva generosidad.

Y he aquí que en tal momento aparece en escena el villano de la obra. Su mismo nombre parecía del todo adecuado para el papel que le incumbía desempeñar. Mas, a pesar de las impresiones que pueden tenerse de él por medio de las cartas de Santa Teresa, de la crueldad y la injusticia del sujeto, el muy reverendo padre Jerónimo Tostado, portugués de nacimiento, doctor de la Universidad de París, provincial de los carmelitas calzados de Cataluña, consultor de la Santa Inquisición y vicario general y comisario para España y Portugal, no era, en modo alguno, un mal

hombre. Y lo cierto era que se le había elegido para todas aquellas augustas funciones precisamente por su saber, su celo, su inteligencia, su fuerza de voluntad, la virtud de su vida y su determinación. Amaba de veras a la orden carmelita mitigada y tenía el pleno convencimiento de que era un gran error el intentar restaurar la regla primitiva. Todo cuanto había oído decir de La Madre, de Gracián y de los demás, le había llegado por medio de sus enemigos, y de todo tenía ello menos de enorgullecedor, pues se decía que eran destructores, revolucionarios, explotadores, engañadores y engañados, hasta cierto punto víctimas del Iluminismo, inspirados por el mismo demonio para destruir la orden a que él había consagrado su vida entera. ¿No les había por ventura declarado el Consejo de Piacenza como rebeldes, como contumaces y dignos de ser tratados por el brazo secular si seguían negándose a aceptar la obediencia? ¿No le había enviado Rubeo a España para implantar los decretos del Concilio? Al desembarcar en Barcelona, el mes de mayo de 1576, los frailes calzados proclamaron con toda alegría que se proponía tirar por tierra todo lo hecho por la Madre Teresa. Si era exagerado todo eso, era ella uno de los que tal cosa creían, por lo que la noticia tuvo forzosamente que serle harto desagradable, así como a todos los frailes y monjas descalzos.

Al llegar a Madrid el padre Tostado se dio cuenta de que la situación estaba más embrollada de lo que se había imaginado. Tal vez no había advertido hasta qué punto el rey y el nuncio habían sido ganados a la causa de la Reforma, y se sintió desconcertado por aquel extraño césaropapismo de la corte de España. El Consejo Real no hizo honor a sus credenciales por el hecho de no haber sido previamente sancionadas por el regio *exequatur*, y hubo de enviar a buscar otras nuevas a Roma. Se hallaba, pues,

desarmado cuando tuvo la primera entrevista con Gracián, en el mes de agosto de 1576, por pretender ambos poseer los «poderes» superiores; Tostado, como visitador de la Orden; Gracián, en su calidad de visitador apostólico, con autoridad otorgada del Papa, por intermedio de Vargas. Se negó Tostado a mostrar sus credenciales, y resulta evidente que no podía. Por otra parte, no es menos evidente que Gracián se arrogaba más autoridad de la que en verdad poseía y que estaba equivocado, de medio a medio, al creer que los poderes de Vargas eran superiores a los de Rubeo. De todas suertes, el caso es que pareció haber salido airoso del primer encuentro y había vuelto triunfante a Toledo, con la consiguiente alegría de La Madre, al ver que el enemigo se había retirado, liando el petate, yéndose a Portugal. Desde entonces Tostado se limitó a hacer raras y misteriosas apariciones en Madrid y Lisboa, por lo que la gente repetía, según escribió Teresa a Lorenzo: «Ya vuelve Tostado..., cosa que no parece sino una comedia».

El día 26 de agosto de 1576 Gracián convocó secretamente a un capítulo general, en Almodóvar, a los frailes descalzos de Castilla y Andalucía, quienes sumaban en total unos setenta y cinco, con lo que se proponía replicar de manera decisiva al Consejo General de Piacenza y al subsiguiente capítulo confirmador de los calzados, que se celebrara en Moraleja en mayo de 1576. En su reunión del día 8 de septiembre, los frailes descalzos votaron la resolución de constituir una provincia separada, obedecer tan sólo al general de la Orden o a un padre descalzo, delegado suyo con el título de visitador, y enviar a dos frailes a Roma para explicar el asunto ante el Papa, en vista de que los de la oposición habían ya enviado una embajada parecida. De entonces en adelante no aceptarían ninguna visita hecha por un

calzado, ni aunque fuese enviado por el general; y las Reglas instituidas por el Consejo proclamaron palmariamente que si quería hacer la visita en persona debía hacerse acompañar de un fraile descalzo en calidad de *socius*.

Habían puesto ya la carne en el asador con una buena venganza. Como dice el padre Zimmerman, el establecimiento de provincias había siempre sido un derecho exclusivo de los Capítulos Generales, y ni el mismo general en persona, juntamente con sus consejeros, tenía el poder requerido. Aunque Gracián creía que sus poderes de visitador apostólico, o reformador, eran superiores a los del general, la única excusa que podía presentar para justificar semejante paso, sin precedentes, era que había oído decir al nuncio que debía llevarse a cabo tal separación. Pero si era cierto que el nuncio tenía el poder de hacerlo, es indudable que lo habría hecho por sí mismo.

Teresa estaba por completo entregada a la creencia de la autoridad apostólica de Gracián. Reiteradamente le había escrito a él, y a Mariano, pidiéndoles que, a su vez, escribiesen al general cartas sumisas; pero, por lo visto, Mariano no se tomó jamás semejante molestia. Gracián, en cambio, escribió una, que resultó peor que si no hubiese escrito ninguna porque su violencia acabó con todas las posibilidades de reconciliación con Rubeo. Esto no obstante, tan convencida estaba La Madre de los «poderes» de Gracián, que prestó su apoyo a dos de las principales disposiciones del Consejo de Almodóvar: la declaración de una provincia separada y el envío de dos «compañeros» a Roma. Sobre este último punto insistió cerca de Gracián mientras los delegados celebraban sus sesiones, apoyándose en que, «... si al Papa ponen estas informaciones en verdaderas, y allá no hay

quien responda, que las darán cuantos Breves quisieren contra nosotros, y que importa en gran manera que algunos estén allá; porque viendo cómo viven, verán la pasión y creo no hemos de hacer nada hasta esto.»

Dos semanas después, al llegar a Toledo las noticias de las deliberaciones, le aseguraba ella que: «Si se puede hacer a costa de dineros, Dios los dará, y dense a los compañeros; y, por amor de Dios, Vuestra Paternidad ponga diligencia en que no se detengan en ir. No lo tome por cosa accesoria, pues es lo principal; y si ese prior de la Piñuela le conoce tanto, él ira bien con el padre Mariano, y cuando no se pudiese acabar nada, hágase con el Papa; mas harto mejor sería estotro, y es ahora bonísima coyuntura. Y visto lo que se ve en Matusalén, no sé qué aguardamos.» ([89]).

Estaba, pues, perfectamente claro que ella seguía acariciando la esperanza de granjearse la confianza de Rubeo y, por otra parte, de conseguir sus fines en Roma. Creía que se la debía también consultar sobre la constitución de una provincia separada y que ello sería un plan tentador para él, si la cosa se hiciese depender de su decisión. Así parece deducirse de su carta a Gracián, de fecha 20 de septiembre de 1576, en la que decía: «También me contentó mucho de la traza que se daba de procurar la provincia por vía de nuestro Padre General con cuantas maneras pudiéremos; porque es una guerra intolerable andar con desguste del prelados.»

¿Y por quién, sino por el mismo Gracián, podía ella obtener tal versión a ese extremo modificada, por no decir mentirosa del

[89] El prior de La Piñuela, fray Pedro de los Angeles, fue uno de los confesores designados por el Capítulo de Almodóvar (1576) para ir a Roma, pero no llegó a ir nunca. Como ya se verá, después de varios aplazamientos se nombró a otros dos.

asunto? ¿Había tenido acaso la desagradable sensación de que no le decía la verdad en todo? En esa carta fue en donde le echó en cara que fuese menos franco que su propia madre. Ligada a él por la obediencia, no podía poner en tela de juicio sus palabras; pero era lo suficientemente perspicaz para no descubrirlo. Una semana después escribía a la madre María a Sevilla: «Vuestra Reverencia me escriba, por caridad, y particularmente lo que pasare; no se fíe en nuestro Padre, que no terná lugar». En ocasiones, no era precisamente el tiempo el único elemento en el silencio de Gracián. De todas suertes, debió de haberle enviado, inmediatamente después de ello, una relación que sin duda la satisfizo por cuanto el día 6 de octubre le escribió una carta entusiasta, comparándolo a Moisés, y mostrándose sumamente contenta por el giro que iban tomando las cosas.

Mas, a decir verdad, no iban tomando el giro que ella creyera en un principio. El hecho es que fueron los frailes calzados quienes dieron cuenta del Capítulo de Almodóvar en Roma, y el cardenal secretario de Estado escribió al nuncio en Madrid, pidiéndole una relación del caso. Y, como Ornameto estaba demasiado enfermo para replicarle, su secretario escribió el día 29 de octubre diciendo: «Con referencia a la queja de los carmelitas contra el padre fray Jerónimo Gracián, que se llama a sí mismo Provincial de tal Orden, Monseñor el Nuncio no le ha hecho o nombrado Provincial, sino solamente Comisario, para la visitación y la reforma. Por cuanto yo sé, él se llama Provincial porque fue nombrado Provincial hace dos años y medio por un tal padre Francisco de Vargas, de la Orden de Santo Domingo, que, siendo Comisario Apostólico en virtud de un breve de Pío V, de santa memoria, tenía poder para deponer y instituir provinciales en la Orden carmelita…»

Una vez repuesto de su enfermedad, Ornameto confirmó todo esto y manifestó su opinión de que Vargas había tenido amplias facultades. Escribió, además, al cardenal secretario diciéndole que los padres descalzos llevaban una vida santa y daban grandísima edificación y gozaban de gran crédito entre el pueblo; pluguiera a Dios que los otros —los calzados— fuesen como ellos y tuviesen tan buena reputación. Sucede así que los primeros son favorecidos y protegidos por las autoridades y por la buena gente, lo que no es el caso con los últimos. Y en marzo de 1577 escribió manifestando que quienes le habían dado una falsa información sobre el padre Gracián obraron malvadamente, pues es un hombre de gran santidad, que lleva muy buena vida.

¿Por qué, pues, contando con las influencias con que contaba tanto en Roma como en Madrid no había Ornameto resuelto la discusión planteada? Tal vez su mala salud constituya la explicación debida. Antes de fines del mes de marzo tuvo otro fuerte ataque de su enfermedad, y el 18 de junio murió, en un estado tal de pobreza que no habría habido dinero para su entierro si a ello no hubiese provisto la caridad de Felipe II. Su desaparición en momento semejante fue un duro golpe para la Reforma.

Durante meses y meses, Teresa había estado luchando por que el asunto de la Reforma se expusiera a la consideración del Papa. Antes del final del ano 1576 había encontrado apoyo para tal plan en su confesor, el padre Velázquez, y en el que llamaba «mi gran amigo en la Compañía», el padre Ripalda, S. J., los cuales convinieron en que los frailes descalzos debían ir a Rama y ver allí a Rubeo antes de apelar al Padre Santo. Pero aquel viaje de los dos compañeros fue aplazándose una y otra vez, de suerte que no se apeló a Rubeo. Y así, La Madre pudo decirle a Gracián que, si

hubiese acudido a él, habría ido todo bien. Dios perdone al que siempre lo impidió. Pues ella habría podido arreglarlo con su Paternidad, aunque en esto él le hubiese dado poco crédito.

Resulta, pues, del todo evidente quién era ese a que ella se refería. Podía Gracián llevar una vida muy santa, pero era indiscutible que se había excedido en sus poderes en Almodóvar. Sabia de sobra que si se aventaba la discusión en Roma, se patentizaría y se castigaría su desobediencia (para no decir nada de su duplicidad con La Madre). Como han sostenido algunos de sus apologistas, era muy posible que, dada su debilidad, hubiese cedido a la furia de Mariano. El hecho es que, por razones bien personales tenía más que sobrados motivos para rehuir el hacer apelación a Roma, cosa que Teresa consideraba esencial. Y, habiendo ido ya demasiado lejos, él tenía todas sus esperanzas puestas en Felipe II, que en más de una ocasión había sabido fruncir el entrecejo a los Papas, y estaría pronto de nuevo a ello si necesario fuera.

No puede ser simplemente un accidente el que, mientras de tal manera sacrificaba a La Madre y a la misma Reforma en aras de su prestigio y de su orgullo, sosteniendo indirectamente el peligroso poder real de Felipe II, estuviese, sin darse cuenta, preparando el instrumento de su propio castigo y condenación. El día 24 de marzo de 1577, Gracián entregaba el hábito de los descalzos a Nicolás Doria, un banquero genovés, que había abandonado el mundo por el claustro después de haber puesto en orden las finanzas de Felipe II, resolviendo su bancarrota, y de haber dado toda su inmensa fortuna a los pobres. Hombre frío, dinámico, sin imaginación, lleno de ambiciones, llegaría en su día a sobrepasar a Gracián, a arrancarle el hábito y arrojarle de la Orden. Justicia

poética, cuando menos ([90]), que el propio Doria había de lamentar llegada su hora en su lecho de muerte.

Tal vez Teresa no se hacía cargo de hasta qué extremo había sido traicionada cuando se disponía a abandonar Toledo en el verano de 1577. Después de la muerte de Ornameto, había decidido transferir el convento de San José de Ávila, pasándolo de la jurisdicción del obispo a la de Gracián. La casa había perdido un tanto de su primera caridad, la disciplina se había relajado algo y las monjas no tenían lo suficiente para comer como era debido. Y eso no podía continuar así. Luego de obtener el permiso necesario, partió La Madre para su ciudad nativa en los días calurosos del mes de julio, después de haber enviado a la señora doña Luisa de la Cerda un coco tallado de América (uno de los varios regalos de Sevilla), que la hizo admirarse de las maravillas de Dios en la tierra.

Consintió don Álvaro Mendoza en lo por ella solicitado a condición de que se diese sepultura a su cuerpo, en el presbiterio, junto al de ella; y allí está, en efecto, lo que de él resta, si bien lo de ella no está allí. Le pidió Teresa una canonjía para el maestro Daza, que se hallaba en gran necesidad, le encareció las virtudes del padre Gracián, y, al felicitarle por la boda de su sobrina, deploró un poco la edad del marido, el duque de Sesa, haciendo notar, no sin su buena filosofía, que las esposas, especialmente cuando son tan bellas como era doña María, eran siempre mejor tratadas por maridos de edad un tanto avanzada. El obispo lo tomó todo a las buenas, y envió cuantiosa limosna para aliviar el hambre de las

[90] En vista de todo esto, el relato de Gracián acerca de Doria y sus virtudes, después de haber él sido expulsado, es de una gran magnanimidad. Véase *Peregrinación*, pág. 203.

monjas de San José, de lo que Teresa había hallado seguramente algún medio hábil de enterarle. Y le dijo que tenía tanto interés en saberle libre de deuda que preferiría ver al convento en la necesidad más bien que hacerle a él aumentar sus gastos; sin embargo de lo cual, ya que Dios le había favorecido con tal espíritu de caridad, esperaba que Él le aumentase asimismo las rentas. Que pluguiera a Dios guardar a su señoría muchos años y la pusiera a ella donde pudiere gozar de su compañía.

En el entretanto, el nuevo nuncio designado por la Santa Sede había desembarcado en España el último día del mes de agosto, dirigiéndose seguidamente a Madrid. Éste era Felipe Sega, obispo de Piacenza, que estaba en Bélgica con don Juan de Austria cuando ocurrió la muerte de Ornameto. Era por muchos conceptos un hombre admirable, pero estaba lleno de prejuicios contra los frailes descalzos no sólo porque los calzados le habían roto los oídos con sus cuentos en Italia, sino también porque, como escribió Teresa, estaba emparentado con el cardenal protector de ellos, Buoncompagni, tío del Papa y secretario de Estado. Si acaso hubiera pensado en abrigar alguna esperanza respecto a él en cuanto a la Reforma atañía, le bastaba para perderla con oír lo que de Teresa dijera apenas puso el pie en tierra española, llamándola «fémina inquieta y andariega que por holgarse andaba en devaneos so color de religión». Y, como para remachar el clavo, apareció poco después de su llegada un opúsculo soez en donde se denunciaba a ella y al padre Gracián acusándoles de todos los pecados imaginables. Todo ello hizo un daño enorme, y Teresa hubo de sentirse extraordinariamente afligida al enterarse de que los autores de semejante libelo era fray Baltasar de Jesús (Nieto), uno de sus propios frailes, que viajaba con el Tostado, y un hermano lego llamado Miguel de la Coluna.

El padre Baltasar, al igual de sus dos hermanos, Melchor y Gaspar, había sido siempre un elemento perturbador en la Orden y sentía una gran envidia de Gracián, que le suplantara en Andalucía. Aparentemente fue él quien escribió el libelo y Miguel quien lo firmó, explicando después que lo había hecho sin leerlo, a la fuerza. Más tarde, los dos hicieron una retractación total del escrito, confesando que habían mentido, y sufrieron penitencia por su crimen. Pero el caso es que el daño estaba ya hecho, y Teresa se sintió tan trastornada hacia mediados del mes de septiembre de 1577, que escribió una desapasionada carta a Felipe II, defendiendo a Gracián de las calumnias que ya andaban de boca en boca en la misma corte. Decía así tal carta:

«La gracia del Espíritu Santo sea siempre con Vuestra Majestad. Amén. A mi noticia ha venido un memorial, que han dado a Vuestra Majestad contra el Padre Gracián, que me espanto de los ardides del demonio y de los Padres Calzados; porque no se contentan con infamar a este siervo de Dios (que verdaderamente lo es, y nos tiene tan edificados a todos, que siempre me escriben en los monesterios que visita que los deja con nuevo espíritu), sino que procuran ahora dislustrar estos monesterios, y ha hecho cosas adonde tanto se sirve a Nuestro Señor. Y para esto se han valido de dos descalzos, que el uno, antes que fuese fraile, sirvió a estos monesterios, y ha hecho cosas a donde da bien a entender que muchas veces le falta el juicio, y deste Descalzo, y otros apasionados con el Padre Maestro Gracián (porque ha de ser el que los castigue), se han querido valer los frailes del Paño ([91]), haciéndoles firmar desatinos; que si no temiese el daño que puede

[91] Los calzados que visten hábito de lana.

hacer el demonio, me daría recreación lo que dice que hacen las Descalzas; porque, para mi hábito, sería cosa monstruosa.

»Por amor de Dios, suplico a Vuestra Majestad no consienta que anden en tribunales testimonios tan infames; porque es de tal suerte en el mundo, que puede quedar alguna sospecha en alguno (aunque más se pruebe lo contrario) si dimos alguna ocasión, y no ayuda a la Reforma poner mácula en lo que está por la bondad de Dios, tan reformado, como Vuestra Majestad podrá ver, si es servido, por una probanza que mandó hacer el Padre Gracián destos monesterios.»

Pidió ella al rey que investigase por sí mismo las acusaciones que se la hacían, ya que había muchos hombres virtuosos y letrados que conocían a sus monjas y podían decir qué clase de vida llevaban. Le recordaba, asimismo, que Gracián era hijo de uno de sus secretarios, y añadía: «que verdaderamente, me ha parecido un hombre enviado de Dios y de su bendita Madre, cuya devoción, que tiene grande, le trajo a la Orden para ayuda mía». Y terminaba pidiendo a Dios que guardase a Su Majestad muchos años, «pues ningún otro amparo tenemos en la tierra.»

Por aquel entonces se celebró la elección en el convento de la Encarnación, y, con gran disgusto por su parte, Teresa fue elegida priora, por una votación de 55 contra 44. Y allá fue con el corazón triste y doliéndole tremendamente la cabeza con los grandes ruidos que en ella tenía.

Al saberse la noticia, Tostado envió a fray Juan Gutiérrez, provincial de los frailes calzados para Castilla, a que anulase la elección. El relato que hace Teresa del caso es algo inimitable. Dice así: «Yo digo a Vuestra Reverencia, que pasa aquí en la Encarnación una cosa, que creo no se ha visto otra de la manera. Por

orden del Tostado, vino aquí el Provincial de los Calzados a hacer la elección, ha hoy quince días, y traía grandes censuras y descomuniones para las que me diesen a mí voto, y con todo esto a ellas no se les dio nada, sino, como si no les dijeran cosa, votaron por mí cincuenta y cinco monjas; y cada voto que daban al Provincial las descomulgaba y maldecía, y con el puño machucaba los votos y les daba golpes y los quemaba, y dejándolas descomulgadas, ha hoy quince días, y sin oír misa ni entrar en el coro, aun cuando no se dice el oficio divino, y que no las hable nadie, ni los confesores, ni sus mismos padres, y lo que más me cae en gracia es que otro día después de esta elección machucada volvió el Provincial a llamarlas, que viniesen a hacer elección, y ellas respondieron que no tenían para qué hacer más eleción, que ya la habían hecho; y de que esto vio tornólas a descomulgar, y llamó a las que habían quedado, que eran cuarenta y cuatro, y sacó otra priora, y envió al Tostado por confirmación. Ya la tienen confirmada, y las demás están fuertes, y dicen que no la quieren obedecer sino por vicaria.

»Los letrados dicen que no están descomulgadas, y que los frailes van contra el Concilio, en hacer la priora que han hecho con menos votos. Ellas han enviado al Tostado a decirle cómo me quieren por priora, él dice que no, que si quiero irme allá a recoger más que por priora, no lo pueden llevar a paciencia. No sé en qué parará.

»Esto es en suma lo que ahora pasa, que están todos espantados de ver una cosa que a todos ofende, como ésta; yo les perdonaría de buena gana, si ellos quisieran dejarme en paz, que no tengo ganas de verme en aquella Babilonia, y más con la poca

salud que tengo, y cuando estoy en aquella casa, menos. Dios lo haga como me sirva, y me libre de ellas».

Así continuaron las cosas durante semanas y meses, mientras la madre Teresa ponía tranquilamente su punto final en el último capítulo de su obra *El castillo interior y Moradas*, cosa que hacía el 28 de noviembre, víspera de San Andrés. De sobra sabía ella que se estaba incubando ya otra tormenta; así, mientras felicitaba a Gracián por la fortaleza que mostrara en la persecución de que fuera víctima —pues no sólo se le había calumniado, sino que incluso se le había metido en prisión—, añadía que todo su cuidado era que Pablo (Gracián) no hiciese nada en que pudiese apartarse de la voluntad de Dios; y, además: «Yo digo, mi Padre, que será bien que Vuestra Paternidad duerma...» Era el caso que la falta de sueño podría afectarle a la cabeza y no se advertiría el efecto hasta que fuese ya demasiado tarde. Insistiendo, decía: «Sígase en esto por otro parecer, por amor de Dios, y déjese de trazas por más necesarias que sean. Mire que me haga esta merced, que muchas veces el demonio, cuando ve hervor en el espíritu, representa cosas de gran importancia al servicio de Dios para que, ya que no pueda por un cabo, por otro ataje el bien» (49). Y finalmente le decía que algunos jesuitas habían «perdido sus cabezas» por exceso de trabajo.

Aun estaba fresca la tinta con que terminara la última página de su libro cuando se le vino el golpe encima. En tal sazón, la víctima fue fray Juan de la Cruz, que nunca había querido ofender a nadie, pero que una vez convencido de que un determinado propósito era bueno y grato a Dios, era capaz de morir antes que abandonarlo. En su calidad de capellán descalzo del convento calzado de la Encarnación, había estado en una situación a todas

vistas anormal, a propósito como ninguna para suscitar la hostilidad de los padres del «Paño». A comienzos del año 1576, los padres calzados prendieron a él y a su compañero fray Germán, y los condujeron a Medina, pero el nuncio Ornameto ordenó se les dejase en libertad. Muerto Ornameto y con un nuncio cuyos puntos de vista eran distintos de los del anterior, los calzados reanudaron su intento de privar a la Encarnación de un frailecico cuyo mismo hábito era como un insulto a su regla, y que, además, había, al par que Teresa, proclamado el derecho de las cincuenta y cinco monjas excomulgadas a elegir la priora que tuviesen por conveniente.

Ordenó el Tostado a los dos frailes mencionados que se marchasen de la Encarnación —en aquel momento estaban virtualmente confinados en una pequeña choza al final de los terrenos baldíos, a través de un pedregoso valle— y fuesen a uno de sus prioratos. Se negaron ellos a hacerlo no obstante la muerte de Ornameto y la terminación de los poderes de visitadores y reformadores, alegando que habían sido puestos allí por la autoridad legítima, que no se les había oficialmente notificado que ellas hubiesen ya caducado y que no tenían con quien remplazarlos. Respuesta que hubo de parecer a los padres calzados como una verdadera rebelión contra las disposiciones del Capítulo General.

En semejante coyuntura intervino Felipe II y pidió que se eximiese de toda censura a las cincuenta y cinco monjas, a lo que hubo de acceder el Tostado; pero mandó a Ávila al que era su mano derecha, el padre Miguel Maldonado, prior del monasterio calzado de Toledo.

Maldonado era un sujeto de lo más decidido y poco acomodaticio. Soltó, pues, a las monjas, pero de tal suerte que su condición fue entonces peor que anteriormente. Y conminó a fray

Juan de la Cruz a que en tres días abandonase la Reforma y el hábito de los descalzos, o que se atuviese a las consecuencias. En cambio, si accedía a mostrarse prudente y a rendir obediencia, era muy posible que, dada su cultura, se le eligiese prior de alguno de los conventos de calzados.

A pesar de saber perfectamente lo que luego ocurriría, Juan de la Cruz se negó resueltamente a ello, lo que, a pesar de toda la cautela de sus amigos, ocurrió, al fin. Y la noche del 3 de diciembre de 1577, Maldonado y sus frailes calzados, después de haber apelado al brazo secular, como indicó que se hiciera el Concilio de Piacenza —o sea acompañados por policías armados—, echaron abajo la puerta de la cabaña en que se alojaban los dos confesores descalzos y se los llevaron a rastras al viejo monasterio carmelita, en donde los encerraron en celdas separadas, después de haberles previamente azotado dos veces.

A la mañana siguiente, Maldonado envió a buscar a Juan de la Cruz, inmediatamente después de la misa; y mientras estaba en acción de gracias, el prisionero se escapó, llegó corriendo a campo traviesa a su cabaña, la cerró y allí se parapetó, y se las compuso para romper algunos de sus papeles y tragarse otros (que probablemente serían cartas de Santa Teresa relativas a los asuntos de la Reforma) antes que llegasen sus raptores.

Teresa estuvo unas cuantas semanas sin saber en dónde se hallaba su *Senequita*. Enterada de cómo hubieron de llevársele en la mañana del día 4 de diciembre, se puso en el acto a escribir un alegato al rey, que comenzó de la siguiente manera:

«... Yo tengo muy creído que ha querido Nuestra Señora valerse de Vuestra Majestad y tomarle por amparo para el remedio de su Orden, y ansí no puedo dejar de acudir á Vuestra Majestad con

las cosas de ella. Por amor de Nuestro Señor, suplico á Vuestra Majestad perdone tanto atrevimiento.»

Y, luego de referir los preliminares del caso, proseguía:

«Está todo el lugar bien escandalizado, cómo no siendo perlado, ni mostrando por donde hace esto (que ellos están sujetos al Comisario Apostólico), se atrevan a tanto, estando este lugar tan cerca de donde está Vuestra Majestad, que ni parece temen que hay justicia, ni a Dios. A mí me tiene muy lastimada verlos en sus manos, que ha días que lo desean; y tuviere por mejor que estuviera entre moros, porque tuvieran más piedad. Y este fraile, tan siervo de Dios, está tan flaco de lo mucho que ha padecido, que temo su vida.

»Por amor de Nuestro Señor suplico a Vuestra Majestad mande que con brevedad le rescaten, y que se dé orden como no padezcan tanto con los del Paño estos pobres Descalzos todos, que ellos no hacen sino callar y padecer, y ganan mucho; mas dase escándalo en los pueblos. Que este mesmo que está aquí, tuvo este verano preso en Toledo a fray Antonio de Jesús, que es un bendito viejo, el primero de todos, sin ninguna causa; y ansí anda diciendo los han de perder, porque lo tiene mandado el Tostado.

»Si Vuestra Majestad no manda poner remedio, no sé en qué se ha de parar, porque ningún otro tenemos en la tierra. Plega a Nuestro Señor nos dure muchos años. Yo espero en Él nos hará esta merced, pues se ve tan sólo de quien mire por su honra. Continuamente se lo suplicamos todas estas siervas de Vuestra Majestad y yo.»

Se apresuró Felipe II a enviar por ella, y la anciana se puso en camino hacia El Escorial, a pesar de la crudeza del invierno, en el mes de diciembre de 1577. El gran duque de Alba, que se hallaba

en su casa de vuelta de sus años de heroica labor en los Países Bajos, disfrutando de un merecido descanso, hubo tal vez de tener que ver con la preparación de tal visita, pues tal se infiere del relato fragmentario de ella, y que estaba dirigido a la esposa de su secretario Albornoz.

El admirable palacio de San Lorenzo del Escorial no estaba terminado todavía en el año 1577, pero Felipe II y su familia habían vivido ya en él algún tiempo, y el rey tenía su despacho y oratorio en una pequeña pieza de donde se veía el altar mayor de la iglesia, y pasaba gran parte del tiempo inspeccionando los trabajos, los jardines, la casa de fieras, los laboratorios científicos, la galería de arte y la biblioteca del edificio. Como no ha quedado otra constancia de tal encuentro que la carta de Teresa, cuya primera página se ha perdido, no puede reconstruirse fielmente la escena, ni sabemos en qué lugar del edificio ocurriera. Cabe imaginarse a aquella anciana, con su remendado hábito de carmelita, pasando ante las estatuas de los reyes de Israel hasta llegar a una pieza solitaria, mientras la cabeza le dolía tremendamente con sus grandes ruidos, y el corazón le latía con violencia por lo que pudiera resultar de aquel encuentro con Felipe II, que la estaba esperando solemnemente, vestido con su acostumbrado traje negro, sin más adorno que una cadena de oro pendiente del cuello, y fijando la intensa mirada de sus azules ojos en la de los negros ojos de la *beata*. Felipe II contaba a la sazón cincuenta años, y ya había pasado muchas contrariedades; la gota comenzaba a hacerse crónica en él y se le estaba oscureciendo el rubio pelo a tiempo que unas cuantas hebras de plata parecían querer abrirse paso en la barba que le cubría el prognato mentón.

Según la tradición corriente de El Escorial, comenzó ella su conversación refiriéndose a la descripción que de sí le había hecho Sega, diciendo estas o parecidas palabras:

«Señor, sin duda estaréis pensando he aquí ante mis ojos a esta fémina inquieta y andariega que por holgarse anda en devaneos so color de religión.»

La mayoría de las personas que por primera vez tenían que verse con el rey Felipe perdía el habla al hallarse ante aquella severa majestad, pero él tuvo a bien querer tranquilizarla diciéndola: «Sosegaos.» A estar a lo que ella refiere, hasta la misma Teresa se quedó durante un rato confusa ante una mirada que penetraba en las almas, y bajó sus ojos. Mas, al levantarlos de nuevo, vio que el rey la había ya dulcificado y que adoptaba una expresión benévola. Lo cual la animó a relatar su caso y a pedir ayuda.

«—¿Es todo eso lo que queréis? —hubo el rey de preguntar.

—He pedido mucho, señor.

—Entonces, estad tranquila, porque se hará todo como queréis.»

Teresa hincó la rodilla en tierra para darle las gracias. La hizo él levantar, la saludó con una ligera indicación de cabeza y la dio a besar su mano. Y ella se marchó alabando al Señor por la ayuda que «este César» la prometiera.

En su carta a la duquesa de Alba, decía Teresa que, al dejar el otro edificio, en donde estaba el duque, su generoso marido, al que tanto debía, se acercó a ella y la dijo que el rey nuestro Señor le había ordenado escribiese su petición de forma que se hiciese en seguida, conforme a sus deseos. Lo que así se hizo. «Yo dicté y el señor Albornoz fue escribiendo mis palabras.»

Al regresar a Ávila no volvió a la Encarnación, sino a la vieja celda de San José, en donde, a pesar de la seguridad que el rey la diera, terminó tristemente el año. Aquel de 1577 había sido una de los más calamitosos para España: año de escasas cosechas, de pan caro, de muchas enfermedades y padecimientos en la gente pobre y de extraños fenómenos atmosféricos. Por lo que a Teresa respecta, desde el punto de vista humano, había sido de una constante intranquilidad, una pesadilla de inquietudes. Todavía seguía a oscuras por cuanto a fray Juan de la Cruz atañía.

Para colmo de desgracias, la víspera de Navidad, al dirigirse hacia el coro, alumbrándose con una pequeña lámpara de aceite para ir a rezar Completas, cayó de mal modo, pues resbaló en lo alto de la escalera y llegó hasta abajo rodando, con lo que se rompió el brazo izquierdo. Luego insistía siempre en que aquello había sido obra del demonio. Al llegar rodando abajo, exclamó: «¡Dios me socorra! ¡Quería matarme!» Y oyó una voz que la dijo: «Pero yo estaba contigo.»

Fue muy intenso su dolor y no había allí a mano nadie que pudiera componer un hueso roto. Una curandera, que había cerca de Medina, no pudo o no quiso ir; pero mandó, en cambio, a dar algunos consejos que resultaron del todo inútiles. Meses más tarde, llegó la charlatana acompañada de un ayudante masculino para romper de nuevo el hueso y proceder a componerlo, mientras las monjas permanecían en el coro rezando fervorosamente, y Teresa hubo de soportar la operación sufriendo intensos dolores. En lo sucesivo consiguió poder mover un poco la mano, pero no podía apenas servirse de su brazo, de modo que desde entonces hasta el día de su muerte no pudo vestirse ni desnudarse sin ayuda de alguien.

¿Cabía que le sucediera algo más todavía a tal anciana mujer? Sí; podía aún ocurrirle, y, en efecto, le ocurrió.

# CAPÍTULO XXXI

# DE PROFUNDIS

Si tenía que agotar hasta las heces el cáliz de Cristo, que en su humana naturaleza experimentara un día la desolación de verse abandonado por su Padre, era preciso que ella se mantuviese totalmente sola. Su Señor había sido abandonado en la noche de las tinieblas incluso por los santos que fueron sus discípulos y apóstoles. Era, por tanto, inevitable y razonable que su esposa, Teresa de Jesús, experimentase asimismo el dolor de verse abandonada por «aquellos benditos hombres de la Compañía» que, junto con los dominicos, habían sido sus más decididos y casi indispensables campeones.

Dado que el caso ha sido extraordinariamente exagerado por el ex jesuita Mir ([92]), y, en cambio, disminuido de importancia por algunos jesuitas harto celosos de su prestigio (2), bueno será inquirir cuáles son los hechos conocidos antes de arriesgarse a sacar una conclusión cualquiera.

Las pequeñas diferencias que La Madre había tenido con el padre Ripalda y con el padre Olea por causa de algunas novicias no pueden ser tomadas en cuenta como importantes, incluso por los que, con este caso, pretenden levantar un entredicho contra los jesuitas. Tales diferencias suelen darse hasta entre íntimos amigos dentro y fuera de los conventos.

---

[92] MIR: *Vida de Santa Teresa*, y en otras partes.

El famoso asunto de Casilda de Padilla produjo cicatrices más profundas y duraderas, por lo menos en el lado de las carmelitas. Era Casilda una de los cinco hijos del adelantado de Castilla y de doña María de Acuña. El mayor de ellos, Antonio, había entrado en la Compañía, renunciando a la propiedad de su padre y las grandes riquezas que comportaba. La hermana mayor, Luisa, renunció a su vez, a todo ello, haciendo voto de perpetua virginidad, pera luego fue de él dispensada, se casó y tuvo varios hijos, y, después de la muerte de su esposo, se hizo carmelita descalza. La hija siguiente, María, entró en el convento dominico de Santa Catalina, en Valladolid. De suerte que toda la fortuna, salvo lo que había que dejar para la madre, pasó a Casilda, que, como ya hubimos de ver, fue recibida en el convento de las descalzas de Valladolid a la edad de once anos, por dispensa especial. Su madre, mujer frívola, aunque piadosa, no llegó nunca a aceptar esto último, al paso que algunos parientes hicieron cuanto les fue posible para impedir los votos de la joven, amenazándola con desheredarla si en ello insistía.

Por todo eso estaba justificado el que Teresa escribiese en el mes de diciembre del año 1576 a la madre Brianda, en Malagón, diciendo: «Cierto debe poco este ángel a su madre... Por su pena de la niña, que la tiene mucha, yo querría ya verlo acabado; y así le escriba rogándole, que si no dieren nada, que no se le dé nada.»

Al llegar a tal punto, conviene saber que había habido algunos jesuitas metidos en el asunto. La Madre escribió a María Bautista diciéndola tuviese cuidado con lo que decía a Casilda, que se lo diría seguramente a su madre. Y, después de algunas observaciones acerca de un tal don Pedro, cuya identidad ha dado lugar a no poca discusión, proseguía:

«No sé qué me diga de este mundo, que, en habiendo interés, no hay santidad, y esto me hace que lo querría aborrecer todo. No sé cómo pone Teatinos ([93]) para estos remedios (que me dice Calina que lo es mercado), sabiendo lo que en ello les va. Prádanos me ha contentado mucho; creo que tiene gran perfección aquel hombre. Dios nos la dé, y a ellos sus dineros.»

Es indudable que en esto se echa de ver cierto resentimiento en contra de los jesuitas. Pero no lo es menos que no hacía todavía mucho que Teresa había escrito a la madre María de San José, a Sevilla, aconsejándola que se procurase su ayuda en calidad de confesores. Decía que tal vez fuera bueno que el padre Garciálvarez les hablase..., añadiendo:

«Bien es, aunque haya todo eso, que procure algunas veces, que las confiesen alguno de la Compañía, que hará mucho al caso para perder el miedo; y con el padre Acosta sería muy bien, si pudiesen, Dios se los perdone, que en esa se acabará todo, si era tan rica, aunque pues Su Majestad no la trajo, él tendrá el cuidado. Quizá era más menester a donde fue.» Era esto el día 5 de octubre. El 26 de noviembre hizo otra referencia a los jesuitas de Sevilla, al escribir:

«No será poco bien sí el rector de ahí se quisiese encargar, como dice, y ansí para muchas cosas sería gran ayuda. Mas quieren que les obedezcan, y ansí lo haga, que, aunque alguna vez no nos esté tan bien lo que dicen, por lo mucho que importa tenerles es bien pasarlo. Busque cosas que les preguntar, que son muy amigos de esto, y tienen razón, que si se encargan de una cosa, de hacerlo bien; ansí lo hacen adonde toman este cuidado». Nada de esto indica el menor prejuicio en contra de la Compañía de Jesús,

[93] Un jesuita o un discípulo de los jesuitas.

sino todo lo contrario. La frase de «lo que dicen puede no ser a veces tan bueno para nosotras», es probanza de bien poca cosa; y lo cierto es que dos años más tarde, al aconsejar a la madre María que tomase como confesores a algunos descalzos carmelitas, escribió: «No le importe si a veces cometen errores.»

A Teresa hubo de complacerle sumamente el que Casilda hiciese su profesión unas pocas semanas después (el 13 de enero de 1577), luego de haber renunciado a la herencia de su padre y a la que le tocaba por parte de madre a favor del convento, con la cláusula de que todo ello no sería válido caso de que lo abandonase. Y, cuando al fin lo abandonó, previa dispensa papal, para convertirse en priora de las franciscanas mitigadas —resolución que más adelante hubo de deplorar—, Teresa lo aceptó conformándose de buena manera, sufriendo el desengaño con el ánimo que en ella era de esperar. A tal respecto escribió a Gracián:

«... de presto me dio sobresalto la novedad; mas luego he considerado que los juicios de Dios son grandes, y que, en fin, ama a esta Orden, y que ha de sacar de ello algún bien, u excusar algún mal que no entendemos. Por amor de Dios Nuestro Señor, Vuestra Paternidad no tenga pena.»

Sigue la carta para decir que el jesuita confesor de doña María de Acuña había aconsejado a las monjas que no votasen por una subpriora que no estuviese conforme en renunciar a la fortuna de Casilda. A pesar de todo ello, las descalzas debían de conservar sin duda la amistad de siempre con los jesuitas, ya que la mayoría de las postulantes de Valladolid les eran por ellos enviadas y no entrarían allí si ellas no les consultaran: «Que Dios me libre de tales intrigas.»

Teresa sospechaba, por tanto, que los jesuitas habían tenido alguna parte en hacer que Casilda abandonase la Reforma y que la madre de la joven necesitara el dinero para fundar un «colegio». Al considerar su amistad por los jesuitas y pensar que su hijo lo era, parecía de todo punto razonable suponer que todos los colegios que ella fundara habrían de ser para ellos —sobre todo si parecían querer ayudarla a recoger las fondos para tal fin necesarios—. Pero, ¿fundó por ventura un «colegio»? Ni el mismo Mir puede aducir una prueba concluyente. Da por supuesto, en lo que le acompañan los benedictinos de Stanbrook, que era para el colegio de Valladolid. A lo que replica el padre Zugasti, S. J., que los jesuitas tenían ya tres colegios en tal ciudad fundados, todos ellos antes de la Reforma descalza carmelita; aunque no habla de la posibilidad de que uno de ellos hubiera utilizado la fortuna de Padilla para su desarrollo. Esto no obstante, si era cierto que los jesuitas precisaban dinero, otro tanto les ocurría a las carmelitas y ambos lo precisaban para fines de santidad. La única consecuencia moral indiscutible que de todo ello puede sacarse es que, por lo visto, tanto los jesuitas como las carmelitas son seres humanos.

Aunque desaparecieron Casilda y sus dineros, el incidente no dejó de proporcionar ciertas ventajas a la Reforma. Su profesión, a raíz del melodramático ingreso de la princesa de Éboli, llegó a poner de moda a las descalzas y les conquistó los favores y los bienes de muchas mujeres jóvenes acaudaladas. Lo cual era, sin embargo, cosa que no interesaba grandemente a La Madre, la que escribía al padre Yepes pidiéndole no la diese el tratamiento de señora, y luego a Gracián, diciéndole:

«No debe querer Su Majestad que nos honremos con señores de la tierra sino con los pobrecitos, como eran los Apóstoles, y

ansí, no hay que hacer caso de ello. Y habiendo también sacado a la otra hija, para llevarla consigo, de Santa Catalina de Siena, hace al caso para no perder nada acá, digo a los dichos del mundo; que para Dios, como digo, quizá es lo mejor que sólo en Él pongamos los ojos. Vaya con Dios.»

«Él me libre de esos señores, que toda lo pueden y tienen extraños reveses.»

A comienzos del año 1578 tuvo Teresa un serio encuentro con los jesuitas, en momentos en que la suerte de la Reforma estuvo pendiente de la balanza del padre Gaspar de Salazar, S. J. Desde el tiempo de su rectorado en Ávila, en 1561, cuando su espíritu llegó a desempeñar una parte tan activa en la vida de Teresa, este su buen amigo había sido sucesivamente rector en Madrid, Marchena, Cuenca, Belmonte y Toledo, desde donde había seguido manteniendo con ella una correspondencia intermitente. Hombre de espíritu contemplativo, taciturno y altivo con la mayoría de las personas, gozaba en la Compañía del prestigio de competente administrador, si bien un tanto quisquilloso a veces y excesivamente duro con los que estaban por debajo de él. En el año 1562 le trasladó su provincial, por ciertas diferencias que tuviera con el obispo don Álvaro, y en el año 1575 se le destituyó de su rectorado en Cuenca por exceso de rigurosidad con los subordinados. Teresa parece no haber tenido que sufrir de aquella particularidad de su carácter. La hizo una vez un gran favor, lo que bastó para que, a través del cristal de aumento de una profunda gratitud, no viese en él más que las virtudes, que eran, en efecto, muchas.

El hecho de que él fuese uno de los jesuitas que, por medio de Felipe II y del nuncio, tratasen de obtener ciertas reformas en la

Compañía, en el año 1577, da claramente a entender que seguía, dado caso que no formara parte de ellos, al peligroso grupo de los *malcontentos*, que tanto que hacer dieron a los jesuitas de aquel entonces, y que, de haber triunfado, hubiesen hecho de la Compañía una servidora de la corona, limitando a sólo España su influencia.

Se dijo, asimismo, por aquel año de 1577, que el padre Salazar quería abandonar a la Compañía de Jesús y hacerse carmelita descalzo. Cuando semejante noticia llegó a oídos del provincial de Castilla, padre Juan Suárez, no hubo de agradarle absolutamente nada. Siendo, como era, un hombre virtuoso e instruido, aunque de naturaleza fría, reservada y en ciertos momentos obstinada al juzgar a sus hermanos, sabía de sobra que la Reforma de la Madre Teresa había hecho honda impresión en algunos jesuitas de costumbres mentales contemplativas. Gracián se había negado a recibir a ocho de ellos en Alcalá sin el consentimiento de sus superiores, lo que, al parecer, no resultó muy conveniente, así, cuando menos, hubo de escribir en su autobiografía fray Juan de la Miseria. Y, una vez que algunos jesuitas ingresaron en los cartujos, el padre Alonso Román hubo de quejarse de que la Cartuja de Valencia se había puesto a comerse a la Compañía, como si fuera una polilla.

La impresión causada en la Compañía por la noticia de que el padre Gaspar de Salazar deseaba abandonarla puede suponerse por los altos cargos que en ella había, hasta entonces, desempeñado. El provincial, padre Suárez, estaba tan desconcertado que escribió a la Madre Teresa una carta, cuyo contenido puede suponerse por el tenor de la réplica que ella le dio, y que era así:

«Una carta de Vuestra Paternidad me dio el P. Rector, que, cierto, a mí me ha espantado mucho, porque decirme Vuestra Paternidad en ella que yo he tratado de que el padre Gaspar de Salazar deje la Compañía de Jesús y se pase a nuestra Orden del Carmen, porque Nuestro Señor ansí lo quiere y lo ha revelado.»

«Cuanto a lo primero, sabe Su Majestad, y esto se hallará por verdad, que nunca lo deseé, cuantimás procurarlo con él; y que cuando vino alguna cosa de esas a mi noticia, que no fue por carta suya, y me alteró tanto y dio tan gran pena, que ningún provecho me hizo para la poca salud que a la sazón tenía. Y esto ha tan poco, que debía de saberlo harto después que Vuestra Paternidad, a lo que pienso.»

«Cuanto a la revelación que Vuestra Paternidad dice, pues no me había escrito ni yo sabido cosa desa determinación, tampoco sabría si él habría tenido revelación en ese caso.»

«Cuando yo tuviera la desvelación que Vuestra Paternidad dice en él, no soy tan liviana que por cosa semejante había de querer hiciese mudanza tan grande, ni darle parte dello; porque, gloria a Dios, de muchas personas estoy enseñada del valor y crédito que se ha de dar a esas cosas; y no creo yo que el padre Salazar hiciera caso de eso, si no hubiera más en el negocio, porque es muy cuerdo.»

«En lo que dice Vuestra Paternidad que lo averigüen los perlados, será muy acertado, y Vuestra Paternidad se lo puede mandar; porque es muy claro que no hará él cosa sin licencia de Vuestra Paternidad a cuanto yo pienso, dándole noticia dello. La mucha amistad que hay entre el P. Salazar y mí, y la merced que me hace, yo no la negaré jamás; aunque tengo por cierto lo ha merecido más a lo que me ha hecho el servicio de Nuestro Señor y

su bendita Madre que no en otra amistad; porque bien creo ha acaecido en dos años no ver carta el uno del otro. De ser muy antigua se entenderá que en otros tiempos me ha visto con más necesidad de ayuda; porque tenía esta orden sólo dos padres descalzos, y mejor procurara esta mudanza que ahora, que, gloria a Dios, hay, a lo que primero, más de docientos, y, entre ellos, personas bastantes para nuestra pobre manera de proceder, jamás he pensado que la mano de Dios estará más abreviada para la Orden de su Madre que para las otras.»

«A lo que Vuestra Paternidad dice que yo he escrito para que se diga lo estorbaba, no me escriba Dios en su libro, si tal me pasó por pensamiento... Y jamás creeré que por cosas muy graves permitirá Su Majestad que su Compañía vaya contra la Orden de su Madre, pues la tomó por medio para repararla y renovarla, cuantimás por cosa tan leve; y si lo permitiere, temo que será posible lo que se piensa ganar por una parte perderse por otras.»

Y, aprovechando una figura de San Ignacio, continuaba:

«Deste Rey somos todos vasallos. Plega a Su Majestad que los del Hijo y la Madre sean tales, que, como soldados esforzados, sólo miremos adonde se va la bandera de nuestro Rey para seguir su voluntad; que si esto hacemos con verdad los carmelitas, está claro que no se pueden apartar los del nombre de Jesús, de que tantas veces soy amenazada.»

«Plegue a Dios guarde a Vuestra Paternidad muchos años. Ya sé la merced que siempre nos hace y, así, aunque miserable, le encomiendo mucho a Nuestro Señor; y Vuestra Paternidad suplico haga lo mesmo por mí, que medio año ha que no dejan de llover trabajos y persecuciones sobre esta pobre vieja; y ahora este negocio no le tengo por el menor, doy a Vuestra Paternidad palabra

de no se la decir para que lo haga, ni a persona que se lo diga de mi parte, ni se la he dicho,»

A semejante apelación, tan emotiva, contestó el padre Suárez enviando una nota al rector de Ávila, el padre Gonzalo Dávila, a fin de que «si la madre Teresa de Jesús juzga que conviene que no se reciba en su Orden al P. Salazar, con escribir una carta, de veras, al superior de su Orden, que la comunique con los demás, o con escribir al superior de cada casa una, podrían estar avisadas dentro de quince días, y más ha de quince días que lo supieron la madre Teresa y la madre priora de aquí. Esta fuera diligencia eficaz con el ayuda de Dios.»

Entregó lo anterior el padre Dávila con una nota, diciendo que el padre provincial estaría pronto en Ávila y hablaría con ella del asunto, y, entretanto, la rogaba rezase por él. Le sugería, además, que si leía de nuevo la nota del provincial, se convencería de que era menos ofensiva de lo que había supuesto; y que ella le comunicase lo que pensaba hacer, ya que él creía «será de no poca importancia para vos hacer lo que por caridad pedimos.»

La contestación de Teresa a esta velada amenaza fue, al mismo tiempo, francamente respetuosa y finamente irónica. Decía así:

«Jesús. Sea con vuestra merced el Espírito Santo. Yo he tornado a leer la carta del P. Provincial más de dos veces; y siempre hallo en ella tan poca llaneza para conmigo, y tan certificado lo que no me ha pasado por pensamiento, que no se espante su Paternidad que me diere pena. En esto va poco, que si no fuese tan imperfecta, por regalo había de tomar que Su Paternidad me

mortificase, pues, como a súdita suya ([94]), lo puede hacer. Y pues lo es el P. Salazar, ofrecéseme que sería mejor remedio atajarlo por su parte que no escribir yo a los que no sean míos ([95]), lo que vuestra merced quiere; pues es oficio de su perlado, y ternían razón de hacer poco caso de lo que les dijese.»

«Y, cierto, que no entiendo otra cosa, ni alcanzo estas véras con que vuestra merced me dice que escriba; porque si no es decir que me ha venido nueva del cielo para que no lo haga, otra cosa no me ha quedado por hacer. Aunque, como a vuestra merced dije, no es razón dar cuenta de todo, que es hacer mucho agravio a quien debo buena amistad; como a vuestra merced dije..., y agravio haré yo a una persona tan grave y tan sierva de Dios, en infamarla por todos los monesterios (aun cuando hubieran de hacer caso de mí), que harta infamia es decir que quiere hacer lo que no puede sin ofensa de Dios.»

«Yo he hablado con vuestra merced en toda verdad, y, a mi parecer, he hecho lo que estaba obligada en nobleza y cristiandad. El Señor sabe que digo en esto verdad; y hacer más de lo que he hecho, parece iría contra lo uno y lo otro.»

«Ya he dicho a vuestra merced que haciendo en una casa lo que me parece debo, que me dio Dios ánimo para con su ayuda pasar todos los malos sucesos que vinieren; al menos, no me quejaré de falta de estar profetizando, ni de que he dejada de hacer lo que yo he podido, como he dicho. Podrá ser que tenga vuestra merced más culpa en habérmelo mandado, que yo la tuviera si no hubiera obedecido.»

---

[94] Teresa había consultado al padre Suárez sobre las cosas de su alma y le profesaba gran afecto como director espiritual.

[95] Bajo su autoridad, refiriéndose a los frailes descalzos.

«También estoy sigura, que si no fuese el negocio como vuestra merced quiere, que quedaré tan culpada como si no hubiere hecho nada; y que basta haberse hablado, para que se empiecen a cumplir las profecías ([96]). Si son trabajos para mí, vengan en buena hora. Ofensas tengo hechas a la Divina Majestad que merecen más que puedan venir.»

«También me parece no merezco yo a la Compañía dármelos, aun cuando fuera parte en este negocio; pues ni hace, ni deshace, para lo que les toca. De más alto vienen sus fundamentos. Plega el Señor sea el mío no torcer jamás de hacer su voluntad, y a vuestra merced dé siempre luz para lo mesmo. Harto me consolara viniese acá nuestro Padre Provincial, que ha mucho tiempo no ha querido el Señor que yo me consuele de ver a su Paternidad.»

«Indina sierva y hija de vuestra merced. Teresa de Jesús» (*Epistolario*).

Uno o dos días más tarde fue el padre Dávila a visitarla a San José. La carta de Teresa al padre Gracián, remitiéndole una del padre Salazar y dándole cuenta de la entrevista, pone completamente en claro su inocencia en lo referente a las acusaciones del padre Suárez. Ante todo le pedía a «Pablo», por el amor de Dios, que tuviese cuidado en no caer en esos malos caminos por que andaba, ya que su propio accidente le había enseñado a ella lo que una mala caída podía acarrear. Hacía mucho frío, habían aparecido las primeras heladas del invierno, pero ella no lo sentía tanto como en Toledo. Su brazo izquierdo y la mano correspondiente los tenía aún envueltos en un emplasto de azafrán «que parece una cota de malla y me sirve de muy poco», como decía. Sin embargo, acertó a

[96] Las "falsas revelaciones" a ella atribuidas con respecto al padre Salazar Silverio.

escribir la carta ella misma, como lo prueba el que aun exista el autógrafo de la mayor parte. La cual dice:

«Ahí envío a Vuestra Paternidad una carta que me escribió el Provincial de la Compañía sobre el negocio de Carrillo [nombre de código del padre Salazar, S. J.], que me desgastó tanto, que quisiera responderle peor de lo que le respondí. Porque sé que le había dicho que yo no había sido en esta mudanza, como es verdad, que, cuando lo supe, me dio harta pena, como a Vuestra Paternidad escribí, y con gran deseo de que no fuese adelante. Le escribí una carta, cuan encarecidamente pude, como en esa que responde al Provincial, se lo juro; que están de tal suerte, que me pareció si no era con tanto merecimiento, no lo creerían. Y importa mucho lo crean por eso de las desvelaciones que dice [el provincial]; no piensen que, por esa vía, le ha persuadido, pues es tan gran mentira. Mas yo digo a Vuestra Paternidad que tengo tan poco miedo a sus fieros, que yo me espanto de la libertad que de me da Dios; y ansí dije al Retor que en cosa que entendiese había de servir, que toda la Compañía ni todo el mundo serían parte para que yo dejase de llevarlo adelante, y que en este negocio yo no había sido nenguna ni tampoco lo sería en que lo dejase.»

«Rogóme que, aunque esto no hiciese, le escribiese una carta en que le dijese lo que en ésa le digo, de que no lo pueda hacer sin quedar descomulgada.»

«Yo le dije, ¿si sabía él estos breves? Dijo: mejor que yo. Dije: pues estoy cierta de él, que no hará cosa en que entienda es ofensa de Dios. Dijo, que todavía, que por la mucha afición, se podía engañar y arrojarse; y ansí le escribí una carta por la vía que él me escribe esa.»

«Mire Vuestra Paternidad ¡qué sencillez! ¡que por indicios he entendido claro que la vieron; aunque no se lo di a entender! Y díjele en ella, que no se fiase de hermanos, que hermanos eran los de Josef, porque sé que habían de verla, porque sus mesmos amigos le deben haber descubierto, y no me espanto, porque lo sienten mucho en demasía. Deben temer no se haga principio.»

«Yo le dije, ¿si no había algunos dellos descalzos? Dijo que sí, Franciscanos: mas que los echaron ellos primero, y después les dieron licencia ([97]). Dije que no podían hacer ahora. Mas no están en eso, ni yo en decirle que no lo haga; sino avisarle, como hago en esa carta, y dejarlo a Dios, que si es obra suya ellos lo querrán. Que, de otra suerte (como ahí le digo), hélo preguntado, y, cierto, no se debe de poder hacer; porque esos se deben llegan a el derecho común, como otro legista que me persuadía a mí, cuando la fundación de Pastrana, que podía tomar la agustina [Catalina Machuca], y engallábase. Pues dar el Papa licencia, no lo creo, que le ternían tomados los puertos. Vuestra Paternidad también se informe, y le avise, que me daría mucha pena si hiciese alguna ofensa a Dios. Bien creo, entendiéndolo, no lo hará.»

«Harto cuidado me da, porque quedarse entre ellos, después que saben la gana que tiene de estotro, no terna el crédito que suele; quedar acá, si no es pudiéndose hacer muy bien, no se sufre; y ponéseme delante lo que debemos siempre a la Compañía; que el hacernos daño no entiendo los dejará Dios para eso. No le recibir pudiendo, por miedo de ellos, hacérsele mala obra, y pagársele mal su voluntad. Dios lo encamine, y Él lo guiará; aunque miedo tengo no le hayan movido esas cosas de oración

[97] Los jesuitas los arrojaron, y los franciscanos les dieron autorización.

que dice, que les da demasiado crédito. Hartas veces se lo he dicho, y no basta.»

«También me da pena que esas monjas de Beas le deben haber dicho algo de eso, según la gana mostraba Catalina de Jesús. El bien de todo es, que él, cierto, es siervo de Dios, y si me engaña, es pensando que Él lo quiere, y Su Majestad mirará por él. Mas en ruido nos ha metido; y a no entender yo le escribí a Vuestra Paternidad de Josef [nombre de código de Nuestro Señor], crea que hubiera puesto todo mi poder en estorbarlo. Mas, aunque no creo tanto con él estas cosas, háceme gran contradicción estorbarlo: ¿qué sé yo si estaba algún gran bien de aquel alma? Porque crea Vuestra Paternidad, que, a mi parecer, no lleva el espíritu de adonde está; siempre me ha parecido entre.»

«Lo más apriesa que Vuestra Paternidad pudiese, envíe esa carta al P. Salazar por vía del Prior de Granada, que se la dé a solas, y encarguéselo mucho; porque temo no me torne a escribir por la Compañía, a mí en alguna de estas hermanas, y sus cifras vienen bien claras. Ya por la vía de la Corte con encomendármela mucho a Roque y poner buen porte y que la dé al mesmo arriero, iré segura. Mire, mi Padre, no se descuide, que conviene enviársela, y para que no haga alguna cosa, si ya no la ha hecho, y Vuestra Paternidad se vaya deteniendo en dar la licencia, a mi parecer, porque todo es para más bien suyo...»

«Esa carta del P. Provincial y la respuesta podrán hacer al caso alguna vez. No las rompa, si le parece.»

Gracián no remitió nunca la carta al padre Salazar. Luego Teresa se sintió contenta por ello y estaba ya asustada ante la idea de las posibles consecuencias del rompimiento de Carrillo (padre

Salazar) con los jesuitas. El día 2 de marzo de 1578 escribió a Gracián una carta verdaderamente extraordinaria, que decía:

«Bien dice Carrillo que tengo poco ánimo, que me ha respondido a la carta primera que le escribí, diciéndole era demonio, y otras hartas cosas. Dice que le hice reír, y que poco ni mucho le mudó. Dice que parezco ratón que ha miedo de los gatos, y que teniendo el Santísimo Sacramento en las manos se lo prometió, que todo el mundo no será parte para quitárselo. Yo le digo que me espanta, que dicen sus hermanos que él y quien le diere aquel vestido están descomulgados. Él dice que ya tiene licencia del su Provincial, y que Vuestra Paternidad le escribió una carta, que aunque teme como hombre, escribe como ángel; y tiene razón, que tal iba ella.»

«Cosa recia piden los suyos en que no se tome; debe ser porque creen que no se puede hacer. Yo creo habrán ya escrito a Vuestra Paternidad pata que avise a los conventos, según la diligencia train. A mí me han apretado tanto, que les dije lo había escrito a Vuestra Paternidad.»

«Por cierto, si ello ha de ser, y se puede hacer como él dice, que valiere harto más tenerle hecho antes que por acá hubiera tanta baraúnda de avisarnos, que no sé cómo lo ha de hacer Vuestra Paternidad; porque si ello se puede hacer, parece conciencia no le admitir. Yo bien creo que, de la manera que lo pinta, nenguno se lo estorbará, y ansí sería mejor detenerse, si no está hecho ya. El Señor lo encamine, que mientras más ponen, más me parece que se ha de servir Dios, y que el demonio lo quiere estorbar. Deben temer que no ha de ser sólo; y ellos son tantos que les harán poca falta, aunque fueren los que dicen Vuestra Paternidad.»

«Quería enviar a Vuestra Paternidad la carta de la Priora de Valladolid [María Bautista] en que dice la baraúnda que ha pasado sobre lo de Carrillo. En fin, están ya diz [los jesuitas, aparentemente] que muy satisfechos de mí y de las descalzas; ello me parece todos los fieros de manera, que no han de ser nada. En lo que yo reparo mucho y me hace temer y querría Vuestra Paternidad lo viese y quedase muy llano, que se puede hacer lo que él dice sin ofensa de Dios, ni descomunión; que si es verdad lo que estotros [los jesuitas] dicen, Vuestra Paternidad en ninguna manera los puede hacer...»

«Indina hija de Vuestra Paternidad, ¡Y cuán verdadera! ¡Que poco me hallo con otros padres!»

«Teresa de Jesús»

Por último, el día 3 de septiembre de 1578, el padre Salazar escribió al general, padre Mercuriano, una carta en que decía: «Si se ha tratado de que yo haya hablado con frailes o monjas descalzos —no los hay en esta ciudad— ni les he visto, ni les he escrito, ni siquiera heme aventurado a hablar de ningún santo de su Orden, al predicar.» Y sostenía haber guardado la regla lo mejor que había podido. Argüía que, por lo general, oraba cinco o seis horas seguidas, pues dormía poco y no tenía mucho que hacer en Córdoba. Era considerado, por lo demás, como un hijo bueno y leal de la Compañía, bendito sea Dios por ello, bendito sea. Jamás había pedido una dispensa, y cuando el diablo le tentaba con ello se mantenía más firme en su camino, ya que cuando, meses atrás, el provincial, padre Bernal, habíale ofrecido dársela, si la necesitaba, no la había aceptado; y añadía: «Si los descalzos la han pedido —dispensa para que saliera de la Compañía—, viendo que por su causa les parece que estoy como abatido y perseguido,

nunca Dios quiera que yo jamás dexa lo que tanto he amado y a mi madre que me ha criado y sufrido, que es la santa Compañía..., que por lo del mundo afrentarla yo a mi carne y sangre, que ama y estima a la Compañía, y la favorece mucho, y cuanto a lo espiritual recibe tanto. Hanme dicho que deseo de mandar. Con vergüenza y confusión mía lo digo; en tiempo del cardenal Espinosa, que era como mi padre, me daban un buen obispado, y en la Compañía siempre he resistido a ser rector. No sé yo cómo dicen que deseaba mandar *a quien tiene más piojos que orden de vida*. Puede Vuestra Paternidad estar segura que soy y seré un buen hijo de la Compañía siempre y hágame esta caridad, que aunque soy tan ruin y merezco se crea todo el mal que de mi pueda decirse, Vuestra Paternidad no lo creerá hasta que lo sepa de mí...»

En opinión del padre Zugasti tal carta deja, de una vez, afirmada lo que él llama la «inocencia» del padre Salazar, aduciendo que «el documento» atribuido a Carrillo (padre Salazar) en la carta que Santa Teresa escribió al padre Gracián, el 2 de marzo de 1578, no es del padre Salazar, ya que éste afirma clara y firmemente que en los años en que él estuvo en Córdoba (1578-1579) no escribió carta alguna a ningún descalzo, fraile ni monja. Por tanto, no escribió a Santa Teresa.

En su empeño por así probarlo, el padre Zugasti se olvida de decirnos la fecha del año 1578 en que Salazar fue a Córdoba. Para mantener tal punto de vista tenía que haber sido en enero o febrero. Mas he aquí que él mismo dice, en la página anterior, que «hacia fines del año 1578» el jesuita visitador, padre Antonio Ibáñez, llegó a Toledo desde Aragón para investigar los hechos de los *malcontentos*; que no era precisamente él un hombre capaz de hablarle al padre Salazar sin antes investigar lo necesario, pero

que, probablemente, encargara al provincial, padre Suárez, que tratase de sondearle; y que el padre Suárez trasladó al padre Salazar al colegio de Córdoba. Y allí permaneció, dice Zugasti, *por espacio de dos años (1576-1579)*, pero no da, en parte alguna, la importante fecha, sin la cual nos vemos en el caso de creer lo dicho por Santa Teresa: que recibió una carta del padre Salazar asegurándola, en los términos más decididos, que estaba dispuesto a dejar a los jesuitas por los carmelitas.

El padre Suárez está en lo firme cuando explica la conducta del provincial, padre Suárez, en vista de la conspiración de los *malcontentos*. Era aquel el primer gran peligro a que habían de hacer frente los jesuitas. Los cuales no tenían miedo de los enemigos exteriores, contra los que les había prevenido su Señor. Ya habían podido arrostrar los arcabuces de los piratas hugonotes, o —como lo hiciera el padre Campio— los tormentos de la torre de Londres, todo con la mayor serenidad. Pero semejante intriga les cogía desprevenidos, y, aunque no es cosa sorprendente, al tener que habérselas con una amenaza, oculta en su propio seno, algunos de ellos hubieron de ser momentáneamente víctimas de nervios alterados, de falsos rumores, de suspicacias injustificadas y de absurdos temores. Como es natural, había entre ellos toda clase de temperamentos, al igual que en las demás órdenes.

Como le confesó La Madre a Gracián, hay que tener en cuenta que las monjas de Beas habían tenido algo que ver en todo eso; y no es de todo punto improbable que el padre Suárez concibiese tal idea por haber escuchado alguna observación exagerada o errónea de cualquiera de las hermanas de allí. Al creerlo así, nada más natural que adoptase la conducta que adoptara; de suerte que, si creía que su hermano, el padre Salazar,

había sido victima de un amago de seudomisticisrno, su deber era protegerle contra él. La Iglesia se había mostrado siempre contraria al traslado de los religiosos de una Orden a otra; lo había prohibido la ley canónica, haciendo una sola excepción con los cartujos a favor de un jesuita. Por ende, el padre Suárez no hacía más que cumplir con su deber. Su error consistió en su fracaso al no comprender a la mujer a que se dirigía y, acaso, también, en cierta falta de cortesía y consideración. Resulta, pues, como el padre Zugasti sugiere, que tanto la madre Teresa como los superiores de la Compañía tomaron demasiado en serio al padre Salazar. El cual tenía los defectos de carácter y la inestabilidad emotiva que cabía esperar de todos los *malcontentos*. Sin embargo de lo cual, sirvió a la Compañía y a la Iglesia hasta el día de su muerte, y con sufrimientos no dichos pudo haber expiado todas sus culpas.

Un padre jesuita, al que la madre Teresa aludió como a «el gato» —¿era acaso el padre Suárez?—, parece que le habló a Gracián desdeñosamente del padre Salazar. Por su parte, Teresa escribió a Gracián, el día 22 de mayo de 1578, diciendo: «Dios le perdone, que si fuera tan malo como se dice, a buen seguro que no hubiera puesto tanto en no perderle. Bien me huelgo no enviase Vuestra paternidad la carta a Sevilla; porque tengo por mijor haberse con ellos con toda humildad, que verdaderamente se les ha debido mucho, y a muchos de ellos se les debe...

»También de Toledo me han escrito se quejan mucho de mí; y es verdad que todo lo que pude hacer, y aún más de lo justo, hice; y ansí, la causa que hay de quejarse de Vuestra Paternidad y de mí, he pensado es el haber tanto mirado no les dar disgusto, y creo que si sólo se hubiera mirado a Dios, y héchose por su solo servicio lo que podía tan buen deseo, que ya estuviera pacífico, y

más contentos, porque el mismo Señor los allanara; y cuando vamos por respetos humanos, el fin que se pretende por ellos nunca se consigue; antes al revés, como ahora parece; ¡como si fuera una herejía lo que quería hacer! Cierto, mi Padre, y ellos y nosotros hemos tenido harto de tierra en el negocio. Con todo, me da contento se haya hecho ansí; querría se contentase Nuestro Señor.»

Después de todo, esto no era sino una tempestad en un vaso de agua. Sólo un mes más tarde (en junio de 1578) vemos que Teresa escribe, confidencial y muy afectuosamente, al padre Gonzalo Dávila, S. J., rector a la sazón de Ávila, cuya dirección seguía, al parecer, en aquel entonces; y hubo de escribir más de una vez a fray Mariano, que era ingeniero, para que prestase su ayuda técnica a los jesuitas en la cuestión de su aprovisionamiento de agua. Como se ve, era un alma que nada tenía de vengativa.

¿Qué ocurría, mientras tanto, con los hijos de San Ignacio? A creer a Mir, cabría pensar que aquella desavenencia sobre lo del padre Solazar había de constituir una seria diferencia, conducente a una ruptura permanente y definitiva entre ellos y Santa Teresa; y que se había ordenado a todos los jesuitas no tuvieran nada que ver con ella ni con sus monjas descalzas, en una manera oficial y ruidosa.

Y hubo de ser tan pública y ruidosa que ni el mismo Mir pudo encontrar el documento oficial después de más de tres siglos de pasado todo ello. El padre Zugasti, S. J., en el año 1914, fue el primero en publicar el texto de la carta circular del provincial, padre Suárez, a todas las casas y colegios de Castilla, carta fechada el dio 23 de enero de 1579, en la que se dice:

«En varias ocasiones he informado a Vuestra Reverencia, de palabra y por carta, que era voluntad del padre General cesara toda nuestra comunicación con las monjas carmelitas, por haberse visto que exceden los métodos de nuestro Instituto, y que sólo debía continuarse lo que estaba de acuerdo con lo que se había recomendado a Vuestra Reverencia...

»Ahora he sabido que Su Santidad ha instruido en tal sentido a los padres carmelitas, llamados del Paño, por medio de sus superiores, y así confío en que las dichas monjas encontrarán los dichos frailes de su misma Orden superiores, predicadores y confesores del todo capaces para darles doctrina y consejo y administrar los Santos Sacramentos, así como todo lo necesario para su salvación y perfección; y como los dichos frailes son maestros de la nueva Orden y saben la teoría y la práctica de los fines y de los medios, y el método que quiere Nuestro Señor que en ella se use, y que Su Santidad ha aprobado para las dichas monjas, y como los nuestros no tienen las dichas teoría y práctica, y como nuestros fines y medios y método no nos han sido dados para las dichas monjas por Dios ni aprobados por Su Vicario, he llegado a la conclusión de que los nuestros no tendrán tanto éxito como los dichos frailes en ayudarlas a la perfección por su método; y confío en Dios y en Su Providencia que por medio de la enseñanza, el consejo y el ejemplo y administración de los Sacramentos de los dichos padres religiosos en su Orden, las dicha, Madres religiosas perseguirán mejor el fin que buscan de su salvación y perfección por medio de su método.»

A todo lo cual añadió el padre Suárez una nota significativa diciendo que «la intención es reducir la comunicación a la forma precisa de nuestro Instituto».

Semejante carta no resulta tan perjudicial para los jesuitas como Mir quisiera hacer ver (no diremos que esperaba).

No es, desde luego y evidentemente, un documento de desprecio o venganza personal de parte del padre Suárez. ÉI obraba con arreglo a instrucciones recibidas de su general, en Roma, y de conformidad con una disposición del Papa. De suerte que la política adoptada era tan natural que lo extraño es que no se le hubiese adoptado antes. Los jesuitas no tenían la menor obligación de realizar la labor de ninguna otra Orden que tuviese una misión distinta de la de ellos. Tenían que realizar un apostolado activo para ayudar a la regeneración, la reducación y la extensión de la cristiandad. Al no dirigirse a unas cuantas almas escogidas, sino a miles y millones de hombres corrientes, tenían como suprema aspiración el arrancarles de la herejía y del pecado mor tal para hacerles adoptar una vida cristiana. Puede, por ende, decirse que su misión era la de poder abarcar a cuantas personas fuese posible y, por tanto, debían, ante todo, considerar a los principiantes en la vida espiritual. Triunfaron en tal propósito de manera tan completa que la mayor sabiduría humana no habría podido imaginarlo a ese extremo medio siglo antes. Lo cual no quiere decir que se limitasen a enseñar a los individuos a seguir siendo principiantes. Al igual que la madre Teresa lo hiciera, toda alma debe seguir siempre progresando, como tal vez lo hiciera fray Juan de la Cruz, gracias a los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Algunos jesuitas, como el padre Baltasar Álvarez, alcanzaron un alto grado de contemplación; y si sus hermanos miraban tal cosa con desdén —en aquel tiempo hasta la misma Teresa era tenida por algunos como una iluminada—, no le impidieron que continuase hasta el fin con una forma de oración distinta del método discursivo, la oración de la «composición de la escena» pre-

conizada por San Ignacio; ni tampoco intervinieron en ello los inquisidores, si bien investigaron el asunto, ya que, dada la índole del caso, se le consideraba una excepción. El que todos los jesuitas se convirtiesen en contemplativos, a la manera de Juan de la Cruz, hubiera sido deshacer y traicionar su propia misión divina. Teresa habría sido la primera en reconocer la locura y el peligro que hubiese supuesto el imponer un consejo de perfección a todos los cristianos. Ella no se propuso jamás convertir en contemplativa a toda mujer que pretendía entrar en su Orden. Por otra parte, le desagradaba que Gracián consagrara a predicar gran parte del tiempo que debiera dedicar a orar. En la gran metrópoli divina de la Iglesia Católica no hay una sola Orden que pueda serlo todo para todos los hombres; resulta buena cuando realiza aquello para lo que fue creada; si abarca demasiado puede fracasar.

Después de incontables actos de generosidad para con la Reforma carmelita se les recordó, al fin, a los jesuitas, después del trastorno producido por la obra de los *malcontentos*, que debían retirarse a sus propias líneas y atenerse más estrictamente a su específica misión. ¿Acaso no había sido durante largo tiempo la aspiración principal de Teresa el que los frailes descalzos fueran los confesores de las monjas? Al poder ya disponer de unos doscientos frailes resultaba escasa la necesidad de jesuitas, de cuyos servicios habían ellos grandemente menester para el cumplimiento de las empresas cada vez más ambiciosas de su propia Compañía. Como era natural, dada su naturaleza humana, Teresa hubo de sentirse molesta de que el rompimiento viniese de parte de los otros; mas no tenía derecho a ello ni perdió mucho tiempo en hacerlo. Ya se ha visto cómo a las pocas semanas se dirigía a Mariano para pedirle atendiese a los jesuitas de Ávila en la cuestión de su aprovisionamiento de agua. En la fiesta de San Miguel le pi-

dió a Gracián que procurase conseguirse el favor de «uno de la Compañía, gran amigo mío», el padre Pablo Hernández —el Padre Eterno de la época de Toledo—, que se hallaba a la sazón en Madrid; y, al escribir a éste una larga carta apelando a su complacencia, le recomendaba a Gracián so pretexto de que había sido preparado toda su vida por los jesuitas). Así, pues, solamente la malicia de los que odian a los jesuitas más de lo que aman a la Iglesia —o de quienes odian a los jesuitas precisamente por lo mucho que han hecho a favor de la Iglesia— es capaz de hacer del insignificante montículo de tal controversia una ingente montaña.

Aunque no valga la pena de considerarla, es lo cierto se ha llegado a sugerir que algunas de las dificultades de Teresa con los jesuitas, como con otras personas, podían ser resultado del carácter extraño de su campeón, el padre Gracián. Quien, si para ella era encantador, para ciertos otros era sumamente molesto. Creía ella que era un verdadero jesuita por su temperamento, mas los jesuitas parecían pensar de modo bien distinto. Era indudable que en lo superficial poseía la energía y el celo de los otros, pero carecía del vigor y del sensato juicio que ellos exigían a sus candidatos. Tal vez fuera esa la razón por la que no le recibieron en su juventud, como asimismo ayuda a comprender que no le quisiesen recibir después cuando fue expulsado de su propia Orden.

¡El pobre Gracián era tan bien intencionado y luchaba con tanto empeño, sin que ello le impidiese cometer grandes errores! La historia de la Reforma habría sido completamente distinta si él hubiese tenido las cualidades de un Juan de la Cruz. Enseñaba Juan que era una perversidad el tratar de obtener una iluminación sobrenatural, toda vez que bastaba con la razón y la revelación pasa salvar a un alma. Desconfiaba de las visiones, los arroba-

mientos, los soliloquios, los sentimientos espirituales, a todo lo cual llamaba en junto «glotonería espiritual». No admitía que hubiera especial virtud en un crucifijo o imagen determinada, y mantenía constantemente una actitud tranquila y dueña de sí misma. Cuando en el año 1583, en Granada, una mujer le tendió un niño y le dijo que era su padre y tenía que mantenerlo, preguntó tranquilamente dónde vivía la madre, y, al oír que no había salido nunca de la ciudad, preguntó la edad del niño y, al contestársele que casi un año, él replicó de buen humor: «Entonces debe su nacimiento de ser un milagro, porque no hace todavía un año que estoy en Granada y no he estado aquí nunca antes» ([98]). Por otra parte, Gracián era malhumorado y excitable, sentimental casi hasta la superstición, y enamorado de las maravillas de la experiencia religiosa, fácil para creer en signos exteriores, en conjuros y en sentimientos, con más facilidad de palabra a veces que solidez de pensamiento. Por todo lo cual era de suponer que existiese un reciproco e instintivo desagrado entre ambos hombres. Parece cosa cierta que, por último, Gracián llegara a experimentar una aversión, que acaso fuera más bien envidia, por el menudo Juan de la Cruz, pues ni siquiera le menciona en su relato, la *Peregrinación*

[98] No existe contradicción entre la desconfianza de San Juan de la Cruz hacia los éxtasis y las visiones y el hecho de que precisamente él fuese con muchos favorecidos. Al igual de Santa Teresa y de todos los verdaderos místicos, sabía que quienes pretenden obtener tales raros dones de Dios pueden ser engañados por el demonio, o por su propio orgullo, o su amor propio. Desde luego, aprobaba el que se usasen pinturas e imágenes para excitar la devoción y el amor, pero censuraba la adhesión sensual a ellas. (*Subida al Monte Carmelo*, lib. III)

*de Anastasio*, de la fundación de monasterios, en que Juan hubo de tener parte tan preponderante.

Tal vez esto explique asimismo por qué Gracián no hizo nada por rescatarle, ni siquiera por encontrarlo durante los meses que transcurrieran desde que se apresara a los dos frailes en la cabaña en que vivían cerca del convento de la Encarnación, la noche del 3 de diciembre de 1577. Teresa apeló a «Pablo» reiteradamente, pero todo fue en vano. En realidad, escribió a cuantos pudieran haber tenido alguna influencia. ¿En dónde estaba *Senequita*? Parecía que se lo hubiese tragado la tierra. En el mes de enero de 1578, la llegó el rumor, tal vez inspirado por los calzados, de que el Tostado le había enviado a Roma. El día 16 de enero de 1578 escribió al obispo de Évora diciéndole que todos le tenían por santo, que era una verdadera gran pieza), y que, colocado allí por el visitador apostólico, un dominico, y por el difunto nuncio, y sometido a la jurisdicción de Gracián, es una locura que ha resultado asombrosa... «Temo que le traten severamente, y he miedo de algún infortunio.»

En el mes de marzo escribió a Gracián, diciéndole:

«De fray Juan tengo harta pena no lleven alguna culpa más contra él. Terriblemente trata Dios a sus amigos; a la verdad, no les hace agravio, pues se hubo ansí con su Hijo». Durante aquel año terrible era esta una idea que estaba constantemente fija en su pensamiento. Así escribió a María de San José: «Ya sabe que, si ha de gozar del Crucificado, ha de pasar cruz..., que a los que Su Majestad ama, llévalos como a su Hijo...» Y al padre Ibáñez, a su vez, le escribía: «Tengo entendido que no quiere el Señor tenga en esta vida sino cruz y más cruz». Sin embargo, cuando Gracián le escribió manifestándola su anhelo de tener más cruces, le pidió ella

que, por amor de Dios, las dejase descansar un poco, ya que unos trabajos habrían de traer seguramente otros.

Tal vez estuviera pensando, al así escribir, en el padre Juan de la Cruz. Dondequiera estuviese, no había duda de que estaba sufriendo por todos ellos. ¿Mas, dónde estaba? Instó Teresa a Gracián para que fray Antonio viese a su amigo el duque de Alba y que Mariano viese a su amigo el rey. Finalmente, Felipe II mandó a buscar al ingeniero fraile, pero el misterio de El Escorial permaneció luego en el silencio más absoluto. ¿Acaso no podía hacer nada Gracián, que visitaba a tanta gente influyente de Madrid? ¿No podía conseguir que alguno de ellos hiciese algo? Doña Guiomar y las demás monjas no hacían otra cosa que llorar por él. «Espantada estoy de este encantamiento de Juan de la Cruz», escribía Teresa. El 19 de agosto no había logrado aún saber la verdad, por lo que escribió a Gracián:

«Yo le digo, que tengo por cierto que si alguna persona grave pidiese a fray Juan al Nuncio, que luego mandaría ir a sus casas, con decirle que se informe de lo que es ese padre, y cuán sin justicia le tienen. No sé qué ventura es que nunca hay quien se acuerde de este santo. A la princesa de Éboli que le dijese Mariano, lo haría».

Hasta la segunda mitad del mes de agosto de 1578 no llegó a saber que a Juan de la Cruz le habían prendido y llevado a Toledo a un convento de carmelitas descalzos, a la parte saliente de la ciudad, que da al puente de Alcántara y a las sombrías rojizas peñas de abajo. Y allí, unas paredes oscuras, de calor un tanto ocre, en el viejo edificio de tres pisos (con muros de cerca de tres pies de ancho, a juzgar por lo que todavía queda de ellos), fue conducido ante el Tostado al día siguiente de su llegada, in-

formósele de la decisión del Consejo de Piacenza y se le intimó a que obedeciera y abandonase la Reforma; pero ambos personajes tenían voluntad de acero y ambos pensaban que tenían razón. Cuando Juan de la Cruz se negó a ello, invocando su obediencia a la autoridad que le había colocado en la Encarnación, el Tostado ordenó se le castigase de acuerdo con las reglas prescritas para los frailes recalcitrantes por San Látigo.

Durante nueve meses se le encerró en una estrecha cavidad practicada en un muro, cuyas dimensiones era de seis pies de ancho por diez de largo. La única abertura de tal sitio era un ventanuco abuhardillado que daba a una galería y por el que, de tarde en tarde, se filtraba la luz de un tímido rayo de sol de escaso brillo, que solamente podía ver Juan poniéndose de pie en el taburete, cuando así lo hacía junto a la ventana para leer su devocionario. Por las noches se le llevaba al refectorio, en donde por toda cena se le daba pan y agua, lo que se redujo luego a sólo tres veces por semana, y más tarde, a solamente los viernes. En el refectorio era azotado por toda la comunidad. Mientras permanecía de rodillas, desnudo de cintura para arriba, los frailes calzados daban vuelta en torno suyo propinándole cada uno a su vez un azote en la desnuda espalda hasta que se le amorataba y empezaba a sangrar, produciéndole heridas que le duraron luego hasta el día de su muerte. Mientras tanto, él seguía callado pensando en los azotes que le dieran a Cristo amarrado a la columna. Le gritaban en vano los frailes azotándole cada vez con más fuerza: «¡Piedra insensible!» Después de lo cual la túnica se le pegaba a las heridas y quedaba empapada de sangre. Durante los nueve meses que allí estuvo no se la cambió una sola vez.

Y, sin embargo, de aquella miserable celda, y mientras estaba de pie en el banquillo junto a la ventana para ver la luz del sol, fueron brotando de su esforzado corazón algunos de los inmortales poemas que más tarde constituyeron temas de texto de sus magníficas obras en prosa. Iba componiéndolos mentalmente mientras oraba y se los aprendía luego de memoria, a medida que los terminaba, estrofa por estrofa. Y así compuso diecisiete estrofas, acaso treinta, del *Cántico espiritual*, el poema con el estribillo «aunque es de noche», el que comienza *In principio erat Verbum*, y tal vez *Noche oscura*. Como dice Menéndez Pelayo, nada puede compararse con esos apasionados y exquisitos gritos del alma, salidos de una que las profería por un amor inmortal, poesía tan sublime que apenas parece pertenecer a este mundo.

Acaso desde el *Cantar de los cantares* no se ha llegado a cantar más extáticamente el matrimonio espiritual del alma con Dios:

*¡Oh noche, que guiaste,*
*¡Oh noche amable más que la alborada!*
*¡Oh noche, que juntaste*
*Amado con amada,*
*Amada en el Amado trasformada!*

Por último, el día 14 de agosto de 1578, el guardián de la Asunción, padre Maldonado, fue a su celda y le encontró inmóvil en el suelo, completamente agotado y pálido como la cera. Y, empujándole con el pie, le preguntó por qué no se levantaba. Juan, que había creído que era simplemente el carcelero, se levantó lo más pronto que le permitieron sus fuerzas y pidió perdón.

Le preguntó el otro en qué pensaba para estar de aquella manera absorto, y él replicó: «Pienso que mañana es la fiesta de

Nuestra Señora y fuera para mí un gran consuelo si pudiese decir misa.»

«No será mientras yo viva», le contestó Maldonado.

Parecía, en verdad, como escribiera la madre Teresa, que sólo Dios se acordase del hombrecico de Dios. Pero había uno que nunca olvidaba. A la noche siguiente tuvo una visión en que se le apareció Nuestra Señora vestida de belleza y gloria indescriptibles, y le dijo cómo podría escaparse, cómo aflojar los pernos del cerrojo de la puerta de su encierro, por cuál de las ventanas de la galería debía subir, cómo hacer una cuerda de una o dos viejas sábanas hechas tiras y retorcidas fuertemente. Y una noche bien oscura se decidió a seguir las instrucciones que se le dieran en la visión. Pero resultó que la cuerda era demasiado corta, con lo que hubo de caer desde nueve pies de altura, sin hacerse, por fortuna, daño. Resbaló por una rampa, fue dando tumbos hasta la orilla del río, siguió allí a un perro que estaba comiendo sobras entre tu basura, saltó la tapia de un patio y se encontró entre los muros de dos conventos, vio una luz misteriosa y oyó una voz que le decía: «Sígueme.» Lo hizo así, llegó a un alto muro, se sintió levantado por encima de él y depositado sin la menor molestia en una retirada calleja. Y mientras los frailes calzados corrían de acá para allá dando alaridos, se dirigió al convento de los descalzos, en cuya enfermería se encondió. Por último, algunas semanas más tarde se las arregló para encaminarse hacia Almodóvar, adonde llegó a tiempo de concurrir al Capítulo General convocado por el padre Gracián.

El cual estaba a punto de tomar la medida que tanto había temido Teresa. Le había ésta prevenido durante varios meses contra el peligro de provocar al nuncio y a los frailes calzados celebrando una elección sin permiso del Papa o del general. En el

mes de abril le había participado ella la opinión de algunos competentes teólogos que opinaban no se podía hacer, lo que calificaron de *cosa mal sonante*. Si lo celebraban, se exponían a tener más contrariedades, logrando se les confirmase que únicamente lo obtendrían recabando la autorización del Papa para establecer una provincia separada, cosa que, después de todo, podía lograrse con sólo una carta del rey a su embajador en Roma. Pero, por lo visto, Gracián no quería sino proporcionar más armas a los frailes calzados al llevar a cabo su descabellado propósito. Le pidió ella que no fuese a Ávila, adonde pensaba ir acompañando a su madre y a su hermana, para que no le secuestrasen en el camino. Además, no había lugar para recibir a su madre; los oficiales estaban construyendo un nuevo techo para el coro y hacían mucho ruido. «¡Qué vida!», escribía Teresa.

Gracián pasó por alto todos los consejos que se le daban y siguió camino de Ávila, en donde, por lo visto, tuvo una desavenencia con ella y empleó un lenguaje intolerable, a juzgar por la carta que Teresa le escribiera el día 26 de abril, después de haberse él marchado, diciéndole:

«Jesús sea con Vuestra Paternidad, mi padre y mi Perlado, como él dice, que no me ha hecho reír poco, ni holgar, sino que cada vez que se me acuerda, me da recreación cuán de veras parece y dice que no juzgue a mi perlado.

»¡Oh, mi padre!, y qué poco había Vuestra Paternidad menester jurar, ni aun como santo, cuánto más como carretero, que bien entendido lo tengo... Quiero ahora dejar esto en acordar a Vuestra Paternidad que me tiene dada licencia para que le juzgue y piense cuanto quisiere...»

Cuando, en el mes de mayo, hubo de sufrir grandes dolores por la recompostura del brazo que le hizo la curandera, encontró en seguida la falta que él cometiera al enviar al achacoso fray Antonio a enderezar los asuntos del convento de Malagón, sin instrucciones para ello adecuadas, con lo que sólo consiguió empeorar las cosas; al propio tiempo, hizo algunas observaciones nada halagüeñas para el padre Mariano, si bien las tachara antes de enviar la carta. Y se excusaba: «... y encomiéndeme a Dios siempre mucho, que estoy ya muy vieja y cansada, aunque no los deseos». Uno de sus constantes anhelos era que no hiciese él cosa que fuera susceptible de ofender a Dios. En aquel tiempo trabajaba, por lo corriente, hasta la una o las dos de la mañana, lo cual no la impedía levantarse antes del amanecer.

Hacia mediados de verano, la Reforma recibió un gran golpe. El día 23 de julio, el nuncio revocó solemnemente todos los poderes de Gracián. Dos semanas después, el Consejo real prohibió a los frailes descalzos obedecer al nuncio. Resultaba, pues, de todo punto evidente que la autoridad de Gracián era, cuando menos, discutible, y en poco estuvo que escapara de ser aprehendido en Valladolid, en donde se enteró de que Sega le había excomulgado. Visitó entonces a La Madre en Ávila, dejándola sumamente intranquila por lo que a su porvenir respectaba. El día 14 de agosto le escribió ella una carta llena de sabios consejos, a saber: que no ofendiese al rey, aconsejase Mariano lo que aconsejara; si hablaba con el nuncio, que se justificase debidamente, pero que le declarase francamente sus deseos de ser obediente, y le confesara que había retrasado su sumisión por el hecho de saber que el Tostado estaba resuelto a destruir la Reforma. Que tratase de conseguir una provincia separada, en las

condiciones que a los calzados les pareciera mejor, ya que de ello dependía la existencia misma de la Reforma.

Cuando fueron a verle algunos visitantes de parte de Sega, Gracián, que a la sazón se hallaba en Pastrana, estuvo a punto de desafiarles, pero por último se sometió accediendo al consejo de un virtuoso hermano lego, al que habían revelado que sólo de tal manera podría salvarse la Reforma. Y, de todos modos, se dirigió a Almodóvar, donde convocó el Capítulo en octubre de 1578, e hizo precisamente lo que temía La Madre, celebrar una elección, haciendo que, de todos ellos, se eligiera provincial al viejo fray Antonio. En vano alzó su voz Juan de la Cruz contra locura semejante; ni siquiera se logró apaciguarle cuando el Capítulo delegó a dos «compañeros» para que marcharan a Roma, los cuales fueron fray Juan de Jesús Roja y fray Pedro de los Ángeles. Se cumplió a la letra la predicción de Juan, de que irían a Roma con los pies descalzos y volverían calzados. Al llegar a Italia, fray Pedro entregó sus papeles a uno de los calzados y se dejó agasajar en un palacio; y cuando de nuevo apareció en España era ya un fraile de la mitigación. Gracián había puesto demasiado tarde por obra los deseos de Teresa y había elegido a un hombre inadecuado.

Ni qué decir tiene que el nuncio se puso furioso cuando oyó lo de la elección, lo que equivalía a lanzar un reto a su autoridad y hacer una proclamación ilegal de una provincia separada. El día 16 de octubre anuló los actos del Capítulo, declaró ilegal la elección y ordenó que fray Antonio compareciese en su presencia. (Y a buen seguro que su aparición, el día 13 de noviembre, no contribuyó en nada a arreglar las cosas.) Disolvió, pues, la provincia separada, e incorporó las casas de los frailes a las de los calzados en Castilla y

Andalucía. Envió a buscar a Gracián, le reprendió duramente y se negó a escuchar nada de lo que pudiera decir en defensa propia.

El rey y el Consejo real hicieron saber a los frailes descalzos y a las monjas que no debían obedecer al nuncio, ya que no había demostrado poseer autoridad alguna para mezclarse en los asuntos de las casas religiosas en España. Replicó Sega excomulgando a todos los que habían tomado parte en el Capítulo.

Resulta dudoso apreciar si Gracián se daba cuenta de cómo había ido de tropiezo en tropiezo, en su piadoso y obstinado camino. Al enterarse de la muerte de Rubeo, acaecida en el mes de octubre, Teresa le escribió diciendo que no podía hacer otra cosa que llorar cuando recordaba que habría bastado recurrir a él para evitarse todos aquellos trastornos. Le decía que estaba contenta de que él iba a aprender por experiencia propia a llevar las cosas por donde debían ir y no contra la corriente, como siempre le había dicho. Y le aconsejaba no enviase los frailes a Roma, dado que Rubeo había muerto y que, por ello, la situación estaba muy empeorada.

El consejo resultó del todo inútil. Gracián siguió testaruda-mente en sus trece hasta que el nuncio le hizo meter en prisión en Alcalá. Y cabe preguntar si mantuvo allí el inflexible espíritu mostrado por Juan de la Cruz. Refiere él mismo que sus enemigos hubieron de participar a La Madre que pensaba abandonar la Reforma, creyendo que ella, por amor maternal, trataría de convencerle de que lo hiciera. Por lo visto, fue cosa que Teresa hubo de oír y creer, por cuanto el 15 de noviembre le escribió instándole para que se mantuviese firme en sus tribulaciones. Le decía:

«No me espanto que quien a Vuestra Paternidad ama, le quiera ver libre de ellos, y busque medios, aunque no era bueno dejar a la Virgen en tiempo de tanta necesidad.»

Por cuanto a doña Juana, la valerosa madre polaca de veinte hijos, atañía, le escribió en seguida ([99]):

«Hanme dicho que quieres dexar la Orden de Nuestra Señora; y si tal cosa te ha pasado por el pensamiento, no me hables jamás, ni me escrivas, ni me tengas por madre, que yo no quiero por hijo a quien tiene tan poco valor que las persecuciones le hagan dexar tal Madre como la Virgen María y bolver las espaldas a su orden a quien él tan de ganas se dio y yo después le entregué.»

El conde de Tendilla, gran amigo de la Reforma en la Corte, prometió darle una puñalada a Gracián si la dejaba. El cardenal Quiroga, gran inquisidor, le había dicho una vez que tenía menos valor que una mosca, y que debía presentarse al rey y exponerle todo el caso. Pero, si Gracián se acordaba ahora de todo ello, era ya demasiado tarde para hacer nada en tal sentido.

Al acercarse el final del siguiente año, la Reforma parecía estar dando ya las últimas boqueadas. Teresa había continuado luchando valientemente hasta el final, sin desmayar un solo instante, alentando constantemente a los demás. Pero, el día antes de Navidad, cuando podía tener derecho a esperar un poco de paz, recibió una carta tan desalentadora de Gracián que incluso ella pareció entregarse vencida. Llegó a extenderse el rumor de que se la iba a enviar a cualquier otro convento —sin duda, alguno

[99] *Peregrinación*, diálogo 9. El Nuncio ordenó a Gracián que permaneciese en el Priorato de Alcalá hasta nueva orden, que ayunase tres días por semana, que se le azotase una vez por semana y que no tuviera nada que ver con los descalzos.

de las calzadas— para encarcelarla. Gracián pudo tal vez haberla dicho algunas de las más tremendas calumnias que andaban en circulación acerca de los frailes y las monjas. Sea lo que fuese el contenido de la carta, el hecho es que la enferma y anciana señora no pudo por menos de romper en amargo llanto, exclamando: «¡dadme paciencia, Dios mío!, y así continuó todo el día, llorando inconsolablemente como una criatura. Las monjas que la vieron encerrarse en su celda, negándose a tomar alimento ni bebida de ninguna clase, la oyeron llorar todo el día, diciendo: «Ahora Señor, me concedes mi deseo de sufrir.» Allí estuvieron las otras, durante todo el día hasta que, a la noche, la hermana Ana de San Bartolomé llamó a la puerta y la suplicó que bajase al refectorio.

Y a él se encaminó Teresa, pero no la fue posible comer absolutamente nada. Una hermana lega dijo después que había visto a Cristo aparecerse al lado de ella, tomar un pedazo de pan, ponérselo en la boca y decirle: «Come esto por amor a Mí.»

Pero, a pesar de esto, continuó llorando sin cesar hasta la hora de la misa del gallo.

# CAPÍTULO XXXII

## TRIUNFO DE LA REFORMA

Después de Navidad no pareció que se presentase síntoma alguno de mejoramiento de la situación de aquella marea de desgracia. En la mañana del día de San Juan, y a la puerta del convento, llegó un portador de una carta de Madrid que contenía las únicas buenas noticias que Teresa había recibido desde hacía muchas semanas. De suerte que empezó el año 1579 con un rayo de esperanza, la cual no había de tardar en ser confirmada, la víspera de la fiesta de San José, con una visión en la que via a su Patrón y a nuestra Señora rogando a Cristo por los descalzos, y oyendo que Él decía cómo dentro de veinte días quedaría libre de su «prisión»; que habría de recurrir al rey Felipe II, quien llegaría a ser como el padre de la Reforma; y que su Orden perduraría, a pesar de la alegría del infierno y de algunas personas ante las persecuciones, cosa que Dios confirmó en el momento preciso, cuando el nuncio ordenó su destrucción.

Todas esas profecías llegaron a cumplirse. El duque de Alba había logrado ganar en la corte la causa de la Reforma. Uno de los partidarios más decididos de Teresa en ella era el conde de Tendilla, el mismo que amenazara con darle una puñalada a Gracián, si la dejaba; y, en realidad, el motivo que hizo al rey intervenir en el asunto fue otro de los coléricos arrebatos del mencionado aristócrata contra el nuncio Sega. Tan ofendido se sintió el nuncio que fue al Escorial a pedir se le diese una satis-

facción. Acaso, al hacerlo, dejó escapar alguna malintencionada observación acerca de la Madre Teresa y los descalzos. El rey Felipe, que estaba convencido de la santidad de sus vidas desde que el visitador apostólico Fernández le había dicho la vida que llevaban —Felipe II, que fue siempre el padre de la justicia y de la verdad, y el campeón de la reforma y la virtud—, proporcionó a su visitante el espectáculo de uno de sus raros accesos de cólera. De tal índole era la cólera de este hombre paciente y autodisciplinado que, cuando, por ejemplo, le dio un mentís al cardenal Espinosa, el político eclesiástico se retiró a su casa descompuesto y murió al siguiente día. Pues, en aquel mismo tono mortal hubo de contestar al nuncio, diciéndole: «Os debe satisfacción el conde y haré la dé, que a nadie le está permitido en mi reino mostrar impunemente falta de respeto a los representantes de la Santa Sede. Pero, estoy enterado de la hostilidad de los frailes mitigados contra la Reforma y esto me parece mal, porque los descalzos llevan una vida austera de perfección. Tratad de favorecer la virtud, porque la gente me dice que no sois amigo de los descalzos.»

Por mandato del rey, el conde escribió dándole una explicación a monseñor Sega, quien al cabo de su paciencia, declaró que sería para él una gran satisfacción que Su Majestad designase algunas personas en quienes tuviera confianza para que junto con él investigasen toda la cuestión. Felipe II aprovechó tal sugerencia y designó a cuatro asesores: a don Luis Manrique, su limosnero; al canónigo Villavicencia, agustino y predicador de la corte; y a dos dominicos, el padre Pedro Hernández y fray Hernando del Castillo. Estos cuatro, después de algunas sesiones tormentosas con el nuncio, le hicieron ver que había formado una opinión llena de prejuicios contra los descalzos sin considerar las pruebas y le pidieron que examinase algunos testimonios.

Consintió en ello Sega y se llevó una sorpresa extraordinaria. Como era hombre honrado y de buen corazón, vio en seguida que se le había informado mal, reconoció su error y se puso a imponer castigos. El día 26 de abril, los asesores declararon formalmente en favor de la institución de una provincia separada para la Reforma. El día 3 de julio se unió a ellos el nuncio para rogar al rey que hiciese la oportuna petición al Papa. Era cosa descartada que una petición proveniente del rey y del nuncio al mismo tiempo encontraría una acogida favorable en Roma; y, en efecto, el día 22 de junio de 1580, el papa Gregorio XIII otorgó las oportunas bulas haciendo permanente la Reforma y estableciéndola como una provincia separada en España.

Semejante victoria para La Madre, tras tantos años de lucha y sufrimientos, quedó coronada con la reunión del primer Capítulo General de la Reforma en Alcalá, el día 1 de febrero del año 1581. Se eligió provincial a Gracián, y la nueva provincia quedó establecida el día 3 de marzo por el comisario apostólico Juan de las Cuevas. Se dio gran prisa Teresa para conseguir que las nuevas constituciones fueran tales que protegiesen y perpetuasen la Reforma. Leyó por primera vez el Breve del Papa el día del Miércoles Santo, de 1581, en Palencia. Ahora, al menos, como pudo escribir a la madre María de San José, podía decir como San Simeón su *nunc dimittis*; y que rogasen porque su vida no se prolongara todavía, porque su obra estaba ya terminada.

Como uno de los legados a sus hijos, escribió una relación de las cuatro cosas que Nuestro Señor la dijera, estando un día en oración en la ermita llamada de Nazaret en el huerto de San José de Ávila, cuatro consejos cuya observancia haría que la Reforma floreciese, y cuyo abandono produciría su ruina, a saber:

1) Debla tener superiores capaces.

2) Haber muchas casas, pero pocos frailes en cada una.

3) Mantener pocas relaciones con los seglares, y esto solamente por el bien de sus almas.

4) Enseñar más bien con buenas obras que con palabras.

Con estos famosos Avisos, que fueron puestos a la cabeza de las Constituciones, encomendó Teresa el porvenir de su Orden a Dios. No abrigaba ella la menor duda de que su obra habría de sobrevivir. El nuncio Sega, con los ojos ya del todo abiertos, no se contentó con medidas parciales y nombró al padre Ángel de Salazar vicario general y visitador de los descalzos, con el encargo de mostrar, en su proceder con los frailes y las monjas, toda suerte de consideraciones. Como estaba mal de salud, fray Angel nombró a Gracián delegado suyo en Andalucía, mientras él se reservaba la «visita» de Castilla. Uno de sus primeros actos fue conceder permiso a la Madre Teresa para que saliera de San José, dándole autorización para que inspeccionase varios de sus conventos, empezando por el de Malagón, en donde la enfermedad y la muerte de la madre Brianda habían producido un estado de triste confusión.

Aquello no agradó mucho a Teresa. Envió la carta de instrucciones de fray Angel a Gracián, pidiéndole que la rompiese después de leída y diciéndole: «por esa carta, verá Vuestra Paternidad lo que se ordena de la pobre vejezuela. Según las indicaciones, hay (puede ser sospecha), es más el deseo que estos mis hermanos deben de tener de verme lejos de sí, que la necesidad de Malagón. Esto me ha dado un poco de sentimiento; que lo demás, mi primer movimiento, digo el ir a Malagón; aunque el ir por

priora me dé pena, que no estoy para ello, y temo faltar en el servicio de nuestro Señor.»

La pobre vejezuela pudo haberse equivocado en cuanto al motivo del padre Salazar. Y, como si de ello se diese perfecta cuenta, en otra de sus cartas decía que verdaderamente tiene tan buena disposición que no sabe decir no. Era cierto que el convento de Malagón precisaba se le atendiese. Además de ello, el prestigio de La Madre había llegado ya a ser tan grande que mucha gente importante pedía a sus superiores la permitiesen ofrecerles su compañía y ayuda espiritual; entre ellos el mismo obispo don Álvaro de Mendoza, su hermana doña María y la duquesa de Alba, que sufría porque su marido y su hijo habían sido encarcelados por Felipe II. El 25 de junio de 1579, lo que Teresa tenía principalmente en su pensamiento cuando abandonó Ávila camino de Malagón era Alba de Tormes, mas no por la duquesa justamente, sino por la hija de un bienhechor, del abogado Godoy, que parecía haber perdido el juicio y gritaba a voz en cuello pretendiendo estar enferma.

Sin embargo, La Madre había de tardar aún tres años antes de ir a Alba. Después de estar unos días en Malagón, siguió viaje a Valladolid, en donde pasó la mayor parte del mes de julio. Su correspondencia de tal época se caracteriza por su variedad y profusión. Se sabe que la familia de Casilda estaba por todos los medios tratando de apoderarse de su dote y se comenzaba a temer lo inevitable. La hermana del padre Gracián, ingresada ya en un convento, es una especie de «pequeña santa». La Madre conoce a fray Nicolás de José María Doria, que le agrada mucho, si bien no posee ni el encanto ni la dulzura de Gracián; pero tiene talento, es humilde y sincero, y puede llegar a constituir una preciosa ayuda para su «Pablo», que le ha escogido para *socius* (9) suyo,

convirtiéndose luego Doria en su Némesis. Envía dos de sus libros al obispo de Évora. Llegan a Italia los dos frailes delegados. Su hermano Lorenzo no debería preocuparse de las travesuras de su hijo Francisco, pues sabido es que los muchachos son muchachos. Proyecta luego detenerse en Alba, en su viaje a Salamanca. Ni una palabra dice del acontecimiento capital de aquel año en España: el arresto, por orden del rey Felipe II, y bajo su dirección personal, de la princesa de Éboli y su gran amor, Antonio Pérez.

Teresa llegó a Salamanca hacia mediados del mes de agosto de 1579, y se quedó allí hasta fines de octubre reparando el daño causado por una priora incompetente y haciendo lo posible por sacar a las monjas de la casa de don Pedro la Banda. Cuando ya estaba por conseguirlo, he aquí que los presuntos vendedores cambian de idea, y ella escribe a Gracián diciendo que «no hay que fiar de estos hijos de Adán», y quejándose, además, en la carta de que él no correspondía al afecto que ella le profesaba. No se encontraba ningún otro sitio adecuado. ¡Si, por lo menos, esas hermanas pudiesen tener una casa tan buena como la de Sevilla! A pesar de lo cual, la madre María San José había cometido el grave error de quejarse y de decir a sus monjas que la casa era malsana, lo que era ya sobrado para hacerlas enfermarse. Ella indujo a Teresa a hacer algunas amargas críticas de su antigua protegida. Y así, escribió: «... mucho ha perdido conmigo el crédito. Temo que el demonio ha comenzado por aquella casa, y que la quiera destruir del todo... Veo una rapacería en aquella casa que no la puedo sufrir; y esta priora es más sagaz que pide su estado... Y ansí, he miedo, que pasé allí harto con ella. Como ha escrítome muchas veces con gran arrepentimiento, pensé que estaba enmendada, pues se conocía... Cartas le he escrito terribles, y no es más que dar en un acero.» Cuando Teresa concluyó esta carta eran ya las

tres de la madrugada, fiesta de San Francisco del año 1579. Pocos días después partió para Salamanca por última vez.

En el mes de noviembre se encontraba de nuevo en San José de Ávila, si bien no para mucho tiempo. Tuvo un ataque de perlesía y otro al corazón; pero, aun antes de haberse repuesto, ya estaba de nuevo por esos caminos de Dios bajo un gran diluvio, que duró tres días. Y, después de un breve alto en Toledo, se dio prisa por seguir para Malagón, adonde llegó el 25 de noviembre. Esa vez, aunque estaba tan enferma y con tales dolores que apenas si podía levantarse de la cama, llevó a cabo algunas reformas que había proyectado en su anterior visita. Comprendió que era cosa difícil sustituir a la madre Brianda, dificultad que acreció la intervención de algunos sacerdotes no identificados. El año anterior, durante su visita, fray Antonio había sido causa de mucho embrollo.

La casa de Malagón, que daba precisamente a la calle más ruidosa del pueblo, había resultado siempre poco satisfactoria, y doña Luisa de la Cerda tenía resuelto construir otra, que debía terminarse a fines de 1579. Cuando Teresa llegó inesperadamente el 25 de noviembre, día de Santa Catalina, estaba pensando en hacer que las monjas se mudasen en seguida, pero los oficiales declaraban que el nuevo edificio no podría estar listo para ocupar antes de seis meses.

Les replicó ella que les daba trece días, ya que tenía el propósito de abrir el nuevo convento el día de la Inmaculada, 8 de diciembre. Dijo, cogió una escoba y un cubo, y se puso en el acto a trabajar ella misma quitando los escombros; y eran ya las once de la noche cuando suspendió su tarea para leer el oficio. A los sesenta y cuatro años, La Madre parecía tan activa como en los

antiguos días de San José o de Medina del Campo. Daba órdenes a diestro y siniestro, igual que el capitán de un barco en el mar; realizaba prodigios de trabajo, y se postraba de hinojos para pedir perdón si, por acaso, su lengua llegaba a molestar a alguien. Parecía gozar de una salud perfecta en aquel entonces; y hasta que estuvo todo terminado, no la volvieron la fiebre y los dolores antes. Al llegar la víspera de la fiesta de nuestra Señora, no había listas más que once celdas de las monjas; pero era ya lo suficiente para colocar a la comunidad, por lo pronto, durmiendo de dos en dos; y el día 8, como ella había pensado, Teresa y las hermanas fueron en procesión a la nueva casa, precedidas por el esplendor del Santísimo Sacramento.

Teresa escribió a Gracián un entusiasta relato de tal acontecimiento, en el cual dice: «Fue la pasada con mucho regocijo... Heme holgado mucho; que no parecían sino lagartijas, que salen al sol en verano... ¡Oh, mi padre!, ¡y qué necesaria ha sido mi venida aquí! La hermana Jerónima del Espíritu Santo (Acevedo), que estuviera después en Italia para establecer la casa matriz, fue nombrada priora y tuvo que cargar con la faena de corregir todos los errores cometidos por la madre Brianda. Todo parecía marchar ya como sobre ruedas. Quisiera Dios que siempre pueda ser así, dijo Teresa.

Este era, en verdad, su convento favorito. El edificio, de dos pisos de piedra y mortero, estaba construido en derredor de un patio central rodeado por un claustro, al que se abrían los confesonarios con sus ventanillas de celosía dibujadas por la misma Teresa. El jardín del convento es espacioso y bello, con árboles de sombra. El refectorio está bien iluminado y ventilado y tiene todavía las mesas por ella escogidas, y, próximos a él, se hallan el

lavadero y la cocina. La celda que ella ocupara en el piso de arriba está, según dicen, tal cual ella la dejó. Esto, como afirma el padre Silverio, es el convento teresiano ideal. Para ella constituía una satisfacción diaria el ver cómo iba tomando forma definitiva, el comprobar que la vida de oración que la había planeado para sus hijas quedaba grandemente facilitada por la posición de cada una de las ventanas, de cada escalera, hasta de cada piedra y palo. Y el 18 de diciembre escribía a Gracián: «¡Oh, cómo me acuerdo estos días de la noche de Navidad que me hizo pasar una carta de Vuestra Paternidad, ahora ha un año! Sea Dios alabado, que ansí mejora los tiempos.» Sin embargo, no hay satisfacción completa en esta vida. Cada día se enteraba de más cosas respecto a la negligencia de las monjas y del desorden que allí había reinado bajo la administración de su prima Beatriz de Jesús, que había administrado el convento por la madre Brianda. Y comentaba: «… jamás ha dichome una palabra, ni ahora, con ver que todas me lo dicen y que yo lo sabía. Hame parecido poca virtud o discreción» ([100]).

Cuando la madre María de San José se puso de parte de las monjas en Malagón, Teresa la reconvino duramente. Como había esperado hacer de ella una santa, hubo de escribirla, diciendo: «... que, por ruin que es, quisiera tener algunas como ella, que no sé qué me haga si ahora se funda, que no hallo ninguna priora, aunque las debe haber, sino, como no están experimentadas y veo lo que aquí ha pasado, hame puesto mucho temor, que en buenas

[100] A María de San José, de comienzos de enero de 1580. Todas las expresiones por el estilo de La Madre no las debe tomar en su sentido corriente sino a la luz de la perfección que tan cara le era y tanto amaba. Para ella, una pequeña desobediencia constituía un □escándalo□, y una evasión de las que la gente considera leves, habría sido □perversa□.

intenciones nos coge el demonio para hacer su hecho; y ansí es menester andar siempre con temor, y asidas de Dios, y fiar poco de nuestros entendimientos; porque por buenos que sean (si esto no hay), nos dejará Dios, para errar en lo que más pensamos que acertamos.

»Algunas cosas de las que vuestra Reverencia escribía, haciendo caso de ellas ([101]), ¿adónde estaba su entendimiento? ¡Oh, válame Dios las necedades que traía aquella carta, todo para conseguir su fin! El Señor nos dé luz, sin que sin ella, no hay tener virtud, sino para mal, ni habilidad. Yo me huelgo que vuestra Reverencia esté tan desengañada; porque le ayudaré para muchas cosas, porque para acertar, aprovecha mucho haber errado, que ansí se toma espiriencia. Dios la guarde, que no pensé poderme alargar tanto.»

Al día siguiente de la inauguración de la nueva casa, le volvieron sus padecimientos y tuvo otro ataque de perlesía. Sin embargo, en Navidad estuvo tan contenta que todas las monjas sintieron su alegría y la compartieron; y cuando después de cometer una falta al leer la lección del día se postró de hinojos en el coro, se les arrasaron a todas en lágrimas los ojos y ninguna pudo hablar una sola palabra.

El día 13 de febrero de 1580 dejó Malagón para fundar una casa en Villanueva de la Jara, en La Mancha, en Toledo, donde un sacerdote le había dicho que había reunido en una ermita a ocho santas mujeres que querían adoptar su regla y obediencia. Pero no se interesó mayormente en ello hasta que el Señor la dijo que fuera; lo hizo entonces y con tanta salud que se diría no había

[101] Se refiere a la madre María, al ponerse de parte de las monjas de Malagón.

estado más sana nunca en toda su vida. A medida que el carro que la llevaba iba atravesando los pueblos del campo frío, la gente salía a su encuentro para verla, pues ya entonces se había extendido grandemente su prestigio, y corría rápidamente la noticia de su paso por ellos. En una casa de Villarrobledo, en donde se detuvo para comer, la gente se agolpó de tal manera que rompió la puerta y las ventanas para verla y las autoridades tuvieron que detener a unos cuantos. En otro pueblo tuvo que marcharse unas horas antes del amanecer para escapar a la nerviosa curiosidad del público. Se la pedía que bendijera a la muchedumbre, y en algunos sitios incluso que lo hiciese con el ganado. En el monasterio descalzo de Nuestra Señora del Socorro, los frailes salieron a recibirla en procesión y, después de haberse arrodillado ante ella pidiéndole su bendición, la escoltaron hasta la iglesia cantando el *Te Deum*. Era aquel el monasterio que Catalina de Cardona hiciera levantar en el desierto y, aun cuando ella había muerto en el año 1577, a los padres de él seguían llamándoles «los frailes de la Buena Mujer» las gentes de las comarcas vecinas, y continuamente iban numerosos peregrinos a visitar la cueva en que ella había vivido a la entrada de la iglesia. Cuando Teresa recibió allí la comunión, vio a la santa ermitaña en su cuerpo glorificado rodeado de ángeles, alegrándose mucho al oírla decirle que debía continuar haciendo sus fundaciones.

Al llegar a Villanueva de la Jara, a poca distancia de allí, justamente cuando iba a empezar la misa, Teresa tenía apretada contra su corazón una imagen del Niño Jesús. Era el primer domingo de cuaresma, el día 21 de febrero de 1580. La población en masa, precedida por el clero, formó en procesión para salir a recibirla y la siguió detrás del Santísimo Sacramento hasta llegar a su nuevo

convento, en donde «dio el hábito a nueve mujeres, que lloraban de alegría.

Pocos días después, mientras a inspeccionaba el trabajo de abrir un pozo, se soltó un cabrestante, y la cuerda le dio un golpe tan fuerte que la arrojó por tierra; pero ella se levantó sin sentir el menor dolor, y todos decían que San José, cuya víspera era tal día, la había protegido, si bien luego se le presentara un absceso a consecuencia del golpe recibido. Teresa se mostraba muy complacida con la nueva comunidad de Villanueva, y era el caso de estarlo, pues bajo su gobierno las nueve virtuosas mujeres llevaban una vida ejemplar, de lo que se contaban detalles realmente milagrosos, que todos creían. Aunque como consecuencia del año malo y estéril de 1579 eran escasos los alimentos, y el dinero escaseaba más todavía, las monjas confiaban de tal manera en Dios que pudieron vivir con seis fanegas de trigo en vez de las sesenta que ordinariamente precisaban, y no parecía que estaban peor alimentadas por tal carencia, pues, al igual de la mujer de Elías, encontraban siempre su troje lleno de trigo. Su único pequeño peral les daba fruta bastante para cubrir sus necesidades durante dos meses, pudiendo todavía vender y dar a los pobres lo que de ellas excedía. El dinero lo encontraban de manera misteriosa por los alrededores del convento, especialmente cuando las monjas recurrían al Niño, que La Madre había llevado en la procesión. Una cazuela rota se conservaba como si estuviese nueva cuando ellas la habían menester para guisar, y después se deshacía en pedazos. Todas las leyes de la naturaleza y de la economía parecían perder toda su virtualidad ante el amor y la ingenuidad de aquellas almas buenas y sencillas.

Teresa se sentía de nuevo enferma cuando el 20 de marzo abandonó aquella santa casa, en compañía de la hermana Beatriz de Jesús, de fray Antonio de Jesús y de una enfermera. Llegaron a Toledo el sábado de la Semana de Pasión. El Jueves Santo tuvo otro ataque de perlesía que la obligó a guardar cama durante todo un mes. Seguía teniendo fiebre y se sentía aún sumamente débil al ir con Gracián a ver al inquisidor general, arzobispo Quiroga. El Santo Oficio estaba examinando otra vez su autobiografía, pero el arzobispo la tranquilizó diciéndola que no tenía por qué temer, Ya habían circulado algunas copias del libro que, después de leídas, fueron encomiásticamente aprobadas por varios personajes de mucho más discernimiento espiritual que la princesa de Éboli. Así, por ejemplo, el duque de Alba lo leyó en la prisión de Úbeda, donde Felipe II le tuviera encerrado. Teresa ejercía una extraordinaria influencia sobre el bizarro soldado y oportunista político, al extremo de que en su siguiente campaña de la guerra de Portugal, a la que el Rey le envió, liberándole previamente de la prisión, llevó consigo una imagen de Cristo que ella le había dado, y, contemplando la cual, podía practicar la oración mental hasta en medio del fragor de las batallas.

Cuando Teresa abandonó Toledo, el día 7 de junio, la esperaba una enfermera, que había de ser compañera suya hasta el final de su vida y legar a la posteridad algunos de los datos más importantes acerca de ella. Fue ésta la simpática Ana de San Bartolomé, a la que, de veras, cabe llamar bendita. Ésta, de nombre Ana García, era hija de unos pobres labriegos y había ingresado en calidad de la primera de las hermanas legas de San José de Ávila, en el año 1572. Contaba a la sazón veintiocho años, era una mujer de escasa instrucción, pero poseía una inteligencia tan despierta y un tan acertado juicio que Teresa la hizo su secretaria confidente al

propio tiempo que su enfermera; y aprendió a escribir admirablemente por el solo hecho de copiar las cartas de La Madre. Ella era la que vestía en plena oscuridad a la anciana Teresa antes del amanecer y la quitaba el hábito en la madrugada del siguiente día; la que copiaba casi todas sus cartas llenas de energía; la que iba en busca de uno o dos huevos y una rebanada de pan cuando pasaban por alguna aldea de las en aquel entonces empobrecidas por el hambre y la sequía.[102]

Desde Villanueva fueron a Medina, en donde la hermana Ana de la Trinidad fue curada de una erisipela por la sola imposición de la mano de Teresa en su hinchado semblante, y de allí siguieron a Valladolid y, más tarde, a Segovia, deteniéndose en las posadas del camino que, por lo menos, estaban calientes, incluso sofocantes, por las noches.

En Segovia, en donde se detuvieron desde el 13 de junio hasta el 8 de julio, tuvo Teresa el dolor de enterarse de la muerte de su hermano, cuya salud había ido declinando desde su regreso de América, en el año 1575. Generoso hasta más no poder, llegó a verse en apuros de dinero y constantemente acosado por su hermano Pedro de Ahumada que le había seguido desde las Indias, completamente impecune, neurasténico perdido y que, al no obtener la solicitada pensión de Felipe II, se volvió de tan mal humor que andaba por todas partes hablando a mal y peor de los unos y los otros. Creía Teresa que estaba loco, en su descomedido afecto por Lorenzo; por lo cual escribía a este último largas cartas en que le pedía tuviese paciencia con su desdichado hermano, que no

[102] Ana de San Bartolomé escribió una deliciosa autobiografía. Contribuyó a introducir la Reforma en Francia, el año 1604, tomó allí el velo negro, fue priora. Y el año1612 fundó la casa de Amberes. Fue beatificada por el papa Benedicto XV el día 8 de mayo de 1917.

podía hacer otra cosa por causa de su enfermedad, y que le fuera dando el dinero por veces en lugar de la suma fuerte que en junto le diera y que el otro derrochara en seguida, durante el año 1580. Y así estaban las cosas cuando Lorenzo enfermó de gravedad en el mes de junio de tal año. Se le había debilitado el corazón por su vida en las altitudes de la cordillera de los Andes, y, tal vez, no llegó a sentarle tampoco bien el vivir tan cerca de Ávila, que está media milla sobre el nivel del mar. El caso es que murió a las seis horas de lo que, en nuestros días, llamaríamos trombosis coronaria. Teresa, que se hallaba a muchas millas de distancia, se puso intensamente pálida en el mismo momento, y dijo a las monjas de Segovia que le había visto morir y pasar del purgatorio al cielo. A los pocos días le vio con San José, ambos radiantes de contento, a los lados del sacerdote que decía la misa.

Muchos de sus amigos murieron en el año 1580, que fue llamado el año del *catarro universal*, forma virulenta de gripe. El santo caballero, luego padre Francisco de Salcedo, fue uno de los fallecidos. Y Felipe II habría podido morir en Portugal si su cuarta y joven esposa no se hubiera arrodillado junto a su cama, ofreciendo su propia vida en vez de la de él, tan necesaria para la Iglesia y para España; ofrecimiento que fue atendido por Dios, que la tomó por la palabra.

El día 25 de julio, un mes después de Lorenzo, murió, en Belmonte, el padre Baltasar Álvarez. Este había sido rector en Salamanca desde el año 1574 y, al propio tiempo, visitador de las casas de los jesuitas en Aragón. En sus últimos años hubo de sufrir la tristeza de sospechar que algunos otros jesuitas consideraban el alto estado de contemplación, que había alcanzado siguiendo las instrucciones de Teresa, como un simple engaño del diablo. Se ha-

bló en 1579 de enviarle al Perú, pero el propósito no llegó a cristalizar. Aunque su muerte causó gran dolor a Teresa, ella le vio en el cielo con toda gloria y gran esplendor, de lo que escribió: «Yo se lo pago en holgarme que haya salido de vida tan miserable, y que esté ya en seguridad... Todo se pasa tan presto, que más habíamos de traer el pensamiento en cómo murió, que no en cómo vivir...; cuatro años le llevaba, y nunca me acabo de morir».

Como Lorenzo la había nombrado su albacea testamentaria, fray Angel de Salazar le dio autorización para que fuese a Ávila a mirar por los intereses de su sobrino Francisco. (El hijo menor, Lorenzo, había vuelto al Perú en el año 1578.) Después de una breve estancia en la ciudad, llevó al joven heredero a Valladolid, por Medina, a fin de firmar allí ciertos documentos relativos a los bienes del padre. La acompañó Gracián para ayudarla en aquellos asuntos de negocios que a ella la desagradaban profundamente.

A poco de su llegada, en el mes de agosto, Teresa cayó enferma de catarro. Y tan grave se puso que las monjas de Valladolid temían que allí muriese. Sin embargo, a pesar de haber cumplido ya sus sesenta y cinco años, había conservado siempre el ánimo joven; las enfermedades, los ayunos, las flagelaciones y las extraordinarias penalidades que hubo de sufrir en su vida no habían logrado arrugar su rostro ni empañar la vivacidad de sus ojos. Pero en aquellos días, al verla zurcir lentamente, María Bautista y las otras monjas se dieron, por primera vez, cuenta de que ya parecía una anciana.

Durante la prolongada y lenta convalecencia, que la retuviera en Valladolid hasta después de la Navidad del año 1580, experimentó no pocas contrariedades. Algunos de sus parientes empezaron a protestar contra el legado hecho por Lorenzo a favor de una

capilla de San José de Ávila, que debía ser pagada con el dinero que le adeudaba todavía el convento de Sevilla. Por lo que Teresa escribía, el 7 de octubre, a las monjas de Ávila, diciéndolas: «¡Oh, hijas mías, cuántas preocupaciones y disputas traen consigo esos bienes temporales!»

Francisco, el hijo de Lorenzo, constituía una preocupación constante para ella. Al principio parecía que tenía vocación religiosa, y Gracián le llevó a Pastrana, pero el joven se marchó al mes de estar allí por encontrar demasiado dura la vida que en tal sitio se llevaba. Y Teresa escribió a Gracián diciéndole que parecía haberse cambiado en una criatura distinta. No quería tener nada que ver con frailes o monjas descalzos, y con ella todavía mucho menos. Pensaba casarse y cuidar de los bienes que su padre le dejara. Tenía malas digestiones, padecía dolores de cabeza y su corazón no marchaba bien. Por fortuna, tales dolencias fueron tan sólo temporales, y, a los tres meses de haber abandonado el monasterio, se casaba con una linda muchacha de catorce años, doña Orofrisia de Mendoza y Castilla. A La Madre le complació extraordinariamente tal matrimonio. Su carta a su otro sobrino en el Perú, dándole cuenta de la buena suerte de su hermano, es de lo más español que darse puede, de índole muy burguesa y grandemente femenina [Carta a Lorenzo de Cepeda]. Dice:

«Es prima hermana la madre del duque de Alburquerque (sobrina del duque del lnfantazgo, y de otros hartos señores de título); en fin, de padre y de madre, dicen, no le hará ninguna ventaja en España. En Ávila es deuda del marqués de las Navas y del de Velada; y de su mujer de don Luis el de mosén Rubí ([103]). Diéronla

[103] Mosén Rubi de Bracamonte, el judío católico, que construyó la famosa capilla con el dibujo y los signos masónicos en Ávila, de la que ya se ha hablado.

cuatro mil ducados. El me escribe que está muy contento que es lo que hace al caso. A mí me lo da de que doña Beatriz, su madre, es de tanto valor y discreción, que les podrá gobernar entramos, y que se acomodará e lo dicen, a no gastar mucho. Tiene doña Orofrisia sólo un hermano mayorazgo y una hermana monja. A no tener hijo el mayorazgo, le hereda ella; cosa posible podría ser.»

Antes de fines de 1580 había Teresa decidido fundar dos conventos más. En realidad, su idea era fundar tres, pero el de Madrid tenía que esperar la vuelta de Felipe II de Portugal, en donde estuvo hasta 1583. Pero los de Burgos y Palencia caían del todo dentro de los límites de la máxima posibilidad. A tal respecto, Teresa escribió luego:

«Había más de seis años que algunas personas de mucha religión de la Compañía de Jesús, antiguas amigas, y de letras y de espíritu, me decían que se serviría mucho nuestro Señor de que una casa de esta sagrada religión estuviese en Burgos, dándome algunas razones para ello, que me movían a desearlo» (*Fundaciones*, cap. XXXI). Debía tal sugerencia, referente a lo de Palencia, a su antiguo amigo don Álvaro de Mendoza, que entonces era obispo de tal ciudad. Por otra parte, cuando estaba indecisa durante su convalecencia porque creía que iba a morir, el padre Ripalda, S. J., la dijo que los años la estaban haciendo cobarde. Y ella lo comentó escribiendo: «… más bien veía yo que no era eso, que más vieja soy ahora y no la tengo» (la cobardía). Pero cuando el Señor la dijo: «¿Qué temes? ¿Cuándo te he Yo faltado?», se decidió, en el acto, a intentar ambas fundaciones, empezando por la de Palencia (*Fundaciones*, cap. XXIX).

Le agradó sumamente que esta fundación se llevase a cabo el día de la Fiesta del Rey David, por el cual sentía gran devoción

(porque, según ella explicaba, había sido un pecador). También había sido cosa de buen agüero que los preparativos del caso hubiesen sido emprendidos por un santo sacerdote de ascendencia judía, el canónigo Francisco Reinoso, sobrino del padre Jerónimo Reinoso, amigo de Pío V y, más tarde, obispo de Córdoba. El cual había ya alquilado y acondicionado una casa y, a diferencia del padre Mariano en Sevilla, tenía ya incluso las camas listas y todo lo preciso a mano, un día nublado y frío, el 29 de diciembre, a la llegada de las seis monjas y la hermana lega Ana, que estaban rendidas de cansancio. Se sintieron todas muy contentas porque no había existido la menor oposición para ello en parte alguna; el obispo era muy querido, y la población toda, al decir de Teresa. «de lo mejor y más noble que había visto».

Como la casa era alquilada se precisaba encontrar otra para después. Se le ofrecieron a Teresa otras dos junto a la famosa ermita llamada iglesia de Nuestra Señora de la Calle, en la parte más poblada de la ciudad. Pero esta circunstancia la desagradaba, de tal modo que el canónigo Reinoso la encontró otra, que parecía mucho más atrayente, aunque el dueño pedía por ella un precio exagerado, pero Teresa decidió aceptarlo. Al día siguiente, durante la misa, comenzó a sentirse mal. Al pensar en la humilde casa, próxima a Nuestra Señora de la Calle, oyó la voz de Nuestro Señor que la decía: «Ésa es la buena para ti.» Cuando, después, fue a confesarse con el padre Reinoso, que era, al decir de ella, hombre muy prudente y santo, dotado con los dones del buen consejo en todas las cosas, se quedó sumamente perplejo. Y mientras él y su amigo, el canónigo Salinas, dudaban qué hacer, Cristo la dijo que los otros no entendían lo mucho que allí se le ofendía, y que aquello sería una reparación. Estando así las cosas, el propietario de la casa que ella se había mostrado dispuesta a aceptar aumentó

el precio de venta en 300 ducados, con lo cual la proporcionaba el motivo para retirarse como compradora. Adquirió, pues, la casa contigua a la ermita, y luego se preguntaba cómo era que no la había preferido desde un principio. Supo después que sus cuartos, oscuros y solitarios, habían servido, en otros tiempos, para citas nocturnas de hombres y mujeres. A todo aquel escándalo pusieron fin las carmelitas, al tomar posesión de la casa el día del Corpus, en presencia de la mayor parte de la gente de la ciudad. Gracián tuvo que viajar toda la noche a fin de poder hallarse presente en la ceremonia.

Fue en Palencia donde Teresa oyera, por primera vez, que el Papa Gregorio XIII había decretado la permanencia de la Reforma, estableciendo una provincia separada para los descalzos. Asegurada, en lo futuro, la vida de la Orden, los frailes descalzos volvieron a su tarea de hacer fundaciones. Juan de la Cruz había hecho ya una en Baeza, a la que no tardaron en seguir las de Valladolid, Valencia y Salamanca. Era, pues, llegado el momento en que ella habría podido decir, con todo su corazón: *nunc dimittis.* Una monja, que entró en su celda sin ser advertida, la vio un día escribir completamente abstraída y suspirar profundamente al dejar la pluma, y se asustó grandemente al ver que de su boca salía algo semejante al resplandor de rayos de sol.

Como hubiera recibido el ofrecimiento de una casa, incluso su mantenimiento, hecho por una viuda de Soria, Teresa fue allá, desde Palencia, a comienzos del mes de junio de 1581, no sin no sentirlo mucho. Recordaba haber encontrado a la gente de Sevilla fría y malintencionada; Toledo le había parecido feo y con gente de mal gusto. En cambio, Palencia le había encantado. Por eso escribió:

«Yo no querría dejar de decir muchos loores de la caridad que hallé en Palencia, en particular y en general. Es verdad que me parecía cosa de la primitiva Iglesia (al menos, no muy usada ahora en el mundo) ver que no llevábamos renta, y que nos habían de dar de comer, y no sólo no defenderlo, sino decir que les hacía Dios merced grandísima. Y, si se mirase con luz, decían verdad: porque aunque no sea sino haber otra Iglesia adonde está el Santísimo Sacramento, es mucha» (*Fundaciones*, cap. XXIX).

Ninguna otra ciudad mereció de ella tributo semejante.

Fue a Soria con el padre Doria (por estar Gracián ocupado en el asunto de un colegio en Valladolid), y siete monjas. Una vez que tal casa estuvo del todo equipada se realizó la decimoquinta fundación sin la menor dificultad, y se le llamó Monasterio de la Santísima Trinidad. Se dijo en él la primera misa el día de la fiesta del profeta Eliseo, el 14 de junio de 1581, y se predicó el primer sermón el día de la festividad de la Transfiguración, corriendo a cargo del padre Francisco de la Carrera, S. J.

Aquel verano, en Soria, La Madre tuvo su última conversación con el padre Francisco de Ribera, S. J., que fue su primer y, durante un tiempo, su mejor biógrafo. Al día siguiente de dejar tal ciudad tuvo un extraño encuentro en el pequeño pueblo de Burgo de Osma con el padre Yepes, de los jerónimos, que fue su segundo biógrafo, y al que ella anticipó que tendría que cumplir una gran penitencia.

Al otro día se apresuró ya directamente hacia Ávila. Los caminos se hallaban en muy mal estado y el mozo de mulas no sabía bien su oficio, de suerte que las monjas tenían, a veces, que salir del carro y marchar a pie por repechos y desfiladeros, salvándose a duras penas de hundirse en el barro o de caer rodando en un

precipicio. Al llegar a Segovia, el día 23 de agosto, víspera de San Bartolomé, se hallaba Teresa en tal estado que las monjas lograron imponerse y obligarla a que permaneciese allí ocho días antes de emprender de nuevo el viaje.

Cuando el día 5 de septiembre llegó, por fin, a San José, se halló ante una triste situación. Aquel primer fruto de su sacrificio y oraciones estaba del todo relajado e indisciplinado, con las monjas descontentas y medio muertas de hambre, las deudas amontonándose sobre el convento, el edificio abandonado, falto de reparaciones. Como siempre, en el fondo de toda desgracia física había una negligencia espiritual. Y ella no tardó en cantarle las verdades al padre Julián de Ávila, que en su chochera había llegado a ser lo que cabía esperar en hombre de su bondad, un confesor excesivamente indulgente y exageradamente amistoso. Había dispensado a las monjas de la observancia de tal regla y tal otra hasta el extremo que las Constituciones apenas si parecían estar en pie, y como no se servía bien a Dios, Él había dejado de proveer.

Las monjas se pusieron tan contentas al ver a su Madre que la eligieran, en seguida, priora, diciendo que no faltaba nunca la comida cuando ella las presidía. No resultó en vano tal confianza. En cuanto Teresa restableció la armonía de la disciplina y de la oración, en el otoño de 1581, todo lo demás vino en seguida por sí solo. Y Dios las alimentó, lo mismo que alimentaba a los pajarillos del aire.

«Espantada estoy de lo que hace el demonio —le repetía en una carta a Gracián— y tiene casi toda la culpa el confesor con ser tan bueno; mas siempre ha dado en que coman todas carne, y esta era una de las penitencias que pedían. ¡Mire qué vida!»

El simpático viejo capellán no gustaba del proceso reformador. En otra carta a Gracián dice de él: «¡Oh, mi padre, qué desabrido anda Julián! A Mariano no está para regañársele cada día que le quiere, sino para rogarle con él. Todo es santo, mas Dios me libre de confesores de muchos años. Ventura será si esto se acaba de desarraigar. ¿Qué hiciera si no fueran tan buenas almas? Después que había escrito ésta, he pasado aquí con algunas cosas, que me han disgustado harto; y ansí he dicho esto, y no pensé hablar en ello. El remedio sería sacar de aquí a los dos, que aunque es santo no lo puedo llevar.»

En aquel otoño Teresa mejoró de salud, si bien no dejó de tener siempre algún sufrimiento. En septiembre experimentó el dolor de oír que Casilda había abandonado el convento de Valladolid. En el mes siguiente, octubre, se sintió profundamente conmovida por un escándalo, del que parecía haber sido víctima inocente su sobrina, de veintiún años, Beatriz (hija de Juan de Ovalle y de Juana). Era el caso que un tal don Gonzalo, asiduo visitante de su casa, estaba casado con una mujer que iba por doquier proclamando que él mantenía una amistad perversa con la mencionada joven. Y lo afirmaba y lo decía públicamente —le escribía Teresa —, cosa que la mayoría de la gente creía. Lo cual perjudicaba tanto a la reputación de la joven que era inútil hablar de ello; pero «de las muchas ofensas que se hacen a Dios —continuaba La Madre— estoy en extremo lastimada, y ansí he procurado la quiten de ahí; porque algunos letrados me han dicho están obligados, y aunque no lo estuviesen me parece cordura huir como de una fiera de la lengua de una mujer apasionada». Decían otros que ello hacía parecer la mentira verdad y no cambiaría en nada la cosa. Le habían dicho, por lo demás, que marido y mujer vivían separados. Insistió Juana de Ahumada en que su hija era del todo inocente, y

lo creyó Teresa, toda vez que ofreció recoger a la sobrina en uno de sus conventos. Por último, los padres decidieron enviarla a vivir con un tío. La esposa de don Gonzalo murió al poco tiempo, como consecuencia de lo cual ofreció él a Beatriz hacerla su esposa, cosa que ella rechazó. En el año 1585 ingresó en el convento de Alba de Tormes y fue una monja ejemplar.

Alba de Tormes constituía una de las preocupaciones constantes de La Madre, pero nunca tuvo la oportunidad de ir allí, estando, como estaba, la vida llena de tantos obstáculos. Por lo demás, sus parientes habían puesto pleito por la posesión de los bienes de Lorenzo. Teresa sospechaba que el padre Nicolás Doria y la madre María de San José estaban de acuerdo para ocultarle ciertas transacciones un tanto oscuras en cuestiones de dinero.

De suerte que la inesperada reaparición, el día 7 de noviembre, de Juan de la Cruz, en Ávila, debió constituir un verdadero alivio a tan sórdidas preocupaciones. Era aquella la primera vez que le veía desde que le arrestaron, en el año 1557, y era, asimismo, la última vez que ambos habrían de encontrarse en este mundo. Había él ido a Ávila, en su calidad de prior del convento de Los Mártires, de Granada, para pedirla que fuese a fundar allí un convento, a fin de combatir la corrupción y el vicio de la antigua ciudad mora. Pero no había caso de tal viaje, dado que ella había prometido ir a Burgos. De todas formas, al marcharse Juan, el día 28 de noviembre, envió a dos monjas que fueran con él para hacer la fundación. En las páginas de Ribera y de Yepes se relata cómo y hasta qué punto les hizo la guerra el arzobispo de Granada y cómo, cuando un rayo incendió su biblioteca y le hizo saltar del lecho, hubo de cambiar de pensamiento.

Una de las últimas ideas de Juan de la Cruz, antes de abandonar a Ávila, había sido ahorrar algo de dinero del escaso que se le había concedido para gastos de viaje, a fin de poder enviárselo a Gracián, que se hallaba muy necesitado... A Gracián, que no había jamás levantado un dedo para hacerle salir de la prisión, y que trató de no aparecer por allí ni una sola vez hasta que «Séneca» se hubo marchado. ¿Pensaba acaso en ello Teresa, y les comparaba en su mente, cuando escribió a Gracián precisamente antes de su llegada para decirle: «¡Oh, Jesús, qué pocos hay perfetos en este mundo!»?

Como para dar un ejemplo sobre el caso se alejó de aquello y se retrotrajo a la idea del intenso frío de Burgos durante el invierno y de sus propias dolencias. Pero Cristo la dijo:

«No hagas caso de esos fríos. Yo soy el verdadero calor. El demonio pone todas sus fuerzas para impedir aquella fundación: ponlas tú de mi parte, porque se haga, y no dejes de ir en persona, que se hará gran provecho» (*Fundaciones*, cap. XXXI).

Gracián accedió a regañadientes a acompañarla. Y la recordó que no tenía más que el permiso verbal del arzobispo, y de segunda mano, además, por intermedio del obispo de Palencia.

Mas Teresa le dijo que mirase bien, que negocios de Dios no habían menester tanta prudencia... La fundación iba a ser un gran servicio para Él, y si se retrasaba demasiado se quedaría sin hacer. Que lo intentaran, y él se callase, que cuanto más sufrieran mejor sería, pues ya sabía que el demonio estaba haciendo un gran esfuerzo para impedir que se hablara de ello; pero que, a pesar de todo, mandase su Reverencia lo que había que hacer, porque eso sería lo mejor.

Y, como de costumbre, él la mandó que hiciera lo que ella había ya pensado hacer.

## CAPÍTULO XXXIII

## LEVÁNTATE, APRESÚRATE AMADA MÍA, MI PALOMA, HERMOSA MÍA, V VEN CONMIGO

La expedición se puso en camino para Burgos en cuanto Gracián pudo volver de un rápido viaje a Salamanca. Además de él y de La Madre, había la hermana Ana de San Bartolomé y dos monjas de Alba; al pasar por Palencia se tomarían otras dos. Hacia un frío intenso y la nieve comenzaba a caer pausadamente en los caminos, que estaban todavía cubiertos de barro por las lluvias recientes. Caso de que Teresa se hubiese vuelto, en el traqueteante carro, para echar una mirada a la quebrada línea que era Ávila en el horizonte, contra el cielo gris, habría sido aquella su última mirada a la ciudad de su nacimiento. Pasaron, en su viaje, por Medina, se detuvieron cuatro días en Valladolid, fue recibida por una entusiasta muchedumbre en su querida Palencia y, después de enviar a un hombre por delante para que viese si los caminos estaban transitables (pues había muchos inundados), oyó al Señor decirla que, desde luego, ella podría ir, que no tuviese miedo, «porque Yo estaré contigo»; y, en seguida, se decidió a continuar.

El resto del viaje a Burgos fue el más peligroso de todos los que hasta entonces había hecho. Las lluvias eran tremendas aquel año, había por doquier inundaciones, los carros se hundían en el fango hasta los cubos de las ruedas. En un sitio tuvieron que bajar del carro y seguir a pie por la orilla del río. Luego, al subir un cerro,

Teresa vio al carro de delante volcar y la pareció que las monjas iban a caer al rio, y gracias a que un muchacho que iba con los muleros cogió con toda su fuerza una rueda del carro, le detuvo milagrosamente —así le pareció a ella—, hasta que llegaron los demás a prestar ayuda. Y entonces ordenó que su propio carro fuese delante, a fin de que, si alguien tenía que ahogarse, fuese ella misma.

Aquella noche, cuando llegaron a la posada, no tuvieron cama en que acostarse.

Al acercarse a Burgos hubieron de cruzar el río Arlanzón por encima de algunos pontones que estaban casi sumergidos en aquella agua, helada y negruzca, y que eran tan estrechos que habría bastado con que uno cualquiera de los carros se hubiese desviado muy poco de la línea para que todos cayeran al agua. Antes de intentar aquel peligroso cruce del río las monjas se confesaron con Gracián y con el otro sacerdote y pidieron a La Madre las bendijese. Teresa no dio la menor señal de asustarse por ello, e incluso parecía bien alegre, al decir a las otras:

«Ea, mis hijas, ¿qué más quieren ellas que (si fuera menester) ser aquí mártires por amor de Nuestro Señor? Déjenme que yo quiero pasar primero, y si me ahogare, ruégoles mucho que no pasen, sino que se vuelvan a la venta.» Y así, aquella valerosa anciana, tomó asiento en el primer carro y pasó sana y salva al otro lado del rio.

Al dejar a Palencia tenía un molesto dolor de garganta, que se le empeoró con la fatiga y las molestias del viaje al extremo de que no podía mover la lengua en la boca y ni siquiera tomar alimento líquido. El último día del viaje tenía ya la lengua expedita, sin embargo de lo cual continuaba con fiebre a medida que iban

acercándose a la histórica ciudad, en donde estaba enterrado el Cid y en la que el rey Alfonso V hubo de jurar un día que no había sido el asesino de su hermano, la ciudad de la que corre el dicho: «Tiene nueve meses de invierno y tres de infierno.»

Propuso el padre Gracián que, antes de ir a buscar alojamiento, fuesen a orar ante el célebre Santo Cristo de Burgos, en el convento de los agustinos, para dar gracias por el feliz término del viaje y pedir la bendición para la fundación; aparte de ello, según dijo, sería mejor entrar en la ciudad a favor de las sombras, al ir cerrando la noche, sin ser vistos. Y era ya noche cerrada cuando Teresa, más muerta que viva, llegó al punto de destino, en casa de su bienhechora Catalina de Tolosa, a quien se debía la sugerencia de la fundación; tan mojada estaba y tanto era el frío que tenía que se pasó toda la noche sentada frente al fuego sin conseguir entrar en calor. El humo la hizo sentirse enferma, comenzó a darle vueltas la cabeza y empezó a vomitar y escupir sangre con tanta fuerza que se le hizo una herida en la garganta. De entonces en adelante una de sus más desagradables penalidades era la emisión de la voz, no por la boca semiparalítica, sino por la abertura hecha en su garganta.

Al día siguiente no pudo levantarse de la cama. Al enterarse de que el doctor Manso y otras importantes personalidades de la ciudad habían llegado para darle la bienvenida, se hizo conducir en un diván delante de una ventana que daba a un corredor, y allí, detrás de una cortina, arregló sus asuntos como si no tuviese nada. A decir verdad, no había gran cosa que hacer. La donante, Catalina de Tolosa, era viuda, una vizcaína de la clase media, cuatro de cuyas ocho hijas habían ingresado ya en conventos descalzos, dos de ellas en Alba y las otras dos en distintas partes, y cuya hija

menor, Elena, estaba ya, también, pidiendo que se la diese el hábito. No solamente había tal dama dado la casa, sino que, incluso, había prometido pagar para mantenerla. ¿Qué más podía, pues, desearse? Únicamente la autorización formal del arzobispo don Cristóbal Vela; y, dada que era hijo del famoso virrey del Perú, don Blanco Vela Núñez, cuyo hermano Francisco, como se recordará, era el padrino de Teresa, parecía como si no faltase más que ir a visitarle, haciéndole saber la llegada de los viajeros, procedentes de Ávila, y obtener en el acto la licencia.

Ello no obstante, al ir Gracián a verle, fue por él recibido con manifiesta frialdad, si no ya con hostilidad. Ciertamente, el arzobispo recordaba haberle dicho algo al obispo de Palencia sobre lo conveniente de una visita de La Madre a Burgos, pero había supuesto que ella iría para hablar del asunto directamente con él, nunca que llevaría, por lo pronto, ocho monjas con ella, una hermana lega y un par de sacerdotes, para establecer una nueva casa en una ciudad de gente pobre, que ya tenía hartos conventos y monasterios que mantener.

Aquello fue un golpe mortal para la pobre Teresa, que permanecía en la cama esperando ansiosamente buenas noticias. Había sido un grave error el llevar las monjas. Así pareció, desde luego, a primera vista, pero, después de bien pensado, comprendió que era una bendición del cielo, ya que, sin ellas, habría tenido que volverse a Ávila, mientras así podía tener la excusa de que no era cosa fácil llevárselas de nuevo en mitad del crudo invierno. De manera que decidió quedarse y esperar a ver qué conseguían del arzobispo, su amigo don Álvaro y algunos otros que la ayudaban. Por lo menos las permitirla que se dijera allí misa, para que las

monjas no tuviesen, por oírla, que andar por la ciudad con aquel mal tiempo.

Pero don Cristóbal pareció no quedar un ápice interesado ni aun después de la visita de Gracián, quien le recordó que los jesuitas, en su primer viaje a Burgos, pocos años antes, habían tenido autorización para decir misa precisamente en aquella misma casa. Por lo visto había habido alguien al que se debía semejante cambio del arzobispo respecto a La Madre y a la Reforma. Explica el padre Ribera, S. J. (2), que el arzobispo quería y admiraba de veras a Teresa, pero tenía sus dudas acerca de si debía hacer la fundación..., en el cual caso había un decreto del Concilio de Trento que le prohibía conceder la autorización.

Mir culpa de ello a los jesuitas.

Durante tres semanas las monjas sólo pudieron oír misa los domingos y días festivos, yendo, a primera hora del día, por las calles, llenas de barro, a una iglesia muy distante de donde vivían.

Cuando, por último, La Madre, después de haber recuperado algunas fuerzas, fue a ver a don Cristóbal, se dieron todas de azotes, una tras otra, mientras estuvo ausente. ¡Qué desengaño se llevaron cuando ella volvió! La había recibido el arzobispo bastanteo cortésmente. Encontró ella que era un hombre tranquilo, afable, un tanto indolente, con un rostro triste y cansino. Pero, por lo visto, era empecinado, por cuanto no la diera la más pequeña esperanza.

Buena cosa fue, en efecto, recibir semejante aliento, ya que todavía quedaba lo peor por llegar. La horrible verdad empezaba tan sólo poco a poco a brillar a sus ojos, pero, por fin, sabía ya la verdad. Y era que la buena de Catalina de Tolosa, en un rasgo de generosidad, había prometido sus bienes a algunos «padres» que

eran sus directores espirituales, y ahora suscitaban en ella grandes escrúpulos sobre la transferencia del donativo hecho a favor de las carmelitas. Se dio cuenta Teresa de lo desgraciada que la otra se sentía, pues quería mantener su convenio, pero temía que le pusieran pleito si lo mantenía.

Una vez de ello convencida, La Madre la libró del compromiso y renunció a todos los derechos sobre la casa, mientras Gracián y el canónigo doctor Manso le encontraron alojamiento temporal en el Hospital de la Concepción. No era aquella una residencia muy agradable, especialmente porque el viejo edificio tenía una reputación harto molesta entre la gente supersticiosa, ya que algunos decían que estaba embrujado y que por la noche iban a reunirse en él mujeres hechizadas. Teresa se habría sentido propicia a creer tal cosa en semejante ciudad, pues solía decir que el demonio de Burgos era un *diablejo tonto*, ya que de todas sus dieciséis fundaciones ésta era la que más desazones y contrariedades le proporcionara. Sin embargo, valía la pena el encontrar techo, bajo el cual cobijarse, aunque sólo fuera temporalmente, y era ya cosa inapreciable el poder tener el Santísimo Sacramento y oír misa a diario. De forma que se decidió a ello, y tomó posesión de aquel viejo y triste lugar el día 23 de febrero, víspera de San Matías. Ya estaban, por lo pronto, allí, fuera para bien o para mal, y se pusieron indomablemente a luchar, revolviendo todo el cielo con angustia, acudiendo especialmente a San José, al que de continuo imploraban, para ver de conseguir una casa, y que ello no fuese después del día de su festividad, 19 de marzo.

Y fue el caso que la víspera de tal día, el 18, Teresa logró encontrar una casa a propósito, pero el precio por ella pedido le

pareció exorbitante; mas, «¿por qué te detiene el dinero?», le preguntó entonces el Señor. E inmediatamente ella alquiló el edificio y lo encontró tan a propósito que aun le pareció que era sumamente barato. ¡Ah, jamás le había fallado su buen San José! Así fue como, en tres meses de estancia en Burgos, se instalaron en aquella casa, que era también su tercera en la ciudad. Teresa no hubo siquiera de moverse el día de Jueves Santo al sentir que algunos hombres, sin educación, le dieron de pisotones para hacerla apartarse, cuando se hallaba postrada de hinojos en la iglesia.

Algo —acaso la relación de tanto heroísmo, tal vez algunas cartas recibidas de amigos influyentes, como don Álvaro de Mendoza, acaso las buenas diligencias del canónigo doctor Manso, que decía: «prefiero discutir con unos cuantos teólogos que con la madre Teresa»— parecía haber comenzado a ablandar un tanto el corazón del arzobispo, pues se dignó ir dos veces a visitar a la anciana a su nueva casa y la habló con todo afecto. Lo cual no importaba para que no quisiera darle todavía el necesario permiso. Pon fin, cuando ya hubo pasado otro mes, el 18 de abril, capituló, vencido del todo. Y el convento se inauguró solemnemente el día 22.

Al cabo de un mes, el día 20 de mayo de 1582, Teresa escribía a su amigo, el canónigo Reinoso, de Palencia, una carta, dándole a entender que la desavenencia entre ella y los jesuitas se había convertido en seria ruptura durante la fundación de Burgos, a pesar de haber sido ellos mismos quienes primero la sugirieran. Acaso fuera que se excitaran con exceso los sentimientos de ambas partes por la repetición de expresiones parecidas a los consejos dados por el padre Avellaneda, S. J., a sus estudiantes,

en el año 1577. «No gastéis tiempo con mujeres, especialmente con monjas carmelitas, ni en visitas ni con cartas, sino apartaos de ellas suave pero firmemente.» Mas en Burgos había surgido una nueva desavenencia, como da a entender la carta por ella dirigida a Reinoso, en la que dice:

«Por esa carta que ahí va..., verá vuestra merced algo de lo que pasa de la Compañía, que verdaderamente parece comienzan enemistad forzada: y fúndala el demonio en echarme culpas por lo que me habían de agradecer en testimonios bien grandes, que de ellos mesmos podrían dar testigos en algunos (todo va a parar en estos negros intereses)..., y como yo creo que ellos dirían mentira, veo claro que el demonio debe andar en este enredo.»

«Ahora dijeron a Catalina de Tolosa que porque no se les pegase nuestra oración, no querían tratasen con las descalzas.»

«Mucho le debe ir al demonio en desavenirnos, pues tanta priesa se da.»

«También le dijeron que venía acá su General, que era desembarcado.»

«Heme acordado que es amigo del señor don Francisco. Si por aquí se pudiese deshacer esta trama y poner silencio con enterarse en la verdad, sería gran servicio de Dios; porque para gente tan grave tratar de niñerías de tal suerte es lástima.»

Esta carta, al igual de otras relativas al padre Salazar, ha constituido tema de reñida controversia. Los maestros carmelitas, tanto Zirnmerman como Silverio, por ejemplo, la aceptan como auténtica. La Fuente, gran amigo de los jesuitas, pone en duda la alusión que a ellos hace, mientras que otros jesuitas especialmente los bolandistas y el padre Montoya, S. J., han intentado demostrar que se aludía a los carmelitas calzados. El padre Zugasti, S. J.,

cree que, en efecto, se pone en tela de juicio a la compañía de Jesús, pero afirma que la Madre Teresa dijo que los jesuitas no dirían mentira, pero que la palabra no estaba tapada por un borrón. Como es natural, todos los jesuitas se sienten molestos por la imputación de su falta de veracidad. De igual suerte, el padre Pons, S. J., ha negado, asimismo, la autenticidad de una carta de San Juan de la Cruz a la madre Ana de San Alberto, priora de Caravaca, cuyo manuscrito tienen en veneración los frailes descalzos de Duruelo, y en la que le aconsejaba tuviese cuidado con los jesuitas en un determinado asunto, añadiendo: «Pesádome ha de que no se hizo luego la escritura con los Padres de la Compañía, porque no los tengo yo mirado con ojos que son gente que guarda la palabra. Y así entiendo que no sólo se desviarán en parte, mas si se difiere, se volverán de otra en todo si les conviene». El padre Martín, de la O. P., arguye fuertemente diciendo que el padre Pons no hace sino negar sin pruebas contra el manuscrito de Duruelo.

De tal modo, se ha persistido en la disputa, y para nada bueno. Sabido es que los jesuitas, como los carmelitas, como los dominicos y los de todas las otras órdenes, tienen cada uno los defectos propios de sus virtudes y que algunos de ellos llevan, a veces, demasiado lejos el espíritu de cuerpo. Mas nadie, que bien les conozca, creerá que todos mienten. Pueden ellos presumir, como haber suyo, de que, a pesar de tanta provocación, como la de que se les ha hecho víctimas, han sido raras las veces en que han atacado a los de otras órdenes, como los miembros de otras órdenes les han atacado a ellos; y que la oposición que, incluso entre los cristianos, se les hizo siempre, ha estado en toda ocasión influida por la apariencia de un odio inexplicable. Lo que parece bien claro en el asunto de Catalina de Tolosa es que la buena e

ingenua señora había prometido la casa a las dos órdenes, y que los jesuitas, teniendo el primer derecho, se sintieron justamente ofendidos; que, luego, una palabra suscitó la otra hasta que los santos carmelitas, en el calor de la discusión y del desengaño, hicieron generalizaciones a rajatabla acerca de los otros. En vez de una simple negativa, el padre Zugasti podía haberse limitado a reír y preguntar: ¿Y qué hay con ello?

Por cuanto a la carta que a Reinoso respecta, los dos maestros carmelitas han hecho juiciosas observaciones. El padre Zimmerman dice que del tenor de la carta se ve claramente que la Sociedad (Compañía) aludida es la Compañía de Jesús, y no, como otros han querido suponer, la orden de Carmelitas Mitigados... Catalina de Tolosa había prometido su gran fortuna para el colegio de los jesuitas en Burgos, pero había transferido el legado a un convento que ella misma fundara. Temerosos de que se la hiciese sufrir y se metiese en un pleito a las monjas, el padre Gracián y la Madre Teresa renunciaron a tales bienes, pero tuvieron que obrar con cautela por causa del arzobispo. Y los jesuitas, no sabiendo lo mucho que a Santa Teresa debían, se sintieron molestos por su presencia en Burgos.

Hace notar el padre Silverio que era perfectamente lógico que los jesuitas se opusieran a la disminución de las limosnas que se les prometían, y dice que: ni la Compañía ni ninguna otra orden religiosa está exenta de que algunos de sus miembros cometan imprudencias en estos y parecidos negocios. Sería pedir un milagro continuo de virtud y de ética social. «No seamos fariseos...» Los más escandalizados por la conducta y el rencor de los jesuitas habrían hecho exactamente lo mismo, a juicio suyo. ¿No había por

ventura Teresa deplorado la pérdida de la fortuna de Casilda en Valladolid?

No es cosa sensata exagerar la importancia de la discusión. La separación inevitable entre ambas órdenes, con misiones distintas que cumplir, había por fuerza de producirse, como se produjo. Lo triste es que ello ocurriera en los últimos años de la vida de Teresa, pues, por sobrevenir entonces, ha adquirido una importancia muy superior a la que en realidad tiene. Los santos de las dos órdenes, que con tanta frecuencia colaboraron entre si después de la muerte de La Madre, pudieran sobradamente testimoniar que no podía existir una desavenencia verdadera y durable, como ella hubo en una ocasión de decir, entre la Compañía del Hijo y la Orden de Su Madre. Mas, en aquello últimos meses de su vida, había, por lo visto, de sufrir su verdadero calvario, el que con tanta ansía deseara siempre, y tal vez no deba sorprendernos demasiado el verla de tal suerte aparentemente alejada de sus mejores amigos de otros tiempos y maltratada por las peores tentaciones que es capaz de soportar el ser humano. Debe asimismo tenerse presente que la inculpación del caso fue hecha por escrito en calidad de estricta confidencialidad a un director espiritual, y que jamás se creyó podrían alcanzar la publicidad que luego se le diera.

Precisamente después de haber enviado Teresa la explosiva carta, se desencadenó otra tremenda lluvia, el día 24 de mayo, jueves de la Ascensión, y el Arlanzón comenzó amenazadoramente a salirse de madre en los alrededores del convento. Se desmoronaron las casas, quedaban arrancados de cuajo los árboles y los cadáveres resultaban desenterrados de sus sepulturas. Al llegar aquella riada violenta y fangosa a sobrepasar

el nivel de las puertas y ventanas del piso bajo, empezaron a llenarse de agua sus habitaciones. Las monjas acudieron a La Madre para pedirle que se pusiera en salvo mientras era aún tiempo, como ya habían empezado a hacer las gentes de la vecindad y de las otras órdenes. Se negó a ello Teresa y, tomando el Santísimo Sacramento y llevándole al piso superior, reunió a sus monjas y empezó a rezar con ellas la letanía, implorando salvación. Y allí permanecieron todas sin tomar nada de alimento ni descanso alguno desde las seis de la mañana hasta la medianoche. Al final, Teresa, sintiéndose demasiado débil, pidió la diesen un poco de pan. Una de las novicias más robustas bajó al piso inferior, anduvo por él con el agua hasta la cintura y logró pescar una hogaza de pan que estaba flotando y de la que arrancó un pedazo para llevárselo a La Madre.

Al día siguiente llegaron varios buzos y rompieron las puertas para que saliera el agua, ya que la inundación había bajado grandemente de nivel. La Beata Ana de San Bartolomé dijo que «parecían ángeles de Dios». Ocho carros llenos de escombros hubo que retirar de las habitaciones del piso bajo. La vieja y raquítica casa se movía y quejaba azotada por el viento que se colaba por las rendijas del techo, precisamente encima de la cama de la fundadora, nada temerosa. La hermana Ana se quedó toda la noche en veía asistiéndola y, cuando la vio dormida, la cubrió con una manta de su propio camastro.

De suerte que el último de los conventos de Teresa hubo de ser fundado, al igual de sus antecesores, en medio de tribulaciones y dolores. Cuando llegó el momento de volver a Ávila, a fines del mes de julio, pues seguía siendo allí priora, encomendó el nuevo convento a Nuestro Señor, no sin experimentar una gran

preocupación, pues sólo tenía veinte maravedís que poder dejarles a las hermanas y no había podido repararse todavía el estrago causado por la inundación. «¿Por qué han de poner en duda que esto ya está terminado? Ya debes marcharte.» Y Teresa se despidió de las demás y tomó el camino de Palencia, después de enviar una carta a Gracián para que, de ningún modo, fuese a Sevilla, en donde se había declarado una gran peste.

Al llegar a Valladolid, en un caluroso día de mediados de julio, se le presentó a Teresa la ocasión de beber hasta las heces el cáliz de la ingratitud humana. Sus parientes habían acudido siempre a ella con el relato de sus dificultades, como si fuese un tribunal de apelación. Y en aquella sazón le dieron la recompensa que suele, a veces, darse al intermediario de buena fe. Fue causa de todo el legado instituido por su hermano Lorenzo para que se erigiese una nueva capilla en el convento de San José de Ávila. Por motivo desconocido, su sobrina, la criticona madre María Bautista, se había puesto de parte de la familia y logró inducir a Teresita a que hiciese otro tanto. Sin duda, debió de haber violentas escenas contra la anciana señora del brazo lisiado, el corazón enfermo y la garganta perforada, y no es de extrañar que, a su vez, ella les cantase a los otros las verdades del barquero. Por último, el abogado de los otros la dijo que ninguna dama habría procedido como ella lo había hecho.

«Gracias, señor —replicó Teresa—, y que Dios os pague la merced que me hacéis.»

Acaso uno de los momentos más tristes de su vida fue aquél en que se despidió por última vez de la casa adquirida con el dinero de don Bernardino. María Bautista fue con ella y su compañera hasta la puerta, y —aunque parezca increíble, lo

atestigua así la Beata Ana de San Bartolomé— les dijo: «Váyanse las dos de mi casa y no vuelvan jamás a ella.»

Y he aquí cómo la pobre vejezuela hubo de tomar de nuevo el camino enferma de cuerpo y alma. Desde Medina había escrito anunciando que estaría de vuelta en Ávila para el primero de septiembre; esperanza que no llegó a realizarse, pues, coma reinara el descontento en Alba de Tornes, por fuerza tuvo que ir allí y restablecer la paz. De lo cual hubo de escribir más tarde a doña Teresa de Lazy, fundadora del convento: «... poco más o menos yo atino en las que son las que inquietan a las otras; y, si Dios me da salud, procuraré ir allá en pudiendo, a saber estas marañas». Pero, en tal coyuntura, a quien se encontró en el camino fue a fray Antonio, con toda la cabellera blanca como el dios Tiempo con su guadaña, y cómodamente instalado en la carroza de la duquesa de Alba; la que, hallándose en un momento de gran tribulación, mandaba a buscarla. De modo que debía ir inmediatamente a Alba de Tormes. ¡Por fin iría a Alba! Cuando había querido ir allá, la habían mandado a Ávila; ahora que quería ir a Ávila, la enviaban a Alba de Tormes. Así eran para ella los caminos del mundo. La obediencia lo era todo. Su mayor pena fue que Gracián se negara a acompañarla.

No le había pasado por la mente a la duquesa enviar algunas provisiones en su carroza. Ello es que en el camino a Peñaranda, Teresa hubo de desmayarse de debilidad. Y, cuando volvió en sí, pidió le diesen alguna cosilla para comer. La hermana Ana anduvo por todo el lugar en busca de un huevo que poder comprar, pero no hubo medio de encontrar uno tan sólo; todo lo que pudo conseguir fue un par de higos, que dio, llorando, a La Madre. Teresa los abrió y dijo: «No se apene por mí, hija, porque son muy buenos estos

higos; mucha pobre gente no tiene siquiera este regalo.» Al otro día no pudo obtener más que un poco de col y cebolla hervida, que le sentaban muy mal para su salud. Y, con eso como único alimento, hubo de continuar viaje, y a la caída de la tarde, la víspera de San Mateo, llegó a Alba de Tormes, casi exhausta del todo, excesivamente agotada para poder ver a la duquesa.

La priora del convento, madre Juana del Espíritu Santo, insistió en que se metiera en seguida en cama. Y así lo hizo, diciendo: «Dios me ampare, ¡qué cansada estoy! Nunca me acosté tan temprano en estos veinte años.»

A la mañana siguiente se levantó, anduvo viendo el convento, oyó misa, recibió la comunión muy devotamente y se dio una fuerte disciplina. Y así continuó, levantándose y descansando de vez en cuando, oyendo misa todos los días, hasta el de la festividad de San Miguel, el 29 de septiembre. Ese día, después de oír misa, tuvo una hemorragia tan fuerte que la debilitó al extremo de que hubo que llevarla a la cama de la enfermería porque no podía ir por sus propios pies. Y allí pidió la colocasen en donde, a través de la ventana, pudiera ver al sacerdote cuando decía la misa en la capilla de abajo.

Durante todo aquel verano las monjas de Alba notaron unas luces extrañas que brillaban en el coro y, a veces, en medio de la noche oían como una especie de susurrante suspiro que pasaba por los corredores y las celdas; y llegaron a comprender el significado de todo ello. Era indudable que la Madre Teresa no iba a tardar en encontrarse frente a frente a Su Majestad.

La hermana Ana no la abandonaba un instante noche y día. Se permitió a la duquesa de Alba la entrada en el claustro y, olvidando todas las contrariedades que Teresa había ido a calmarle a

ella, la alimentaba con sus propias manos, prodigándole, sin duda, frívolas palabras de consuelo.

Uno de los días se anunció a la gran dama en la puerta de la enfermería en el preciso momento en que acababa de esparcirse cierta medicina de olor desagradable en el lecho de la enferma. Y Teresa dijo: «Cubra, cubra, que no pase todavía la duquesa. Huele Muy mal y le habrá de enojar».

La hermana María de San Francisco replicó que no se preocupase, pues olía muy bien, como agua de ángeles. Hizo asimismo elogios la duquesa de lo bien que allí olía, y pensó que sería algún raro perfume de las monjas...; mas no era sino el *agua de ángeles*.

Teresa pasó rezando toda la primera noche del mes de octubre y, al amanecer, pidió a fray Antonio de Jesús que la confesara. El primer fraile de la Reforma hubo sin duda de sentirse verdaderamente emocionado al ir allí a escuchar la propia acusación de la mujer a quien tenía por un alma toda virginidad y pureza. Se esparció por toda la casa la noticia de que Cristo la había dicho que estaba ya para morir. La dijeron algunas hermanas que habían oído a fray Antonio que le pediría al Señor no se la llevase todavía, mas ella contestó: «que no se preocupe de ello, ya no se me necesita más en este mundo». Todas las monjas se reunieron en torno suyo aquel día y escucharon sus últimos consejos.

El día 3 de octubre, víspera de San Francisco, a eso de las cinco de la mañana, pidió que le administrasen el Viático. La vistieron las monjas con su velo y su manto de coro y encendieron cirios benditos en la enfermería. Tan débil estaba que hubieron de darle vuelta en la cama. Mientras esperaban la llegada del sacerdote, teniendo cada una un cirio en la mano, Teresa comenzó a

hablarles así: «Hijas mías y señoras mías: por amor de Dios las pido tengan gran cuenta con la guarda de la regla y constituciones, y no miren el mal ejemplo que esta mala monja las ha dado, y perdónenmele.»

Al llegar el sacerdote con el Santísimo Sacramento y darse ella cuenta de que el Señor había penetrado en la habitación, se incorporó en la cama sin ayuda de nadie, como para postrarse de hinojos en el suelo. Las monjas que la sostenían observaron que se había producido un gran cambio en su semblante, el cual se había puesto indescriptiblemente hermoso e iluminado, mucho más joven de lo que a su edad correspondía. Y, como dice Ribera, juntando contenta las manos, aquel cisne de incomparable blancura comenzó el canto postrero de su vida más suavemente que nunca se le oyera, diciendo cosas elevadas, dulces y amorosas. «Oh, Señor y Esposo mío, el momento tan deseado ha llegado. Hora es ya de irnos, Señor mío, ya es hora de partir, sea cuanto antes y cúmplase vuestra santísima voluntad. ¡Ya ha llegado para mí la hora de dejar este destierro, y mi alma se alegra de unirse con Vos, lo que tanto he deseado!»

Dio fervorosas gracias por haber sido una hija de la Iglesia y por morir en su seno, repitiendo una y otra vez: En resumen, Señor, soy una hija de la Iglesia..., soy una hija de la Iglesia... Habló nuevamente del perdón de sus pecados, rogó a las monjas que rezasen por ella y las pidió otra vez que observasen la regla, repitiendo varias veces las palabras: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus: cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies. Ne projicias mea facie tua, et Spiritum Sanctum tuum ne auferas a me. Cor mundum crea in me, Deus*.

A las nueve de la noche de aquel día pidió Teresa que la ungiesen con la extremaunción. Cuando fray Antonio llegó con los santos óleos, se unió ella a los salmos y las oraciones de las demás. Le preguntó él dónde quería ser enterrada, si en Ávila o en Alba de Tormes. A lo que ella contestó: ¿Tengo que tener algo de mi propiedad? ¿No querrán darme un poco de tierra aquí?

Pasó la noche sufriendo grandes dolores, pero de vez en cuando se la oía rezar y cantar. A la mañana siguiente se volvió súbitamente hacia un lado «como en los cuadros de María Magdalena» y, apretando fuertemente un crucifijo en su mano, se quedó completamente callada, como algunas veces la habían visto en sus momentos de unión o de arrobamiento; y permaneció de tal suerte, inmóvil, extática, hasta la noche, salvo algunos instantes en que hizo leves señales de como si quisiera hablar gravemente con alguien. A las nueve de la noche, exhaló tan suavemente su alma que fue difícil decir el momento preciso en que lo hiciera, pues estaba justamente como tantas veces la habían visto en sus momentos de más elevada oración. Su rostro se volvió extraordinariamente joven y hermoso. El leve suspiro que de sus labios escapó era tal como el que tantas veces le oyeran durante las noches del verano.

En los días de su muerte ocurrieron varias cosas extrañas. Se vio una brillante estrella, precisamente sobre la iglesia, que refulgía allí todas las noches entre ocho y nueve. Rayos de cristal de luz coloreada pasaban a través de la ventana de la enfermería en donde iba a morir. Pocos instantes después de haberse ido de este mundo, la Beata Ana de San Bartolome vio a Nuestro Señor a los pies del lecho, en toda su gloria y esplendor, rodeado de miriadas de ángeles y, a la cabeza de la cama, los Diez Mil Mártires que

años antes habían prometido a Teresa, en uno de sus éxtasis, acudir a ella en el momento de su muerte. Al exhalar su último suspiro, una de las hermanas vio algo como una paloma blanca que pasaba entre sus labios volando. Y mientras la hermana Catalina de la Concepción, que era sumamente virtuosa y a la que no quedaba un año de vida, estaba sentada junto a una baja ventana que daba al claustro cerca de la celda de La Madre, oyó un gran ruido, como de un tropel de gente alegre y riente que iba de fiesta, y luego vio a innumerables personas resplandecientes, todas vestidas de blanco, que pasaban por el claustro y se dirigían a la habitación de la santa moribunda, y donde las monjas reunidas en torno de ella apenas si eran un puñado insignificante; y todas esas personas se adelantaron hacia la cama. En ese momento expiró Teresa.

* * *

Como era de esperar, los médicos dijeron que su muerte había sido producida por la edad, la fatiga, y la hemorragia. Admitieron los místicos que tales hechos tuvieron indudablemente una buena participación en la muerte, pero negaron que hubiesen sido la causa principal. Mucho tiempo antes Teresa había ya sentido que, si el gozo de su oración o un canto celestial, en una determinada ocasión, hubiesen durado más tiempo, su alma habría abandonado su cuerpo. En muchos de sus éxtasis llegó a tener indudablemente todas las apariencias de la muerte. En sus *Moradas* había dicho que moriría en un ímpetu de amor. Y esto es precisamente lo que ocurrió, a juicio del padre Yepes y de otros varios.

La hermana Catalina de Jesús, a la que, por hallarse muy enferma, no se la informó de la muerte de La Madre, la supo, sin

embargo, y dijo al padre Gracián que la santa se le apareció en su gloria, y le manifestó que iba a gozar de Dios y había tenido un gran ímpetu de amor por él, en el que su alma había desaparecido. En la Bula de canonización, el papa Gregorio XV aceptó y confirmó tal punto de vista, así como también lo expone el Breviario Romano al decir: *intolerabili divino amoris incendio potius quam vi morbi, Albae cum decumberet... purissimam animam Deo rediddisse*.

Los escépticos materialistas que rechazan la idea de la Iglesia tienen varios hechos molestos que explicar. Después de todas sus enfermedades, el cuerpo de esta mujer de sesenta y siete años de edad continuó siendo blanco y suave como el alabastro —como el de una criatura de tres años, según dice Ribera—. Todas las arrugas que se le habían formado desde su enfermedad en 1580 le desaparecieron como por encanto. De su cuerpo se desprendía un suave olor que nadie pudo describir ni identificar, así como de todos los objetos por él tocados, toallas, ropas, incluso las huellas digitales de la santa en una fuente. Tal aroma despredió en la celda en donde había muerto, que hubo que abrir las ventanas para que las personas en ella reunidas no tuvieran dolor de cabeza y no se desmayasen.

Se la enterró al día siguiente de su muerte, el 5 de octubre, con toda la solemnidad del caso, pero sin embalsamarla, bajo un arco al lado de la pared del coro bajo del convento. Vestida con el hábito que ella misma se había hecho, se la llevó allí en sencillo ataúd, llenándose la fosa con piedras, cal y ladrillos, a petición de doña Teresa de Lazy, «que de tal manera creía que el cuerpo estaría más seguro.»

Durante los meses siguientes, las monjas iban allí con frecuencia para orar. Si, por casualidad, se quedaban dormidas, se

producía en el acto un gran ruido que las despertaba, y a veces podían sentir la misma suave fragancia del día de su muerte, sobre todo en los días de los santos, por quienes La Madre había sentido especial devoción. Esto las hizo entrar en gran curiosidad por ver el cuerpo y, cuando el padre Gracián llegó a Alba de Tormes, nueve meses después de la muerte —el día 4 de julio de 1583—, le convencieron de que lo hiciese exhumar.

Se vio entonces que el ataúd estaba roto y lleno de tierra húmeda, con olor de humedad, ya que la sepultura había quedado saturada por la de algún manantial que por allí cerca había. Pero cuando se desvistió el cuerpo para limpiarle de barro se descubrió que estaba intacto e incorrupto como en el mismo día de su enterramiento. Lo que explica Ribera diciendo que, así como Dios nuestro Señor la protegió durante su vida contra toda impureza por medio de la virginidad más perfecta, de igual modo, después de su muerte, la salvó de la corrupción y no permitió que los gusanos tocasen lo que las llamas de la lujuria habían sabido respetar. Se llenó todo el convento del suave olor que trascendía de la carne firme e incorrupta cuando vistieron el cuerpo con un nuevo hábito y lo depositaron en un ataúd abierto en la capilla. En el año 1585 le llevaron en secreto a Ávila, dejando un brazo en Alba de Tormes para consuelo de las monjas de allí. Ocurrieron varios hechos sobrenaturales y algunos milagros y curaciones de personas por el mero hecho de tocar los restos de la santa. Ribera los vio en el año 1588 y dejó una detallada descripción de ellos. Algunas partes del cuerpo de la santa han sido enviadas a varias partes del mundo como valiosas reliquias: un dedo a Paris, otro a Bruselas, un trozo de carne a Roma, otro a las carmelitas de La Puebla, de Méjico. Ribera deploró el reparto de su cuerpo como una profanación, llevada a cabo por el hombre, de lo que Dios había dejado intacto,

apreciación en que le acompaña el padre Silverio. Pero ya sea por medio de sus reliquias, y más comúnmente por medio de las oraciones y sacrificios de sus hijas, Teresa sigue predicando, enseñando y consolando cuatro siglos después de su muerte, y el sonido de su voz se ha esparcido por todos los ámbitos del mundo. En el año 1586, después de una gran discusión inspirada por las emulaciones locales de Alba de Tormes y Ávila, hubo que llevar de nuevo el cuerpo a su sitio primitivo de sepultura, en donde desde entonces ha permanecido. Asimismo, en su relicario cerrado, el corazón permanece intacto, salvo en el orificio visible en su centro, donde Teresa sintió el ardiente dardo del amor.

Si todo ello produjo gran sensación en el ambiente religioso carmelita en el año 1583, igual regocijo se produjo en toda España tres años más tarde cuando los médicos y los eclesiásticos testimoniaron acerca del estado de los restos de la santa. Los milagros por su intercesión alcanzados (y que han continuado hasta ahora) incitaron a Lope de Vega, Cervantes y a varios monarcas europeos a engrosar las filas de los que defendían su causa, hasta que el papa Paulo V la declaró Beata en el año 1614, y ocho años más tarde, en 1622, era canonizada por el papa Gregorio XV. Grande fue asimismo la alegría del país cuando, a petición del rey y de las Cortes, el papa Urbano VIII la declaró Patrona de España, después del apóstol Santiago. De todos los santos admirables de esa tierra fervorosa, ella es la que ha ocupado el sitio más elevado en el corazón de las gentes del pueblo. En el año 1922 la Universidad de Salamanca la confirió el grado de Doctor en Teología *honoris causa*, al propio tiempo que la reina Victoria colocaba en su estatua una insignia y la vestía con el birrete académico. Distinciones todavía mayores la han exaltado al más alto lugar entre los «santos y hombres ilustrados» por quienes ella sentía tanto respeto. La

Iglesia recomienda su «doctrina celestial, a los fieles en el Breviario y en la colecta de la misa del día 15 de octubre. Por su parte, el papa Pio X, en una carta dirigida al general de los Carmelitas Descalzos en el año 1910, hacía notar que lo que los padres de la Iglesia enseñaban confusamente y sin sistema, esta Virgen lo había reducido con suma maestría y elegancia a un cuerpo de doctrina.

Desde entonces la Reforma se ha extendido por Francia, por Italia y por todo el resto del mundo para constituir un verdadero ejemplo y una expiación, la sal de la humanidad corrompida. Esperaba Teresa que, en tiempo de persecuciones, sus conventos podrían proporcionar a Su Majestad mártires cuya sangre fuese la semilla de la Iglesia. Y recordando esto, los dieciséis carmelitas de Compiègne, que han sido ya beatificados, ofrecieron a Dios sus vidas en el momento más terrible de la época del Terror en el año 1794, y fueron hasta la guillotina cantando; luego de lo cual, a los pocos días, cesó el reinado sangriento con la ejecución de Robespierre. Y en todas las partes del mundo hay carmelitas dispuestos a seguir tal ejemplo cuando sea preciso.

En su propio país, el poder de su nombre ha sido tal que incluso los comunistas, que se lanzaban a quemar iglesias, profanar altares, asesinar curas y monjas, y a disparar tiros contra la imagen del Crucificado, no han logrado conmover una veneración metida hasta el tuétano en los huesos de sus antepasados. Se ha dicho que en la revolución de 1936 una tropa de ellos, que marchaba contra Ávila para atacarla, vio venir a su encuentro a una mujer vestida con el hábito de carmelita, que exclamó: «No os atreváis a tocar a mi ciudad.» Y algunos gritaron: «¡Es Santa Teresa!» Los rojos se dispersaron y se dieron a la fuga como si temieran perder

sus vidas. No le es posible al autor garantizar este hecho, pero su aceptación en España es indudablemente un tributo al poder ejercido por la santa en el corazón de sus compatriotas, incluso cuando creen que odian (Dios los perdone) todo lo que fue más querido para ella. En el primer mes de la guerra, los comunistas se llevaron su brazo de su santuario; pero ni aun en sus manos recibió el tratamiento infligido por los hugonotes a los restos de San Francisco de Paula; y, al ser recuperado por los nacionales, fue guardado con suma veneración por el generalísimo Franco durante el resto de la guerra.

La mayor parte de su ser físico puede verse todavía en Alba de Tormes. Yepes tuvo ocasión de arrodillarse allí el año 1606, y sintió el grato olor celestial que ya había sentido al estar con ella en Burgo de Osma, en el año 1581, cuando llegó a sospechar que usara ciertas pastillas para perfumarse el aliento. En tiempos tan recientes como el año 1914, la última vez que se abrió su sepulcro, se tomó una fotografía de la carne ennegrecida, que sigue desafiando a todas las leyes conocidas del tiempo y de la descomposición, en espera del beso del Esposo, que la vaya a despertar cuando vuelva de nuevo a este mundo de pecados y locura. Porque la locura que presidió a su vida, como pretende hacerlo creer el mercado de baja estofa, ha resultado ser la verdadera salud; y la ingenua muchachita que se emocionaba de tal manera al decir las palabras *para siempre* supo tirar por la ventana todo un mundo para conquistar el cielo. Si esa boca, que sigue pareciendo todavía más la de una mujer que la de un esqueleto, pudiese hablar a los corazones angustiados de estos nuestros días sangrientos, no hay duda de que habría de repetir lo que un día escribiera para las monjas de San José:

«Teman las que están por venir, y esto leyeren; y si no vieren lo que ahora hay, no lo echen a los tiempos, que para hacer Dios grandes mercedes a quien de veras le sirve siempre es tiempo.»